José Emilio Burucúa

ENCICLOPEDIA B-S

PERIFÉRICA







ENCICLOPEDIA B-S

EXPERIMENTO DE HISTORIOGRAFÍA SATÍRICA

JOSÉ EMILIO BURUCÚA

quidquid agunt homines, uotum, timor, ira, uoluptas,
gaudia, discursus, nostri farrago libelli est.
juvenal, *Sátira I*, vv. 85-86

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2019
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18264-75-7

Julián Rodríguez Marcos,
in memoriam et ingenti gratitudine

En los primeros días de julio de 2019, pareció que no hubiera sido suficiente el aleteo de la muerte a través de todo el contenido de las biografías que en estas páginas se narran. Nuestra Enemiga nos ha castigado en el fondo y en la forma de lo que escribimos y ha herido las formas y la sustancia recóndita de las emociones que cultivamos. Julián, nuestro editor, murió repentinamente en su casa de la serranía segoviana mientras leía las cuartillas de la *Enciclopedia* y preparaba la edición. Jovialidad bondadosa, cultura literaria fuera de serie, benevolencia hacia los autores, arrojo generoso a la hora de decidir qué publicar fueron algunas de las virtudes de Julián que veíamos resumirse en la mirada hacia lo alto y en la sonrisa zumbona de su retrato, subido a la página del correo electrónico. La memoria ha evocado de inmediato el *Fragmento final* de Rainer Maria Rilke: «La muerte es grande. / Somos suyos, / aun cuando tengamos la boca repleta de risa. / Que cuando creemos / encontrarnos en medio de la vida, / aquella se atreve a llorar entre nosotros».

ADVERTENCIA

A MODO DE INTRODUCCIÓN DE LA PRIMERA PARTE, PUBLICADA DOS AÑOS MÁS TARDE QUE LA SEGUNDA

> «La realidad verdadera no es nunca la más manifiesta, y la naturaleza de lo verdadero se trasluce en el cuidado que pone en sustraerse.»
>
> Claude Lévi-Strauss, *Tristes trópicos*

Cuando comenzamos a ocuparnos de esta empresa, tan sólo esperábamos las dificultades que habrían de nacer de la extensión y variedad de su objeto; pero fue una ilusión pasajera y no tardamos mucho en ver la multitud de obstáculos físicos, que habíamos presentido, ampliarse a una infinitud de obstáculos morales para los cuales no estábamos en absoluto preparados. Por más que el mundo envejezca, parecería que nunca cambia; es posible que el individuo se perfeccione, pero tal vez la masa de la especie no se haga ni mejor ni peor; la suma de las pasiones malhechoras permanece constante y el número de los enemigos de todo lo bueno y lo útil no tiene límite hogaño como tampoco lo tuvo antaño.

De las persecuciones que han debido sufrir, en todos los tiempos y entre todos los pueblos, quienes se han consagrado a la emulación seductora y peligrosa de inscribir sus nombres en la lista de los benefactores del género humano, no hubo prácticamente ninguna que no haya sido ejercida contra nosotros. Hemos experimentado cuanto la Historia nos ha transmitido de las negruras de la envidia, de la mentira, de la ignorancia y del fanatismo. En el espacio de estos dos años consecutivos, apenas podemos contar algunos instantes de descanso. Tras largas jornadas consumidas en un trabajo continuo, ¡qué cantidad de noches pasamos a la espera de los infortunios en que la maldad procuraba sumirnos! ¡Cuántas veces nos levantamos inseguros y preguntándonos si acaso, por ceder a los gritos de la calumnia, no terminaríamos por arrancarnos al amor de nuestras familias, de nuestros amigos y conciudadanos, para irnos bajo un cielo extraño a buscar la tranquilidad que necesitábamos y la protección

que nos ofrecían!

Nuestra patria suele ser una madrastra estrafalaria. Los lectores perspicaces de esta *Enciclopedia* han de percatarse seguramente de que atmósferas opuestas se desprenden de los hechos narrados en las partes segunda y primera. El relato de los acontecimientos de la familia S, ocurridos casi todos ellos en una Europa deshecha por la guerra, tiene a pesar de este contenido la ligereza que le otorgan la esperanza, el buen humor y la extroversión de sus personajes. Por el contrario, la historia que corresponde a los sucesos argentinos aparece transida de un *pathos* sombrío desde los tiempos más lejanos a los que pudimos remontarnos. Lo cual no deja de ser extraño pues, a decir verdad, hasta la tiranía militar de 1976-1983, sólo algunos eventos aislados, por ejemplo, el bombardeo en la Plaza de Mayo de Buenos Aires en junio de 1955, podrían compararse a las catástrofes europeas. La explicación de semejante fenómeno de psicología histórica se nos escapa todavía, pero allí sigue él, más fuerte que nunca, mejor justificado por la historia reciente de los dolores provocados por los tiranos y paradójicamente alimentado por las perversiones políticas del presente. No obstante, nuestra patria nos ha sido siempre cara y hemos aguardado que la redención hiciera lugar a la justicia. Tal es, por otra parte, el carácter del hombre que se ha propuesto el bien: su coraje se irrita frente a los obstáculos que se le oponen mientras que su inocencia suele evitarle o hacerle despreciar los peligros que lo amenazan. El hombre de bien es susceptible de un entusiasmo que el malvado no conoce.

El sentimiento honesto y generoso que nos sostuvo, lo hemos encontrado también en los otros. Todos nuestros colegas se han apurado por secundarnos y, cuando nuestros enemigos se felicitaban de habernos acabado, vimos hombres de letras y gente de mundo, quienes se habían contentado con darnos coraje y apiadarse de nosotros, venir en nuestro auxilio y asociarse a nuestros trabajos. ¡Séanos permitido señalar al reconocimiento público tantos hábiles y valientes auxiliares! Puesto que tenemos la libertad de nombrar uno, tratemos de agradecerle al menos dignamente. Es el Caballero Nicolás de la Flor.

Si hemos lanzado el grito de alegría del marinero cuando divisa tierra tras una noche oscura que lo mantuvo perdido entre el cielo y las aguas es gracias al Caballero de la Flor que hemos podido. ¿Qué no hizo él por nosotros, sobre todo en estos últimos tiempos? ¿Con qué constancia no se ha rehusado a las solicitudes suaves y poderosas que procuraban alejárnoslo? Nunca fue más completo y absoluto el sacrificio del descanso, del interés y de la salud. Jamás rechazó las investigaciones más penosas y más ingratas. Sin tregua, se ocupó de ellas, satisfecho de sí mismo, si podía ahorrar a los demás el disgusto.

Cada página de esta obra deberá suplir lo que falta a nuestro elogio; ninguna hay que no atestigüe la variedad de sus conocimientos y la amplitud de su ayuda.

El público ya juzgó la segunda parte: nos permitimos pedir la misma indulgencia para ésta que ahora publicamos. Del punto del cual partimos hasta el punto al que llegamos, el intervalo era inmenso; y para alcanzar el fin que tuvimos la temeridad o el atrevimiento de proponernos, quizá sólo nos restaba encontrar el hilo donde lo habíamos dejado y comenzar donde habíamos terminado. Gracias a nuestros trabajos, quienes nos sigan podrán ir más lejos en la historia de estas familias. Oh, compatriotas y contemporáneos nuestros, cualquiera sea la severidad con la que juzguéis esta obra, recordad que fue acometida, continuada, terminada por dos hombres aislados, transidos, mostrados bajo los aspectos más odiosos, calumniados y ultrajados del modo más atroz, sin tener otro estímulo más que el amor del bien, otro apoyo más que algunos sufragios, otros auxilios más que los encontrados en la confianza de los editores.

Nuestro objeto principal consistía en reunir los hallazgos precedentes; sin haber menospreciado este fin primero, no exageraremos al apreciar en este nuevo volumen las riquezas nuevas que aportamos al depósito de los conocimientos antiguos. Si una contrarrevolución, cuyo embrión se forma tal vez en algún cantón ignorado de la tierra, o se gesta secretamente en el centro mismo de la civilización, estalla con el tiempo, destruye las ciudades, dispersa de nuevo los pueblos y reinstala la ignorancia y las tinieblas pero se conserva un ejemplar único de esta obra, no todo estará perdido.

No se nos podrá discutir, creemos, que nuestro trabajo no esté en el nivel de nuestro siglo, y esto ya es algo. El hombre más ilustrado encontrará en él ideas que le resulten desconocidas y hechos que ignora. ¡Ojalá la instrucción general avance con la rapidez necesaria para que, dentro de veinte años, tan sólo una línea entre mil de nuestras páginas resulte útil o bella! Los hombres del mundo deberíamos apresurar esa revolución. Pues a nosotros compete extender o disminuir la esfera de las luces. ¡Felices los tiempos en los que todos habrán comprendido que no hay mayor seguridad y felicidad en la sociedad que cuando la forman y gobiernan hombres instruidos! Los grandes atentados no fueron cometidos más que por fanáticos enceguecidos. ¿Osaríamos murmurar acerca de nuestras penas y lamentar nuestros años de trabajo si pudiéramos alardear de haber debilitado ese espíritu de vértigo tan contrario al reposo de las sociedades y de haber llevado a nuestros semejantes a amarse, tolerarse y reconocer, por fin, la superioridad de la moral universal por sobre todas las morales particulares que inspiran odio y desazón, y que rompen o relajan el vínculo general y común?

Tal ha sido nuestro objetivo. ¡Grande y extraño honor habrán obtenido nuestros enemigos de los obstáculos que nos suscitaron! La empresa que realizaron con tanto encarnizamiento está terminada. Como quiera que sea, los invitamos a ojear este último volumen. Ojalá que agoten en él la severidad de su crítica, que vuelquen sobre nosotros la amargura de su bilis, estamos dispuestos a perdonar cien injurias a cambio de una buena observación. Si reconocen que nos han visto constantemente prosternados ante las cosas que hacen la felicidad de las sociedades y las únicas que sean verdaderamente dignas de homenajes, esto es, la Virtud y la Verdad, nos encontrarán indiferentes a todas sus imputaciones.

El combate entre historiadores y filósofos del lenguaje en torno al estatuto de la verdad viene de lejos. Es muy antigua la polémica entre quienes creen en un mundo exterior al pensamiento o a la semiosis, que estas funciones del sujeto descubren cada vez con mayor desenfado a medida que el tiempo pasa, y quienes creen que, en última instancia, sólo conocemos cuanto nuestra mente es capaz de construir con las huellas inestables del mundo en nuestra experiencia psico-social, individual y colectiva. Hemos sido injustos con la semiología y sus aportes al saber histórico, cuando nos vimos arrastrados tal vez por las perplejidades que trajo consigo el giro lingüístico. Achacamos a esa disciplina milenaria las falencias y distorsiones del desconstructivismo, el vacío último de las *mises en abîme* que cultivaron los discípulos de algunos filósofos de la historia a finales del siglo XX. Corrijámonos y enumeremos cuáles son las deudas enormes que los historiadores tenemos con la semiología. En primer término, aprendimos de ella hasta qué punto nuestra constitución humana está hecha de lenguaje, el sistema de signos por excelencia, inseparable de nuestro ser biológico y social. Luego siguen sus enseñanzas acerca de qué podemos esperar que haya por detrás de los signos. Tras la huella en el polvo o en el barro, la presa animal que nos quitará el hambre. Detrás del síntoma, el niño que ha de nacer o el mal invisible de las entrañas que acecha. Más allá de la interjección, la alegría, el temor, el afán de cariño o la crueldad de quien la emite. Detrás y fuera del discurso, las relaciones sociales, su consolidación y la posibilidad de su contestación. La semiología nos ha proporcionado, por fin, buenos argumentos sobre la realidad de un mundo a descubrir que excede las fuentes y los testimonios a los cuales los historiadores formulamos nuestras preguntas. Gracias a esa antigua ciencia de los indicios, es legítimo hablar de la verdad sin comillas, de una operación de desvelamiento que, organizada según las *regulae ad directionem ingenii* y la duda ética en torno a esta misma práctica, nos garantiza un conocimiento razonable, sujeto siempre a la corrección parcial o total de sus representaciones del pasado. Sería largo explorar

algunos antecedentes, incluso remotos, de la formulación del problema realismo-constructivismo historiográficos y analizar el modo en que las gentes de nuestro oficio vencieron las tentaciones metodológicas, el canto de las sirenas de una narración de lo acontecido, indiferenciada respecto de las ficciones de la literatura o de las necesidades coyunturales de la política. Nos animamos a sostener desde ahora que, si el riesgo paradójico del realismo es el alimento de una verdad relativa que funciona en última instancia a la manera de una ilusión ideológica, el riesgo del constructivismo es lisa y llanamente la mentira.

En los últimos meses y gracias a colegas ilustrados en el pensamiento contemporáneo, nos han salido al paso varios textos inesperados de los dos *Michel* a quienes los constructivistas consideran sus maestros, Foucault y De Certeau. Se trata de los últimos cursos que Foucault dio en el Colegio de Francia a comienzos de los 80 y de esa suerte de nueva «apología de la historia» que De Certeau trazó en *L'opération historiographique* (parte de su libro *L'Écriture de l'histoire*, de 1975). En ambos casos, nos topamos con una reivindicación de la búsqueda que trasciende la construcción determinista de la verdad. Foucault puso en el centro de sus reflexiones tardías el valor de la *parrhesia*, del decir libre, valiente y verdadero, que ensalzaron Aristófanes y Diógenes el cínico, transformada ahora en el núcleo luminoso de un sujeto que, paradójicamente, funda en esa prueba de coraje el cuidado de sí mismo para entregarse a la discusión pública del destino común entre los hombres. De Certeau acentuó, precisamente, la faz colectiva del deber del historiador y de su compromiso con la verdad, a saber: el respeto al conjunto de reglas del hacer historiográfico que implica el dar lugar a los sufrimientos y anhelos de felicidad y justicia que tuvieron los muertos (hay, en este sentido, una cierta convergencia del *desideratum* expresado por De Certeau y las sexta y séptima tesis de la historia que enunció Walter Benjamin en 1940). De las discusiones habidas con el amigo Rogerius Cartarius alrededor de esta exigencia del jesuita, nos atrevemos a sugerir que una de las cuestiones prácticas, a la que es necesario prestar atención en primer lugar, reside en las formas del encadenamiento de los hechos verídicos, en cuanto verificables, y de los hechos hipotéticos que postulamos con el fin de explicar las razones ocultas de lo acontecido. Llamémolos *facta* y *ficta*. Nuestros dos principios básicos e iniciales podrían rezar así: 1. Que prevalezcan los *facta* en las cadenas explicativas. 2. Que jamás un *fictum* sea eslabón ligado a otro *fictum*. Tengamos en cuenta que los *ficta* son, por lo general, el lugar donde describimos los motivos ocultos de los muertos. Cuando violamos el segundo principio, es muy posible que nuestras propias finalidades escondidas comiencen a desplazar a las

que tuvieron los desaparecidos, con lo cual traicionaríamos la causa ética de nuestra actividad en el mundo.

Nuestra existencia se ha desplegado en aquel siglo desgraciado. Si agregamos a esos años los que corrieron desde que proyectamos esta obra más los que entregamos a su ejecución, se comprenderá fácilmente que hemos vivido mucho más de cuanto nos resta por vivir. Pero habremos obtenido la recompensa que esperábamos de nuestros contemporáneos y de nuestros nietos si podemos hacerles decir un día que no transcurrimos del todo en vano por este mundo.

NOTA BENE

NOTA BENE: En esta parte de la *Enciclopedia*, sólo una voz corresponde a una persona viva. Se trata de una biografía muy breve, la de Angélica B1-Ch. Los antiguos suponían, con mucha razón, que ninguna vida está configurada hasta el momento en que la cierra la muerte y se celebran los ritos funerarios del cuerpo. Sólo entonces es posible decir si la persona muerta fue inteligente o tonta, bondadosa o malvada, feliz o infeliz, tal como enseñó Solón a un estupefacto Creso, quien no podía creer que él mismo, rodeado de tantas riquezas y maravillas como las exhibidas en su tesoro ante al sabio ateniense, no mereciera ser llamado el más feliz de los hombres. Y bien, allí radica la razón principal de la brevedad de nuestro relato sobre Angélica.

PRIMERA PARTE

ENCICLOPEDIA, O DICCIONARIO RAZONADO DE LA FAMILIA B-S, POR UNA SOCIEDAD DE GENTES DE HISTORIA

Ordenado y publicado por el Sr. José BURUCÚA,
de la Academia Nacional de Bellas Artes
de la República Argentina.

«Con esta perspectiva, hemos dado los sentimientos, las nociones, las maneras, las costumbres, etc. de muchas gentes que nada tienen de nuevo, inusual o difícil. Tal variedad de visiones, principios y formas de pensar es el mejor remedio contra el estarse violentamente adherido a una sola de ellas; y es el mejor camino para evitar la creación de pedantes, de fanáticos, etc. de cualquier clase. Es posible decir que cada arte tiende a dar a la mente un aspecto particular; y el único modo de mantenerla en su rectitud natural consiste en convocar a sus opuestos, con el fin de equilibrarla. Por lo cual no encontramos nada más perverso e insufrible que un mero matemático, un mero crítico, gramático, químico, poeta, heraldo o lo que fuere; pues la única disposición apropiada es la que sale de un temperamento justo y una mezcla de todos ellos.»

EPHRAIM CHAMBERS, *Cyclopædia, or, An universal dictionary of arts and sciences,* Prefacio, pp. XXIX-XXX, 1728.

TOMO PRIMERO

EN CÁCERES, EXTREMADURA, POR LA CASA PERIFÉRICA
MMXIX

LOS B-B2

CÁNDIDO B.

Hijo de Jean B y Marie B3, nacido en Nueva Palmira, Uruguay, el 16 de septiembre de 1882, por lo que a su primer nombre, el de un antepasado que había combatido en la *Grande Armée*, se le agregaron Cipriano y Cornelio, santos de ese día. Su padre, natural de Aldudes, en la Baja Navarra, unos veinte kilómetros al sudoeste de Saint-Jean-Pied-de-Port, había nacido alrededor de 1840. Antes de 1870, la familia de Jean B emigró a la República del Uruguay y se estableció en Nueva Palmira a orillas del gran río. En 1875, los vascos consiguieron hacerse propietarios de un tambo pequeño y comenzaron a producir leche y quesos. Un año más tarde, murió la primera esposa de Jean. Pasado un tiempo, el viudo decidió contraer nuevas nupcias con Jeanne B3, nacida en 1842 en Pagolle, País Vasco, cantón de Saint Palais, departamento de los Bajos Pirineos. Jean tuvo tres hijos con ella: Lorenzo Leonardo, nacido en 1879, nuestro Cándido en 1882 y, por fin, en diciembre de 1884, una mujer, Juana Inocencia, hija póstuma pues Jean había muerto pocos meses antes de ese mismo año. En el seno de la familia se hablaba en francés, del vascuence sólo se utilizaban algunas expresiones aisladas. El sistema educativo uruguayo funcionaba ya muy bien de manera que los tres B-B3 terminaron la escuela primaria. Juana pudo viajar a Montevideo para cursar la Escuela Normal y recibirse de maestra. Gran amante de la matemática, Cándido planeaba realizar el bachillerato y estudiar luego ingeniería pero sus pasiones políticas lo llevaron por otros rumbos. El 7 de marzo de 1897, cuando el coronel José Núñez, fervoroso militar del partido blanco, desembarcó en el departamento de Colonia para plegarse a la revolución contra el presidente colorado Idiarte Borda, Cándido contribuyó a engrosar las filas algo escuálidas del dicho coronel, quien, a los pocos días, logró reunir a sus hombres con la columna del coronel Diego Lamas, también blanco. Juntos marcharon hacia las costas del arroyo Tres Árboles, en el departamento de Río Negro, y el 17 de marzo enfrentaron allí mismo al ejército gubernamental, al que infligieron una derrota contundente. Cándido, con sus menos de 17 años, se comportó como un valiente. Asistió al encuentro de Tupambaé en Cerro Largo, entre Lamas y Aparicio Saravia, jefe del movimiento revolucionario. Fue señalado por su coraje al caudillo Basilio Muñoz, quien, desde entonces, adoptó al muchacho y lo hizo su asistente. Cándido no se separó de Basilio hasta después de la batalla de Malloser, desastrosa para el ejército blanco, que acabó con la vida de Aparicio Saravia y la firma de la paz de Aceguá el 24 de

septiembre de 1904, acuerdo que signó la derrota militar definitiva del partido blanco y la dispersión de sus tropas. Basilio Muñoz donó a su querido Cándido ciento cuarenta hectáreas de tierra, destinadas a la cría del ganado, en las cercanías de Melo, en el departamento de Cerro Largo. Aparentemente, el prolongado ciclo bélico de los B, iniciado en la *Grande Armée*, se había cerrado. Sólo la lucha civil en la Argentina de los años 70 lo reabriría [véase la biografía de **Martín B-B1**].

La empresa ganadera de Cándido prosperó. Nuestro hombre planeó invitar a su madre a vivir en Melo. Pero Jeanne estaba enferma, no quiso separarse de su hija y, en 1906, murió en Durazno a los 64 años. Juana abandonó el Uruguay por la Argentina: se estableció en Rosario, donde unas primas B, famosas educadoras, le consiguieron trabajo en dos escuelas rurales cerca de Fisherton. Cándido siguió con sus cosas en Cerro Largo. Llevaba una vida solitaria, leía y estudiaba, sólo por curiosidad desinteresada, la matemática que tanto le atraía. Compró en Montevideo el *Cours d'algèbre supérieure*, publicado en 1885 por Joseph-Alfred Serret, logró entenderlo sin ayuda y hacer todos los ejercicios propuestos. No hubo, que sepamos, amores ni otra actividad sentimental en aquel período de la vida, aunque sí un cultivo de la serenidad que nunca lo abandonaría. En julio de 1913 se sintió mal y, afectado por una insuficiencia respiratoria que le hizo temer que seguiría la suerte de su madre, viajó a Montevideo para hacerse revisar. Los médicos le descubrieron un soplo cardíaco que juzgaron grave e, interpelados por el paciente, quien insistía en saber toda la verdad acerca de su dolencia, dijeron que le quedaban entre seis y nueve meses de vida. Cándido volvió a Melo, hizo las valijas, vendió el campo y las vacas por 35 *sovereigns* británicos, pensó viajar a París e hizo cálculos. Las monedas de oro apenas alcanzaban para pagar el pasaje de ida y entregarse a la gran juerga no más de una semana. París fue reemplazado por Buenos Aires, una ciudad de la que se decía que los festejos del Centenario de la República Argentina habían convertido en la París de Sudamérica, después de todo. Allí partió Cándido y, según parece, el caballero fue un astro rutilante de la noche porteña durante los seis meses que le restaban teóricamente de existencia. Transcurrieron tres meses más y no se produjo el menor signo de la cercanía de la Parca. En vísperas del estallido de la Gran Guerra, los *sovereigns* se habían esfumado. Cándido debió encarar una nueva rutina vital en Buenos Aires. Lo ayudaron para eso dos sobrinas, hijas de una medio hermana ya fallecida, las señoritas M-B, quienes trabajaban en una

compañía española de exportación. El tío Cándido ingresó como tenedor de libros en la empresa y sentó nuevamente cabeza. Las M-B llevaban una vida social intensa, comparada con la de la Nueva Palmira, que ellas también habían abandonado unos años atrás. Ambas muchachas estudiaban canto y piano. La profesora, una joven catalana bastante mundana, Emilia B2, las visitaba a menudo por fuera de los horarios de clase para tomar el té y jugar a las cartas. Una tarde de domingo, a fines de 1916, Cándido coincidió con la pianista en casa de sus sobrinas. «Ay, Emilia, tóquese algo, unos valses, que nuestro tío ama la música», rogaron las alumnas. La profesora tocó, Cándido quedó flechado y atinó a comentar: «Señorita, tiene usted unas manos de oro». Siguieron varios domingos en los que, oh sorpresa, el tío acudía a visitar a las chicas M-B y se topaba con Emilia. Un noviazgo formal fue cosa de pocas semanas. El 4 de julio de 1917, Cándido se unió en matrimonio con la joven de las manos de oro. Partieron al Uruguay en viaje de bodas y, al regresar a Buenos Aires, se instalaron en la casa de los B2, donde vivían Josefa A-B2, viuda y madre de Emilia, Pepe y Juanito, sus hermanos menores.

La convivencia no era fácil, por cierto, pero no a causa de Cándido, quien enseguida hizo gala de su calma campera, sino debido al carácter autoritario, a la par de voluble, que reveló Emilia. El 15 de abril de 1918, nació José Emilio, el primer hijo de los B-B2, y la familia transitó una época de mucha alegría. Pepe fue el padrino de la criatura. «Decí Pepe, llamá a tu padrino», exhortaban al niño cuando empezó a hablar y José Emilio decía «Pin, Pin», por lo que le quedó ese monosílabo de sobrenombre: Pin. Emilia retomó enseguida sus clases de piano, impartidas en la propia casa, mientras Cándido desarrollaba sus habilidades contables en la compañía exportadora. El 18 de noviembre de 1922, nació una niña, Mercedes Juana. La tía Juana, mudada a Buenos Aires y maestra de una escuela en el barrio de Constitución, ofició de madrina. Para los B-B2, como para el grueso de la clase media argentina, los años 20 fueron dorados: ingresos crecientes, estabilidad monetaria, escasos conflictos laborales, escuela pública y gratuita de excelencia, periodismo dinámico. Precisamente, Cándido era asiduo lector de dos diarios, *La Prensa* en casa y *Crítica* en el café, pues Emilia refunfuñaba cada vez que el periódico de Natalio Botana, que le parecía un «pasquín sensacionalista», reemplazaba por azar al respetabilísimo y bien ordenado diario de los Paz en el domicilio. Cándido, en cambio, estaba encantado con las novedades de diseño que presentaba *Crítica* y

con el hecho de que Botana fuese un uruguayo de tanto éxito en Buenos Aires. Le hubiera gustado leer sus notas al solcito en el patio de la casa, pero Emilia estaba vigilante, de modo que debía conformarse con hacerse de *La Prensa* y sentarse en la poltrona de paja del patio, tras haber tranquilizado a su mujer dándole un beso cariñoso y diciéndole: «Emilia, querida, tú sos la mujer más inteligente del mundo». En muy pocas ocasiones, nuestro hombre resistió a esa fuerza arbitraria de la naturaleza que era su mujer. Vaya uno a saber por qué, en la tarde de los días de Navidad o Año Nuevo, cuando aflojaba el calor habitual de esas jornadas de comienzos del verano en el hemisferio sur, Cándido proponía con entusiasmo ir de excursión hasta el Tigre en bañadera para aprovechar el fresco que soplaba del río. (Por «bañadera» se conocía un medio de transporte singular, una suerte de autobús con la forma del artefacto homónimo del baño, de carrocería esmaltada, sin ventanas y con un techo ligero sostenido por unos tirantes esbeltos. Desde cualquiera de los asientos de pasajeros, la vista era amplísima y corría un aire que era una delicia veraniega.) Emilia, por el contrario, aborrecía las bañaderas, las juzgaba lo último de lo último para ir de paseo y le resultaba impensable que alguien pudiese verla y reconocerla o pensar que estuviese disfrutando en semejante engendro. Por eso, las tardes de los días de Navidad y Año Nuevo, Emilia padecía invariablemente de dolores de cabeza muy fuertes. «Ay, se quejaba, el exceso de comida y bebida de las fiestas, seguramente.» Al fin, en la Navidad de 1929, Cándido se rebeló y dijo: «Emilia querida, quedate recostada en la cama que seguro se te pasará la jaqueca. Me voy al Tigre con los chicos para que no te molesten». Emilia replicó que de ninguna manera aceptaría tal sacrificio, anunció que el dolor de cabeza era soportable, se puso el sombrero y partió del brazo de su marido a tomar la bañadera en la plaza del Congreso. De cualquier forma, las cosas no quedarían así. Al pasar frente al viejo edificio del Tiro Federal Argentino, se oyó un petardo, encendido de seguro por algún crío que todavía festejaba ruidosamente el nacimiento de Cristo. «Ay, Dios mío, un tiro, un tiro», gritó Emilia. «Pero no, mujer, ha sido un petardo.» «Me vas a decir a mí, que vi pasar la bala aquí al costado.» Pin, quien había rendido en noviembre el examen de ingreso al Colegio Nacional y tenía buenas nociones de física, se animó a argumentar: «Mamá, usted no puede haber visto la bala porque las balas llevan una velocidad mínima de cien metros por segundo y no hay ojo humano que capte ese movimiento». «Callate, qué sabés vos, *tzing* hizo a mi lado y fue a dar al

tronco de un plátano, gracias a Dios», cerró Emilia el debate después de haberle propinado un coscorrón a su hijo.

La crisis del 30 trajo consigo la quiebra de la compañía exportadora donde trabajaba Cándido. Aquello fue catastrófico. Hasta 1934, el único ingreso de la familia procedió de las clases de piano que daba Emilia. Pepe, quien había ingresado a la secretaría de un juzgado federal y ya vivía por su cuenta, con el justificativo de que los B-B2 y su madre compartían la casa, hizo los aportes necesarios para que la familia conservase mínimamente sus costumbres, sobre todo para que José Emilio, quien ya se perfilaba como un alumno fuera de serie en el bachillerato, pudiese comprar libros y continuar sus estudios. Incluso después de 1934, los trabajos de Cándido fueron esporádicos y no muy bien remunerados. El peso económico y moral de las clases de Emilia se hizo aplastante. Con el fin de escapar de tales tenazas psicológicas, el 26 de enero de 1935, cuando Basilio Muñoz invadió Uruguay al frente de una tropa de blancos y batllistas para derrocar la dictadura del colorado Gabriel Terra, Cándido anunció que iría a reunirse a los revolucionarios, sus amigos de la juventud. Emilia fue más allá del dolor de cabeza, se desmayó y estuvo media hora inconsciente hasta que llegó el médico. Por fortuna para ella, nueve días más tarde, la aviación del gobierno uruguayo destruyó el ejército de Muñoz y el viejo camarada de Cándido debió regresar al exilio en Brasil. La cólera sin rumbo de Emilia se transformó en un sentimiento burlesco de triunfo, casi de escarnio contra el ánimo humillado de nuestro pobre Cándido. De entonces en adelante, el señor B encontraría sus mejores ganas de vivir en la satisfacción que le daban los progresos de su hijo en el colegio y, más tarde, en el campo de la medicina. A fines del 35, la medalla de oro al mejor alumno que José Emilio obtuvo en el bachillerato retempló el espíritu de nuestro biografiado. Por otra parte, resultó casi un milagro el que Emilia no se dejara llevar por su manía de oposición y compartiese con su marido el encono político contra Franco y, más tarde, contra las potencias del Eje. Es que, como buena y consecuente catalana, Emilia bregaba por el separatismo, lo cual la empujó hacia el bando republicano y, claro está, después de eso, el antifascismo era la única consecuencia posible. El buen clima político de la casa garantizó que Cándido pudiese extender un mapa de Europa y, luego, otro del Pacífico, colocar sobre ellos unos alfileres coloreados y seguir paso a paso los cambios en los frentes de guerra.

Sin embargo, la evolución de los asuntos públicos en la

Argentina produjo una escisión inesperada. Quizás hayan sido las convicciones blancas profundas de Cándido el factor principal que lo condujo a simpatizar con las reformas del coronel Perón, lo cierto es que el señor B colgó un retrato del militar y, a partir de 1946, uno de Evita sobre el pequeño escritorio de cortina donde se sentaba a llevar sus libros de cuentas y a leer sus libros de cultura y esparcimiento. Por supuesto que Emilia protestaba, que no quería ver la cara de la «fulana» en su casa, pero Cándido no transigió. «Gracias a él y a ella, tengo mi jubilación y, este verano, nos vamos a Mar del Plata de vacaciones, después de dieciocho años de no poder hacerlo», decía firme nuestro hombre (en efecto, desde el verano de 1928, en los tiempos felices de la presidencia de don Marcelo, los B-B2 no habían ido al mar). Emilia carecía de argumentos para contestarle y, resignada, admitía la iconografía peronista en el cuarto de estar. El acmé de Cándido llegó el 24 de noviembre de 1946: un día antes, a las diez y media de la noche, había nacido Gastón, su primer nieto, hijo de Pin; a las once de la mañana del 24, el abuelo bisoño recibió el carnet de afiliado número siete del Partido Único de la Revolución Nacional, el partido creado por el ya presidente y general Juan Domingo Perón con el fin de reunir en una sola organización el conglomerado de fuerzas que lo habían llevado al poder. Cándido amó a ese niño como había querido a su madre y, a pesar del antiperonismo cerril de su nuera, también sintió por ella un afecto y una simpatía sin límites. Claro que Leonor, bien afirmada en la educación del freno emocional que había recibido, siempre demostró hacia el suegro una gentileza de otros tiempos. Lo único que Cándido no aceptó de ella fue un vestido rojo que cierta vez se puso en su presencia. El señor B transpiraba. «Leonor, por favor, le ruego que se ponga un vestido de otro color.» Leonor accedió sin chistar. El 16 de agosto de 1948, Cándido volvió a su casa de la calle Solís 675 contento como unas Pascuas. Había estado con Gastón en el parque y el párvulo había demostrado la felicidad que sentía al lado de su abuelo. «La semana que viene, con los pesos que cobre de la jubilación que tengo gracias a Perón y Evita, compraré una biblioteca para Gastón.» «Pero si la criatura no tiene dos años todavía», objetó Emilia. «No importa, será estudioso como su padre y, además, ya tiene el *Tesoro de la Juventud* que le regaló Pin.» Tan exultante estaba Cándido que, esa misma noche, murió en la cama, a los casi 68 años de edad, a los pocos segundos de haber tenido unas relaciones sexuales espectaculares con Emilia. Su *modus moriendi* se convertiría en

el modelo mítico de todos los varones B por varias generaciones a partir de aquella famosa, feliz y fúnebre jornada. Emilia tiró a la calle los retratos del general y de su esposa, pero cumplió puntualmente la promesa de comprar una biblioteca para Gastón: un mueble de cuatro estantes, una tabla articulada en el parante izquierdo y una banqueta destinadas a escritorio del niño lector.

Cándido fue un hombre de baja estatura, fuerte, hábil con las manos y con el cuerpo, jinete muy diestro gracias a lo aprendido durante las guerras civiles del Uruguay y en el campo de Cerro Largo. Buen mozo en su juventud y su madurez, según es posible apreciarlo en la fotografía de su casamiento, los ojos claros, el bigote a la moda y tupido. Fue un lindo anciano, a pesar de haber sufrido una parálisis facial leve, de origen viral. Su cara estuvo llena de luz en los últimos años de la vida. Así se la ve en el verano del 48, cuando Emilia y Cándido fueron de vacaciones a Mar del Plata y visitaron la Sierra de los Padres.

EMILIA B2-B.

Hija de Juan B2 y de Josefa A, nació el 8 de diciembre de 1891 en Barcelona, la ciudad de sus padres. La fecha de su natalicio, en que se celebra la fiesta de la Inmaculada, inspiró los nombres María y Concepción, agregados al de Emilia, tomado a su vez del nombre del hermano de su madre, quien fue padrino de la niña. Segundones ambos de familias ricas de Cataluña y alejados por consiguiente de la herencia, Juan, Josefa y su primera hija, Juana, habían viajado y vivido en Buenos Aires entre 1887 y 1890 para probar fortuna. Juana murió de crup en la Argentina. La noche del deceso Josefa salió a vagar por la ciudad, perdida hasta que salió el sol. Juan metió a su hija muerta en la cama y se quedó dormido al lado del cuerpecito. Una vez que sepultaron a Juana, decidieron volver a Barcelona, donde les nació Emilia, tal cual queda dicho. En 1893, Buenos Aires volvió a aparecérseles como una utopía posible. Reiniciaron la aventura pero dejaron a Emilia al cuidado de la abuela, la madre de Juan, quien la adoraba. Por desgracia, la abuela murió en 1894 y Emilia pasó a manos de una tía, hermana de Juan. «Mis padres me abandonaron, como a un perro», no se cansaría de decir nuestra biografiada toda su existencia. El trauma debió de ser espantoso, origen probable del mal carácter y de los desbordes anímicos de Emilia. En 1896, afianzada la situación económica de los B2 en Buenos Aires gracias a que Juan había puesto una mercería, *El Rey de los Pinches*, que funcionaba de parabienes en el barrio de San Telmo, el matrimonio regresó a Barcelona en busca de su hija. A todo esto, un varón, José, llamado Pepe, les había nacido en la Argentina. A fines de 1897, estaban todos de vuelta en Buenos Aires. La familia real *de los Pinches* progresó en varios sentidos: agregó un varón nuevo a la prole, Juanito, y envió a los hijos a la escuela gratuita excepcional que el país garantizaba a los niños y jóvenes inmigrantes. Es más, Emilia exhibió facultades para la música y pudo estudiar piano con el maestro Antonio Restano, fundador del Instituto Musical Weber en 1907. Restano, hijo de un violinista genovés, nacido en Buenos Aires en 1860, se había formado en el Conservatorio de Milán y había sido el primer argentino que estrenó una ópera propia en Italia. El maestro decía de Emilia que nunca había conocido a nadie como ella, capaz de tocar una partitura a primera vista sin errores y en el *tempo* señalado por el compositor. En mayo de 1914, todo estaba preparado para que nuestra heroína se hiciera escuchar en el *Centre Català* y obtuviese el título de concertista. El 8 de diciembre anterior, al alcanzar su mayoría de

edad, el señor B2 había hecho retratar a su hija en la pose de la gran artista, una mano bajo la mejilla y la otra extendida en el primer plano para que se viera la elegancia longilínea de sus dedos virtuosos. Una centella funesta cayó de golpe sobre la familia. Juan se quejó de dolores intensos en el bajo vientre. Diagnóstico: apendicitis. En menos de veinticuatro horas había sido operado, en menos de cuarenta y ocho horas la septicemia lo había matado. Emilia quedó fulminada, amaba a su padre con locura y no accedió a postergar el concierto, lo anuló para siempre. Desde ese momento, ella fue el sostén de la casa que compartía con su madre y sus hermanos.

Cuando terminaba el año 1916, nuestra heroína conoció al tío de unas alumnas, **Cándido B-B3**, quien no le causó una buena impresión de entrada. El piropo que el caballero le dirigió, al escucharla tocar el piano, sobre esas «manos de oro» que producían la música, se le antojó cursi y pasado de moda. Sin embargo, algún chispazo hubo de encenderse porque, a la semana siguiente, cuando sus alumnas la invitaron otra vez a tomar el té del domingo, Emilia aceptó encantada y se fue de visita, vestida de punta en blanco y con la boa de plumas que había usado para su foto de la mayoría de edad. El resultado fue que Cándido se le declaró al poco tiempo y, el 4 de julio de 1917, el «9 de julio de los norteamericanos» como le gustaba decir a la joven, la pareja se unió en matrimonio en la iglesia de la Concepción, es decir, que se hacía honor a la fecha de nacimiento y a los nombres de la novia. En un santiamén, Emilia quedó embarazada, tan pronto que se esparcieron ciertos rumores. En un baile de carnaval de 1918, la madre en ciernes sufrió un vahido, se cayó desmayada al piso y tuvo que meterse en la cama por unos días. La cuñada Juana la atendió con mucha diligencia. «Ay, Emilia, quiera Dios que no nazca todavía el niño», decía su enfermera. «Sí, Juana, que nazca, estoy cansada de andar con este bombo enorme.» «No, por Dios, replicó la cuñada, que se anduvo diciendo por ahí que usted y Cándido tocaron campanas antes de casarse.» Parece que la divinidad escuchó los ruegos de Juana. **José Emilio B-B2** llegó a este mundo el 15 de abril de 1918, nueve meses y once días después de que se hubieran celebrado las bodas, para escarnio de las lenguas viperinas del barrio y la parentela. Las clases de piano en la casa fueron un trabajo ideal que hizo posible un feliz amamantamiento de la criatura por algo más de un año. Emilia era una madre amorosa y Josefa, una abuela dedicada. La bonanza económica de la Argentina en la década de 1920 impulsó a la familia a encargar un segundo hijo, quien fue la

niña **Mercedes**, nacida en noviembre de 1922. La actividad musical de la señora B renació con entusiasmo. El maestro Restano instó a su antigua alumna, su preferida, a preparar un concierto y a encarar, por primera vez, el trabajo de la composición. Emilia produjo entonces varias piezas para piano, breves, algo adocenadas si bien poseían cierto atractivo melódico que les valió el ser publicadas y vendidas por la Antigua Casa Núñez. Desde ya que la idea principal apuntaba a que esas obras fueran reservadas para los bises del recital, cuyo repertorio incluiría la *Appassionata*, los *Estudios* del *opus 25* y dos *Tristes* de Julián Aguirre. Emilia se encontraba en plena práctica el día en que le anunciaron la muerte de Antonio Restano. Corría el año 1928. Nuestra pianista proscribió de sus deseos la esperanza del concierto para siempre.

La crisis de 1930 dejó a Cándido en la calle. Emilia se hizo cargo plenamente de la economía familiar y dictó la ley de la casa. Con todo el dolor del alma, el hombre tuvo a su cargo las regulaciones de los gastos y las advertencias pesimistas respecto de los estudios del hijo **José Emilio**, quien, a medida que pasaban los años, se transformaba sin embargo en un alumno más y más brillante, desde la matemática o la biología hasta la historia o la lógica. «Hijo, decía Cándido como una suerte de cabeza parlante de don Antonio por debajo de la cual asomaba la figura inmensa de su mujer, hijo, no sé si este año que viene podremos mantenerte para que sigas en el colegio.» Pin terminó el bachillerato *summa cum laude* [véanse los detalles en la voz que le ha sido especialmente dedicada] e ingresó en la Facultad de Medicina en 1936. Gracias al piano que su madre le había enseñado y que él tocaba maravillosamente, el joven interpretaba tangos, *fox-trots*, rumbas en las fiestas de los barrios elegantes, con lo que pudo ahorrar bastante para diluir el fatalismo paterno y sostenerse hasta el momento de comenzar el practicantado en el Hospital de Clínicas. Con un salario aceptable y la posibilidad de disponer de una habitación en ese hospital, Pin partió de la casa familiar en 1939. De manera algo contradictoria, por cierto, Emilia sentía un orgullo sin límites por la carrera de su hijo, que se acrecentó cuando sus dolores de cabeza recibieron una explicación fundada de parte de un profesor de la Facultad quien, consciente del talento médico de José Emilio y deseoso de favorecer a su discípulo, resolvió el caso de las jaquecas de la señora B. Se trataba de un glaucoma severo en el ojo derecho cuya visión Emilia perdió definitivamente a comienzos de 1941. Una iridectomía muy oportuna del ojo izquierdo impidió que

nuestra biografiada quedase ciega. En realidad, la intervención de Pin había salvado a su madre de una catástrofe. Las clases de piano siguieron viento en popa y, sobre la grupa del gran caballo de fuerza en el que se había convertido la clase media de Buenos Aires, rindieron tanto que, en 1944, parecía restaurada la bonanza de los años 20 en el seno de la familia B-B2. Emilia vivió aquel año como un momento particularmente venturoso. José Emilio había roto su noviazgo con una compañera del hospital, «tana» ella, es decir, hija de inmigrantes italianos a quien la señora B no tragaba ni con la Hesperidina que tanto le gustaba. Pin inició muy pronto el romance, que Emilia esperaba desde hacía tiempo, con **Leonor B1**, hija de un catalán conspicuo del que habían escrito loas todos los diarios a propósito de su fallecimiento a finales de 1940. El matrimonio del hijo y el nacimiento del nieto Gastón, a fines de 1946, hicieron pensar a Emilia que la era de las desgracias había terminado, a pesar de que su marido hubiera decidido volver a navegar en las aguas de la política en la barca del peronismo, movimiento que nuestra señora rechazó visceralmente desde el principio.

Pero nuevas amarguras y nuevos triunfos le estaban reservados. En agosto de 1948, en una noche increíblemente feliz bajo el dominio del numen Himeneo, el pobre Cándido entregó su espíritu y Emilia fue viuda sin aviso, cuando menos se lo esperaba. A finales de 1950, por el contrario, la prosperidad asentada sobre las clases de piano permitió que la señora B regalase a su hija Mercedes un viaje a Europa para que la muchacha conociese al novio Jean de quien se había enamorado por correspondencia [véase el artículo dedicado a **Mercedes B-C** en este mismo apartado]. Emilia fue de la partida, naturalmente, y así pudo regresar a su Barcelona natal después de más de medio siglo de ausencia. La madre, Josefa A, permaneció en Buenos Aires al cuidado de Pepe B2. La familia catalana recibió a la prima lejana con muestras inmensas de cariño. El tío Emilio A, hermano de Josefa y padrino suyo, le regaló una colección de aguafuertes de Piranesi que habían pertenecido al linaje durante varias generaciones. En Francia, la señora B estuvo encantadora, dominó su autoritarismo y desplegó su seducción pianística. Prometió regresar en dos años para celebrar las bodas de Mercedes. El destino decidió otra cosa: en 1952, Jean se vio obligado a abandonar Francia, ir a la Argentina en busca de refugio, casarse en Buenos Aires con Mercedes y pasar a vivir junto a Emilia en la casa de la calle Solís al 600. Las dificultades laborales de Jean hicieron que se

repitiese al milímetro la historia económica de la década del 30: la actividad musical de Emilia fue el pivote material de la vieja y la nueva familia. Se sucedieron las desgracias otra vez: el 5 de febrero de 1954, murió Josefa, la «Yaya»; entre julio del 54 y marzo del 55, se produjeron los intentos de Mercedes y Jean, finalmente exitosos, de abandonar la Argentina. Lo bueno del asunto fue que Emilia se puso a ahorrar y organizó dos nuevos viajes a Europa. Hizo sola el primero, en 1958, para conocer a su nieta recién nacida, Marie Françoise. Llevó en el segundo, en 1961, a su adorado Gastón con el que visitó tres sitios que no conocía y le fascinaron: en Francia, París, nuevo domicilio de Mercedes, su marido y sus hijos; en España, la isla de Mallorca y la ciudad de Madrid, donde se dio un atracón de teatro pues asistió al estreno de *Las Meninas* de Antonio Buero Vallejo, a una *Yerma* fuera de serie con Bautista en el papel principal y a la versión magnífica de la pieza *Chéri* de Colette que presentó la actriz Eugenia Zúffoli en el *Reina Victoria*.

Al regresar de Europa, Emilia se sintió vieja por primera vez. Las clases de piano declinaron debido a varias razones: la primera y principal era que los gustos e ideales musicales de la pequeña burguesía habían dado un giro a partir de la revolución de los Beatles (el ser buen músico se había extendido a una gama de instrumentos, la guitarra eléctrica, las baterías de percusión, el sintetizador de teclado, y a un tipo de canto que dejaron a un costado cualquier supremacía del pianoforte); el segundo motivo nacía de los cambios producidos en las formas de la enseñanza de la música a comienzos de los 60, una avanzada de la pedagogía artística que encabezaba el *Collegium Musicum* en Buenos Aires; la tercera razón era puramente personal, Emilia estaba cansada de ejercer e instruir en sus propias destrezas y ya no parecía dispuesta a adaptarse a los vuelcos estéticos y prácticos que imponían los tiempos nuevos, la modernidad militante de la década más esperanzada y glamorosa del siglo XX. También en el horizonte que ocupaba su madre, el doctor B, Pin, experimentó el 1965 como un *annus horribilis*. Emilia dio señales de una senilidad preocupante. Después de años de subalquilar piezas en la gran casa que ella a su vez alquilaba, sin conocimiento explícito del propietario, la señora B se jactó en presencia de su locatario, en un acto de locura, del abuso ilegal de la vivienda que cometía. El dueño del inmueble le entabló un juicio de desalojo que tuvo una resolución perentoria y desfavorable para los intereses de la inquilina. José Emilio hubo de reinstalar a su madre, de un día a otro, en un departamento de sólo dos ambientes sobre la

avenida Independencia y San José, a metros del consultorio que aún le prestaba su querido amigo, Enrique V, para que atendiese a los pacientes particulares. Esa vecindad permitía a Pin vigilar y cuidar mejor de su madre. Pero, a mediados de 1966, la situación hizo crisis: Emilia acusó de robo a la mujer que limpiaba la casa, le cocinaba y hacía las compras. Leonor intervino y consiguió una persona, muy bien recomendada, para que viviese con su suegra de manera permanente. Se trataba de Luisa L, una señora madura de buen corazón e imaginación frondosa, tan pero tan excéntrica que hasta los nietos varones de Emilia aceptaron realizar visitas a la abuela dos veces por semana con el objeto de distraer a la anciana pero, sobre todo, de divertirse ellos mismos merced a los dichos y hechos de Luisa. Lo que más atraía a Luis Martín, por ejemplo, era asistir a la compenetración absoluta de la dama de compañía con la acción dramática desplegada en los teleteatros y en las películas del programa *Hollywood en castellano*. Las escenas de suspenso, cuando el asesino llegaba por detrás de la víctima o una alimaña escondida atacaba a los protagonistas de la historia en imágenes, incitaban a Luisa a advertir a los amenazados: «Tené cuidado, tené cuidado, te digo, que viene por detrás». Y al producirse el mandoble: «Viste, tomá, para qué te estoy hablando si no hacés caso, ahora es tarde», redoblaba la voz de la buena dama quien conocía poco y nada de la teoría de la representación elaborada por los lógicos de Port Royal. El 8 de diciembre de 1968, Pin organizó una celebración de cumpleaños para su madre. Nueve días más tarde, Emilia sintió un dolor punzante en el pecho. «Ay, Luisa, abráceme y no me abandone.» José Emilio llegó desde el consultorio en tres minutos. Su madre había muerto.

Iconografía:

El medallón fotográfico, par del de su marido, la muestra bella, ideal, vaporosa inclusive, en el día del matrimonio. Durante buena parte de su vida, Emilia no sólo posó sino que representó un cierto papel en cada uno de sus retratos. Una serie de imágenes, tomadas a los pocos meses de ser madre de José Emilio, nos muestra una muchacha algo cambiada, ya no más la ninfa vestida de la foto de la boda pues se la ve con unos kilos de más, pero igualmente transida, en apariencia, por una meditación melancólica, acodada en una balaustrada de fantasía, a la vera de un jardín, aplicada a los cuidados de un recién nacido al que Juanito pasea en un coche de tiovivo.

Del comienzo de los 20 es la fotografía que sigue, en la que Emilia, definitivamente corpulenta, aparece junto a Antonio

Restano, erguida, segura de sí, consciente de la seducción que era capaz de ejercer sobre su maestro. Idéntico empaque revela en el retrato colectivo que la exhibe sentada, con un hijo a cada lado, algo flacuchos y erguidos, a modo de guardianes pequeños de una tan alta señora; Emilia mandó pegar la imagen a una tabla recortada según el contorno de los personajes y del asiento. El objeto podía verse aún, montado en un soporte de riel, sobre el piano principal de la casa a mediados de los 50. La foto con ella sola, de pie, en un cuarto de perfil por debajo de la cintura, captada probablemente en 1932, resulta enigmática. ¿Qué representa más allá de la figura imponente de Emilia? ¿Acaso ha sido puesto en escena su papel de árbitro omnipotente de la morada? El último retrato que presentamos da cuenta de la destrucción que el glaucoma ha generado en su mirada, aunque no en la firmeza de su carácter, expresada por los contornos de la mandíbula y de la boca. Sus nietos encontraban en esa cara, no obstante y precisamente, una dulzura irónica que los incitaba a besarla con espontaneidad. Todos ellos la llamaban «*Mima*».

MERCEDES B-C.

Hija de **Cándido B** y de **Emilia B2**, nació en Buenos Aires el 18 de noviembre de 1922. Igual que a su hermano José Emilio, su madre le enseñó a tocar el piano desde muy pequeña. Mercedes aprendió a leer la música antes que la escritura común y corriente. A los 14 años, obtuvo su diploma de profesora de piano, teoría, solfeo y armonía en el *Conservatorio Carl Maria von Weber* del que Emilia era profesora. *In continenti*, la adolescente se puso a ayudar a su madre con las clases y se encargó de la enseñanza teórica, de los ejercicios, de las cuestiones del contrapunto. Abandonó el bachillerato y se dedicó en cuerpo y alma al estudio del francés en la *Alianza Francesa* de Buenos Aires. Al cumplir los 20 años, agregó el profesorado de esa lengua y un conocimiento sólido de la literatura, desde Rabelais hasta Valéry, a sus habilidades o antecedentes que incluían, por supuesto, el manejo del catalán inculcado por la madre Emilia y la abuela Josefa, la *Yaya*. Mercedes era muy devota, no de comunión diaria pero casi. La muerte repentina de su padre, Cándido, la dejó hecha pedazos en agosto de 1948. Afortunadamente, se había entusiasmado con el nacimiento del sobrino Gastón B y se había convertido en una de sus más consecuentes paseadoras. Lo llevaba a los bosques de Palermo hasta que, un día, se le ocurrió subir al niño a un *poney* y dejar que diera una vuelta completa en torno al rosedal. Lo acompañó todo el trayecto tomado de la mano. Hubo de aspirar el polvillo que se desprendía del pelo del animal porque, esa noche, tuvo un ataque de asma que la recluyó tres días en el hospital. Corría el año 1949 y Mercedes sentía que olvidaba su francés. Volvió a la *Alianza* para hacer un curso de conversación y conseguir un corresponsal de la metrópoli. Dio con una persona que le pareció ideal, un muchacho algo menor que ella, Jean C, nacido en Pézenas el 23 de noviembre de 1925, quien sabía muy bien el español por haberlo aprendido de sus abuelos paternos, llegados al Languedoc desde los Pirineos españoles después de la tercera guerra carlista. Por otra parte, Jean había practicado la lengua de sus antepasados entre 1946 y 1948 en la *Grande Chartreuse* de los Alpes, monasterio en el que aspiró a ingresar aunque finalmente desistió. La cartuja francesa contaba entonces con una buena cantidad de españoles entre los monjes y los novicios, probablemente miembros de familias católicas españolas que no comulgaban con las políticas fascistoides del general Franco. Años más tarde, Emilia, siempre encantada con las pifias, se preguntaría en voz alta acerca de la experiencia de su yerno en el monasterio: «¿Qué pudo aprender

Jeannot del español en ese sitio? ¿Algo más que la letanía "Ya lo sabemos. Que morir habemos" mientras se cavaba la fosa de su tumba?». (Emilia erraba al tomar la oración y el temple de ánimo característicos de las trapas por hábitos corrientes en las cartujas.) Lo cierto es que Mercedes escribía a Jean en francés y Jean le respondía en español. El intercambio de textos se hizo trueque de imágenes, de confesiones, de movimientos íntimos del corazón y, por último, de promesas juveniles de amor eterno. La perspicacia de su madre no necesitó que la hija le contara sus cuitas. A comienzos de octubre, Emilia llegó de la calle y blandió dos pasajes para ir a Barcelona en el *Conte Grande*. Luego pasarían a Francia con el fin de que los novios por correspondencia se vieran directamente las caras y confirmaran su amorío en el plano prosaico de las sensibilidades. Mercedes lloró varios días de felicidad. La señora B y la señorita B partieron del puerto de Buenos Aires en diciembre de 1950, fueron acogidas como princesas por la parentela catalana (un poco franquista, lamentablemente), siguieron hasta Montpellier donde los novios se conocieron y se comprometieron: Mercedes volvería a Francia para casarse a fines de 1952. Pero, en febrero de ese año, creció el rumor de que el ejército profesional francés, que combatía en Indochina, resultaba insuficiente para ganar esa maldita guerra y que existía la posibilidad de una conscripción de ciudadanos comunes (por fortuna, no ocurrió nada parecido). El señor André C, padre del novio de Mercedes, quien tenía varias experiencias directas, para nada felices, de las guerras en las que su país se había embarcado en la primera mitad del siglo XX, cortó de cuajo cualquier impulso patriotero de Jean, le compró un billete de ida en el vapor *Bretagne* y lo fletó en mayo de 1952 a Buenos Aires (André se encontraba en una trinchera cerca de Juvigny, en el Chemin des Dames, el 11 de noviembre de 1918, cuando se firmó el armisticio. Recordaba haber visto salir de sus propios refugios a los alemanes con banderas blancas al grito jubiloso de: «¡Armisticio, armisticio! Se acabó la pesadilla. Hermanos franceses, abracémonos». Y los franceses que se plegaron de inmediato al festejo, intercambiaron cigarrillos y chocolates con sus nuevos camaradas, hasta que los oficiales de la *République* irrumpieron en la tierra de nadie y a los gritos ordenaron a sus veteranos terminar de inmediato cualquier contacto con «esa gente». Los militares de carrera son monótona, estúpida, patética y cruelmente parecidos en todos los ejércitos modernos de este mundo). Dos semanas después del arribo del joven a la Argentina, Mercedes y Jean se casaron y partieron de luna de miel a Montevideo, para seguir la tradición de los B en cuanto a destino de los viajes de bodas [las tribulaciones de Jean en el mundo laboral de su nuevo país se cuentan en la voz Leonor B1-B]. El 22 de mayo de 1953, nació Emilio Andrés, el primer hijo de la pareja

binacional. Un año más tarde, tras el desastre sufrido por el ejército francés en la batalla de Dien Bien Phu, Jean recibió la noticia de que el fin de la guerra había tenido un efecto virtuoso suplementario al del freno de la matanza. Se estaba produciendo una recuperación notable de la economía francesa. Habían aumentado las posibilidades de conseguir empleo en el país natal, un trabajo acorde con las capacidades matemáticas de Jean. Mercedes y su marido resolvieron dejar la Argentina.Se repitieron los llantos de la muchacha aunque, esa vez, fueron de tristeza. Los tres C-B embarcaron en agosto de 1954 en el *Provence*,que, al aproximarse a Montevideo, chocó contra un petrolero y hubo de volverse a Buenos Aires. Emilia estaba indignada pues habría que reeditar todos los desgarramientos y las lágrimas en una segunda partida. Jean se marchó solo en el *Conte Grande* a fines de noviembre. Mercedes comenzó a dudar acerca de qué camino seguir, parecía como si el accidente del *Provence* hubiera sido un mal signo. «Te tenés que ir cuanto antes a reunirte con tu marido, mañana si fuera posible», le dijo Leonor. El 8 de marzo de 1955, en el *Giulio Cesare*, Mercedes y Emilio Andrés se despidieron de la Argentina para siempre.

Jean había conseguido un puesto de profesor de matemáticas en Carpentras, una comuna en el departamento de Vaucluse. En realidad, se trataba de dirigir los estudios y realizar las correcciones de ejercicios y exámenes de alumnos inscriptos en bachilleratos por correspondencia. A Mercedes le encantaba esa modalidad de trabajo. El carácter sereno y afable de su marido hacía que, para ella, fuera una delicia tenerlo a su lado todo el día en la casa. El 14 de julio de 1955, viajaron a reunirse con el resto de la familia C en Montpellier y en Sète. Emilio disfrutó de conocer el mar y de jugar en la playa. Sólo la lejanía de la madre era un motivo de dolor para la joven señora C. En 1956, Jean obtuvo un pase a Burdeos, una ciudad con todas las de la ley. Allí vino al mundo Marie-Françoise, el 14 de julio de 1957. Emilia comenzó a hacer las valijas en Buenos Aires para ir a conocer a su nieta. A comienzos de enero del 58, hacia Barcelona y Francia viajó la abuela en el *Giulio Cesare*. Interín, Jeannot había sido transferido. Su nuevo destino, Saint-Claude en el Alto Jura, «una aldea con veleidades de ciudad» (según decía Emilia), esperaba a la viajera de Sudamérica con nieve y mucho frío. Emilia-Mima recordó un episodio de su niñez más temprana, cuando su tía materna la llevó en un mes de enero a Montserrat. Como quiera que fuese, la señora B2-B estaba encantada de la vida de conocer a su nieta. En la «aldea» había un buen estudio fotográfico que hizo varias tomas de las

tres generaciones de mujeres. Emilio, entonces Émile-André, también hizo las delicias de la abuela. El regreso de Mima a Buenos Aires impuso una reedición de las escenas de llanto, aunque todo el mundo sabía que la andariega señora B volvería ni bien hubiese ganado el dinero necesario para hacerlo. En 1960, Jean y su familia se establecieron definitivamente en París, en el 84 de la *rue* La Fontaine, donde habitaron el departamento interior de un bello edificio del barrio de Auteuil, *16º arrondissement*. El 7 de enero de 1961, Mima se apersonó en París en compañía de su nieto Gastón, un adolescente de 14 años que se lanzó a conocer los monumentos y los museos de la ciudad. Mercedes aprovechó el gusto de su sobrino por la historia y el arte para organizar excursiones que ella misma quería hacer desde su propio arribo a París: la familia C en pleno. Emilia y Gastón visitaron Versalles y Fontainebleau dos domingos consecutivos, a pesar de que los días eran grises y gélidos. Marie-Françoise protestaba de aburrimiento y de frío, pero Émile aprendió mucho de los relatos de los guías o de las ocurrencias del primo. El 14 de febrero, tras un episodio muy amargo de despedida (Mercedes sintió que, de verdad, nunca más vería a su madre), Mima y el nieto tomaron el tren que los llevaría a Montpellier donde los esperaban los padres de Jean y la hermana Zezette, quienes los habían invitado a pasar unos días en Pézenas. Tras recorrer el Languedoc y la Costa Azul, Emilia y Gastón tomaron el transatlántico *Augustus* en la rada de Cannes. El 9 de marzo, llegaron a Buenos Aires. Las sensaciones de hospitalidad sincera, de adaptación y contento, de sencillez y trabajo, que Gastón había percibido como nunca antes en su tía y fue capaz de transmitir a sus padres, reverberaron tal cual en el ánimo de éstos cuando Pin y Leonor vivieron en la *Maison Argentine* de la Ciudad Universitaria de París en 1963 y concurrieron varias veces de visita a la casa diminuta del *16º arrondissement*. Pero, efectivamente, Mima no regresó a París y murió lejos de la hija, en diciembre de 1968. En el departamento de Vanves o en el de la rue Brown-Séquard, Mercedes siguió siendo la anfitriona alegre de los B cada vez (y fueron muchas) que alguno de ellos recaló en París, Pin en su calidad de médico célebre, Gastón, su mujer y sus hijos siempre bajo la veste de protagonistas o acompañantes de enloquecidos peregrinajes filosóficos.

Émile-André estudió ingeniería. Aprendió todo cuanto puede aprenderse en este mundo acerca de los ferrocarriles, al punto de que llegó a saber los horarios (los teóricos, por supuesto, aunque también los reales gracias a las informaciones

que hoy se encuentran en las redes sociales) del tren *Gran Capitán*, que une la estación Federico Lacroze en Buenos Aires con la estación central de Posadas, en la provincia de Misiones. Sin haberse casi movido de París salvo para hacer su servicio militar en Alemania, Émile conoce en profundidad el itinerario y los detalles técnicos de las formaciones que transitan los techos del mundo, por ejemplo, el tren entre Cuzco y Puno que pasa por Andahuaylillas y Juliaca y alcanza los cuatro mil trescientos metros de altura, o el tren que va de Beijing a Katmandú y permite a los viajeros desviarse por un camino hasta el paso de Gyamtso-La a cinco mil doscientos metros sobre el nivel del mar en el duodécimo día del recorrido. Marie-Françoise estudió medicina y se especializó en nefrología infantil. En 1987, se casó con Jean S, matemático como su padre, profesor en la *École des Mines* y creador de la morfología matemática junto con el profesor Georges Matheron. Tuvieron dos hijos, Jean-Rémi y Hélène, a los que Mercedes conoció y adoró. Golpeada por una dermatomiositis, la señora B-C soportó con estoicismo los dolores y las tribulaciones que esa enfermedad acarrea. Murió en París el 22 de julio de 2002 en su casa de la rue Brown-Séquard. Las dos fotos suyas que presentamos exhiben un extraordinario paralelismo con las de Leonor y la melena leonina, Leonor y el peinado del *american way* a finales de los 40. Parece que ambas imágenes fueron las que vio Jean, cuyo retrato para la cédula argentina agregamos, cuando se enamoró de su mujer por correspondencia.

LOS B1-M

ALFREDO B1,

llamado el **CHINO**. Sexto hijo de **Belarmino B1** y de **Matilde M**. Nació en Buenos Aires el 25 de marzo de 1924. Concurrió a las mismas escuelas que su hermana Angélica [véase la voz correspondiente], pero no fue muy buen alumno. A las cansadas, ya bien cumplidos los 15 años, su hermano César tuvo que prepararlo para que pudiese rendir examen libre de quinto y sexto grados y presentarse luego al ingreso en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Logró entrar tras un intento fallido y estuvo en el colegio hasta que, en 1942, se incorporó a la Escuela Naval. Fue un buen cadete de la promoción 74, a pesar de que no le gustase demasiado la gimnasia. Participó en el primer viaje de instrucción que, después de la guerra mundial, condujo a los guardiamarinas hasta Europa. A bordo del crucero-buque escuela *La Argentina*, adquirido en astilleros británicos en 1935, botado en 1939 poco antes del estallido del conflicto, el Chino navegó largo tiempo, entre el 5 de abril y el 24 de noviembre de 1947. El itinerario fue excepcional. De Buenos Aires, la nave se dirigió hacia el sur, se introdujo en el estrecho de Magallanes, se detuvo en Punta Arenas, recorrió el largo del Pacífico rumbo al norte, hizo puerto en Valparaíso, en El Callao, Guayaquil y Panamá. Atravesó el canal y atracó en Veracruz y La Habana. Tocó Nueva York, donde los marinos, bastante curtidos, alternaron con sus pares norteamericanos y deliraron al visitar la ciudad, que vivía uno de los momentos más exultantes y creativos de su historia. Desde Halifax, hicieron el cruce del Atlántico norte, llegaron a Dublín y, más tarde, a Boulogne-sur-Mer. Fueron por tierra hasta París, a la que encontraron bastante triste todavía. Ni qué decir Londres, aún en ruinas, o Amberes con las huellas de la batalla que había concluido con la captura de la ciudad por parte de los aliados en octubre de 1944. Después de San Sebastián, Lisboa les supo a gloria. Una vez en el Mediterráneo, reaparecieron las cicatrices de la guerra en Marsella, Génova y Nápoles. Merced a semejante contexto, y aún si hubieran visto prosperidad en esos puertos, Estambul los fascinó casi tanto como Nueva York. El Chino siempre diría que nada era comparable a la visión crepuscular de los perfiles de Santa Sofía y la mezquita Azul desde el muelle en el Cuerno de Oro. El barco volvió luego hasta Malta, atracó en Argel, cruzó Gibraltar y paró en Casablanca, donde Alfredo tuvo una de las experiencias más chocantes de toda su vida: vio a un niñito negro, cargador de alfombras, esclavo de un mercader árabe y maltratado por su amo. Un oficial que acompañaba a los

guardiamarinas argentinos los frenó cuando quisieron intervenir violentamente para dar su merecido al negrero. «Nada de eso, dijo el oficial, primero porque daríamos pie a un incidente diplomático muy grave, segundo porque nos iremos y al negrito le pasará lo del criado Andrés al que quiso resarcir Don Quijote.» Cultivado, el hombre. En Río de Janeiro, fue una delicia comprobar que los negros sudamericanos eran libres como pájaros. Pararon una noche en la rada de La Plata y, al día siguiente, Buenos Aires y el presidente de la República, Juan Perón, los recibieron en triunfo.

No por esto amenguó la antipatía que nuestro hombre ya sentía hacia el régimen y la persona del general Perón, muy aleccionado en tal sentido por su hermana Leonor. Una primera manifestación, grotesca, de tal estado de ánimo brotó a comienzos de 1954, cuando el teniente de fragata B1, al mando de la guarnición de la isla Martín García, recibió la visita del señor Pavón Pereyra, historiador oficial, encargado de escribir la biografía del general. El amauta quería conocer de primera mano el lugar en el que Perón había estado preso durante los días previos al 17 de octubre de 1945. El cuarto que le había servido de prisión era un depósito de provisiones en vísperas de la llegada de Pavón Pereyra. El Chino resolvió sacar las cosas de en medio, poner una cama cualquiera, una mesa de luz, un crucifijo y un armario desvencijado en la habitación para dar un poco la idea de lo que había sido la cárcel del líder. No olvidó agregar una escupidera debajo de la cama a título de sarcasmo sangriento. El buen cronista llegó al sitio, tuvo unos minutos de recogimiento y luego, en medio de la sorpresa y la consternación de Alfredo, dispuso sacar una fotografía del recinto para publicar en el libro de la vida de Perón y hacer que las generaciones futuras conocieran los entresijos austeros de aquel episodio. Aclaró que mostraría la imagen al propio presidente: éste reconocería, muy emocionado de seguro, todos los detalles. El oficial al mando sintió un sudor frío. El zorro astuto de Perón captaría la jugarreta y obraría en consecuencia. Sin embargo, no sucedió nada de eso. Habiendo regresado Pavón Pereyra a Buenos Aires, Perón miró la foto y exclamó a la manera de Silvio Pellico: «En efecto, allí está todo, tal cual estaba. Pondré una felicitación en el legajo del teniente a cargo por ocuparse de la conservación histórica de mis prisiones».

La segunda muestra de que el Chino sentía bastante más que ojeriza contra el general fue su participación activa en la jornada del bombardeo de la aviación naval a la Casa Rosada y a la Plaza de Mayo, el 16 de junio de 1955 [véase el detalle y la

explicación política del asunto en **Leonor B1-B**]. Alfredo organizó la resistencia en el ministerio de Marina. Al comenzar la tarde de aquel día, tuvo que rendir la plaza y fue tomado prisionero. Los militares leales que habían capturado el reducto, un capitán y un teniente 1º del ejército, montaron a un *jeep* para ir a informar de lo ocurrido al comando de represión de los sublevados en el edificio del Ministerio de la Guerra (hoy es el Ministerio de Defensa, en Azopardo al 250). El vehículo no arrancó, por lo que los oficiales vencedores pidieron la ayuda del vencido, quien hizo funcionar el motor y se ofreció gentilmente a manejar hasta el comando militar. Llegados a destino, los dos hombres bajaron a toda prisa y se olvidaron de que el chofer era un preso. Nadie había observado la maniobra de modo que el Chino, con cara de circunspecto leal al presidente, dio marcha atrás y si te he visto no me acuerdo. Pudo esconderse en la casa de un primo muy querido, Jorge L, su mejor compinche de la adolescencia, hijo de Angelina B1-L, hermana de Belarmino. Jorge lo mantuvo oculto dos semanas hasta que arregló un traslado clandestino de Alfredo, con documentos falsos, hasta la ciudad de Zárate a orillas del Paraná. Una noche de mediados de julio, el Chino cruzó ese río y se internó a caballo en la provincia de Entre Ríos, disfrazado de peón, calzado con alpargatas, vestido con una bombacha de campo y un ponchito encima. Otros primos, hijos de Amadeo B1, lo tuvieron dos días en su casa de Concepción. Otra noche, Alfredo atravesó en bote el río Uruguay. El 27 de julio, llegó sano y salvo a Paysandú. «Heroico Paysandú, yo te saludo, / hermano de la patria en que nací, / tus versos y tus glorias esplendentes (¡vaya palabra!) / se cantan en mi tierra como aquí.» Alfredo B1 logró lo que Eduardo Belgrano y Daniel Bello, personajes de *Amalia*, no habían conseguido. No fue muy largo el exilio del Chino, que no se podría llamar «dorado» pero tampoco «plúmbeo». Los uruguayos recibían a los refugiados argentinos como combatientes épicos de la libertad y se ocupaban de conseguirles buenos trabajos. Alfredo fue mecánico de autos, un oficio para el que tenía mucha habilidad. Perón cayó entre el 19 y el 21 de septiembre de 1955. A finales de octubre, el Chino regresó a la patria con aquella aura de triunfador que el propio general derrocado le había concedido una vez, a la vuelta del viaje de instrucción naval.

Al poco tiempo de regresar a Buenos Aires, el joven y heroico capitán de corbeta, ascendido por sus méritos en la revolución Libertadora, fue designado interventor del ferrocarril General Belgrano. El primo Jorge L pasó a ser su

mejor y más fiel colaborador. El Chino le confió, por ejemplo, la misión diplomática de ir hasta Villazón, en Bolivia, y dirigir los trabajos de empalme de la red ferroviaria argentina con la que los ingenieros bolivianos habían trazado de esa ciudad a Tupiza y, más allá, a la rica Potosí. De no haber sido por la muerte de su madre en julio de 1957, Alfredo se hubiera considerado un hombre plenamente feliz. En esa época, comenzaron sus paseos proverbiales en la calle Florida, vestido de civil, con un chambergo ostentoso, en dirección al palacete del Centro Naval. No había mujer que se le resistiera, pero, en 1959, decidió sentar cabeza y contrajo matrimonio con Edith, una bellísima muchacha, hija de alemanes, de la que tuvo, más tarde, dos hijos varones, Pablo y Miguel. No durarían mucho tiempo más la juiciosa sentada ni la carrera naval de Alfredo. Por antiperonista intransigente, la política de negociación del presidente Frondizi lo hizo a un lado en 1961; con 37 años apenas, el Chinito obtuvo su RE (retiro efectivo) de la marina (el sistema argentino de jubilaciones y pensiones militares es realmente una maravilla de relojería institucional: sus beneficiarios se van a casa con todo el sueldo que percibían en actividad, ajustado automáticamente según sean los aumentos de la categoría o grado que hubieren alcanzado; sus viudas tienen exactamente las mismas ventajas; el resto de los mortales se jubila con el 75 o el 82% en los mejores casos y luego los ajustes se pagan cuando el gobierno de turno pretende ganar elecciones o bien cuando la divinidad recuerda a los funcionarios la cláusula de la Constitución que garantiza el 82 móvil, cosa que ocurre por lo menos un vez en cada ciclo de precesión de los equinoccios. ¡Caramba con los militares!, exclamarían en más de una zarzuela). Por picaflor y mujeriego empedernido, Edith conminó a Alfredo a abandonar sus caminatas en la calle Florida. No obstante, las relaciones hicieron crisis y en 1965 se terminó el matrimonio. Dos veces más reincidió nuestro hombre, con dos mujeres muy bondadosas: Aurora, de la que nació Aurorita, y Marta, quien también le dio una hija, Caroline.

Las intervenciones del Chino en la política no disminuyeron con el pasar de los años. Al contrario, cuanta conspiración real o ficticia hubo en los 60 y los 70, que involucrara a militares, lo tuvo en uno u otro bando de los agonistas. En líneas generales, formó parte de los grupos liberales de las fuerzas armadas, liberales en lo político más que en lo económico. Por eso, la asonada de junio del 66 contra el presidente Illia (radical) no lo tuvo entre sus promotores, aunque sí apoyó, más tarde, el

famoso acuerdo nacional que alentó el general Lanusse entre 1971 y 1973 mediante el cual se procuraba llegar a un arreglo de los sectores liberales del ejército y la marina con el general Perón en el exilio. Algo extraño, durante la presidencia de la señora de Perón («Isabelita»), a pesar de su antiperonismo tan arraigado, Alfredo B1 participó en los esfuerzos que, tras la expulsión del «brujo» López Rega del gabinete, hicieron el coronel Damasco y el doctor Julio González por preservar el gobierno constitucional. El Chino insistía en que González era una persona de bien, republicano y demócrata. Nuestro personaje preveía además que un golpe de estado en esas circunstancias entronizaría a personas franca y abiertamente criminales, capaces de desencadenar la peor tragedia argentina, cosa que finalmente ocurrió como es bien sabido. Nuestro biografiado fue enemigo acérrimo del almirante Massera, el hombre más siniestro de la junta militar que derrocó a Isabelita y tomó el poder el 24 de marzo de 1976. A los pocos días, el Chino se exilió en los Estados Unidos junto a su mujer, Marta. En septiembre de ese mismo año, se produjo un hecho enigmático. Alfredo había viajado desde California a Nueva York, aparentemente con la intención de encontrar a ciertos amigos argentinos que lo acompañarían a testimoniar contra la dictadura de su país ante el congreso norteamericano en Washington. En un *alley* del East Side, tres personas le cortaron el camino, lo golpearon salvajemente, le arrebataron el dinero y los documentos que llevaba encima y lo dejaron por muerto, tirado en la calzada. Una tarjeta de su cuñado, **José Emilio B**, que se encontraba en un bolsillo interior de su saco, permitió a la policía de Nueva York tomar contacto con los parientes en Buenos Aires e identificar al herido. En octubre, José Emilio viajó a Estados Unidos para verlo y comprobó que el peligro había pasado. Era mejor ni pensar en un regreso del Chino a la Argentina. Hasta 1986, el viejo capitán de la marina y su familia, crecida a la sazón debido al nacimiento de Caroline en la ciudad de Los Ángeles, vivieron en Norteamérica. A su regreso a Buenos Aires, el almirante Massera se encontraba preso y no representaba ningún peligro para él ni para nadie de los suyos. Alfredo permaneció alejado de la política a partir de entonces. Murió en Buenos Aires el 23 de diciembre de 2010.

ANGÉLICA B1,

llamada la **CHINA**. Séptima y última hija de **Belarmino B1** y de **Matilde M**. Nació en Buenos Aires el 7 de febrero de 1926. Tras las huellas del laicismo de su padre, cursó sus estudios primarios en dos escuelas del Estado en el Barrio Sur, la primera, en la calle Luis Sáenz Peña entre Belgrano y Venezuela, la segunda, en la calle Chile entre Salta y Lima. Tras la muerte de Belarmino, fue enviada al colegio de las dominicas de la *Anunciata* en Arenales al 2000, donde se recibió de maestra en 1945. Con gran entusiasmo, se puso a trabajar apenas graduada en la enseñanza primaria de adultos, campo en el que descolló muy pronto, de manera que, en 1955, fue ya directora de una escuela para ese tipo de educandos. Nunca cejó en su empeño de instruir al soberano, es decir, al pueblo, según el mandato de Sarmiento. En 1983, aceptó con gusto la *capitis diminutio* de convertirse en maestra de grado rasa y, hasta 1988, año de su jubilación, impartió clases a niños de cuarto y quinto grado en la escuela-palacio de la calle Reconquista, entre Corrientes y Lavalle, «De Catedral al Norte, José Manuel Estrada», que había fundado y dotado el propio Sarmiento, director del Departamento de Escuelas de la provincia de Buenos Aires, en 1860.

Casose el 27 de diciembre de 1950 con el doctor Julio Ch, abogado católico de prestigio y propietario de campos en Bragado. Julio se había educado con los jesuitas y era hombre de vasta cultura, lector de Romano Guardini, Maritain, Simone Weil y Teilhard de Chardin. Ya en los años 50, sus ideas sobre el cristianismo prefiguraban las que prevalecerían más tarde en las sesiones del Concilio Vaticano II. Eran demasiado avanzadas para el clericalismo chato que dominaba la Iglesia en aquel momento de la Argentina. Julio sólo podía escuchar y ser escuchado por monseñor Miguel de Andrea, obispo de Temnos y párroco de la iglesia de San Miguel. Los jóvenes Ch-B1 fueron a vivir con doña Amanda S de Ch, madre del esposo, a un departamento muy confortable de la calle Godoy Cruz, casi esquina Libertador. Tuvieron tres hijos al hilo, Julito, María Angelina, la favorita de la abuela Matilde, y José Pablo, cuyo parto prematuro casi costó la vida de Angélica. Este episodio interrumpió lo que parecía anunciarse como una secuencia demasiado católica de criaturas. La casa de los Ch estaba siempre abierta a los familiares y parientes, sobre todo a los

más chicos, al punto de que quienes viven aún recuerdan el clima festivo y de sereno acogimiento que allí había. Desde las ventanas interiores del departamento se tenía una visión estupenda de la avenida del Libertador, donde solía hacerse el desfile clásico del 9 de Julio, de modo que ninguno de los primos de los niños Ch se perdía aquellas paradas militares ni se privaba de comparar, de un año al otro, la fidelidad de los uniformes de época, la potencia de los vehículos oruga, los tanques y los cañones modernos. Alguien de la casa preparaba un arrollado delicioso de atún, verduras, mayonesa y jamón, que los menores se devoraban en medio de trompadas y empujones disimulados para alcanzar primero los manjares. Por lo contrario, la propiedad campestre de la familia, unas doscientas sesenta hectáreas próximas a la estación de Asamblea, al sur del Bragado, permanecía inaccesible. Julio odiaba aquel lugar, sitio de la muerte muy prematura de su padre. Lo visitó una vez con Angélica sin poder estarse más de una hora, pues tanta era la angustia que allí sentía. Un hermano de doña Amanda se encargaba de la administración de la estanzuela. En medio de un cielo sereno, el 22 de agosto de 1965, Julio sufrió un derrame cerebral masivo que, tres días después, lo llevó a la tumba.

Aunque la conducta del evangélico de su marido en 1965 era incomparable a la de su padre en 1940, la China pensó que su situación presentaba paralelos con la vivida por su madre a raíz de la viudez compartida. Igual que Matilde, Angélica tomó el toro por las astas. Vendió el departamento de la calle Godoy Cruz y compró dos nuevos, bastante más pequeños. Uno fue habitado por la madre de Julio y el otro, por nuestra señora Ch y los tres hijos. La administración del campo pasó a manos de la viuda *in continenti*, quien, sin abandonar su puesto de directora de escuela ni por un minuto, viajó todo cuanto pudo a Bragado para organizar la siembra y la cosecha, domeñar a sus aparceros (celebrado astrólogo, uno de ellos, que esgrimía sus dotes esotéricas ante la patrona sin que ésta se amedrentase en lo más mínimo) y poner en condiciones el casco, una construcción muy amplia y habitable. Se descartó la compra de ganado, la propiedad fue consagrada exclusivamente a la agricultura. En las vacaciones invernales de 1966, los Ch invitaron a los muchachos B-B1 a pasar dos semanas en el campo y así comenzó una época de visitas y largas estancias de ambas familias en esa tierra olorosa de maíz, sorgo y girasol. Sobre todo **Luis Martín B-B1** adoraba instalarse allí en los veranos para «liberarse», según él mismo decía, del yugo

paterno. Y en verdad lo hacía, pues se pasaba una vidurria de vago empedernido durante dos meses. Julio y él podían jugar al póquer desde las once de la noche hasta las siete de la mañana. Por las tardes, se bañaban en el tanque australiano, tomaban el té y leían un rato. Al caer el sol, caminaban hasta el boliche de Asamblea y se plegaban a los partidos de bochas o al juego de truco con los paisanos. La rutina se hacía a un lado sólo en grandes ocasiones. Cierta vez, en que habían salido a la galería del casco para fumar antes del póquer, vieron una luz que se balanceaba a la altura del molino. El fenómeno era extraño y decidieron acercársele. Luis Martín juró y perjuró que, al aproximarse a la luz, descubrieron se trataba de un plato volador. María Angelina decía haber distinguido con precisión el domo y el anillo del aparato, el lustre de un metal ignoto, haber oído el silbido del aire provocado por las rotaciones del vehículo que, de pronto, sin inercia alguna, se fue como había llegado. En otra ocasión, el joven B llevó al campo una filmadora Súper 8, que había ganado merced a un concurso sobre la historia del fútbol argentino, organizado por la revista deportiva *El Gráfico*. Los muchachos resolvieron filmar una película con argumento y todas las de la ley. Julito consiguió un Ford 29, verde oliva, de bellísimos estribos, que un vecino le prestó a condición de presenciar la producción. María Angelina se ocupó de aderezar un vestuario acorde con el argumento. El guión, una historia romántica de *gangsters*, estuvo a cargo de Luis Martín quien asumió, alborozado, el papel del cínico y bandido, autor de las peores trapacerías pero condenado a morir en una balacera con el joven y virtuoso detective, representado por Julito. Angelina fue la pebeta inocente e incauta a quien, arrojada por el delincuente al mal camino, rescataría finalmente el sabueso, un hombre que no presentaba las ambigüedades existenciales de los personajes de Dashiell Hammett sino, más bien, la rectitud algo boba de Clark Kent. Dos amigas de María Angelina, José Pablo y tres visitantes circunstanciales desempeñaron los necesarios papeles de reparto. La filmación duró cinco días en que, varias veces, la risa generalizada hizo doler la barriga de los actores y puso en riesgo el éxito de la empresa. Luis Martín murió en la ficción en medio de su propia carcajada. El resultado fue proporcional a semejante jolgorio. Por desgracia, después de haber sido proyectada en Buenos Aires y muy vista por los conocidos de los Ch-B1 y los B-B1, la película desapareció.

A decir verdad, la historia trágica de Luis Martín [véase el relato correspondiente en la biografía que le está dedicada] se

llevó consigo a la *joyeuse compagnie* del campo de Bragado. Aunque la China no lo vendió directamente debido a aquella desgracia ni mucho menos, el abandono de las vacaciones en la estanzuela contribuyó a que doña Angélica resolviese deshacerse, en 1980, de la propiedad que había garantizado el bienestar de su familia durante quince años. Hoy, seis nietos alegran la existencia de la señora B1-Ch quien, además, viaja por medio mundo desde el día de su jubilación: Francia, Estados Unidos, Tailandia han sido hasta ahora los principales destinos de sus exploraciones terrestres.

BELARMINO B1.

Hijo de **Miguel B1-A** y de Leonor B4, nació en Barcelona el 10 de diciembre de 1881. En 1888, apenas arribado a la Argentina junto a sus padres y los hermanos Angelina y Miguel, Belarmino fue inscripto en el primer grado de una escuela privada en Ensenada. El 21 de septiembre llovía a cántaros, el niño se dirigió al colegio confiado en que la maestra elogiaría su resolución, pero el director del establecimiento, el profesor francés *Monsieur* Collin, lo envió de vuelta a casa tras decirle: «Estamos de duelo. Hace diez días en Asunción del Paraguay, murió Sarmiento, el fundador de la educación pública argentina. Hoy llegaron sus restos a Buenos Aires y los llevan al cementerio de la Recoleta». En 1894, Belarmino inició sus estudios secundarios en el colegio del Salvador, creado y dirigido por los jesuitas en Buenos Aires desde 1868. Al cabo de dos años, el muchacho confesó a sus padres que no quería seguir yendo a la escuela, que se aburría allí y soñaba con ir a trabajar cuanto antes. Don Miguel aceptó la petición de su hijo sin demasiados rodeos y le consiguió un empleo de dependiente en un almacén de ramos generales. Pasaron dos meses y Belarmino lloraba porque extrañaba el colegio y pretendía volver a estudiar. Protestó y prometió, pero su padre le recordó que había firmado un contrato por dos años con el almacenero y que era necesario cumplirlo. Belarmino mordió su cólera y hubo de pasar veinte meses todavía bajo la férula de don Basilio. Su buen comportamiento le valió un perdón de los dos meses finales a los que aún lo obligaba el contrato. El joven se presentó ante las autoridades de la escuela de los jesuitas. Desgracia, su edad ya no le permitía retomar el segundo curso donde había abandonado. Belarmino se empeñó entonces en preparar las materias como alumno libre. Aquél fue uno de sus éxitos más impresionantes: antes de que un año hubiera pasado, tenía el título de bachiller en sus manos. En 1900, ingresó a la Facultad de Agronomía y Veterinaria en la Universidad de La Plata. Se graduó de médico veterinario en 1905, casi al mismo tiempo en que su Facultad era transferida, gracias a los logros académicos que la caracterizaban, a la jurisdicción nacional. Muy pronto, obtuvo un cargo en la provincia de Santa Fe como inspector de la División de Ganadería del Ministerio de Agricultura, donde su carrera se orientó decididamente al trabajo de laboratorio y a la bacteriología.

En 1912, Belarmino regresó a Buenos Aires y se unió a

Matilde M de quien tuvo su primer hijo, **César**, un año más tarde. Al mismo tiempo, se incorporó al laboratorio que el Departamento Nacional de Higiene tenía instalado en un edificio de la calle 25 de Mayo, cuyo director era el doctor Juan Carlos Delfino, uno de los primeros científicos que, junto con el doctor Carlos Malbrán, había conseguido fabricar el suero antidiftérico en la Argentina ya en 1895. Belarmino amaba moverse; su ideal hubiera sido disponer de un laboratorio ambulante. Por eso, aceptó con gusto hacerse cargo de las dependencias que el Departamento de Higiene tenía en la isla Martín García, en el medio del río de la Plata, donde se preparaban los sueros antidiftérico, antitetánico y antipestoso. De esa misma época data la participación de nuestro doctor B1 en los experimentos destinados a comprobar la eficacia del método propuesto por el microbiólogo franco-canadiense Felix d'Herelle para combatir las plagas de langosta. D'Herelle había inoculado *coccobacillus* a las langostas en el laboratorio y, tras varios procesos de exaltación del germen, había conseguido obtener cepas capaces de producir la muerte de los insectos en menos de siete horas. El sabio pensó que la ingestión del *coccobacillus* por parte de las langostas tendría efectos igualmente letales que los de la inoculación. Probó su hipótesis en México en 1911 con un éxito relativo y, luego, se estableció en la Argentina entre 1912 y 1913 con el fin de ensayar el método de propagación de cultivos de *coccobacillus* en los sembradíos que atacaban las mangas de langostas. Belarmino B1 realizó experimentos en paralelo y demostró que las consecuencias de la ingestión del germen por parte de los insectos eran insignificantes. A partir de la publicación de estos resultados en el nº 2 de la *Revista del Instituto Bacteriológico* en 1917, el método del doctor D'Herelle fue definitivamente descartado.

En 1915, todos los profesionales y los equipos que trabajaban y funcionaban o en la isla o en la casona de 25 de Mayo, entonces bajo la dirección del profesor austríaco Rudolf Kraus, fueron mudados al Instituto Bacteriológico cuyo gran edificio en la avenida Vélez Sarsfield estaba a punto de ser inaugurado. Allí mismo acudió Belarmino junto al muy joven doctor Bernardo Houssay, quien sería muchos años después, en 1947, distinguido con el premio Nobel de Medicina por sus trabajos en el campo de la fisiología humana, especialmente por el descubrimiento del papel de la hipófisis en el metabolismo de los azúcares. A fines de 1915, llegó a Buenos Aires el doctor Arturo Neiva, miembro del Instituto Oswaldo

Cruz en Río de Janeiro, contratado por el gobierno argentino para organizar la sección de zoología y parasitología en el Instituto Bacteriológico. Kraus designó a Belarmino como asistente principal del doctor Neiva. En enero de 1916, el brasileño y el catalán argentinizado partieron en una expedición científica a las provincias del noroeste argentino - Tucumán, Salta y Jujuy- que abarcó también la parte occidental de los territorios del Chaco y Formosa. El plan consistía en revelar la presencia de insectos y otros vectores animales de enfermedades endémicas en la zona, por ejemplo, la malaria, el tracoma o la anquilostomiasis. Neiva y B1 fueron más allá: descubrieron la presencia devastadora de la leishmaniasis tegumentaria americana en la región visitada, efectuaron las primeras curaciones exitosas de esa enfermedad *in situ* mediante inyecciones endovenosas de soluciones fisiológicas de tártaro emético al 1% e informaron, además, acerca de sus hipótesis fundadas de que el tifus exantemático existía en el altiplano de Bolivia y Argentina. Entre abril y mayo de 1918 estalló una epidemia de fiebre petequial (otro nombre del tifus) en la localidad de Molinos, un pueblo con una bella iglesia del siglo XVIII en los valles calchaquíes de la provincia de Salta. Se registraron ciento quince casos, diecisiete mortales, sobre un total de trescientos habitantes en el poblado. El Consejo de Higiene de la provincia envió de inmediato al doctor Abraham Fernández quien, contagiado del mal, murió a pocos días de elevar un informe, fechado el 6 de julio del mismo año. Una de las frases de aquel héroe desconocido de la medicina resume perfectamente la etiología del tifus exantemático: «Entre la gente más acomodada y con nociones de higiene, no ha habido un solo infectado, eligiendo la enfermedad, en cambio, viviendas pobres, de gente mal nutrida, desgraciados famélicos que vivían en montoneras humanas [...]».

Ante semejantes noticias, Kraus decidió partir en persona hacia Molinos y se llevó consigo a Belarmino B1, quien conocía muy bien el campo, y al doctor Manuel Battaglia. No cupieron más dudas. Se trataba de la enfermedad anunciada. El vector, bien conocido: el piojo, *pediculus humanus*, que anidaba y vivía en los pliegues de las polleras múltiples de las mujeres coyas. Sin vacuna disponible en el horizonte, la única política sanitaria posible era la prevención en las escuelas rurales, en las pequeñas salas de emergencias médicas, en las parroquias. Los agentes en el combate contra el mal serían la maestra, la enfermera, el cura. El propio Kraus señaló en la memoria, que escribió a su regreso en el Instituto Bacteriológico de Buenos

Aires: «Hasta el último tiempo no se conocieron en la América focos endémicos auténticos; solamente cuando en 1916 los doctores Neiva y B1 realizaron una expedición al Norte, expresaron sus sospechas de que en la altiplanicie boliviana probablemente existía el tifus exantemático. La sospecha se comprobó este año. Hay motivos para suponer que la enfermedad existe también en Bolivia. Es característico del tifus exantemático en la América del Sud y del Centro que esté localizado en ciertos parajes montañosos, por ejemplo en México la enfermedad prevalece en la meseta central. También en la India la enfermedad se encuentra en la falda meridional del Himalaya».

Algo notable, en los casos tanto de la leishmaniasis cuanto del tifus, fue que Neiva, Belarmino B1 y Battaglia investigaron también los antecedentes históricos de las dos enfermedades, sus brotes posibles en el continente americano desde el siglo XVI. Tales estudios les aportaron buenos elementos para identificar mejor cada morbo y conocer sus evoluciones. La deriva histórica del asunto merece un

***Excursus* sobre la leishmaniasis y el tifus exantemático en América**:

La leishmaniasis es una infección producida por un protozoario del género *Leishmania*, inoculado a través de la picadura de un insecto que, en el caso de las manifestaciones del mal en el norte argentino, los doctores Neiva y B1 identificaron con un díptero del género *Phlebotomus*. El primer síntoma es una pápula que causa escozor y se encuentra en las partes descubiertas del cuerpo: brazos, cara, manos. La roncha tiende a extenderse sin cicatrizar; el proceso va acompañado de ulceraciones en las mucosas buconasales. Lentamente, comienza la destrucción progresiva de los tegumentos en el tabique nasal, en los labios, en la bóveda palatina. Las deformaciones y mutilaciones terminan siendo espantosas y pueden confundirse con las lesiones avanzadas que produce la lepra. Denominada «*uta*» en el Perú, Neiva y Belarmino pensaban que los antiguos pueblos andinos habían representado las facies de los seres humanos que la padecían en la cerámica antropomorfa de varios períodos de su producción alfarera.

El primer brote registrado de tifus en América habría tenido lugar a principios del siglo XVI. Belarmino y el doctor Battaglia creían que la epidemia había matado a doscientas mil personas en los territorios del imperio incaico, entre ellos al propio monarca Huayna Capac, a su hermano Anqui Topá Inca, a su tío Apoc Illaquita, a su hermana Mama Toca, al hijo mayor

Ninan Cuyochi y a otros miembros de la nobleza imperial andina. La onda mortífera de la enfermedad comenzó inmediatamente después de la conquista del reino de Quito por los incas, cuando una parte del ejército quechua descansaba en el campamento de Manabí y la otra construía una fortaleza en Tomebamba. Los europeos ya habían llegado a las costas del istmo de Panamá y es muy probable que ellos introdujeran el morbo en el Nuevo Mundo pues, en 1528, el tifus devastó el ejército francés en el sitio de Nápoles. La primera denuncia registrada de la enfermedad en territorio argentino data de fines de junio de 1894. Procedió de Colonia Clara, cerca de Villaguay en la provincia de Entre Ríos, donde se produjeron 230 casos y 20 muertes. Aparentemente, el contagio llegó con 150 familias rusas inmigrantes de Odesa que se instalaron en la Colonia.

Fin del *excursus*.

A fines de 1917, a todo esto, los B1-M tenían cuatro hijos varones: el César citado, Samuel, Arístides Belarmino y Miguel Ángel. Fue una paradoja cruel el hecho de que, apenas regresado el doctor B1 de la misión médica que lo había conducido a luchar contra la epidemia de tifus en Molinos, entre julio y agosto de 1918 sus dos hijos más pequeños murieran en menos de una semana por las consecuencias respiratorias que tuvo en ellos la convergencia fatal de otras dos enfermedades infecciosas, el sarampión y la tos convulsa. Si Matilde nunca se repuso de aquel golpe en el plano de las emociones, Belarmino nunca lo hizo en el dominio intelectual, al toparse con los límites trágicos de la operatividad humana por más que ésta se asiente en el saber científico. Parece un efecto necesario de tal estado del espíritu el que su primera hija, Leonor, nacida en julio de 1919 después de la catástrofe, fuese su vástago predilecto y que en ella depositase el legado mayor de la propia inteligencia. Algo semejante podría decirse respecto del interés apasionado que nuestro hombre mostró en 1920 y 1921 por la difusión del conocimiento de las enfermedades entre los niños y los adolescentes que concurrían a las escuelas de todo el país. Belarmino B1 convenció al Departamento Nacional de Higiene de la necesidad de usar el cinematógrafo con esos propósitos y dirigió un ciclo de películas de higiene popular, entre las cuales la dedicada a la biología de la mosca y sus consecuencias patológicas quizá sea una obra maestra del cine documental (el film ha sido recientemente descubierto y restaurado por la doctora Paula Felix-Dider, historiadora de la cinematografía argentina; sus

realizadores fueron Eduardo Martínez de la Pera y Ernesto Gunche). En el primer semestre de 1921, al producirse la gran epidemia de peste bovina en el Brasil, el doctor B1 fue enviado a São Paulo por el Instituto Bacteriológico de Buenos Aires para discutir con los colegas brasileños las medidas profilácticas contra la propagación y el rebrote de esa enfermedad del ganado. En 1925, el presidente Marcelo de Alvear nombró a Belarmino B1 miembro de número de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria. Ese mismo año, sin embargo, comenzó la migración de nuestro biografiado hacia la actividad privada pues fundó, con otros colegas, el Instituto Seroterápico Argentino, que alcanzó su máximo despliegue industrial a mediados de la década del 30, después de la gran crisis. Las opiniones y simpatías políticas de Belarmino se encuentran suficientemente explicadas en la voz **Leonor B1-B**. Sin embargo, resulta interesante consignar aquí las ideas del doctor B1 en cuanto a la necesidad que la Argentina tenía de producir sus propios específicos medicinales, para lo cual transcribimos pasajes de una entrevista que publicó el diario *La Prensa* a mediados de 1931.

«Somos tributarios del extranjero en la industria del específico medicinal en proporciones alarmantes, sin que haya ninguna razón para que eso suceda. Es muy frecuente que en la República Argentina se empleen específicos que son desconocidos en el país de origen. Hoy se puede asistir [por fortuna] al espectáculo del desarrollo floreciente de algunos institutos privados que van cumpliendo el programa de reemplazar todos los específicos que se importan, tanto en el orden químico, farmacéutico, seroterápico, vacunoterápico y organoterápico. En esta última clase de productos, la experiencia ha demostrado que nuestro país está en mejores condiciones que ningún otro para esta clase de preparaciones, para las cuales la materia prima que se emplea son glándulas de secreción interna, que en ninguna parte abundan tanto como aquí. En los diversos mataderos se faenan diariamente más de treinta mil cabezas de ganado en la plenitud de su vida y en cuyas glándulas de secreción interna se encuentran, en las mejores condiciones de concentración y actividad, productos de gran utilidad y que son indispensables en la terapéutica moderna, tales como la insulina, la adrenalina, la hipofisina y las ovarinas.

»En otros países, se sacrifican para el consumo animales viejos, de desecho, que tienen sus glándulas en un período de decadencia. La adrenalina, que se extrae de la cápsula

suprarrenal, está contenida en mucha mayor cantidad en los animales, siendo la proporción de un 70% más, lo cual representa [también] una economía considerable. Las fábricas extranjeras tienen su mayor inconveniente en la escasez de materia prima. La generalidad de las más importantes compraban a nuestros frigoríficos dicha materia prima, que llevaban a Europa y a Estados Unidos, y nos devolvían el producto elaborado, recargado en precio por las pérdidas sufridas y el beneficio de innumerables intermediarios.

»En el país, se elabora todo en esta línea de actividades, tanto productos sintéticos como extraídos de materiales nacionales. Y estamos habilitados, con rarísimas excepciones, para preparar todo lo que la medicina emplea. En materia de seroterapia se fabrican sueros antitetánicos, antidiftéricos, antigangrenosos, así como todo producto seroterápico que la ciencia ha sancionado como útil. Para quimioterapia también se preparan en el país arsenicales del tipo de los sulfoarsenoles y neosalvarsanes; el diyodoexametil-diaminoisopropanol y la sanocrisina para el tratamiento de la tuberculosis.»

Ne nimis aut laudes Tydida, aut vituperes me. En ese tiempo, nuestro héroe fundó su familia paralela en La Plata. Dos hijos tuvo con su segunda mujer en los años 30 y a ambos reconoció como propios al darles su apellido. Es más, al sentir que su vida se extinguía, quiso morir en su casa de La Plata, no en la de Buenos Aires. Belarmino padecía los efectos de un gran adenoma benigno de próstata. Él mismo solía sondarse cuando la uretra quedaba bloqueada. A comienzos de diciembre de 1940, su médico personal juzgó que la operación era inevitable. Tras la cirugía, una infección del tracto urinario desembocó rápidamente en una septicemia y, el 16 de aquel mes, Belarmino B1 falleció después de haber recordado sus tiempos de alumno de los jesuitas y haber pedido los auxilios de la «santa religión». Sus restos fueron trasladados a Buenos Aires. La familia primera los veló y sepultó en la bóveda familiar de la Chacarita que él mismo había diseñado para su padre. En los avisos fúnebres, no hubo siquiera una mención de la familia platense. La prensa de Buenos Aires publicó varias síntesis laudatorias de su carrera científica. Ambas ramas de los descendientes B1 vivieron un derrumbe económico [adviértase que los de Buenos Aires habían agregado a los hijos **Alfredo** y **Angélica** en los años 20. Es posible leer sus vidas en este apartado]. Belarmino no tenía una sola propiedad a su nombre, excepto unas acciones escasas de la sociedad que administraba el Instituto Seroterápico Argentino. Del palacete donde

funcionaban los laboratorios, en la avenida Córdoba al 2700, el doctor B1 no poseía ni un metro cuadrado.

Iconografía:

La primera foto de Belarmino que encontramos muestra a nuestro personaje a los 25 años, recién recibido de médico veterinario. La imagen tiene un marco estilo *Liberty* que determina un contraste algo ridículo con la seriedad del retratado. Los bigotes y la formalidad del atuendo dan un aspecto maduro al joven doctor, un aire que ha desaparecido tres años más tarde en la fotografía donde Belarmino se ha afeitado y recuperado la juventud. Matilde habría de conocerlo poco tiempo después.

El óvalo de la toma siguiente presenta la llegada y recepción del doctor Arturo Neiva en el Instituto Bacteriológico de Buenos Aires a fines de 1915. El doctor B1 es el quinto desde la izquierda. Neiva es el hombre alto a su lado, quien sostiene el sombrero con la mano izquierda. El sabio brasileño ha viajado junto a su familia: la esposa probablemente sea la mujer que se encuentra detrás del niño vestido a la marinera, sin lugar a dudas el hijo de Neiva pues ninguna otra razón justificaría el que un infante apareciera en esta escena. Seis años posterior es la fotografía captada en el jardín trasero de aquel mismo Instituto en ocasión de la despedida del doctor Kraus (el segundo sentado desde la derecha), quien en 1921 pasó a trabajar en el Butantán de San Pablo. Belarmino está ubicado detrás de la primera fila de médicos y laboratoristas de pie: es el primero desde la izquierda. El 25 de mayo de 1921, el propio doctor B1 se encontraba en el Butantán, según lo prueba la foto del grupo olegas que lo acompañó durante su visita al famosísimo instituto paulista: nuestro hombre está ubicado en el medio del friso de guardapolvos blancos, tocado con una gorra y las manos por detrás de la espalda.

El atlas iconográfico incluye luego dos mapas: el primero exhibe en grisado la zona de difusión de la leishmaniasis en las provincias y territorios del noroeste argentino (diario *La Prensa*, noviembre de 1916); el segundo corresponde al departamento de Molinos, en la provincia de Salta, donde ocurrió la epidemia de tifus exantemático que combatieron los doctores Kraus, Battaglia y B1 (diario *La Razón*, 19 de noviembre de 1918).

Las dos imágenes siguientes son fotos sacadas un mismo día de 1924 en el laboratorio del Instituto Bacteriológico donde trabajaba Belarmino. En una de ellas, el doctor B1, con cuello palomita y un moño de impoluta blancura, extrae el veneno de una yarará de gran tamaño (*Bothrops alternatus*), asistido por

dos ayudantes; en la otra, el mismo personaje desvía su atención de la pipeta que manipula para mirarnos. La mesa está poblada de frascos con preparados, de tubos de ensayos en un recipiente, de lámparas, de depósitos de líquidos y filtros. El aparato óptico en el primer plano podría ser un fotómetro de llama para realizar análisis cuanti y cualitativos por colorimetría. Es posible que hubiera un modelo en la cabeza del fotógrafo para componer esta escena: la efigie de Pasteur pintada por Edelfeldt en 1885.

Las analizadas hasta aquí son las imágenes de sí mismo que Belarmino se ocupó de conservar. Es obvio que él mismo quiso ser recordado como un hombre de ciencia antes que de cualquier otra forma.

Tres paneles adicionales en color sepia exhiben fotogramas del film *La mosca y sus peligros*, cuyo guión escribió el doctor B1. Allí se ve al investigador, maestro de ceremonias, con su uniforme blanco mientras observa especímenes y procesos bajo la lupa o el microscopio. La película es de una modernidad técnica asombrosa, pues no sólo vemos lo muerto e inmóvil con gran aumento, sino lo viviente en acción: los anquilostomas inoculados por la mosca que invaden el torrente sanguíneo y se desarrollan en el intestino de los humanos, los tripanosomas vibrantes entre los glóbulos rojos, el díptero que desova, las larvas, las pupas y sus metamorfosis hasta la salida del insecto de los capullos, listos para consagrarse a «su inmunda misión», según reza uno de los textos proyectados. Hay también escenas despiadadas que, en una producción actual resultarían inaceptables: una párvula desnuda postrada por la poliomielitis, la marcha de varios niños con secuelas por las meningitis sufridas a partir de la infección de microbios que transmitieron las moscas. La exposición termina con un cuadro estadístico que lanza cifras alucinantes: una mosca viva el 1º de octubre puede haber producido la friolera de casi 23 billones de huevos al final del verano austral, el 1º de marzo siguiente. Por supuesto que se dan también las directivas necesarias para acabar con el flagelo.

CÉSAR B1.

Hijo primógenito de **Belarmino B1** y de **Matilde M.** Nació en Buenos Aires el 4 de abril de 1913. Fue persona de gran inteligencia y bonhomía. Hábil en la matemática, amó también la literatura y la historia. Sus sobrinos B-B1 lo admiraban por su conocimiento sin fisuras del *Quijote* y lo adoraban por la gracia de sus chistes y la fineza de su ironía. Se descuajeringaban de risa cuando al referirse a unos primos, que presumían de aristócratas en un país tan plebeyo como la Argentina, preguntaba con gran interés: «¿Y, qué tal, los L ya cambiaron sus blasones?». Trabajó siempre como despachante de aduanas. «Si Spinoza tallaba lentes y Einstein aprobaba patentes en la oficina de Zúrich, ¿por qué no voy a tramitar yo importaciones y exportaciones en el puerto de Buenos Aires?», solía preguntar a quienes se asombraban de que un hombre de tal perspicacia no hubiese terminado una carrera universitaria. Tenía un solo defecto, algo grave: era un jugador empedernido, de póquer, de ruleta, de punto y banca, *black jack*. Los hipódromos eran su pasión, por lo que él mismo confesaba: «Tengo tres amores, amén de mi mujer y mi hija, Palermo, San Isidro y La Plata». En efecto, se casó con una mujer angelical, Beatriz B.etti, de la que nació Elsa Catalina en 1947. Elsa heredó la inteligencia y la simpatía de César. Por fortuna, la familia vivió en casa de los padres de Beatriz junto a su hermana y su cuñado, quienes descalabraron todas y cada una de las ofensivas del señor B1-M en busca de recursos para financiar sus juegos. Nuestro personaje sólo se arruinó a sí mismo. Primero, al abandonar la carrera de ingeniería cuando, en 1936, sus padres descubrieron que no concurría a la facultad sino más bien al hipódromo de Palermo. Segundo, al sufrir un ataque cerebral en ese mismo santuario de la locura humana, en 1975, tras haber confiado miles de pesos a las patas de un caballo con los resultados estadísticamente más probables. César quedó afásico. No perdió la capacidad de moverse y así fue que, en su primera salida después del accidente, volvió a la pista palermitana y continuó jugando varios años más. Un nuevo ataque acabó con su vida en Buenos Aires en 1983.

ELÍAS ALFREDO DE C,

llamado simplemente Alfredo. Nació en Buenos Aires el 15 de agosto de 1899, nieto de María F, hijo de Dolores Bllo y Beniamino De C, arribado a los 16 años como campesino al puerto de Buenos Aires en 1889. Una vez en Argentina, Beniamino completó los estudios comerciales que había iniciado en una escuela de ragionieri en Roma antes de su emigración. Elías Alfredo desarrolló junto a su padre las primeras armas en el campo de la matemática, ciencia en la que más tarde él mismo tendría un papel descollante. En 1911, el muchacho ingresó al Colegio Nacional de Buenos Aires. Al no tener parientes o antepasados que hubieran ido a esa escuela, tuvo que dar un examen de admisión. El propio rector del colegio, Enrique de Vedia, quedó maravillado frente a la prueba perfecta de Elías Alfredo. Tres tragedias consecutivas devastaron al joven estudioso: la muerte del padre en 1914, las de la madre y la hermana en 1915. Su abuela María lo llevó consigo a vivir a la casa de la hija, Matilde M-B1, quien le prodigó el cariño y los cuidados que el adolescente necesitaba. En 1919, comenzó la carrera de matemáticas en la Facultad de Ciencias Físicas, Matemáticas y Astronomía de la Universidad de La Plata, donde, en 1925, obtuvo su doctorado con una tesis acerca de la difusión de la luz sobre una superficie áspera. Fue profesor de geometría proyectiva y de metodología de la ciencia en la Universidad Nacional de La Plata hasta 1943, año en el que la revolución militar del 4 de junio lo separó de la cátedra. Precisamente al campo de la geometría pertenecieron sus mayores contribuciones científicas: el análisis de la subordinación de la métrica no euclidea a la geometría proyectiva, el examen de las relaciones de carácter ordinal en las formas fundamentales de la primera especie o categoría (la serie rectilínea de puntos, el haz de rectas y el haz de planos) y una célebre demostración del teorema de Desargues, extendido al caso de una transversal no secante a la cónica. Su interés por las cuestiones del método lo llevó a la lógica, sobre cuya evolución escribió y publicó un libro en 1942, amén de un pequeño tratado, Lógica y matemática, acerca de las ideas de Bertrand Russell en torno a las relaciones entre las dos disciplinas.

> Su cesantía no fue en absoluto pacífica. Apareció en el aula de la Facultad de La Plata, látigo en mano, para hostigar a su reemplazante. Con voz firme y baja, amenazó: «Vengo a pegarle con esto, porque usted es un esclavo, anterior a Espartaco, de

los curas y los militares fascistas». No le fue muy bien en su protesta: lo encerraron en una comisaría por 48 horas y se salvó de la internación, que hacía posible el estado de sitio, porque intervino un juez, hermano de su novia de entonces. Por supuesto que las relaciones de Alfredo De C con el peronismo fueron tormentosas. En 1946, al llegar Perón al poder como presidente constitucional y levantarse el estado de emergencia, la Escuela Naval de Río Santiago lo incorporó a su cuerpo de profesores. Recuérdese que la marina de guerra no simpatizó nunca con el general y se las arregló para proteger a muchos docentes, quienes, habiendo sido expulsados en 1943, sólo pudieron volver a las universidades nacionales después de la caída del régimen en 1955. La primera novia de Alfredo, la señorita C, era una mujer temperamental, propensa a los escándalos públicos ante cualquier sospecha de infidelidad o a las exageraciones emocionales en todo cuanto concerniese al matemático. Ya en 1938, cuando el cuarentón De C resolvió irse solo de viaje a Europa, la señorita C subió al paquebote italiano *Neptunia* con el fin aparente de despedirse de su novio y examinar su camarote. Al zarpar el barco, la joven se negó a bajar a tierra. Levantaron las amarras pero ella todavía gritaba y hacía aspavientos en la cubierta. Antes de atravesar el pasaje de la escollera, los marineros del *Neptunia* habían dominado a la rebelde quien, por orden del capitán, fue bajada a una lancha y conducida a la costa por la fuerza. El operativo completo había sido observado por los binoculares de Ermelinda, Matilde y otras mujeres de la familia: Ada y Leonor se sentían avergonzadas, pero Haydée y la China se morían de risa. La señorita C desembarcó en medio de la curiosidad general; la parentela de Alfredo simuló no conocerla. En Europa, nuestro hombre recorrió Italia de Liguria hasta Sicilia, de Turín hasta Venecia, entró en la Alemania-Austria del *Anschluss* a través del Tirol, visitó Viena, Múnich y Berlín, pasó a París, que capturó su alma, y volvió a Génova para abordar el *Oceania* y regresar a Buenos Aires. En Italia, conversó con Beppo Levi antes de la partida de éste a la Argentina. Alfredo quedó horrorizado por las medidas antisemitas de Mussolini y la expulsión de profesores judíos de las universidades y de la magistratura. «El grotesco *Duce* abandonó la máscara de Talía; se puso la de Melpómene», comentaría más tarde a sus amistades porteñas. La Alemania nazi le pareció una cárcel inmensa «conducida por el depravado de Hitler a la cabeza». A partir de 1943, no le costó demasiado asociar a los militares argentinos que habían tomado el poder con los regímenes nazi-fascistas de Europa que

había conocido de primera mano un año antes de la guerra.

En 1944, la señorita C no aguantó más los pretextos interpuestos por su doctor De C para rehuir el casamiento y rompió el compromiso. Erme y Matilde respiraron aliviadas pues se había alejado el peligro de tener a semejante escandalosa instalada en las inmediaciones. El solaz de las matronas no duraría demasiado. Alfredo conoció a una joven inmigrante italiana, llegada del Friule, Yolanda V, manicura del gran Hotel Castelar. Se enamoró sin atenuantes de su belleza, de su espontaneidad, de la frescura de sus pocos años y decidió casarse con ella. Erme y Matilde estaban consternadas, pero no tuvieron modo de impedir el matrimonio. Lograron tan sólo que, con el pretexto de irse de luna de miel al Uruguay, celebrasen la ceremonia en Montevideo. Al contrario de la Argentina, el Uruguay reconocía el divorcio vincular desde 1907, en tiempos del presidente Batlle. De tal suerte, si la unión de Yolanda y Alfredo se hacía añicos en el futuro, pensaban las terribles hijas de María F-M, sería muy sencillo disolver los lazos legales. «No es espontánea, es guaranga», replicaban las señoras a las protestas de la China acerca de la libertad expresiva de la nueva señora De C. Como quiera que fuese, el matrimonio redundó en un éxito absoluto. Alfredo y su mujer nunca se separaron. El viaje que hicieron juntos a Europa en 1958 para visitar a la familia de Yolanda, recorrer Italia, Francia y España, aquejada ésta última de la guerra civil que la despedazaba en 1938, los unió con mayor fuerza. Claro está, la caída del peronismo había permitido al doctor De C recuperar sus posiciones en la universidad. En 1957, ganó un concurso de profesor de análisis matemático en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Una dedicación exclusiva lo dotó de un ingreso estupendo y lo condujo a explorar y consagrarse al campo de la economía matemática, en el que enriqueció los métodos de aplicación de las integrales de superficie y de volumen a las funciones de tres o más variables que regulan los procesos hipotéticos de la economía. Es más, Alfredo fue designado representante del claustro de profesores en el Consejo Superior de la Universidad. Todo el mundo esperaba que allí revistase en las filas del reformismo, pues eran conocidas sus simpatías socialistas desde los tiempos de lucha abierta contra los políticos partidarios del Eje en la Argentina. Sin embargo, la revolución cubana, que Alfredo vio desde un principio como un movimiento antidemocrático, lo apartó de los aliados naturales que habrían debido ser las autoridades de la Universidad de Buenos Aires entre 1957 y

1962. En este año, apoyó con entusiasmo la elección de Julio Olivera, su colega y amigo de la Facultad de Ciencias Económicas, para el cargo de rector, el más joven en toda la historia de la Universidad.

El doctor De C se jubiló en 1972. El regreso de Perón al poder, un año más tarde, fue un mazazo terrible sobre su ánimo, que empeoró todavía después del golpe militar de 1976. La tragedia, que se llevó a su sobrino Luis Martín y a su querida prima Leonor, lo abatió casi tanto como las muertes lejanas de sus Dolores en 1915. Por suerte, la relación con el sobrino Gastón B-B1 se fortaleció. Gran fumador desde su adolescencia, abandonó el hábito por seis meses en 1983. Se prometió que, si notaba algún cambio favorable en su salud o en su humor, dejaría el cigarrillo para siempre. No percibió nada y retomó el vicio hasta su muerte, ocurrida el 16 de diciembre de 1986 a los 87 años de edad, consecuencia de una insuficiencia respiratoria que lo mantuvo agonizante varios días. Yolanda lo lloró en serio y dispuso que su biblioteca pasara a las manos de Gastón, junto a algunos cuadros y dos caballos de bronce, muy bellos, réplica disminuida de los caballos de Marly en la entrada del bosque de las Tullerías.

Iconografía:

Tres son las fotos que, en principio, presentamos de Elías Alfredo. La primera lo muestra a los 13 años, en el patio de la casa de su madre, trajeado y dispuesto para ir al colegio, tocado con una gorra cuyos uso y diseño, ligeramente modificado, lo acompañarían por el resto de su vida. La segunda corresponde a los años 30, cuando ejercía la docencia en la Universidad de La Plata y conservaba un aspecto juvenil; la señorita C debió tener buenas razones al hacer un escándalo famoso por su partida solitaria de turismo a Europa. La tercera es el retrato que las autoridades de la Escuela Naval le pidieron en 1949 con el fin de incluirlo en la galería de profesores de ese instituto; la boca grande hace esfuerzos por mantener la seriedad en la cara. Parecería que de la felicidad abierta de la adolescencia se pasa al aplomo jovial y seductor de la juventud tardía y, luego, a la ironía algo desencantada de la madurez.

Agregamos una cuarta imagen, tomada en la casa de Alfredo De C y Yolanda, el 31 de diciembre de 1966. Alfredo es el anciano meditativo, sentado en el primer plano a la manera de un *contraposto*. Yolanda es la bella señora quien, de pie, proporciona el eje y la armonía a ese conjunto de personas. Las otras mujeres, Leonor, Haydée, Carmen, la hija de Ada, son también cautivantes, aunque desplieguen un arco temporal de

casi treinta años entre Haydée y Carmen. Los varones son, de izquierda a derecha, el doctor Bt [véase **Leonor B1-B**], marido de Ada, Atilio, marido de Haydée, Gastón y Luis Martín B. Es fácil distinguir y adivinar que hay bibliotecas en todos los cuartos. Tal vez Gastón intuyese que, un día, ése sería su legado. De ahí que se lo vea tan pimpante, peinado a la gomina.

MARÍA F-M.

Nació en Carril, provincia de Pontevedra, en 1849, aparentemente en esta fecha porque, según datos precisos del censo de la población argentina, realizado en 1895, María habría declarado tener 50 años entonces, lo cual llevaría su nacimiento a 1845. Este dato también parece, por su parte, discutible, pues Alejandro M, su último hijo, habría sido parido por una señora de 46 años de edad. La madrina de bautismo de María, cuyo nombre cristiano desconocemos, llevaba el apodo de «Mujer del refajo rojo» desde los tiempos de la invasión napoleónica. Se decía que esa mujer había matado a unos siete franceses con la espada que heredó de su marido, muerto en combate. Parece que nuestra María moldeó su propio carácter a partir del de la madrina, pues llegó a ser igual de arrojada y temeraria que ella. Casose tardíamente con un comerciante de Vigo, apellidado Bllo, de quien tuvo dos hijas mellizas, Dolores y Ermelinda, en 1881. Al quedar viuda de las primeras nupcias, en 1885, no dudó un minuto en dirigirse a Buenos Aires, donde, según se decía, un socio de su marido tenía un negocio de ultramarinos. Al llegar al Río de la Plata, el caballero había huido y dejado un tendal de deudas impagas, por lo que la viuda Bllo prefirió no indagar demasiado y ganarse la vida como costurera. Su belleza madura (mujer de ojos celestes, rubia y «blanca como una cuajada») encandiló a un pequeño propietario de tierras en Ensenada, localidad costera de la provincia de Buenos Aires, don Francisco M, quien le propuso matrimonio. María accedió sin remilgos. De su nueva unión nacieron Matilde, en 1889, y Alejandro, en 1891. En 1898, casó a su hija Dolores con un inmigrante italiano, Beniamino De Cesare, llegado a la Argentina en 1889 en el *Guildfordcomo* campesino: Beniamino pudo estudiar y recibirse de perito mercantil en Buenos Aires; pasó a trabajar en una compañía marítima italiana poco antes de casarse. De esa pareja nacieron **Elías Alfredo**, en 1899, y Dolores, en 1901. Ermelinda se casó en 1904 con el ingeniero Peter Alfred E, danés nacido en Copenhague en 1872. De ese matrimonio nacieron Ada Carmen, en 1907, y Haydée, en 1912 [véanse noticias suyas en **Leonor B1-B**]. María volvió a enviudar en 1915, año infausto para ella pues había sido testigo de la muerte de su hija y su nieta, ambas Dolores atacadas por la tuberculosis. La casa de Ermelinda en la isla Maciel se le antojó muy distante de la parroquia de la Concepción, donde ella rezaba el rosario y asistía a misa, de modo que eligió irse a vivir con su hija Matilde y el yerno Belarmino a una casa de la avenida Caseros 427. El nieto Elías Alfredo, quien

estaba por terminar su bachillerato en el Colegio Nacional Central, la acompañó a su nuevo domicilio.

Todos los nietos adoraron, en verdad, a la anciana, quien los fascinaba con sus historias de Galicia. La de la mujer del refajo en primer lugar, a la que César y el Negro asimilaron muy pronto, gracias a sus lecturas en el *Tesoro de la Juventud*, nada menos que con Agustina de Aragón. Los relatos de apariciones diabólicas seguían esa épica de los antepasados. María había visto dos veces, dos, al demonio en persona. La primera, aunque resultase difícil de creer, bajo la forma de un recién nacido que lloraba una tarde de invierno en el umbral de la casa de Carril. Apiadada su madre de aquel niño, lo metió y lo puso junto al fuego. María recordaba que, de pronto, cuando los de la casa se santiguaron al pensar que Dios mismo los había asistido para que probaran su caridad, el infante explotó y una llamarada de azufre salió por la chimenea. Sólo quedaron unos carbones en el lugar del lactante. Y menos mal que ninguna mujer de la familia había llegado a amamantarlo pues, de lo contrario, se hubiera criado allí al propio Belcebú. Pero la segunda manifestación de Satanás fue aún peor, por cuanto María estuvo a punto de caer en alguna tentación malsana. Era ya una adolescente y paseaba por la playa frente a la isla de Malveira. Sucedió que paró a su lado un carruaje y se apeó un caballero guapísimo, envuelto en una capa, quien preguntó a la joven hacia dónde iba y si podía llevarla. María se sintió muy halagada. Menos mal que el hombre, en el momento de abrir bien la puerta para ceder paso a su invitada, dejó ver sus patas de cabrón. María lanzó un grito y dijo «Jesús, Jesús», a lo que el tentador se subió al coche y partió en menos de un instante. Un fuerte olor a azufre se desprendió de la tierra donde sus patas habían pisado. El episodio sirvió mucho a nuestra biografiada, pues le enseñó a ser precavida y observadora. Provecta ya, acudía como siempre al rosario que se rezaba en la iglesia de la Concepción, sobre la avenida Independencia de Buenos Aires. Cierta tarde, al verla con su mantilla y su pollera larga en los años 30, dos menguados se le acercaron con el propósito de hacerle el cuento del tío. Pretendían entregarle en custodia un paquete de dinero a cambio de dos o tres billetes de baja denominación que les permitieran comprar un pasaje a Rosario. Volverían al cabo de unos días a buscar el dicho paquete que, de seguro, una mujer honesta como la dama que frente a ellos estaba no tendría reparos en devolverles. A lo que María respondió, tranquila como un agua de pozo: «Id con Dios,

jóvenes, que tenéis mucha hambre y mucho frío y, para lo uno o lo otro, yo tengo la forma de calmaros».

Desde 1915, nunca dejó de vivir junto a Matilde, su hija. Murió en junio de 1940, en Buenos Aires, a los 90 años de edad.

MATILDE M-B1.

Nació en Buenos Aires el 21 de diciembre de 1889. Hija de Francisco M, nacido en Ensenada, provincia de Buenos Aires, y de **María F**, natural de Carril en la provincia de Pontevedra. Su padre pertenecía a una familia de prosapia criolla que se decía emparentada con Sarratea, el patriota de la Independencia. Como quiera que sea, los M tenían sus lauros por sí mismos, sin necesidad de apelar a otros apellidos. En casa de Francisco y, más tarde, en la de su hija Matilde, se veneraba la memoria de una tía abuela y un tío lejanos. Doña Carmen M de D, la primera, mujer valiente si las ha habido, que mantuvo escondido a su marido, en un agujero secreto de su estancia, después de la sublevación fracasada de los Libres del Sur, cuando ganaderos y agricultores de las regiones de Chascomús y Dolores se levantaron contra el dictador Rosas en 1839. El señor D estaba oculto en su propia casa en el momento en que la Mazorca llegó a buscarlo para tocar con su garganta «el violín y el violón». Su mujer detuvo a los mazorqueros sin temor alguno (en verdad, no se estilaba aplicar a los de la familia del buscado el degüello ni el saqueo que se hubieran descargado sobre el reo, lo contrario de lo que ocurriría ciento cuarenta años después durante la tiranía militar de 1976-1983). Buscaron al dueño del lugar sin dar con el escondrijo. El tío lejano era un estanciero y coronel de caballería, Benito M, hombre temerario que sirvió en los fortines de la frontera sur de la provincia de Buenos Aires en las décadas de 1860 y 1870. Desplegaba un coraje suicida a la hora de enfrentarse con los indios, por lo que los milicos gauchos a sus órdenes solían decir: «Dios está en el cielo y M en el sur». Aunque, en rigor de verdad, parece que el símil divino había sido pergeñado por algunos oficiales y soldados del regimiento nº 17, «Sol de Mayo», quienes habían recibido beneficios y favores a granel del jefe, don Benito M, con el propósito de que le fueran adictos incondicionales a la hora de las inspecciones militares o bien en los momentos de actividad política en las villas del sur de la provincia de Buenos Aires, Ayacucho, Tandil, Dolores. No opinaban lo mismo de su superior jerárquico los reclutas que el coronel solía mandar a trabajar gratis como peones en sus estancias (ciertos malévolos insisten en que uno de tales soldados disconformes, «revoltosos» y desertores, Melitón Fierro, habría sido el inspirador del héroe del poema épico argentino por antonomasia, la historia del desventurado gaucho *Martín Fierro*). El teniente coronel Álvaro Barros, enviado por el gobierno nacional para informar sobre la situación social en la frontera, descubrió los

abusos y arbitrariedades del antepasado de Matilde, pero los intereses creados pudieron más y Benito M consiguió que su censor fuera relevado de la misión. No obstante, el 8 de enero de 1866, Barros alcanzó a escribir al doctor Marcos Paz, vicepresidente de la República en ejercicio del Poder Ejecutivo: «Lo que se exige de los oficiales es la adhesión á su persona y á la del Coronel, tolerando en cambio cuanto pueda haber de intolerable. Siendo esto incompatible con la dignidad y la honradez, resulta que, con pocas excepciones, la oficialidad se compone de lo peor y más ignorante. Muchos de ellos, de asistentes ó cuidadores de parejeros, pasan á ser oficiales». Los escándalos y reclamos no se interrumpieron, de modo que, a comienzos de 1869, los enemigos del popular Benito, precursor del clientelismo que sus descendientes hoy tanto critican y endilgan, con justicia, al gobierno K, lograron que el coronel fuera dado de baja del ejército nacional. Un año más tarde, el general Rivas solicitó al nuevo presidente, el señor Sarmiento, la reincorporación de don Benito a filas, pero Sarmiento en persona respondió, lapidario, a su ministro de la guerra, Martín de Gainza, quien había sido el portador del recado: «Dígale al general Rivas que ya le he dicho antes, que no tendrá colocación en el Ejército el referido coronel, porque antes que nada está la moral y la dignidad del Ejército Argentino». A pesar de semejantes antecedentes bien probados, la familia B1-M protestaba que no eran sino calumnias viles y, año sí, año no, alguno de sus vástagos iba hasta el Museo de Luján para rendir tributo al prócer frente al muñeco de cera, vestido con uniforme de coronel de caballería, que lo representaba de forma asombrosamente parecida al natural. «¡Miren si no tiene los ojos celestes y la boca de mamá!», acotaba invariablemente Leonor ante sus hermanos menores en cualquiera de aquellas visitas. Cuando Gastón B-B1, hijo de Leonor, quiso fundamentar a partir de sus estudios de historia en la universidad una desmitificación del antecesor glorioso, un anatema generalizado le cerró la boca por mucho tiempo. No obstante, el vástago historiador logró tomarse una revancha cuando, tras hacerse estudios de su ADN, se descubrió que, por el linaje de su madre, él poseía una marca sudafricana de pura cepa en el genoma. El origen catalán de los B1 descartaba, en principio, cualquier rastro de etnias de aquel origen, por lo que resultó sencillo deducir que el antepasado negro debía ser mujer y esclava, probablemente de Angola, que los M habrían poseido a finales del siglo XVIII. Un hijo mulato, fruto de los amoríos de aquella muchacha y de algún caballero de la familia, habría sido incorporado, en algún momento, al grupo de los hijos y descendientes legítimos de los M. Tal vez la mortandad habida durante la guerra de la independencia y las luchas contra Rosas en el seno de ésa como de tantas otras familias criollas haya facilitado la adopción completa del mulato y su

conversión en un M capaz de transmitir el apellido amén de los genes africanos e hispanomericanos que llevaba consigo por partes iguales.

Volvamos a Matilde. En 1907, a sus 18 años, la mujer fue bellamente fotografiada en el estudio Bixio, de la calle Bernardo de Irigoyen. A partir de un original en sepia, el artista coloreó la imagen con acuarela. La cintura pequeña y la sonrisa revelan la juventud de la retratada, pero su empaque y su sombrero de seda oscura, con el moño tan ancho como sus espaldas, le dan un aire de mujer mayor y casadera. Pasaron cinco años hasta que, en 1912, Matilde unió su vida a la de **Belarmino B1** quien era, ya en ese momento, un bacteriólogo de nota. El viaje nupcial no los llevó muy lejos, pues así se estilaba en el Buenos Aires de la *Belle Époque*. La pareja pasó una semana alojada en el *Tigre Hotel* a orillas del río Luján, frente a las primeras islas del delta del Paraná, que Marcos Sastre había bautizado «el Tempe argentino», y pasó a residir luego en una casa de la avenida Caseros al 400, vereda de los números impares. Como también era costumbre en aquellos tiempos y lugares, en 1913 nació el primogénito **César**, seguido muy pronto de **Samuel** en 1914 [ver sus biografías en este mismo apartado], de Belarmino Arístides en el año 16 y de Miguel Ángel a finales del 17. Entre julio y agosto de 1918, un rayo fulminó la existencia de la joven para siempre: sus dos hijos menores murieron con menos de una semana de diferencia, arrasados por el sarampión y la tos convulsa. Hasta sus últimos días en este mundo, Matilde recordaría con extrasístoles y otros sobresaltos del corazón, los ojos llenos de lágrimas, a las dos criaturas muertas en un santiamén. No obstante, Belarmino proveyó de inmediato y a fines de octubre los B1 esperaban un nuevo hijo. Sería la primera niña del matrimonio: el 28 de julio de 1919, nació Leonor con los mejores auspicios. El padre resolvió cambiar de casa para marcar mejor el comienzo de una era nueva, más feliz, en la familia y quizás en el mundo, porque la Gran Guerra había terminado y Belarmino cifraba esperanzas en los efectos mundiales de la Revolución Rusa (si bien los sucesos de la llamada Semana Trágica en Buenos Aires no auguraban nada bueno, según el criterio de nuestro científico). Se mudaron, no muy lejos, a la vereda de enfrente, al segundo piso de Caseros 430. Mientras Belarmino se hacía cargo de la enseñanza intelectual de sus hijos, Matilde los educaba con bastante rigor en el plano de las costumbres. Permanecer callados en la mesa a menos que se les preguntase algo, saludar a las visitas y

desaparecer enseguida en los cuartos de los niños, pedir todo por favor y agradecer a quienquiera que fuese (a las mujeres del servicio en primera instancia), tratar con respeto a los mayores en la calle y en el tranvía, estar en silencio a la hora de la siesta, nada de gritar ni dentro ni fuera de la casa, no andar con cuentos ni hacer de lleva y trae, no hablar de política ni religión con los grandes, ocuparse con bondad de la fauna que el padre había llevado al departamento para solaz e instrucción de los pequeños, y así siguiendo. «¡Atrevido! ¡Atrevida! Pasá, pasá para tu cuarto», fueron expresiones preferidas de esa madre exigente que se colocaba en algún desfiladero fatídico de la cocina, del comedor diario o del patio hacia las habitaciones del fondo, antes de descargar una golpiza breve y contundente sobre el transgresor de la ley local. Pero, a pesar de que la vigilancia del cumplimiento del dodecálogo implicaba un compromiso pesado, Matilde tenía tiempo de hacer la siesta, teóricamente porque apenas dormitaba un cuarto de hora y luego empleaba las dos horas y tres cuartos del reglamento familiar para leer. La novela francesa romántica era su favorita, *Nuestra Señora de París* a la cabeza, seguida de *La cartuja de Parma, Lelia* y *El Pantano del Diablo*. Salvo *Eugenia Grandet,* el mundo de Balzac la angustiaba porque lo encontraba falto de personajes ideales. Y si en Dickens la bondad solía hacer de las suyas, la atmósfera social predominante en sus relatos la deprimía. Claro que una novela argentina estaba, para ella, en la cúspide de toda la literatura: *Amalia* de José Mármol. Matilde veía en esa heroína una réplica de su pariente real, Carmen M de D, la mujer de su propia familia que había sido enemiga visceral de Rosas. El retrato del tirano en la noche, junto a la mesa donde recibía a Cuitiño, el jefe de la policía, y a otros esbirros suyos de la Mazorca, le parecía una obra maestra de la aparición primera de un sujeto siniestro. Y aquella escena en la que María Josefa Ezcurra hincaba su puño, como al azar, en la herida de Eduardo Belgrano para identificar al prófugo de la «justicia» rosista, no tenía parangón en el vasto campo de la épica moderna. Matilde hubo de leer *Amalia* unas veinte veces. Su nieto Gastón la vio que aún recorría esas páginas en vísperas de su muerte, ya muy enferma, en abril de 1957. Llamará la atención que no figuren Fernán Caballero, Pereda ni Rosalía en la lista de lecturas, máxime si se tiene en cuenta que la madre de nuestra biografiada era gallega de pura cepa. Excepción hecha de *Marianela* y del episodio nacional correspondiente a Agustina de Aragón (por la razón obvia del paralelo consignado entre la

aragonesa y la antepasada del «refajo rojo»), hasta la novelística mayor de don Benito se hallaba ausente del horizonte literario de Matilde. Ocurría, según creemos, que el gusto y la afición estética de la señora M-B1 no habían sido moldeados por su madre, María, sino por su padre, Francisco, un afrancesado en materia cultural como todo criollo con pretensiones que se mereciera en la Argentina liberal de finales del siglo XIX. Las letras de los godos seguían siendo materia sospechosa en las majines de aquellos descendientes de patriotas antiespañoles. Sólo la difusión de las ideas de Ricardo Rojas en los años 20 cambiaría el panorama.

Lo cierto es que Matilde prefería leer y quedarse en su casa más que salir al teatro o al cine con su marido. Alguna que otra cosa, sin embargo, la volvía loca de contento en esos campos, a saber, la Lola Membrives cuando interpretaba las piezas de Benavente, de los Machado o de Oscar Wilde y, por encima de todo, las películas de Carlitos Chaplin le gustaban tanto, pero tanto tanto, que Belarmino compró, en 1928, un proyector para darle el gusto de pasárselas en casa. El hecho resultó contraproducente, pues acentuó el deseo de Matilde de estarse quieta y la rabia del marido de no encontrar ocasiones para ir de parranda. Piénsese que, por otra parte, los deberes de madre se habían expandido después del nacimiento de **Alfredo**, el «**Chino**», en 1924 y de **Angélica**, la «**China**», en 1926. En julio de 1930, hubo una nueva mudanza a un departamento de la calle México 1320, octavo piso. El sacudón del golpe de Uriburu en aquel año y sus efectos en los ingresos de la familia sacaron a Matilde de su letargo político, aunque sólo mientras duraron las estrecheces. En 1932, había dejado esas inquietudes al marido y, a pesar de sus esfuerzos por contrarrestar tamaños atrevimientos, a sus tres hijos mayores, Leonor incluida. Como quiera que fuese, Leonor se las arregló para equiparar sus entusiasmos a los desplegados por otras mujeres de la familia en el pasado, doña Carmen M de D y, por supuesto, la del «refajo», de las que Matilde se sentía muy orgullosa y había sabido transmitir ese sentimiento a los descendientes. De manera que el interés de la hija por la política pasó a ser, ante sus ojos, una virtud de la familia. Pero, claro, estaba prohibido litigar con los mayores y hacer de tales asuntos temas de conversación social con las visitas. Había una sola salvedad, un «haz lo que quieras» en ese horizonte cuando el querido amigo de toda la vida, Arístides G-H, «Pipinga», conocido en el mundo literario como Álvaro Y, concurría con su esposa Alba y sus hijos a la casa de Matilde. Pipinga era comunista hasta el

tuétano y no podía con su genio. Incitaba a los adolescentes de la familia B1 a expresar sus ideas en voz alta, a discutirlas y a salirse un poco del cauce emocional si lo juzgaban necesario. Matilde adoraba a Pipinga desde su niñez lejana y toleraba los escándalos que él propiciaba en su casa. La única venganza que se reservaba era la de conducir a los hijos de Arístides-Álvaro a romper subrepticiamente el tabú de comer carne que les hacía cumplir el padre, vegetariano militante amén de bolchevique de la primera hora. Matilde les ofrecía unas milanesas de ternera jurándoles que eran de papa, iguales a las preparadas por Alba. Los chicos se deleitaban e insistían luego en que algo fallaba en la receta de la madre. «Las milanesas de papa de Matilde son más ricas», declaraban enfurruñados. Lo cierto es que, con Pipinga, los jóvenes B1 armaban la repanocha. Si la guerra de España los había llevado a coincidir en el apoyo a la República, los juicios de Moscú encendieron una discusión feroz y ni qué decir el pacto Molotov-Ribbentrop de agosto de 1939. César casi se comió crudo a Álvaro Y, quien terminó por solicitar una tregua y dedicarse a comer las masitas horneadas por la dueña de casa.

Hemos usado la metáfora del rayo al describir lo que significó la muerte de los hijos pequeños para Matilde en 1918. Entre junio y diciembre de 1940, un nuevo meteoro, tal vez más destructivo, se abatió sobre la señora B1. Primero, la muerte de su madre, luego, la de Belarmino, aunque ésta llegó con la noticia confirmada de una infidelidad gravísima de larga data. Ignoramos si Matilde había sospechado, barruntado o incluso sabido algo de tan lacerante asunto antes del 16 de diciembre nefasto. Lo cierto es que, ese día, la doble vida y la familia duplicada de Belarmino se hicieron públicas. El señor B1 tenía una segunda mujer y dos hijos en La Plata. Para peor, había querido morir en la otra casa, no en el hogar primero. ¿Hasta ese punto lo había empujado el hastío de no poder salir de paseo con Matilde porque ésta prefería encerrarse en su pequeño mundo privado? ¿Cuál habría sido la ofensa sentida por Belarmino de parte de su primera mujer, la humillación secreta que lo había llevado al extremo de construirse una existencia paralela y preferida *in articulo mortis*? Nunca sabremos si se trató de una herida infligida en lo más recóndito de su matrimonio o bien de una de esas situaciones a las cuales nos conduce la rutina aburrida y que, más tarde, evolucionan hasta formar un continente nuevo de nuestras biografías. El derrumbe abarcó el mundo entero de Matilde, sus emociones fundamentales, su visión del pasado, su esperanza, su hábitat y

su economía. Hubo de abandonar el departamento de la calle México porque Belarmino no había dejado un centavo y lo poco que sabía recaudar la familia no alcanzaba para semejante alquiler. La familia se dispersó. César se fue a vivir por su cuenta, el Chino marchó a la Escuela Naval, Leonor pasó a la casa de la tía Celia y del tío Miguel B1, la China concurrió al colegio la *Anunciata* de las dominicas, el Negro fue quien más tiempo permaneció junto a su madre en un sucucho de la calle Ciudad de La Paz, donde vivieron casi diez años. Es probable que Matilde cayese en un estado depresivo crónico pero, educada como estaba en la represión de los sentimientos, no permitió que transluciera demasiado. Insistió tan sólo en su aislamiento doméstico tradicional, del que apenas la sacaron los matrimonios de sus dos hijas, Leonor en 1945, la China en 1950, y el regreso de su hijo Alfredo del viaje de instrucción naval en noviembre de 1947. Los dos hijos varones de Leonor la distrajeron un poco, lo mismo que el primogénito de la China, pero su amor de abuela se concentró bastante más en su nieta María Angelina, hija de la China, nacida el 24 de febrero de 1953. Con mayor intensidad que en 1930, cuando la caída de Yrigoyen golpeó la tranquilidad de su casa, la política irrumpió nuevamente en el horizonte como un huracán entre junio y agosto de 1955. Su querido Alfredo había participado en el golpe del 16 de junio contra Perón; nada se supo de su paradero hasta finales de julio en que llegaron noticias de su huida al Uruguay. La angustia debió ser terrible. Para colmo, una vecina peronista le había asegurado que los atrapados en contumacia serían degollados en el acto y sus cabezas tiradas al río. «Igual que Rosas y la Mazorca»: el pensamiento pasó como una tromba por la cabeza de Matilde. Tras la caída de Perón, a fines de octubre de 1955, la señora M-B1 no tuvo fuerzas para ir hasta el puerto a recibir al Chino en su vuelta del exilio. A comienzos de 1957, murió la Bola, una perrita pomerania que había sido la mimada de Matilde desde los tiempos sombríos en Ciudad de La Paz. El animal aborreció a los yernos y a los nietos de su ama, les tiró tarascones y les gruñó siempre que los tuvo a tiro. Cierta vez, en una casa de San Isidro que los B-B1 habían alquilado durante las vacaciones de 1954, donde además Matilde y el Negro se instalaron algunos días, la Bola cayó con gran estrépito por la escalera. José Emilio fue quien la oyó y acudió en su auxilio. Fue la única ocasión en que la perra meneó la cola y aceptó que un aborrecido yerno de su patrona la alzara y la subiera al piso de los dormitorios. Al Negro sí que lo quería mucho y no era para menos. Cuando Matilde veía que

la Bola andaba con paso cansino al caer la noche, decía a su hijo: «Negro, por favor, andá a la cama que la Bola tiene sueño», cosa que el joven acataba sin chistar. El animal corría a subirse a la silla del cuarto del Negro, en la que acostumbraba dormir sus ocho o nueve horas de rigor. Y bien, a la muerte de tan preciado cuadrúpedo, el Chino quiso retemplar el ánimo de la madre y le regaló muy pronto un pequinés. Matilde encontró adorable al nuevo inquilino, pero no tuvo fuerzas para cuidarlo. Los hijos de Leonor se lo llevaron a su casa y le pusieron Milú, el mismo nombre del *fox-terrier* de Tintín. Los signos eran malos. Matilde estaba manifiestamente enferma. José Emilio y el Negro hicieron una consulta con dos especialistas en sistema digestivo. En mayo de 1957, se diagnosticó que la paciente tenía un cáncer hepático. El 14 de julio de ese mismo año, Matilde M-B1 murió plácidamente en su casa de la calle Mármol. Fue sepultaba en la bóveda de los B1, en el cementerio de la Chacarita.

Desgraciadamente, la única iconografía que hemos conseguido de ella se limita a su foto, ya comentada, de 1907. Sucedió que Matilde odiaba con furor dos cosas de este mundo: la primera, que se hablara de edades o que se hicieran cálculos al respecto (quien hiciese algo parecido no podía ser más chusmón, de acuerdo con los criterios de la señora B1), por lo que fue una suerte de misterio del cuarto amarillo el año de su nacimiento hasta que murió y hubo necesidad de ir a ver su documento para hacer los trámites de la defunción y el entierro. La segunda cosa era, precisamente, el dejarse tomar fotografías por cuanto ella opinaba que siempre salía horrible, de modo que, si acaso un desprevenido le tomaba una y se la hacía llegar, Matilde recortaba su imagen y la destruía sin contemplaciones. Su hija Leonor heredó esta última obsesión pero no tuvo, por fortuna, el éxito de la madre en el furor autoiconoclasta. Por eso, hemos podido incluir en el caso de Leonor B1-B una bella iconografía.

MIGUEL B1 y A, el I.

Hijo de Pablo B1 y de Ángela A y A, nació en Montroig, provincia de Tarragona, el 14 de diciembre de 1857. Sobrino, por su madre, de «la muy ilustre» María Rosa A y A, abadesa del Real Monasterio de San Antonio y de Santa Clara, estuvo destinado en principio al clero. Se soñaba para él «un alto puesto prelaticio» en la adultez. Según la biografía del personaje, publicada en *La Gaceta* de Buenos Aires, «Revista Ilustrada: Biográfica, Literaria, Científica, Artística, Comercial, Social y de Actualidades» (año IX, números 64 y 65 de febrero y marzo de 1913), «tristemente defraudada habría de ser la buena señora en sus cristianas ansias. Su sobrino nunca pasó ¡de monaguillo!». Pero el adolescente Miguel realizó estudios brillantes de economía y derecho financiero, interrumpidos por los entusiasmos y compromisos políticos que ubicaron a nuestro biografiado no sólo en el bando liberal que promovió la revolución «Gloriosa» contra la reina Isabel II, sino en las filas republicanas irregulares que combatieron a los carlistas durante su tercera guerra. Dice el artículo de *La Gaceta*:

> «Defiende la república contra los Carlistas. Por tres años trisca por los cerros de la fiera Cataluña, duerme al raso, come mal y duerme poco, se bate como un león, infringe [*sic*] derrotas, las soporta, y por último debelada la República, disueltas sus huestes, él continúa formando parte de la banda de los insurrectos, ¡y todo por el bendito terno de Libertad, Igualdad y Fraternidad! Hasta que por fin con el último hecho de armas sostenido entre las fuerzas revolucionarias al mando del Chic de las Barraquetas, da por terminada su campaña insurreccional».
>
> En efecto, desde que, en la noche del 7 al 8 de abril de 1872, el general carlista Castells se levantó en Barcelona contra el gobierno liberal, Miguel resistió con las armas en la mano los avances del partido del reaccionario pretendiente a la corona española. Fue uno de los derrotados en la batalla de Alpens y, peor aún, estuvo entre los resistentes de Igualada que, el 19 de julio de 1873, aplastaron las tropas carlistas del energúmeno del comandante Ignacio Wills, a pesar de la ayuda enviada por los republicanos de Barcelona mediante la columna del Chic de las Barraquetas. Es bien sabido que Wills murió durante ese combate tras haber exclamado una frase progresista: «Si no me muero en esta acción, moriré, tal vez, en otra; con que lo

mismo da; muero por la Religión».

Deo gratias, nuestro hombre no murió entonces, ni por la república, ni menos por la religión. Tras pacificar su espíritu, comenzó a trabajar en la oficina de un notario en Barcelona pero, al poco tiempo, en palabras de su biógrafo de *La Gaceta*, «esa vida sedentaria poco se avenía con su idiosincracia de caballero de andanzas que quiere a todo trance correr algunas aventuras, sean pequeñas, sean pintorescas o no, con tal que le sorprendan con algo de inesperado». El 22 de septiembre de 1874, Miguel B1-A se enroló como voluntario «de la clase de paisanos» para servir en el cuerpo de artilleros que, aquel mismo día, se embarcó en el vapor *Aurrerá* con destino a Filipinas (extraemos los datos del legajo militar compilado en el momento de la baja definitiva de nuestro héroe). El 28 de octubre, el barco llegó a Manila y Miguel se incorporó al Regimiento Peninsular de Artillería. La situación en la colonia española era tensa y compleja. En enero de 1872, había estallado el motín del arsenal de Cavite, sitio ubicado frente a la capital, en el sur de la gran bahía de Manila. No sólo los cabecillas del levantamiento fueron ajusticiados, sino que las autoridades españolas aprovecharon las circunstancias para apresar y condenar a muerte a los tres sacerdotes filipinos, promotores de la independencia de las islas, quienes habían formado el grupo activista llamado Gomburza. Para peor, cuando nuestro Miguel arribó a Manila, había estallado nuevamente la guerra entre los españoles y los musulmanes, los «moros», del mar de Sulu. El artículo biográfico de *La Gaceta* de Buenos Aires asegura que el joven artillero habría participado en esa lucha y obtenido una cruz al mérito militar. A decir verdad, en el legajo de Miguel, redactado en 1880, sólo se registra una misión del entonces ya promovido cabo 1º al distrito turbulento de Cavite. Lo cierto es que, al cumplirse los cuatro años del enrolamiento, el joven B1-A solicitó regresar a España, cosa que se le autorizó a hacer con la salvedad de que debía permanecer dos años más en las filas del ejército para recibir los premios pecuniarios que, debido a su buen desempeño, le habían sido acordados en las islas. Embarcado en el vapor correo *Esmeralda*, Miguel llegó a Barcelona el 1º de enero de 1879. Durante el derrotero, conoció los puertos de Hiroshima, Hong-Kong, Singapur, Calcuta, Bombay, Suez y Estambul. Permaneció en el parque de artillería de Barcelona hasta la fecha de su baja definitiva, el 22 de septiembre de 1880. «Va ajustado y satisfecho de cuantos haberes y raciones le han correspondido, abonándosele además veinte y dos

pesetas veinte y cinco céntimos por razón de haber y pan de marcha, así como también ha percibido todo lo devengado por premios y pluses del Consejo de redenciones y enganches militares. En el tiempo que ha pertenecido a esta Compañía ha observado irreprensible conducta.»

En los primeros días de octubre del mismo año de 1880, el exsargento B1-A contrajo nupcias con la joven Leonor B4, cuya familia presumía de descender directamente de Wifredo el Velloso, fundador de la casa condal de Barcelona a finales del siglo IX. El apellido B4 coincidía con el nombre del nieto del Velloso, que heredó el condado y lo transmitió a los Berengueres, antepasados por rama paterna de los reyes de Aragón y, a través de Leonor, hija de Pedro IV, ancestros de Fernando I de Trastámara, quien fue el abuelo de Fernando II el Católico nada menos. Con lo cual, se demuestra que los descendientes de Leonor B4, los B1 de cuyo Belarmino descienden a su vez los B-B1, han de considerarse todos tíos y primos lejanos, lejanísimos pero parientes al fin, de las majestades y altezas borbónicas del presente, de cuanto puede suponerse que la historia de estas vidas estrafalarias interesará a los lectores españoles, aún de los colocados más arriba en la pirámide de la monarquía. Y bien, Leonor B4 y Miguel B1 tuvieron su primer hijo, **Belarmino** [véase su biografía en esta *Enciclopedia*], en diciembre de 1881. Dos años después, les nació una niña hermosísima, Angelina, y, en 1886, lo hizo Miguel II. A todo esto, el padre de la ya cuantiosa familia había conseguido inscribirse como corredor de bolsa y progresaba a pasos agigantados. En 1887, un crac inesperado de dos clientes provocó la quiebra de su negocio. Miguel B1-A resolvió emigrar a la Argentina. «Algunas noticias que le dieron le han hecho entrever que ésa es la tierra prometida», explicaba el cronista de *La Gaceta*. El 14 de enero de 1888, los B1-B4 desembarcaron en Buenos Aires pero partieron de inmediato a instalarse en Ensenada, pues Miguel fue nombrado contador general de la empresa constructora del puerto de La Plata, puesto que conservó hasta la liquidación de la sociedad en 1894. «Desempeña airoso su cometido. Recibe plácemes y agradecimientos de los directores. Y es que nuestro biografiado con su inteligencia firme y con su visión clara encauza esa administración que se hallaba en el más deplorable de los estados.»

A la sazón, el matrimonio había tenido tres hijos argentinos, Enrique, Amadeo y Pablo. Después de un viaje de descanso a España, Miguel instaló una casa de giros y cambio de monedas

en Buenos Aires sin abandonar Ensenada, ya que, en 1896, obtuvo la gerencia de la compañía dedicada al tránsito del puerto de La Plata. Los B1-B4 dispusieron entonces de buenos medios para comprar y hacerse trasladar de Inglaterra un juego de muebles espléndidos, estilo jacobino, con columnas torneadas en los ornamentos arquitectónicos del aparador, en las patas de los sillones, en los respaldos de las sillas. Los descendientes de los B aún conservan varias piezas. En 1900, el jefe de familia fue nombrado síndico en el pleito que enfrentaba al gobierno de la provincia de Buenos Aires y a los antiguos constructores de aquel mismo puerto para quienes él había trabajado al llegar al país. El trabajo se llevó «a cabo con honra y provecho» y pudo darse por terminado el entredicho judicial. La fama de Miguel se alzó por los cielos en el mundo de los negocios y le permitió ingresar a la respetable Logia América nº 32, del Oriente de Buenos Aires, integrada en la Gran Logia de la Argentina de los Libres y Aceptados Masones. En 1901, de forma completamente inesperada, Leonor quedó embarazada y dio a luz a su último hijo, Roberto. La madre estuvo muy grave después del parto y el niño quedó débil, enfermizo, por varios años. Sólo a fines de 1911, los B1-B4 se sintieron con fuerzas suficientes para hacer un nuevo viaje de reposo y visita a los parientes en Cataluña. Acudieron al monasterio de Santa Clara varias veces para homenajear a la tía abadesa, casi nonagenaria, y regocijar a una prima, Providencia, que también se había hecho clarisa y convertido en la asistente de la altísima superiora. Cuando Leonor y Miguel concurrieron a despedirse de las religiosas, Providencia los esperaba con un poema de adiós, muy místico, escrito en catalán: «*Un vuelo, en el día veinticinco de julio de 1912*». Los parientes de la Argentina eran comparados con «dos pájaros de hermosa pluma» que emprendían el vuelo hacia América para regresar junto a «sus hijitos que tanto los aman y que los quieren cerca». El jardín del monasterio era el lugar simbólico del que salían las aves. «De Jesús son las rosetas / árbol gentil del amor, / a la sombra de ese árbol / los Pájaros toman el vuelo, / aman la Flor y los capullos / para encontrar su norte en Jesús.» Bajo tales auspicios, dignos de Ausiàs March y de Fray Luis, los B1-B4 regresaron a Buenos Aires. En febrero de 1914, en un estilo igualmente arrebatado por la religión, aunque escrita en prosa, una carta de Providencia informaba a los queridos «pájaros» que otra prima de ella misma y de Miguel, Conchita, hija de Avelina, quien era a su vez hermana de la abadesa y de Ángela A y A, esposa de Pablo B1, había

muerto y con ello sumido en gran tristeza a la «muy ilustre» Rosa A y A. Una transcripción parcial del documento vale la pena: «No sé si sabrán el riguroso invierno con que el Señor se ha servido favorecernos este año en toda España pues, según noticias, fue general. Todos lo hemos sentido naturalmente; pero muchísimo más las delicadas cuales son mi Sra. Abadesa y algunas otras. La pobre de mi Sra. Abadesa lo pasó tal que yo creí no saldría con vida; gracias al Señor, nos la conserva y está relativamente bien. Sin embargo, le fue preciso, después de todo, como remate o coronación de dicho invierno, sostener una ruda prueba acerca de su familia. ¡Nadie lo hubiera dicho!… ¡Plugo al Señor llevarse para sí en su temprana edad a la joven Conchita (q.e.p.[d.]) hija única de su hermana Avelina! Ya se deja entender cuál estará esa pobre madre con dos hijitos que quedarán a su cargo: sólo al recordarlo mi Sra. Abadesa se le vienen a sus ojos las lágrimas y hace que lloremos nosotras con ella. Por carta del cura Párroco (pues Avelina no está para escribir) supimos que fue a causa de un dolor reumático que empezándole por el vientre le dio después en el cuello, luego a la cabeza y por fin al corazón; decía también que se enfrió terriblemente; recibió el Sacramento de la Penitencia y Extremaunción. Falleció el día 17 del presente mes de Febrero […] ¡Dichosa y feliz la que con su actividad de carácter y lista al propio tiempo, fue conforme a la parte moral para concluir la tarea que el Señor tuvo a bien tacharla algún día! ¡Ella, sin duda, ha recibido el premio de todos sus trabajos! Mas si estuviera aún en lugar de expiación, por parte de mi Sra. Abadesa se la recomiendo a sus fervorosas oraciones».

Miguel quedó tan impresionado con el relato que decidió prever por anticipado algunos avatares de su propia muerte. Compró un predio en el cementerio porteño del oeste, en la Chacarita, y encargó a su hijo mayor, Belarmino, el diseño de una bóveda sepulcral. El vástago tuvo en cuenta la religiosidad católica sincera de su madre Leonor y la pertenencia de su padre a la masonería y superó airosamente la contradicción. La fachada de la bóveda evoca el perfil de un pilono egipcio. Sobre el dintel, la cobra de un *uraeus* de bronce se yergue por delante de un sol alado. En el interior del templete, un altar con un crucifijo de proporciones provee, por debajo, el espacio para los ataúdes de los esposos B1-B4. Una escalera de caracol se abre por la derecha y conduce a los pisos inferiores, cuatro en total, donde se irían colocando los sarcófagos de los hijos y sus deudos con el correr de los años. La solución de Belarmino sintetizaba la fórmula ideológica de las burguesías liberales, la

europea, la española, la rioplatense: ser librepensador activo (el ser masón aparecía como una de sus versiones) en la vida pública protagonizada por los varones, ser devoto cristiano en el mundo de la intimidad familiar regido por las mujeres. Miguel B1 A y A murió en Buenos Aires en 1924. Fue el primero en ser sepultado en la bóveda dibujada por Belarmino.

Iconografía:

La foto oficial de Miguel, en su calidad de presidente del *Centre Català* en Buenos Aires, tomada en 1913, nos lo presenta como un bello anciano, de barba prolija, tocado con un bombín claro, que empuña un bastón con el ademán aristocrático de quien parece dispuesto a juguetear con él.

Otro retrato oficial, el de la abadesa en este caso, nos permite percibir la gran diferencia que media entre un retrato burgués, el del *dandy* Miguel B1, y el de la religiosa, tardíamente apegado a los cánones de representación del Antiguo Régimen, pues los rasgos de la monja, a pesar de tratarse de una fotografía hecha por la casa barcelonesa *La Estrella de Venus* (en la Rambla de las Flores nº 30), aparecen subsumidos, devorados por la majestad de la vestimenta y del báculo, el lujo superfluo de la almohadilla con borla, el contrapunto entre el crucifijo y el libro, un blasón en el ángulo superior derecho de la imagen. El escudo es interesante porque resulta de una combinación de la heráldica de la orden de las clarisas benedictinas (en el campo inferior), la heráldica de los monjes antoninos (la Tau en el campo superior derecho), el escudo de la familia A (la primera de las A y A) que presenta un águila de frente con las alas desplegadas en el campo inferior derecho, la rosa blanca que es insignia personal de la abadesa María Rosa en el campo inferior izquierdo y una custodia en el campo superior izquierdo que simboliza la unión sacramental de los santos patronos Antonio Abad y Clara de Asís. La inscripción agregada a la fotografía reza: «La M[uy] Ilustre Señora Dª María Rosa A[…] y A[…], Abadesa del R[eal] Monasterio de San Antonio y Santa Clara. Elegida en XI de Mayo del año MDCCCLV. Bendecida en XXX de Octubre del año MDCCCLIX». Recuérdese que el monasterio estuvo junto a la muralla y la torre de San Juan desde su fundación en el siglo XIII hasta agosto de 1714, momento en el que un bombardeo lo destruyó durante el sitio de Barcelona por las tropas de Felipe V. En 1725, en compensación, este monarca autorizó a las clarisas benedictinas a instalarse en el edificio del palacio de los reyes de Aragón. Allí gobernó la congregación nuestra abadesa por alrededor de sesenta años pues, elegida en 1855, en 1914

aún vivía según se desprende de la carta que transcribimos, enviada por la hermana Providencia a los B1-B4 a Buenos Aires. Agregamos una foto de Providencia, bastante más realista que la de su tía abadesa, por cierto. La monja joven sonríe ligeramente mientras apoya sus manos en los libros que debieron alimentar su cultura y su sensibilidad estética. Es probable que, amén de «*Un vuelo*», escribiera otros poemas igualmente delicados y abundantes de metáforas místicas.

Una última fotografía del repertorio iconográfico asociado a Miguel B1-A se refiere al personaje aunque él esté ausente. Reunidos por el funeral del padre, sus siete hijos se hicieron tomar este retrato colectivo en 1924. No hay duda de que la tristeza domina la escena si bien, en Angelina, roza la melancolía y en el muy joven Roberto se mezcla con un temple risueño. Paradójicamente ni la una ni el otro miran el objetivo de la cámara, cosa que sí hacen los demás hermanos, firmes, serios, contenidos. De izquierda a derecha vemos sentados a Enrique, Belarmino, Angelina y Amadeo, de pie a Miguel, Pablo y Roberto. Es probable que la ocasión de la foto no haya sido la razón principal de la atmósfera depresiva que ha ganado a los personajes. Haber elegido nomás la circunstancia del funeral para realizar el retrato de los hermanos coloca a los B1 en los antípodas de los rubicundos milicianos pintados por Frans Hals, cuando banqueteaba y crecía en Holanda como un roble poderoso la burguesía moderna.

SAMUEL B1,

llamado el **NEGRO**. Segundo hijo de **Belarmino B1** y de **Matilde M**. Nació en Buenos Aires el 17 de noviembre de 1914. Desde que ambos eran pequeños y asistían a la escuela pública en el establecimiento primario de la avenida Caseros al 700, el brillo intelectual del hermano mayor, César, eclipsó las dotes del Negro en muchos campos: el dibujo y la pintura, la historia militar, la semiología detectivesca que, años más tarde, se transformaría en la ciencia médica de los signos neurológicos. Samuel devoraba las páginas del *Tesoro de la Juventud* y, en 1922, era ya un especialista en la Gran Guerra: conocía cuáles habían sido los frentes, incluso los periféricos del África Oriental alemana y de la península de Shandong en China, cuántos hombres habían peleado por cada bando, las batallas más importantes cuyos mapas tácticos era capaz de dibujar a mano alzada. Claro que Belarmino, su padre, prefería estimular el ingenio del otro hijo y conversar con éste de temas históricos, visto el interés apasionado que César tenía por la Revolución Francesa, un tema más afín a las simpatías políticas del doctor B1 que los vaivenes de las monarquías en la Europa de 1914. Afortunadamente, Matilde sentía una atracción mayor hacia las habilidades artísticas del Negro y es probable que la admiración de la madre frente a la sutileza de las acuarelas de su hijo haya sido el núcleo de la relación de cariño tan poderosa que unió a ambos seres para toda la vida. No obstante, la influencia del padre suele ser definitoria en cuanto a la relación que sus vástagos varones establecen con la sociedad y el conocimiento. Samuel fue y permaneció tímido hasta el fin de sus días.

Estudió su bachillerato en el Colegio Nacional Sarmiento, que se encuentra en la calle Libertad entre Arenales y Juncal. Desde los 14 años, practicó boxeo en la Federación Argentina de ese deporte, donde conoció a los grandes ases *amateurs* Santiago Lovell, Salvador Zaccone (a quien admiraba particularmente por ser la gran figura en la categoría del medio pesado que con él compartía), Félix Expósito, Jacinto Invierno, Ernesto «Cañón 42» Ferrari, Domingo Sciaraffia, Pedrito Quartucci y tantos otros. La seguridad física que el boxeo le confirió logró que su timidez se disimulara frente a los varones. Al morir su padre y desvelarse el asunto de la doble familia [véase **Belarmino B1** o **Matilde M-B1**], el Negro pensó que se caía el mundo abajo. Por suerte, la sintonía con su madre se

fortaleció, lo cual fue muy útil para el rearmado psicológico de ambos personajes. Samuel permaneció soltero, incólume al lado de Matilde mientras ella vivió, a su lado en todas las viviendas que ocuparon desde el día en que hubieron de abandonar el gran departamento de México 1320. En 1942, el Negro pudo reanudar sus estudios de medicina, que terminó en 1946. Buscó especializarse en neurología, una disciplina en la que descolló al punto de ser asistente del doctor Jorge Luis Malbrán en el Patronato Nacional de Ciegos. La obligación de afiliarse al partido peronista para conservar el puesto lo alejó de ese instituto de prevención de la ceguera y lo llevó a ingresar como médico neurólogo en el Centro Gallego, un hospital privado. En 1956, comenzó la concurrencia a la tercera cátedra de semiología de la Facultad de Medicina de Buenos Aires y obtuvo, al poco tiempo, el cargo de médico de planta. Se destacó por sus conocimientos de los síndromes clásicos y raros de la neurología y su capacidad de descubrirlos en los pacientes de carne y hueso. Su temperamento conservador lo ayudó a permanecer sin sobresaltos en ambos lugares de trabajo hasta su jubilación en 1985. La primera etapa de la carrera médica se superpuso a una convivencia práctica del Negro y la familia de su hermana Leonor durante el día. Después de la muerte de Matilde, Samuel estuvo disponible para salir de vacaciones y de viaje con los B1 cuyos niños lo adoraban por sus ocurrencias, sus cuentos de la vida, sus expresiones castizas, su conocimiento de plantas y animales y su generosidad sin límites. En julio de 1960, durante un almuerzo en un restaurante, el Negro extendió inesperada e inopinadamente un cheque por mil quinientos pesos a su sobrino Gastón para financiarle un viaje a Europa, que el adolescente haría con su abuela Mima en el invierno boreal de 1961 [véanse los detalles de las excursiones y del regalo ofrecido al sobrino en **Leonor B1-B**]. Sin embargo, hubo un pequeño roce con Leonor que merece consignarse. El Negro amaba a los animales, a los perros en particular, y así tuvo en su casa, desde que Matilde murió hasta su propia desaparición en 2006, una dinastía pertinaz de perros boxer a los que llamó Alarico I, Alarico II y así siguiendo. Pues bien, el primero de esos bárbaros era un exaltado que se ponía loco de contento cuando, llevado por su amo, visitaba a Leonor para jugar con los chicos y Milú, el pequinés. Corría como una tromba a lo largo del corredor del departamento y, en su torpeza de cachorro, se llevaba los muebles por delante. A principios de enero de 1959, Alaric von der Grafenau embistió la mesita de la televisión. El aparato,

regalo de un paciente de Pin, cayó estruendosamente al suelo. No fue muy grave el asunto. Hubo que cambiar dos válvulas tan sólo, pero Leonor dijo: «Negro, por favor, no vuelvas más con el perro a esta casa». Samuel se lo tomó igual que si le hubieran expulsado a un hijo. Estuvo tres semanas sin visitar a su hermana. Pin logró aplacar su enojo e insistió para que, como siempre, acompañase a la familia en el primer viaje que los llevaría hasta la Patagonia. El día de la partida, Leonor y el Negro se reconciliaron.

Ambos cuñados coincidían en su pasión por las armas de fuego de todo tipo: carabinas de alta precisión como la finlandesa Suomen Leijona, fusiles sistema Mauser 98, carabinas Winchester 30.30 y 45.40, revólveres Colt, pistolas Parabellum modelo 1908 formaban parte de las colecciones familiares, a las que el Negro añadió la adquisición de un .375 Holland and Holland Magnum inglés «para cazar elefantes». Leonor y sus hijos se preguntaban si acaso el hermano-tío tendría el corazón tan despiadado para tirar con el H & H a un paquidermo que él mismo consideraba una de las bestias más sublimes de la creación. El caso es que fueron Pin y Samuel a probar el arma suprema al Tiro Federal, hicieron dos disparos y el cerrojo se atrancó. Nunca más se animaron a acarrear semejante fusil en el auto o hacer con él la distancia desde la casa de Mármol 130 hasta aquel edificio donde se aprendía «a defender la Patria». De todas maneras, el entusiasmo del Negro no amenguó, renovó su abono a la *Shooter's Bible* y se consagró a las armas cortas y al tiro a las siluetas olímpicas.

En 1961, un dulce trueno impuso un punto de inflexión a la vida de nuestro biografiado. Se enamoró de una muchacha dieciséis años más joven que él, Elsa G, con una fuerza tal que aceptó contraer matrimonio en la iglesia a pesar del anticlericalismo heredado de su padre. El acontecimiento tuvo lugar, efectivamente, el 15 de marzo de 1962, en la espléndida parroquia de San Carlos Borromeo. A fines de diciembre del mismo año, nació Elsita B1, seguida muy pronto por Enrique, quien vino al mundo un año exacto después de su hermana. «Ay, si hubiera sabido que Himeneo me depararía tales delicias y tanta paz del ánimo, me habría casado diez años antes. Pero tendría que haberte encontrado a vos, Elsa querida, y en esa época, apenas veinteañera ni hubieses mirado a un cuarentón», decía el Negro, con expresión de pena por el tiempo perdido. Samuel fue muy feliz, en verdad, junto a su esposa y sus hijos, cuyo número aumentó cuando el patriarca orillaba los 60 años de edad. Operado de una hiperplasia de próstata, mal

inveterado de los B1 y de sus descendientes, el Negro pensó que no había posibilidad alguna de que su mujer quedase embarazada. Sin embargo, en 1974, Elsa dio a luz a Esteban, llamado «Tate», tan igualito a su padre que, desde recién nacido, parecía haber sido fabricado con papel carbónico. A todo esto, Samuel compró un terreno grande en San Bernardo, a una cuadra de la playa, donde construyó una casa muy bella y cómoda de veraneo. La generosidad proverbial del hombre hizo posible que los B-B1 fueran invitados con frecuencia a ocuparla en los meses de enero, durante varios años seguidos. Allí fueron Leonor y Pin, su hijo Gastón con la mujer Aurora y los niños Constanza y Lucio, quienes aún recuerdan las vacaciones míticas que pasaron en San Bernardo.

Samuel B1 murió en Buenos Aires, a los 91 años de edad, en agosto de 2006.

JOSÉ EMILIO B-B2,

llamado **PIN**. Nacido el 15 de abril de 1918 en el barrio de Montserrat, fue el primogénito de **Cándido B-B3** y de **Emilia B2-A**. Aquél fue el año de la nieve que cae en Buenos Aires tan sólo una vez por siglo. La abuela Yaya, madre de Emilia, interpretó el fenómeno como señal del destino extraordinario que aguardaba al recién nacido. Los esposos B resolvieron hacer todo lo posible, cada cual por su parte y según sus habilidades, para que la inteligencia del niño se desarrollase prematuramente. El tío Pepe, quien vivía en la casa de su hermana, adoraba a la criatura y la llevaba a pasear por el centro de Buenos Aires, tanto de día cuanto de noche, así en invierno como en verano. Lo cierto es que, a los quince días del nacimiento, José Emilio acompañó a toda la familia al cine donde se pasaban vistas de Mack Sennett, pero no se rio, sino que se limitó a mamar del pecho de Emilia. «Decí Pepe», insistía el bueno del tío cuando el lenguaje empezó a insinuarse en la boca del infante. «Pin», respondía éste y así sucedió que le quedó Pin de sobrenombre. Pero decíamos que sus padres se aplicaron, cada uno en su campo, a cultivar las destrezas del hijo. A los 3 años de edad, Cándido le impartió clases anticipadas de lectura y cálculo, mientras Emilia lo sentó al piano como a un pequeño Mozart. El chico aprendió todo lo que se pretendía enseñarle de modo que, al nacer su hermana, Mercedes Juana, en noviembre de 1922, ya sabía leer y escribir y tocaba el *Para Elisa*. En marzo de 1924, Pin ingresó a la escuela pública nº 14, en la calle Luis Sáenz Peña entre Belgrano y Venezuela. Su maestro de sexto grado diría siempre que José Emilio había sido el mejor alumno de toda su carrera docente. Así lo declaró a Cándido en 1930, cosa que ha de haber funcionado como un bálsamo en los oídos del jefe de la familia B-B2, quien había perdido poco tiempo antes su trabajo. Y muchos años más tarde cuando Pin, ya casado, padre de un Gastón de 11 años de edad y médico bisoño pero descollante, buscó a su querido maestro, lo encontró e invitó a cenar en su casa, el hijo de aquel adolescente que había terminado la escuela primaria en 1930 volvió a escuchar los mismos y persistentes elogios en boca del profesor del sexto grado. Gastón sintió el peso de la herencia y conoció el origen de la vara con la que se lo medía en 1958.

El período en el que José Emilio concurrió a la escuela primaria fue, sin duda, el más feliz y próspero de su familia. Madre y padre trabajaban y aportaban dinero a la casa por

igual. La Argentina conocía una de sus mejores épocas de crecimiento económico y desarrollo social bajo la presidencia de Marcelo de Alvear, miembro del partido radical. En 1928, los B-B2 pudieron veranear en Mar del Plata. Pin y su hermana compartieron unos días espléndidos de playa que no verían repetirse hasta bien entrada la década del 40. La crisis del 30 arrasó con ese bienestar e instaló en la existencia de José Emilio una zozobra, una angustia que, aun cuando las circunstancias pudieran sonreírle en el futuro, permaneció tenaz y duramente en los pliegues del alma y fue transmitida a sus dos hijos, a Gastón especialmente pues Martín pudo y supo convertirla en estímulo de la acción política. Durante largos años, Pin sintió la amenaza de que sus estudios se verían truncados si la situación económica de la casa no mejoraba, desde el momento en que ingresó al Colegio Nacional nº 1 Bernardino Rivadavia hasta el cuarto curso en la Facultad de Medicina, ocasión en la que el altísimo promedio de sus notas le permitió ser aceptado como practicante pago en el Hospital de Clínicas. Lo extraño del caso era que su padre, y no su madre, le transmitía ese desasosiego al decirle: «Hijo, no sé si este año podrás seguir sin trabajar ni aportar dinero para la marcha de la casa». Emilia, en cambio, fortalecida por ser quien, en realidad, mantenía a la familia y pagaba la olla, prefería replicar que, mientras pudiese dar lecciones de piano, a ella tocaba el decidir algo en contra de la continuidad de los estudios de Pin y no cometería ese desaguisado porque aún poseía la energía suficiente para hacerse cargo de todo. El propio José Emilio percibía esa tensión entre padre y madre como una paradoja escandalosa, por cuanto Cándido era la persona serena y prudente mientras Emilia encarnaba la intemperancia y el autoritarismo a ojos del muchacho. De semejante contradicción debió nacer el perpetuo balanceo de Pin entre los sentimientos de respeto y de impaciencia que, alternativa y catastróficamente, le inspiraron su padre y su madre por partes iguales hasta el fin de sus días. En la cuestión del ingreso al bachillerato, la madre se había encargado, por otra parte, de arruinar con su carácter una buena posibilidad de que nuestro adolescente entrase al Colegio Nacional de Buenos Aires. Esa institución parecía, por cierto, estar hecha a la medida de los empeños intelectuales de José Emilio. En aquellos tiempos, era cosa sabida que, cada año, las huestes del primer año del Nacional Central se formaban a partir de los estudiantes que hubieran dado y aprobado sus exámenes de ingreso y de los que se incorporaban a la escuela por el mero

hecho de pertenecer a las viejas familias patricias, no sólo de Buenos Aires sino de todo el país. Pin, hijo de un emigrado uruguayo, tenedor de libros, y de una profesora barrial de piano, se encontraba, por supuesto, en el primer grupo. Estaba dispuesto a pasar cualquier prueba, pero su madre, que lo acompañó a la hora de presentarse ante las autoridades del colegio y solicitar la autorización para dar el examen, se empecinó en querer conocer las razones por las cuales, en un régimen republicano, existían ingresantes de primera y de segunda, los que entraban sin dar examen alguno y los que debían demostrar en los papeles sus capacidades y conocimientos. Emilia armó una batahola de proporciones. Pin abandonó sus aspiraciones y prefirió, por último, rendir sus pruebas en el Bernardino Rivadavia, un colegio de la calle San Juan y Bernardo de Irigoyen que lo recibió con los brazos abiertos e hizo de él uno de sus alumnos más célebres.

En efecto, no hubo materia en la que José Emilio no se empeñase por ser el primero, de la matemática al francés, de la lógica a la gimnasia. A decir verdad, el único aprendizaje sistemático que hizo de las lenguas extranjeras en su vida fue el ofrecido por el colegio. Sin embargo, consiguió leer con maestría y hablar fluidamente el inglés y el francés. A fines de 1935, el joven B-B2 recibió el diploma de bachiller y la medalla de oro al mejor estudiante de su promoción. En marzo del 36, rindió con éxito las pruebas del ingreso a la Facultad de Medicina, claro que, según hemos dicho, la amenaza de una interrupción de los estudios por cuestiones económicas de la familia estuvo agazapada durante tres años más. Por suerte, Pin había completado entonces su formación pianística y se había inclinado hacia el tango. Dominaba ya un repertorio vasto que nunca dejaría de enriquecer. «*El pañuelito*», «*Don Juan*», «*La casita de mis viejos*», «*La gayola*», «*9 de Julio*», «*El choclo*», «*La cumparsita*», «*Uno y uno*» eran sus especialidades y lo siguieron siendo para toda la vida. Las ejecutaba con un gusto particular por los detalles del fraseo, la elegancia de los arpegios, el ritmo inequívoco del género pero sin escandidos fuertes, el subrayado de las modulaciones entre los episodios musicales de la forma binaria. No se perdía ninguno de los rasgos del tango al mismo tiempo que las piezas sonaban integradas a la tradición grande del piano clásico-romántico. Era una delicia escucharlo debido a esa mezcla del arrabal y del salón europeo del siglo XIX, de la inmediatez de la música popular y del juego de los adornos académicos que él lograba. Hubo quien comparó la audición de los tangos de Pin con el recitado de la poesía gauchesca de

Rafael Obligado. Y bien, lo cierto es que semejantes maravillas permitieron a nuestro muchacho el ofrecer sus servicios como pianista en las fiestas de los ricachones del Barrio Norte. Tuvo tanto éxito que llegó a tocar en varios saraos del Jockey Club, en la famosa sede que esa asociación tan socialmente útil de propietarios de caballos de carrera tenía en la calle Florida al 500. La familia ignoraba las actividades y los ahorros que José Emilio realizaba gracias a ellas para precaverse de cualquier crisis financiera. Como quiera que sea, nuestro joven estudiaba a la manera de los dominicos y jesuitas, si bien lo hacía con tanto método que aún tenía tiempo para cultivar la amistad del **Negro B1** y de su hermana **Leonor**, a la que había conocido en los tiempos de la escuela secundaria, el día de su 15º cumpleaños y de la inauguración de sus pantalones largos. Pin concurría a las reuniones de adolescentes en la terraza de la casa de México 1320, donde vivían aquellos y otros amigos [véase la biografía de **Leonor B1-B**]. Allí se hablaba mucho de la política vernácula y, más tarde, de la guerra española. En las cuestiones internacionales, Pin y Leonor coincidían mientras que en los temas locales sus opiniones se separaban por completo. La muchacha se declaraba partidaria de la alianza entre los socialistas y los demócratas progresistas de la provincia de Santa Fe. La discusión sobre las exportaciones de carne a Europa, que se planteó en el Senado en 1935, la tuvo en vilo a pesar de lo excéntrico que el tema pudiera parecer respecto de los intereses de una adolescente burguesa. Leonor declaraba su entusiasmo por el senador Lisandro de la Torre, sus posiciones «antimonopólicas y antimperialistas», según ella misma declaraba. La posición de José Emilio era extrañísima: no dudaba en calificar de corruptos a muchos de los enemigos de Lisandro, pero buscaba preservar a toda costa al general Justo, presidente de la República elegido por una coalición liberal-conservadora en 1932. «¿Cómo podés estar a favor de esos cogotudos? No me lo explico, vos, un hombre que cree en el valor de la educación y del trabajo», le reprochaba Leonor. Mas sucedía que Pin pensaba (y así haría siempre) que un republicanismo algo conservador era la mejor garantía de que se cumpliese la esperanza del ascenso social basado en los méritos. Era una postura terrible y dramáticamente ingenua pero nuestro joven creyó siempre en ella y, a la luz de tal idea, consideraría luego el peronismo como un mero producto de la demagogia antiliberal. Por supuesto que, tras el atentado que el oficialismo perpetró contra el senador de la Torre y que se cobró, no su vida, sino la de su compañero de bancada Enzo

Bordabehere, José Emilio tuvo que conceder la razón a Leonor y aceptar que la prédica de Lisandro estaba del lado de la justicia. «Admitime, Leonor, decía Pin, que los demócratas progresistas son, en realidad, propietarios y conservadores plebeyos del campo santafesino.» El duelo de caballeros entre de la Torre y Federico Pinedo, ministro en el gabinete del presidente Justo, terminó por volcar a nuestro protobachiller hacia el lado de Lisandro. Pues he aquí otro rasgo interesante y contradictorio de la personalidad de José Emilio: su admiración por el coraje de los hombres que defienden con las armas el honor y, en consecuencia, por la institución del duelo. A partir de aquellos lances, Pin se prepararía durante toda su existencia con el objeto de afrontar un reto. Compró pistolas *ad hoc*, practicó con ellas, las mantuvo limpias y listas para su uso en la circunstancia menos pensada. Aprendió la esgrima con sable por si acaso su contrincante imaginario prefería las armas blancas y no las de fuego a la hora de batirse. Pobló su biblioteca con varios tomos de códigos de honor cuyo objeto era la definición de las reglas del desafío, la conducta de los padrinos de los duelistas, los procedimientos de la pelea caballeresca, los efectos si se trataba de enfrentarse a muerte o sólo hasta haber derramado la primera sangre, y así siguiendo. Nunca se le presentaría la ocasión. Una vez estuvo a punto de embarcarse en una querella, pero el destinatario era un católico convencido a quien el confesor prohibió el presentarse a la cita en defensa del honor. ¿Cómo conciliar semejante devoción y el compromiso militante de José Emilio con el ejercicio de la medicina, con su combate juramentado contra el dolor, la enfermedad y el sufrimiento humanos? Quizás residiera en esa contradicción la válvula de escape fantasiosa de las postergaciones de la felicidad, el deseo o la voluntad de poder, a las que su propio consagrarse al estudio de la ciencia lo había obligado.

Dejemos a Nietzsche y a Freud reposar en paz y vayamos a la historia de nuestro personaje a finales de los 30. Igual que en la escuela secundaria, Pin sacó las mejores calificaciones en las materias del ciclo de formación teórica en la Facultad de Medicina. La anatomía topográfica, que todos los estudiantes aborrecían menos él, la fisiología, disciplina enseñada por el doctor Houssay, futuro premio Nobel de Medicina a quien todos los estudiantes temían menos él, la patología médica y la bacteriología, en las que todas las mentes naufragaban menos la suya, fueron sus campos de estudio preferidos. El promedio alto de sus calificaciones hizo posible que, en abril de 1940, José

Emilio ingresara como practicante del quinto año en el viejo Hospital de Clínicas de la avenida Córdoba, entre Uriburu y Junín, con un sueldo y un buen alojamiento en el pabellón de los bisoños. No había cumplido aún los 22 años de edad, cuando el joven B-B2 dejó de vivir en la casa de sus padres. Pero digamos que, de enero a marzo de 1939, Pin había atravesado otra experiencia única y radical de su vida: el servicio militar. La planificación estricta de su carrera y el atractivo de las armas, que acompañaba a su pasión por el duelo y a su interés frente a las cosas de la guerra en el mundo, han de haber sido los motivos que llevaron a nuestro hombre a cumplir las así llamadas «condiciones de tiro», es decir, una serie de pruebas con fusil de guerra, a cincuenta, cien y trescientos metros. El éxito de esos ejercicios de puntería y manejo de armas de combate permitía que los varones, sometidos a la conscripción obligatoria y universal como soldados, pudieran declararse estudiantes, realizar el servicio en un período concentrado de tres meses y egresar de él con el grado de subteniente de la reserva. Huelga señalar que José Emilio hizo centro en cuanto blanco le pusieron a su alcance o, como mínimo, puso la bala dentro de la silueta negra de la cabeza y el pecho de un hombre que solía desplegarse sobre el objeto de tiro. El 2 de enero de 1939, Pin se convirtió en aspirante a oficial de la reserva en el regimiento nº 1 de infantería de Palermo y allí estuvo hasta el 31 de marzo, fecha en la cual recibió su libreta de enrolamiento, firmada y sellada por haber terminado el servicio y egresado con el grado de subteniente. Los comienzos de la ordalía habían tenido su faz grotesca. Reunidos los reclutas aspirantes por primera vez en el patio de armas de la unidad, preguntó el suboficial mayor a cargo quién de todos ellos sabía tocar el piano. Pin permaneció inmóvil pero hubo dos infelices que levantaron la mano. «Muy bien, dijo el milico, agarren las sopapas, los baldes y cepillos, y vayan a limpiar los baños de la cuadra.» Nuestro joven respiró aliviado por haberse mantenido en el anonimato. El saludo uno, saludo dos, cuerpo a tierra, salto de rana, apunten-fuego y demás delicias tan provechosas de la vida castrense no implicaron demasiados dolores de adaptación para José Emilio pero, el 18 de febrero, fue protagonista de un hecho aciago. Se encontraba cargando una mula del regimiento con una ametralladora cuando el animal reaccionó airado y descargó una patada en el vientre del estudiante desprevenido de medicina. Pasó tres días en la enfermería y su herida pareció curada. Un mes más tarde, una febrícula lo afectó durante unos

días. A pesar de ello, Pin llegó al final del entrenamiento y consiguió los despachos de oficial por los que había pugnado. Adelantemos la historia. En mayo de 1939, la herida provocada por la coz de la mula se transformó en una fístula, sobreinfectada más tarde por el bacilo de la tuberculosis que le transmitió un paciente en 1941. En el verano del 41-42, José Emilio cayó en cama. El riesgo de una septicemia era elevado. Las sulfamidas atenuaron el mal. Las fístulas volvieron a la carga a fines de 1947, cuando el primogénito de la familia B-B1 había cumplido apenas un año. El combate parecía perdido. Llegó, por fin, la noticia de que la estreptomicina, el antibiótico específico contra la tuberculosis, había sorteado todas las pruebas farmacológicas y médicas en Gran Bretaña y en los Estados Unidos. José Emilio fue uno de los primeros pacientes en recibir el tratamiento en la Argentina y así salvó su vida. Escribió de inmediato al doctor Selman Waksman, el descubridor de la estreptomicina, le agradeció y le contó los detalles de su caso. Waksman respondió con cariño y sencillez.

Volvamos al año 39. En su primer ciclo de practicante, Pin fue un meteoro en el *campus stellae* de la semiología médica o, mejor dicho, una suerte de *nova* que no dejaría de brillar hasta poco antes de la muerte. Tanta era su habilidad diagnóstica a los pocos meses de haber iniciado el ciclo semiológico que, cuando marinos ingleses y alemanes fueron evacuados a Buenos Aires para recibir atención urgente durante y después de la batalla naval del Río de la Plata, nuestro héroe formó parte del equipo encargado de los primeros auxilios y ayudó a descubrir los males previos que tenían muchos de los heridos de guerra, algún que otro soplo cardíaco, úlceras gastroduodenales, enfermedades infecciosas varias como gonorreas, una lúes y hasta una tuberculosis, amén de un cáncer de pulmón en curso. Las dos embajadas de los países enfrentados agradecieron por igual y personalmente a todos los médicos argentinos que actuaron entonces. José Emilio recibió ambas cartas, dirigidas al *Doctor* o *Doktor* B. Quería responder para puntualizar que aún no se había recibido y que se rehusaba a «usurpar títulos y honores». Un practicante mayor del Hospital lo disuadió de hacerlo. El episodio revela, no obstante, la relación tensa que siempre habitaría el espíritu de Pin entre lo sublime y lo risible. En el campo del honor, sobre todo, ese conflicto habría de estallar y producir la mayor tragedia involuntaria de su vida (pleonasmo, ¿hay acaso tragedia que no sea involuntaria?) Lo cierto es que el joven B alcanzó el promedio más alto de su cohorte pero, ¡ay!, no pudo recibir la medalla de oro por

cuanto, en el verano del 42, su fístula lo dejó postrado y hubo de postergar el examen de medicina legal más allá del mes de marzo, es decir, del turno en el que se consideraba que un estudiante regular debía haber rendido todas las pruebas del último año. No obstante, quien sí recibió el premio en su lugar, el doctor Carlos Lda, destacó durante la ceremonia del juramento hipocrático que, en rigor de verdad, él ocupaba el segundo puesto en la nómina de los mejores alumnos, que José Emilio había sido el número uno pero la salud y la burocracia le habían jugado una mala pasada. Pin lloró entonces en público. Se advertía que no era de tristeza sino de agradecimiento y emoción.

Los amigos del practicantado acompañaron al novel doctor B-B2 para siempre. Ya mencionamos al joven Lda. Agreguemos ahora, en primer lugar, al doctor Raúl B.zone, un graduado del Nacional Central, capaz de hablar en latín como un prelado del siglo XVIII, autor de una traducción parcial del *Martín Fierro* a esa lengua. El mayor escollo encontrado en el trabajo fue el dístico «Al que nace barrigón, es al ñudo que lo fajen». Raúl dio con la solución «*Qui crasus naquit, nulla ortopedia est*», pero quedó tan exhausto que no pudo seguir adelante. La urología reemplazó por completo al arte de traducir. El doctor Enrique Marcos V, hombre de gran altura en todos los sentidos de la expresión, fue un amigo excepcional. Vástago de una familia rica, instaló su consultorio en el *petit hôtel* que su padre había erigido en la calle San José 777. Visto que Pin no tenía sitio donde atender a los pacientes propios ni dinero para alquilarlo, Enrique Marcos le cedió el gabinete en los días y en los horarios que mejor le cuadrasen. Nunca aceptó recibir ni un solo peso por ello. Pin trabajó en el lugar desde marzo de 1944 hasta octubre de 1968. El padre del doctor V era un miembro conspicuo del partido radical. Cuando el presidente Hipólito Yrigoyen fue derrocado, el 6 de septiembre de 1930, su casa saqueada por una turba y su persona enviada a la isla Martín García, el señor V se sintió morir pero, tras el regreso de don Hipólito de la prisión, él mismo se encargó de hacer frente a los gastos de la atención médica del político anciano hasta su fallecimiento, acaecido el 3 de julio de 1933. Enrique Marcos heredó la militancia radical como un legado mayúsculo. La única ocasión en la que hubo un roce entre Pin y su amigo entrañable sucedió a raíz de un comentario desfavorable que José Emilio esbozó respecto de Yrigoyen. «Pero ¿cómo te atrevés vos a discutir al Peludo?», lo increpó Enrique Marcos. El doctor Julio Bta, un cardiólogo que se hizo célebre muy joven

cuando, en 1947, implantó por primera vez y con éxito una válvula aórtica artificial en un perro, fue otro de los compañeros sempiternos de nuestro personaje. Vaya a saber uno el porqué, Julio era el mejor organizador de disparates en el pabellón. Jugar con agua en los tiempos de carnaval constituía una de sus obsesiones, dirigida exclusivamente a la diversión de la compañía. En el verano del 44, cierto domingo de la carnestolenda a eso de las siete de la tarde, hora en que el calor bochornoso de la jornada comenzaba a amainar, los practicantes, bajo la batuta del joven Bta, habían reunido entre baldes, ollas y bombitas, algo así como unos doscientos litros de agua. Una pareja caminaba por la avenida Córdoba sin sospechar que era objeto de asechanzas por parte de los médicos y protomédicos del Hospital de Clínicas. El caballero lucía bombín, cuello palomita, una corbata gris perla y pantalón de fantasía. La dama llevaba un vestido ligero de seda y una capelina muy bien almidonada. Los que vieron desde lo alto del pabellón el agua lanzada sobre los transeúntes dicen que aquello fue el equivalente de la apertura de las compuertas en el dique San Roque. Pasado el chubasco, las alas de la capelina aguantaron tiesas unos segundos y cayeron luego como un cuerpo muerto cae. «¡Hijos de puta!», atinó a gritar la dama antes de que el marido corriese a desgañitarse frente a la puerta del hospital y la policía tomara cartas en el asunto. El doctor Bta asumió la responsabilidad y marchó preso. Fue huésped de la comisaría hasta las dos de la mañana, hora en que el jefe de esa unidad policial, tras recibir a una delegación de colegas del imputado y consultar al juez, aceptó liberar al detenido previo pago de una multa de cien pesos. Antes de las tres, los practicantes habían reunido esa suma, bastante elevada en aquella época. Una ovación marcó el reingreso de Julio en el hospital. Las bromas podían ser de una maldad refinada, como las que caían sobre la cabeza del enfermero Manuel G, gallego de procedencia, hombre de una fidelidad hacia los jóvenes profesionales, de una entrega al trabajo y de una ingenuidad tonta, que se repartían su cabeza o su alma por partes iguales. La más refinada de todas las crueldades que le gastaron se apoyó en las quejas frecuentes del propio Manuel acerca de su sordera progresiva. Los muchachos se confabularon para hacer la mímica de que hablaban al mismo tiempo que deslizaban algunos pocos sonidos bajos con el fin de que Manuel entendiese sin oír. Por otra parte, habían conseguido quitar el badajo de la campana del pabellón. Llegó a la guardia un hombre joven y jovial a quien los conjurados pusieron al tanto

de la jugarreta. El paciente tenía una herida muy leve que se había hecho en la mano al caerse en la calle. «M[anue]l, a[lcan]z[a]m[e] la c[a]j[a] de c[irug]ía, p[or] f[avo]r.» «¿Cómo, qué dice, doctor?» «A[lcan]z[a]m[e] la c[a]j[a] de c[irug]ía. ¿[E]st[á]s s[or]d[o]?» «Pero, vamos, vamos, que es un chiste, caballeros.» «P[e]r[o] g[alle]g[o], [e]st[á]s s[or]d[o] c[omo] [u]n[a] t[api]a.» «Ala, que no es posible, ¿voy a estar sordo yo como una tapia?» Y Manuel fue hasta la campana, tomó la cuerda con fuerza y dio el aldabonazo más grande del mundo. Claro, la campana permaneció muda. «Ay, Dios mío, Dios mío, que me quedé sordo definitivamente, y es lo que me temía», desesperaba el enfermero. Tan angustiado y al borde del colapso parecía el hombre que los sinvergüenzas se apiadaron de su víctima. «Dale, gallego, que no te pasa nada, era un chiste.» Fue necesario que se pusieran a cantar para romper el hechizo.

Claro que había también otra clase de desbordes en aquella vida, es decir, las demasías del dolor y de la muerte. Pin recordaba una especialmente, por la que lloró días enteros al extremo de plantearse, por única vez en su existencia, el abandono de la medicina. Una adolescente de 17 años fue llevada al hospital, pavorosamente ensangrentada. El autobús en el que viajaba había hecho una frenada brusca, la cabeza de la muchacha golpeó contra el parabrisas del vehículo y los vidrios rotos le cortaron las dos carótidas. José Emilio estaba en la guardia. No tuvo tiempo de suturarle las arterias que el hálito se le había escapado por las heridas. Si todos los muertos son pálidos, las mejillas de aquella niña tomaron el color de las cenizas en cuestión de segundos. Fue necesario que interviniesen los maestros de nuestro doctor para convencerlo de que la muchacha estaba moribunda ya en el momento de llegar a la sala de emergencias. Digamos, pues, quiénes eran los maestros. En primer lugar, el doctor Rodolfo D, en quien Pin siempre creyó haber conocido al semiólogo más grande de la historia, no sólo por su manera de clasificar e interpretar los signos públicos y evidentes de la enfermedad en un paciente, sino por la búsqueda y recreación de los síntomas ocultos. El profesor D escribió varios tratados de medicina interna y diagnóstico diferencial, leídos y conocidos en todo el mundo de habla hispánica de los años 30 a 50. Se ocupó de las enfermedades cardíacas y de la patología general. Su mayor obra estuvo dedicada a los males del sistema nervioso sobre los que redactó un texto en colaboración con sus colegas y discípulos Enrique F, Osvaldo F y Pedro César R, un libro que

aún hoy se reedita, con las lógicas modificaciones impuestas por el progreso científico en la rama de la neurología, pero que conserva la organización y las relaciones entre temas establecidas por la mente lúcida y bien ordenada de Rodolfo D. Desde el trabajo de tesis doctoral («Hidatidosis raquidea»), que tuvo al doctor D por padrino, hasta sus primeras publicaciones académicas, la actividad de José Emilio llevó la impronta de su profesor más querido. Por ejemplo, la ciencia neurológica del veterano hizo más que traslucirse en los artículos del bisoño «Semiología del octavo par craneano, rama coclear» y «Semiología del aparato vestibular», editados en 1951. «La clínica es soberana» fue el apotegma que Rodolfo transmitió a nuestro biografiado y que éste haría escribir en un travesaño del techo de su biblioteca, como había hecho Montaigne en la torre de su castillo con los dichos de los Antiguos. Una noche de agosto de 1953, el doctor D llegó a su casa de la calle Cangallo, tocó algunas notas en su violín y se sintió mal. La esposa llamó a José Emilio, quien vivía ya en el departamento de Bulnes 270, bastante cerca de lo de su maestro. En menos de diez minutos, Pin estuvo junto a él, sólo para verificar su muerte. El segundo guía de nuestro joven perplejo fue el doctor Samuel G quien, no tanto en el plano del saber especulativo cuanto en el de la práctica social de la medicina y del mundo, dejó en José Emilio una marca indeleble. El doctor G era amigo del doctor D, clínicos ambos en la sala 4 del Hospital de Clínicas, primera cátedra de semiología de la Universidad de Buenos Aires que sería el hogar médico de Pin hasta 1969. Amén de ser un clínico sutil, Samuel G inició al joven B-B2 en la sociabilidad judía. Lo invitó a los festejos de la Pascua, del Año Nuevo y a los ritos del Día del Perdón. José Emilio entró de esa mano a una sinagoga, la de la calle Libertad, casi esquina Córdoba, por primera vez en su existencia. Cuando Pin se casó con Leonor, según pronto se leerá, el doctor G fue uno de los testigos del matrimonio civil. Leonor lo adoraba. Primero la cautivó la galanura de su lenguaje. Luego lo hicieron las historias fascinantes y desconocidas para ella que él contaba de sus abuelos y del folklore judío en Minsk, muchas veces con la ayuda de reproducciones de cuadros de Chagall. Enseguida, la atrajeron la convergencia de los ideales políticos, el socialismo democrático y la resistencia raigal al peronismo en que el médico curtido y la muchacha entusiasta coincidían como piezas de un rompecabezas. Por último, el hecho de que el doctor G fuese el súper yo encarnado de su marido en materia moral, más que nada cuando lo retaba por su comportamiento

destemplado con la familia política. «Mirá que sos bruto con tu mujer, no te da vergüenza hacerle hacer semejantes papelones frente a los suyos», era la admonición clásica, que Pin no mandó inscribir en ningún travesaño, aunque Leonor la hubiera puesto en el techo de buena gana (es probable que nuestro héroe tuviera sus razones para impacientarse con los familiares de su mujer, quienes insistían en llamarlo «doctor Pin», una síntesis que ponía furioso al interesado). Samuel G amaba la música. Gracias a sus regalos, los B-B1 iniciaron su discoteca. Eran placas de 78 revoluciones por minuto, cinco del *Cascanueces* y cinco del *Concierto nº 1 para piano* de Chaicovski, ambos ejecutados por la orquesta de la NBC, dirigida por Arturo Toscanini y con Wladimir Horowitz en el piano para el *Concierto*. Samuel fue quien invitó a la pareja al Colón, en 1949, a escuchar a Isaac Stern, nada menos, quien tocó el *Concierto para violín en mi menor* de Mendelssohn. Después de las estrecheces financieras de los primeros años del matrimonio, Leonor se sintió feliz de volver a ese sitio donde había estado tantas veces junto a sus tíos [véase la biografía de **Leonor B1-B**]. Pin se quedó dormido en el cuarto compás del primer movimiento y comenzó a roncar fuerte. Leonor lo quiso despertar con un pisotón. El doctor G advirtió la maniobra. «Déjelo, Leonor, estuvo de guardia toda la noche.» A los 48 años de edad, a comienzos de 1953, un síncope cardíaco acabó con la vida del doctor Samuel G, cuando cenaba en el *Edelweiss* a la salida de una función del teatro de ópera.

Pin tuvo un noviazgo fugaz con una compañera médica del internado. Es probable que hubiera demasiada competencia profesional entre los enamorados. De modo que fue una suerte, hasta cierto punto, que la cuestión no prosperase. La ruptura no ha de haber sido inocua pues nuestro hombre se fue a Brasil, en el verano del 44, para disipar sus penas. Raúl B.zone y Enrique Marcos fueron de la partida. Viajaron en barco hasta Santos, visitaron São Paulo, cuya arquitectura encontraron más moderna que la de Buenos Aires pero menos elegante, es decir, menos afrancesada. De todas maneras, el Viaducto del Té les pareció una solución urbanística y estéticamente formidable. Recorrieron como profesionales el Instituto Butantán y pudieron compararlo con el Malbrán en Buenos Aires. Siguieron en un auto alquilado hasta Río y allí no hubo objeciones ni modelos de la *École des Beaux-Arts* que valiesen. Encontraron que la ciudad sobre la bahía de Guanabara, Copacabana, el Pan de Azúcar y el Corcovado componían un todo con la naturaleza circundante de una belleza que cortaba la respiración. Pin se

vio tironeado por sentimientos políticos contradictorios. Por un lado, estaba seguro de que el varguismo proporcionaba un modelo para el nuevo gobierno argentino, surgido del golpe militar del 4 de junio de 1943, vale decir, que había un tufillo fascistoide en el aire, igual que en la Argentina. Pero, por otra parte, Vargas se había aliado con los norteamericanos y los ingleses en contra de las potencias del Eje, lo cual era a sus ojos una cosa muy buena. José Emilio estuvo contento de encontrar oficiales de la marina británica en varios lugares de diversión en Río. Habló con ellos y se sintió muy esperanzado por los comentarios sobre la deriva de la guerra europea que escuchó de sus bocas. Es bastante misterioso el hecho de que Pin y sus amigos fuesen a visitar el cementerio de São João Batista. La excursión les impresionó mucho: extrajeron de ella una diversión inesperada de la que hablarían siempre. Decían que las inscripciones en lápidas y placas conmemorativas eran desopilantes, los ayes de las viudas, de los huérfanos estaban dotados de una gracia sin par, impregnados por una alegría irreprimible que quebraba el dolor. Una de aquellas frases decía, según ellos no se cansaban de repetir y dar por verdadera: «Aquí yace João Vicente…, muerto de tos, ¡pero qué tos!».

A mediados del 44, volvió el amor a la vida del joven B-B2 con intenciones serias de permanecer. Sucedió lo que estaba prefigurado desde el día en que nuestro hombre estrenó sus pantalones largos, en abril de 1933, y vio por primera vez a Leonor, la hermana de su amigo, el Negro B2 [véase **Samuel B2-M**]. Leonor y Pin se pusieron oficialmente de novios, con días y horas de visita para el pretendiente. A finales de aquel año, se fijó fecha de casamiento en diciembre de 1945. El futuro esposo comenzó a buscar trabajo más allá del horizonte académico de la Facultad y del Hospital. Lo que en esos lugares se ganaba no alcanzaría para mantener una familia. Fue entonces que Enrique Marcos cedió buena parte de los horarios de consulta de su propio consultorio para que José Emilio pudiese atender a sus pacientes. Pero tampoco eso representaba un ingreso seguro. Pin consiguió finalmente un nombramiento de médico auxiliar en la clínica del doctor Tulio M, en la calle Maipú, frente al edificio de la Radio Belgrano. Él siempre consideraría ese empleo como una carga bíblica, una suerte de suplicio, porque dependió de él hasta 1968 para sobrevivir. Únicamente cuando alcanzó a tener su consultorio en la calle Rivadavia, Pin se resolvió a independizarse de la clínica del doctor M. En rigor de verdad, nuestro hombre fue algo injusto

en su juicio respecto de aquellos años en los que su jefe lo respetó, lo quiso y lamentó su partida. Así suele ocurrir, de todos modos, cuando sentimos que una dependencia económica nos coarta la libertad de hacer con nuestro tiempo lo que nos da la gana. Y bien, desde los comienzos de 1946, José Emilio y Leonor estuvieron casados. Sólo la muerte de ella, en abril de 1979, los separaría, lo cual no significa que el matrimonio haya transcurrido en la calma de un agua de pozo. Más bien al contrario, nunca dejó de ser tempestuoso, debido al mal carácter de Pin, al contraste entre esta agitación superficial del alma y la buena índole de sus profundidades y, asunto no menor, la irrupción del peronismo en el mundo exterior de la política. La vida matrimonial completa del binomio José Emilio-Leonor se vería escandida por la historia peronista de la Argentina. No se trató, en absoluto, de una mera coincidencia de cronologías. Matrimonio, peronismo y manicomio, un tercero no excluido según hubiera dicho Federico Fellini, fueron hebras permanentes del tejido de las biografías que contamos.

El 23 de noviembre de 1946, nació Gastón, el primer hijo de la pareja, quien en realidad no fue llamado así por más que su padre lo hubiera querido. José Emilio se sintió muy orgulloso de su vástago varón pero la exaltación duró poco. Ya dijimos que nuestro hombre sufrió entonces la peor recidiva de la infección crónica en la fístula del vientre provocada por la patada de una mula militar. Los doctores D, G, sus maestros, y M, su jefe en la clínica de la calle Maipú, se reunieron en consulta y sacaron conclusiones funestas. ¡Gastón era un bebé tan rubicundo! Samuel G fue el primero en enterarse del éxito de las pruebas de Waksman. Él mismo se encargó de escribir al científico ucraniano-norteamericano, de pagar y recibir en Buenos Aires las dosis de estreptomicina que salvaron la vida de Pin. Era lógico que Leonor considerara a ambos hombres como dos de los arcángeles en el encinar de Mambré. En 1948, José Emilio había derrotado la infección tuberculosa por completo y se había convertido en un especialista en la administración de la estreptomicina, que siguió salvando vidas en la Argentina, vidas condenadas hasta aquel momento a un final abrupto e inmediato. Las firmas recolectadas en este país no fueron un factor pequeño a la hora de 1952 en que el Comité Nobel decidió otorgar a Waksman el premio que lleva el nombre del inventor de la dinamita en el campo de la medicina.

Volvamos a la *vexata quaestio* del peronismo. El joven B-B2

fue afortunado por trabajar en la sala 4 del Hospital de Clínicas. El doctor Tiburcio P era el jefe de ese servicio y cabeza de la cátedra de semiología. Opositor tenaz del gobierno peronista, tuvo la habilidad de tender una red de protección política para los profesionales que compartían su postura, sin afectar con ello a los colegas simpatizantes del movimiento justicialista. Pero el General exigía una adhesión sin fisuras ni fístulas, por cierto, y cuando se trató de promover su reelección a la presidencia de la República, los profesores universitarios que no firmaron la solicitud entusiasta y espontánea que circuló en tal sentido vieron peligrar sus puestos. El doctor P fue demasiado lejos, pues hizo conocer sus simpatías por la oposición radical. Pasaron unos días y, poco antes de ganar de manera aplastante las elecciones nacionales, el General decretó la cesantía del titular de semiología en la Universidad de Buenos Aires. Hubo un concurso al que ningún antiperonista se presentó. Por suerte, el doctor Pedro C sí lo hizo. Fue una gran fortuna pues, amén de ser un cardiólogo eminente y de méritos indudables, un científico reconocido en el mundo entero, hombre de bien, caballero de finas maneras, ocupó la cátedra en 1952, mantuvo aquel paraguas de preservación de los opositores y a nadie se le tocó un pelo. Desgraciadamente, cuando Perón cayó, en septiembre de 1955, el doctor Pedro C fue arrastrado por un revanchismo incapaz de perdonar el *peccatum minutum* de haber firmado el pedido por la reelección del general Juan Domingo. José Emilio se contó entre quienes, no obstante, lo defendieron y buscaron que un desdoblamiento de la cátedra permitiese el reingreso del doctor P y la permanencia del doctor C. No fue posible. A la cerrazón autoritaria del peronismo había sucedido la del antiperonismo. Digamos que, a pesar de las miserias políticas, el gobierno militar que derrocó a Perón reorganizó las universidades argentinas sobre bases más democráticas y más sólidas, en los planos de la ciencia y del conocimiento, que las existentes en la década justicialista. Pin supo aprovechar tales condiciones y, el 11 de abril de 1959, ganó el concurso de profesor adjunto en la cátedra de semiología, que siguió funcionando en la sala 4 del Hospital de Clínicas bajo la dirección de otro profesor eminente, el doctor Osvaldo F. Sabedor, tal vez demasiado, del valor de la ciencia que allí se practicaba, el doctor F solía recibir a los estudiantes del cuarto año de la carrera y decirles en el primer día de clases: «Señoritas, señores, han ingresado ustedes a un hospital que es el Olimpo de la medicina». Y José Emilio quizás haya sido una combinación de Marte y de Vulcano en aquel sitio, Marte por lo

irascible, Vulcano por lo trabajador, las dos divinidades juntas ya que el amor de su mujer no hizo necesaria la fabricación de ninguna red.

Es probable que la iracundia haya jugado una mala pasada a nuestro hombre, muy enojado en el comienzo de los años 60 con la izquierda universitaria, tanto como lo había estado con el peronismo a mediados de los 50. Todo parecería indicar que dio entonces un paso en falso del que nunca dejaría de arrepentirse. En marzo de 1962, una asonada militar volteó el gobierno de Arturo Frondizi, político radical y progresista que había buscado una conciliación con el peronismo. La Corte Suprema de Justicia logró preservar parcialmente el orden constitucional al aceptar a José María Guido, presidente del Senado, como jefe de estado provisorio, encargado de convocar a nuevas elecciones nacionales. El gabinete de Guido se formó a partir de un acuerdo con los generales, por lo que se trató realmente de un equipo conservador e incluso reaccionario en muchos aspectos de la política. Se hablaba de intervenir las universidades, a las que el nuevo régimen veía dominadas por los partidos de izquierda. La medida no se tomó, pero hubo varios escarceos en instituciones parauniversitarias, por ejemplo, en el Instituto Nacional de Microbiología, dirigido por el doctor Ignacio Pki, hombre de simpatías izquierdistas que no caía muy bien a científicos como el doctor Bernardo Houssay, premio Nobel de medicina en 1947, ni a otros colegas de nota relacionados con familias tradicionales argentinas. El ministro de Salud Pública del gobierno de Guido, el doctor Tiburcio P, a quien ya nombramos, intervino aquel Instituto y suspendió a su director, al que acusó de realizar pruebas de la vacuna contra la fiebre hemorrágica argentina o «mal de los rastrojos» en seres humanos, sin los controles debidos. Se llegó a decir que la vacuna había sido inoculada en mujeres internadas en el hospital neuro-psiquiátrico Braulio Moyano. El ministro P nombró una comisión para instruir el sumario acerca de los cargos que pesaban sobre el doctor Pki. Nuestro José Emilio tuvo la malhadada idea de aceptar ser uno de los miembros de dicha comisión. Las cosas se alargaron y nada pudo ser probado fehacientemente, pero la mayor catástrofe fue que, hartos de las sospechas que se habían lanzado contra la validez y probidad de sus trabajos, muchos investigadores del Instituto renunciaron a sus cargos en solidaridad con el director desplazado. Entre tales renunciantes, se encontraba nada menos que César Milstein quien, exiliado en el laboratorio de biología molecular de la Universidad de Cambridge, sería más tarde uno

de los descubridores de los anticuerpos monoclonales y premio Nobel de medicina en 1984. José Emilio llevó el baldón de haber contribuido a semejante desaguisado y abuso, si bien parecería que sus relaciones con el doctor Milstein se aclararon y recompusieron en 1980, durante un viaje a Europa de nuestro biografiado.

Las novedades domésticas del período fueron importantes. En noviembre de 1953, nació Luis Martín, segundo hijo del matrimonio. Tan parecido era ese niño al padre que José Emilio tuvo una debilidad marcada hacia él, por lo menos un tiempo. Gastón, entretanto, era educado como un mono sabio. Con menos de 7 años de edad, el muchacho se había hecho famoso en el Hospital debido a que Pin lo llevaba los sábados por la mañana, para hacerle saborear desde temprano las delicias de la medicina, decía él, y lo dejaba al cuidado de alguna enfermera, encantada de vigilar al infante. En la dirección de la cátedra había un globo terráqueo, igual que en toda cátedra de medicina que se respetara de los mundos occidental, oriental y de ambos hemisferios. A eso de las once y media, cuando las clases habían terminado, Pin iniciaba el espectáculo. Hacía girar el globo, lo detenía al azar y señalaba algún país con la punta de su lapicera. Gastón echaba una ojeada desde lejos y decía los nombres del país y de su capital. Si se trataba de una colonia en África, aclaraba el nombre de la potencia europea que la gobernaba. Las ciudades de las Africas occidental francesa y ecuatorial francesa eran su especialidad, más las de la posesiones británicas desde el Sudán anglo-egipcio hasta Rhodesia y la Unión Sudafricana. Ocurría que el chico estaba bajo la influencia del tío Samuel B1 quien le leía las páginas del *Tesoro de la Juventud* consagradas al «continente negro», transido él mismo por el deseo de hacer caza mayor, de elefantes, de rinocerontes y algún león si fuese posible. Ambos habían ido juntos a ver *Las Minas del Rey Salomón*. Gastón había sido víctima del hechizo de Deborah Kerr (desde aquel momento le gustaron las pelirrojas) y había aprendido a imitar la danza de los watutsis en la película. Volviendo a las exhibiciones de conocimientos geográficos en el Hospital, el colmo fue el día en que el azar colocó a Bolivia en la punta de la lapicera. «Capital administrativa, sede de los poderes ejecutivo y legislativo, La Paz; capital legal, sede de la Corte Suprema de Justicia, Sucre», dijo el monstruo de la naturaleza. A pesar de semejantes muestras de sintonía, las relaciones padre-hijo no eran ideales. Gastón temía un poco a José Emilio y, salvo los momentos de examen, la conversación entre ellos

era muy pobre. Pin daba siempre órdenes: «Traeme esto, alcanzame aquello». Hablaba rápido y, a menudo, el niño no captaba lo que su padre quería. Cierta vez, el señor B-B2 dijo: «Traeme l… del auto». «¿Cómo, papá?» «Prestá atención, traeme l… del auto que están en el escritorio.» Partió Gastón preguntándose qué cosa del auto antojaba a su padre siendo que el vehículo estaba a tres cuadras, en el garaje. Para colmo, se le había escapado el plural del verbo en la oración relativa. Al llegar al escritorio, lo primero que vio fue el manual sobre mecánica del automóvil que tanto le gustaba mirar. «Ahí está, eso era.» Tomó el libro de la biblioteca, que tenía un lomo de muchos colores y el dibujo de un Cadillac en la cubierta. «Pero mirá lo que me has traido, zopenco, las llaves del auto te pedí. Vos sólo ves el mundo bajo la forma de un libro.» En realidad, Pin era la razón de eso mismo que culpaba. Un día, por casualidad, cierto sábado de 1955, Gastón había escuchado que alguien tenía células cancerosas. No muy seguro de las reacciones que podía despertar, se cruzó con su padre, que estudiaba en el escritorio, y se animó a preguntar: «¿Qué son las células, papá?». Milagro. Pin arrancó una hoja del bloc en el que tomaba sus apuntes y dibujó, dibujó y explicó, durante horas enteras según la percepción del niño quien permaneció allí, fascinado ante la exposición clara, las palabras comprensibles y la bonhomía insólita de su padre. No sólo aprendió para la eternidad qué es una célula, qué el protoplasma, qué el núcleo y el nucleolo, la membrana y las vacuolas, sino que había encontrado la piedra filosofal acerca de cómo amansar a José Emilio. De allí en más, si veía avecinarse una tormenta, Gastón disponía de una lista de temas de anatomía y fisiología para ir preguntando a su padre. Las respuestas más deslumbrantes contestaron las preguntas: «¿Qué es la estrechez mitral y cómo se opera?, ¿Cómo funciona el riñón?». Eso de que, para curar la primera dolencia, se hiciera un agujero en la base del ventrículo izquierdo, se introdujera un dedo con una hojita de afeitar (o su equivalente) en el extremo, se llegase hasta la válvula mitral y con un vaivén del dedo se la abriera para permitir el flujo normal de sangre, sumió al niño en una admiración inextinguible hacia las soluciones simples y evidentes que puede encontrar el ingenio humano. Acerca de la fisiología renal, la cuestión del paso de sustancias nocivas a través de los filtros en los glomérulos se le antojó una maravilla tan grande como lo que había aprendido de los astros gracias a la lectura de *La estrella misteriosa*, una aventura de Tintín. A la manera del Vicario de Saboya, de uno

o dos plumazos, José Emilio había sabido inocular en su hijo dos cosas: *primo*, la confianza en la capacidad del hombre para paliar todos sus dolores y necesidades, *secundo*, la idea de la perfección divina en la naturaleza. El programa completo de la Ilustración estaba allí, gracias a una doble sabiduría, la de la ciencia razonada y clara del adulto, la de la astucia del niño para ganarse el amor de su padre mediante la identificación de su trabajo con el del maestro, algo que José Emilio sabía hacer tan bien como diagnosticar enfermedades neurológicas a partir de la marcha de los individuos. De todos modos, existía una diferencia profunda en esos dos espíritus, referida al acogimiento del disparate: Gastón encontraba placer en cultivarlo, aunque lo hiciera sin demasiada conciencia. El padre no creía en los *lapsus* de la psicopatología de la vida cotidiana pero, igual que Freud, detestaba el surrealismo. Cierta vez, iba la familia entera en el auto por la avenida Las Heras, a la altura de la calle Coronel Díaz. La visión de la cárcel de encausados que allí se levantaba inspiró al primogénito una pregunta: «Si ésta es de encausados, ¿dónde están quienes recibieron condena por los delitos más graves?». «Los que tenían la cadena perpetua iban a Ushuaia hasta que Perón cerró esa prisión definitivamente en 1947», contestó Leonor. «Mirá, qué interesante, replicó el chico, por lo menos, antes de quedar encerrados para siempre, se hacían un lindo viajecito.» Pin frenó bruscamente el auto, se bajó y, según la costumbre, tomó a su hijo de las solapas para zamarrearlo con furia: «Pero ¡¿siempre, siempre, vas a decir esas estupideces, vos?!». El pobre Gastón seguía los pasos de Artaud, sin siquiera haber oído el nombre del dramaturgo, y preanunciaba algunos acentos del *Vigilar y castigar* de Foucault, pero su padre careció de la perspicacia que habría reconocido una cierta gracia cómica y una aproximación muy prematura a la antropología en el vástago.

A todo esto, durante la década del 50, el doctor B-B2 había definido sus intereses en la investigación científica. Insistía en permanecer clínico general pero, de todas maneras, era obvio que lo atraían la cardiología y la nefrología. Exploraba los electrocardiogramas en las cardiopatías congénitas, en la estrechez mitral, en la insuficiencia tricuspídea y durante el cateterismo cardíaco, al mismo tiempo que se ocupaba de la clínica de la pielonefritis crónica, de la hipertensión juvenil nefrógena y de todos los factores concurrentes en la hipertensión arterial vásculo-renal (si creyéramos en las causas finales, podríamos decir que estos últimos temas prefiguraban,

irónicamente, la enfermedad terminal del propio José Emilio a la que nos referiremos más adelante). Claro que su contribución mayor a la ciencia médica llegó de la mano de una beca de cooperación técnica que le otorgó el Gobierno de Francia en 1963. Admirador de la medicina de ese país, de figuras como las de René Laënnec, cuyo *Traité de l'auscultation médiate* él consideraba una obra maestra de la semiología de todos los tiempos, de Louis Pasteur, Jean-Martin Charcot, Étienne-Louis Fallot, Albert Calmette, Charles Mantoux, Camille Guérin y Jean Hamburger, Pin partió a París a trabajar en temas de cardiología durante un semestre con el profesor Jean Lenègre en el Hospital Boucicaut. El contacto directo con Lenègre lo deslumbró, lo mismo que la posibilidad de frecuentar a su querido Hamburger en el hospital Necker e indagar junto a él cuestiones de nefrología. De tal suerte, desde marzo hasta septiembre de 1963, residió en la Casa Argentina de la Ciudad Universitaria parisiense, en compañía de Leonor durante buena parte del período. El aprendizaje en la cátedra de Lenègre llevó a José Emilio a desarrollar un método muy original de exploración anatomopatológica del haz de His, ese estrechamiento de fibras musculares profundamente modificadas y especializadas del miocardio, llamadas fibras de Purkinje, que forman un sistema autónomo, situado en el tabique interventricular, de generación y transmisión del movimiento cardíaco. Nuestro hombre inyectaba resinas coloreadas en el sistema arterial de corazones cadavéricos y obtenía luego preparados del sistema sinoventricular en los que era posible distinguir, con gran nitidez y precisión, los recorridos de las fibras de Purkinje y del tejido nervioso en el haz de His. Al regresar a Buenos Aires, José Emilio aplicó la misma técnica a corazones cadavéricos de pacientes afectados por el mal de Chagas y obtuvo imágenes inéditas, por cierto, de las vías y los efectos sobre el haz de His de la actividad del *trypanozoma cruzi*, transmitido por la picadura de la vinchuca en seres humanos. Gracias a ello, pudo conocerse mejor la evolución histológica y patológica del Chagas en la etapa última y fatal de la enfermedad. En reconocimiento a la calidad de estas investigaciones, la *Encyclopédie Médico-Chirurgicale* encargó a nuestro médico, en 1966, la redacción del capítulo sobre parasitosis cardíacas. Pin y Leonor hicieron dos amistades duraderas en París: la de Carmen F, enfermera universitaria, y la de Nucha M, una especialista en literatura francesa, muerta en 1969 a pesar de los esfuerzos de José Emilio por salvar su vida. Claro está, amén de viajar a través de Europa, el doctor B-

B2 aprovechó su estancia en Francia para hacer dos excursiones que él mismo colocaba entre las más importantes de su existencia: la que lo llevó a Quimper, en Bretaña, a ver el monumento de Laënnec, y la visita al campo de Valmy, lugar en el que evocó la batalla y el coraje de un pueblo en armas en defensa de su libertad, al mismo tiempo que rindió homenaje al gran americano y libertario que fue Francisco de Miranda, soldado valiente de Valmy. Allí estuvieron los dos polos que formaron la psique de José Emilio B, su devoción incondicional por la medicina y el compromiso en la lucha contra el dolor humano y, paradójicamente, su encandilamiento perpetuo con la temeridad del guerrero, como si hubiera querido ser el malevo heroico de una milonga y no tanto el profesor atildado que en verdad fue.

El regreso a la Argentina coincidió con el fin de los estudios de Gastón en el Colegio Nacional de Buenos Aires. El desempeño intelectual del adolescente había sido bueno y nada hacía augurar el deterioro de su personalidad que se mostraría por etapas a partir de marzo de 1964. En esa fecha, el muchacho ingresó en la Facultad de Medicina con el propósito firme de estudiar la misma carrera de su padre, pero sus planes eran, por supuesto, dedicarse románticamente a las enfermedades infecciosas, tropicales de ser posible, y partir al África en cinco o seis años. La exaltación cesó cuando hubo de enfrentarse a la realidad dura de disecar un muerto para aprender anatomía, de mirar preparados histológicos a través del microscopio durante horas, de someterse al orden despótico que solían desplegar, todavía en los 60, los médicos en sus escuelas y, más que nada, de habérselas cotidianamente con su padre, quien, todos los mediodías lo martillaba a preguntas durante el almuerzo. «¿Qué viste hoy en anatomía?» «El húmero, la clavícula y el omóplato, es decir, el hombro.» «¡Ajá! ¿De dónde a dónde va la corredera bicipital del húmero?» Silencio absoluto. «Así no va, no va. Ya tendrías que saberlo a estas horas. No pasarás el examen si seguís en semejante tesitura.» En efecto, en la clase siguiente, preguntado frente a la columna torácica de un cadáver cuál era el músculo epiespinoso, Gastón tuvo dudas acerca de si era aquél o éste. Arriesgó «aquél» y tomó una inserción remota con la pinza de disecciones. «Cero.» «Era, evidentemente, el otro», se dijo nuestro estudiante. Nueva clase, la misma pregunta. «Éste», exclamó muy seguro de sí mismo y, por supuesto, señaló la otra inserción sobre la cual había dudado. «Cero.» Han pasado cincuenta años de aquellos episodios y Gastón sigue sin saber

cuál es el músculo epiespinoso. Aquel mediodía llegó a su casa y dijo que no quería estudiar más medicina. Habían transcurrido cuarenta días desde el comienzo de las clases. José Emilio no podía creer lo que escuchaba. Tanto él cuanto su mujer hubieron de percibir alguna sombra inesperada en la mirada del hijo porque los dos dijeron al unísono: «Está bien, no te angusties, pensalo hasta mañana y resolvés entonces». No hubo vuelta atrás. Gastón declaró que quería estudiar matemática en la Facultad de Ciencias Exactas. La mutación de Pin fue tan brusca y repentina que resulta muy difícil de explicar. Dijo *in continenti* que iría a hablar en persona con el secretario académico de aquella Facultad y conseguiría una inscripción tardía para su hijo. Eso hizo, en efecto. Gastón recuperó el tiempo perdido en las clases de análisis matemático y dio bien el primer examen parcial, con la ayuda del volumen primero del libro del matemático español Julio Rey Pastor, que su padre le había comprado en la librería *El Ateneo* sin chistar. Desde aquel día, Pin no hizo más que ayudar a su hijo en sus estudios sin permitirse la más mínima interferencia, como si hubiese dado por descontado que Gastón sería el buen alumno que sus antecedentes prometían. ¿Por qué semejante cambio? Es probable que haya habido dos factores concurrentes: el primero, la convicción de que el autoritarismo había ido muy lejos y se había tornado un instrumento insoportable; el segundo, una posible sensación de alivio frente a la desaparición segura de las angustias que habría implicado el reconocimiento de los dolores y tensiones del pasado propio en el presente de un joven estudiante de medicina. En términos freudianos, la expectativa de un ahorro importante de energía psico-física provocaba satisfacción e incluso felicidad. Por eso, José Emilio pudo pensar que había llegado el tiempo de construir una relación serena con su hijo. Lástima que se hubiera desencadenado el proceso inconsciente de una pérdida de la presencia en el espíritu de Gastón, uno de esos fenómenos que se requiere dejar que evolucione para plantear cualquier idea de recuperación de la integridad psíquica. Así ocurrió que, al cabo de un año, el joven B-B1 tuvo una crisis para la que se pensó no había mejor remedio que una internación prolongada. Pin sintió que el terreno seguro, de cualquier tipo que fuese, se había desmoronado bajo sus pies. El cáncer que afectó a Leonor terminó de pulverizar las certezas y exhibió la fragilidad tremenda de la vida [más y mejores detalles de esta época oscura en la historia de los B-B1 se encuentran en la biografía de **Leonor B1-B**]. La situación no se reencauzó hasta el

momento en el que, en la casa nueva de la avenida La Plata, cada hijo supo con claridad lo que debía y quería hacer de su destino, el adolescente Luis Martín en el bachillerato del Colegio Nacional Central, Gastón en la carrera de historia de las artes en la Facultad de Filosofía y Letras. La recuperación física de Leonor permitió que Pin volviera a reflexionar sobre su carrera médica.

En julio de 1969, José Emilio ganó por concurso el cargo de profesor titular en la 5ª cátedra de medicina interna de la Universidad de Buenos Aires, ubicada en el ala oeste del mismo Hospital de Clínicas donde él había ingresado como practicante en 1939. Por una de esas ironías escandalosas de la historia, le tocó organizar la mudanza de su sala al edificio nuevo del Hospital, una especie de «elefante blanco», tal cual Pin lo llamaba, diseñado en los 40 pero terminado de construir al final de la década del 60. «Ya se ha visto que la idea de un hospital organizado en altura es pésima», argumentaba Pin. «Los norteamericanos, quienes la inventaron, la hicieron a un lado y regresaron a la distribución de los servicios de consultorios externos y salas de internación en uno o dos planos a lo sumo, de manera que la comunicación entre las diferentes unidades pueda hacerse caminando o por medio de rampas, sin necesidad de ascensores. Vale decir, tal cual es nuestro viejo Hospital de Clínicas, no el nuevo. Propongo que nos quedemos donde estamos. Forremos las paredes interiores del edificio nuevo con *boiseries* y *soieries*, explotémoslo como hotel de lujo y tendremos recursos suficientes para restaurar nuestra casa y dejarla como en las jornadas de su inauguración en 1879.» Los planificadores de la universidad tomaron a José Emilio por excéntrico intratable y decidieron seguir adelante. Nuestro profesor no tuvo más remedio que allanarse y mudar su servicio ¡al piso11! Pobre Pin, a lo más alto del monstruo, a depender de los ascensores como los israelitas del maná o de la vara de Moisés, aquel hijo de la Ilustración no admitía semejante irracionalidad. Se prometió a sí mismo que, al menos, conservaría lo religioso, lo emocional del asunto. En medio de las ruinas de la demolición, dirigió una operación comando que fue a rescatar la campana de la guardia antigua, la placa de bronce que dice «Hospital de Clínicas de Buenos Aires» y una escultura maravillosa en mármol en la que se ve al doctor Roberto Wernicke, el maestro de la medicina que dio su nombre a la sala de la 5ª cátedra, en el acto de salvar a una muchacha de morir ahogada en la playa (el hecho había ocurrido efectivamente, en Mar del Plata, en el filo del 1900).

José Emilio hizo subir «la piedra» hasta el piso 11 y la colocó en el vestíbulo de espera de la cátedra (para algo habían de servir los ascensores). Pin se sentaría, a menudo, en los sillones y miraría con atención los rasgos de los personajes, los efectos de transparencia de la ola y la improbable representación de la espuma que el artista había logrado. La pieza está todavía *in situ*: es obra del catalán Eusebi Arnau, fechada en 1906. Gregorio Aráoz Alfaro, sucesor de Wernicke en la cátedra, y los médicos de la sala ofrecieron la escultura de regalo al catedrático quien, a su vez, la dejó en herencia al hospital cuando murió. Pin admiraba la retórica con la que Aráoz Alfaro había hecho entrega del objeto y para él, sin duda, ese tipo de discurso, el naturalismo clásico del trabajo de Arnau y la celebración entusiasta que las artes rendían a la ciencia positiva formaban un todo armónico y bello al cual muy bien podía consagrarse la vida, aun en esa época de desconfianza de la razón que ya mostraba sus uñas a los iluministas algo anticuados en el último tercio del siglo XX. «Un varón fuerte y severo resiste victoriosamente a la ola poderosa, había proclamado don Gregorio, que avanza y sostiene contra ella a la débil mujer desfalleciente. Y bien fuerte y severo luchador habéis sido en el duro bregar de la vida, sólida columna contra la cual se han estrellado las ondas procelosas de las pasiones adversas que provoca siempre el que surge con pasión y brío.» Menos mal que el adjetivo «procelosas» terminó colocado después del sustantivo, pues haber seguido la secuencia de adjetivos antepuestos también en ese caso, «procelosas ondas», hubiera significado un marasmo del castellano por asimilación con el inglés e hipérbole del modernismo rubeniano. No obstante, José Emilio juzgó que Aráoz Alfaro merecía tener su propio homenaje estético y resolvió contratar a Alejandro B, un restaurador refinado de pintura en aquellos tiempos, para que recuperase un cuadro monumental, firmado por Fantuzzi en 1923, donde se veía al antecesor en la cátedra en el acto de discutir los males de un paciente durante un ateneo. La obra restaurada se presentó ante los colegas y el público del hospital con un ágape, costeado por el propio doctor B, quien aprovechó para retomar las exaltaciones verbales de Aráoz Alfaro [las imágenes correspondientes a la escultura y la pintura mencionadas se encuentran en el apéndice iconográfico entre las fotos de José Emilio maestro y las de José Emilio, tirador y jinete].

El cambio del marco arquitectónico de las actividades hospitalarias resucitó en nuestro hombre sus ideas acerca de la

organización sanitaria del país, pues él interpretaba que las características de ese continente gigantesco del nuevo Clínicas, inmanejable a su juicio, eran los rasgos exteriores de una concepción del trabajo médico que él aborrecía. Esto es, la de la subordinación de la libertad del médico a la maquinaria, o bien de la empresa privada, o bien de la burocracia estatal de una praxis socializada. Ni medicina a la norteamericana ni medicina a la inglesa (por no decir a la soviética). No cabían dudas de que su modelo era el de los sistemas de salud francés y alemán. Modelo renano, le gustaba decir a Pin. Lo ideal era, para él, una gran inversión del estado en los hospitales públicos, donde funcionarían las cátedras de medicina y se haría la investigación clínica, esto es, donde trabajarían los mayores cerebros del arte de curar. Esa actividad debía de concentrarse en las mañanas, de lunes a sábados. A partir de las tres de la tarde, los médicos de planta quedarían libres para ir a atender a los ricos y pudientes a sus consultorios privados, si así les gustaba. La atención hospitalaria de rutina, después de las revistas de sala, de la visita a los consultorios externos, de las clases y ateneos, es decir, después de aquella hora señalada de la tarde, sería competencia de los residentes y practicantes, lo mismo que las guardias de urgencia. José Emilio creía que ése era el sistema que mejor lograba una medicina de alta calidad científica, disponible para el pueblo. La libertad de la profesión quedaba, al mismo tiempo, preservada. Era un sistema de raíz republicana, sin duda, que exigía un ejercicio tenaz de la virtud por parte del médico. Allí estaba, sin embargo, el elemento romántico que podía arruinar la construcción. Claro que una vigilancia jacobina sería muy útil para el caso. Pin amaba ser ese Robespierre. Era célebre y muy peligrosa su conducta en ocasión de los viajes que a menudo lo llevaban lejos de Buenos Aires. Solía llamar, desde donde se encontrase, a las diez de la mañana hora argentina, y solicitaba que el doctor Tal se pusiera al teléfono. Si Tal no estaba en su puesto, probablemente rodase su cabeza apenas Pin volviera a poner un pie en el hospital. Cierta vez, tuvo que viajar a Europa y tomar el avión un viernes por la tarde. Un desperfecto de la máquina hizo que la partida se postergase hasta el día siguiente a las seis. Por supuesto, el sábado por la mañana, el profesor B-B2 se apareció en la sala de la 5ª cátedra. Sólo los residentes se encontraban allí. Hubo varias decapitaciones aquel mismo día. Según es sabido, todo Robespierre tiene su 9 Termidor, de modo que el modelo renano fue de aplicación a la postre imposible en la Argentina.

Semejantes debates condujeron a que las autoridades de la universidad resolviesen muy pronto, en el verano de 1970, enviar a José Emilio con una beca viajera de la Oficina Sanitaria Panamericana a estudiar técnicas hospitalarias vinculadas a la enseñanza de la medicina en Brasil, Colombia, Venezuela y los Estados Unidos. Su amigo, el profesor David G, lo acompañó en el periplo. El doctor G es un enamorado de la pintura de Rembrandt. No hubo prácticamente museo en el itinerario americano que recorrieron ambos médicos hacia el que David no tironease a Pin para ver cuanto cuadro de Rembrandt estuviese a mano. Nuestro biografiado opuso a menudo resistencia, atraído más bien por los impresionistas y los escultores franceses, ¡cómo no!, del siglo XIX. De todos modos, lo fundamental de la exploración consistía en descubrir los rasgos diferenciales y las ventajas de las innovaciones en la enseñanza de la medicina, que se aplicaban en varias naciones latinoamericanas y en los Estados Unidos. Llamó la atención de nuestros investigadores el hecho de que, en Colombia y en Norteamérica, la organización de los estudiantes en seminarios pequeños y muy activos se correspondía con una limitación estricta en el número de los alumnos admitidos y con el arancelamiento de los estudios. La *Harvard Medical School* de Boston les pareció un *summum* de la educación médica, asentada en la cercanía, casi sin mediaciones, de los estudiantes y profesores a la investigación clínica. La familiaridad con la tecnología se les ocurrió que era el factor más importante para definir la excelencia en el *Mount Sinai Hospital* de Nueva York. En la Universidad de California-San Francisco, fueron testigos, por primera vez, del papel que tendrían en el futuro las computadoras para el registro y la disponibilidad de la casuística. En Stanford, apreciaron la libertad de los alumnos a la hora de trazar y elegir sus planes de estudio, completamente personalizados; un comité especial examinaba la propuesta de cada estudiante y la aceptaba o proponía modificaciones mínimas. La enseñanza en la Universidad Paulista y en la de Brasilia les pareció bien asentada sobre la interpretación fisiopatológica, impartida por patólogos con buena formación en la clínica y en la semiología. En las universidades venezolanas, Valencia y Caracas, los atrajo la proyección de la enseñanza práctica en las comunidades, en los barrios de la ciudad y en las áreas rurales. Destacaron la búsqueda de los mejores estándares en el proceso de evaluación, sobre todo en el grupo de la Facultad Central de Medicina, dirigido por el profesor Benaim Pinto quien aisló a un grupo con «estudiantes

cuya actuación comprendía desde los de comportamiento sobresaliente hasta los muy mediocres» (citamos del informe final presentado por David G y José Emilio ante el consejo superior de la Universidad de Buenos Aires). «Un grupo de evaluadores, siempre los mismos, les tomó distintas pruebas y los resultados obtenidos fueron enviados a un Centro Estadístico. El resultado de este trabajo, en el que se usó un índice tetracórico, arrojó que la prueba que mejor se correspondía con la realidad de cada alumno era el examen oral.» Pin estaba exultante. Su predilección por las pruebas orales tenía el respaldo de una prueba estadística de peso.

La década del 70 fue paroxística, contradictoria y trágica para José Emilio. Su fama y prestigio como profesor y médico creció sobre bases firmes. Los estudiantes que pasaron por su cátedra rara vez se han apartado del consenso acerca de la grandeza cotidiana de su magisterio. Que fue un semiólogo excepcional, nadie lo pone en duda. Por otra parte, fiel a sus orígenes sociales, Pin solía comprar libros a los alumnos sin recursos. De manera muy discreta, se las ingeniaba para entregar el volumen como si se tratase de un préstamo. «Vea, Fulano, comprobé que usted anda flojo en tal o cual tema. Repáselo en este libro y fíjese si acaso no puede explorar alguna otra cosa.» Cuando el alumno de marras le devolvía el libro, impecable y, por lo general, forrado con el bello papel «araña», José Emilio escribía una dedicatoria y lo dejaba en manos del estudiante. Sobre la justicia que lo asistía en sus decisiones, en sus relaciones con subordinados y colegas, los pareceres son encontrados y el debate no tendrá fin. A partir de 1973, el compromiso siempre mayor que su hijo Luis Martín tuvo con las organizaciones políticas y armadas de izquierda torturó el ánimo de nuestro personaje, lo mismo que en los años 60 lo había hecho la psicosis de Gastón. Si a ello se suman el trauma de la desaparición sin cuerpo de ese muchacho desde julio de 1976, el sufrimiento y la impotencia médica que lo acosaron a partir de diciembre de 1977, cuando él en persona diagnosticó el cáncer de pelvis renal de Leonor que produciría la muerte espantosa, de dolor físico y de consternación moral ante el destino desconocido de Martín, de la mujer que había estado a su lado casi treinta y cinco años, resulta asombrosa la resistencia de Pin. Él no sólo sobrevivió a tantas calamidades, sino que fue capaz de estudiar y abarcar las grandes revoluciones médicas de aquellos mismos años, desde la genética molecular hasta la ampliación imprevisible de los medios de producir imágenes para el diagnóstico, desde el

acelerador de partículas aplicado al tratamiento de los tumores hasta la resonancia magnética nuclear, sin olvidar el reconocimiento del SIDA y sus efectos en la virología al final del período [el desarrollo de ambas historias, la del combate político de Luis Martín, la de la enfermedad y muerte de Leonor, se encuentra en las voces respectivas de la *Enciclopedia*]. El hecho de que Gastón hubiese encontrado un equilibrio nuevo y fértil en su vida de casado, que trajo al mundo a los dos nietos de José Emilio, Constanza y Lucio, debió significar un refugio o un solaz en los peores momentos. Es más, la partida de Gastón y su familia a Italia, seis meses después de la muerte de Leonor, permitió que Pin viajase a Europa para visitarlos a finales de 1980 y consolidase el camino del consuelo y de su reconstrucción psíquica. Hay, no obstante, una cuestión, referida al tema ya zarandeado del honor y las miserias de lo real, que marcó de manera desgarradora la existencia de José Emilio en aquellos años. «Pin, hagamos cualquier cosa para saber el paradero de Martín, veamos al diablo si fuera necesario», le había dicho su mujer un día de desesperación. En 1976, cuando los militares volvieron a tomar el poder en la Argentina e instalaron un régimen de crimen estatal y de terror nunca visto ni oído antes en el país, nuestro biografiado era una celebridad médica. A los tres tiranos de la Junta (bastaron tres, no se necesitó a los Treinta de Atenas para aumentar exponencialmente el número de asesinatos cometidos por los poderosos respecto de las cifras del 404 antes de Cristo), se les presentaron dos problemas médicos: una rara enfermedad neurológica de la expresidente Martínez de Perón, prisionera en Tandil, y un cáncer de otro expresidente peronista, el doctor Cámpora, quien permanecía refugiado en la embajada de México en Buenos Aires sin que el gobierno argentino extendiera el salvoconducto que le permitiría viajar y exiliarse en México. El nombre de José Emilio sonó para dar una opinión que los militares estaban dispuestos a tener por objetiva. Pin aceptó y declaró en reserva que no pretendía honorario alguno ni protección especial por el riesgo que entrañaría el dar a publicidad los dos diagnósticos, lo único que pretendía era información veraz sobre el paradero de su hijo. «Claro, doctor, dijo un representante conspicuo de la Junta en nombre de aquellos viles, buscamos todavía a su hijo como militante de izquierda, involucrado en actos de terrorismo, nunca lo hemos tenido en nuestro poder. Cuando eso suceda, le garantizo un trato de acuerdo con la ley.» Corrían los últimos meses de 1978. Martín había sido arrojado al mar alrededor del 31 de julio de

1976. El asunto fue que José Emilio revisó a la viuda de Perón y a Cámpora: a la primera, le diagnosticó una depresión muy grave sin compromiso neurológico; al segundo, el cáncer de parótida que lo llevaría a la muerte. En ambos casos, el médico dijo que juzgaba imperioso dejar salir a las personas del país. Así hizo la Junta: Cámpora partió a México en 1979 e Isabelita lo hizo hacia España bastante más tarde, en 1981. Pero el calvario profesional y político de José Emilio no terminó allí. En diciembre de 1981, el general Leopoldo Galtieri, comandante general del ejército y miembro flamante de la Junta, a quien sus colegas norteamericanos consideraban «majestuoso» (parece que cambiaron su opinión cuando Galtieri llevó a la práctica su idea de invadir las Malvinas en abril de 1982), y bien, el dicho general no veía el modo de desembarazarse del presidente en ejercicio, el general Viola, a quien una Junta anterior había colocado en la primera magistratura en marzo de 1981. Galtieri pensó que una consulta al profesor B-B2 y a otros médicos (el modelo de las juntas se multiplicaba), a propósito de una angina de pecho que había sufrido su compañero de armas en ejercicio de la presidencia, ayudaría a declararlo inhabilitado y enviarlo a su casa. Galtieri sufrió un fiasco terrible. José Emilio declaró que no existía ningún impedimento físico para que el general Viola continuase en el cargo. Y agregó tras cartón: «Si el general Galtieri quiere tomar el poder que lo resuelva por su cuenta, que no pretenda descansar en un dictamen médico para hacerlo». El régimen militar había entrado en descomposición. Un año más tarde, la medicina y la política volvieron a darse cita. El expresidente radical, el doctor Arturo Illia, uno de los grandes mandatarios argentinos de la segunda mitad del siglo XX, derrocado por otros militares en 1966, presentó un cuadro de dolor agudo en la parte superior del estómago. Pin fue convocado y, muy a pesar suyo, descubrió el cáncer de esófago que mataría al doctor Illia. Lo más emocionante del episodio fue que don Arturo quería pagar a toda costa la consulta. «Pero, doctor, primero que usted es médico y, segundo, mi admiración y mi respeto hacia usted me impiden cobrarle ni diez centavos.» En un aparte, Pin dijo a quien lo había llevado hasta la casa del paciente: «Pero ¿sabe usted a los patéticos personajes que tuve que atender y no cobré, a cambio de una palabra que no me dijeron nunca? Además, me destroza la imposibilidad de hacer lo que sea por alargar la vida de Illia».

El 2 de junio de 1981, en el salón de actos de la Sociedad Científica Argentina, José Emilio B-B2 recibió el premio

Maestro de la medicina argentina. Su discurso de agradecimiento fue un homenaje a sus propios maestros, a cuya evocación dedicó varias páginas. Volver sobre ellas nos permite recorrer nombres y vidas que hemos mencionado en esta biografía. «El profesor Tiburcio P, dijo Pin en aquella ceremonia, fue mi primer maestro en la disciplina de la clínica. A su gran preparación técnica y al conocimiento acabado de la enfermedad, agregaba el respeto profundo por el doliente, para quien tenía siempre el gesto amable y la palabra consoladora». De Rodolfo D, habló largamente: «Erudito en sus conocimientos. Semiólogo fino, examinaba con habilidad notable todos los aparatos, pero, al tomar los reflejos, su manualidad adquiría tal tono de elegancia que, una vez, una alumna no pudo reprimir su admiración y dijo en voz alta: “es un *dandy*”. Era un músico excelente, buen ejecutante de violín. Su formación y sensibilidad de artista las había incorporado, sin buscarlo, a su técnica semiológica y la ejecutaba como quien interpreta una partitura, cautivando al público que la presenciaba. Hablaba francés con tal fluidez y acento tan excelente que René Guttman lo creyó parisiense. Con la misma facilidad se expresaba en inglés y alemán. Todos los días, al salir del hospital visitaba las librerías vecinas para descubrir las novedades. Estaba suscripto a doce revistas extranjeras que consultaba y comentaba a diario. Era feliz en su biblioteca y en la sala». Acerca del profesor Pedro C, se explayó como sigue: «Cardiólogo eminente, su interrogatorio es el mejor ejemplo de velocidad, exactitud y profundidad. Lleno de preguntas de factura propia, es la demostración acabada de una experiencia sabia. A las técnicas de la semiología clásica, que domina en todos sus aspectos, une la selección inteligente de los procedimientos de examen instrumental y fisiopatológico cuyos resultados sabe interpretar con una capacidad diagnóstica ilimitada». Al doctor Osvaldo F, quien le entregó el premio, se dirigió en estos términos: «Profesor, consejero y amigo, usted me impulsó a presentarme para ganar una beca en Francia, de la que gran provecho obtuve, usted me entusiasmó para ejercer la profesión en mi consultorio. Si la beca contribuyó a formarme como científico, la decisión de atender en público me permitió realizarme como persona. Sé que la inteligencia es la expresión de una actividad cerebral integrada y usted, doctor F, es el ejemplo más conspicuo que conozco». José Emilio se emocionó entonces al recordar a Leonor y dedicarle el premio *in memoriam*. A su madre, agradeció el que, mediante la enseñanza del piano, le hubiera dejado a «un compañero» para

las soledades. Sobre Luis Martín, aún se permitió un chispazo de esperanza: «Quiera Dios que llegue a él el recuerdo permanente de su padre».

Los años 80 contuvieron una secuencia de reconocimientos científicos. El 30 de mayo de 1984, tras la reinstauración de la democracia en la vida política y universitaria del país, la Universidad de Buenos Aires lo nombró profesor emérito. José Emilio pidió formar una unidad hospitalaria con los alumnos reprobados en los exámenes de aquel mismo año, dedicarse por entero a enseñarles la semiología y la clínica médica y prepararlos para rendir sus pruebas finales en diciembre de 1986. El índice de aprobación de esos estudiantes superó el 75%. El 19 de noviembre de 1985, nuestro hombre cumplió su objetivo más alto: ingresar como miembro de número en la Academia Nacional de Medicina. Ocupó el sitial que había quedado vacante debido a la muerte del doctor Alfredo L, fundador del Instituto de Investigaciones Médicas de la Universidad de Buenos Aires. José Emilio trazó su semblanza en el discurso pronunciado durante su incorporación a la Academia. Se consagró luego a desenvolver una suerte de *paragone*, imitación del que Leonardo realizó respecto de la pintura en su *Tratado*. El profesor B-B2 encontró equivalencias de la música, las artes del dibujo y la poesía en la medicina. «En la obra médica, no son sino expresión de interioridad la duda diagnóstica, la elección de una terapéutica y la incógnita de una evolución. La huella del tiempo queda marcada por los procedimientos de exploración empleados y la creatividad para saber indicarlos.» Las esperanzas por el hijo desaparecido habían desaparecido: «Por las voces de mi esposa y de mi hijo ausente, que desde el mundo de las sombras me llegan en forma inaudible para los oídos, pero que mi alma percibe con nitidez». En su carácter de académico, Pin conoció la amargura de la política y de la corrupción. Juguete de algo semejante a la omnipotencia de su voluntad, aceptó dirigir el Instituto Hermenegilda Pombo de Rodríguez, una clínica de varios pisos sobre la calle Coronel Díaz que la Academia había recibido como legado para realizar allí trabajos de medicina asistencial e investigación. Corrían los primeros años de la presidencia del peronista Carlos Menem, un tiempo marcado por la privatización y transferencia a terceros de servicios públicos de salud. En ese vértigo, se necesitaba que el Pombo hiciese acuerdos con sindicatos y con los sistemas de atención a jubilados y pensionados para financiar los gastos, siempre crecientes, de funcionamiento de laboratorios, internación de

pacientes y adecuación del edificio. El doctor B-B2 calculó que le bastaría su fuerza tradicional (bastante menguada, por cierto, tras el infarto de 1986) para tratar con los representantes de las corporaciones. Estaba equivocado. En una de las reuniones *ad hoc*, la representante del sistema de los jubilados indicó, muy suelta de cuerpo, cuál debía ser el porcentaje del «retorno». En lugar de identificar esa expresión con el porcentaje del pago de servicios que debía regresar a manos de los funcionarios, esto es, peculado puro, mondo y lirondo, Pin creyó que se trataba de una nueva enzima. Así le fue. Al cabo de un año de administración en ese marco disoluto, el académico B-B2 se vio obligado a renunciar como director del Pombo. El *affaire* lo sumió en un estado depresivo, de un tipo que nunca había experimentado antes. No es bueno combinar la vejez y un primer choque real con las lacras de la política.

En la centenaria historia de los B que se conoce, el *eros* y el sexo fueron impulsos irreprimibles de sus varones, que les otorgaron ora fortaleza y deseos de devorarse alegremente el mundo, ora desasosiego y desenfreno. La institución del matrimonio, reguladora antigua de esas energías, tuvo una eficacia inesperada entre ellos. El dolor brotó y el drama se abrió paso en los momentos de soledad o silencio libidinal (perdón por el freudismo) que precedieron (las solterías) y sucedieron (las viudeces, los abandonos no queridos) a los largos períodos de encuentros estables, en buena medida felices. Las catástrofes mayores que los B infligieron a los otros y a sí mismos se ubicaron siempre en las épocas de un *eros* no correspondido. La psique de José Emilio padeció tales vaivenes precisamente en la década del 80 cuando, tras la muerte de Leonor, la ausencia de una mujer en su casa, en su existencia cotidiana, en la intimidad del dormitorio se le hizo insoportable. Al principio, se trató de médicas bastante más jóvenes que Pin, caracterizadas todas ellas por una bondad que sólo cabía interpretar como exteriorización y búsqueda de una imagen especular y lejana de Leonor. A decir verdad, Gastón no era muy feliz con los devaneos, porque su padre le había confesado que reproduciría gustoso la historia del abuelo Jean B [véase **Cándido B-B3**], de manera que el casi cuarentón egoísta andaba preocupado frente a la posibilidad de que le nacieran varios hermanitos. El hijo de nuestro médico había olvidado por completo sus perplejidades y pecados de lujuria de otras épocas, de consecuencias algo más devastadoras que los buenos signos de energía crepuscular del profesor. Las cosas se encauzaron tras la llegada a escena de una bioquímica, Paulina,

más joven que José Emilio pero ya madura. En julio de 1986, nuestro hombre tuvo un infarto que lo dejó asustado. Se restableció con rapidez, tanta que él mismo juzgó mejor casarse lo antes posible. El segundo y último matrimonio de su vida fue celebrado en el mes de octubre. Gastón actuó como testigo de la novia. Después de años de dolor, los B habían decidido divertirse y cultivar el absurdo. Lo malo fue que la salud del doctor B-B2 se resquebrajó poco a poco a partir de aquel momento. Paulina lo cuidó si bien no hubo modo de evitar que, a principios de los 90, Pin comenzara a sufrir una serie de edemas de pulmón que impusieron la colocación de un marcapasos. «Tengo una falla pluriorgánica», decía el propio paciente. En efecto, en 1993, apareció una insuficiencia renal de origen oscuro. «Es una amiloidosis, provocada por la infección crónica de mi juventud, después del accidente de la mula», diagnosticaba José Emilio. Los valores de la urea en la sangre obligaron a dializarlo tres veces por semana. Aquello fue el principio del fin. Siguió atendiendo el consultorio por algunos meses. E inclusive habló en Mendoza, con una solvencia que dejó estupefacto al auditorio, sobre «Una década de adelantos diagnósticos en medicina, especialmente en cardiología». Declaró entonces: «Con motivo de esta exposición leí bastante, pero lo que más me impresionó fue el prólogo de la cuarta edición de la obra de Braunwald, *Heart disease*, publicada en 1992, de la que tomé muchos de los datos expuestos aquí. En la página tres del libro, mi colega dice: "El cardiólogo debe continuar siendo el dueño y no el esclavo de las nuevas y poderosas herramientas de diagnóstico y tratamiento de que disponemos"». Por supuesto que José Emilio suscribía tal punto de vista. No obstante, su explicación de varios adelantos médicos complejos fue exhaustiva y muy clara: reveló que nuestro hombre conocía el *hardware* de cada método y sabía, por lo tanto, la manera de interrogar la patología hipotética mediante los aparatos de última generación, al mismo tiempo que leer fundadamente los datos obtenidos. Su conferencia se explayó sobre cuatro tópicos: la aplicación de los potenciales eléctricos tardíos, la tomografía axial computarizada cardíaca, la resonancia magnética nuclear y la tomografía por emisión de positrones. La carrera académica de Pin terminaba con algo más que homenajes y fuegos de artificio. Gastón lo llevó en persona a las sesiones de diálisis durante dos años. En noviembre de 1994, se descubrió que una hepatitis C lo había atacado. El 7 de enero de 1995, José Emilio B-B2 murió en la biblioteca de su casa a las seis y media de la

mañana.

Iconografía:

Nuestra serie podría ser la secuencia de fotogramas de una película sobre el ascenso socio-cultural de un pequeño burgués en la Argentina del siglo XX.

El primer documento que presentamos es el boletín de las notas obtenidas por José Emilio en el último año de su bachillerato, que le valieron la medalla de oro al mejor alumno de la promoción. Continúan los retratos colectivos, a la manera de Frans Hals, de los practicantes y médicos de la guardia del Hospital de Clínicas en febrero de 1941 y febrero de 1942. Pin está señalado en ambos casos con una elipse. Parece un adolescente. «Ay, querida, decía la prima Ada a Leonor, tendrás que acostumbrarte a la maldición de que tu marido se vea siempre entre cuatro y cinco años menos de los que tiene.» En la imagen que corresponde a 1942, el joven de bigotes sin guardapolvo, al lado de Pin es Julio Bta. En la misma fila, Raúl B.zone es el segundo a su derecha y el flaco sonriente que se ve detrás es Enrique Marcos. Sigue una foto de la ceremonia en la que José Emilio recibió el diploma de practicante mayor del Hospital, en mayo de 1942. Otro retrato colectivo muestra al equipo de la guardia: justo por debajo de Pin, aparece sentado el enfermero Manuel G. Ya es fácil reconocer a nuestro biografiado en el personaje del medio de los tres caballeros de traje y corbata, turistas en Montevideo que iniciaban el viaje a Brasil, en febrero de 1944.

Descubrimos de nuevo el modelo de Hals, pero con una diagonal que otorga una dinámica nueva, propia de la técnica fotográfica, al conjunto de médicos, enfermeras y visitantes de la sala 4 del Clínicas, en 1952, en ocasión del Congreso Panamericano de Cardiología que presidió el profesor Pedro C. El doctor C está sentado, es el primero que exhibe un sombrero sobre las rodillas desde la izquierda. José Emilio está señalado mediante el óvalo habitual. Un año después, alrededor del mismo Pedro C, en un patio del Hospital, aparecen de izquierda a derecha los doctores Victorio Pcini, Albino Psio, Alfredo Bzi y nuestro hombre. La misma idea de este tipo de retratos de conjunto rige la imagen posterior en la que el eje es el profesor Osvaldo F. José Emilio está a su derecha, a su izquierda el doctor David D. El más alto, en el borde derecho de la foto, es Enrique Marcos.

Incluimos un segundo documento, la solicitud de admisión presentada por Pin para ser recibido como huésped en la Casa Argentina de la Ciudad Universitaria en París. La oblea

enganchada a la hoja principal indica las fechas de permanencia de José Emilio en la *Maison*. Siguen dos retratos del sabio en el estudio. El primero fue tomado en la clínica del doctor M; el segundo, en noviembre de 1969, en el despacho del profesor titular de la quinta cátedra de medicina. El interior típico de los palacetes patricios, destinados a clínicas médicas en la Buenos Aires de la primera mitad del siglo XX, los cuadros al óleo en las paredes, el busto del dueño de casa y la novedad técnica del dictáfono sobre el escritorio, contrastan con la austeridad elegante de los muebles, el modelo viejo de teléfono y las paredes de azulejos blancos en la oficina del catedrático. No hay duda de cuál de esos espacios hace más feliz a José Emilio.

Baño de multitudes. Pin se alegraba, se sentía revivir cuando los estudiantes lo invitaban a algún acontecimiento, por lo general un asado en la quinta del padre de cualquiera de ellos. La corbata de los varones era todavía prenda de rigor. El acto de entrega de diplomas a los médicos recién recibidos significaba también una ocasión festiva para José Emilio. En este caso, la joven sonriente se convertiría, poco tiempo después, en la esposa de su hijo: es Aurora S, a los 24 años. Hemos agregado a la iconografía la imagen de la escultura de Wernicke, en el momento en que el médico no salva a una enferma sino a una bañista de morir ahogada, y la pintura donde Fantuzzi representó el ateneo de Aráoz Alfaro.

Las dos fotos siguientes están asociadas por la actividad de José Emilio como tirador, cazador y gaucho paisano. En una se lo adivina sin esfuerzo, en pleno ejercicio de tiro con un fusil Máuser en el polígono del club Tiro Federal Argentino, asociación de la que el doctor Pin llegó a ser vicepresidente durante cuatro años. En la otra, se lo ve con su caballo Don Emilio, regalo de unos grandes amigos de la provincia de La Pampa cuya historia relataremos enseguida. Pin tuvo muchos años una paciente nacida en el País Vasco a la que adoraba, doña Graciana A, viuda y madre de catorce hijos entre quienes los de menor edad eran contemporáneos de los B-B1. El marido de Graciana, Michel A, había llegado de la lejana Labourd al territorio de La Pampa en 1893, soltero de 28 años. Instalado en el pueblo de Doblas, el director de tierras fiscales de la localidad le dijo una tardecita, cuando tomaban unos mates juntos a la sombra de un caldén: «Don Michel, todo lo que pueda alambrar en tres días será inscripto en el registro a su nombre. Deberá pagar un peso por hectárea antes de cinco años y la tierra le pertenecerá de pleno derecho». El vascuence tenía

ya un tambo pequeño donde empleaba a un criollo para que lo asistiese en el trabajo de ordeñar las vacas. «Rudecindo, que así se llamaba el empleado, ayudame a alambrar el campo que me está ofreciendo el director de tierras. Inscribo el 10% a tu nombre y me hago cargo del pago junto con el de mi parte en los cinco años que vienen.» El Rude aceptó de muy buena gana y así fue cómo, en tres días, alambraron la friolera de treinta y cinco mil hectáreas. El funcionario y Michel cumplieron cada cual con la palabra dada. En 1904, el vasco A era propietario de casi treinta y dos mil hectáreas y el criollo Rudecindo se pavoneaba con sus tres mil. Cuando Pin atendía a la señora Graciana, cada uno de sus catorce hijos tenía su propia estancia, Edelmiro, Eliseo, Enrique, Estela, Eduardo, Elena, Elvira, etc. pues hasta el nº 9, Michel y Graciana quisieron que sus vástagos tuviesen nombres que empezaban con «e». Nació luego Miguel (el nº 10 se llamó así porque dijo su padre: «Basta ya, no tendremos más hijos, Graciana, que éste lleve mi nombre» y siguieron otros cuatro), Graciana la niña, Pedro, Alfredo y Leonor. En febrero de 1961, Miguel y Pedro A invitaron a Pin, el Negro B1, Leonor y los niños a pasar quince días en una de aquellas estancias, la «Ojo de Agua». El propósito era salir a cazar jabalíes, ciervos y, si fuese posible, algún puma. Cayó un jabalí macho, de colmillos espléndidos, de casi doscientos kilos de peso, ejemplar extraordinario. Pin obtuvo la cabeza que mandó embalsamar y colocó en la biblioteca del departamento de Bulnes 270. Leonor, Gastón y Luis Martín se divirtieron a más no poder, cada cual con sus múltiples afines según la edad. A partir de entonces, se tejió una amistad entre los B y los A que dura todavía. Precisamente, Pedro regaló a José Emilio el pingo alazán y malacara que se ve en la fotografía, sobre el fondo de la isleta de eucaliptos y talas que rodea la estancia «Santa Estela» donde vivía la familia de Pedro.

Los telómeros de nuestra hélice iconográfica se refieren a momentos de máxima celebración o incluso gloria en la vida de nuestro personaje. La primera de estas tomas exhibe el escenario principal del salón de actos en la Academia Nacional de Medicina. Encabeza la ceremonia el doctor Horacio R-C, bajo el busto de Bernardino Rivadavia, primer presidente de la República y fundador de la institución. La segunda foto muestra a José Emilio B-B2 en el momento de convertirse en uno de los *immortels* de la Academia argentina. En la última imagen, Pin es ya una celebridad distendida, se lo ve como si el haber llegado hasta allí no hubiese sido más que un paseo. Al final del

recorrido, la *graziosissima grazia* ha conseguido enmascarar los dolores.

LEONOR B1-B.

Nació en Buenos Aires el 28 de julio de 1919. Fue la quinta hija de los siete vástagos nacidos en el matrimonio de **Belarmino B1** y **Matilde M**. Entre julio y agosto de 1918 en menos de una semana, la tos convulsa y el sarampión unidos mataron a dos hermanos pequeños de Leonor, Belarmino Arístides y Miguel Ángel. Algunas fuentes sugieren que, en realidad, se trató de un anticipo de la gripe española que llegaría oficialmente a la Argentina sólo dos meses más tarde. Matilde estuvo al borde de la locura. Las amistades y los parientes aconsejaron, según se estilaba en la época, una nueva maternidad para calmar la desesperación de la mujer. El señor Florencio At, un distinguido amigo de la familia, convenció a la pareja de que formalizaran su unión y dieran lugar al embarazo del consuelo y de la alianza reanudada con la vida. Así vino Leonor a este mundo, signada por el deseo de dejar atrás una pérdida insoportable. Su padre, reacio hasta entonces a cualquier injerencia de la Iglesia en su casa [para los detalles de la educación religiosa del señor B1, véase su biografía en **Antepasados**. Los **B-B1**], aceptó que la niña fuera bautizada. Florencio At fue el padrino de la catecúmena inconsciente de los deberes religiosos asumidos en su nombre. Aun cuando un historiador que se precie no puede sino seguir el ejemplo de Heródoto y descartar, en consecuencia, cualquier explicación de lo acontecido a partir de predeterminaciones mágicas o proféticas, ha de imitar también el modelo del padre de su ciencia en el registro de tales vaticinios como hechos psíquicos, estados de ánimo que, debido a la fuerza con la cual se imprimen en las convicciones de los actores, terminan por gobernar, a la manera de un bajo continuo, las conductas a lo largo de esas existencias, de modo que inclusive la muerte de algunos de ellos, mucho después del tiempo de las premoniciones, suele ser considerada marca indeleble de sus destinos desde el momento mismo de los nacimientos. Ello ocurrió en el caso de Leonor, a quien se le transmitió la idea de que había sido engendrada para curar un dolor y de que semejante acción había recibido la bendición de lo alto, manifiesta en la reconciliación de su padre con el catolicismo. Pero, según veremos más tarde, ni la herida en el corazón de Matilde cicatrizó ni la reconversión de Belarmino fue algo más que una gentileza superficial, concedida al amigo querido que era don Florencio At. Por eso, cuando décadas más tarde las desgracias de sus hijos la golpearon hasta matarla, Leonor no pudo rehuir la sensación de que aquel viejo dolor volvía por sus fueros y de que, paradójicamente, la creencia restituida

gracias a su advenimiento había de fortalecerla en los trances fatales. Ya veremos el poder que el cristianismo vivido en sus últimos años ejerció en ella y en el hijo que la sobrevivió.

Los B1 vivían en uno de los departamentos de la calle Caseros (en el nº 430, 2º piso), encargados al arquitecto Christian Schindler por los Anchorena como casas de alquiler en 1910, que todavía conservan cierta elegancia y paquetería a la vera del palacio italiano-criollo de Ridgley Horne, luego propiedad de José Gregorio Lezama, convertido en Museo Histórico Nacional en 1897. En ese mismo año, el gran jardín del palacete se transformó en un parque público, rodeado por una reja magnífica y poblado de palmeras, plátanos, sauces llorones, jacarandas, dos ombúes, miríadas de pájaros de la pampa o de la costa del río de la Plata, zorzales, calandrias, loros, patos silvestres, gallaretas, que anidaban en sus árboles y volaban sobre sus barrancas de grama. Leonor jugó en el sitio desde la más tierna infancia, cuidada por su abuela María, gallega oriunda de Carril [véase **María F-M** en **Antepasados**…] quien vivía junto a la familia de su hija Matilde. Del parque Lezama procedían sus primeros recuerdos sobre los hermanos mayores, César y el Negro [véase **César B1** y **Samuel B1** en **Antepasados**…], buenos ciclistas, escaladores de árboles y jugadores muy diestros del aro europeo, del tinenti o payanca y de la taba de los gauchos. (El aro puede verse en las ilustraciones de los viejos Larousse. En cuanto a la taba, un astrágalo seco de vacuno se arroja en un sendero a varios metros de los jugadores; gana quien arroja el hueso de tal manera que su cara lisa, generalmente adornada de virolas de plata o bronce, quede hacia arriba. El tinenti se juega con cinco piedritas y tiene varios grados de complejidad: el primero consiste en lanzar una de las piedras hacia arriba, recoger rápidamente una de las cuatro que han quedado en el suelo y, por fin, dar vuelta la mano para recibir el guijarro que cae; se repite el procedimiento hasta recoger la totalidad de las piedras del suelo. El segundo grado implica hacer la misma operación, pero tomar las piedras de a pares; el tercero consiste en recoger tres piedras a la vez y luego la que ha quedado sola; en el cuarto, han de reunirse las cuatro piedras de un solo golpe. Por fin, se colocan las cinco piedras sobre las palmas unidas de las manos; éstas se dan vuelta procurando que no se caiga ningún guijarro y el número de ellos que se conserva en las manos se cuenta como puntaje de cada competidor.) En marzo de 1924, al nacer un nuevo hijo en la familia, Alfredo, alias el «Chino»

[véase **Alfredo B1** en **Antepasados**…], Leonor percibió que su suerte de niña transitaría entre juegos de varones y se dedicó a mejorar rápidamente las habilidades que había ido adquiriendo, poco a poco hasta entonces, en aquellos terrenos de la bicicleta, el aro, la payanca y la taba. Gracias a la abuela María, quien le regaló un bello muñequito suyo, muy antiguo, de cabeza calva y manos de porcelana, el cuerpo hecho con las telas de los pañales, las fajas y las enaguas, Leonor se inició también, con gusto, en el mundo de las muñecas. Tras el nacimiento del hermano, su padre comenzó a comprarle una por semana, de las fabricadas en celuloide que reproducían la clasificación de las razas del mundo, visibles en los diccionarios, y se vestían con los atuendos típicos de las holandesas (arquetipos de la raza blanca), de las swahili de África oriental (ejemplos de la raza negra), de las chinas de la corte imperial (modelos de la raza amarilla) y de las sioux de los Grandes Llanos (modelos de las pieles rojas de América). Hablando de diccionarios, César y el Negro ya dominaban por entonces la lectura del *Tesoro de la Juventud* y frecuentaban todos los días sus veinte tomos. (Esa enciclopedia para niños y jóvenes, publicada bajo el título de *The Book of Knowledge* en Boston a partir de 1910, tuvo su primera edición en lengua española en 1915 con el nombre de *El tesoro de la Juventud*. En 1920, el libro comenzó a circular en la Argentina donde alcanzó uno de sus mayores éxitos.) César era un apasionado de la historia de la Revolución Francesa y el Negro se enfrascaba en el relato de la Gran Guerra del 14-18, de la que había unas fotos únicas en los artículos del *Tesoro* a escasos seis años del final de la contienda (no parece caprichoso recordar que esa Guerra Mundial fue el primer conflicto de la historia que pudo ser contado, entre otras formas clásicas de hacerlo, sobre la base de reportajes fotográficos). Sea de ello lo que fuere, en realidad, el primer recuerdo, el primero-primero, de Leonor la vinculaba a su padre en veste de mago, hombre de ciencia y técnico. En 1922, Belarmino manipulaba todavía en su casa una radio de cristal de galena. «Vení, Leonor, vení que te pongo estos auriculares para que oigas la misma música que la banda toca en el parque.» Y la niña se acercó al aparato, vió cómo el padre deslizaba un pelo de metal sobre la piedra y, de pronto, oyó una música inesperada, bajita y maravillosa, que llegaba por los cables hasta sus orejas.

Ocurría que las primas de los jóvenes B1 por parte de madre, Ada y Haydée E, hijas de Ermelinda, hermana mayor de Matilde, visitaban día por medio el departamento de la calle

Caseros. Los E vivían en el barrio británico de la isla Maciel porque el jefe de familia, un ingeniero dinamarqués llegado a la Argentina en 1895 para trabajar en el Ministerio de Obras Públicas, había sido contratado en 1905 por los empresarios ingleses del Ferrocarril del Sur y había obtenido el usufructo de una casa muy acogedora en aquel lugar apartado, todavía salvaje, a metros de la ciudad de Buenos Aires sobre la ribera sur de la boca del Riachuelo. Ada había nacido en 1907, Haydée, casi contemporánea de César, en 1912. Ada, más bien estudiosa, contemplativa, interesada en la colección de muñecas de Leonor, Haydée, en cambio, revoltosa, peleadora, aprendiz de amazona con los caballos aún disponibles en la isla Maciel, compinche de César. Sabemos que éste leía la realidad a través de las lentes de la Toma de la Bastilla, la decapitación de Luis XVI y el Terror, por lo que todos los juegos que se le ocurría organizar junto a Haydée derivaban en la parodia de alguno de tales episodios. Hubo sólo un paso de allí a decapitar a las muñecas de celuloide de Leonor, colocar sus cabezas en una pica y exhibirlas en el baño de los chicos, al grito de «Llegó la Revolución Francesa», para que su pobre hermana las viera al regresar del parque. Durante un tiempo, Leonor lloró a mares pero Haydée, arrepentida de haber asustado tanto a su prima, resolvió entrenarla para que hiciera frente a César y lo amenazara con tomar represalias contra la bicicleta. La lección de Haydée templó el carácter de Leonor, quien, a partir de entonces, se hizo respetar y supo mantener un buen equilibrio entre los temperamentos opuestos de sus primas E. Es más, la pequeña se sintió atraída por el tema de la Revolución: apenas aprendió a leer, disputó nada menos que a César la lectura de aquella historia en las páginas del *Tesoro*. Claro que el personaje favorito de la niña fue enseguida *Madame* Roland mientras que el muchacho anduvo siempre vacilante entre La Fayette y Danton.

Cuando, en febrero de 1926, nació la última hija de los B1, **Angélica**, llamada la «China» [véase su biografía en **Antepasados**…], Leonor había terminado su primer grado de enseñanza primaria en una escuela estatal de Caseros al 700 y sabía leer de corrido. A decir verdad, la casa B1 en pleno había decidido que la recién nacida llevase el nombre de una hermana de Belarmino, Angelina, no Angélica. Pero Belarmino era tan sabio y distraído que no se dio cuenta del error, con lo cual repetía un antiguo desliz cometido en perjuicio de Leonor, a saber, su fecha de nacimiento, asentada el 3 de julio de 1919 y no el 28 como en realidad había acontecido. Muchos años

después, Leonor trinaba cada vez que aquel error originario de su padre quedaba en evidencia; le caía mal no sólo la falta de atención implícita en el asunto sino el hecho de que alguien pudiera pensar que ella misma manipulaba la fecha para acortarse la edad… ¡por veinticinco días solamente! Sucede que Belarmino andaba siempre con la cabeza en otra parte, según se lee en el artículo correspondiente de esta *Enciclopedia*; vagabundeaba por los temas de la bacteriología, en los que era experto, y los de la política, que le apasionaban y lo habían llevado a firmar varios documentos en apoyo de la Revolución Rusa, «necesaria para hacer justicia a aquel pueblo e inflexión decisiva del progreso humano», tal cual él mismo decía. Este entusiasmo con los bolcheviques escandalizaba a la parentela criolla de Matilde y a varios hermanos del propio Belarmino, sobre todo los dedicados al comercio, la banca o el *dolce far niente*. En sus hijos César y Leonor, reforzaba al contrario el interés prematuro por la Revolución Francesa. No ha de pensarse, sin embargo, que semejantes simpatías hicieran retroceder el reingreso del catolicismo en la familia. Alfredo y Angélica fueron bautizados sin trauma ni debate alguno. De todas formas, estos vaivenes algo contradictorios pero amables entre política y creencias religiosas, que instalaban un experimentalismo cultural inédito y estimulante, esta alfabetización temprana de las clases medias, que inducía a los niños a ocuparse de las letras, de la historia, de las noticias, de los adelantos técnicos, de la fotografía, eran para la familia B1 síntomas de un bienestar económico y de una consolidación de las instituciones políticas que caracterizaban a la sociedad argentina desde el centenario de la independencia o, más todavía, desde la implantación del sufragio universal para los varones y la llegada al poder del partido radical, el partido de las clases medias. En tal sentido, la presidencia de Marcelo de Alvear señaló el punto más alto de las expectativas sociales en el país. Belarmino votó a los socialistas en las elecciones generales de 1928 pero vio con simpatía la reelección del caudillo radical Hipólito Yrigoyen, quien, además, era vecino de los B1. Los tres hermanos más pequeños, Leonor, el Chino y la China, solían esperar en el balcón del departamento por las tardes, para ver pasar al presidente en la carroza que bajaba de la Plaza de Mayo hacia el sur por Bolívar, doblaba por Caseros, subía por Defensa y dejaba al mandatario en su casa de la calle Brasil. «¡Adiós Yrigoyen! ¡Igoyen! ¡Agoyen!», gritaban los chicos de acuerdo con sus edades mientras agitaban las manos. Don Hipólito sacaba invariablemente el brazo por la ventanilla

y les devolvía el saludo.

En los primeros años 20, Belarmino aún frecuentaba como bacteriólogo el Instituto Bacteriológico del Departamento Nacional de Higiene [véanse los detalles de esa actividad científica en **Antepasados**...] donde tenía un contacto estrecho con animales de toda clase en los laboratorios. Cuando se trataba de especies inofensivas, el jefe de la familia B1 solía rescatar a los ejemplares sanos y mansos, los llevaba a la casa, enseñaba a sus hijos los caracteres físicos, los hábitos y las conductas de cada bruto y los instruía acerca del mejor modo de tratarlos con cariño. De esta guisa, los cuartos de los dos adolescentes y de los tres niños estaban poblados no sólo por varios perros de diferentes razas o de ninguna (a fuerza de mestizajes imposibles de rastrear), por gatos barcinos o de buen pedigrí, desde algún siamés hasta un majestuoso persa gris, por conejos de todos los colores aunque uno blanco inmaculado, que se llamaba Espuma, resultó el favorito y exclusivo de Leonor, sino también por un sapo, un tal Berenjeno quien acudía solícito cuando se pronunciaba su nombre, por arañas no venenosas que tejían sus telas en unas cajas especiales en las cuales también depositaban los huevos y, al pasar el tiempo de la incubación, nacían cientos de arañitas para delicia de los chicos, y hasta por una culebra inofensiva, Quimera, que una vez cayó de la ventana del segundo piso a la calle, el Negro se dio cuenta del accidente, bajó raudo a la vereda, recogió al reptil indemne, entre el horror y el asombro de los viandantes, y volvió a la casa con la sierpe enroscada en el brazo derecho. La *performance* se supo en el barrio y estremeció a los amigos del parque Lezama quienes, al otro día, reclamaron ver al monstruo sibilino. Enterado de la caída y del pedido, Belarmino prohibió cualquier manipulación del pobre ofidio asustado que, a la mañana siguiente, regresó al Instituto Bacteriológico para solaz animal y propio más que humano y ajeno. Gracias a los experimentos pedagógicos de su padre, Leonor siempre quiso a los animales como a parientes cercanos, como a seres conscientes capaces de comprender a los humanos y de contestarles con sus miradas; para ella, las fábulas no exageraban un ápice en proyectar sobre aquellos seres los rasgos de nuestras almas y, por eso, los cuentos imaginarios -del Gato con Botas a los de Jack London y Colmillo Blanco- o las historias reales en las que los animales daban su vida por los hombres, ilustradas con un mosaico de imágenes conmovedoras en blanco y negro en el *Tesoro*, no eran más que una zoología psíquica, el capítulo de mayor intensidad emocional de las

ciencias naturales cultivadas por Belarmino. Es posible que la proximidad, la sintonía establecida entre padre e hija merced a los animales hayan sido las razones por las que Leonor disculpó a Belarmino su descuido en el acta de nacimiento y muchos desaguisados aún peores, tal cual se verá más adelante en el relato de esta vida.

En julio de 1930, los B1 se mudaron a un departamento grande de alquiler, en el octavo piso de la calle México 1320. Ermelinda y sus hijas E se instalaron también en el departamento vecino del mismo piso del inmueble junto con un sobrino de Erme y de Matilde, el joven matemático **Elías Alfredo De C**, cuya biografía se encuentra en **Antepasados**... En septiembre del mismo año, un golpe militar encabezado por el general Uriburu derrocó al presidente Yrigoyen y abrió un ciclo prolongado de desventuras políticas en la Argentina. Los B1 se vieron muy afectados, aunque nadie parecía recordar los antecedentes políticos de Belarmino. Lo cierto es que, en 1931, por más de seis meses, nuestro hombre no pudo retirar sus honorarios del Instituto Seroterápico Argentino que él mismo había fundado en 1925. Al descalabro político se agregó la depresión mundial. Las reservas familiares eran menos que escasas, los ahorros, inexistentes. El doctor B1 no se caracterizaba por su previsión. Así que ayudó la parentela de los grandes burgueses, sobre todo el hermano Miguel B1, dueño de una casa de remates donde los ricos en decadencia, sacudidos por la crisis económica, vendían a la sazón sus muebles, sus colecciones de cuadros, las bibliotecas y hasta las ropas de fiesta. Sólo en 1932, empezaron a mejorar las cosas, justo para el momento en el que Leonor ingresó al primer año del bachillerato en el Liceo nº 1, José Figueroa Alcorta, que entonces funcionaba en la avenida Santa Fe al 2800. En 1933, una mucama permanente fue contratada por los B1: Dolores M C, Lola por supuesto, gallega de 22 años de edad recién llegada al puerto de Buenos Aires, quien muy pronto tuvo en Leonor una suerte de modelo platónico de la mujer. Matilde no había contado con ninguna ayuda doméstica desde finales de 1929, desde el momento en que murió, en la propia casa de la calle Caseros, una mujer que fue considerada un ángel por todos cuantos la conocieron, Agustina D. Al morir, Agustina confió a su hija Agustinita, la Negra, a los cuidados de Matilde. La promesa fue cumplida escrupulosamente y con felicidad (la Negra era un cascabel a pesar de su sordera) hasta que una tía paterna reclamó la tenencia y el juzgado de menores ordenó la entrega de la niña. Matilde estaba consternada, porque decía

que la tal parienta era una aprovechadora, una maleducada, que sólo pondría a la Negra a trabajar y no la mandaría al colegio. Logró por lo menos que Agustinita se comprometiese a volver a lo de los B1 una vez por mes, cosa que ocurrió sin inconvenientes los primeros tiempos (Matilde controlaba la asistencia de la muchachita a la escuela) pero, poco a poco, las visitas comenzaron a espaciarse y no se supo más nada de la Negra hasta que reapareció en 1935, casada y embarazada de su primer hijo con apenas 17 años. La tía había muerto poco después de la boda con Pepe. Agustinita había madurado a la fuerza, no había terminado la primaria y su sordera, agravada, la había transformado en una gritona. Seguía siendo un cascabel a pesar de todo, se reía y provocaba la risa de los demás con sus historias. Llamaba la atención, no obstante, que su pintura del marido no fuera en absoluto favorable. Ya había descubierto que Pepe tomaba más de la cuenta. Le había querido pegar en una de sus borracheras pero, por fortuna, la Negra supo defenderse y propinó dos buenos tortazos al cónyuge, que lo dejaron fuera de juego unos cuantos días. «Te quiero ver cuarenta, cuarenta, ¿entendés?, no cuatro metros, bajo tierra», prorrumpió por vez primera con esa frase la recién casada. Como quiera que fuese, en 1948, Agustinita era madre de seis hijos.

Volvamos a la joven gallega que, después de un interregno de cuatro años, reemplazó al ángel de Agustina en la nueva casa B1. Una pariente política de Lola, prima lejana de María F-M, la abuela de la casa, la llevó a una entrevista con Matilde quien ofreció pagar un sueldo de cuarenta pesos con casa y comida y salidas todos los domingos. La pariente encontró justa la oferta e incitó a la joven a que aceptase, pero agregó:

-Ahora será cuarenta, pero ganarás pronto cincuenta, luego sesenta y, más tarde…

-Bueno, basta ya, acordamos cuarenta por un tiempo largo -exclamó Matilde.

Lola era analfabeta: Leonor le enseñó a leer y escribir en menos de seis meses. Lola usaba faldas hasta el tobillo y medias de lana a rayas: Leonor le subió las polleras a la altura de las rodillas y le regaló medias de seda. Lola ignoraba qué eran los afeites: Leonor le puso rubor en las mejillas y *rouge* en los labios. En marzo de 1934, Lola envió su primera carta autógrafa a los padres en Galicia:

«Queridos padres:

»Espero que al recibo de ésta, estéis gosando de perfeuta salú …»

-Has empezado bien, Lola, pero gozando es con ceta, salud con dé, y no es *perfeuta* sino **perfecta**.

-Pues, oye Leonor, serán con ceta y con dé, pero allá decimos *perfeuta* y así queda.

Lola tenía una peculiaridad encantadora. Cuando limpiaba o cocinaba y alguien decía cerca de ella una palabra, cualquiera, que atravesaba su concentración en el trabajo, pongamos «vaca», eso era suficiente para que Lola arrancase con una canción sobre las vacas: «E véndeme os bois, / e véndeme as vacas / e non me venda-lo pote das papas [...]» «Zapato» daba lugar a: «Ven bailar Carmiña, / Carmiña, Carmela, / con zapato branco, / con media de seda [...]», y «lagarto» (los hijos de los B1 consideraban un prodigio de técnica y sutileza asociativa este ejemplo, al punto de que lograron del padre que les consiguiese una iguana en el Instituto Seroterápico y se la llevara a la casa): «A saia da Carolina / ten un lagarto pintado / cando a Carolina baila, / o lagarto dalle o rabo». La palabra «domingo» desencadenaba una muñeira irresistible: «Toca la gaita / Domingo Ferreiro, / toca la gaita, / toca la gaita. / Que yo no quiero. / Que tú no quieres, / que tú no sabes / porque te faltan / las habilidades». Día por medio, Lola recibía al dueño del almacén de la esquina de México y Santiago del Estero, un hombrón también gallego, quien hacía el reparto en persona. El caballero desembarcó en la Argentina el mismo día, muy temprano por la mañana, que atracó en el puerto de Buenos Aires la nave que había conducido a Eduardo, príncipe de Gales, en su visita de incógnito a la República Argentina (vale decir, el 17 de agosto de 1925 y lo «de incógnito» resultó más bien una broma pues, del 18 en adelante, el heredero de la Gran Bretaña no se perdió ni una ceremonia ni una juerga de las que le organizó el patriciado porteño, presa de una fascinación de mejor propósito, sin duda). Hete aquí que, una década más tarde, un sobrino joven del almacenero, huido del servicio militar en Marruecos, se instaló en Buenos Aires y se hizo cargo del reparto. Ni bien cruzaron miradas, Lola y Manuel (que así se llamaba el chaval) quedaron fulminados de amor. El romance evolucionó bien, en plena decencia. El tío, que siempre alardeaba de haber viajado con el príncipe de Gales, aseguró a Manolito el apoyo financiero indispensable y le ofreció una pieza de la casa en los fondos del almacén para encarar el matrimonio. Corría ya 1936 pero se resolvió aguardar al 28 de julio de 1937, el día en que Leonor cumpliría 18 años y podría ser testigo y madrina de los novios. Las bodas se celebraron con alegría y cierta pompa.

Debemos regresar al año 1933 porque ocurrieron entonces varios hechos significativos en esta historia. En primer lugar, el día 15 de abril, Leonor conoció a un personaje que, años después, se convertiría en el epítome de todas las posibilidades de este mundo para ella. El Negro tenía un amigo algo menor que él, **José Emilio B**, llamado «**Pin**» [véase su biografía en esta primera parte de la *Enciclopedia*], quien cumplía 15 años aquel día y estrenaba su primer traje de pantalones largos. Pin apareció en la terraza del edificio de la calle México donde estaban los hermanos B1, desde César hasta la China. Todos departían o jugaban, según las correspondencias de edad, con otros jóvenes, adolescentes y niños del inmueble, los Es en particular, hijos de gallegos que habían progresado a fuerza de grandes trabajos en el comercio de importación de ultramarinos, esto es, licores, jereces, champanes, oporto, vinos dulces, coñac de Francia y brandy *Fundador* de Jerez de la Frontera (el fabricado por Pedro Domecq), horchatas, embutidos de España y Alemania, bacalao ahumado y salado de Noruega, conservas de calamares, pulpos, berberechos, mejillones, turrones de almendra y de jijona. Al decir de César, considerado por los circunstantes un sabio en los temas pertinentes a la antropología, alimentado a perpetuidad por el *Tesoro de la Juventud*, los hermanos Felisa, Elena y Petete Es eran los mejores exponentes de los colores de pelo y de piel que podía uno encontrar entre los pueblos ibéricos: Felisa, morena, de ojos oscuros grandes, de tez olivácea, recordaba el dominio secular de los moros sobre la península; Elena y Petete, pelirrojos ambos, de ojos celestes y llenos de pecas, remitían a un pasado celta común de gallegos, bretones e irlandeses. Los B.aga también estaban en la azotea aquel día, otra familia de españoles, castellanos para ser precisos, quienes hablaban una lengua soñada para los oídos de Leonor. La amiga de su misma edad, Lucía B.aga, daba lecciones sobre el vocabulario «verdadero» del idioma y así acudía, con poco éxito, a comprar «melocotones en bote» («duraznos en lata», diría un porteño) en el almacén de la esquina. Al calor de tanto hispano en la reunión, César hacía soñar con sus interpretaciones históricas y literarias que iban de los espejismos del *Campus Stellae* (puras ficciones para el joven estudiante de ingeniería que había mamado de su padre Belarmino la incredulidad y las desconfianzas respecto de las patrañas del clero) o de los trovadores galaico-portugueses al rey Arturo y a los amores célticos de Tristán e Iseo. La llegada de Pin con su traje flamante, azul oscuro tal cual se estilaba en aquel tiempo, sacó

a la audiencia infanto-juvenil del arrobo. El Negro ocupó el lugar de la atención general, monopolizado por su hermano mayor hasta el momento, al recibir a su amigo con grandes elogios pues, aunque Samuelito tenía 18 y Pin inauguraba sus 15 años, Pin lo había salvado de una buena gracias a sus lecciones suplementarias de trigonometría y cosmografía. José Emilio era un alumno descollante del Bernardino Rivadavia; se interesaba *de omni re scibili*, con decir que le habían bastado las clases del colegio nacional para hablar correctamente el francés. La conversación derivó de inmediato hacia los acontecimientos alarmantes de la política europea. El Negro había leído en *La Prensa* las últimas noticias sobre el incendio del Reichstag y la aprobación de plenos poderes al señor Hitler mediante la *Ermächtigungsgesetz*. El muchacho estaba bien al tanto, de modo que pudo aplicar lo bien sabido de la Gran Guerra y de la intervención de Alemania en ella, del «papel mojado» de la neutralidad belga y el uso de cloro gaseoso en la batalla de Ypres, a la lectura de cuanto podría significar el arribo de Hitler y los nazis al poder. Leonor oyó el nombre fatídico por primera vez. Con la propensión al catastrofismo que suelen tener los jóvenes y haciendo gala de una perspicacia que habría sido de gran utilidad al señor Chamberlain en 1938, el Negro aseguraba, ya en aquel abril de 1933, que el *Führer* se vengaría de la derrota alemana de 1918 y arrojaría de seguro gas venenoso sobre la población de París. Se estremeció la francofilia de Pin, sentimiento cuyos orígenes se desarrollan en la voz **José Emilio B**, quien intervino de modo enfático para decir que el ejército francés nunca permitiría nada semejante y se declaró dispuesto a ir a combatir, él mismo de ser necesario, «contra la barbarie teutona». Leonor quedó fascinada y, después de aquel día, disputó a su hermano el diario *La Prensa* para seguir las nuevas de Europa. Nunca más dejaría de hacerlo en toda su vida.

La política irrumpió de otras maneras en la existencia cotidiana de aquellos adolescentes. Belarmino despotricaba contra los nazis sin olvidar al *Duce*, de quien decía que era un hombre nefasto. A decir verdad, Stalin le parecía muy lejano y no despertaba en su ánimo ni entusiasmos (los que sí había sentido en los tiempos de Lenin) ni indignaciones. El doctor B1 se sentía próximo a la alianza de los socialistas y los demoprogresistas en la Argentina. No obstante, la muerte de Irigoyen a comienzos de julio de 1933 lo conmovió al extremo de concurrir a sus funerales y de llevar consigo a sus dos hijos mayores. Leonor pretendía acompañarlos, pero Matilde puso el

grito en el cielo: mezclarse con esas multitudes, aun cuando fuese en el barrio de la Recoleta, no era apto para una «nena» de 13 años. «El 28, cumplo catorce», acotó Leonor sin que Matilde cediera. Una lástima, al doblar por la calle Santiago del Estero, los B1 se toparon con Pin y su padre, **Cándido B**, quienes también habían decidido participar en la despedida del caudillo y expresidente radical. Cosa lógica, pues Cándido, uruguayo él, era un *enragé* del partido blanco y, como tal, admirador de las políticas que «olieran a populacho», expresado en las palabras de su esposa y madre de Pin, **Emilia B2-B**, cuya biografía recomendamos leer cuanto antes porque la señora se las traía. El asunto fue que los varones adultos de las familias B1 y B concurrieron juntos a la ceremonia fúnebre de Irigoyen, un hito en la imaginación política de los argentinos para siempre. Las reuniones en la azotea de México 1320 alcanzaron un clímax el día 30 de junio de 1934: los jóvenes y niños vieron pasar el *Graf Zeppelin* a pocos metros de distancia, en plácido vuelo por encima de la avenida Rivadavia que casi rozaba el faro del edificio Barolo. La radio, los periódicos, los noticieros filmados que se proyectaban en los cines exaltaron aquella maravilla técnica del «genio germano». Bastó eso para que César, el Negro y Leonor encabezaran, desde los primeros días de julio, la repulsa del encantamiento que había producido el paso de la nave «nazi» tan cerca de la terraza del ágora juvenil. Poco más tarde, el Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en Buenos Aires en octubre de aquel mismo año con la asistencia del cardenal Pacelli, quebró la alianza fraterna en materia de opiniones políticas. A pesar de los sapos y culebras que César lanzó sobre las cabezas virtuales del clero, Leonor se puso del lado de los devotos y concurrió a dos de las reuniones multitudinarias que tuvieron lugar alrededor del Monumento de los Españoles, cubierto por una cruz blanca inmensa para la ocasión. La joven vio pasar al legado pontificio, inmóvil como una figura de cera sobre una carroza, arrodillado con las manos en gesto de plegaria y con la mirada dirigida al cielo. Quedó tan afectada por aquella visión, tan próxima al terror asimilado por los filósofos a lo sublime, que se confesó y comulgó en el acto. Por fortuna, no tuvo que imitar al presidente Agustín Pedro Justo ni renunciar a la masonería en el momento de la contrición. A Belarmino, no se le había pasado aún por el majín introducir a su hija en la rama femenina de la Gran Logia de la Argentina de los Libres y Aceptados Masones. Aunque, en realidad, la muchacha tenía apenas 15 años por entonces y las solicitudes de ingreso sólo se aceptaban si el interesado era

mayor de edad.

Leonor fue muy feliz en el Liceo nº 1. Allí le encantaba lo que aprendía y las circunstancias alrededor de la actividad del colegio: treparse al colectivo 39 para ir y volver, acudir después de clase a tomar leche con vainillas en una *Martona* ubicada a cien metros del Liceo sobre la avenida Santa Fe, pintarse los labios allí mismo y cuidarse de no ser sorprendida en el acto por la rectora, la que acostumbraba rondar las cercanías a la búsqueda de incorrecciones cometidas en las tres cuadras a la redonda del establecimiento. Leonor se interesaba especialmente por la literatura castellana, para la cual se sentía muy dotada, por la historia y la anatomía humana. La influencia de Belarmino se hacía sentir en ese punto, si bien se encerraba un elemento lúdico en la preferencia. Las primas de Leonor, no las E que eran de armas tomar, sino algunas hijas de los hermanos de su padre, alumnas de colegios de monjas, se azoraban de que su parienta conociera los detalles, la nomenclatura y las funciones de los aparatos reproductores de la mujer ¡y del varón! En ese terreno, ella era un pozo de sapiencia. Pero lo que más gustaba a Leonor era que su padre la fuese a buscar al Liceo algún mediodía y luego volverse con él en el automóvil. Belarmino le contaba entonces cosas del laboratorio y hacía sus comentarios políticos, que la muchacha incorporaba como verdades de Zarathustra. De esa suerte, cuando estalló la Guerra Civil Española y las aulas de los colegios estatales hirvieron de debates, sobre todo las de los años superiores en los que se enseñaba la materia «Historia de la civilización», Leonor, cursante del cuarto año del bachillerato, se enzarzó en las discusiones del lado de la República, contra las huestes locales y adolescentes del catolicismo oscurantista. «Soy católica, pero eso qué tiene que ver con los atropellos y crueldades que Franco comete en su nombre. Franco es indefendible. Yo estoy por la República, contra los italianos y los alemanes que lo ayudan. Tal vez Alcalá Zamora y Azaña le queden grandes a España, tan llena de ignorantes y miserables por culpa de unos curas que olvidaron las lecciones de Jesús, pero el futuro de los españoles y el nuestro, por añadidura, dependen del triunfo de los republicanos. Y no me importa lo que aquí digan en los púlpitos.» El 14 de abril de 1937, con una escarapela roja amarilla y violeta en el pecho, sin que su madre lo supiese, Leonor acudió al Luna Park, al mitín organizado por los *Amigos de la República*. César fue de la partida, pero no el Negro porque, enterado como siempre de las novedades de último

momento en Europa, había leído algo sobre los juicios de Moscú y pretendía mantenerse alejado de los comunistas presentes en el acto del Luna Park. A medida que la guerra de España se dirigía hacia la catástrofe de los republicanos, aumentaba el desasosiego de Leonor. Decíamos que la joven amaba las clases de literatura y de allí extraía nuevos argumentos en favor de la buena causa: García Lorca, los Machado, Juan Ramón, Salinas, los poetas más exquisitos de la generación militaban contra el Caudillo. Es más, el propio *Quijote* había de contarse entre las maravillas culturales de la república española, pues Cervantes hubiera sido republicano visto el cuadro patético, combinación de escarnio, indiferencia y cálculo, que él había trazado de los nobles en el larguísimo episodio de la corte de los duques. A Leonor no cabían dudas acerca de la superioridad moral y política de Sancho, gobernante de Barataria e hijo perenne del pueblo. Tal extremo alcanzó el amor de la joven hacia el *Quijote* que, transmitido más tarde a sus hijos, éstos lo multiplicaron y procuraron siempre verificar sociológicamente el aserto de su madre: «Todas las personas que hablan y leen el castellano, conocen lo esencial del *Quijote*» afirmaba Leonor rotundamente. «Oime, Gastón, ¿vos crees que aquella señora que va cruzando la vía con el changuito de las compras conoce el episodio del Clavileño o el de la cabeza parlante de Don Antonio?», preguntaría **Martín B-B1** a su hermano Gastón en el todavía lejano 1966. «Esos no son elementos esenciales, además se trata de sucesos de la segunda parte que sólo mamá conoce. Preguntales sobre los molinos de viento o el rebaño que don Quijote tomó por gigantes y por ejército, verás que todo el mundo leyó tales pasajes», fue la respuesta, pero Gastón terminó por pensar que su madre había sido una presa fácil del ilusionismo cultural, inculcado por la idea de progreso que la escuela pública argentina daba por realidad descontada e irreversible. El desfile de la victoria, que Franco celebró el 19 de mayo de 1939 y Leonor vio en el cine la semana siguiente, le envenenó el corazón, pero la crisis tardó todavía unos meses en estallar. El 1º de septiembre de 1939 por la tarde, el diario *La Prensa* hizo sonar la sirena de la farola en su palacio de la avenida de Mayo para anunciar el comienzo de la nueva guerra europea. Leonor se encontraba en casa de sus primas E y rompió en un llanto incontenible que nadie sabe a ciencia cierta cuánto duró.

Claro que la arena política no fue el horizonte principal de la vida de nuestra joven. Los años del «fraude patriótico»

perpetrado por los «cogotudos», como ella misma acostumbraba decir, coincidieron con un período de inmensa felicidad que Leonor pasaba, durante las vacaciones, visitando a sus primas, las hijas de Enrique B1, en Paraná: Nené, Chocha y Chela. El tío Enrique era el gerente del Banco de la Nación en la capital de la provincia de Entre Ríos y, como tal, gozaba de un gran prestigio amplificado por la bonhomía natural del personaje. Leonor quería tanto a ese hombre corpulento y altísimo, buen mozo, afable, paciente, cuanto a su padre. Él acompañaba a Chela y a la visitante, adolescentes de la misma edad, a bañarse al río los sábados y domingos por la mañana y las vigilaba en los bailes del Club Social de Paraná que se celebraban cada fin de semana. En una y otra ocasión, al cabo de horas de baño o danza, Enrique se ponía a hacer señas con la cabeza, a ladearla para marcar desde lejos a las muchachas que era hora de volver a casa. Las chicas simulaban estar distraídas y entonces, o bien el señor gerente se metía en el río y se cansaba de repartir palmadas que iban a chocar en el agua y encendían la risa de las descaradas, o bien se ponía a agitar los brazos en el borde de la pista de baile, de modo que Chela y Leonor resolvían obedecer para evitar tamaña vergüenza que Enrique les hacía pasar, como si fueran nenitas de catorce siendo que ya habían cumplido sus quince. La tía María Luisa era también un mar de bondad, pero la desgracia era que habían comenzado por entonces los síntomas de una ceguera avanzada, consecuencia de su diabetes. A decir verdad, desde Nené hasta Leonor, ninguna rehuía los trabajos que aquella circunstancia imponía: limpiar y hacer las camas, coser, reparar la ropa, cocinar cuando cuadraba, siempre bajo las instrucciones de María Luisa, quien se empeñaba, por su lado, en buscarse tareas razonables que fuese posible realizar a ciegas. Vaya uno a saber por qué, como sucedía en general en las ciudades de provincia de la Argentina (quizá la red densa de destacamentos del ejército en todo el territorio nacional, próximos a esas ciudades, explique la presencia infaltable de oficiales solteros en los saraos provinciales), las hijas de Enrique y la propia Leonor tuvieron varios novios militares durante los veranos de Paraná. A tal punto que Chela, a sus 18 años, se casó con uno de ellos y, desde aquel momento, Matilde no juzgó adecuado que Leonor fuera a Entre Ríos a pasar sus vacaciones e interferir en la vida de la flamante pareja. Lástima o tal vez suerte si se piensa en la larga duración pues, ya se verá, que muchos de los subtenientes con quienes Leonor bailó, más alegre que la cigarra en el invierno, serían más tarde generales, incapaces no digamos de

ayudar sino siquiera de consolar a la vieja amiga con la peor de las noticias, que no tuvieron el coraje de darle cuando la compañera de juegos juveniles perdió a su hijo Martín a manos del general Riveros. Pero no nos adelantemos. Los historiadores no debemos opacar las alegrías de un momento del pasado con los dolores del futuro que sabemos aguarda a uno de los personajes de nuestro relato. Anacronismo, exclamaría Lucien Febvre.

El llanto del 1º de septiembre no quedó aislado, se prolongó e hizo más intenso a lo largo de 1940. En junio, murió la abuela María a los 90 años declarados [parece que tenía 95 en realidad; véase la voz correspondiente en **Antepasados**…]. Se sintió desfallecer un día, quiso permanecer en la cama contra sus hábitos de décadas y, a la mañana siguiente, la encontraron sin vida. El 16 de diciembre, Belarmino B1 murió de septicemia en la ciudad de La Plata. Expiró en la casa de una segunda familia, sobre cuya existencia nadie de los B1 de Buenos Aires sabía una sola palabra. El golpe fue devastador. César y el Negro arrebataron el cadáver a los B1 de La Plata y celebraron el funeral en el cementerio de la Chacarita, en Buenos Aires. El cuerpo fue depositado en la bóveda que había mandado construir Miguel B1, padre de Belarmino, y que éste mismo había diseñado a partir de patrones egipcios. Es comprensible que Matilde sintiera rencor hacia su marido y que Leonor llorase en silencio, anonadada por lo que en aquel tiempo se consideraba una de las peores traiciones. Los periódicos dieron la noticia del fallecimiento de un hombre de «brillante actuación en los círculos científicos del país», pero nada dijeron del drama que se abatió sobre las dos familias B1 nacidas del mismo retoño. Belarmino había sido la imprevisión en persona. Sus dos mujeres y sus hijos vivían en casas alquiladas. No existía pensión ni jubilación alguna que correspondiese a cualquiera de las viudas. César tenía un trabajo en una oficina de despachos aduaneros y el Negro aún estudiaba medicina. Leonor no había terminado de decidirse acerca de qué carrera universitaria seguir. Antes de mudarse a una casa pobretona en la calle Ciudad de La Paz casi esquina Dorrego, al costado del viaducto que pasaba por encima de las vías del ferrocarril Central Argentino, Matilde tomó algunas decisiones drásticas: el Chino, con sus 18 años, abandonó el Colegio Nacional de Buenos Aires para ser enviado a la Escuela Naval, en Río Santiago; la China, que cursaba su bachillerato en un liceo estatal, fue destinada a la *Anunciata*, un colegio de dominicas de la calle Arenales al 2000; Leonor fue mandada a vivir con

sus tíos Miguel B1, el segundo, hermano y no padre de Belarmino, y Celia A.llo C.bral de B1, matrimonio sin hijos que quería mucho a la joven y la atendió como a una reina. La angustia de separarse de sus hermanos hizo estragos en el espíritu de Leonor, quien, acorralada por los sentimientos encontrados que le inspiraba la conducta apenas conocida de su padre, se rehusó a asociar cualquier encono o signo de odio con su recuerdo y los precipitó, en cambio, sobre la segunda mujer en cuya casa Belarmino había decidido ir a morirse. Aquella unión se remontaba a la época de la crisis, por lo menos a 1931, porque el niño mayor de la pareja, un vivo retrato del Chino con sus rulos y sus ojos claros, tenía 8 años en 1940. La mujer, quince años menor que Belarmino, había sido su asistente de laboratorio, se había enamorado locamente de él y aceptó quemar ella sola sus naves mientras el hombre mantenía las propias en reserva. Desde el día del entierro de su padre, Leonor aborreció a las ayudantes de científicos, a las instrumentadoras de cirujanos, a las secretarias insustituibles de los médicos clínicos, todas «ladronas de maridos» sin excepción de acuerdo con su óptica. No ha de extrañarnos que semejante resentimiento se volcase muy pronto a las percepciones políticas de nuestra muchacha, transida por la sospecha y el miedo frente a lo que ella misma consideraba un arribismo peligroso de las mujeres quienes, por razones de trabajo, llegaban a intimar y a controlar, día y noche, las existencias profesionales de sus jefes, para luego transformarse en las dueñas de sus vidas privadas (registramos aquí los movimientos de la psique de Leonor, no las relaciones sociales hipotéticas o imaginadas, que asediaban su mundo emocional). De allí al desprecio hacia Evita no habría más que un paso, como pronto veremos.

La cuestión fue que, a pesar de todo, los tíos Miguel y Celia brindaron a Leonor cinco años de grandes cosas y de una magnificencia desconocida hasta entonces. Miguel B1, el segundo, era propietario de una casa de remates muy famosa, tal cual dijimos, con oficinas y salón elegante sobre la calle Florida al 400, junto a la chocolatería Minotti. En 1943, le tocaría vender al mejor postor las pocas propiedades y colecciones que había conservado hasta su muerte el expresidente radical Marcelo de Alvear. Su esposa, Regina Pacini, y sus sobrinos no pudieron hacer frente a las deudas que había dejado la actividad política de don Marcelo, estirada hasta el último suspiro. La venta de muchos objetos bellos, libros, cuadros, regalos recibidos de los magnates mundiales

con quienes él había alternado en sus viajes por Europa, Asia y América, alcanzó para liquidar el débito y garantizar a la señora Regina el usufructo de un departamento pequeño en el Barrio Norte. Miguel adquirió para sí el telescopio, un bastón de paseo, una galera, el frac y el esmoquin del antiguo presidente. El punto es que los ingresos de la casa de ventas garantizaban la buena vida que se daban los tíos de Leonor en su domicilio, principescamente arreglado, en el segundo piso de un edificio de la avenida Corrientes 687. Pasado el período de luto, la joven se sumó a los abonos del Teatro Colón, el de los estrenos de ópera en la función de gala y el de los conciertos de la orquesta estable: fila diez en el centro a la derecha. Leonor experimentó un arrobo nunca visto ni oído. Pudo ver y escuchar a los grandes cantantes, Leonard Warren, Herbert Janssen, Raoul Jobel, Lily Djanel, Zenka Milanov, Rose Bampton, las argentinas Isabel Marengo y Delia Rigal, a los grandes directores, Arturo Toscanini con la orquesta de la NBC, Bruno Walter, Erich Kleiber, Ferruccio Calusio, Héctor Panizza, Juan José Castro, las escenografías de Butler y Basaldúa, las *régies* de Otto Erhardt y Margarita Waldmann. Las óperas favoritas de Leonor eran *Norma, La traviata* y *La valquiria*, excelente trío para fundamentar un feminismo estético. Sus piezas sinfónicas predilectas, la 40 de Mozart y la *Séptima* de Beethoven, partituras aptas para recorrer la sublimación de la melancolía y de la angustia.

El buen pasar dejaba un largo tiempo de ocio a nuestra joven quien iba dos o tres veces en la semana a pasar la tarde junto a su madre, por pura obligación y respeto al cuarto mandamiento, nada más, ya que el carácter de Matilde, autoritaria de por sí, se había agriado demasiado después de las catástrofes de 1940. El Negro trabajaba y estudiaba con ahínco para salvar el tiempo perdido. César alternaba su trabajo con el hipódromo y las barajas, de manera que Leonor debía buscar temas de conversación para que sus visitas no se convirtieran en un suplicio. La música ayudó, pues a Matilde la deleitaban los argumentos de óperas. Encontraba en ellos una sintonía melodramática con su libro de cabecera, la *Amalia* de Mármol [véase la voz **Matilde M-B1**]. Por otra parte, Leonor era una lectora ávida de periódicos a la caza de todas las noticias de la guerra. Que la caída de París en manos alemanas se hubiera producido en simultáneo con las muertes de la abuela y el padre no fue un golpe menor para su ánimo. La bravura de los ingleses en 1940 y 1941 la llenó de admiración y esperanzas. El ataque a Rusia se le apareció como la confirmación de algo

previsible. Se preguntaba entonces cómo era posible que ella, una huérfana mimada en la periferia del mundo, se hubiese percatado del destino que correrían los rusos y el gran Stalin, no. A pesar de Pearl Harbour y los éxitos de la ofensiva japonesa en 1942, el ingreso de los Estados Unidos en la guerra la apaciguó porque vislumbró que la derrota del Eje era inevitable, si bien se quedó corta respecto de cuánto se extendería el conflicto. Pensaba que un desembarco de los Aliados en Europa occidental terminaría con Hitler en menos de una semana. La guerra podía ser también un tema de los dialogos con Matilde. Había, sin embargo, un problema mayor detrás del asunto: el tío Miguel era germanófilo y, a pesar del amor que le tenía y el respeto que le debía, Leonor no se callaba ante las disquisiciones pro-alemanas que dominaban, invariablemente, las horas de las comidas en el departamento de la avenida Corrientes. ¿Cómo era posible que su querido Miguel no tomase en consideración el asesinato de millones de personas y el liberticidio cotidiano que se cometía en Europa por culpa de los alemanes? ¿O que no aceptase que Hitler era un monstruo y lo viera sólo como una continuación del despotismo necesario que, a sus ojos, encarnaba Franco? Leonor recordaba el entusiasmo de su padre por la Revolución Rusa y concluía que el miedo al comunismo exhibido por su tío no era sino un espantajo. Lo cierto es que Miguel frecuentaba, ya en 1942, un círculo de amigos coroneles, clericales y más fachos que el *Duce*. Leonor se enfurecía: ¿qué clase de estrategas y expertos militares eran esos que apostaban por el triunfo de Alemania después de que Churchill y Roosevelt hubieran unido fuerzas? Norteamérica era una fortaleza inalcanzable que producía y producía materiales de guerra y alimentos mientras suministraba, casi sin límites, hombres sanos, fuertes, bien nutridos. Por encima de todo, los yanquis iban a pelear a los frentes de Europa y el Pacífico seguros de la justicia de su causa. Alemanes y japoneses no podían sentirse más que esclavos de los tiranos. Leonor se sintió particularmente contenta del ingreso de Brasil en la guerra, pero también avergonzada de la neutralidad argentina. Defendía hasta el fanatismo la resolución de los brasileños y atacaba al tío Miguel, a sus amigos y al ala nacionalista de la parentela B1, filo-alemana, cuando todos ellos se burlaban de los «cariocas» y sus presuntos papelones en la contienda. Se decía que, tras declarar Brasil la guerra al Eje, Alemania ni se dignó darse por enterada y que la prensa de Río había titulado sus primeras planas con expresiones del tipo: «El Teutón se muestra

cauteloso». «¿Y qué hay con eso? Los brasileños son valientes y pueden jactarse. Nosotros tenemos los desfiles del 9 de julio para darnos dique», replicaba Leonor furiosa, a lo que sabía agregar, después del 4 de junio de 1943: «¡Ah, inflemos también el pecho por la gloriosa revolución de nuestros coroneles contra Castillo y los otros carcamanes del partido conservador!». Un chiste, que tenía su gracia, no lo neguemos, la volvía especialmente loca y lograba hacerle perder los estribos. Los malévolos decían haber descifrado el código secreto de la flota brasileña en el Atlántico Sur. FFF quería decir «fazendo foco forte», a lo que seguía FFf, «fazendo foco fino», y terminaba en fff, «fugimos fazendo fumo». Por suerte, las hijas de Enrique eran aliadófilas, lo mismo que los militares emparentados con ellas, quienes pertenecían al ala liberal y pro-norteamericana del ejército. El 24 de agosto de 1944, finalmente, fue posible festejar a lo grande en Buenos Aires: París había sido liberada por las tropas de los generales Eisenhower y De Gaulle. Leonor se sumó al acto en la Plaza Francia, con una escarapela en el pecho, compuesta por cintas con los colores de Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, Rusia y la España republicana. Miguel se cruzó con ella en el vestíbulo de la avenida Corrientes. «Mirá que sos alocada y desconsiderada, Leonor, ¿qué dirías si te encontrás con alguno de nuestros amigos de ascendencia alemana?», le reprochó Miguel. «Mirá eso que llevás puesto, para colmo con la insignia comunista.» «Pero ¿qué tiene que ver el ser alemán con el ser hitlerista? Y si acaso el descendiente de alemanes fuera nazi, peor para él, esto es lo que pienso y sostengo», contestó Leonor desde la vereda. En realidad, el colmo no fue que nuestra heroína llevase una escarapela con la hoz y el martillo junto a las demás, que escuchase el discurso del socialista Alfredo Palacios, que cantase a voz en cuello «*La Marsellesa*», el colmo fue que el gobierno militar mandó cargar a la policía contra los festejantes de la Plaza Francia. La pobre Celia orilló el borde del colapso cuando se enteró por las radios de lo que pasaba. Había visto salir emperifollada a su sobrina, rumbo a la manifestación. Leonor estaba bien segura en un café de la calle Las Heras en el momento de la embestida de la guardia pretoriana, porque, como muy bien declaró el coronel Perón al diario *La Razón* para el ejemplar del 26 de agosto: «Entre todos los detenidos por los incidentes de ayer, sólo hay un obrero. Ello demuestra que la clase trabajadora es gente de orden y no está inclinada a participar en actos contrarios al interés público». Leonor regresó a su casa a las ocho de la noche, en el

momento en que la tía se aprestaba a mandar a un abogado amigo de la familia para que averiguase si la sobrina se encontraba o no entre los presos.

Il y a de la joie. En esos días, Eros andaba haciendo de las suyas. No dijimos que una de las cosas que más extrañó la muchacha fue la tertulia en la terraza de México 1320, a la que Pin había acudido sin interrupciones, salvo en los tres meses de 1939 en que hizo su servicio militar y el curso de subteniente de reserva. Leonor había seguido con placer los progresos de José Emilio en el bachillerato y en la carrera de Medicina. Lo más emocionante llegó de la mano de la guerra. En diciembre de 1939, siendo practicante del Hospital de Clínicas, Pin formó parte del equipo médico que atendió a los heridos del *Éxeter* y del *Graf Spee*, llegados a Buenos Aires después de la batalla naval del Río de la Plata. Sus nuevas sobre el combate fueron frescas, casi directas, como las de un corresponsal de guerra. Y bien, pasadas las tragedias de los B1, Leonor sintió que le faltaba el contacto con sus amigos de la adolescencia y decidió tomar la iniciativa de comunicarse con ellos. Citó a Felisa y a Lucía a tomar el té en la *Richmond*, convirtió el encuentro en un ritual de cada semana y se colgó del teléfono en conversaciones interminables con Pin, quien le hablaba desde el pabellón de practicantes del hospital donde vivía [un sitio mitológico del cual se dan algunas noticias en el artículo **José Emilio B**]. Pin estaba de novio con una compañera del internado, una chica espléndida e inteligente que (Leonor se percató inmediatamente del asunto) competía profesionalmente y por demás con su enamorado. Peor aún, la madre de Pin, doña Emilia, catalana hasta el caracú y ciudadana argentina bisoña, no simpatizaba con la prometida por una razón fundamental: era «italiana», es decir, nacida en Buenos Aires de padres inmigrantes de Italia. Rivalidades históricas que se remontaban a las tropelías cometidas por los españoles en la Italia del Renacimiento y del Barroco, luchas por espacios económico-sociales y, más tarde, políticos en el horizonte heterogéneo y amplio de la inmigración europea en la Argentina, lo cierto es que, en los años 40, aún perduraba en el país la desconfianza entre los miembros y descendientes de ambas comunidades. Los matrimonios serían la herramienta destinada a salvar las tensiones o las distancias, pero era obvio que la señora Emilia B2-B no tenía ganas de hacer experimentos en ese terreno. Leonor jamás aconsejó nada a Pin, en ningún sentido, respecto de la situación de su noviazgo. Él mismo, solo y su alma, resolvió romper el lazo a fines de 1943. *Ça va sans dire*, el niño

prodigio de la medicina, francófilo confeso desde el día inolvidable de su 15º cumpleaños, cantó «La *Marsellesa*» el 24 de agosto en la Plaza Francia y fue uno más en la multitud que concurrió a tomar el café de la reparación histórica en el bar de la calle Las Heras. Dos semanas más tarde, un sábado, al socaire de un acuerdo secreto obtenido en el teléfono con su amiga de la infancia tardía, Pin acudió a la casa de Celia y Miguel a pedir la mano de Leonor. La ceremonia era insoslayable para los hábitos del tiempo y de aquella clase media con pretensiones. Las cosas salieron a pedir de boca. El sí fue generalizado, por parte de la novia, de los tíos y, por supuesto, de la madre de la novia. Se fijaron los miércoles y los sábados por la tarde como día de visita y el domingo, día de salida de los novios con la China como chaperona. A fines de noviembre, se formalizó el compromiso, se intercambiaron anillos, se organizó un sarao íntimo en el departamento de la avenida Corrientes y se fijó la fecha de matrimonio para el 27 de diciembre del año siguiente.

En el año de noviazgo, aunque parezca mentira, gracias a las observaciones cáusticas de José Emilio, Leonor pudo apreciar mejor que nunca las excentricidades de la tía Celia y su familia carnal. Celia descendía de patricios correntinos y afirmaba que su bisabuelo había sido quien dio el apellido del linaje materno a un peón de estancia, en el momento de comisionarlo para llevar una tropa de buenos caballos al coronel José de San Martín cuando éste organizaba el regimiento de granaderos. Como todo el mundo sabe, el bueno del sargento C.bral dio su vida por salvar la de su comandante en el combate de San Lorenzo, librado contra los españoles de Montevideo en las costas del río Paraná en febrero de 1813. Los A.llo entretanto habían sido enemigos de Rosas y sufrido exilios y confiscaciones en los años de su dictadura. Habían tenido dos retoños degollados en la batalla de Vences, de entre los más de setecientos correntinos que murieron en aquella jornada de 1847. Dos nietas de los héroes, tías de Celia por ambas ramas del árbol genealógico, se habían resarcido bastante de tanto sufrimiento pues, o bien lucía la primera de ellas una esmeralda más grande que un habichuela en el collar de las galas del Colón, o bien tras ser bañada y perfumada frente a los ajos azorados de Leonor, quien solía visitarla junto a Celia, la segunda se jactaba en los siguientes términos: «Leonorcita, reina fui, reina soy, reina seré». La monarca era una bella anciana, pequeña al punto de que, sentada, sus pies no llegaban hasta el piso. Era inteligente y aguda. Se burlaba de sus parientes provincianos que acudían a verla en Buenos Aires,

donde su marido le había comprado un *petit hôtel* sobre la avenida Quintana. Se reía de que copiaran como loros las costumbres porteñas. Por ejemplo, hubo a comienzos de los 40, entre los elegantes de la clase alta, una moda de volver al «tú», al «ti» y a las formas castizas de la conjugación en la segunda persona del singular, con las que se pretendía erradicar el voseo y las desinencias verbales agudas del tipo de «encontrás» por «encuentras», «vení» por «ven», etc. (Es muy probable que el cine argentino de los grandes decorados de escaleras monumentales, cortinados, teléfonos blancos, consagrado a representar la vida de la alta burguesía y lingüísticamente enmendado para ser exhibido en España y en toda América Latina sin dificultades, hubiera sido una influencia decisiva en el nuevo apego al «tú» y la conjugación correcta.) Cuando los familiares de la reina volvían a Corrientes, rodeados del aura de haber pasado un mes en la capital, abandonaban el horrible «Adiós, che» y saludaban de lejos a sus amistades con un aplastante: «Adiós, ti». A todo esto, la propia Celia aportaba lo suyo. Reunía al superpoblado sobrinaje, el propio y el adquirido por matrimonio, para comunicarle las novedades de su salud. Ante la asamblea de parientes que tomaban te y devoraban los *locatelli* de pavita del *Petit Café*, Celia declaraba: «Sépanse que me he sacado una radiografía de la cabeza». «Ahh, qué interesante», exclamaba la voz colectiva de los asistentes. «¿Y a qué no saben a qué es igualita?» «No, ¿a qué?», preguntaba el colectivo. Pin estaba presente esa vez y quedó petrificado por el suspenso. «Es igualita a la fotografía de la calavera.» Nunca en su carrera, Pin había escuchado una definición mejor que esa.

En 1943, Miguel y Celia habían comprado una casa espectacular en Mar del Plata, en la calle Avellaneda sobre la Loma, a tres cuadras del Parque San Martín. Era un *cottage* amplio, de dos plantas y un ático, al que bautizaron Miceli (por Mi-guel y Celi-a, claro). Estaba amueblado con piezas provenzales muy finas, decorado con cortinas, colchas y almohadones, todos de una misma tela de flores delicadas, y equipado con vajilla para doce personas hasta las cucharitas del café. El precio incluyó el valor de los muebles y objetos. Miguel sólo tuvo que comprar en su propia casa de remates algunos cuadros nuevos, naturalezas muertas, paisajes, escenas gauchescas, esto es, pinturas muy tradicionales aunque de buena factura. Celia y Leonor se instalaron en el *cottage* el 10 de diciembre, hicieron vida de playa y sociales hasta el 15 de marzo. Así fue en los veranos del 44 y del 45. Precisamente, en

febrero del 45, Pin viajó a Mar del Plata con el fin de cumplir el calendario estival de visitas a su novia, que se extendió excepcionalmente a los siete días de la semana durante algo menos de un mes. Desde ya que el decoro indicaba que José Emilio no durmiese bajo el mismo techo que Leonor, por lo que el médico joven y pobretón del Hospital de Clínicas de Buenos Aires hubo de pagarse una pensión en el centro de la ciudad, donde los precios eran sensiblemente más bajos que en los hoteles de la Loma o cercanos a la Playa Grande. De todas formas, aquella vida fue una revelación, una «vidurria» en palabras del propio Pin a sus compañeros del internado. Por las mañanas y hasta la hora de la siesta, la playa, el mar, el café del balneario del *Ocean*, por las tardes, el cine *Ópera*, las confiterías del bulevar marítimo, el casino al que Leonor llevó a José Emilio para ver cómo era pero ninguno de los dos jugó a nada, porque en verdad eso de estarse al costado de la mesa, *faire leurs jeux* como decía el *croupier* o sentarse a sacar cartas del *sabot* en punto y banca podía convertirse en un opio insoportable. Por primera vez en su vida, Pin concurrió a una exposición de arte, el cuarto Salón de Mar del Plata de la temporada 1945, aunque desde sus 15 años hubiera visitado con fruición el museo de historia nacional en varias ocasiones. Un paisaje de fray Guillermo Butler, unas flores de Marcos Tiglio y un retrato de Gastón Jarry atrajeron mucho a Leonor, mientras que Pin se impresionó con la escultura de un muchacho del Paraná por Lucio Fontana y una vista del puerto de la Boca por Eugenio Daneri. Una naturaleza muerta cubista de Emilio Pettoruti dejó a ambos indiferentes. «Decorativa», opinó Leonor, juicio que ella nunca dejaría de lado al acercarse a la pintura del siglo XX, al menos a su vertiente geométrica desde el cubismo hasta los concretos. Sólo el impresionismo y el expresionismo abstractos de artistas como Bazaine, Manessier, Nicolas de Staël, Hartung y Riopelle lograrían entusiasmarla muchos años más tarde debido a la influencia creciente de sus hijos en la libertad de sus gustos.

La caída de Berlín y la rendición alemana a comienzos de mayo de 1945 fueron hechos celebrados de inmediato en los teatros de Buenos Aires. Nuestros novios participaron en el acto del *Odeón*, una sala de la calle Esmeralda casi esquina Corrientes, sin ser acosados por la policía. El gobierno militar se había visto obligado a declarar la guerra contra las potencias del Eje el 27 de marzo de 1945 y, de tal suerte, la Argentina se encontraba entre las potencias victoriosas a la hora del derrumbe del fascismo en Europa. Las bombas atómicas,

arrojadas en Hiroshima y Nagasaki en los primeros días de agosto, desencadenaron una discusión muy fuerte en la casa de los tíos de Leonor: Miguel volvió a la carga con el único aserto en que podía refugiar su filogermanismo: «Los Aliados no eran moralmente superiores» al tener que tomar decisiones definitivas para vencer; Leonor se encrespó y llegó a decir que, de no ser por esas bombas, el Japón seguiría peleando y millones de personas de ambos bandos morirían en la invasión del archipiélago japonés que los norteamericanos tenían preparada para el 1º de abril de 1946. Por suerte, la firma de la rendición incondicional del Japón a bordo del acorazado *Missouri*, la llegada de la paz y el descubrimiento de los horrores cometidos por los nazis en Europa acallaron los argumentos de la rama pro-Eje en la familia B1. La deriva de la política argentina desvió la atención de jóvenes y viejos hacia los acontecimientos locales y no puede sorprender ni parecer escandaloso que quienes se habían pronunciado siempre en contra del fascismo rechazaran, en el nuevo giro de los acontecimientos nacionales, los programas de gobierno y las figuras militares identificados con los amigos del Eje, en silencio por el momento pero dispuestos a dar batalla a la Argentina liberal de los partidos tradicionales en cuanto las aguas se hubieran calmado. El coronel Perón se delineaba como el nuevo enemigo contra el que debían combatir estudiantes, intelectuales de viejo y nuevo cuño, obreros siempre fieles a los idearios socialista y comunista. Pero había muchos elementos que confundían a los espíritus reformistas. Perón se apoyaba más y más sobre las organizaciones obreras y la alianza con los sindicatos. En su condición de secretario de Trabajo del gobierno militar, el coronel había inaugurado una etapa de reconocimiento estatal a los derechos del trabajador: vacaciones pagas, sistemas de licencias por enfermedad, jubilaciones, arbitraje de los conflictos laborales en beneficio de la clase asalariada, programas especiales de protección a la niñez y de préstamos para el consumo o la vivienda. Tales conquistas, más que justas y acordes con las reparaciones de la posguerra, se pondrían en marcha en lo que quedaba del gobierno *de facto* o en el período constitucional venidero para el cual habría, de seguro, un candidato oficialista (Juan Domingo se perfilaba claramente en ese papel). Los enemigos del militar tronaban diciendo que toda esa actividad remedaba la del primer fascismo italiano y que, en el fondo, se procuraba instalar un gobierno autoritario con un amplio consenso de las masas menos educadas y hostiles al sistema de equilibrios

políticos y de libertades cívicas establecido en la constitución. En realidad, aseguraban los opositores a la revolución militar de 1943, el movimiento congregado alrededor de y organizado por Perón encarnaba la misma desconfianza respecto de la democracia liberal que habían protagonizado, fatalmente, las fuerzas enmascaradas de la derecha autoritaria, cuando no tiránica, en las décadas del 20 y 30. Cesarismo criollo, en el mejor de los casos. Para los enemigos del coronel, era un absurdo que en la Argentina se reeditase una pelea en la cual uno de los bandos imitaba o reproducía a los derrotados y, a la postre, criminales de la Segunda Guerra Mundial. Leonor agregaba desde ya argumentos de su coleto, por ejemplo, que el famoso plan de Perón copiaba cuanto los socialistas de Alfredo Palacios, Juan B. Justo, Alicia Moreau, Mario Bravo, Nicolás Repetto habían conseguido arrancar mediante su acción en el parlamento a los gobiernos conservadores y radicales desde 1905 hasta 1940.

Cosa extraña. Las opiniones de Leonor caían muy bien a su futura suegra, Emilia B2-B, lo mismo que el origen y el primer apellido, catalanes, de la novia de su hijo. La fascinación con este rasgo no requiere más que explicaciones redundantes, pero la cuestión de las afinidades políticas llamaba la atención, pues la señora nunca había demostrado demasiado interés por los asuntos de la república. El malévolo de Pin pensó el asunto y sacó las conclusiones siguientes: su padre, **Cándido B** [véase la voz que le compete en **Antepasados…**], uruguayo, persona paciente y comprensiva, había sido un ferviente partidario de los Blancos en el país natal. Los Blancos, herederos de Oribe, tenían afinidades con las posturas nacionalistas que, en el siglo XIX, caracterizaron al dictador Rosas y que, en el medio del siglo XX, parecía retomar el coronel Perón. Cándido veía mucho más que con simpatía el movimiento inaugurado por aquel militar y bregaba, *suaviter in modo fortiter in re*, de acuerdo con su estilo campero, a favor de los avances sociales producidos desde la Secretaría de Trabajo. Pin pensaba que su madre aborrecía al nuevo hijo del pueblo nada más que por llevar la contra al marido. Lo cierto es que Emilia y Leonor hacían buenas migas en ese terreno pero, mientras Emilia no ahorraba sarcasmos y críticas en las discusiones, Leonor, llevada por su buena educación y el cariño profundo que le inspiraba Cándido, hombre de campo en quien ella encontraba la bonhomía perdida de su padrino Florencio At, se cuidaba mucho de no herir la sensibilidad de su suegro. Semejante convergencia íntima del ánimo llegó a producir que, cierta vez en que Leonor

lucía un vestido rojo («colorado» en términos del habla pampeana y uruguaya, denominación del partido archienemigo de los Blancos en la Banda Oriental), Cándido se demudara y se atreviera a pedir a su nuera que cambiase el atuendo. Leonor accedió sin chistar.

A todo esto, entre junio y julio de 1945, organizaciones económicas como la Bolsa de Comercio y la Sociedad Rural se unieron a la Federación de estudiantes universitarios, a los partidos socialista y radical, en un reclamo común para que los militares acordasen un llamado perentorio a elecciones generales. A comienzos de agosto, el ministro del Interior anunció el levantamiento del estado de sitio y autorizó los festejos públicos por la rendición inminente del Japón. No obstante, después del 16 de agosto, cuando las multitudes procuraron reunirse a celebrar la victoria de los Aliados, hubo cargas de la policía, lo mismo que un año antes, y decenas de detenidos. El 19 de septiembre, una junta de coordinación democrática organizó la Marcha de la Constitución y la Libertad. Se reunieron entonces doscientas mil personas, Leonor entre ellas, que exigieron la convocatoria a elecciones y la entrega provisional de la administración a la Corte Suprema. El 24 de septiembre, fracasó una asonada militar que buscaba desplazar a Perón y aceptar los pedidos expresados por los manifestantes. El gobierno reimplantó el estado de sitio esa misma noche, arrestó a dirigentes políticos y sociales y desalojó violentamente las universidades que habían ocupado los estudiantes. Pero, el 12 de octubre, una nueva marcha de la oposición, a la que tampoco faltó Leonor, hizo que muchos militares en actividad se pronunciaran contra la permanencia de Perón en el poder. El 13 por la noche, el coronel fue arrestado y confinado en la isla Martín García. Del 15 en adelante, los sindicatos y el partido laborista, seguidores de Perón, se movilizaron para conseguir la liberación de su caudillo. El 17 de octubre, la Plaza de Mayo estuvo repleta de obreros, de empleados de clase media, de dirigentes gremiales, convocados por el señor Cipriano Reyes, secretario del laborismo, y por Eva Duarte, la novia de Perón. Esa misma noche, el coronel fue liberado, apareció en los balcones de la Casa Rosada y prometió retomar la lucha por la dignidad de los trabajadores desde el llano. Perón había ganado la partida. Pin, tendencialmente derrotista, pensó que no quedaba nada por hacer. Leonor alternó su colaboración como militante rasa de la Unión Democrática, el conglomerado de partidos que se aliaron para derrotar al «glorioso» coronel en las urnas, y los

preparativos de su boda. El 27 de diciembre de 1945, el párroco de la iglesia del Pilar casó a la pareja B-B1 en el palacete de Quintana y Callao que el tío Miguel alquilaba para organizar las ventas más importantes de su casa de remates. El 2 de enero de 1946, Leonor y Pin partieron por quince días a la costa uruguaya. La joven nunca había salido del país, su marido había ido con sus compañeros de internado en un viaje breve de estudios a Brasil. Se sintieron muy felices en Montevideo, Piriápolis (establecieron su base de operaciones en el Hotel Argentino) y Punta del Este.

El regreso a Buenos Aires fue una suerte de aterrizaje forzoso. Pin se puso a trabajar sin tregua en el Hospital y en la clínica del doctor Tulio M, un viejo profesor de semiología, director y propietario de un *petit hôtel* en Maipú al 500 frente a Radio Belgrano, donde funcionaban suntuosos consultorios, un laboratorio y recintos blindados para equipos de rayos X, de los dedicados a sacar placas y de los de visión directa como en *La montaña mágica* (dispositivos letales éstos últimos, para quien los operaba y para los pacientes). Un compañero de Pin, quizá su amigo más querido, el doctor Enrique V, le cedió la planta baja de la bella casa de sus padres, en la calle San José 777, para que hiciera las primeras armas en un consultorio particular. José Emilio atendía los martes y viernes de 18 a 20,30 mientras Enrique lo hacía los lunes, miércoles y jueves en el mismo horario. Leonor hubo de ocuparse de «sus labores» en la casa, tal cual dicen los españoles. A decir verdad, el departamento de tres piezas que alquilaban en el primer piso de Bulnes 270 no le gustaba en absoluto, aunque ellos hubieran sido los primeros en ocuparlo. Lo consideraba chico y de mala calidad: la carpintería metálica de las ventanas y el piso de caldén la irritaban poderosamente. Pero pensaba que esa sería una vivienda provisoria, de manera que intentó hacerla lo más confortable y elegante posible para no angustiarse. Belarmino, por ser el mayor de los hermanos B1, había heredado en su momento el mobiliario de la casa de sus padres, **Miguel B1**, el primero, y Leonor B4 [ver la voz correspondiente en **Antepasados**…], es decir, un juego de sala y otro de comedor para doce personas, con piezas de gran tamaño, de patas y adornos torneados en espiral, estilo jacobino inglés. Al morir Belarmino y verse obligada Matilde a mudarse a la casa minúscula junto al talud del ferrocarril, la mayoría de los muebles fueron a parar a un depósito. De allí salieron para engalanar el departamento de Leonor y Pin, aunque resultaban muy desproporcionados respecto del tamaño de los ambientes

modernos. Pero la sensación de grandeza (perdida) que daban cuando se ingresaba al comedor, sin que hubiese vestíbulo ni nada parecido, era muy convincente. Mesa grande de por sí y transformable en una más grande todavía, ocho de las doce sillas del juego original, un trinchante aparador, un sillón de dos metros de largo (que fue a dar al dormitorio en el otro extremo de la planta, con ventana hacia la calle) y una vitrina donde Leonor pudo desplegar la cristalería, los jarrones pseudo-Ming de fondo amarillo y dragones verdes, alguna porcelana y un campesino chino, risueño, con sus hijos en la espalda, tallado en marfil. En el dormitorio principal, estaba la cama de matrimonio, el único mueble comprado *ad hoc*, en la casa *Maple* de la calle Suipacha. Allí se encontraba el mayor cuadro de la casa, una copia muy bien hecha por el Negro de la cabeza del *Cristo* de Velázquez. En el otro dormitorio con vista a la calle, Pin colocó la mesa que le había servido de escritorio en su habitación del Hospital, construyó una primera biblioteca que iba del piso al cielorraso, sobre la pared opuesta a la ventana, y colgó la foto colectiva de la comunidad de practicantes en el pabellón del Clínicas a la que él había pertenecido. La población de la biblioteca estaba formada por los libros de literatura argentina, española y francesa, que había aportado Leonor, y los de medicina de Pin, desde el Testut-Latarjet hasta la colección de pequeños tratados de semiología médica escrita por los doctores Pedro Cossio, Tiburcio Padilla, Rodolfo Dassen, Osvaldo Fustinoni entre otros. Se destacaba, sin embargo, un estante con volúmenes de historia universal y argentina: los textos de Malet, utilizados por ambos jóvenes en sus bachilleratos, el famoso compendio de H.G.Wells, los dos tomos del resumen de la historia nacional, escritos por Ricardo Levene, más varios ejemplares de las series sobre pintores europeos y artistas argentinos, editadas por Poseidón y Plástica.

En una ceremonia íntima realizada en la parroquia de San Francisco de la ciudad de La Plata, Eva Duarte y Juan Perón se unieron en matrimonio el día 10 de diciembre de 1945. Juan Domingo, quien había preferido retirarse como «glorioso coronel» y declinar el «honor más grande al que puede aspirar un soldado de la patria», el de ostentar los laureles del grado de general en la chaqueta del uniforme y en la visera de su gorra, candidato a presidente de la República por el partido laborista, ganó de manera rotunda las elecciones nacionales celebradas el 24 de febrero de 1946. El disgusto de Leonor sólo se disipó cuando, a fines de marzo, su médico le confirmó que había quedado embarazada. El parto se produciría en noviembre. El

orgullo y el jolgorio fueron grandes entre los miembros de las dos ramas de los B-B1: el nuevo vástago sería el primero de su generación y, por lo tanto, nieta o nieto y sobrina o sobrino de los parientes directos. El más exultante de todos era Cándido B, quien hizo cálculos para comprar *in continenti* una pequeña biblioteca. Inducido por la presencia del mueble y los recuerdos de su mujer, Pin adquirió para su hija o hijo la edición más reciente, que ya incluía los hechos de la Segunda Guerra Mundial, del *Tesoro de la Juventud*. La cuna, instalada en la habitación a la calle con los libros de la familia, estuvo preparada desde el mes de agosto. El nombre de la criatura era, no obstante, motivo de debate en el caso de que se tratase de un varón. De ser una niña, estaba claro que se llamaría Alicia, por la doctora Moreau de Justo, a quien Leonor admiraba, y por el personaje de Lewis Carroll, que había alimentado la imaginación de la muchacha. Pero si llegaba un pebete, Pin pretendía que se llamase Gastón, impulsado por su francofilia, nombre del que Leonor desconfiaba pues había un personaje de historieta, Gastón Guillotin, uno de los peores enemigos del buen tehuelche Patoruzú, que se las daba de profeta y había previsto, para colmo con razón, el triunfo de Juan Domingo en las elecciones del 46. Leonor quería que se optase por Luis, en homenaje a Louis Pasteur, el héroe de la ciencia que ella amaba siguiendo los sentimientos de su padre Belarmino. De hecho, con el objeto de reforzar su elección, la flamante señora B hizo enmarcar el retrato célebre de Pasteur en su laboratorio, pintado por Edelfeldt en 1885 mientras el sabio examina el resultado de un cultivo en un frasco de vidrio, y lo colgó en la biblioteca que sería la habitación del recién nacido. Finalmente, el 23 de noviembre de 1946, vino a este mundo Gastón B, quien no pudo ser inscripto con ese nombre pero así se lo llamó *de facto* y así se lo conocería hasta el final de su vida. A último momento, en la oficina del Registro Civil adonde José Emilio concurrió junto a Cándido, en calidad de testigo del nacimiento, el funcionario de turno consultó la lista del santoral y de los personajes bíblicos y, al no encontrar ningún santo ni patriarca, ni profeta ni juez o rey de Israel que hubiera llevado el nombre de Gastón, declaró que no podía llamarse de ese modo al nuevo niño argentino. Pues regía aún en aquella época, vinculada a la reinstauración de la enseñanza religiosa en las escuelas en 1943 y refrendada a partir de la nueva alianza del presidente Perón con la Iglesia, la prohibición expresa, inspirada por Gustavo Martínez Zuviría durante su ejercicio como ministro de educación y justicia del gobierno

militar, de poner nombres «extranjeros» que no figurasen en el santoral. Gastón era uno de ellos, a pesar de que, mucho tiempo después, el interesado averiguase que existía un santo muy antiguo con ese nombre, galo, es decir francés (detalle que podría explicar su ausencia de los documentos eclesiásticos consultados en 1946 en la Argentina, derivados casi todos ellos de las compilaciones españolas donde los benditos franceses tenían poca cabida). Lo cierto es que Pin no sabía bien qué hacer y Cándido tomó la decisión: el niño se llamaría legalmente igual que su padre, José Emilio B-B1, el segundo.

Gastón era flaco, arrugado, oscuro de piel cuando nació, esmirriadito el pobre. A la semana del amamantamiento, Leonor tuvo un absceso en un pecho que le produjo dolor, fiebre muy alta, una extraña infección que, gracias al doctor Fleming, su marido curó de cuajo con penicilina. Hubo que interrumpir la lactancia, Gastón pasó a ser alimentado con *Similac*, uno de esos nutrientes en polvo, inventados por los norteamericanos, cargados de minerales, vitaminas, proteínas y ácidos grasos esenciales. Al cabo de cuatro meses, el bebé había dejado atrás la flacura, las arrugas y su color oscuro. Lucía rubicundo, asomaba un pelo claro y sus ojos se anunciaban azulados. A los ocho meses, Gastón parecía un ternero de pelo casi blanco y ojos verdes. «Parece un nazi, qué divino», retrucó una pariente bastante fascista de Leonor durante una de las visitas frecuentes de la madre y el niño a la casa de la tía Celia. Leonor se puso furiosa y, contra las reglas largamente introyectadas y respetadas, gritó tanto que sus familiares germanófilas tomaron nota debida del asunto y nunca más intentaron hacer comparaciones. Un día después del primer cumpleaños de Gastón, las familias B1 y B en pleno fueron al puerto de Buenos Aires, a esperar el atraque del crucero *La Argentina*. El Chino volvía al país, convertido en guardiamarina después del periplo de instrucción naval, el primer viaje que llevó a los marinos argentinos hasta Europa tras el fin de la guerra [para los detalles, véase la voz **Alfredo B1** en **Antepasados**…]. Leonor alivió ese día el mal trago que había tenido el 17 de octubre, cuyo segundo aniversario había encrespado otra vez el ánimo de la flamante señora y madre. Ella no pudo ni supo interpretar los actos a los que la fecha había dado lugar o las muchedumbres que se habían congregado entonces sino como expresiones de puro fascismo. El papel asumido por Eva Perón en aquellas conmemoraciones la enajenó más de lo habitual respecto del personaje. Al resentimiento hecho acción política por parte de Evita, Leonor

replicaba con su propio rencor inconsciente, el que la enfrentaba a la conducta de su padre pero desviaba toda culpabilidad hacia lo que entendía como una forma imperdonable de arribismo de la segunda mujer. No ha de haber sido el de la joven B1-B un conflicto psíquico aislado. Cierta hipocresía victoriana, cierto encono reprimido contra las convenciones sociales, muy fuerte, debió de asfixiar a las mujeres de la clase media en Buenos Aires y encontrar tal vez alguna salida a través del desprecio que ellas sintieron por la mujer de Perón. El odio y la furia crecientes de Evita y sus enemigas alimentó un circuito de humillaciones recíprocas que, a partir de la hegemonía del primer peronismo, no ha cesado de emponzoñar la política y la cultura cotidianas de la Argentina. No caben muchas dudas sobre el hecho de que las antagonistas en las clases altas disponían de las mejores herramientas de educación y cultura para romper el círculo vicioso o, por lo menos, así se suponía. Pero no debió de ser cierto porque, con la excepción de Lillian G, esposa del presidente de la Cámara de Diputados, y de Delia O, una de las tres marquesas pontificias argentinas, ninguna paquetona movió un dedo en aquel sentido. Pronto se verá qué extremos imprevisibles alcanzó el asunto en el alma de Leonor, un alma de la que, aun siendo furibunda en el sentido del furor platónico o bruniano, podríamos haber dicho que nunca dejó de ser gobernada por la caridad, si no fuese por los exabruptos que nuestra biografiada pronunció acerca de Evita en los momentos más cercanos a su muerte. Agreguemos, sin embargo, en beneficio de la joven señora B, que una vertiente distinta de lo femenino también se manifestó en otros juicios suyos acerca de la mujer de Perón, al atribuir a éste una perversión personal y política que hizo de Eva un títere en sus manos, un instrumento bello y privilegiado de su demagogia. Lo notable del caso era que tal punto de vista despuntaba inmediatamente después de la diatriba, encabalgado al desprecio, como si Leonor intentase expresar con ello una identificación remota con la mujer detestada por medio de una confusa solidaridad de género o, en todo caso, un arrepentimiento incontenible de la violencia de sus desbordes verbales.

En 1948, Gastón estaba tan rollizo y rubio que la casa Rodin, donde sus padres lo habían llevado para retratarlo, utilizó la imagen del infante, con un elefantito rojo entre las piernas, como publicidad de la empresa fotográfica. En la planta baja de la calle Bulnes vivía la familia L, formada por el clásico matrimonio de inmigrantes, un español, de Cuenca,

Argobusto, y una italiana, de Venecia, la *signora* Valentina, quienes compartían el departamento con tres de sus cinco hijos, Nelly, Adolfo y Fernando, solteros, menores de 25 años. Lillo, el mayor, estaba casado, lo mismo que Isabel, unida a un productor cinematográfico, Lázaro B-G, un hombre refinado y más bueno que el arroz con leche. Nelly y su madre estaban encantadas con Gastón y solían pedírselo a Leonor para tenerlo en su casa. Al cabo de unos meses de la primera ocasión en la que el niño fue llevado al departamento «de abajo» (más tarde, Gastón iría por sus propios medios a visitar a sus vecinos, con tal asiduidad que la expresión «me voy abajo» se transformó en un clásico del «léxico familiar» de los B-B1), la confianza adquirida hizo que Leonor y Pin aceptasen que su hijo quedase al cuidado de los L. Enseguida, Gastón tuvo una cuna en el cuarto de Nelly e inició su larga y proficua historia junto a esa familia extraordinaria, a la que el niño querría tanto como a la propia. Don Argobusto lo llevaba a jugar a la plaza Almagro, no sin haber ido antes a controlar el estado del tiempo y la velocidad del viento *in situ* para decidir cómo se vestiría al pequeño. La *signora* Valentina conocía los gustos culinarios del convidado y actuaba en consecuencia: salchichas con puré, matambre relleno con ensalada y mayonesa, ravioles caseros al tuco fueron las preferencias de Gastón apenas cumplió los 2 años y pudo hablar para exponerlas.

Los años siguientes estuvieron marcados por la influencia del peronismo en la existencia cotidiana de nuestra heroína. Viejas y nuevas amistades, días de fiesta, lecturas, frecuentación de espectáculos, paseos, comentarios en *passant* con los vecinos, todo ello fue impregnado por la presencia invasora de ese movimiento que dominó los medios de comunicación, que fue tema obligado de diálogos con ignotos y conocidos, que se inmiscuyó hasta en los trámites más pequeños del día a día. En Buenos Aires, prácticamente nadie se libraba de sentir las sombras de Perón y de Eva que abrigaban u oscurecían, de acuerdo con los talantes políticos, los trabajos, las expectativas y los proyectos de cada quien. Leonor se decía que el ahora flamante general de ejército (el Congreso promovió al presidente, retirado del servicio activo, al grado máximo del escalafón militar) había conseguido salirse con la suya e instalar el totalitarismo, un sistema cuyo desarrollo teórico él conocía muy bien, por cierto, gracias a sus lecturas de los textos del admirado Mussolini sobre el Estado. Leonor resumía el asunto con la frase siguiente: «Todas nuestras jornadas, apenas leemos el diario de la mañana, escuchamos las

noticias por radio y volvemos a leer el periódico de la tarde, aun cuando se trate de prensa que represente a la oposición, están escandidas por decenas de “Perón dijo”, “Dijo Perón”, mientras sus fotos y las de Eva aparecen hasta en la sopa». La nueva Constitución, sancionada en marzo de 1949, alimentó los resquemores más tremendistas de la muchacha. Contra la tradición argentina, signada por el temor a la dictadura legalmente establecida, y contra las manifestaciones públicas del propio general, quien, el 1º de mayo de 1948, había anatematizado la reelección inmediata de los cargos ejecutivos por demagógica y perjudicial para la marcha transparente de los negocios de la república (escuela de «fraude y violencia», había llamado él mismo al instituto), aquel texto consagraba la dicha reelección sin límite alguno. Por otra parte, el nuevo artículo 37, en el que se establecían los derechos «del trabajador, de la familia, de la ancianidad y de la educación y la cultura», no reconocía explícitamente el derecho de huelga y sólo acordaba a las organizaciones gremiales el ejercicio de medios «lícitos» para hacer valer sus reclamos, sin que se especificasen los límites de tal legalidad. Leonor seguía puntualmente los editoriales de *La Vanguardia*, se complacía y amargaba al mismo tiempo con las caricaturas *satíricas* que Tristán publicaba en el periódico de los socialistas, donde Perón era dibujado con cabeza de pera coronada de laureles, vestido de militar glorioso, y Evita se reducía a la silueta de una princesa coronada sin rasgos en la cara. Cuando en abril de 1951, el gobierno expropió a la familia Paz el diario *La Prensa* para acallar a su crítico más feroz y lo entregó luego a la CGT con el fin de convertirlo en su turiferario, los B-B1 pusieron el grito en el cielo. Con cierta exageración, evocaron al doctor Goebbels. Leonor atajó al canillita, un mancebo de la tierra de filiación política dudosa, y le dijo que no enviara más ejemplares del periódico «confiscado» a la casa. Insistió, al contrario, en la entrega cotidiana de *La Razón* y la semanal de *La Vanguardia*, «el órgano del Partido Socialista», recalcó. En noviembre de 1951, en virtud de la ley que había instaurado el sufragio femenino (y que la joven opositora o «contrera» reducía al aprovechamiento que la pareja presidencial acostumbraba hacer de las iniciativas socialistas de los años 20 y 30), la bachiller Leonor B1-B fue designada presidente de una mesa electoral y se empeñó en cumplir su cometido con gran dignidad. Una mujer, que se disponía a votar en la urna bajo la responsabilidad de nuestra biografiada, dijo en voz alta: «Este votito es para el general Perón». «Venga, dijo Leonor y una

chispa de felicidad le alumbró la mirada, su voto es nulo porque está prohibido hacer cualquier ostentación de partidismo durante el acto del comicio.» La fiscal del partido peronista tragó saliva, enrojeció pero tuvo que firmar el acta de anulación que Leonor le presentó en un santiamén. Al hacerse el escrutinio, según dijo la presidenta de la mesa a los amigos y parientes que la esperaban para cenar esa noche junto al marido, habían ganado los candidatos radicales. Sin embargo ocurrió que, el día después, en el periódico, se publicaba un cómputo favorable a la fórmula Perón-Quijano por un puñado de votos. «Trampa, fraude», tronó Leonor. Nunca pudo nadie convencerla de que, en rigor de verdad, el gobierno peronista cometía fraude 364 días del año, pero consultaba y respetaba a rajatabla la voluntad popular el día de las elecciones. En marzo de 1952, una Evita devastada por la enfermedad habló desde su cama por la cadena nacional de radio. El llanto le quebró la voz varias veces. Leonor la escuchaba en la cocina del departamento de la calle Bulnes y no pudo contener su rabia: «¡Cómo puede esta mujer exhibir de semejante manera sus lacras y dolores! ¿No siente vergüenza?». Acto seguido, maldijo a Juan Domingo y le adjudicó la culpa entera de lo que juzgaba una manipulación del drama. José Emilio se asombró ante la explosión de ira, que tampoco pasó inadvertida para Gastón, un niño de 5 años todavía al que escuchar la voz radiofónica de Evita y su llanto había parecido la experiencia más impresionante de su vida. Gastón no comprendió el arrebato de su madre. El sábado 26 de julio, cuando Eva expiró, la joven B1-B se sintió invadida por un encono, una compasión, una paz, imposibles de ser sentidas al unísono y, no obstante, allí estaban juntas tantas emociones contradictorias. Pero Leonor no se crispó en absoluto, sólo atinó a recitar. «No me mueve mi Dios para quererte…» Los atisbos de reconciliación se disiparon muy pronto. Los quince días que duraron los funerales de estado y el paseo del cuerpo de Evita entre la Secretaría de Trabajo, el Congreso y la CGT sublevaron de nuevo el ánimo de nuestro personaje, pues consideraba indigno y vejatorio el uso enésimo que el general Perón había hecho del dolor de su mujer y del dolor del pueblo.

Volvamos algo atrás. A comienzos de 1950, Matilde, el Negro y la China consiguieron mudarse a un departamento en la planta baja de la calle Mármol 130. No era muy grande pero sí más acogedor que el tugurio en Ciudad de La Paz. De todas maneras, la China vivió muy poco en el lugar: el 27 de diciembre del mismo año, la menor de los B1 se casó con Julio

Ch. A todo esto, las novedades de la familia B influyeron con fuerza en la historia de los B-B1. En agosto de 1948, Cándido murió en las circunstancias extraordinarias que se cuentan en su biografía [véase **Antepasados**…]. Leonor se entristeció mucho, por cierto. Emilia, madre de Pin, y Mercedes, su hermana, se vistieron de luto riguroso durante un año completo. Pero, en 1949, Mercedes, graduada con honores en el curso superior de la Alianza Francesa, comenzó a escribirse con un joven de Pézenas, en el Languedoc, para mejorar su francés, un cierto Jean C quien buscaba, mediante ese intercambio, practicar a su vez el castellano que había aprendido durante una estancia algo estrafalaria en España [para los detalles, véanse las vidas de **Mercedes B** y **Jean C** en **Antepasados**…]. Carta va, carta viene, fotos de un lado al otro del Atlántico, los corresponsales se enamoraron y Emilia, mujer de carácter, decidió invertir sus ahorros en un viaje a Europa que ayudaría a resolver varias cuestiones: pondría fin al duelo por la muerte de Cándido, llevaría a Emilia a su patria de origen a visitar la parentela catalana, permitiría que los novios a distancia se conocieran en persona y, quién sabe, se comprometieran para casarse. Madre e hija se embarcaron en el *Conte Grande* rumbo a Barcelona, en diciembre de 1950. Regresaron en el *Giulio Cesare* en marzo del año siguiente. Se habían cumplido perfectamente los tres fines de la excursión. Los B2 recibieron con algarabía a sus primas lejanas en Cataluña. Mercedes y Jean se habían comprometido en Montpellier y ya se tenía planeado un segundo viaje a fines de 1952 con el objeto de celebrar las bodas. Por desgracia, en febrero del mismo año, la guerra arruinó el proyecto. Jean fue convocado a filas para ir a combatir en Indochina. Su padre, veterano de las dos contiendas mundiales y asqueado del patrioterismo militar, lo exhortó a no presentarse al llamado y a partir de inmediato hacia la Argentina, en forma clandestina si fuese necesario. Después de todo, la integridad del suelo francés no estaba en juego. Por fortuna, el joven C tenía un lugar donde refugiarse. Así fue cómo, en mayo de 1952, Jean llegó a Buenos Aires y, quince días después del arribo, se unió en matrimonio con Mercedes. Jean, profesor de matemática y física, consiguió un puesto bien remunerado de diseñador de válvulas en una fábrica de televisores. La TV había comenzado en la Argentina en 1951, con la transmisión de los actos del 17 de octubre (sería por la asociación con esa fecha que Leonor recelaba de la nueva técnica de entretenimiento, al punto de mantener a la familia libre de su «influencia nefasta» hasta finales de 1957).

El negocio prometía. Jean se aseguraba un buen porvenir. Pero, si no la guerra, la crisis económica argentina, contemporánea de la muerte y de los funerales de Evita, se inmiscuyó en la existencia bien encaminada de la pareja. La fábrica del futuro quebró y Jean perdió su trabajo. Leonor pergeñó una solución de emergencia al paro de Jeannot. La prima Ada E, casada con el doctor Bt, miembro de la Cámara Federal en la ciudad de Buenos Aires, había tenido en 1944 a los mellizos Carmen y José Felipe, grandes compinches de Gastón, prácticamente sus hermanos de juegos y lecturas. Entre Leonor y Ada resolvieron que los niños tomarían clases de francés con Jean, tres veces por semana si no más, de tal suerte que el tío refugiado de la guerra colonial que Francia libraba en Indochina pudiera redondear un ingreso decente y mantener a su mujer, más la criatura cuya venida al mundo se había anunciado para el mes de mayo de 1953. Al cabo de unas semanas, los niños se mostraban felices de aprender el francés y todo cuanto venía con las enseñanzas del cultísimo Jean: las regiones de Francia, sus colonias africanas, la historia de Juana de Arco, las guerras napoleónicas y, *summum summorum*, la cúspide de todas las iniciaciones, más alta que la revelación de Hermes Trismegisto, más prometedora que el ingreso a la masonería, más atrapante que la fascinación del cine, hablamos de la lectura de los primeros *Tintines* que se propagaría luego a todos los *Tintines* por venir y se extendería para siempre, cuando Gastón transmitiese esos arcanos de la ficción a sus hijos y a sus nietos. Es que, con sus 6 años todavía por cumplir, el chico era un mono sabio. Dominaba la lectura de corrido al punto de que, ya en los primeros meses de 1953, sería capaz de leer completos los subtítulos de la película *A la hora señalada*, que fue a ver con su padre en el *Palacio del Cine*. Celosa de que Jean monopolizara la educación informal de Gastón, la abuela Emilia se ofreció a darle clases de piano, cosa que Leonor aceptó encantada (años más tarde, cada vez que el muchacho manifestara su deseo de abandonar el pianoforte, su madre le recordaría que era él quien había dicho sí a las clases de su abuela y, «como lo que se empieza se termina», agregaba muy ufana, Gastón estaba obligado a estudiar el instrumento hasta recibirse de profesor de música). Claro que tantos adelantos tenían también su lado oscuro. El vástago B-B1 había visto una película de Tarzán en el lejano 1950 y había quedado prendado. Sus padres eran grandes consumidores de cine y, cuando les parecía una impudicia volver a dejar a Gastón en la casa de los L, no tenían más remedio que arrastrarlo con ellos a

ver películas de grandes. No las prohibidas para menores, por supuesto, pero sí historias que de aventuras infantiles tenían muy poco o nada. El chico se aburría y protestaba. Pin encontró un expediente infalible al respecto. Convenció a Gastón de que se trataba de versiones modernizadas de Tarzán, en las que el héroe abandonaba la selva por la ciudad, se enamoraba de una Jane que vestía polleras estrechas, un trajecito sastre y calzaba tacones. Gastón insistía en que le gustaba más Tarzán en la selva que en Buenos Aires, pero toleraba mejor el aburrimiento tratando de entender por qué razón el Rey de los Monos se había metido en aquellos bretes urbanos. De cualquier modo, el Tarzán que boxeaba en el *Gran Triunfador*, protagonizado por Kirk Douglas, le había parecido muy cercano al perfil más caro de su personaje. Pero el Tarzán cantante le colmaba la paciencia. Pues he aquí que José Emilio adoraba las canciones de Al Jolson, tenía completa su discografía en 78 revoluciones y, muy pronto, todos los *longplay records* de su música, importados en la Argentina a partir de octubre de 1948. Le encantaban además las películas que, a fines de los 40, se hicieron sobre la vida del «cantor de jazz» por antonomasia: *The Jolson Story* (conocida como *El Hombre Inolvidableen* los países de habla hispana) y *Jolson Sings Again*, en las que el «churro» de Larry Parks (la expresión era de Leonor) protagonizaba al cantante. Es probable que Pin y familia hayan visto unas diez veces cada film. No importaba lo lejos que estuviese el cine de barrio donde pasaban las cintas, Paternal, Villa del Parque, Versalles, Villa Devoto, Floresta norte y sur, Mataderos, allí se dirigían los B-B1 en días de sol o de lluvia. A pesar de la indignación, Gastón coincidía con su padre en que *Swanee, Pretty Baby, My Mammy* y *Rock-A-Bye Baby* eran las mejores canciones de Al. Ahora bien, el que el pebete supiera leer a gran velocidad, y los subtítulos ya no tuvieran misterios para él desde comienzos de 1953, hizo que la engañifa de Tarzán en la ciudad no surtiera efecto a partir de aquel momento. Mas el acceso mismo a una lecto-comprensión plena también enriqueció los intereses ficcionales del niño, pues empezaron a atraerle las películas de piratas, de *cowboys*, de historia, de guerra, de aventuras africanas. En la Navidad de 1953, *Las minas del rey Salomón*, con las actuaciones de Stewart Granger y Deborah Kerr, se convirtió, por largo tiempo y a su criterio, en un pináculo de la cinematografía mundial.

A todo esto, la mudanza de Matilde al departamento de la calle Mármol permitió que Leonor visitase a su madre con mayor frecuencia de lo que había sucedido hasta entonces. Esa

porción del barrio de Almagro se le antojaba más acogedora que los alrededores de Bulnes y Potosí. Por otra parte, en Hipólito Yrigoyen al 4300, se abrió el primer Jardín de Infantes integral e independiente de la ciudad. Bastó dar a Gastón el domicilio de Matilde como el propio y el chico fue admitido en la escuela modelo. Cuando en 1953 hubo que anotar al pequeño en un establecimiento de educación primaria, Leonor realizó un operativo equivalente y su hijo quedó inscripto en la escuela José María Ramos Mejía, ubicada en la esquina de Don Bosco y la calle de los Treinta y Tres Orientales. Fue anotado en 1º Superior debido a sus habilidades en la lecto-escritura y en el campo de la aritmética. Nadie se arrepentiría de la decisión. Las «señoritas» María Elena, Clotilde, Rebeca y Haydée fueron maestras incomparables. Para mejor, María Elena estaba casada, en realidad, con un viejo periodista de *La Prensa*, quien no simpatizaba en absoluto con el «régimen pseudofascista del general», según sus propias palabras. El buen hombre había estado preso varios días en la Comisaría 1ª en virtud de la ley de conmoción pública y del estado de guerra interior que regía desde el intento de golpe del general Menéndez en septiembre de 1951. Los fatídicos hermanos Cardoso lo habían tenido a su merced durante aquellas horas interminables de prisión. Leonor captó en el aire que la «señorita» María Elena militaba, igual que ella, en las filas de la oposición. El asunto quedó claro el día en que, ante la visita inminente de un inspector del Ministerio de Educación, la maestra de 1º Superior se vio obligada a entregar, a los alumnos casi párvulos que tenía, una estampilla conmemorativa con las efigies de Perón y de Evita. El sello debía ser puntualmente pegado en el cuaderno y adornado con firuletes de colores *ad libitum*. Gastón protestó, dijo que, en su casa, eran todos radicales de manera que no tenía por qué adherir la estampilla a ninguna carpeta o libro de su pertenencia. «Uy, señorita, mire lo que dijo B, que no va a pegar las caras de Perón y de Evita en su cuaderno.» A pesar de ser contrera, María Elena empalideció. La observación de aquel niño en público era prueba suficiente de cómo funcionaba el protosistema de delación en la Argentina de la época. La maestra no reconvino a Gastón; se limitó a decirle con voz grave: «Tráigame su cuaderno, señor B, que voy a citar a sus padres para aclarar la situación». La tormenta del día se disipó. A la mañana siguiente, Leonor, algo agitada, acudió a la escuela y habló con la señorita María Elena a solas, en la hora de música cuando los alumnos habían concurrido a la sala del piano. Muy suelta de cuerpo, algo irresponsable, Leonor dijo

que le parecía muy bien que su hijo hubiese dicho la verdad. La maestra le recordó el peligro que confesiones de ese tipo representaban no sólo para la familia del estudiante, sino para ella misma y las autoridades de la escuela. Entonces contó sin tapujos la historia desgraciada de su marido. Leonor se conmovió y se disculpó. Esa tarde, Gastón, de 6 años de edad, recibió de la madre una explicación política, la primera de su vida, que le hizo comprender por qué debía callar: los gobiernos se dividían en democracias libres y en tiranías, el gobierno del general Perón estaba muy cerca del segundo grupo, así que, a lo sumo, se podía hablar en secreto y sólo con personas de mucha confianza, pero a los niños cabía mejor el guardar silencio. Representó una suerte de solaz el pequeño viaje a Azul y Tandil, que hicieron los B-B1 en mayo de 1952 en el auto del ingeniero R, el primer paciente que Pin había salvado de una muerte segura por tuberculosis pulmonar gracias a la administración de dosis masivas de la estreptomicina recién descubierta (R escribió una carta de agradecimiento al doctor Selman Waksman que éste guardó y mostró a varios médicos argentinos, José Emilio entre ellos, cuando lo visitaron en Nueva Jersey en 1965). Los excursionistas llegaron a Tandil en las primeras horas de la noche. Estaba todo oscuro y nadie vio el paisaje. Pero, a la mañana siguiente, cuando salieron a pasear a la calle, Pin indicó a su familia: «Leonor, Gastón, miren la montaña». Téngase en cuenta que las sierras de Tandil son muy bajas, apenas superan los quinientos metros. Sin embargo, Leonor y Gastón levantaron los ojos, vieron que el horizonte se elevaba y ambos pensaron al unísono que nada había más lindo en el mundo sino una montaña.

En 1952, Tersilia G, una mujer viuda, amable, hija de italianos, madre de dos hijas jóvenes, comenzó a trabajar en la casa de los B-B1. Era baja de estatura, tenía ojos verdes y cocinaba de maravillas. Cada vez que Gastón era retado o castigado, se ponía a llorar y no había cómo pararla. De ahí que, muy pronto, una simpatía profunda unió al hijo de la familia con la señora Tersilia. Todo lo contrario sucedía con la señorita Nora, morena, entrerriana, joven y bonita, quien presumía de haber sido modelo del pintor Bernaldo de Quirós, pero tenía muy pocas pulgas y no daba cabida alguna a los intentos de Gastón por conversar con ella. Planchaba toda la ropa de la familia los jueves por la tarde. Afortunadamente, ni Tersilia ni Nora eran peronistas. Al contrario, en el caso de Nora, su aborrecimiento por la figura del general, a quien tenía

por militarmente cobarde y sexualmente degenerado, superaba con creces la media de la familia para la cual trabajaba. Gracias a sus empleadas, Leonor disponía de bastante tiempo que dedicaba a visitar a los tíos Celia y Miguel, a su hermana ya casada, a las primas Ada y Haydée. Era obvio que el destino preferido de Gastón, quien solía acompañar a la madre en aquellas actividades sociales, era la casa de Ada, su madrina de bautismo y madre de los mellizos con quienes tanto se divertía. Leonor también gozaba, como una adolescente, de las conversaciones con Ada, una mujer vivaz, excéntrica, de ideas y argumentos estrafalarios, empeñada en competir con Pin en asuntos médicos, aunque ella fuera profesora de inglés y no médica. «Hoy, estuviste en lo de Ada, ¿no es cierto?», preguntaba Pin a su mujer. «Sí, ¿cómo sabés?» «Porque decís muchos disparates.» José Emilio recordaba en especial una vez en que Ada le había preguntado qué era el cáncer. La respuesta fue una explicación larga, centrada en el tema de la reproducción celular. «Ay, no. Para mí, Pin, el cáncer es un disgusto localizado en tejidos predispuestos.» El doctor B no se dejó ganar por la cólera, pero sintió la sangre pasar por las coronarias. Años más tarde, Pin reconoció que hubo decenas de congresos científicos, dedicados a dilucidar las raíces psicosomáticas de las neoplasias. Ada fue una precursora de la investigación médica de avanzada.

1953 fue un año enaltecedor para los B-B1, al punto de diluir incluso el espanto causado en el ánimo de la familia por el atentado antiperonista del 15 de abril en plena Plaza de Mayo, el saqueo y la destrucción consecuentes que las hordas del general llevaron el mismo día a los santuarios de las fuerzas opositoras: el *Jockey Club* de la oligarquía vacuna y conservadora, la *Casa Radical* y la *Casa del Pueblo* de los socialistas. Leonor quedó embarazada a fines de febrero y, el 27 de noviembre a la una de la tarde, nació **Luis Martín B**, un niño de más de cuatro kilos, «casi criadito» según dijeron algunas tías abuelas. Pin estaba exultante con su segundo varón. Leonor pudo honrar a Pasteur después de siete años y José Emilio glorificar su ascendencia eusquera mediante el Martín, nombre caro a los vascos de Argentina si los hay. Es más, nuevamente se salió el padre con la suya en el plano de la onomástica porque, desde temprano, el Luis se esfumó y todo el mundo llamó Martín al pequeño o, más tarde, al adolescente hasta su muerte. Para colmo de bienes, la familia había adquirido un automóvil después de tantos años de usar el transporte público, un Mercedes Benz 170 S-D, de los que Perón

importó para dotar de una flota de taxis a la Capital y sortear entre los profesionales del país (médicos y abogados, más que nada, con algunas diferencias entre gremios, pues el marido de Ada y padre de los mellizos, por ejemplo, obtuvo un 180 S-D, más grande y elegante que aquel modelo llamado «hormiga negra» en la jerga burlona de los porteños). Gastón, quien practicaba ya un ejercicio irónico de la política a los 7 años apenas cumplidos, comentó a su madre que había llegado la hora de agradecer al general Perón tamaña generosidad. Leonor no apreció el chiste, montó el picazo y dijo que, de no haber sido por el canalla que gobernaba, Pin y su primo abogado habrían podido tener auto antes del año de casarse: singular e irrebatible juicio contrafáctico. El asunto fue que los B-B1 dispusieron de la maravilla automovilística del ingenio alemán, de consumo muy barato gracias al combustible diesel que alimentaba su motor, para ir de aquí a allá con el recién nacido y el infante Gastón, quien acrecentó exponencialmente su conocimiento de la ciudad, de los parques, del río, del campo, hacia donde Mechita los llevaba cada fin de semana. El tío Negro B1 se sumaba a las excursiones y sus comentarios, sus baladas, sus canciones tangueras enriquecían la cultura del primogénito B-B1 sin esfuerzo. El Negro era un as. Un poco a la manera de Lola, la galleguita que había trabajado en casa de los B1 en la década del 30, bastaba que se hablase del «camino» o que se señalase al pasear por la avenida Las Heras la silueta ominosa de la cárcel de encausados, que ya el tío Samuel se largaba a cantar «Camino, que hiciste ciudad del viejo fortín», o bien «Me encerraron muchos años en la sórdida gayola y una tarde me largaron…». Parecía increíble, pero antes de cumplir su primer año, Martín pretendía entonar en su cuarto de lengua las melodías del tío. Tanta era la fuerza órfica de aquel canto.

En abril de 1954, murió Miguel B1 y Gastón vio llorar amarga y largamente a su madre por primera vez. La crisis entre Perón y el clero, estallada a finales de aquel año, introdujo algunas cuñas en la política interna de la familia. Leonor, católica practicante que se había alejado de la Iglesia al socaire de la alianza inicial de los curas con el peronismo, pensó dos cosas: *primo*, que podría volver a frecuentar los templos, *secundo*, que el gobierno del general había ingresado en el principio del fin. La reacción de José Emilio fue, en cambio, paradójica y reveló su fuero íntimo ideológico: por un lado, no le sonaban mal las declaraciones del presidente en el sentido de que debía de considerárselo «el último de los conservadores»; por el otro, respecto del enfrentamiento con el

clero, se animó a declarar: «El Pocho es un César». Es decir, Pin se manifestaba como un conservador democrático y anticlerical, un temple que conservaría durante buena parte de su vida hasta que los achaques de la edad lo acercaran a un sacerdote amigo o, mejor aún, hasta que su admiración hacia las monjas del hospital lo convenciera de que «hay un motor extraño en esas mujeres; lo que ellas son capaces de tolerar en cuanto a la degradación física de un paciente no podría ni siquiera ser exigido a una enfermera sobresaliente en dedicación y altruismo». El caso es que, entre noviembre de 1954 y mayo de 1955, hubo desavenencias en la pareja B-B1, bien confinadas al tema de las relaciones entre Perón y la Iglesia. No obstante, la resistencia que los católicos exhibieron en la manifestación del día de *Corpus Christi*, el 11 de junio, suscitó la admiración de Pin, siempre proclive a entusiasmarse con las formas materiales y espirituales del coraje. Los horrores del 16 de junio de 1955, la masacre de personas inocentes durante los bombardeos de la Casa Rosada y los ministerios, la quema de las iglesias y de la Curia en el centro de Buenos Aires, encontraron a los esposos B-B1 en la misma vereda de la política. Leonor achacaba a Perón la responsabilidad de la matanza por haber convocado al pueblo «para que eso pasara», declamaba como una ménade: «El maldito, el maldito Perón, que asesina a su propia gente». Pin se escandalizaba de la cobardía del militar, refugiado y escondido en el Ministerio de la Guerra, contra el que los sublevados disparaban fusiladas y metralla a discreción. En la noche misma del 16, Pin fue caminando hasta la casa de su suegra y volvió con una noticia aciaga: el Chino, teniente de navío de la marina de guerra, había participado en el golpe del lado de la sedición. Pasaron los días y nada se sabía de él. Pin y el Negro consiguieron un permiso para concurrir a la cárcel de Las Heras y verificar si acaso estaba entre los detenidos. Leonor, en su clásico furor, temía que una ejecución clandestina hubiera acabado con la vida del hermano pero, por supuesto, nada decía de sus presentimientos a Matilde sino, al contrario, insistía delante de ella en que los rumores apuntaban a que el Chino había podido escapar al Uruguay. A pesar de su desazón, Matilde M-B, descendiente de los proscriptos en tiempos del dictador Rosas, tuvo ocasión de sentirse como la heroína de su libro de cabecera, la novela *Amalia* de José Mármol (de lo que deducimos no haber sido casual la elección de una casa en la calle Mármol para ir a vivir en ella con sus hijos solteros como ya hemos contado). El 12 de julio, *La Razón* publicó un llamado oficial a la comparecencia de un teniente de navío, Alfredo B1,

quien debía declarar acerca de su papel en los hechos del 16 de junio. El 28 de julio, el día en que Leonor cumplía sus 36 años, llegó a Buenos Aires un ejemplar del periódico *El Día* de Montevideo con la noticia esperada: «Han llegado un teniente de navío y un capitán del ejército a Fray Bentos. Solicitaron asilo político». El artículo relataba la odisea de los prófugos, escondidos un tiempo, disfrazados de gauchos para atravesar a caballo la provincia de Entre Ríos y pasados clandestinamente en una balsa a través del río Uruguay hasta la República Oriental. Se trataba del Chino y de un militar, un tal Guillermo Suárez Mason, quien, años más tarde, habría que contar entre los asesinos del entonces párvulo Martín B-B1. No nos adelantemos a los hechos. En aquel cumpleaños de 1955, Leonor recibió la noticia como su mejor regalo.

El clima político se enrareció más todavía, transido ya por la sangre derramada, el humo, la furia y el ruido de las bombas. El 31 de agosto, Perón ofreció renunciar a la presidencia «en aras de la pacificación». Esa misma tarde, una muchedumbre, convocada por los sindicatos, se congregó en la Plaza de Mayo para pedir al general que se retractase. Perón lo hizo y pronunció uno de sus discursos más enardecidos. «Por cada uno de los nuestros, caerán cinco de los de ellos.» Leonor pensó que todo estaba perdido. A la mañana siguiente, cuando Gastón partió a la escuela, semidormida, desde la cama, previno a su hijo de que Perón se había convertido en el peor de los tiranos y no se debía decir una sola palabra que pusiera a nadie en riesgo. Pero la señora B se equivocaba de palmo a palmo. Del 16 al 21 de septiembre, una nueva sublevación militar se abrió paso desde Córdoba y la base naval de Puerto Belgrano hasta lograr el derrocamiento de Perón. El 19 por la tarde, un día lluvioso, al conocerse la renuncia del presidente, los B en pleno, el Negro incluido por supuesto, se montaron al Mercedes y salieron a festejar. En la avenida Santa Fe, miles de personas bailaban en la calle bajo los paraguas. *Just singing in the rain*… Leonor gritaba a voz en cuello: «¡Viva la libertad!», como en la época del fin de la Guerra Mundial. Cuando el auto llegó a Retiro, las cosas se pusieron feas. Unos partidarios del general que había allí lanzaron piedras contra Mechita. Leonor cayó en la cuenta de lo arriesgado que había sido meter a los hijos en semejante baile. Martín, quien no había cumplido los 2 años, atinó a cantar, no obstante su cortísima edad, lo que acababa de escuchar en Santa Fe: «Aloé, Aloé, sacate la montura que se acabó la dictadura». Por suerte, los muchachos, que esperaban algún *deus ex machina* del líder, no oyeron, pero igual siguieron

tirando cascotes aunque con mucha menos convicción apenas divisaron niños dentro del auto. Los B retrocedieron hacia su casa. Allí Leonor escuchó por radio que Perón volvía a desdecirse de la renuncia, pero los militares que habían formado una junta, de su parte hasta entonces, comenzaron a abandonarlo. «Ese maldito reptil…», comentó lacónica Leonor. El 21 de septiembre por la mañana, muy temprano, un tanque de los sublevados subió por la barranca de la avenida Corrientes hasta la altura de la calle San Martín, donde se encontraba la sede de la Alianza Libertadora Nacionalista, organización que había apoyado al coronel Perón en los años agitados del 44 y 45 y que entonces representaba el último apoyo, no deseado, del general. El energúmeno de Guillermo Patricio Kelly defendía el bastión en nombre del presidente, refugiado en la embajada del Paraguay. Contra lo que se esperaba, salió del tanque una orden de rendición e *in continenti* un cañonazo que derrumbó buena parte del edificio. Siguieron otros disparos hasta que Kelly alzó la bandera blanca. La pobre tía Celia, cuya casa de Corrientes 687 quedaba a unos cien metros de la refriega, se desvaneció del susto, sin su Miguel B1 II que pudiese socorrerla. Vuelta en sí, tomó el teléfono y llamó a Leonor antes que a cualquier otra persona. De esta suerte, la sobrina preferida supo que la caída de su aborrecido Perón era irreversible. De todas maneras, convertida a la prudencia, esperó a que los jefes de la rebelión viajasen a Buenos Aires, el viernes 23 de septiembre, para hacerse cargo del gobierno en la capital del país. Sólo ese día subió de nuevo a sus hijos y al Negro al Mercedes, conducido por Pin, y salieron todos a confundirse con los miles de personas que colmaron los espacios públicos desde el edificio del Congreso hasta la Casa Rosada. A la noche, se reunieron en lo de doña Emilia B a brindar con champaña y Hesperidina por el final del régimen.

A fines de octubre, el Chino volvió de su exilio en el Uruguay, lo cual fue motivo para nuevos brindis y festejos. Vaya uno a saber cómo funcionó la asociación de ideas, pero Leonor se percató allí mismo de que estaba programado que Gastón tomase la comunión el 8 de diciembre. El chico no había ido nunca a las lecciones de catecismo. La madre tomó cartas en el asunto y contrató a María L, una catequista con buenos antecedentes, recomendada por la China. Hubo algunos chisporroteos al principio de las clases. Para empezar, María preguntó al niño cuál era la más grande de las ciencias. Muy suelto de cuerpo, Gastón recordó las afirmaciones de su propia madre acerca de la superioridad de la matemática y respondió

eso, precisamente: «¡La matemática!». «No, niño, de ninguna manera, la más grande de las ciencias es la religión cristiana porque, sin ella, perdemos el alma que es nuestro mayor bien.» Gastón ignoraba que su profesora había logrado una síntesis, extraordinaria si bien algo empobrecedora, de las ideas de san Agustín en varios pasajes de *La ciudad de Dios*, pero igual aceptó el argumento sin chistar. La respuesta a la pregunta cincuenta y nueve del catecismo le parecía, no obstante, muy estrafalaria: «¿Cuáles son los peores enemigos del hombre?». «El diablo, el mundo y la carne». María no supo qué decir ante las perplejidades de la criatura, quien hubo de recurrir a la racionalidad amable de su madre: «Mamá, el diablo, lo entiendo, pero ¿por qué el globo terráqueo que papá tiene arriba del escritorio en nuestro cuarto y el bife de chorizo son mis enemigos, los tuyos y los de la humanidad entera?» «No, hijo, no se trata del mundo visto desde el espacio, que es una gran belleza, la respuesta se refiere a las glorias vacías, las pompas, los atractivos pasajeros que ocurren en este mundo de todos los días, nos engañan y nos hacen olvidar el cariño que debemos a los demás. La carne no es la del asado sino la de nuestro propio cuerpo, que a veces nos arrastra a una satisfacción desmedida de nuestros deseos, por ejemplo, comemos más allá del hambre que tenemos, queremos poseer una cosa inalcanzable y entonces envidiamos a quien la tiene.» Otra cosa que desconcertó al aspirante a la eucaristía fue la severidad de la justicia divina, en contradicción franca con la infinitud presunta de su amor. María contó una historia aterradora de un niño que había muerto durante la noche, sin haber rezado siquiera un pésame antes de dormir y con un pecado mortal terrible en la conciencia (¿sería algún pensamiento, palabra u obra, vinculados a la misma lujuria que ya lo atormentaba?, se preguntaba Gastón). Lo cierto es que, al día siguiente, cuando el sacerdote de turno rezaba una misa por el eterno reposo del alma del muchacho muerto, se supo el destino que había corrido aquella desgraciada. El cura sintió que alguien le tiraba del alba en el momento de la consagración y escuchó una voz que le decía: «Padre, demasiado tarde, ya ardo en el infierno». Gastón se sintió oprimido y espantado por varios días. ¿Cómo el infinito amor de Dios no perdona, al fin de cuentas y después de un tormento, aunque sea largo, a los más miserables pecadores? ¿Cómo no hay una reconciliación final? María exclamó que divagaciones de ese tipo eran herejías espantosas. Al parecer, un cierto Orígenes, primero un gran santo, había ido a parar al mismísimo infierno por expresar

ideas semejantes cuando era viejo. El muchacho B-B1 recurrió otra vez a su madre y ésta le hizo saber que, aun cuando hubiera un gran misterio en el asunto, se le hacía difícil aceptar que el diablo pudiera o, peor todavía, quisiera ser perdonado. Así, con el auxilio de Leonor, las enseñanzas de María llevaron a Gastón al puerto seguro de su primera comunión. La fiesta, celebrada en un salón especial del Club de Tiro, fue un desborde de proporciones, porque el primogénito B y sus primos habían llevado cohetes y fuegos artificiales a escondidas y los hicieron explotar a discreción. Por fortuna, no hubo heridos ni quemados. Leonor pensó que aquel regocijo se vinculaba con la atmósfera de la libertad renacida en el país. La óptica política prevalecía siempre dentro de su cabeza y de su corazón.

Durante la primera mitad de 1957, los B-B1 estuvieron absorbidos por la enfermedad de Matilde, un cáncer hepático. Leonor se pasaba noches y noches en casa de su madre. En marzo, murió la Bola, la perrita blanca que la señora B1 adoraba y cuya desaparición ella tomó como un presagio de su propio fin. El Chino regaló a la madre un pequinés recién nacido para distraerla y levantar su ánimo. Pero no hubo caso, Matilde se despreocupó del perro y éste fue trasladado finalmente a lo de los B-B1, a pesar de las protestas de Pin quien, debido a razones higiénicas, se negaba a tener un animal en su casa. Las circunstancias, los ruegos de los niños y la insistencia de Leonor consiguieron doblegar la voluntad de José Emilio. Gastón puso al perro el nombre de Milú, el del mítico compañero canino de Tintín. Pero, volviendo al hilo de la historia, la pobre Matilde, quien había dejado de leer su *Amalia* ya en el mes de abril, expiró el día 14 de julio de 1957. Digamos que, el mismo día, exactamente, nació en Burdeos, Francia, Marie-Françoise, la segunda hija de Mercedes B y de Jean, una coincidencia que Leonor aprovechó para instruir a sus hijos acerca de cómo las generaciones se suceden y reemplazan. La muerte de los seres queridos adquiría de tal suerte un sentido y la angustia se disipaba. [Aclaremos que una amnistía de desertores de Indochina, declarada en Francia tras la derrota ignominiosa de Dien Bien Phu, había permitido a Jean volver a su país con la esposa, Mercedes, y su hijo Émile André, nacido en Buenos Aires el 22 de mayo de 1953. Para los detalles del regreso de Jean y del exilio de Mercedes, véase el artículo dedicado a ésta en **Antepasados**…]

La segunda mitad de 1957, Leonor hubo de dedicarla a la preparación del examen que su hijo mayor había decidido

afrontar para conseguir el ingreso al Colegio Nacional de Buenos Aires. El éxito logrado en tal sentido por su primo Negro, el año anterior, era el ejemplo que Gastón quería seguir. Lo alentaba también el tío Alfredo De C, graduado y profesor de matemática en el mismo colegio. Sólo Pin se oponía al operativo por las razones que se explican en su biografía **José Emilio B-B2**. Al fin de cuentas, igual que en el caso del pequinés Milú, Pin cedió en medio de dramáticas escenas a la Füssli y a la Greuze. La «señorita» María Elena, la ya mentada esposa del proscripto de la época «nefasta» de Perón, quien se había hecho gran amiga de Leonor en los años de trance, se ofreció para entrenar al chico en el primer rito iniciático de su vida. Lo cierto es que María Elena organizó un grupo de ocho infantes-adolescentes, Gastón y otros siete compañeros suyos de la primaria, los preparó para el mismo examen y los hizo pasar a todos al primer año del Nacional Central, el «Colegio de la Patria», el 9 de diciembre de 1957. Leonor se puso tan contenta que se avino a aceptar el regalo de un televisor marca Zenith, que un paciente de Pin quiso enviar a la familia al enterarse de la hazaña colectiva del ingreso. Pues aquélla era entonces la altísima consideración social que se tenía por el Colegio Buenos Aires y sus estudiantes. José Emilio también estuvo feliz y pensó que sería bueno programar una excursión en el auto, con Leonor, los hijos y su cuñado, el Negro, el primer viaje de gran aliento que les haría conocer la Argentina desde la provincia de Buenos Aires hasta Jujuy. En efecto, el 31 de enero de 1958, Mechita puso proa hacia Córdoba. Leonor se había agenciado dos instrumentos fundamentales, una heladera portátil (piénsese que el grupo se lanzaba a recorrer las tierras calientes del norte argentino en pleno verano) y la guía de turismo, con mapas e informaciones preciosas, publicada por el Automóvil Club Argentino. El seguir el itinerario en esas cartas geográficas, descontar los kilómetros recorridos y calcular los que se debía recorrer para llegar a tal o cual sitio de interés, haría las delicias de Gastón y de Martín. Hubo aventuras casi a diario porque la experiencia de Pin en ese tipo de incursiones era nula y ninguna dificultad había sido calculada previamente. Al salir de las Salinas Grandes y adentrarse en el monte de espinillos de Loreto, al sur de Santiago del Estero, atacaron unas avispas dinosáuricas que dejaron ronchas en las piernas desprotegidas de Leonor y los muchachos. Imprudencia mayor había sido la de no prever ninguna dosis de cortisona por si acaso se producía el ataque de una alimaña y la consecuente reacción alérgica. *Deo gratias*, las ronchas sólo lastimaron un

poco pero ardieron mucho. Cerca de Rosario de la Frontera, en Salta, las lluvias habían dejado barriales y ciénagas a los costados del camino: Leonor se hundió en una de ellas hasta la cintura cuando intentaba sacar a sus hijos del auto para aligerarlo y que pudiese ser empujado por el Negro sin mayores esfuerzos. Sacar a nuestra biografiada del pantano costó bastante más que mover a Mechita. Claro está, bellezas y grandezas patrióticas fueron el pan cotidiano: la iglesia de la Compañía y sus bóvedas lígneas en Córdoba, la estancia jesuítica de estilo rococó en Santa Catalina, la extensión blanca y castigada por el calor en las Salinas Grandes, la Casa de la Independencia en Tucumán, las montañas cubiertas de selva tropical en el Aconquija y en las cadenas que cobijan el valle de Lerma, las calles neocoloniales de la ciudad de Salta, el monumento al general Güemes, el campo de la batalla en que Belgrano derrotó al realista Tristán en febrero de 1813, el camino boscoso de cornisa entre Salta y Jujuy. En ese punto, la política metió su cola y hubo que regresar a marchas forzadas a Buenos Aires.

En efecto, el gobierno militar surgido de la sublevación de 1955 intentó reunir una convención de reforma constitucional en 1957. El peronismo, bajo cualquiera de sus denominaciones, había quedado proscripto. El general, desde su exilio en Venezuela, dio a sus seguidores la orden de votar en blanco en las elecciones para constituyentes. Los radicales se presentaron divididos: los intransigentes rechazaban la proscripción del peronismo, los radicales del Pueblo, en cambio, la apoyaban. Entre estas dos ramas, el viejo partido contabilizó casi cuatro millones de votos en tanto que los sufragios en blanco ascendieron a dos millones cien mil. Al reunirse la convención, sólo pudo aprobarse el agregado de los derechos sociales a la declaración de derechos y garantías en el texto constitucional de 1953. Los radicales intransigentes y otros representantes se retiraron de la asamblea, no hubo quorum y la convención reformadora dejó de sesionar. A pesar del traspié, el gobierno de la Libertadora convocó a elecciones generales de todos los cargos ejecutivos y legislativos del país el 23 de febrero de 1958 y mantuvo proscripto al partido peronista-justicialista. Mientras los sindicatos, que se conservaron fieles a Perón, presionaban al gobierno con reclamos y huelgas, el doctor Frondizi, jefe de los radicales intransigentes y candidato a la presidencia, firmó un pacto con el general en el exilio por el cual, en el caso de ganar las elecciones con el apoyo de los votos peronistas, un gobierno futuro de Frondizi levantaría la

proscripción, legalizaría los sindicatos y la CGT y reconocería la legitimidad de los bienes personales de Perón en la Argentina. Cuando los B-B1 estaban a punto de dirigirse a Jujuy, a la Quebrada de Humahuaca y a la Puna, se tuvo noticia de la amenaza de un paro general y se lanzó a correr el rumor de que un pacto entre emisarios de Frondizi y de Perón había sido firmado en Caracas a mediados de enero de 1958. Leonor quería continuar el viaje. «Otra vez, ese maldito me arruina la existencia. No lo voy a permitir.» Prevaleció el criterio más prudente y timorato de los varones adultos. Pin y el Negro temían que el paro se cumpliese y que no fuera posible conseguir combustible para emprender el regreso a Buenos Aires. Convencieron a Leonor diciéndole que había que ir a votar a Buenos Aires pues hasta tres sufragios podrían ser esenciales en ese combate. En el camino de vuelta a casa, se supo que la huelga había sido suspendida. Leonor vio en el retroceso de los gremialistas una confirmación de que el pacto «espurio» existía nomás. Se obstinó entonces en paliar la frustración de la última etapa del viaje al norte. Propuso a su marido y a su hermano que, el mismo día de las elecciones, después de haber emitido el voto lo más temprano que se pudiese, emprendieran una nueva excursión, no ya al norte, por supuesto, sino a las provincias de Cuyo y a las cumbres más altas de la cordillera de los Andes. Pin contó el dinero que no habían gastado y calculó que alcanzaba para cumplir el deseo de Leonor. El grupo se rearmó de inmediato y, a las diez de la mañana del 23 de febrero, tras votar los adultos por los candidatos de la Unión Cívica Radical del Pueblo (Leonor partió la boleta, eligió a Balbín para presidente y votó a los candidatos socialistas para los cargos legislativos y municipales), el Mercedes 170 enfiló hacia Río Cuarto. Por supuesto que la conversación de todo ese tramo estuvo consagrada a los pronósticos políticos. Leonor tenía fe en que el pacto no funcionara. Pin era escéptico y el Negro se mantenía equidistante. Aún era de día cuando se instalaron en el hotel de Río Cuarto a pasar la noche. Antes de cenar, el Negro se dirigió hasta la oficina que *La Voz del Interior* tenía en la ciudad y tomó nota de los guarismos. Volvió al hotel y anunció: «Reventamos como sapos». Así era, el pacto había funcionado. El doctor Frondizi ganó las elecciones con cuatro millones de votos, contra dos millones seiscientos mil que recibió el doctor Balbín. Durante la cena reparadora, Pin dijo: «Seis años pasan, habrá que estar atentos a cualquier proyecto de reforma constitucional que pretenda reinstalar la reelección inmediata

del presidente». Ni siquiera Leonor trinaba demasiado.

El 24 de febrero, despejadas las mentes, los B-B1 y el sempiterno Negro llegaron a la ciudad de Mendoza. Comieron en la terraza del *Hotel Plaza*. Soplaba un viento fresco, delicioso. Gastón y Martín fueron enviados temprano a dormir pero Gastón espió por la ventana del cuarto a los padres y al tío, quienes en el casino de la planta baja jugaban al punto y banca, como en la película de Roberto Escalada que poco tiempo antes había visto por televisión. Dos días fueron ocupados en el recorrido de la ciudad, el Parque San Martín, el Cerro de la Gloria, el zoológico (los chicos vieron la única pantera negra viva que verían para siempre), la visita a las bodegas Giol, un periplo por Chacras de Coria, Luján de Cuyo y Tunuyán. Las bóvedas de plátanos, eucaliptos y otros árboles que cubrían los caminos hicieron las delicias de Leonor, quien insistía en que la percepción de esos verdes equivalía para ella al más poderoso de los sedantes. La tercera jornada, por fin, estuvo destinada a alcanzar la frontera argentino-chilena y la estatua monumental del Cristo Redentor. Partieron de madrugada, tomaron la recta traicionera que sube hasta el hotel de las termas de Villavicencio sin que la temperatura del agua en el Mercedes superase los ochenta grados («recta traicionera» porque parece simple de acometer, pero, en realidad, implica un ascenso continuo desde los setecientos metros hasta los mil quinientos metros sobre el nivel del mar en un trecho de veinte kilómetros; el agua de los radiadores suele hervir cuando los autos alcanzan el extremo más alto de la recta). Desayunaron en el hotel, oyendo el rumor del agua y mirando el vergel que su presencia hace nacer en medio de aquella aridez. Se lanzaron a la subida del camino de cornisa de los Caracoles, una experiencia límite para Pin, su primera vez como chofer en una vía de montaña. Le habían dicho en el hotel que aquella cuesta era de una sola mano hacia la cumbre pero, al dar vuelta en la curva número doscientos y pico, el Mercedes se topó con una camioneta de Vialidad Nacional. Teóricamente, a quienes iban por la derecha, es decir, Pin y su familia, correspondía pasar por el lado de la cornisa. El conductor del vehículo en sentido contrario pensó que, amén de haber violado la regla de la mano única, tenía la práctica suficiente para arrostrar el peligro en lugar de la familia paralizada por el miedo. Pidió a Pin que se arrimase todo cuanto pudiese al barranco y, luego, sorteó la prueba. Los niños creían estar mirando una película del *Hollywood Television Service*. Faltaba poco hasta alcanzar la Cruz del Paramillo, cúspide de la precordillera a unos tres mil

cien metros sobre el nivel del mar. Cuando el auto se puso horizontal, los viajantes tuvieron enfrente el valle de Uspallata, la cordillera, sus nieves eternas y el Aconcagua. La exclamación de asombro fue unánime. El Negro se estrechó las manos y dijo: «¡Ay, mamita querida!», provocó así la risa de sus sobrinos y amenguó el efecto sublime de aquella visión que ninguno había siquiera imaginado. Se bajaron todos del coche y estuvieron un buen cuarto de hora contemplando el paisaje. La bajada a Uspallata fue pan comido, lo mismo que la travesía de aquel valle estupendo, de vides y olivares. Gastón recordó que el espectáculo reproducía la imagen de la etiqueta del aceite de oliva y uva, marca *Uspallata*, que se comía en la casa. «Pero qué comentario más…», Pin no terminó la frase pues se topó con los extraños edificios de las Bóvedas al costado de la ruta, unas construcciones del siglo XVIII rematadas por tres cúpulas peraltadas que aparentemente habían servido de cámara de fusión del oro y la plata extraídos en las minas del Paramillo. Eran ya las once de la mañana y se hacía necesario volver a partir. Comenzó el ascenso a la vera del cañadón del río Mendoza desde el valle, a unos mil ochocientos metros sobre el nivel del mar, hasta el Cristo Redentor, a tres mil ochocientos metros. La primera escala fue el Puente del Inca, sobre las aguas de ese río, una formación natural en donde los súbditos del Inca habían establecido el tambo más meridional del imperio. Los niños pensaban haber ingresado a un país de maravillas. Leonor lanzó al agua sulfurosa un zapato viejo que había llevado a propósito para el experimento. Unos metros más abajo, lo esperaban el Negro y los sobrinos. El Negro recogió el zapato, cubierto ya de una capa de azufre y mineralizado por cristales pequeños que se habían incrustado en el cuero. Retomaron el camino. A poco andar, a gran altura sobre la izquierda, Martín divisó el glaciar de los Penitentes y, a partir de aquel momento, los hermanos B-B1 jugaron a descubrir formas de animales, de personas, de objetos en los perfiles de las rocas. A pocos kilómetros de la frontera, encontraron el sendero que lleva a la laguna de los Horcones, un sitio muy recomendado por los amigos y colegas mendocinos de Pin. Lo tomaron y, al cabo de unos minutos, la exclamación de la Cruz del Paramillo pasó al olvido. Más allá de la laguna, pequeña y del color del cielo que en ella se refleja, al fondo de un valle en U, se levantaba la ladera sur de la mole impresionante del Aconcagua, azul profunda hasta tres cuartos de su altura y, luego, ceñida por el glaciar de los Polacos del que se despeña el hielo al precipicio, la cumbre redondeada y

cubierta de nieve eterna, más blanca y brillante que las nubes. Gastón no quería irse y dijo algo extraño, que hubiera deseado nacer allí y que esa montaña hubiera sido lo primero que viese después de la cara de su madre y, puesto que eso ya resultaba imposible, que anhelaba morir un día de tal manera que el Aconcagua, divisado así desde los Horcones, fuese lo último que viera. «Pero, entre la etiqueta del aceite Uspallata y esta alusión absurda, fuera de lugar, a tu propia muerte, siendo un chico de 11 años, me vas a matar diciendo pelotudeces», tronó José Emilio y dio un coscorrón en el aire. En Las Cuevas, almorzaron muy bien en una de las casas del poblado, que eran cabañas de un mismo diseño, bien construidas en el marco del segundo plan quinquenal del gobierno peronista. «En esto no anduvo mal el tirano prófugo, ¿no es cierto?», acotó Gastón. «Estás decididamente en la edad del pavo, vos», replicó Leonor. El ascenso hasta el Cristo Redentor fue difícil. El camino no estaba bien cuidado: en una curva, había un montículo de arena donde resbalaron las ruedas del Mercedes y no fue posible avanzar. El precipicio se encontraba a unos pocos metros por detrás. Leonor y los niños bajaron. El Negro, un hombre fuerte según se informa en la voz que le ha sido dedicada, se puso a empujar el auto pero, claro, el grupo se encontraba a más de tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar. Leonor vio que su hermano se ponía rojo y luego verde por el esfuerzo sobrehumano que hacía para lograr que los neumáticos mordieran el suelo firme y Pin guiara el auto fuera del atolladero. Transcurrieron unos minutos dramáticos. Apunado, con un dolor agudo de cabeza, el Negro consiguió salvar el vehículo. Se montaron otra vez todos, Leonor dio dos aspirinas al hermano y, contestes en la tozudez, continuaron el ascenso hasta la estatua del Redentor. Gastón y Martín corrieron allí arriba sin apunarse. Les gustó sobre todo el globo, con la silueta de América del Sur a los pies de Cristo, pero los varones adultos se desilusionaron: los siete metros de altura del monumento eran insignificantes respecto de los tamaños de las moles rocosas que lo rodeaban. Se requería aproximarse mucho a la figura para que su imagen no fuese devorada por la enormidad del paisaje. Leonor sintió una gratitud profunda hacia su marido por el hecho de haberla llevado hasta allí. Nunca iría a un sitio más elevado y cerca del cielo que aquél.

Todavía quedaba algo de que asombrarse. Desde el Paramillo, hubo que tomar el camino de descenso que va a través de la quebrada del Toro. Los chicos se sintieron casi amedrentados por el gigante natural de piedra, sentado, que se

llama el Centinela y parece una réplica multiplicada de uno de los Colosos de Memnón. Los excursionistas pasaron de Mendoza a la provincia de San Juan. Los admiró la reconstrucción bella, rápida y de buenos criterios urbanísticos que se había hecho de la ciudad de San Juan, tras el terremoto que la había devastado en enero de 1944. La peregrinación a la casa natal de Sarmiento fue el *acmé* histórico no sólo del viaje a Cuyo, sino de los dos viajes realizados por los B-B1 en el mes de febrero de 1958. Leonor se limitó a decir que, salido de aquel erial (que debió haber sido la San Juan de 1811), Domingo Faustino había sido un prodigio de la voluntad, de la autoeducación, sólo comparable a Abraham Lincoln o Albert Camus. Visitaron el dique de Ullum en cuya represa nadaron y remaron. Hicieron la vuelta a Buenos Aires por San Luis, se bañaron de nuevo en la cascada del Volcán y, el 1º de marzo, estuvo cada cual en su casa. A finales de aquel mes, Gastón empezó el 1º año en el Colegio Buenos Aires. Leonor se aplicó mucho a la educación de su hijo, lo ayudó en castellano, le enseñó a redactar y a resumir, lo inició en el comentario de las lecturas, le controló la memorización de las poesías que ella se sabía del derecho y del revés: «Quien hubiera tal ventura / sobre las aguas del mar…», «Cuando la tarde se inclina / sollozando al occidente…», «¡Oh, dulces prendas por mi mal halladas!…», «Yo soy aquél que ayer nomás decía …». No obstante, a mediados de año, Gastón estaba algo arrepentido de su insistencia por ingresar a aquella escuela y de haberse opuesto al proyecto paterno de ser enviado al Bernardino Rivadavia, donde el propio José Emilio había estudiado. El Nacional Central no le sentaba y, en verdad, el joven nunca amaría a su colegio aun cuando se adaptó a él, se recibió de bachiller y agradeció siempre el conocimiento del latín y de la historia clásica que allí adquirió. Pero Gastón nunca terminó de digerir el alto grado de competencia que se inculcaba en sus aulas ni el orgullo huero que se escondía tras la pretensión de que del colegio salían las cabezas más lúcidas de cada generación argentina (aunque no las más felices ni las más modestas ni las más altruistas, debería de haberse agregado). El auxilio de su madre, en el área de la lengua, y el de su padre, en el dibujo geométrico, el álgebra y la física, fueron decisivos en cuanto a la persistencia del chico. Es más, Pin creyó que el operativo había sido un éxito absoluto y, por ello, cuando en 1965 hubo que resolver adónde mandar a Luis Martín, el padre fue el primero en indicar el Colegio Nacional de Buenos Aires. A él se dirigió Martín, en efecto, quizás para su infortunio como pronto se verá.

En febrero de 1959, acicateados por el éxito mecánico y cultural de las vacaciones de 1958, los B-B1 y el Negro se lanzaron nuevamente al «Camino, que hiciste ciudad del viejo fortín…». Ni el norte, ni el oeste, el sur fue esa vez el destino, la bella Sierra de la Ventana y, luego, las primeras estribaciones de la meseta desolada de la Patagonia, el río Colorado, la pintoresca Carmen de Patagones, Viedma y las playas de la boca del río Negro. El viaje duró apenas diez días pues la familia necesitaba ahorrar. Y no es que el primer año del gobierno de Frondizi no hubiese sido próspero o prometedor. Al contrario, el sueldo de Pin en el Hospital de Clínicas había aumentado, lo mismo que la cantidad de pacientes en el consultorio privado de la calle San José. Era exactamente esa nueva bonanza la que permitía a la familia llevar a cabo dos movimientos excepcionales: el primero, que Pin dejase la clínica del doctor Tulio M y se concentrase en su consulta privada; el segundo, la compra del departamento en el primer piso de Bulnes 270 después de quince años de haberlo alquilado. La situación de la economía producía una confianza que estimulaba, a su vez, la asunción de hipotecas inmobiliarias. José Emilio no era un valiente en ese tipo de transacciones y odiaba los préstamos, pero su mujer batalló hasta que logró convencerlo de que debían embarcarse en la compra del departamento. Lo paradójico es que Leonor no había cejado nunca en su idea de mudarse a una casa amplia y cómoda. De todas maneras, la posesión plena de Bulnes era el primer paso para mejorar más adelante. Por suerte, Pin encontró también un atajo que lo tranquilizó. Un paciente suyo, el señor Bchik, comerciante inmensamente rico de la avenida Corrientes (había sido el primero en tener un Mercedes 300 en Buenos Aires), se enteró de las tribulaciones del médico a quien tanto quería y decía deberle su segunda vida. El señor Bchik ofreció a Pin un préstamo simple de la totalidad del dinero que necesitase, sin hipoteca ni pagaré alguno. Le bastaba la palabra del deudor. Leonor no daba crédito ante tal generosidad y aprovechó para animar a su marido: «No conoceremos sino una o dos personas más en nuestras vidas capaces de equiparar el desprendimiento y la hombría de bien de Bchik. No podés menospreciar lo que por cariño te ofrece». Si Leonor había simpatizado desde muy joven con los judíos y combatido el antisemitismo en la escuela, en su familia, en su círculo de amistades, a partir del gesto del señor Bchik pasó a desplegar sus cóleras más conspicuas a la hora de rechazar un atisbo mínimo de crítica a la «naturaleza» o al «carácter» genéricos de

ese pueblo. Pero no sólo el desprendimiento de un paciente enalteció la cotidianidad de los B-B1 sino que el Negro, en su soltería madura, decidió dar un premio inesperado a su sobrino Gastón, a quien quería mucho por su jovialidad contagiosa: un domingo de julio de 1960, en un restaurante donde almorzaba la familia, sin previo aviso, Samuel B1 dijo: «Vos querés ir a Europa y tu abuela Emilia tiene programado un viaje con el propósito de visitar a su hija en Francia. Bien, aquí doy a tus padres un cheque por mil quinientos pesos, que te compren el pasaje de barco para acompañar a tu abuela, que te den el sobrante (unos cuatrocientos cincuenta pesos) para tus gastos en las ciudades adonde vayas». En el acto, sacó la chequera del bolsillo interior de su chaqueta y extendió el documento por la cifra calculada en el aire. Gastón no pudo creer tanta maravilla hasta que su padre le mostró el billete de ida en el paquebote *Provence* y de vuelta en el transatlántico *Giulio Cesare*. El 9 de diciembre de aquel año, el hijo adolescente de los B-B1 partió hacia Barcelona. No corresponde contar ese periplo en una biografía consagrada a Leonor, pero digamos que, gracias a su tío Negro, Gastón volvió transformado en otra persona, definitivamente abierta de mente y más despierta. A partir de ese momento y hasta su desaparición, cada viaje suyo, así fuera a Toay en La Pampa, daría lugar a algún tipo de iluminación de su conciencia (cosa que no implicó, en absoluto, una mejora moral según veremos).

El bienestar económico siguió pujante en los años 60 y 61. Sin embargo, en el frente político interno, la proscripción del peronismo y el veto militar ante cualquier amago de Frondizi de cumplir el pacto firmado con Perón complicaban las negociaciones destinadas a sincerar o hacer transparente el sistema de la convivencia civil. En el frente externo, la revolución cubana alegró, al principio, el corazón de Leonor, quien decía, muy suelta de cuerpo, atrapando la ocasión por el rulo de su frente para echar un tarro sobre el general: «Después del asesinato de Tacho Somoza y el derrocamiento de Pérez Jiménez, la caída de Batista y la democracia instaurada por Castro prueban que la revolución de 1955 contra Perón abrió surcos nuevos a la libertad». En su momento, Leonor había llegado a pensar que hasta la revolución húngara de octubre de 1957 podía colocarse en uno de tales surcos, aunque le faltasen pruebas, en verdad, de que Imre Nagy hubiera leído los discursos del almirante Rojas. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, si la invasión de la bahía de Cochinos contó todavía a Leonor entre los indignados partidarios de la revolución

cubana, la simpatía de Kennedy y la crisis de los cohetes en octubre de 1962 terminaron por empujarla del lado de los Estados Unidos. Poco tiempo antes de los sucesos macro de la pulseada entre el presidente norteamericano y Nikita Krushov, los B-B1 habían terminado de pagar su deuda con el señor Bchik y pudieron pensar en reanudar sus viajes de *Ausbildung* tardía. El primero de la nueva tanda consistió en asistir, sin la compañía de los hijos pues se encontraban muy ocupados en sus colegios respectivos y quedaban al cuidado de la familia L, a un congreso latinoamericano de clínica médica celebrado en Porto Alegre en agosto de 1962. Acotemos que la buena de Tersilia se había jubilado y que una muchacha joven y hacendosa, Nora, la había reemplazado en los trabajos domésticos del departamento de la calle Bulnes. Así las cosas, el Mercedes salió nuevamente a las rutas de Sudamérica con el matrimonio a cuestas y tres pasajeros nuevos, discípulos de José Emilio, quien ya había accedido en 1959 al cargo de profesor adjunto en la cátedra de Semiología de la Universidad de Buenos Aires [véase la voz que le está dedicada en esta parte de la *Enciclopedia*]. Los paisajes de las lagunas, sobre todo el del lugar en que la ruta pasa entre la Mirim y la Mangueira o bien la vista que, desde la ciudad pequeña de Río Grande, se tiene de la albufera de Los Patos donde sus aguas desembocan en el océano, se antojaron a Leonor escenarios surrealistas, en los antípodas de cualquier imaginario brasileño. Preverá el lector que los B-B1 no se conformarían con la visita de Porto Alegre sino que quisieron ir bastante más allá, a presenciar otras pujanzas urbanas aún mayores: Florianópolis, cuyo crecimiento Leonor comparó con el de Mar del Plata, el puerto de Santos y, por supuesto São Paulo, a la que admiraron estupefactos desde el tope del *Mirante do Vale*. Recorrieron el Instituto Butantán: en su sala histórica, encontraron la imagen de Belarmino en una foto enmarcada dentro de una vitrina de exposición. Se veía al padre de Leonor, vestido con guardapolvo blanco, junto a colegas brasileños en uno de los jardines del Instituto. Entre todos, sostenían una serpiente de varios metros de largo. La señora B se sintió orgullosa y halagada pero, a decir verdad, la incursión en el Museo de Arte Assis Chateaubriand le pareció más interesante y agradable. La deslumbraron el *tondo* de Botticelli y la tabla de la *Resurrección* pintada por Rafael, que ilustraban casual y magníficamente el libro que ella había llevado en el viaje para leer, la historia de la vida cotidiana en la Florencia de los Medici, escrita por Lucas-Dubreton. José Emilio se sumergió, en cambio, en la colección de los

impresionistas franceses, apabullante por su calidad y el número de piezas. Los gustos de la pareja estaban definidos y prefiguraban ya las elecciones del porvenir como enseguida se sabrá. Regresaron a Santos para pasar a Guarujá y Jequitimar y bañarse en el océano. Pin conocía Río pero volvió a deslumbrarse junto a su mujer, en el centro de la ciudad sobre la bahía de Guanabara donde se encuentran los edificios coloniales e imperiales junto a los primeros rascacielos modernistas de Sudamérica («el Kavanagh de Buenos Aires se construyó antes», acotó Leonor), en la avenida Atlántica de Copacabana, en la cúspide del Pan de Azúcar y en el Cristo del Corcovado («treinta y tres metros de estatua en el tope de una montaña de setecientos metros, esta proporción sí que hace imponente la figura del Redentor respecto del paisaje, no la de Las Cuevas», insistió Pin), en la selva de Tijuca y la *cascatinha* Taunay, en la *Gruta da Imprensa* más allá de Ipanema. Pasaron también a Paquetá en un *ferry*, pues el tránsito automotor estaba prohibido en la isla, y tuvieron una tarde de playa. Por último, hicieron un esfuerzo final y recorrieron el camino espectacular hasta Petrópolis y Teresópolis, visitaron el palacio imperial y los jardines. Leonor no había visto nada parecido a ese palacio, en esa escala y con tal esplendor. La impresionó el que hubiera que calzarse unas babuchas especiales para recorrer el edificio. Museos, iglesias barrocas, moradas principescas fueron una preparación auspiciosa a lo que estaba por llegar y que cumpliría uno de los sueños mayores de nuestra biografiada: el viaje a Europa.

La caída de Frondizi, en marzo de 1962, pareció desastrosa al doctor B y no tanto a su mujer, quien seguía insistiendo en que, al aliarse a los peronistas, el presidente había jugado con fuego y allí estaba el resultado. Había quedado atrapado entre la astucia del viejo y corrupto general en el exilio y la tonta prepotencia de los generales en la patria. Ahora bien, el instinto político de Leonor, siempre alerta, fue eclipsado por una noticia extraordinaria, la eternamente esperada. En noviembre de 1962, José Emilio ganó una beca del gobierno francés para pasar cinco meses en París en el servicio de cardiología del Hospital Boucicaut, que dirigía entonces el profesor Jean Lenègre. Consiguió enseguida el derecho de residencia en la Casa Argentina de la Ciudad Universitaria en París y partió, él solo en principio, a comienzos de abril de 1963. La actividad científica de Pin en aquellos meses está expuesta en el artículo de la *Enciclopedia* que se dedica a su biografía. Leonor reorganizó la rutina de la casa donde los hijos quedaron al

cuidado de Nora y, fundamentalmente, de la familia L que los vigilaría y cuidaría como si fueran sus sobrinos o sus nietos. El Negro andaba de novio y dispuesto a casarse, pero igual les echaría una ojeada de tanto en tanto. La famosa benevolencia de Leonor aún haría de las suyas. He aquí que la viuda del doctor D, el gran maestro de la medicina que había abierto a Pin las puertas del saber, doña Celeste F de D, también había querido ir a Europa a lo largo de su existencia, pero su Rodolfo había muerto antes de poder cumplirle el deseo. Leonor concibió la idea de invitarla a incorporarse a su propio viaje y, de tal modo, para escándalo de José Emilio quien abrigaba la pretensión de tener una segunda luna de miel con su mujer, las señoras B y D arribaron juntas a Orly en un Comet 4 de Aerolíneas Argentinas el 24 de junio de 1963. Doña Celeste tuvo un comportamiento discreto y ejemplar. Es más, Pin se dio cuenta de que organizar un periplo europeo les resultaría más barato, porque el precio del alquiler de un automóvil y los gastos de combustible podrían compartirse. Mejor aún, dado que sobraba un buen lugar en el auto, Carmen F, compañera de los B-B1 en la Casa Argentina, decidió sumarse al grupo. Claro que había mucho para ver en París y Leonor la recorrió en sus cuatro puntos cardinales, guiada por su cuñada Mercedes, cuyo marido, Jean, había conseguido un puesto de profesor de matemática en un liceo de la capital francesa. Cada día en aquella ciudad dejaba exhausta a la señora argentina, pero contenta como unas Pascuas de tantísimo que había conocido, gozado y aprendido en las iglesias góticas, en los palacios del siglo de Luis XIV, en los museos, en los negocios de la rue Rivoli y del Faubourg Saint-Honoré, en los cafés del Barrio Latino y en los restorantitos exclusivos y baratos que su marido había ido descubriendo durante los meses de soledad. Esperaron los festejos del 14 de Julio en los que Leonor bailó por la calle con los amigos de Pin (José Emilio jamás supo coordinar un paso con la música a pesar de ser un buen ejecutante de piano y, particularmente, de tangos o milongas). El 16 de julio, el grupo heteróclito de argentinos hizo un ensayo general del gran viaje y se dirigió a Chartres en el Renault 8 que habían alquilado. Metro a metro, los B-B1, Celeste y Carmen estudiaron los portales, clasificaron las vidrieras, recorrieron los espacios de la catedral, se alejaron de ella para tener una impresión de conjunto, del perfil de las torres y de su relación con las casas de la ciudad. Doña Celeste no dejó por ello de «zambullirse en los altares» a rezar el rosario, según la expresión que acuñó en ese momento el

malévolo de Pin. La cuestión era que la prueba mecánica, psíquica y cultural había tenido éxito. El 18 de julio, aniversario de la independencia uruguaya según aclaró la señora D, la compañía dejó París rumbo al sudeste. La abadía de Vézelay fue la primera parada.

No haremos un diario del viaje de Leonor a través de Europa porque nuestro propósito está lejos de redactar una guía turística. Sí referiremos las impresiones fundamentales que recibió su ánimo en ese trayecto, las que incidirían luego en su percepción y vivencia de las cosas nuevas o por venir y tendrían ecos importantes en las existencias de sus hijos. Vézelay permaneció para siempre en su cabeza como el modelo más concentrado y perfecto de la arquitectura románica, la versión pétrea de la espiritualidad cristiana alrededor del año 1100, de sus leyendas y su escatología sublime. Pin dirigió luego el Renault hacia el este, rumbo al Jura y de allí viró al noreste hasta Colmar. La primera vez de una larga serie, Leonor creyó que más belleza concentrada en un sitio pequeño, recorrible a pie y en poco tiempo, no podría encontrar a lo largo del camino. A partir de allí, el sindrome de Stendhal la avasallaría sin pausa en una y otra ocasión hasta el final del viaje. Pensó que nada superaría la emoción estética y religiosa que le produjo la contemplación del retablo de Isenheim, de cada una de sus alas pintadas por Matías Grünewald, de las esculturas policromadas en el fondo del políptico, talladas por Nicolas Hagenauer. Enseguida comprobó que se equivocaba. Esa misma tarde, la catedral de Estrasburgo la transportó a vaya a saber dónde con la misma intensidad de las iglesias consagradas a Nuestra Señora en París y en Chartres. Cruzaron el Rin por el puente de Kehl y entraron en Alemania. Recorrieron la Selva Negra, pasaron a Suiza, dejaron Basilea a un lado y siguieron hasta Lucerna. Frente al *León* dibujado por Thorvaldsen y esculpido por Lucas Ahorn, la francofilia y el culto del coraje que practicaba Pin rindieron tributo a la guardia suiza, masacrada por su fidelidad a Luis XVI el 10 de agosto de 1792. Se detuvieron en Berna, la ciudad de los osos, y luego costearon el lago de Ginebra hasta la ciudad del mismo nombre. Una mañana, partieron a Martigny, pararon en el Gran San Bernardo para que Leonor acariciase a los perros, dedicaron poco tiempo a Aosta y a Ivrea hasta que, por la tarde, se alojaron en Turín. Nuestra biografiada esperaba el deslumbramiento arrasador de la pintura italiana en Italia, cuyo primer ejemplo se lo daría la Galería Sabauda, pero allí no se produjo el campanazo, a pesar del gusto que sintió por

considerar los detalles de *La fiesta en casa de Simón* del Veronese y, sobre todo, de la *Pasión* de Hans Memling, que le pareció una gloria de imaginación y la destreza del pincel. La señora B vio en el desarrollo vertical de la capilla del Santo Sudario un prodigio de inspiración arquitectónica, pero entendió que, a pesar de la coincidencia en cuanto a la exasperación del despliegue de un edificio en altura, la *Mole Antonelliana*, que se había pretendido fuera la mayor sinagoga de Europa, era un absurdo incomprensible en Italia, el país clásico del orden y la medida por excelencia. En Milán, la enormidad gótica del Duomo, la monumentalidad humana del *Cenacolo* de Leonardo y la *Pietà Rondanini* en el Castillo le mostraron, en una escala insospechada, la potencia del experimento artístico cumplido por aquel pueblo a partir del año 1400. Las etapas siguientes incluyeron una parada diurna en la bella Verona y varios días en Venecia que Leonor disfrutó por el hecho de largarse a caminar hasta quedar exhausta, como a ella le gustaba. Pin estimuló esa elección frente a la del *vaporetto* o las góndolas, pues le permitía depositar a doña Celeste, algo madura para trotar tanto, en cualquier iglesia de las conspicuas y largarse a solas con su mujer por los canales de sueño y erotismo de la Serenísima. Entonces ocurrió la epifanía, el acmé de todo el recorrido europeo para Leonor: Florencia, una ciudad que la todavía joven señora sintió como su hogar, su casa perdida y recuperada, aunque nunca hubiera puesto un pie en ella. Trepó sin cansarse hasta la linterna de la cúpula del Brunelleschi, se quedó media hora frente al *Nacimiento de Venus* en los Oficios, paseó a través de los jardines del Boboli que estallaban de verdes a comienzos de agosto, subió hasta la colina de San Miniato y desde allí miró el *campanile* del Duomo, las cúpulas de la Catedral, de la sacristía de San Lorenzo y de la sinagoga de la *via* Farini. Descubrió la torre del palacio comunal de Fiesole, al otro lado del valle, quiso conocer el lugar y se topó con el teatro antiguo. Leonor hubiera pagado una fortuna por permanecer una semana más en Florencia, pero el resto de la compañía no se avino a modificar el itinerario y así continuaron hacia el sur. En Orvieto, la capilla de San Brizio igualó el impacto emocional recibido en Isenheim. Pin ensalzó a Roma por el *Quanta fuit ipsa ruina docet*, Celeste porque tantas iglesias de rancia tradición, tantas reliquias apabullaron sus fantasías religiosas más desenfrenadas, Carmen porque la Sixtina le hubiera bastado para entenderlo todo acerca del arte italiano. Leonor se sintió íntimamente perturbada ante los Caravaggio de la capilla Cerasi, la *Piedad* del Vaticano y el

Moisés en San Pietro in Vincoli. A lo largo del tramo Roma-Barcelona, pararon a hacer noche en Génova, emplearon sólo un día en atravesar la Costa Azul, prefirieron hospedarse en Avignon antes que en Marsella, ingresaron a España en Portbou, fueron a gran velocidad por la Costa Brava y llegaron a la capital de Cataluña, donde Pin revivió con maestría el catalán de su primera infancia. Las ramblas, el Montjuich y Montserrat despertaron la memoria familiar que descansaba en los pliegues de la mente de Leonor. Entraron a Zaragoza: Carmen y Leonor, guiadas por Celeste como Dios manda, oraron frente a la Virgen del Pilar. En Madrid, el Prado capturó a Leonor varios días: entre los antípodas del Bosco y Velázquez, nuestra heroína sintió que estallaban los archivos estéticos de su cabeza. Compró y compró láminas y libros sobre Velázquez. El regreso a Francia implicó saltar a Burgos y, luego, bordear la costa vasca donde fue la memoria de Pin la que se estiró igual que los muñecos de resorte. Puede leerse en su biografía la razón de la paradoja aparente y extraña de que, dueño de un buen catalán gracias a su madre y conocedor de sólo unas veinte palabras de la lengua eusquera, ignorada ya por su padre Cándido, José Emilio sintiese que las provincias vascongadas eran la tierra de origen muy por encima de Cataluña. Poitiers y Orléans, Carlos Martel y Juana de Arco, esas fueran las últimas paradas y evocaciones del viaje más extraordinario, más feliz en la historia de nuestros cuatro argentinos. A comienzos de septiembre, los B-B1 regresaron a casa.

La situación política había tomado una dirección que Pin y Leonor vieron con muy buenos ojos. A pesar de la sombra constante de la proscripción peronista, en las elecciones generales del 7 de julio de 1963, los radicales del Pueblo habían logrado llevar a la presidencia de la República al doctor Arturo Illia, un médico probo, inteligente, discreto y seguro de sus principios. Leonor tenía la esperanza de que el gobierno de un hombre decente y austero convenciera, por fin, a la mayoría del electorado argentino de que había llegado la hora de abandonar el espejismo peronista. En 1964, la calma de la economía y de la política parecía dar la razón a la señora B acerca de que se abría una era nueva de progreso social en la Argentina. No obstante, en noviembre de aquel año, Perón hizo la intentona de volver al país, fue detenido en Río de Janeiro y enviado al remitente a vuelta de correo. Leonor interpretó mal el suceso, lo entendió como un fracaso de los sindicalistas, quienes habrían convencido al líder de que el final feliz de la maniobra estaba asegurado. El operativo resultó una

fantochada. En realidad, hoy, después de casi medio siglo de la aventura, se tiende a pensar que Perón accedió a realizar el viaje a sabiendas de cuanto acontecería en Brasil y lo hizo con el propósito de mantener activa y determinante su presencia en la política argentina. De todas maneras, Leonor estuvo contenta de poder burlarse del general, de retocar, junto a la revista humorística *Tía Vicenta*, el antiguo proverbio del «pájaro en mano»: «Más vale avión negro en Ezeiza que cien volando». Pero nada es perfecto en este mundo. Aunque Pin se convertía en una estrella indudable del firmamento médico, sobre la base de los lauros adquiridos en el Hospital Boucicaut, y Martín cursaba alegremente el quinto grado, asomaron ciertos nubarrones del lado del hijo mayor. Gastón había terminado con honores el bachillerato del Colegio Nacional Central en noviembre de 1963. Decidió ingresar a la carrera de medicina para seguir los pasos del padre. Pero, a cuatro semanas de haber comenzado esos estudios, el joven desertó y expresó su voluntad de dedicarse a la matemática. Pin tuvo un mal momento, transcurrieron varios días de tensión y, por suerte, las cosas se aquietaron cuando Gastón dio con éxito su primer examen de análisis matemático a principios de junio de 1964. José Emilio aceptó y apoyó el derrotero nuevo de su hijo. Leonor pensó que la única cuestión importante a resolver en la familia era entonces la mudanza a una casa grande y cómoda. Los libros reunidos por la pareja, y últimamente por el lector ávido en que el adolescente Gastón se había convertido, colocaron el departamento de la calle Bulnes al borde del estallido. En abril de 1965, Pin accedió a alquilar un primer piso confortable, de una buena factura arquitectónica, sobre la avenida La Plata, casi en la esquina de Pedro Goyena. Los chicos disponían de una pieza muy linda sólo para ellos, Pin se reservó un cuarto amplio como biblioteca, el dormitorio principal era enorme, lo mismo que el hall y el comedor en los que se lucían los muebles jacobinos de los abuelos B1. Cocina y antecocina estaban separados del resto de las habitaciones. La casa tenía un patio en la primera planta y una terraza gigante en la segunda, con un lavadero y una habitación de servicio, confortable e iluminada. La escalera de acceso desde la calle estaba construida con mármoles y una balaustrada de madera que los *junior* consideraban suntuosa. El perro Milú, pequinés de *pedigree*, se encontraba por fin a sus anchas y reavivaba los recuerdos de la especie en el palacio imperial de los Ming. Las puertas de los ambientes que daban al hall tenían aberturas vidriadas con postigos articulados por detrás. Leonor colocó allí

unos grabados auténticos de Piranesi, montados en *passepartouts* de colores muy claros, que le había regalado la suegra Emilia. Representaban interiores reconstruidos de templos y basílicas de la Roma antigua.

Agosto de 1965 fue un mes terrible para Leonor. Varias tormentas inesperadas, imprevistas, estallaron en el cambio de la luna. Gastón tuvo un brote psicótico que dirigió contra sí mismo y se hizo necesario internarlo por cuatro meses en una clínica, el Instituto Frenopático que, en ese tiempo, se encontraba en la calle Hornos frente a los talleres del diario *La Razón*. El 21 de agosto, Julio Ch, el marido de la China B1, padeció un derrame cerebral a pesar de su juventud. Murió al cabo de cinco días de coma profundo [véanse las consecuencias de esta muerte en la voz **Angélica B1** en **Antepasados**…]. A comienzos de septiembre, Leonor se palpó un bulto en el seno derecho. Era un cáncer maligno, incipiente. Hubo que operarla y aplicarle rayos. La señora B creyó enloquecer en resonancia con su hijo mayor. Pretendía que Gastón saliera del Frenopático de inmediato y llegó a amenazar a su marido con un revolver, tomado de la colección de armas del propio Pin. José Emilio la calmó y consiguió que un cura irlandés, a quien ella respetaba, párroco de San José de Calasanz, acudiese a reconfortarla todos los días durante los meses que aún duraría la internación de Vaast. Se ve que Nora, la empleada de la casa, no pudo soportar tamaña angustia, un día no se presentó a trabajar y nunca se supo más de ella. Andrea Q de Q, una catamarqueña bella y bondadosa a quien llamaban «Pocha», la reemplazó al poco tiempo. Leonor se convenció de que lo mejor sería concentrarse en Martín, su hijo menor, quien debía rendir examen de ingreso al Nacional Buenos Aires en los primeros días de diciembre. Así ocurrió, en efecto, y el infante-adolescente pasó muy bien las pruebas. El 30 de diciembre de 1965, Gastón abandonó el Frenopático. En la Nochevieja, Leonor reunió a su familia directa, a la China y a sus tres hijos en la casa de avenida La Plata. Todos hicieron votos por dejar atrás el *annus terribilis*. Toti y Baltasar V, amigos de la China, cedieron su casa de campo para que los B-B1 y los Ch pasaran allí el verano. La primera semana de las vacaciones pareció una prolongación de la *terribilità* de 1965. El loco de Gastón acosó a su madre con reclamos absurdos, preguntas impertinentes. La mujer se largó a llorar y reveló a su hijo la operación que había sufrido. El orate furioso, que había exigido reparaciones quiméricas, se transformó en un ser devastado por la culpa que comenzaba a recuperar el equilibrio. Los trabajos físicos extenuantes de la

estanzuela, como arrear vacas, meterlas en la manga, vacunarlas, separar a los animales enfermos, arreglar el motor de las baterías que daban luz a la casa, ensillar y desensillar los caballos, hicieron un bien enorme a la psique de Gastón, quien prefirió prolongar sus tareas campestres hasta bien entrado el año 66 y no dirimir sus conflictos en el consultorio del psicoanalista. Es probable que aquella decisión del joven B-B1 haya sido un error grave pero, por el momento, la marea había cambiado. El golpe militar de fines de junio de 1966, que depuso al presidente Illia con el sostén manifiesto del sindicalismo peronista, hubiese soliviantado a Leonor en otras circunstancias. Pero era obvio que se había producido un terremoto en su alma. Nuestra biografiada permaneció inactiva en su casa. Gastón, en cambio, reaccionó de un modo insólito. Volvió del campo a Buenos Aires e inició los trámites para reinscribirse en la universidad, no ya en Ciencias Exactas sino en Filosofía y Letras, donde la protesta contra el nuevo régimen militar era estridente. A fines de julio, el gobierno del general Onganía intervino a puntapiés la universidad, buena cantidad de profesores abandonaron el claustro y partieron al exilio. Nuestro joven se vio obligado a esperar la reapertura de la Facultad, el 19 de septiembre, para iniciar estudios de historia del arte e involucrarse en los debates estudiantiles. Su intimidad psíquica era un volcán, no precisamente apagado, y lo llevó a ciertos excesos que él mismo intentó enmascarar para evitar sufrimientos a su madre. En 1969, hizo el servicio militar y los abusos consabidos que sufrió, descontados, esperables dada la experiencia conocida de los milicos durante más de sesenta años de conscripción obligatoria en el país profundamente nacionalista que era y es hasta ahora la Argentina, le produjeron un segundo brote de autoagresión. Su madre no lo supo, pero no hubo manera de ocultarle otro desaguisado que estalló como un incendio espontáneo. Gastón tuvo varias novias en la facultad sin poder dominar la lujuria, la cual sería siempre el peor de sus pecados, al punto de que el primogénito de los B-B1, a la manera de los santos anacoretas de la Tebaida, terminaría por pensar que muerte y lujuria eran sinónimos perfectos, absolutamente intercambiables (claro que, en los antípodas de Antonio Abad, Pafnucio, Pacomio o Palemón, ni mediante el recurso de arrojarse a los espinos Gastón conseguiría domeñar a esa enemiga de los hombres). La última de aquellas novias quedó embarazada. Gastón le prometió casamiento y no cumplió. Peor todavía, la abandonó y la muchacha debió enfrentar, sola su alma, el destino de la

criatura. Leonor sintió que se abría de nuevo el abismo. Su hijo no se perdonaba la aberración cometida (así seguiría hasta el último de sus días). La señora B recurrió nuevamente al aislamiento en la naturaleza. Afortunadamente, la fortaleció en esos mismos días el hecho de que los médicos declarasen que, después de cinco años de su operación, ella había vencido al cáncer. En el campo, Gastón pudo sacudirse irresponsable y temporalmente el sentimiento de culpa: en agosto, sin lujuria de por medio, se enamoró de Aurora S, con quien se unió rápidamente en matrimonio, el 30 de diciembre de 1970. Leonor no estaba demasiado segura de que el hijo hubiese sanado de sus miedos o se hubiera reconciliado consigo mismo. Pero la personalidad encantadora y el amor que su nuera flamante sentía hacia Gastón la tranquilizaron, le infundieron una esperanza que ella misma se encargó de preservar interviniendo en el estado de ánimo del joven B-B1 cada vez que éste perdía la brújula o recomenzaba con sus desbordes y sus vicios. En tal sentido, el nacimiento de Mariana Constanza, hija de la nueva pareja, el 14 de octubre de 1971, significó para Leonor una alegría y un solaz contundentes como no había tenido en muchos años. La señora B amó a esa niña por las razones naturales y las burguesas que asisten a una abuela. Lo hizo con la entrega y la devoción que habían caracterizado su maternidad. Por otra parte, la mera existencia de Constanza le permitía enojarse, sin más circunloquios, ante los intentos de su hijo de hacerse el angustiado, el desesperado, la víctima del *spleen* ficticio, el enfermo del *mal du siècle*: «¡Dejate de molestar con tus estupideces! Que ahora tenés una mujer y una hija que te adoran», gritaba Leonor subrayando las jotas. Gastón retrocedía. Digamos que la presencia de Pocha en la casa de avenida La Plata fue un soporte esencial para la señora B en los años que pasaron de la operación al matrimonio de su hijo. Entre las dos mujeres, se estableció una corriente de cariño mutuo, de dones y contradones, que impregnó de bienestar la existencia doméstica de las dos familias. Pocha construyó su casa material en Los Polvorines gracias al apoyo de Leonor y Leonor conservó su vida y su casa espiritual, la edificada con la dignidad reconocida a los otros que casi siempre la había caracterizado, gracias al socorro y al mero estar ahí de Pocha. En 1970, Leonor empezó a trabajar de secretaria en el consultorio de su marido y necesitó un auxilio mayor en la casa. Toribia, una hermosa sobrina de Pocha, fue a vivir para eso a la pieza de la terraza. Estaba encinta: su hija, Graciela, nació tres semanas antes que Constanza en esa *chambre de*

bonne, sin que Leonor tuviera el tiempo de embarcar a Toribia en su Citröen y llevarla al hospital.

A todo esto, el núcleo antiguo de la familia había recibido un gran golpe tras la muerte de la anciana Emilia B2-B1, en diciembre de 1968, y la política argentina se encaminaba hacia nuevos precipicios. Desde 1970, a partir del asesinato del general Aramburu, expresidente de la época de la Libertadora, organizaciones guerrilleras de izquierda trotskista, el Ejército Revolucionario del Pueblo, y de izquierda peronista, los Montoneros, desencadenaron acciones violentas contra las fuerzas armadas y sus aliados, sobre todo los representantes del capitalismo multinacional en el país. En marzo de 1971, un golpe de palacio condujo a la presidencia de la República al general Alejandro Lanusse, militar dispuesto a negociar la rehabilitación plena del peronismo y una salida constitucional del atolladero. Perón se liberó, con gran habilidad, del abrazo del oso que hubiera implicado llegar a un acuerdo con Lanusse. Manipuló a los Montoneros, los guerrilleros que esgrimían su nombre y reivindicaban los programas de la década peronista como punto de partida para el futuro argentino, mantuvo a sangre y fuego la fidelidad de los sindicatos y negoció por su cuenta un pacto con otras fuerzas políticas, la democracia cristiana, el desarrollismo de Frondizi, algunas ramas del socialismo, inclusive el radicalismo, el antiguo y más encarnizado adversario de los años 40 y 50. «Este maldito se los fumará a todos en pipa y empezará por los Montoneros», aseguraba Leonor. Cuando la fórmula justicialista encabezada por el doctor Héctor Cámpora ganó las elecciones presidenciales del 11 de marzo de 1973, la señora B se desplomó. Ni qué decir a la hora del regreso de Perón el 20 de junio, de la masacre de Ezeiza entre las diferentes ramas de su movimiento, de la renuncia de Cámpora, del nuevo llamado a elecciones y el triunfo obtenido, el 23 de septiembre de 1973, por la fórmula que el general armó junto a su tercera esposa, «Isabelita» Perón, candidata a la vicepresidencia. Todo ello pasó delante de los ojos de Leonor a la manera de una pesadilla que, paulatinamente, se convertía en un trágico grotesco. Los discursos y las medidas conciliadoras de Perón desde su acceso formal al poder, el 12 de octubre, despertaron cierta simpatía en Pin, quien decía que, al fin de cuentas, el viejo fascista se había desencantado de los autoritarismos de antaño y buscaba asumir un papel semejante al de De Gaulle en la fundación de la Quinta República francesa. Seducían a Pin aquellas frases famosas del general: «Soy un león herbívoro, soy el último de

los conservadores». Leonor, por el contrario, se mostraba tozuda e insistía en que Perón preparaba algún zarpazo para volver a las andanzas totalitarias de derecha. Entretanto, el descalabro universitario, inducido por el predominio de los peronistas de izquierda en el gobierno de la educación superior, afectó en gran medida la carrera docente de Gastón, quien trabajaba de ayudante de varias cátedras en la Facultad de Filosofía y Letras. El clima no era propicio para el estudio y las investigaciones sociales que no se hicieran en nombre de la «liberación nacional». A comienzos de 1974, Aurora, médica desde diciembre de 1969, estaba a punto de terminar su formación en la residencia de obstetricia y ginecología del Hospital de Clínicas. A fines de febrero, anunció que esperaba una criatura para la primavera. La pareja reflexionó y concluyó que quizás una buena alternativa a sus perplejidades fuera la de irse a vivir a alguna provincia. Ambos jóvenes presentaron sus curricula en varios lugares y recibieron una oferta muy tentadora de las autoridades del territorio nacional de la Tierra del Fuego. Aurora sería la primera obstetra especializada en la historia de aquella isla remota y Gastón, el director de cultura del gobierno local. En marzo, Gastón partió a instalarse en Ushuaia. A finales de abril, se le unieron Aurora y Constanza. Leonor juzgó que aquello era un alivio importante. Fue a visitar muy pronto a los B-S del *finisterrae*, cosió cortinas, fundas, acolchados, les decoró el departamento diminuto en el que vivían, retó al hijo, por supuesto, y fustigó sus dudas acerca de si volverse o no a Buenos Aires. «¡Basta ya de melancolías baratas! Tu mujer es dichosa aquí, ¡vos, adaptate, andate de la administración si no tolerás a los peronistas, a pesar de que los de aquí son nenes de teta al lado de los secuaces del Maldito en los 40! Dedicate a la educación. Si no podés enseñar historia del arte, enseñá música o francés, que para eso estudiaste con tu abuela Emilia, con Jeannot y, más tarde, en la Alianza Francesa.»

El 1º de julio de 1974, según resumió magníficamente el *Times* de Londres, «*Perón died, his Widow takes Power*». Leonor acababa de regresar a Buenos Aires desde Ushuaia. Vio los funerales por televisión, ni por asomo tan prolongados como habían sido los de Evita. Al parecer, el general había dejado instrucciones expresas de no ser embalsamado, ni exhibido su cuerpo más allá de lo que marcan los velatorios normales. Dispuso asimismo que se lo sepultara de inmediato. El comentario de Leonor fue terrible: «Se ve que no ha querido que usen el cadáver como él usó el de la pobre Eva». En agosto,

el gobierno de Isabelita intervino las universidades con la misma delicadeza con que lo habían hecho los militares en tiempos de Onganía. La 5ª cátedra de Medicina a cargo de José Emilio no había sufrido demasiado durante la gestión montonera ni lo haría tampoco en los nuevos tiempos de los fascistas clericales que el doctor Ivanissevich, ministro de Educación de la presidente, había lanzado sobre la enseñanza superior. La fama de gran médico que exhibía Pin lo preservó hasta entonces de ataques políticos. A fines de 1974, los propietarios de la casa que los B-B1 alquilaban en la avenida La Plata ofrecieron vendérsela a los ocupantes por una cifra justa. Igual que siempre, el doctor B protestó que no le alcanzaría el dinero para realizar la operación. Lo mismo que siempre, Leonor lanzó una ofensiva destinada a convencer al marido de lo contrario y obtuvo la ayuda de los padres de Aurora, los nuevos judíos salvadores. Los S ofrecieron a Pin un préstamo, sin pagarés ni condiciones, por la suma que pudiera faltarle para comprar la casa. El señor Bchik había fallecido tiempo atrás pero el señor Raúl S lo había reemplazado. Leonor festejó la Navidad del 74 en la casa de su propiedad. Antes de dos años, José Emilio pagó el total de su deuda. El hecho era además una prueba, un emergente de las relaciones de franca hermandad que Leonor había establecido con los padres de su nuera. Tanto a un lado cuanto al otro de aquel vínculo, se pensaba que una sintonía, una comunión semejantes no podían considerarse fenómenos frecuentes. Los S se desvivían por Leonor y recíprocamente. Cada visita se transformaba en ocasión de alegría. Cecilia y Leonor iban juntas a ver ballet, en el cine o en el teatro. Desde ya que el cariño inmenso que las dos sentían por Constanza las reunía en una felicidad común, reforzada por la llegada de Lucio Adrián B a este mundo, el 26 de septiembre de 1974 en Ushuaia. Leonor sintió que le correspondía ceder a Chica S los honores de ir hasta la Tierra del Fuego y recibir al nieto [los avatares de este asunto se encuentran relatados en la voz **Cecilia S1-S** en la segunda parte de la *Enciclopedia*]. No obstante, la señora B no tardó en conocer al vástago, pues Aurora viajó especialmente en avión a Buenos Aires con el bebé y Constanza. Se casaba en esos días Luisa, hija de **Nelly** y **Leon G** [véanse sus biografías en **Antepasados**…, segunda parte]. Se programó que la niñita B-S fuera a la ceromonia religiosa en el *shleyf* y luego Leonor se la llevara a dormir a su casa, mientras Aurora y sus padres iban a divertirse a la fiesta en el Club Americano frente al Teatro Colón. Lucio sería de la partida en el moisés, porque su madre

tendría que interrumpir varias veces el baile para amamantarlo. Leonor mandó hacer un vestido amarillo de plumetí: Constanza parecía en verdad un hada o una princesita. Las cosas transcurrieron a pedir de boca. En fin que, desde los detalles donde la verdad profunda se revela hasta las grandes cuestiones que suelen enmascararlas, no es exagerado decir que los S y Leonor habían establecido una alianza fundada en los seculares *hesed* y *agapé*. Lástima que la guerra, una guerra oscura y sorda, volvió por sus fueros.

En su brevísima tercera presidencia, Perón había intentado mantener el crecimiento económico y aumentar la participación de los salarios en el producto bruto interno. Un pacto social entre los sindicatos y las cámaras empresarias, con congelamiento de precios, costos y tarifas, era la clave de bóveda del programa. Sostener y mejorar los ingresos por exportaciones, así como regular y hacer crecer la inversión extranjera constituían lo que podríamos llamar coadyuvantes externos del plan. La crisis mundial del petróleo, iniciada en octubre de 1973 debido al alza del crudo decretada por la OPEP, afectó directa e indirectamente a la economía argentina. En primer lugar, dado el déficit energético del país, el peso de la importación de combustibles disminuyó el superávit de la balanza comercial. En segundo lugar, en virtud de las políticas generales de restricción de gastos del mundo desarrollado, los compradores tradicionales de productos argentinos, Europa, Brasil y los Estados Unidos, restringieron sus adquisiciones, por lo que disminuyó de manera drástica el monto de las exportaciones nacionales y se resintió aún más la ventaja relativa del intercambio. Agruéguese que la misma contención de las erogaciones en los países ricos esfumó las posibilidades de la inversión de grandes capitales en la Argentina y, con ello, se hundieron las perspectivas de que arrancasen sus exportaciones de productos manufacturados de alto valor agregado. A comienzos de 1975, el retraso cambiario y el congelamiento de los precios introdujeron presiones en el acuerdo socio-económico logrado por Perón y reinstalaron la puja por la distribución del ingreso entre trabajadores y empresarios. La viuda del general ignoraba por completo los mecanismos de la macroeconomía y se dejaba llevar por los consejos de un círculo íntimo que conocía menos que ella del asunto. Isabelita desautorizó al doctor Gómez Morales, ministro de Economía con muy buenas ideas para salir de la crisis, y se dejó llevar por el ministro de Bienestar Social, una figura nefasta de esas que sólo un movimiento protofascista como el

peronismo pudo promover al primer plano de la política: José López Rega, astrólogo de profesión, excabo de policía. El «Brujo», que tal era su apodo, había organizado además un grupo armado, clandestino y paramilitar, la autodenominada Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), con la que buscaba contrarrestar, mediante el secuestro, el asesinato, la amenaza y la extorsión, las acciones terroristas que habían reiniciado el ERP, incluso antes de la muerte de Perón, y los Montoneros, a finales de 1974. En junio de 1975, un nuevo ministro de Economía, Celestino Rodrigo, criatura de López Rega, dispuso una suerte de terapia de choque para descomprimir los precios, las tarifas y devaluar el dólar. El aumento aceptado de los salarios significaba la cuarta parte del porcentaje de aumento de los combustibles. Los sindicatos, que se autoproclamaban fieles seguidores de la señora de Perón y del legado de su marido, pusieron sin embargo el grito en el cielo. Se movilizaron y consiguieron que los salarios fueran negociados sin los topes fijados por el ministro Rodrigo, quien hubo de renunciar poco tiempo después. El 11 de julio, López Rega dejó el gobierno y partió a España, a vivir en la residencia que había sido la de Perón durante su exilio madrileño. Igual que otras veces, una parte significativa de la opinión pública y de los «factores» del poder económico comenzó a ver en los militares la posibilidad de una salida política. Para peor, la guerrilla de izquierdas aumentaba día a día la magnitud y la intensidad de sus acciones violentas. Las fuerzas armadas no desmantelaron la Triple A sino que, por el contrario, la sostuvieron secretamente y estimularon sus ataques contra la insurgencia radical. Si bien Leonor y Pin sabían que Martín, su hijo menor, comulgaba con las posiciones extremas de la izquierda y conservaba, al mismo tiempo, las tradiciones antiperonistas de la familia (al menos eso), no tuvieron conciencia de cuán comprometido estaba el joven de 21 años con el Ejército Revolucionario del Pueblo desde mediados de 1973 hasta que, en marzo de 1975, fue convocado a cumplir el servicio militar obligatorio. Sus padres lo vieron tan abrumado el primer día en que salió de franco que le preguntaron, entre gritos y sollozos, qué pasaba, qué les ocultaba. Martín largó prenda y dijo que militaba en un grupo guerrillero. No era necesario que especificase de cuál se trataba. Los libros de su biblioteca y su desprecio hacia los Montoneros señalaban al ERP sin duda alguna. Para aportar un poco de tranquilidad, el conscripto dijo que sólo realizaba actividades de apoyo, llevar mensajes, comprar provisiones, realizar inteligencia. Pin empalideció: «¿Inteligencia en la unidad del

ejército donde hacés el servicio?». «¿Y tu novia Liliana también participa?», interrogó Leonor. Martín permaneció mudo. A partir de esa conversación, la señora B sintió que la vida se le escapaba con cada suspiro. El 27 de noviembre, el joven recibió un permiso especial por ser el día de su cumpleaños. Desde la casa de sus padres, intentó comunicarse con la novia. Al cabo de varios intentos fallidos, salió a buscarla al sitio donde suponía que ella debía esperarlo. En la mañana del 28, Martín regresó unos minutos al piso de avenida La Plata para informar a Leonor y a Pin que Liliana había sido arrancada de su lugar de trabajo por un comando especial, quizás de la Triple A, y nada se sabía de ella. No tenía más remedio que desertar y pasar a la clandestinidad. Si acaso se llegara a saber que Liliana y él militaban en el ERP, de seguro lo matarían en el regimiento donde revistaba. Leonor pidió llorando que les diera una oportunidad para sacarlo del país. «Pero ¿se han vuelto locos?, ¿voy a irme sin saber nada de mi mujer y abandonarla?» Tan sólo prometió que llamaría para concertar un encuentro con su madre apenas pudiera hacerlo o tuviese noticias del paradero de Liliana. Leonor no se apartó más del teléfono hasta que, el martes 2 de diciembre, recibió una llamada de su hijo, quien le pedía que se encontrasen en la iglesia de San José de Calasanz durante la plegaria del rosario. Fueron horas de suplicio hasta que la señora B supo por boca de Martín que Liliana estaba presa, «a disposición del Poder Ejecutivo» en virtud del estado de sitio que regía en el país. La noticia aportaba un cierto alivio. La joven ya no podría ser torturada ni corría riesgo de muerte. Aún quedaba un atisbo de orden jurídico en la Argentina (de hecho, funcionaban el Congreso y los juzgados normales), que permitía pensar en una vigencia *in extremis* de las garantías constitucionales. Es más, Liliana tenía ya un abogado que la había visitado y, muy pronto, se encontraría con su madre en la prisión. «Perfecto, dijo Leonor sin titubeos, ahora que sabés que está bien, podés salvarte vos y dejar que te saquemos del país.» «Pero, mamá, no entendiste nada de nada, yo a Liliana no la abandono. Me quedaré aquí hasta que hayamos derrotado a los milicos o la haya rescatado.» «Estás trastornado. ¿Cómo la vas a rescatar del penal de Devoto?» «Ya veremos cómo con los compañeros.» «Dame por lo menos el teléfono de la mamá de Liliana, que quiero reconfortar a la señora y ver si puedo mandar algo útil, ropa, libros, qué sé yo, para tu novia.» «Te lo doy, pero ni se te ocurra comentarle tu idea chiflada de sacarme de aquí.» «Prometo que no lo haré.»

Ésa fue la primera entrevista clandestina de una larga serie.

El 20 de diciembre, Gastón y los suyos llegaron de Ushuaia y se instalaron en el departamento de recién casados que todavía conservaban. El 23 de diciembre, los Montoneros y el ERP juntaron fuerzas en un ataque desesperado al arsenal Viejobueno del ejército en Monte Chingolo, a escasos kilómetros al sur de la ciudad de Buenos Aires. Los guerrilleros fueron masacrados. Aparentemente, un topo había anticipado el operativo, los militares los esperaron y les tendieron una trampa. Leonor estuvo al borde del colapso, pero Martín llamó el 24 a eso de las diez de la mañana y pidió ver a su hermano en el Parque Lezica al mediodía. En efecto, Martín había tomado parte en la acción y había salvado el pellejo gracias a sus habilidades como conductor de autos. Gastón amagó con el argumento de que era mejor que se decidiera a abandonar la plaza. Martín se enojó y ya no se volvió a hablar del tema. El guerrillero expuso los alocados argumentos de por qué creía que la victoria de la revolución estaba al alcance de la mano. Gracias al sistema de comunicación establecido entre las madres, Gastón llevaba una carta de Liliana para su novio. Martín la leyó con los ojos llenos de lágrimas y pasó a hacerlo en voz alta en algunos pasajes. «Festejamos con los compañeros en cuanto pudimos el triunfo de la revolución en Angola», escuchó incrédulo el mayor de los B *junior*. El golpe militar del 24 de marzo de 1976 echó al traste cualquier esperanza que Leonor pudiera abrigar todavía. Hasta los fantasmas y simulacros de derechos, que había conservado el gobierno constitucional bajo el estado de sitio, se volatilizaron entonces, no sólo pasaron a ser letra muerta sino que cualquier apelación pública a su más remota vigencia que se intentara pronunciar fue considerada una traición a la patria. Los militares desencadenaron la mayor tragedia de la historia argentina por medio del sistema de la desaparición forzada de personas, seguida de su reclusión secreta, la tortura, la ejecución sumaria o la muerte de los prisioneros arrojados vivos al Río de la Plata desde aviones de las fuerzas armadas. La errancia de Martín se ensombreció día a día. Herido en la espalda, vaya a saber en qué circunstancias, se le hizo un absceso purulento. Su madre lo encontró que volaba de fiebre durante una de las citas en la iglesia. De inmediato, Leonor se puso en contacto con su prima Ada, quien aceptó esconder al joven en su departamento del quinto piso de la calle Uruguay 1133, en pleno Barrio Norte. El cuarto piso del inmueble pertenecía a las hermanas de un general; en el sexto piso, vivía un coronel. Los riesgos que corría Ada eran inconmensurables. De haberse descubierto que

escondía a un guerrillero, habrían arrasado su casa y la habrían asesinado junto al Negrito, el mellizo que aún vivía con ella. Pin consiguió que un colega y amigo suyo, el doctor Elías C, hombre de nobleza y coraje, aceptase operar a su hijo sobre la mesa del comedor de Ada. José Emilio ofició de anestesista. Leonor esperó ansiosa en su casa. Convenía mostrar el menor movimiento posible alrededor del escondite. A comienzos de junio, Martín estaba curado. Ada le propuso que permaneciese allí, todo el tiempo que fuera necesario. Al fin de cuentas, los habitantes de los pisos cuarto y sexto funcionaban como una suerte de sandwich de seguridad. Martín se negó y volvió a su peregrinaje desesperado. El 14 de julio tuvo el último contacto con su madre. El 19 de julio, Mario Santucho, cabeza del ERP, fue muerto en un enfrentamiento armado. Leonor perdió contacto con su hijo para siempre. Martín era un desaparecido.

Y así comenzó el peregrinaje de la señora B en busca de algún dato, alguna huella o señal de que el muchacho estuviese vivo. Sabemos que la familia de los B1 rebalsaba de militares. Por desgracia, el Chino, oficial retirado de la Marina, había tenido que emigrar antes del golpe. Sus desavenencias con el almirante Massera, el más peligroso miembro de la Junta que había usurpado el gobierno, lo obligaron a dejar la Argentina y a refugiarse en Nueva York. Misteriosamente, en un *alley* del East Side, en el momento de subirse a un auto, el Chino fue salvajemente golpeado y abandonado por un grupo de personas a las que nunca fue posible identificar. A partir de una tarjeta encontrada en un bolsillo del malherido, la NYP logró comunicarse con Pin al Hospital de Clínicas de Buenos Aires. En octubre de 1976, José Emilio viajó a los Estados Unidos para atender a su cuñado. Lo encontró con la cara deshecha a golpes pero muy lúcido. Los médicos neoyorquinos lo cuidaban bien. De todos modos, existían aquellos lazos anudados por Leonor en su adolescencia, en los bailes y encuentros de la dulce sociabilidad entrerriana. Parecerá mentira, pero ninguno de los viejos conocidos, generales o coroneles muchos de ellos, se animó a entrevistarla siquiera y la dejaron así, sin decirle una palabra. Años después de la caída de la dictadura militar, Gastón sabría con bastante aproximación cuál había sido la fecha y cuáles las circunstancias del asesinato de su hermano [véase la voz **Luis Martín B-B1**]. Era imposible, absolutamente imposible, que aquellos generales, amigos y parientes de su madre, ignoraran que Martín había muerto ya cuando Leonor realizaba sus incursiones a las oficinas y cuarteles. Locura, crueldad, estúpido mesianismo, cobardía, ¿qué pasión oscura

había dominado el fondo de aquellos corazones? ¿Qué ceguera moral les había impedido percibir que, junto a la traición de sus afectos de infancia y juventud, se les escapaban los rasgos últimos de su miserable humanidad?

En diciembre de 1977, los B-S en pleno se instalaron en Buenos Aires. Leonor los había invitado a pasar un mes entero en la playa, en una casa de San Bernardo que el Negro, su hermano, le había prestado por todas las vacaciones. Entre la Navidad y la Nochevieja, Pin descubrió un bulto blando en la parte superior del abdomen de su mujer. Se le hicieron estudios de inmediato: el riñón izquierdo estaba inutilizado, era una bolsa de líquido. Se la operó de urgencia, se descubrió que un cáncer de la pelvis renal obstruía el paso de la orina hacia el uréter y se le extirpó la víscera dañada. La anatomía patológica reveló que la mujer padecía un carcinoma epidermoide infiltrante. Antes de iniciar la quimioterapia, Leonor quiso irse diez días con sus nietos a San Bernardo. Se la vio radiante y muy feliz en la playa. Insistió en meterse en el mar. Constanza estaba encantada de tener a la abuela en la carpa, comer y jugar con el hermano bajo su mirada. En octubre de 1978, la pareja B-B1 viajó hasta Ushuaia y devolvió la visita a la familia de Gastón. La cara de Leonor combinaba la sonrisa de siempre con el rictus de un dolor difuso. Aurora vio la radiografía de su suegra que Pin había llevado para mostrarle. La descompuso la evidencia de la destrucción que las metástasis del cáncer habían producido ya en las vértebras lumbares. A fines de diciembre, Leonor era incapaz de moverse de la cama debido al dolor de espalda que la paralizaba. Pocha y Toribia la atendieron con la solicitud y el amor de monjas de leprosario. Se le puso un corsé que, a fines de enero, no servía para nada. La paciente había adelgazado tanto que su tronco bailaba dentro del yeso. Estela G, amiga de la familia, también se ocupó de la enferma según el arte que le había enseñado su padre, el doctor Hernán G, quien había sido profesor de infecciosas de José Emilio. (La señorita G es un alma buena, persona culta, poeta singular y autora de una bella autobiografía. Cultivó siempre la amistad de los B por dos razones: amaba a todos los miembros de la familia y veía en Pin una suerte de *alter* Hernán, una imagen especular de su padre. Tenía razón, pues algo más que el hecho de haber sido profesores de medicina en la Universidad de Buenos Aires unía a los dos hombres: Hernán hizo caso omiso de un dolor de cabeza del que se quejó su hijo menor y, esa misma noche, el adolescente murió de una meningitis fulminante. José Emilio no prestó atención a los padecimientos morales del propio hijo,

el segundo, por considerarlos normales de su temple y de su edad; al cabo de unos meses, el muchacho desapareció a manos de los militares que sojuzgaron la Argentina. Las mujeres de ambos médicos enfermaron gravemente y sucumbieron después de las tragedias. Un remordimiento fantasmal torturó desde entonces a los hombres. La señorita G estaba en lo cierto.)

Gastón viajó desde Ushuaia y se instaló casi un mes en casa de su madre para estar junto a ella. Leonor lo regañó un poco por haber dejado a su mujer y él se impacientó. De todas maneras, la conversación que Gastón hubiese querido tener era imposible. Su madre agonizaba lentamente con mucho dolor a pesar de los calmantes. La perra Tamara, una ovejera alemana muy hermosa, se había echado a los pies de la cama, se levantaba para ir a la terraza o para comer, pero se rehusaba a que Gastón la sacase a pasear a la calle. No gruñía a nadie, se estaba allí, quietecita, y bloqueaba el paso de quienes asistían a la enferma. A principios de marzo, Gastón debió regresar a Ushuaia. El 1º de abril, su padre lo convocó de urgencia a Buenos Aires. Leonor estaba consciente. Su hijo alcanzó a decirle que había ganado una beca y que, a fines de aquel año, se instalaría a vivir en Florencia, la ciudad que tan dichosa la había hecho en el viaje de 1963, que allí la esperarían sus nietos. La propia Leonor pidió que fuera el cura irlandés de la parroquia de San José. Se confesó y comulgó. Dijo que Martín no había podido ir a verla, enferma como estaba, pero que eso le indicaba que muy pronto ella iría a por él. Entró en un coma que se prolongó por dos días. Murió el 5 de abril de 1979 a las ocho y media de la mañana, en su casa de la avenida La Plata, en la cama que había sido la suya desde que, recién casada, se fue a vivir al departamento pequeño de la calle Bulnes. Pocha la lloró como si hubiera sido su propia madre.

Leonor fue una mujer alta, de espaldas anchas y bella figura. Ella misma solía decir que una boca tan grande en su cara no la favorecía. Sin embargo, la mirada y la simpatía que emanaba de su gestualidad natural le daban un aura seductora. Su educación sentimental le otorgó firmeza a la par de un dominio de las emociones, que sólo los abusos y las hipérboles de la política doblegaron con frecuencia. Por lo general, concedió a tirios y troyanos, pero a los viejos más que a los jóvenes, a los pobres más que a los ricos, un trato amable y distinguido. Nadie se sintió jamás inferior frente a ella ni tampoco dejó de reconocer por eso la integridad generosa de su espíritu. La creencia en Jesucristo y en la supremacía de la bondad humana que él había proclamado iluminó el mundo interior de Leonor y

le permitió sobrellevar muchas amarguras. Gastón recordaba un hecho del cual había sido testigo y que le dio la pauta de hasta dónde podía llegar el sentido de la caridad que su madre deseaba ejercer. En la calle Potosí de Buenos Aires, a la vuelta del Hospital Italiano, hay un convento de las carmelitas descalzas que nuestra biografiada había elegido para asistir a la misa en los momentos de sus mayores tribulaciones. Leonor quiso dar a las monjas una alegría insólita, que les permaneciese largo tiempo en la memoria, con el fin de retribuir todo el socorro y el consuelo ganados en la sagrada casa del Carmelo. Las lecturas de las *Cartas de una monja portuguesa*, de *La religieuse* y los *Promessi Sposi* se agolparon en su cabeza, que alumbró entonces la idea siguiente: dado que las hermanas estaban autorizadas a recibir la visita excepcional de un infante pequeño en el huerto, la señora B1-B colocaría a su hijo Luis Martín, con apenas 3 años de edad, en el torno que permitía el intercambio de provisiones entre el afuera y el adentro del convento. El niño pasaría al otro lado del mundo por un rato y las monjas tendrían un placer admisible y respetable que interrumpiría el tedio de sus existencias. Así se hizo. Algo amedrentado, Luis Martín atravesó la barrera y llegó al jardín de las teresas. Se escucharon risas y exclamaciones de gozo. La agitación habrá durado un cuarto de hora, hasta que el vástago menor de los B-B1 asomó de nuevo en la plataforma del torno. Llegó con la boca y las mejillas untadas de chocolate, un bollo de crema en cada mano. Las monjas seguían dando ayes de entusiasmo y agradecimiento más allá del muro. Sólo cuando leyó *Los espectros*, la *nouvelle* de Leónidas Andreiev, Gastón pudo comprender por qué aquel episodio lo había llenado de desasosiego, por qué pensó que su madre había producido un efecto en los antípodas de lo planeado. Gastón percibió que las risas de las monjas habían sonado para él como gritos desgarradores de angustia. Leonor amó con devoción a su marido, a sus hijos, a su nuera y a sus nietos. Quizás lo haya hecho en una forma desequilibrada porque, ora arrastrada por el cariño y la admiración hacia José Emilio, dejaba que éste avasallara a Gastón y a Martín; ora obsesionada por la personalidad contradictoria del primer hijo en el final de los años 60, dio por sentada una felicidad, que no era sino aparente o por lo menos problemática, en el segundo; ora devastada por la desaparición del segundo hijo, se puso a esperar su vuelta a casa, murió y dejó sin consuelo al primero, quien lo sobrevivió, con la culpa de no haber sido capaz de entregarle la dedicación y la energía que hubiera necesitado para la aceptación de que

nunca más vería a su hijo muerto mientras, paradójicamente, ella permaneciese viva en este mundo.

Iconografía:

El 1º de diciembre de 1921, a los 2 años y 4 meses, Leonor fue fotografiada por primera vez. Es una nena bien moderna, con vestidito corto, sin sombrero, trenzas, soquetes blancos y zapatos guillermina negros. Está asombrada, pero no tiene temor alguno. Tanto que adoraba ella misma las imágenes de niñas en el *Tesoro de la Juventud* y en nada se les parece. ¿Cómo es posible que baste la foto de esa pequeña para darnos cuenta de que el mundo de la calma y del encanto de la niñez protegida, que sólo habría existido en las fantasías victorianas, ha desaparecido?

La imagen tomada en la playa, en Mar del Plata durante el verano de 1942, nos revela un rasgo de Leonor sobre el que ella insistía para burlarse de sí misma. Su boca era grande y, al sonreír, dominaba pero también iluminaba su cara. La muchacha lleva tacones y una cartera-sobre. El atuendo permite deducir que es el sol de la tarde el que golpea su izquierda. El mar debía estar del otro lado, a la izquierda de la foto.

El retrato que continúa es de 1945, tomado unos meses antes del casamiento con José Emilio B, como parte del entrenamiento del fotógrafo encargado de documentar visualmente la fiesta de las bodas. Su cara, su cabellera leonina («acorde con tu nombre», según le diría el marido en un requiebro) lucen espléndidos, lo mismo que el atuendo sencillo y las perlas. La boca grande otorga decisión a la fisonomía. La asimetría y la leve divergencia de los ojos introducen una nota de inquietud en el interés y la belleza de la figura.

Vemos luego dos imágenes de 1948 en las que Leonor luce el mismo vestido, los labios pintados y la melena recogida con raya al costado a lo Donna Reed de *It's a Wonderful Life*. La foto en la que sostiene a su hijo Gastón y a su perro de juguete ha sido tomada en un coche de alquiler, que así se llamaba a los taxis en aquel tiempo. El niño reproduce, tal vez con menor vivacidad, la expresión de su madre en el retrato de 1921.

La foto siguiente nos muestra la comitiva de médicos que viajaron al congreso de Porto Alegre en agosto de 1962. Pin es el hombre de baja estatura en la fila del medio. Sonríe leve y francamente. Se lo nota feliz de estar allí, de tomar a su mujer por el brazo mientras ella parece tener los ojos entrecerrados y ensayar una pose aristocrática. En realidad, Leonor sonríe con la misma levedad que su marido porque mira hacia abajo, hacia la niña que manifiesta sin rodeos su contento.

La última imagen de Leonor fue tomada en 1971, en un momento de serenidad entre los desgarramientos de 1965 y los desastres del 75-76. La cara y la discreción de los adornos nos remiten al retrato de 1945. Se han acentuado el tamaño de la boca y la divergencia de la mirada, señas del tiempo pasado, marcas de las enfermedades propias y ajenas, signos de que la dulzura del carácter ha comenzado a imponerse por sobre la tenacidad. Esta evolución, que contradice los despliegues habituales en la conducta de los individuos a medida que envejecen, puede querer decir dos cosas: o bien que Leonor nunca alcanzaría a cristalizar sus emociones por el hecho de haber muerto relativamente joven, o bien que actuó sobre ella el peso de la educación sentimental recibida en la adolescencia, con mayor eficacia que nunca en los años últimos de su vida.

LUIS MARTÍN B-B1.

Segundo hijo de **José Emilio B** y de **Leonor B1-B**, nació en Buenos Aires el 27 de noviembre de 1953. Con el Luis, su madre quiso homenajear a Pasteur e inducir en el ánimo de la criatura el ejemplo de un benefactor indiscutible de la humanidad. Su padre impuso el Martín como marca de la identidad vascuence que reivindicaba en aquellos tiempos, sobre todo tras la muerte de **Cándido** en 1948. Muy pronto, Martín prevaleció sobre Luis y así se conoció a la criatura desde su primera infancia. El niño resultó muy precoz en el habla y en la comprensión de historias complejas. A los 3 años, ya se conocía al dedillo los cuentos de Perrault y se mostraba capaz de repetirlos a los adultos con mucha gracia y precisión. Leonor pretendió iniciarlo, igual que había hecho con el primogénito Gastón, en los cuentos de Andersen, pero el escándalo, los llantos y la angustia que dominaron al niño a la hora de escuchar las historias de la madre y del soldadito de plomo disuadieron a la joven de seguir adelante. Predominó nuevamente José Emilio cuya pasión por los films y los relatos de *cowboys* o de la pampa bárbara de fortines, huincas, ranqueles y mapuches se transmitió y multiplicó en la imaginación de Martín. Antes de ingresar a la escuela primaria, el infante vivía disfrazado de Bat Masterson, cartucheras y revólveres de juguete al cinto, bastón y bombín negro. Sabía cantar en inglés la canción de fondo de la serie: «*Oh, when the west was very young, there was a man named Masterson, he wore a cane and Derby hat, they call him Bat, Bat Masterson*». Obligarlo a dejar semejante parafernalia en la casa para vestir el guardapolvo blanco de escolar fue un operativo que llevó más de una semana. A todo esto, la inteligencia de Martín había tenido por entonces una manifestación política de primer orden. Cuando, tras la caída de Perón, la familia salió a festejar en el Mercedes 170 S-D negro azabache, el menor de los B-B1 había compartido el entusiasmo de su madre y, con sus poco menos de 2 años a cuestas, entonado un estribillo famoso de aquellas celebraciones. El dístico ponía en la picota al exgobernador peronista de la provincia de Buenos Aires, el mayor Carlos Aloé. Al parecer, arrastrado por el fluir de su retórica, aquel primer magistrado provincial había exhortado cierta vez a los bonaerenses a sembrar trigo, maíz, cebada, centeno, sorgo, girasol de primera, girasol de segunda y también ¡toros! El canto de Martín decía: «Aloé, Aloé, sacate la montura, que se acabó la dictadura».

El niño frecuentó las mismas escuelas que su hermano. Para

empezar, el jardín de infantes de la calle Hipólito Yrigoyen 4238, uno de los primeros establecimientos del tipo, especializados en la enseñanza anterior al aprendizaje de la lecto-escritura y de la aritmética elemental. Martín tuvo la misma maestra que Gastón: la señorita Ernestina, quien, por supuesto, era casada y, por ende, no tenía el estado civil que proclamaba su nombre, pero los vástagos B igual la veían como un ángel de bondad y sabiduría. La señorita Ernestina era joven y, sin embargo, tenía todo el pelo blanco; sus ojos lucían el color de la mañana, en palabras de las que los muchachos serían conscientes mucho tiempo después, cuando las viesen escritas por Leopoldo Marechal. La maestra descubrió enseguida que su nuevo alumno tenía facultades raras para el teatro, verdaderas dotes de actor. Fue famosa la caracterización que hizo Martín, con una barba de algodón teñida de negro, del doctor que curó a Pinocho en el «viejo hospital de los muñecos». Existen fotos probatorias de aquella apoteosis de la dramaturgia argentina. La escuela primaria, la nº 16 del Consejo Escolar VIII José María Ramos Mejía, ubicada en la esquina de las calles Don Bosco y Treinta y Tres Orientales, y las maestras de casi todos sus grados replicaron también la historia educativa del hermano mayor. Se impusieron algunas comparaciones que, ¡oh, milagro!, no resultaron odiosas en absoluto. Ante los ojos de sus maestras comunes, si Gastón sobresalía quizás en el aspecto de la dedicación al trabajo escolar, Martín lo aventajaba en el terreno de la madurez emocional, de la velocidad del aprendizaje y de la simpatía que, aun cuando fuera algo irreverente y rebelde, nunca caía mal debido a la sempiterna fineza en la cual Leonor lo había entrenado.

El interés de Martín por la música fue tan excepcional al principio de su vida que todo el mundo pensó en una carrera de pianista o de director de orquesta para él. No tenía 5 años que ya reconocía una por una las sinfonías de Beethoven sin equivocarse y captaba los estilos de tal forma que, cuando él decía «esto es de tal o cual», parecía Sherlock Holmes ante un asesinato. Su favorito era Mozart al que escuchaba horas enteras mientras construía máquinas con el *Meccano* o casas con *Mis ladrillos*. Leonor pensó entonces que su hijo menor debía seguir los pasos del mayor e ir a tomar clases de piano con la abuela Mima. La decisión resultó catastrófica. Emilia estaba ya demasiado vieja, sus métodos no se ajustaban a la época, de modo que, al cabo de dos años, Martín apenas podía destrozar, y no tocar, la *Sonata facile*. El asunto lo sacaba

particularmente de las casillas porque él mismo se reprochaba. «Tanto que me gusta esa música y yo la degüello cada vez que toco do-mi-do-sol-sol, do-mi-do-sol-sool, fa-mi-re-do-si-do-re-do-si-la-sol.» En aquella época, Gastón había comenzado a acompañar a sus padres a la ópera y el género lo había entusiasmado. Por eso, pensó que una buena solución para encauzar a Martín en la dirección orquestal o el *bel canto* (lo mismo daba) sería la de llevarlo a ver y escuchar una ópera. A fines de septiembre de 1960, Nilda y Grace Hoffmann cantaban los papeles de Fiordiligi y Dorabella en el Teatro Colón. «Dale, mamá, llevémoslo a Martín, que le gusta tanto la música de Mozart.» Leonor accedió. Gastón lo sentó bien adelante en el palco para que pudiese ver todo el escenario. Cada tanto, le acariciaba la cabeza para asegurarse de que el chico estuviera atento. En el entreacto, Martín declaró: «Sí, me gusta la música de Mozart, pero no cuando la llenan de gritos». En 1962, la familia se resignó: el menor de los B no tenía ni producía más que amarguras con sus clases de piano en lo de Mima. Leonor aceptó su deserción de la carrera musical y Gastón no cesó nunca de reprocharse el haber sido responsable de una iniciación demasiado prematura, y fracasada, del niño en el mundo de la ópera.

Al contrario de su hermano, después de haber dado libre el primer grado, Martín se rehusó a realizar cualquier otra pirueta didáctica de las sugeridas por José Emilio para adelantar los estudios. Cursó normalmente el sexto y último grado e ingresó con honores al Colegio Nacional de Buenos Aires, a pesar de que, en el momento del examen, nuestro adolescente se había visto seriamente afectado por la enfermedad psiquiátrica de Gastón, se sentía triste sin remedio y lo extrañaba tanto que subía de noche a la terraza de la casa nueva, en la avenida La Plata, y se ponía a gritar: «Quiero que vuelva mi hermano». Sólo fue una vez a visitarlo al sanatorio. El desgarro de la despedida hizo que ni el uno ni el otro desearan más ningún encuentro de aquel tipo. Volvieron a verse y a compartir la habitación cuando, en diciembre de 1965, Gastón salió del frenopático [véase **Leonor B1-B**]. La experiencia emocional de Martín en el Nacional Central se situó en los antípodas de la que había padecido el precursor: Martín fue feliz allí y un buen alumno gracias a su inteligencia, más que a la concentración sistemática en la lectura o los ejercicios de la tarea en casa, tal cual había ocurrido, por el contrario, en el caso del B-B1 mayor.

A pesar de la presión de la escuela y de la familia, el

adolescente pudo cultivar su afición por el fútbol y otros deportes, cumplida como actividad más bien intelectual y teórica que corporal y práctica. Reunió la colección completa de la revista *El Gráfico*, desde su primer número salido el 31 de mayo de 1919, para lo que concurrió los fines de semana de todo un año a los puestos de vendedores de libros en el parque Lezica. A finales de 1966, se presentó a un concurso sobre la historia del fútbol nacional organizado por aquella revista y compartió los diez mil pesos del primer premio. Su retrato fue figura de tapa. La cantidad obtenida significaba mucho dinero. Martín lo invirtió en la compra de una filmadora Súper 8 [sobre el uso de este aparato, véase **Angélica B1**]. La pasión futbolística tenía al club Ríver Plate por destinatario. Junto a un compañero del colegio, Martín fundó una revista propia, *El hincha de Ríver*, escrita a máquina y reproducida mediante un sistema de *stencils*, que tuvo cierto éxito editorial en las tribunas populares del estadio Monumental. Se alcanzó un punto culminante de la empresa cuando Antonio Carrizo, mítico arquero del equipo, concedió una entrevista muy simpática a los periodistas bisoños. Martín quiso continuar el surco abierto mediante un segundo reportaje, un cuestionario al gran Angelito Labruna, miembro de la *Máquina*, la delantera legendaria de Ríver que había ganado varios campeonatos nacionales en los años 40. Martín consiguió el teléfono del negocio de deportes que había establecido Labruna. Lo llamó de inmediato, le propuso hacerle unas preguntas y transcribir sus respuestas en *El hincha*. Labruna aceptó y escuchó la primera pregunta. La redacción reflejaba los conocimientos lingüísticos y literarios adquiridos por los editores juveniles en las aulas del Colegio Buenos Aires. Ríver pasaba a la sazón por un mal momento. «Estimado campeón, ¿cree usted que los últimos traspiés de nuestro glorioso equipo son caídas esporádicas o su persistencia en el tiempo indicaría más bien el comienzo de una gran *débâcle*?» «Che, pibe, ¿por qué no te vas a la mierda?», contestó el campeón e interrumpió la llamada. «¿Cómo se puede ser tan ordinario y guarango con un chico?», se preguntó Leonor al enterarse de la grosería. En 1968, José Emilio cayó enfermo de hepatitis [los detalles se encuentran en **José Emilio B-B2**] y perdió obviamente el control sobre Martín. El fatídico 23 de junio de ese año, día de una de las peores tragedias del fútbol argentino, cuando el cierre de la puerta 12 en la cancha de Ríver Plate provocó una estampida del público y la muerte por aplastamiento de setenta y una personas, el pebete había ido a ver al equipo de sus amores y se

encontraba en el estadio. Salió por la puerta 7. Sin enterarse de la tragedia, partió a comer algo con sus amigos en una cervecería de la avenida Cabildo. Volvió a su casa a eso de las nueve y media de la noche. Leonor estaba al borde del colapso, la bilirrubina de Pin había aumentado a niveles mortales. «¿Pasó algo?», preguntó nuestro héroe. La respuesta fue un cachetazo propinado por el padre antes de dar o recibir cualquier explicación. La crisis se ahondó a fines de agosto. José Emilio aún estaba en la cama. Martín llegó con un boletín de calificaciones no demasiado bueno, pero catastrófico para los estándares de la familia. «Sos un desgraciado, le dijo Pin, te aprovechaste de mi enfermedad, vagaste todo este tiempo, no estudiaste una sola palabra.» El padre se levantó de la cama y corrió al joven más de treinta metros hasta la cocina. No podía respirar cuando lo alcanzó, Leonor llamó a la calma y Martín se salvó de una buena. En diciembre, el muchacho anunció que debía dar examen de matemáticas en el mes de marzo, después de las grandes vacaciones. Otra vez ardió Troya y el escándalo desembocó en paliza, penitencia (prohibición de salir de paseo con las amistades, que ya se insinuaban de ambos sexos) y caras largas en la casa hasta las vísperas del Año Nuevo.

Los vientos rotaron significativamente en 1971, cuando al cursar el último año del bachillerato, nuestro biografiado dio el giro característico de la época en el horizonte de las ideas políticas. Martín leyó el *Manifiesto*, los escritos juveniles de Marx, una colectánea de los textos de Bakunin, *El Estado y la Revolución* de Lenin y, casi no hace falta recordarlo, el *Diario del Che en Bolivia*. Los enfrentamientos con los padres subieron de tono. Leonor se consolaba pensando que, al menos, su hijo no militaba en la izquierda peronista sino en la otra, aunque ésta fuera la más radical y peligrosa. Después de todo, Martín evocaba las simpatías comunistas de **Belarmino**, el abuelo materno. Pero Pin, por su lado, conservador y liberal confeso, se desequilibraba ante cualquier cosa que el chico comentara o criticara de los proyectos del general Lanusse (el último presidente del régimen militar instaurado en 1966 procuraba llamar a elecciones y normalizar la situación política del país). A todo esto, Gastón se había casado con Aurora a fines de 1970. La novel esposa asistía muy alarmada a las contiendas entre el suegro y el cuñado. Más que nada porque el doctor B era petiso en comparación con su hijo menor, quien había alcanzado el metro ochenta y cinco de altura. Levantado sobre sus puntas de pie, con la cabeza erguida hasta el límite de lo posible, José Emilio se acercaba a unos milímetros del cuerpo de Martín a la

altura del pecho, más o menos, y lo desafiaba: «Vení, pegame si te atrevés, pegame ya que te gano discutiendo». «Ay, Gastón, rogaba Aurora por lo bajo a su marido, intervení, que tu hermano se va a enojar y puede lastimar a tu padre.» «No pasará nada, ya verás», contestaba Gastón mientras seguía atento a las noticias del diario. Martín jamás tocó a José Emilio ni con la punta de un dedo, aguantó estoicamente esos desbordes y se rio luego a escondidas con Gastón, al mismo tiempo que imitaba las posturas y contorsiones de compadrito asumidas por su padre durante el desafío.

En 1972, Martín ingresó a dos facultades de la Universidad de Buenos Aires, abogacía y arquitectura. El *abogadecto*, lo llamaba Gastón. Ambas carreras progresaron en paralelo y con éxito parejo pero, hacia marzo de 1973, cuando Cámpora ganó las elecciones presidenciales de la mano del general Perón y el país vivió los comienzos de una revolución social liderada por las izquierdas, nuestro joven empezó una militancia activa en la Facultad de Arquitectura como miembro del Partido Revolucionario de los Trabajadores. Aunque nunca abandonada del todo, la abogacía pasó a un segundo plano. La farsa actuada por el peronismo entre los meses de julio y septiembre de 1973, que desalojó al «tío» Cámpora del poder para que nuevas elecciones entronizasen sin tapujos al viejo Juan Domingo, implicó la instalación de un régimen reaccionario en los antípodas de aquel «socialismo nacional» que los Montoneros y otros grupos de la guerrilla afines al General imaginaban como una fase superior de la pretendida revolución justicialista. El ministro López Rega, versión grotesca a la par de trágica del fascismo vernáculo, había ganado la pulseada contra los grupos radicales dentro del peronismo. Martín reafirmó en ese momento las ideas que tenía desde antaño acerca de la verdadera naturaleza del movimiento iniciado el 17 de octubre de 1945: era un criptofascismo trasnochado y punto. Del Partido de los Trabajadores a la acción directa y violenta del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) había sólo un paso y Martín lo dio ya a fines de julio de 1973, después de que su amigo Eduardo Anguita, miembro conspicuo de la organización trotskista, hubiera liderado sin suerte la toma del Comando de Sanidad del Ejército regular argentino (Anguita estuvo en prisión de 1973 a fines de 1983, más de diez años en los que pasó las de Caín). La primera misión de militante clandestino condujo a Martín a alternar los estudios y las actividades de agitación en la escuela de arquitectura con un trabajo de obrero metalúrgico en Lanús. A lo largo de cuatro meses de ir desde las

seis de la mañana hasta las dos de la tarde al taller (se trasladaba en el auto de su madre, un Citroën 2 CV, que tenía la precaución de dejar a cinco cuadras de la fábrica para no despertar sospechas), procuró hablar, argumentar y convencer a sus compañeros sobre la explotación que sufrían. Lo sacaba de quicio el que esos jóvenes contestasen a sus insinuaciones con elogios a la energía y la convicción del «General del pueblo». Es más, algunos de ellos superaban el límite intolerable de decir que Lanusse había compartido las virtudes políticas del macho de los machos, del potro Juan Domingo. A comienzos de 1974, Martín abandonó el intento de soliviantar directamente a la clase obrera. La cúpula del ERP lo derivó a la Facultad donde estudiaba, porque allí las cosas podían encaminarse en cuanto a la difusión del mensaje revolucionario y al reclutamiento de seguidores. Ocurrió entonces que nuestro héroe conoció al amor de su vida, Liliana M, alumna de arquitectura como él y también simpatizante del ERP muy dispuesta a involucrarse en actividades de riesgo. Luis Martín transitó una de las épocas más exultantes de su vida. Su pasión por Liliana creció al mismo ritmo de dos experiencias contradictorias que lo embriagaron en aquellos momentos: sus progresos innegables en la carrera y la revelación definitiva de su genio arquitectónico, su participación creciente en hechos de propaganda y apoyo a la violencia revolucionaria de la que él consideraba la única y auténtica izquierda. En el verano de 1974-1975, hay que ubicar varios hechos interesantes de esta biografía.

El primero tiene que ver con Liliana. Martín resolvió presentarla a su hermano y a su cuñada, pues buscaba un apoyo o una suerte de confirmación, por parte de algún miembro de la familia, de las cosas extraordinarias que él adoraba en su novia. Gastón vio en la muchacha un ser melancólico y conflictuado que le simpatizó enseguida. Estaba seguro del cariño de Liliana hacia Martín y descubría en éste un entusiasmo y un enamoramiento tales que no pudo sino alentar al benjamín de los B-B1 para que no cejase en el surco de felicidad que él mismo había abierto. El segundo hecho perteneció casi al género fantástico y alarmó a Gastón cuando su hermano hizo una síntesis de lo acaecido y del orgullo que el asunto le inspiraba. Una noche de aquel verano, el militante de los B-B1 y tres compañeros recibieron la orden absurda y provocativa de lanzar volantes en el interior del Regimiento 1º de Infantería, desde el tren de la línea norte que bordea el predio de las instalaciones militares en el barrio de Palermo. Se trataba de

tomar el convoy del ferrocarril entre las estaciones que hoy reciben los nombres de Carranza y Tres de Febrero, hacerlo detenerse por unos minutos en lo más alto del talud, arrojar las cientos de hojas de un manifiesto del ERP en el que se convocaba a los soldados a unirse a «la lucha popular de obreros y campesinos» y alzarse en armas contra los oficiales. (Las izquierdas argentinas apelaron con frecuencia a «los campesinos» en sus documentos, según un modelo latinoamericano que, en el mundo andino, el nordeste de Brasil y todo el Paraguay, se corresponde aún hoy con la existencia objetiva de una clase rural numerosa, semi-proletaria y explotada por los grandes propietarios de la tierra. Pero, en el caso de la pampa y el Uruguay, la fragmentación de las estancias y los avances en la tecnología agropecuaria provocaron la dispersión de la propiedad y el éxodo de peones o braceros hacia las ciudades, especialmente las del litoral de los grandes ríos, a partir de los años 30. Ambos fenómenos condujeron a la extinción de cualquier grupo potencial de «campesinos», si bien muchos historiadores y sociólogos piensan que cualquier forma tradicional de campesinado había desaparecido de las llanuras argentinas ya en los tiempos de la Independencia. Todo ello demostraba el sinsentido de una parte, por lo menos, de la exhortación del manifiesto que Martín y sus amigos debían tirar sobre el cuartel de Palermo.) Lo cierto es que los muchachos tomaron el tren por unos pocos minutos, lanzaron los volantes, pusieron nuevamente en marcha la locomotora y no bajaron en la estación Tres de Febrero, sino que siguieron hasta Retiro haciendo alarde de la hazaña, riendo y cantando consignas. El operativo pasó a ser un juego, una comedia divertida. Martín decía haber tenido la sensación de cabalgar unos globos inmensos de colores, que rebotaban en los vagones, a la hora de someter a los maquinistas y mantener amedrentados a los pasajeros. El no haber abandonado el tren enseguida, continuar hasta la terminal de Retiro, salir, en medio de gritos y risotadas, de esa gran estación para dispersarse luego en el centro de Buenos Aires, habían sido una ristra de bravuconadas. Los militares del cuartel agredido con papeles impresos podrían haber tenido tiempo de instalar un destacamento bien pertrechado en aquella última estación de la línea, atacar y liquidar al grupo de desaforados jocosos del ERP. Al oír la historia, Gastón empalideció. Su hermano debía cobrar conciencia de la locura adolescente del plan que se había llevado a cabo.

El tercer acontecimiento, ocurrido en el tiempo de aquellas

vacaciones que serían las últimas para Liliana en mucho tiempo y para Martín en toda la existencia que le restaba por vivir, tuvo lugar en la casa grande de los B-B1. Los hermanos y un intelectual amigo de nuestro biografiado discutían de política. Gastón preguntó si acaso sus interlocutores pensaban que el sufrimiento y la destrucción física de muchos seres humanos, quizás de una generación completa, quedarían justificados por el triunfo futuro de la revolución socialista. Los interpelados no sólo respondieron que sí, sino que demostraron una seguridad, una calma e incluso una ligereza al decirlo que Gastón pensó fugazmente, aunque con hondura y desesperación en ese instante pasajeras, que una tragedia colectiva asomaba en el horizonte. Y así fue al poco tiempo. Martín tuvo que hacer su servicio militar. Había cumplido los 21 años de edad que la ley marcaba en el caso de los estudiantes universitarios y fue convocado a las filas del ejército regular. El ERP tendría un partidario, una quinta columna en las instalaciones militares más grandes de la Argentina, ubicadas en el Campo de Mayo en la periferia de la ciudad de Buenos Aires. Martín hizo algunas *tareas deinteligencia* pero la verdad fue que sus padecimientos personales, debidos al trato habitual y humillante que los reclutas recibían en los cuarteles, dominaron su sensibilidad bastante más que las ilusiones revolucionarias. La lejanía de Liliana durante la mayor parte de la semana, extendida por los castigos y la prohibición de volver a casa los sábados o domingos, tornó más agudo el desasosiego. El amor ocupó el centro de sus sentimientos. Con gusto, Martín hubiera trocado la militancia y arrostrado la doble deserción, la del ERP y la del Ejército argentino, por un buen escape, junto a Liliana por supuesto, a los paraísos de Paul y Virginie más que a cualquier paraíso socialista. Así lo revela una carta, dirigida a su hermano y a su cuñada desde la sima de sus tribulaciones:

«Campo de Mayo, 13 de abril de 1975.

»Queridos hermano, cuñada y sobrinitos:

»Perdonen que siempre tarde tanto en escribirles, pero es algo que no me atrae mucho, lo cual se agrava ahora debido al poco tiempo que tengo para hacerlo a causa de la colimba.

»Hablando de la colimba, ésta se me vuelve cada día más insoportable; por ejemplo, en este momento estoy internado en la enfermería y no voy a poder salir de franco el fin de semana. Aquí estoy internado desde el martes con colitis, pero no mejoro para nada ya que no me hacen ningún tipo de tratamiento, e incluso me obligan a comer la misma comida que me causó la enfermedad, vale decir, que hacen todo lo

posible para no curarme; parece ser que el único propósito que tienen al recluirme aquí es el de castigarme porque me enfermé.

»Otra cosa que me hace sentir aún peor dentro del cuartel es lo bien que estoy cuando salgo. Lo que pasa es que desde que ando con Liliana han cambiado muchísimo las cosas para mí. Me siento muy, pero muy feliz; al lado de ella aprendí a valorar un montón de pequeñas cosas que antes ignoraba, y el gran cariño que siento por ella ha hecho hasta que me olvide un poco de mis magnánimos ideales y me dedique algo más a luchar por mi propia felicidad.

»¡Qué complicadas son estas cosas del amor! Esto se los digo por lo contradictorio que me resulta lo bien que me siento cuando estoy con ella, y lo que sufro cuando no está conmigo o pienso que puedo llegar a perderla (esto último es algo que no sé si podría asimilar).

»Para vos, Gastón, que estás algo más al tanto de mi romance, te puedo decir que, a pesar de que nuestras relaciones han mejorado muchísimo, todavía faltan kilómetros por recorrer y un montón de paredes de prejuicios por demoler.

»Algo más que tengo que contarles respecto del cambio que se está operando en mí es la pérdida de la seguridad en mí mismo que tenía antes, lo que creo se debe, por un lado, a que en estos momentos todo lo que me pasa depende del capricho o buena voluntad de los milicos y, por el otro, a que en mi relación con Liliana ella decide siempre, ya que estoy perdidamente enamorado y, por ende, entregado a su voluntad desde un principio.

»Quisiera contarles más cosas, pero me resulta muy difícil escribirlas, así que confío en que me perdonen nuevamente.

»Espero que ustedes mejoren su situación, que la vida en Ushuaia se les haga más agradable (ahora, si pudiera, no sólo iba a visitarlos sino que me quedaba a vivir allí), que Constanza esté como siempre y que Lucio crezca siguiendo el ejemplo de su hermana, su madre, su padre, etc., en fin, todos los buenos ejemplos que pueda tener en la familia. Un abrazo muy grande para todos ustedes,

»Martín

»P.S.: Si quieren escribirme algo, háganlo en una carta especialmente dirigida para mí».

La viuda de Perón gobernaba desde septiembre de 1974 bajo un régimen de estado de sitio. En febrero del año siguiente, su administración lanzó un operativo del ejército

regular contra la guerrilla del ERP que actuaba en los bosques de la provincia de Tucumán. Al mismo tiempo, fuerzas paramilitares conocidas como Alianza Anticomunista Argentina (la Triple A), bajo las órdenes del ministro de Bienestar Social, José López Rega, el famoso excabo de la Policía, luego astrólogo, profeta y paniaguado del General desde los tiempos del exilio madrileño, actuaban de manera clandestina, secuestraban opositores al gobierno y asesinaban sumariamente a presuntos o auténticos guerrilleros. El cerco se estrechó sobre los militantes de la izquierda extrema en las ciudades. Martín y sus amigos se preparaban para lo peor. El 27 de noviembre de 1975, día de su 22º cumpleaños, nuestro héroe había conseguido una licencia en el regimiento donde cumplía el servicio militar y había corrido a la casa de sus padres para pensar en un buen fin de semana con su novia. ¡Desgracia! Después de llamarla varias veces al estudio de arquitectura donde ambos trabajaban en la preparación de sus materias y no obtener respuesta, Martín comenzó a desesperar. Por fin, a las cuatro de la tarde, alguien llamó por teléfono y comunicó que un comando se había llevado a Liliana por la fuerza. Nadie conocía su destino. El joven B-B1 temió que, torturada, la muchacha revelase sus contactos y pronunciase su nombre. Un compañero de su regimiento había desaparecido y se decía que, conocida su participación en un grupo de izquierda, el jefe de la unidad había impartido la orden de matarlo sin contemplaciones. No había tiempo que perder. Martín puso un poco de ropa y dos libros en una mochila y partió de la casa de la avenida La Plata para siempre. De modo indirecto, estableció contacto con la madre de Liliana quien ya estaba al corriente de lo sucedido y había interpuesto un recurso de *habeas corpus*. Martín se refugió en el departamento de la familia de un amigo, en la esquina de las calles Bulnes y Tucumán. El lunes por la mañana, la policía aceptó haber arrestado a Liliana M y haberla transferido a una prisión militar. Su madre pudo visitarla esa misma semana. José Emilio y Leonor se dieron cita con su hijo en la iglesia de San Carlos. El diálogo fue devastador para todos. Martín ya era técnicamente un desertor pero su padre insistía de todas formas para que volviese al regimiento, aceptase un castigo y callara lo sucedido a su novia. Sería la mejor manera de disimularse y esperar. Martín se negó. Adujo que ya habrían sacado conclusiones funestas a propósito de él en el regimiento, que no estaba dispuesto a entregarse, que su misión era intentar el rescate de Liliana. José Emilio perdió la paciencia frente al dislate que entrañaba la planificación de

algo semejante. Su hijo hablaba de tirarse en paracaídas, de disfrazarse y colarse en la cárcel, de tomarla por asalto cuando se produjeran las acciones revolucionarias inminentes, encabezadas por el ERP y protagonizadas por el pueblo en armas. Leonor sentía un dolor indescriptible. Sólo atinó a decir que llamaría a la madre de Liliana para saber cuál sería el mejor medio de hacer llegar a la prisionera una carta de Martín, agregar algunos víveres y alguna ropa a los que seguramente ya le enviaban sus propios parientes. Como de costumbre, Leonor B1-B despertaba, hacía a un lado cualquier rencor antiguo y se volcaba a un ejercicio de la piedad cuando una persona ligada a su vida, aunque fuera por el lazo más leve, caía en manos del infortunio.

Martín no regresó al regimiento ni a la casa de los padres. Empezó su existencia clandestina y vagó de un refugio a otro. Es más, el 23 de diciembre de 1975, participó de lleno en la intentona que el ERP y los Montoneros, aliados por esa vez, realizaron contra un arsenal del ejército en Monte Chingolo. Los militares habían sido advertidos por un denunciante anónimo y esperaban, bien pertrechados, el ataque. Fue una masacre de guerrilleros de ambas organizaciones. Santucho, cabeza del ERP, y Firmenich, jefe de los Montoneros, escaparon de la matanza. Martín había sido el chófer del auto que, en medio de maniobras inverosímiles, alejó a Santucho del lugar. En la víspera de Navidad, al mediodía, los hermanos B-B1 se reunieron en secreto en un sendero del parque Lezica. Caminaron largamente, entraron en las grandes tiendas donde la gente hacía sus compras como si nada hubiera pasado la noche anterior. Martín contaba en voz muy baja las aventuras de Monte Chingolo y exclamaba que la alienación visible del pueblo, sobre todo la de las clases medias consumistas, acabaría en un santiamén apenas se produjese el levantamiento final. Gastón insistía en que le costaba mucho advertir alguna señal de adhesión de las masas a la violencia revolucionaria. Aconsejó a su hermano aceptar la oferta que sus padres le habían hecho de sacarlo del país. Martín se indignó: podía desertar del maldito ejército represor que ocupaba el propio país, pero nunca abandonaría a las fuerzas populares y, menos aún, a su novia. Gastón argumentó que Liliana ya no corría peligro pues su arresto había sido declarado y no era más que una persona «a disposición del Poder Ejecutivo» a quien nadie se atrevería a hacerle un daño irreparable. Martín se enfureció tanto que Gastón descartó el debate y se limitó a regalar al hermano un ejemplar de la *Breve historia del socialismo* de

George Lichtheim, que había llevado con ese propósito, escondido dentro del diario. Rogó a Martín que lo leyese pues se ilusionaba con que las esperanzas reformistas del texto convenciesen al revolucionario irreductible y lo condujeran a recapacitar sobre su futuro. Lo extraño del caso fue que nuestro biografiado aceptó el regalo y prometió hacer lo que Gastón le pedía. Martín dijo que le hubiera gustado encontrarse con Constanza, la sobrina a quien tanto quería, pero era consciente de los riesgos del asunto. Se despidieron con un beso frente al Hospital de Clínicas. Nunca más volverían a verse.

Las citas de Martín y su madre en las iglesias continuaron sin interrupciones. Tras el golpe del 24 de marzo de 1976, que derrocó a la viuda de Perón e instaló la tiranía más sangrienta de la historia argentina, el panorama de los B-B1 se hizo mucho más sombrío. Los espías y delatores abundaban; los bloqueos militares de las calles, destinados al control de la documentación de los transeúntes, se sucedían sin pausa. En mayo, una herida en la espalda de Martín se convirtió en un absceso purulento. Cuando Leonor lo encontró afiebrado y exhausto en la iglesia, consiguió convencerlo de que se ocultase en la casa de su prima Ada [léase el detalle de la cuestión en la biografía de **Leonor B1-B**] porque allí sería posible curarlo y cuidarlo. En efecto, José Emilio llevó a un amigo suyo, cirujano experimentado, hombre de gran coraje, el doctor Elías C, y entre los dos hicieron de anestesista, primer cirujano, ayudante de cirugía y enfermero. Martín mejoró pronto. Cuando fue capaz de quedarse sentado, quienes lo vieron dicen que leyó el libro de Lichtheim y escribió largamente. A finales de junio, estuvo restablecido por completo y decidió volver «a la acción», es decir, al vagabundeo y a las relaciones mortales. Ada y Leonor le imploraron que se quedase donde estaba, allí no corría ningún riesgo, pero él abandonó el lugar y sólo aceptó mantener las citas con su madre en los templos. El día 13 de julio, regresó a la casa de la madre del amigo en Tucumán y Bulnes. En la mañana del 14, los dos compañeros salieron a la calle. La señora los vio subir a un auto que los esperaba a unos metros de la puerta. Leonor perdió todo contacto con su hijo. Cuando, en 1982, a poco de haber regresado de Italia, Gastón presentó, por primera vez, un *habeas corpus* en beneficio de su hermano, el juez José Dibur se animó a solicitar por radio y televisión la comparecencia de testigos posibles de un arresto o desaparición de Luis Martín B (el abogado patrocinante fue nada menos que Luis Zamora quien, más tarde, se destacaría como uno de los fundadores del Movimiento al Socialismo,

diputado nacional y candidato a presidente de la República en las elecciones de 1995). La dueña del primer y último refugio de Martín se presentó a declarar y reveló, no sólo lo sucedido en la mañana del 14 de julio, sino la existencia de una llamada telefónica misteriosa, en la noche del mismo día. Alguien había preguntado por Martín o por su hijo. Gastón concluyó que la voz del teléfono debía ser la de un compañero que los esperaba y, al no verlos llegar, quiso comunicarse con ellos en el último destino conocido. Lo cual querría decir, tal vez, que Martín y su amigo habían sido detenidos, que se los había interrogado bajo tortura de inmediato y que no habían dado el brazo a torcer (la prueba era que quien llamó en la noche del 14 de julio estaba todavía vivo a esas horas).

Liliana permaneció en prisión hasta octubre de 1983, unos días antes de que se produjera el triunfo de Alfonsín en las elecciones convocadas por los militares tras su derrota humillante en la guerra de las Malvinas. Pero pasaron más de diez años antes de que Liliana y Gastón decidieran encontrarse. Concertaron una cita en un café del centro de Buenos Aires. Liliana contó que, alrededor del 31 de julio de 1976, dos oficiales del ejército la habían visitado en la prisión. No la golpearon, se limitaron a amenazarla si no confesaba su relación con el «peligrosísimo agente de la subversión apátrida» Luis Martín B, detenido y «neutralizado» según ellos explicaron a la joven encarcelada. Por lo tanto, era casi seguro que Martín había muerto entre el 14 y el 31 de julio. Los guerrilleros del ERP fueron concentrados y torturados en un barracón de Campo de Mayo. El general Santiago Omar Riveros ordenó arrojar a todos ellos, drogados pero vivos, desde un avión Hércules al lugar en donde el Río de la Plata mezcla sus aguas con el océano Atlántico. Luego, el barracón fue destruido. Es harto probable que Martín haya muerto en esas circunstancias, a los 22 años de edad, y que el general Riveros haya sido su asesino.

Luis Martín B-B1 fue alto, moreno, de ojos oscuros y piel muy blanca, un bello joven, ocurrente, gracioso, simpático, pero también algo temperamental y de sentimientos lábiles, a flor de piel. Besaba a su madre y a su novia con frecuencia, porque sí. Fue un hombre bien educado y despierto. Se sintió atraído por el estudio del latín al punto de escribir un ensayo estrafalario sobre «el juego universal», que volcamos en un apéndice de esta voz de la *Enciclopedia*. Conocemos sus virtudes porque ellas ocupan siempre el primer plano durante nuestras juventudes. De sus defectos, poco y nada sabemos: Martín no

alcanzó la edad necesaria para que cristalizasen y se hicieran evidentes ante los testigos que contaron su historia.

Iconografía:

La primera fotografía fue tomada en el cerro San Bernardo, en Salta. Martín tenía entonces 4 años. Era un chico risueño, según puede verse. En aquella época (febrero de 1958), no se estilaba dejar que la cabellera de los niños creciese a su aire. Antes del largo viaje al noroeste argentino, Leonor había llevado al hijo a la peluquería y, siguiendo las disposiciones paternas, que la joven madre no se molestaba en discutir por tratarse de detalles menores con los cuales, por otra parte, acordaba, el corte de Martín fue una «media americana». La risa deja ver sus dientes de leche, que el retratado creía se llamaban así por estar hechos de café con leche.

En la segunda imagen, cerca de cumplir la primera década de vida, la expresión sigue jocunda pero se reviste ya de la ironía que nunca más abandonó a nuestro personaje. El retrato con que se presentó al ingreso en el Nacional Central nos lo exhibe empeñado en parecer serio; sin embargo, hay un dejo de burla en el empaque y en la sonrisa contenida. Adviértase cómo regresa la pasión cómica en la foto de conjunto, hecha en 1967 en el gimnasio del Colegio Nacional de Buenos Aires, donde se ve a Martín en la última fila, la de los bandoleros de la clase.

Las tres tomas siguientes, desteñidas por haberlas producido una *Polaroid* de super-instantáneas, aparato de moda en esos tiempos, pertenecen a la crónica visual de un viaje al sur de Chile, al ventisquero del lago Argentino y a la Tierra del Fuego, que Martín y tres amigos del colegio realizaron en el verano de 1972. Los muchachos se habían recibido de bachilleres en noviembre del 71. Consiguieron que sus padres los premiaran y les financiasen la excursión hasta Ushuaia, «la ciudad más austral del mundo». Allí se los ve, bajo el cartel que recuerda las distancias que separan al confín de la tierra habitada de Buenos Aires y de La Quiaca, una ciudad en el extremo norte de la Argentina sobre la frontera con Bolivia. Martín es el del mechón enrulado sobre la frente. El hecho de que se muestre primero en el tope del tobogán lleva a pensar que él inspiraba los disparates del grupo. La diversión habrá alcanzado un clímax en la escena de los cuatro amigos (Martín es el del gorro de Davy Crockett) que simulan roer, al modo de los hombres primitivos, los restos de carne en la osamenta de un animal prehistórico. Precisamente, allí estaban en las cercanías de la Cueva del Milodón, en la región magallánica al sur de Chile. Pero Martín quedó no sólo encantado de los paisajes y de las

bellezas de la selva austral, de lo espléndida ciudad que resulta Punta Arenas con sus palacetes, las telas de oriente en sus negocios, los teatros, la banda con *Glockenspiel* portátil que sale los domingos a tocar en la plaza, sino transido de entusiasmo por la experiencia política del socialismo bajo el gobierno de Salvador Allende. Los viajeros palparon esas emociones enaltecedoras en los chilenos con quienes hablaron, en los *graffiti*, en los murales que cubrían las tapias de Punta Arenas.

Foto para la licencia de conductor de automóviles, marzo de 1972: ¿Cómo pudo una cara tan risueña sufrir esta metamorfosis veloz rumbo a la circunspección? La última fotografía es el retrato de Martín que lo identificaba en su libreta universitaria. Se ha disipado el jolgorio y, en su lugar, domina la melancolía. Quizás había tomado conciencia de la llama que necesitaba y que Liliana llevó a su vida. Se trata de la imagen elegida por su familia y exhibida en los desfiles por los desaparecidos que invaden las calles de Buenos Aires en los aniversarios del golpe militar de 1976. Parece patético terminar la biografía de Luis Martín B con el recuerdo de esa fecha trágica. Exploremos, por ello, un instante el resplandor de su cara morena, la delicadeza de sus proporciones, los rasgos africanos de su boca y los españoles de sus cejas pobladas. La cara final de Martín es una suerte de nudo de bellezas e infortunios heredados. Como diría la madre que cumple 100 años en el film de Saura, ¡cuánta estupidez, cuánta crueldad inútil! hubo en la desaparición de ese hombre joven y de tantos miles.

Apéndice:

LUDUS UNIVERSALIS VEL BENEDICTI SPINOZAE MUNDI VISIO A NOVIS PRINCIPIIS EMENDATA, A LUDOVICO MARTINO BONAERENSI, AUCTORE PARUM NOTO, PHILOSOPHO SE DICENTE, CUM IMAGINIBUS A LEONARDO VINCEO MAGNO PICTORE DESIGNATIS ILLUSTRATUS. [Aparentemente, el texto que aquí sigue fue redactado en junio de 1976, cuando Luis Martín tuvo unos días de respiro en la casa de la tía Ada. Es poderosa la tentación de comparar el episodio con el protagonizado por Condorcet cuando, acosado por fuerzas y temores semejantes a los que enfrentaba nuestro personaje, escribió el *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, un ensayo tan optimista como éste. Lo mismo que Luis Martín, Condorcet encontraría la muerte poco tiempo después de los días de su escritura.]

Editio princeps: Bonaerensi Urbe, apud fratres Preatones,

MCMLXXXV.

Hectori Ciocchino, amico dilectissimo.

I. De perspectiva artificum volvendo scribendoque, magnam, prope inextricabilem, sensuum et mentis coincidentiam quam illa implicat frater meus Vedastus miratus est. Certe pictorum et architectorum constructio, per simplificationes vel conditiones quas sensibilibus ea iniungit et propter essentiam suam quae intellectus sensibiliumque materialis actionisque congressus quodammodo appellari potest, tamquam scientiae operandi modi archetypus erigitur. Omnia ea nos, fratres B-BI, in mirabilem mundi et humanae cogitationis respondentiam oculos iterum convertere et substantiam Spinozae unam meminisse fecerunt. Ab adulescentia tempore iudaei ratio philosophi nos traxit et commovit. Eomodo quo I.B. Singer dixit, ego in idea qua hoc folium quo scribo, aliqua musca, quaedam nugae essentiae modi divinae essent multo oblectabar. Sed tunc subitaneam cupiditatem habui: substantiam unicam Universum esse accipiendo, novum systema quod ab nostri saeculi Physicae praecipuis inventionibus ad Ethicam super libertatis notionem aliam quam Spinozae constructam complectaretur aedificare volui. Altera existimatio in eandem viam me impulit; hoc est, a philosophi Max Scheleri totius arborem sapientiae erigendi animo, nihil simile conari Philosophia, tantum sollicita humanae existentiae vel sermonis quaestiones develanda. Vere physici moderni systematis constructionem tentaverunt: Albertus Einstein etiam a Spinozae principiis id excogitavit et recens Herbertus Reeves super eadem maxime solidissimam contentionem fecit. Confiteor de Physica cognitiones meas particulares esse. Quispiam quaerere posset cur locum pluris sciendi et maiori fundamento non exspecto. De quo respondeo me potissimas modernae Physicae rationes satis cognoscere ut quam philosopho scribendo. Praeterea meam fidem obligo ad illae naturalis scientiae scholas frequentandum et toties systema meum expurgare quotiens id necessarium sit. Sed nunc mirum desiderium me idearum picturam texere propellit.

Explananda est causa a qua lingua Latina utor necnon Hispanorum lingua quae tam dulcis, fluens et definita est. Vero autem lenta meditatione opus est: ad quod extraneum organon sermocinale melius quam patrius sermo quoniam hic cum nimia facilitate et copia discurrit. Lingua Latina ut ante singula verba morer et de quaque conversione cogitem cogit. Ceterum haesitatio et timiditas me non deserunt; meorum lectorum properam repulsam timerem si scriptum in Hispaniense lingua esset et ob eam rem lectio necessaria quiete careret. Forsitan paucum conamen erga me clementiores legentes faciat. Suspicor aliquem me superbum, sicut

«militem gloriosum», esse censere posse, quod ultra ante Galilei aetatem exponendi modum scientiae vel Philosophiae retardem. Ostentatio propositum meum non est sed animi verorum philosophorum intentionem trahere, quia aliomodo, verbi gratia vulgare scripto, illi simpli opus Philosophiae cupidi sine priori lectione reicere potesserunt. Nec vulgum contempnendum habeo; longe aliter has meditationes eum profore puto et prudentis censuram populi maxime accipiam. Ubi nonnullis intersit translatio, ego ipse eam in Hispana lingua imprimis faciam. Iterum producere laboris condiciones renascentium philosophorum quam Leonardi Bruni, Pici Mirandolani, Ficini, Jordani Bruni et Spinozae, qui quotidie in foro vulgari lingua loquebantur et postea in studio Latine cogitabant et scribebant, quoque volui.

II. Ignoramus an Universus aeternus sit. A hodiernarum conditionum deductione et extrapolatione, a Einsteinii gravitationis generali aequatione et praesertim a linearum spectralium galaxiarum remotissimarum ad rubrum declinationis phaenomenis, a magna explosione quae definito temporis puncto evenit et ab Anglis Americae Big-Bang nominatur hunc Universi statum procedere solum scimus. Quomodocumque de possibilitatibus Universi existentiae ante explosionem pervagari possumus et haec postea faciemus quia, quamvis res infrequens nobis videatur, illae cogitationes Ethicae annectendae sunt. Scio magnae momentum explosionis a Relativitatis theoria quam «singularitas spatiotemporalis» intelligitur, ita quando omnis Universus talis singularitas esset de quo ante explosionem quaerere sensu careret. Nec spatium neque tempus neque in consequentia possibili eventi ante illam existiterunt. Sed propria Relativitas recens apud singularitatem deficere agnovit et Quantorum mecchanica adhuc nihil de re dicere potuit. Universi theoria una solum physica quae principia Relativitatis et Quantorum mecchanicae congregat deest. Eo ad quaestionem de quo ante explosionem physicam responsionem non habemus. Ex ethicis considerationibus postea inquiram. [En 1976, cuando Martín escribió este ensayo, el modelo unificador de los *Quarks* estaba ya instalado en la física de avanzada, pero digamos que las verificaciones experimentales de la cromodinámica cuántica se abrían paso, precisamente, en la década del 70: la existencia del *quark-encanto* se demostró en 1974, la del *quark-belleza* en 1977 y la de su par, el *quark-verdad*, sólo en 1995. Ni qué decir de la teoría de las supercuerdas, otro intento teórico unificador que se hizo viable a partir de 1986, momento en el que Michael Green, John Schwarz y Edward Witten plantearon la posibilidad de un enrollamiento de las dimensiones superiores a

la cuarta en la descripción del modelo. Los trabajos de Juan Maldacena, que exploran la equivalencia entre la teoría de las supercuerdas en un espacio Anti-de-Sitter y el campo unificado que buscó Einstein, se remontan a mediados de la década del 90. Nada de todo ello pudo conocer el joven B-B1 cuyo texto físico-filosófico publicamos.]

Substantia quae explosuit una erat et de ipsa tota substantia praesens procedit. Realiter prima et ultima unius eiusdem substantiae status diversi sunt. Solum tempus inter utrosque status explicavit. Ergo substantia unica fuit, est et erit: fuit a magnae momento explosionis, est hodie et erit ad probabilem Universi finem de quo posthac loquar. Haec substantia una et totalis alia non est quae ex priscis Deus appellatur. Sic Praesocratici philosophi eam perpenderunt, sic Benedictus Spinoza eam nominavit. Tamen notio mea aliquanto dissimilis idearum horum philosophorum: Substantia unica -vel Deus- perfecta, immutabilis, praedefinita non fuit nec est nec erit. Nihilominus quod ad futura attinet quamdam perfectionis possibilitatem existere credo, quod supra explicabo. Neque id puto quod Universus per status perfectionis semper maioris erit, ut Leibniz exposuit. Ista substantia unica instabilis, mutans, aliquo indeterminata, imperfecta est. Etiam ambigua vel anceps, quia iam per primum secundum post explosionem inter elementales particulas et electromagneticam irradiationem divisa est. Una et alterae quamdam «sorbitionem» homoemerie dispositam, prope inextricabilem, formaverunt. Irradiatio ex eo tempore frixit et energiam perdidit dum particulae in structuris usque amplificatioribus constitutae sunt, quae maiores energiae quantitates ad ipsam constitutionem quaesiverunt (Lex entropiae). Anno a magna explosione centessimo millessimo circa primae particulas stabiles -atomi hidrogeni neutri et helii- formatae sunt. Tam electromagneticae irradiationis impulsio supra particulas minuit ut homoemeria Universi dispositio in summa cecidisset. Irradiatio et particularum materia digressae sunt: pristina «sorbitio» abiit. Sed substantia hoc modo transformata una semper mansit; ea fuit simul irradiatio et particulae et paulo magis energiae commercium inter unam et alteras et legum systema a quo hoc commercium et particularum constitutio et irradiationis refrigeratio rexuntur. Itaque ista substantia indissociata vel Deus fuit simul materia et intellectus et spontaneum elementum quod in illis processibus adidit. Nec indeterminationis principium Quantorum mecchanicae neque complementarietatis principium spontaneorum rationem reddunt quoniam haec principia ad mundum non referuntur sin autem ad humanam cogitationem. [No, nuestro autor se ha equivocado en este punto. La indeterminación es la

faz experimental de la progresión de la energía por *quanta*. El comportamiento mismo de la naturaleza impone la indeterminación de las medidas que conciernen a la velocidad y a la posición de una partícula cuando pretendemos tomarlas simultáneamente.] *Spontanea in phaenominis quae Physica vorticum appellata hodie examinat apparent. Leonarde, si vixisses.*

Quapropter mirabilis discrepantia in substantia primigenia existitit quia haec frigescere opportuit ut partes suae vel modi sui formas usque ordinatiores et locupletiores assumpsisserunt. Ergo a principio substantia una vel Deus voluntatem a intellectu et materia non separandam habuit. Haec voluntas cupiditas ordinationes sempre maiores formandi fuit et adhuc est. Expansio a magna explosione necessaria fuit ut eo voluntas divina se exercuisset. Sed eadem expansio divinae actioni frigore, quem ista secum fert, minata est et minatur et minabitur. A quo iterum deducimus Deum perfectum non esse neque omnipotentem. Et si addimus spontanea quae in vorticibus particularum et deinde atomorum apparuerunt Deum omniscientem non esse inferre possumus. Sed quamquam Deus nec perfectus neque omnipotens neque omnisciens sit, excellentia, potentia et scientia Suae semper gradus maximus excellentiae, potentiae et scientiae in Universi dato temporis puncto sunt, quoniam eae excellentia, potentia et scientia Totius vel substantiae unicae sunt. Quod non significat, ut videamus, gradum excellentiae, potentiae et scientiae Dei in quodam momento necessarie maiorem quam eundem gradum in antecedenti momento esse.

A toto quo propositum Dei existere scimus, videlicet sine spontaneorum amissione structuras continenter divitiores formare tametsi Universus totus ad frigescendum tendat.

A atomis simplicibus inhomoemeria Universi hactenus accrescevit. Atomi graviores quam primi usque ad constitutionem duorum et nonaginta elementorum quorum aliquae inter ultima instabila redeunt, moleculae ab atomorum coiunctione generatae, sidera, astra, stellae, stellarum cumuli, galaxiae per multa milia deciens centenas milia annorum formata sunt. Incerta adeunt futura horum materialium modorum substantiae unicae vel Dei. Ignoramus utrum Universus semper expandat (Universus apertus sit) an Universi expansio aliquo tempore futuro cesset et tunc contractio incipiat (Universus clausus sit). Deuterii cosmici quantitas est vestigium quo Universi natura sive aperta sive clausa deducatur. Sed istae quantitatis determinationes adhuc non tantae exactae sunt ut decretoriam conclusionem inferamus. Itaque a materialibus Universi modis quos examinavimus de futuribus substantiae unicae et divinae nihil scire possumus. Ethica de re nobis hypothesem dabit.

Aliquis inter Hegeli dialecticae notionem et meam de implicita divisione in primigenia substantia ideam similitudines reperire possit. At a ista divisione partes et sui mutui respectus et suae modificationes aequalia temporali sensu manent, ita ea momentis Hegelianae dialecticae, quae per tempus affirmationem, negationem et negationis negationem volvit, assimulanda non sint. Insuper id quod spontanea apellavimus plane necessariam divisionis explicationem impedit. Et haec contingentia, ut videatur, cum ipsa explanatione auget.

III. Nunquam ad datum momentum substantia divina in sinu eiusdem moleculas cum vi a se exactum et exemplar generandi non generaverat. Quando definite moleculae cum tali vi apparuerint non scimus. Calculi recentes abhinc quinque centenis deciens centenis milibus annis circiter illarum formationem ponunt. Etiam has moleculas tantum in Terra advenire ignoramus. Verissimilissimum est autoduplicandae moleculae in innumerabilibus Universi locis existere, substantia una in incomputabilibus ipsius partibus eam quae materiam vivam appellamus produxisse. Quomodocumque huius classis moleculae in Terra DNA catenae sunt: illae non solum a se denuo aeque faciendi potentiam habent verum etiam synthesi proteinarum quae textila viva constituunt imperant. A quo DNA catena codex geneticus nominatur. Differentiae in quatuor capitalium nucleotidorum proportionibus differentias inter species vivas determinant. Qua ratione differentiae adveniunt? Eae a mutatione soli nucleotidorum paris in DNA catenae annulo ocurrere possunt. Si multas istarum mutationum causas cognoscimus, calculi cum ordinatoribus duas partes ex quinque partibus pro toto mutationum indeterminatas demonstrant. Hoc est, mutationes magna ex parte fortuitas esse. Ergo cum materia viva pondus spontaneorum in substantia universali augere videmus. Modi possibiles substantiae divinae sed etiam gradus eiusdem indeterminationis crescunt. Potentia et intelligentia Dei maiores fiunt quamvis spontanea proportionaliter augmentent. [Luis Martín fue un lector entusiasta de libros sobre Darwin. Llama la atención entonces que no haya tenido en cuenta la posibilidad de introducir en este punto la teoría de la evolución la cual, combinada con la biología molecular, proporciona en nuestros días las mejores explicaciones de los cambios genéticos que condujeron a la multiplicación de las especies vivas. De todas maneras, ese giro hubiese tenido una originalidad digna de un gran premio, si tenemos en cuenta que el texto fue escrito en 1976 y que la llamada «evolución molecular» se ha constituido como disciplina en los últimos veinte años.]

Aliqui vitam contra entropiam materiae ordinationem esse

considerunt, quod stricte sensum caret quia entropia antehac et specie dum expansio Universi persequatur lex inviolata manet. Duplicatio DNA molecularum ex nihilo non fit, sed ea materiam a vicinitate trahit et enzimarum energia indiget. Tamen conversio «vita quoddam contra entropiam principium continet» metaphoricum et teleologicum sensum habere potest, cum vita divitissimae suae constitutionis deminutioni quam mortem vocamus tenaciter resistat. Haec defensio contra magnae dissolutionem temperationis vel mortem indicaret ut voluntas divina ad excellentiam supra entropiae legem quoddammodo intenderet. Sicut perfectio absona ab entropia ultimum Dei propositum esset.

Nunc gravem quaestionem ponere debemus. An de vita Dei ante ortum materiae vivae in substantia unica loqui possibile est? Si materia, energia, intelligentia et voluntas a principio unicum constituunt, vita quam potentiae generandae et volentis significatio substantiae uni vel Deo tribuenda est. Sed ista vita diffusa et non singularis fuit. Ut videatur vitae singularitas vel «individuatio» possibilitatum maioris ordinationis et spontaneorum gravitationis incremento opus esse. Etiam tunc voluntas divina a se ipsa clarior manifestavit. Quapropter vitam sensu strictu a vita sensu lato ante materiae vivae formationem discernemus.

Item intelligentia a individuatione in ultimis specierum vivarum annulis submissa fuit. Animales recens prodeuntes -inter quos homo maximus exemplum- sedes intelligentiae singulares conversi sunt. Nihil supra intelligentiam in Terrae plantis dicere possumus quamquam ullae investigationes de re hocdie fiant. Mirificum foliorum et florum cogitationes cognoscere sit. Evidentiae intelligentiae individuationis quoque aliis planetis et ultra Solis systemam quaeruntur. Quod a me attinet cum Bruno vitam et semina intelligentiae singularis ubicumque in Universo existere credo. Semper pulchra et augusta in immensitate infinita vitae varietas sit.

IV. Homo et aliae possibiles in summo gradu intelligentiae speculum Dei sunt. A quo Scripturae hominem e Dei imagine et similitudine factum esse dicunt. Quia solum per individuationes intellectus divinus se ipsum et proposita Sua distincte percipere potest. Propter hominem in hoc Universi puncto maximae possibilitates novarum ordinationum ampliorum quam antecedentium irruperunt et spontanea ad summam explicationem consecuta sunt. Quoniam in hac Terra homo animal cum facultate se ipsum velut partem substantiae unius distinctam videndi est. A quo ille capacitatem innumerabiles Universi partes vel Dei modos distinguendi habet. Hoc est quod Martinus Buberus ingenium parem verborum «Ego-Illud» enuntiandi appellavit. Cum istis partibus homo

magnas materiales et intellectuales constitutiones fecit: is artes, scientiam, Philosophiam et politicam aedificavit. Sic ille a se ipso exiit, transcendit, eodemmodo quam Proteus in aliis mutavit sed ad se ipsum rursus rediit. Hoc motus dialogus nominari potest. In Buberi verbis, hominem entem dialogicum vel possidentem ingenii vim parem verborum «Ego-Tu» pronuntiandi dicere licet. Noster Josephus Isaacson imprimis parem «Ego-Tu» cum substantia Spinozae una retulit. Ista facultas fundamentum humani motus cui amorem apellamus est. Ausim utrumque eandem rem esse dicere. Nitide videtur ut homo spontanea ad suarum constructionum elementa eligendum, sermonem conferendum et amorem experiendem maxime immittit. Spontanea in humanitate quae libertatem vocamus sunt. Prae libertate actiones humanae magna ex parte indeterminatae sunt. Quamobrem substantia una vel Deus humana consilia non noscit antequam homines singulares id quod illi faciant statuant. Solum indeterminatio hominum factorum - scilicet inexistentia divinae praescientiae- occasionem inter bonum et malum valenti sensu discernendi facit.

Dicebamus propositum Dei in homine vel aliis similibus intelligentiis a ipso Deo clare videtur. Cognitio finis desiderabilis ante hominem existit sed distincta non fuit. Verbigratia animales a instincto cum morte luctantur. Dum homo pugnam contra dissolutionem divitissimarum ordinationum, quas is in mundo invenit vel a se ipso in perpetuum construit, prope quam fatum suum perpendit. Ut ille formas locupletiores libertatem non abrogando erigere debet, idem tanquam quidam Sisyphus scit. Bonum est ad ea propendere, totam vitam protegere et vitae significationes usque altiores quaerere. Malum est a metu proelio pro vita committendi substantiae unicae diminutionem accipere et fovere. Malum non est error neque id a illusione de affectibus nostris sequitur. Malum privatio boni unice non est sed semper aliquid prave concretum in eo clauditur. Quod est humanum decretum contra mortem duellum vel certamen reiciendi. Ex eo actiones cum effectibus pulchras a natura vel homine constructiones et spontaneorum libertatisque surrectionem delentibus fiunt. Istae consequentiae a substantia divina alienae non sunt sed etiam in pectore Dei sicut ima vulnera existunt. Malum a principio alio quam unica substantia provenire non potest. Itaque id ad Deum attinet autem necessarium non est namque malum libertatis contra se ipsam rebellatae effectus paradoxon est. Non modo mors verum etiam dolor mali manifestationes in substantia divina sunt. Hoc magnae religiones nos docuerunt: adhuc dolor in summa sinus Dei profunditate pulsat. Quod cruciamenta Yahvis servi, passio Christi, tribulationes Mahometi et Gautamae lumina revelaverunt.

Iterum tunc dicamus ut bonum pro vita contra dolorem pugna, ad postremum entropiam vincendi cupiditas est. Vita, fundamentum Ethicae ultimum, sempre maximo pretio homini inter Dei modos in Universo esse debet. Nihilominus multis in rebus a optatione pro mortem singularis hominis bonum germinare solet. Saepe sacrificii sui ipius electio quam heroica boni significatio videtur. Sic recte et probe agimus. Vita maximo pretio essenda, novum paradoxon est ut magna ex parte historiam velut seriem heroum qui vitam propriam tradidunt actionum iure iudicemus. Accidit ut istae actiones pro aliorum vitam et libertatem factae sunt et fiunt. Sed hominum consociationes quae talia facta ab hominibus exigunt corruptae, morbidae, praeter rectam viam sunt. Ut bonum heroicarum effectus actionum sit necessarium non est. Contra, desiderabile sit ut bonum et simplex felicitas usque conveniant.

Hominum historia tamquam pro bono amplificationes intelligi potest. Ista quoque a primitiva confusione per continuas singularitates ad maiores ordinationes et libertatis gradus increbrescuit. Nunc individuationum tempus excedi debet et certamen nostrum sine libertatis pernicie cum nova inter naturam et homines concinnitate in erigendo super collectiva societates consistit. Vero propositum altius quam hoc humanitatis surgit.

V. Quacumque Universi evolutione cuius physicas possibilitates iam consideravimus, forsitan homo ei decretorie intervenire possit. Etiam talis interventus scientiarum, artium, Philosophiae, politicae summum consilium esse oportet. A nobis conscientia habenda est ut actio nostra quamquam exigua ad finem Universi momentum habeat. Si pro vita, substantia divina entropiae excellere possit; si pro degradatione, substantia unica a densitate in Universo materiae (praesertim deuterii cosmici) et ab entropia constituatur. Si quando ista densitas minor quam quaedam quantitas esset, sine hominis vel aliarum intelligentiarum interventu autem insufficienti vel pro dissolutione Universus frigesceret et vita stingueret. Si densitas materiae maior quam ista quaedam quantitas esset, eisdem condicionibus Universus conglobationem in definito momento inciperet, rursus ad «spatiotemporalem singularitatem» adveniret et iterum magna explosio fieret. Forsitan ante explosionem quae hunc Universi statum generavit una vel plures explanationes similes ultimae descriptae fuerunt, homo et aliae possibiles intelligentiae singulares non existiterunt aut eorum actiones vel pro morte vel non sufficientes ad impediendum completam conglobationem fuerunt.

Sed fingamus ut pro vita laborando homo vel alliae intelligentiae quodammodo entropiam eludere consequantur. Excogito ut hoc obtineatur per expansiones et conglobationes omnis Universi particulares et invicem succedentes. Forsitan in futuris intelligentiae

istis amplificationibus et contractionibus imperandi facultates habeant. Tales intelligentiae nos simus, vel alii entes vel filii a nostra et illorum sanguine nati sint. Forsitan nos quam homines singulares immortales simus, in quo haesito. Credo potius ut mortem inter conglobationis periodos fugiamus et quam singularitates inter expansiones spatia pereamus. Per nostra pro vita opera immortalitatem solum participabimus. Etiam nunc in isto Universi statu timoris et mali et doloris possibilitates non aberunt quoniam aliqui in vitas suas singulares proferendum in contractionis tempore ad incipiendum necessariam expansionem nolle possint. [Imprescindible para el mantenimiento del ciclo y la conjura de la entropía en la fase expansiva.]

Quomodocumque tum Universus apud perfectionem se habebit. Incogitatae urbes, aedificationes, materiales et intellectuales constructiones, macchinae, pulcherrimae picturae explebunt innumerabiles planetas et stellas circumagent. Deus musica immarcessibili totus plenus erit.

JUEGO UNIVERSAL O LA VISIÓN DEL MUNDO DE BENITO SPINOZA CORREGIDA A PARTIR DE NUEVOS PRINCIPOS, POR LUIS MARTÍN DE BUENOS AIRES, AUTOR POCO CONOCIDO, QUIEN SE AUTODENOMINA FILÓSOFO, ILUSTRADO CON IMÁGENES DIBUJADAS POR EL GRAN PINTOR LEONARDO DE VINCI.

Edición príncipe: Buenos Aires, Imprenta de los hermanos Preatoni, 1985.

A Héctor Ciocchini, amigo muy querido.

I. Al ocuparse y escribir sobre la perspectiva de los artistas, mi hermano Gastón se admiró de la coincidencia grande y casi inextricable de los sentidos y de la mente que ella implica. Por cierto, esa construcción de los pintores y los arquitectos se ha erigido casi en un arquetipo del modo de obrar de la ciencia, merced a las simplificaciones o condiciones que impone a las sensaciones debido a su propia esencia, la cual bien podría ser llamada concierto entre, por un lado, el intelecto y las sensaciones y, por el otro, la acción material. Todas estas cosas hicieron que nosotros, los hermanos B-B1, volviésemos los ojos otra vez a la correspondencia maravillosa del mundo y del pensamiento humano y recordásemos la sustancia única de Spinoza. Desde nuestra adolescencia, el razonamiento del

filósofo judío nos atrajó y conmovió. Del mismo modo en que Isaac Bashevis Singer lo dijo, me divertía mucho con la idea, sobre la que escribo en este texto, de que una mosca y unas migas sean modos de la esencia divina. Pero tuve entonces un deseo repentino: tras aceptar que el Universo es una sustancia única, quise edificar un sistema nuevo que abarcase desde las invenciones principales de la Física de nuestro siglo hasta la Ética, construida sobre una noción de la libertad diferente respecto de la de Spinoza. Otra consideración me impulsó por el mismo camino, esto es, que desde el intento del filósofo Max Scheler por erigir el árbol de toda la sabiduría, nada semejante se propuso la Filosofía, tan ocupada como estuvo en la elucidación de las cuestiones del discurso y de la existencia humana. Aunque, en verdad, los físicos modernos ensayaron la construcción de un sistema: todavía Albert Einstein lo concibió posible a partir de los principios de Spinoza y, poco tiempo ha, Herbert Reeves hizo un gran esfuerzo, muy sólido, en el mismo sentido. Confieso que mis conocimientos de Física son parciales. Alguien podría preguntar por qué no espero a saber más del asunto y con mayor fundamento. A lo que contesto que creo conocer lo suficiente los conceptos principales de la Física moderna como para escribir en cuanto filósofo. Prometo además frecuentar las escuelas de esa ciencia natural y corregir todo mi sistema cuantas veces sea necesario. Pero ahora un deseo extraordinario me empuja a realizar la pintura de tales ideas.

Debo explicar la causa de por qué uso la lengua latina y no la de los españoles que es tan dulce, fluida y precisa. El asunto es resultado de una lenta meditación, pues una herramienta verbal extraña es mejor en este caso que la lengua materna, que discurre con abundancia y gran facilidad. La lengua latina me obliga a detenerme ante cada una de las palabras y a pensar en su traducción. Por otra parte, no me abandonan la duda ni la timidez; pues temería el rechazo de mis lectores si hubiera escrito en lengua Española y que, por ello, la lectura careciese de la calma necesaria. Tal vez un pequeño esfuerzo hará también a los lectores más clementes para conmigo. Sospecho que alguno considerará que soy un soberbio, una suerte de «soldado fanfarrón», y hago retroceder el modo de exponer la ciencia o la Filosofía a los tiempos anteriores a Galileo. Mi propósito no es la ostentación sino atraer la inclinación del ánimo de los verdaderos filósofos, quienes, del otro modo, si yo hubiese escrito en lengua vulgar, habrían podido, como buenos amantes de la Filosofía, rechazar la obrita sin una lectura

previa. Y tampoco desprecio al vulgo; por el contrario, entiendo que estas meditaciones le han de ser útiles y estoy dispuesto a recibir la censura del pueblo prudente. Y si acaso alguien se interesase en una traducción, yo mismo haría imprimirla en español. Por otra parte, quise reproducir las condiciones de los filósofos del Renacimiento, como Leonardo Bruni, Pico della Mirandola, Ficino, Giordano Bruno y Spinoza, quienes todos los días hablaban en la plaza en lengua vulgar y luego pensaban y escribían en Latín en su gabinete.

II. Ignoramos si el Universo es o no eterno. A partir de lo que deducimos y extrapolamos de sus condiciones actuales, mediante la ecuación general de Einstein sobre la gravitación y teniendo en cuenta los fenómenos de desviación hacia el rojo de las líneas espectrales de las galaxias más remotas, sólo sabemos que el estado presente del Universo procede de una gran explosión, ocurrida en un punto definido del tiempo, que los Angloamericamos llaman Big-Bang. De todas maneras, podemos especular acerca de las posibilidades de la existencia del Universo antes de la explosión, cosa que haremos pues, aun cuando nos parezca extraño, esas lucubraciones están vinculadas con la Ética. Sé que el momento de la gran explosión es considerado como una «singularidad espacio-temporal» por parte de la teoría de la Relatividad y, en consecuencia, carecería de sentido preguntarse qué sucedía antes de la explosión cuando todo el Universo se encontraba en una singularidad semejante. Pues ni el espacio ni el tiempo ni, por ende, ningún acontecimiento posible existieron antes de aquélla. La propia Relatividad reconoce hoy su falla explicativa respecto de la singularidad y la mecánica de los *Quanta* tampoco nada pudo decir del asunto. Falta además una teoría física del Universo capaz de unir los principios de la Relatividad y de la mecánica cuántica. Por lo tanto, no tenemos una repuesta física a la pregunta sobre lo ocurrido antes de la explosión. Más adelante investigaré el asunto a partir de consideraciones éticas. (En 1976, cuando Martín escribió este ensayo, el modelo unificador de los *Quarks* estaba ya instalado en la Física de avanzada, pero digamos que las verificaciones experimentales de la cromodinámica cuántica se abrían paso, precisamente, en la década del 70: la existencia del *quark-encanto* se demostró en 1974, la del *quark-belleza* en 1977 y la de su par, el *quark-verdad*, sólo en 1995. Ni qué decir de la teoría de las supercuerdas, otro intento teórico unificador que se hizo viable a partir de 1986, momento en el que Michael Green, John Schwarz y Edward Witten plantearon la

posibilidad de un enrollamiento de las dimensiones superiores a la cuarta en la descripción del modelo. Los trabajos de Maldacena, que exploran la equivalencia entre la teoría de las supercuerdas en un espacio Anti-de-Sitter y el campo unificado que buscó Einstein, se remontan a mediados de la década del 90. Nada de todo ello pudo conocer el joven B-B1 cuyo texto físico-filosófico publicamos.)

La sustancia que explotó era una y de toda ella procede la sustancia del presente. En realidad, la primera y la última son estados diferentes de una única y misma sustancia. Sólo el tiempo se ha desplegado entre ambos estados. Por lo tanto, única fue la sustancia, lo es y será: lo fue en el momento de la gran explosión, lo es hoy y lo será en el fin probable del Universo del cual luego hablaré. Esta sustancia, una y total, no es sino la que es llamada Dios desde el tiempo de los antiguos. Así la juzgaron los filósofos Presocráticos, así la denominó Benito Spinoza. Pero mi noción es algo diferente de las ideas de esos filósofos: La sustancia única -o Dios- no fue ni es ni será perfecta, inmutable y predeterminada. Sin embargo, respecto del futuro, creo que existe alguna posibilidad de perfección, según lo que más abajo explicaré. Pero no pienso tampoco, como Leibniz expuso, que el Universo siempre estará en un estado de mayor perfección. La sustancia única es inestable, mutante, hasta cierto punto indeterminada e imperfecta. Es más, ambigua y equívoca, porque ya en el primer segundo después de la explosión se dividió entre las partículas elementales y la irradiación electromagnética. La una y las otras formaron una suerte de «sopa» homogénea, casi inextricable. Desde entonces, la irradiación se enfrió y perdió energía mientras que las partículas se organizaron en estructuras más amplias, que exigieron mayores cantidades de energía para esa organización (Ley de entropía). Cerca de cien mil años después de la gran explosión, se formaron las primeras partículas estables, los átomos de hidrógeno y de helio. El empuje de la radiación electromagnética sobre las partículas disminuyó, de modo que la disposición homogénea del Universo cedió. La radiación y la materia de las partículas se separaron: la «sopa» primordial desapareció. Pero, aún transformada de este modo, la sustancia siempre permaneció una; ella fue al mismo tiempo radiación y partículas y el intercambio de energía entre la una y las otras y el sistema de las leyes por el que ese intercambio, la formación de partículas y el enfriamiento de la radiación se rigieron. En consecuencia, tal sustancia indisociada o Dios fue a la vez materia, intelecto y

el elemento espontáneo (azaroso) que se agregó a esos procesos. Ni el principio de indeterminación de la mecánica cuántica ni el principio de complementariedad explican los fenómenos espontáneos, pues esos principios no se refieren al mundo sino más bien al conocimiento humano. (No, nuestro autor se ha equivocado en este punto. La indeterminación es la faz experimental de la progresión de la energía por *quanta*. El comportamiento mismo de la naturaleza impone la indeterminación de las medidas que conciernen a la velocidad y a la posición de una partícula cuando pretendemos tomarlas simultáneamente.) Los elementos azarosos aparecen en los fenómenos que hoy estudia la llamada Física de los remolinos. ¡Ay, Leonardo, si vivieras!

Por ello existió una discrepancia admirable en la sustancia primigenia, porque ésta debió enfriarse con el fin de que sus partes o sus modos asumiesen formas más ordenadas y más ricas. En el principio, la sustancia única o Dios no tenía la voluntad separada del intelecto y de la materia. Esa voluntad fue un deseo de formar siempre mayores organizaciones y todavía lo es. La expansión fue necesaria tras la gran explosión para que la voluntad divina fuera ejercida. Pero la propia expansión de la acción divina fue, es y será minada por el frío que ella lleva consigo. Por lo que deducimos que Dios no es perfecto ni omnipotente. Y, si agregamos el azar que apareció en los remolinos de las partículas y, más tarde, de los átomos, podemos inferir que Dios no es omnisciente. Pero aunque Dios no sea perfecto ni omnipotente ni omnisciente, la excelencia, la potencia y la ciencia Suyas poseen siempre el máximo grado de la excelencia, del poder y del saber en cualquier punto dado del tiempo del Universo, puesto que esas excelencia, potencia y ciencia son del Todo o de la sustancia única. Lo cual no significa, según veremos, que el grado de excelencia, potencia y ciencia de Dios en un momento determinado sea necesariamente mayor que el grado de las mismas cosas en un momento anterior.

De todo lo cual sabemos que existe un propósito de Dios, esto es, sin que obste el azar, que se formen continuamente organizaciones más ricas, aun cuando todo el Universo tienda a enfriarse.

Mientras tanto, a partir de los simples átomos, creció la falta de homogeneidad del Universo. Se generaron así átomos más pesados que los primeros hasta la formación de los noventa y dos elementos entre los cuales, algunos de los últimos, resultaron inestables; nacieron moléculas de la conjunción de

los átomos, objetos sidéreos, astros, estrellas, cúmulos de estrellas, galaxias a través de muchos miles, decenas y centenas de miles de años. Todavía se han de producir en el futuro cosas inciertas en cuanto a estos modos materiales de la sustancia única o Dios. Ignoramos si acaso el Universo se expandirá para siempre (si el Universo es abierto) o si su expansión cesará en algún momento del futuro y entonces comenzará su contracción (si el Universo es cerrado). La cantidad de deuterio cósmico es un vestigio del que podría deducirse si la naturaleza del Universo es abierta o cerrada. Pero las determinaciones de estas cantidades no son todavía tan precisas como para inferir una conclusión satisfactoria. Es decir que, a partir de los modos materiales del Universo que examinamos, nada podemos saber sobre los modos futuros de la sustancia única y divina. La Ética nos proporcionará una hipótesis sobre el asunto.

Es posible descubrir ciertas similitudes entre la noción hegeliana de la dialéctica y mi idea acerca de la división implícita en la sustancia primigenia. Pero las partes producto de tal división, sus relaciones mutuas y sus modificaciones permanecen iguales en un sentido temporal, lo que impide que se las asimile a los momentos de la dialéctica hegeliana que se desenvuelve a través del tiempo en afirmación, negación y negación de la negación. Además, lo que hemos llamado azar (casualidad) impide una explicación de la división en términos de necesidad. Y semejante contingencia, según veremos, armoniza con nuestra explicación.

III. Hasta cierto momento, la sustancia divina no había generado en su propio seno moléculas con la virtud de producir ejemplares exactamente iguales a sí mismos. No sabemos cuándo aparecieron moléculas dotadas de semejante capacidad. Cálculos recientes colocan aproximadamente la formación de esos conglomerados hace unos mil quinientos millones de años. Si tales moléculas se produjeron sólo en la Tierra es algo que ignoramos. Aunque es muy verosímil que moléculas que se autoduplican existan en lugares innumerables del Universo y asimismo la sustancia única haya producido la que llamamos materia viva en partes incomputables del mismo. Como quiera que sea, las moléculas de esa clase son las cadenas de ADN en la Tierra: ellas no sólo poseen la potencia de hacer réplicas iguales sino que gobiernan en verdad la síntesis de las proteínas que constituyen los tejidos vivos. Por lo cual llamamos código genético a dicha cadena de ADN. Las diferencias en las proporciones de los cuatro nucleótidos capitales determinan las diferencias entre las especies vivas. ¿Por qué razón suceden las

diferencias? Pueden ocurrir debido a la mutación de un solo par de nucleótidos en la cadena de ADN. Si bien conocemos las causas de muchas de esas mutaciones, los cálculos con ordenadores demuestran que dos quintas partes del total de las mutaciones son indeterminadas. Por lo tanto, gran parte de los cambios son fortuitos. Comprobamos que, en el campo de la materia viva, aumenta el peso del azar en la sustancia universal. Crecen así los modos posibles de la sustancia divina y también el grado de su indeterminación. El poder y la inteligencia de Dios se hacen mayores a medida que aumenta proporcionalmente el azar. (Luis Martín fue un lector entusiasta de libros sobre Darwin. Llama la atención entonces que no haya tenido en cuenta la posibilidad de introducir en este punto la teoría de la evolución la cual, combinada con la biología molecular, proporciona en nuestros días las mejores explicaciones de los cambios genéticos que condujeron a la multiplicación de las especies vivas. De todas maneras, ese giro hubiese tenido una originalidad digna de un gran premio, si tenemos en cuenta que el texto fue escrito en 1976 y que la llamada «evolución molecular» se ha constituido como disciplina en los últimos veinte años.)

Algunos consideran que la vida es una organización antientrópica de la materia, lo cual carece de sentido pues la entropía, vigente desde antes de su existencia y durante toda la expansión del Universo, permanece como ley inviolada. La duplicación de las moléculas del ADN no salió de la nada, sino que ese proceso extrae materia de las proximidades y necesita de la energía de las enzimas. No obstante, la sentencia «la vida contiene un cierto principio antientrópico» quizá tenga un sentido metafórico y teleológico, por cuanto la vida resiste tenazmente la disminución de su riquísima constitución que llamamos muerte. Tal defensa contra la muerte o la disolución de la gran alianza indicaría que la voluntad divina tiende de algún modo a una excelencia por sobre la ley de la entropía. Como si la perfección discordante respecto de la entropía fuera el propósito último de Dios.

Ahora debemos proponer una cuestión grave. Si es o no posible hablar de una vida de Dios anterior al surgimiento de la materia viva en la sustancia única. Si la materia, la energía, la inteligencia, la voluntad forman un todo único a partir de un principio, la vida como potencia generativa y deseante ha de ser atribuida a la sustancia única o Dios. Pero ésta era una vida difusa y no singular. Parecería que la singularidad de la vida o «individuación» es necesaria para el aumento de las

posibilidades de un orden mayor y del peso del azar. De tal suerte, la voluntad divina se manifestó a sí misma con mayor claridad. Por lo cual distinguimos la vida en sentido estricto de la vida en sentido lato anterior a la formación de la materia viva.

Además, la inteligencia fue reservada por la individuación a los últimos anillos de las especies vivas. Los animales recién engendrados -entre los que el hombre es el ejemplo máximo- fueron convertidos en sedes singulares de la inteligencia. Nada podemos decir acerca de la inteligencia en las plantas de la Tierra hasta que no se lleven a cabo hoy varias investigaciones sobre el asunto. Sería algo maravilloso conocer los pensamientos de las hojas y de las flores. Buscamos también evidencias de la individuación de la inteligencia en otros planetas y más allá del sistema solar. En cuanto me atañe, junto a Bruno creo que existen vida y semillas de inteligencia singular en todas partes en el Universo. Que en la inmensidad siempre la variedad de la vida es bella, infinita y magnífica.

IV. El hombre y otras posibles inteligencias de alto grado son espejos de Dios. Por ello, las Escrituras dicen que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Porque sólo mediante las individuaciones el intelecto divino puede percibir distintamente sus propósitos y él mismo percibirse. Por causa del hombre, en este momento del Universo, irrumpieron las máximas posibilidades de organizaciones nuevas y más amplias que las precedentes, así como el azar ha alcanzado su más alta explicación. De tal modo, en esta Tierra, el hombre es el animal que posee la facultad de verse como una parte distinta de la sustancia única. Debido a ello, posee la capacidad de distinguir las partes innumerables del Universo o modos de Dios. Esto es lo que Martin Buber llamó ingenio para enunciar el par de palabras «Yo-Ello». Con aquellas partes, el hombre fabricó grandes cosas materiales e intelectuales: edificó las artes, la ciencia, la filosofía y la política. Así salió de sí mismo, trascendió, de la misma manera en que Proteo se transformó en otros seres, pero hacia sí ha regresado. Semejante movimiento puede ser llamado diálogo. En palabras de Buber, vale decir que el hombre es un ente dialógico, esto es, poseedor de la fuerza de ingenio para pronunciar el par de palabras «Yo-Tú». En sus escritos, nuestro José Isaacson ha ligado el par «Yo-Tú» con la sustancia única de Spinoza. Esta facultad es el fundamento del movimiento humano al que llamamos amor. Me atrevo a decir que es una y la misma cosa. Se ve nítidamente cómo el hombre incluye la espontaneidad al elegir

los elementos de sus construcciones, al producir su discurso y al experimentar el máximo amor. La espontaneidad humana es lo que denominamos libertad. Merced a ella, las acciones humanas están en gran parte indeterminadas. He aquí la razón de que la sustancia única o Dios no conoce las decisiones humanas antes de que los hombres singulares las manifiesten por medio de sus hechos. Sólo la indeterminación de éstos -o sea, la inexistencia de una preciencia divina en este aspecto- proporciona la ocasión para discernir válidamente entre el bien y el mal.

Decíamos que el propósito de Dios es visto por el propio Dios claramente en el hombre o en otras inteligencias semejantes. Un conocimiento aceptable del fin existió antes del hombre, pero no fue distinto. Está claro que los animales luchan con la muerte por instinto. Mientras que el hombre considera que es su destino la lucha contra la disolución de las organizaciones más ricas, las cuales crea en el mundo o construye por sí mismo sin pausa. Pues debe erigir formas siempre más complejas sin anular su libertad, aun cuando sepa que lo hace como Sísifo. Es bueno propender a ellas, proteger toda vida y buscar significados cada vez más altos de la existencia. Es malo aceptar y favorecer por miedo una disminución en el combate entablado en pro de la vida de la sustancia única. Malo no es el error ni lo que surge de la ilusión sobre nuestros afectos. El mal no es únicamente la privación del bien, pues aquél siempre encierra algo depravado concreto. Eso significa rechazar el decreto humano del duelo y de la pelea contra la muerte. Del mal proceden las acciones con efectos deletéreos contra las bellas construcciones hechas por la naturaleza y el hombre y contra la construcción de las cosas espontáneas y de la libertad. Tales consecuencias no son ajenas a la sustancia divina, sino que permanecen como heridas profundas en el pecho de Dios. El mal no puede provenir de ningún otro principio que no sea la sustancia única. Pero, aunque atañe a Dios no es necesario, pues el mal es un efecto paradójico de la libertad rebelada contra sí misma. No sólo la muerte sino también el dolor son manifestaciones del mal en la sustancia divina. Las grandes religiones nos lo enseñaron, que el dolor pulsa en la gran profundidad del seno divino. Así lo revelaron los sufrimientos del siervo de Yahvé, la pasión de Cristo, las tribulaciones de Mahoma y las iluminaciones de Gautama.

Digamos nuevamente que el bien es lucha por la vida contra el dolor, en última instancia es anhelo de vencer la entropía. La vida, fundamento último de la Ética, debe ser para el hombre el

más apreciado de entre los modos de Dios en el Universo. Sin embargo, en muchos aspectos suele germinar el bien en la opción por la muerte de un hombre individual. A menudo se ve que la elección del propio sacrificio significa el heroísmo del bien y, de esa suerte, actuamos con rectitud y probidad. Al ser la vida la cosa de mayor precio, hay una nueva paradoja en el hecho de que juzguemos justo que la historia sea, en su mayor parte, la serie de los hechos de los héroes que entregaron la propia vida. Ocurre que tales acciones se han hecho y se hacen en pro de la vida y de la libertad ajenas. Pero las sociedades humanas, que tales cosas exigen de los hombres, son corruptas, enfermizas y están lejos del buen camino. Que el bien sea el efecto de las acciones heroicas no es algo necesario. Por el contrario, es deseable que confluyan el bien y la simple felicidad.

La historia de los hombres puede ser entendida como [la secuencia] de los aumentos del bien. A partir de la confusión primitiva, ella se renovó a través de las singularidades continuas hacia mayores organizaciones y grados de libertad. Ahora el tiempo de las individuaciones debe ser superado y nuestro combate consiste, sin desmedro de la libertad, en erigir sociedades por encima de los colectivos con una nueva armonía entre la naturaleza y los hombres. En verdad surge así el propósito más alto de la humanidad.

V. Cualquiera sea la evolución del Universo, cuyas posibilidades físicas ya consideramos, tal vez pueda el hombre intervenir decisivamente en el asunto. Otra vez, tal intervención exige el más alto apoyo de las ciencias, de las artes, la filosofía y la política. Debemos ser conscientes de que nuestra acción, por exigua que sea, tendría una influencia en cuanto al fin del Universo. Respecto de la vida, la sustancia divina es capaz de superar la entropía; respecto de la degradación, la sustancia única depende de la entropía y de la densidad de la materia en el Universo (sobre todo de la cantidad de deuterio cósmico). Si acaso tal densidad fuera menor que una cierta cantidad, sin o con intervención insuficiente del hombre o de otras inteligencias, el Universo se enfriaría en la disolución y la vida se extinguiría. Si la densidad de la materia fuese mayor que la dicha cantidad, en tales condiciones y en algún momento el Universo comenzaría a contraerse, retrocedería hacia la «singularidad espacio-temporal» y, luego, una nueva gran explosión sucedería. Quizás, antes de la explosión que engendró el estado actual del Universo, hubo una o varias expansiones parecidas a la que

describimos, el hombre y otras inteligencias singulares posibles no existeron entonces o bien sus acciones fueron en favor de la muerte o insuficientes para impedir la contracción completa.

Pero imaginemos que, al trabajar por la vida, el hombre u otras inteligencias lograsen de algún modo eludir la entropía. Entiendo que ello podría obtenerse mediante expansiones y contracciones particulares y sucesivas de todo el Universo. Tal vez en el futuro, las inteligencias posean las facultades para controlar tales expansiones y contracciones. Tales inteligencias podríamos ser nosotros, otros seres o bien los hijos nacidos de nuestra sangre y de la de ellos. Quizá nosotros seamos inmortales en cuanto hombres singulares, cosa de la que dudo. Creo que sería posible que huyéramos de la muerte en los períodos de las contracciones, mientras que pereceríamos durante las expansiones. Sólo participaríamos de la inmortalidad merced a nuestras obras en favor de la vida. Porque, incluso en el otro estado del Universo, no desaparecerán las posibilidades del temor, del mal y del dolor, ya que algunos podrían no querer que sus vidas singulares abandonasen el tiempo de la contracción con el objeto de iniciar la expansión necesaria (imprescindible para el mantenimiento del ciclo y la conjura de la entropía en la fase expansiva).

De tal suerte, se tendrá un Universo cercano a la perfección. Ciudades impensadas, edificios, construcciones materiales e intelectuales, máquinas, bellísimas pinturas poblarán los planetas innumerables y circunvalarán las estrellas. Dios estará totalmente lleno de una música inmarcesible.

DISCURSO INTERCALAR

Y EXTEMPORÁNEO DE LOS EDITORES, COPIADO E INSPIRADO DEL QUE EL SEÑOR D'ALEMBERT HIZO PARA OTRA ENCICLOPEDIA DE MÁS ALTAS MIRAS, MAYOR Y MERECIDA FAMA QUE HOY YACE BASTANTE OLVIDADA DE LOS ESPÍRITUS AGUDOS.

La Enciclopedia que presentamos al Público es, tal cual su título anuncia, la Obra de una sociedad de Gentes de Historia. Creeríamos poder asegurar, si no estuviéramos nosotros entre ellos, que se trata de personas bien conocidas o dignas de serlo. Pero sin querer prevenir un juicio que sólo corresponde a los Sabios emitir, debemos descartar al menos y ante todo la objeción mejor dirigida contra el éxito de una empresa tan grande. Declaramos entonces que no tuvimos la temeridad de encargarnos solos de un peso muy superior a nuestras fuerzas, y que nuestra función de Editores consiste principalmente en ordenar los materiales cuya porción más considerable nos ha sido proporcionada por los miembros actuales de la familia B-S. De esta suerte, el único medio de impedir que reaparezca una y otra vez aquella objeción consiste en emplear, como hacemos aquí, las primeras líneas de nuestra Obra a destruirla. Este principio, por ende, apunta únicamente a los Lectores que no juzguen atinado seguir más adelante. A los demás, debemos dar un detalle bastante más extendido acerca de la ejecución de la Enciclopedia, cosa que encontrarán en la continuación de este Discurso, con los nombres de cada uno de nuestros colegas; pero ese detalle, tan importante debido a su naturaleza y a su materia, exige ir precedido de algunas reflexiones filosóficas.

La Obra ha tenido siempre dos propósitos: como Enciclopedia, debe exponer el orden y el encadenamiento de los acontecimientos vividos por los miembros de la familia B-S y sus antepasados, tan lejanos cuanto sea posible; como Diccionario razonado, debe contener la relación de los personajes y protagonistas, de las cosas, ora

materiales (viviendas, animales, muebles, obras de arte, fotografías, objetos, máquinas, inventos), ora espirituales (creencias, emociones, dichos, proverbios, réplicas, usos, costumbres), que se han entretejido para componer la historia de los B-S a la manera de principios generales que son su base o de detalles esenciales que constituyen su cuerpo y sustancia. Estos dos puntos de vista, de Enciclopedia y de Diccionario razonado, formarán así el plan y la división de nuestro Discurso intercalar. Hemos de encararlos, seguirlos el uno detrás del otro y rendir cuenta de los medios por los cuales se ha intentado satisfacer aquel doble propósito.

Por poco que se haya reflexionado acerca del vínculo que los acontecimientos tienen entre sí, es fácil darse cuenta de que los hechos y los personajes se prestan auxilio mutuamente y de que existe, por lo tanto, una cadena que los une. Pero si a menudo es difícil reducir a un número pequeño de episodios o de nociones sociales y psicológicas generales cada proceso o cada protagonista en particular, no lo es menos el exponer en un sistema unitario las ramas infinitamente variadas del acontecer humano.

El primer paso que debemos realizar en esta búsqueda es examinar, y permítasenos semejante término, la genealogía y la filiación de nuestros conocimientos históricos sobre la familia B-S, las fuentes y las experiencias de las que nacieron, los rasgos que distinguen a unos de otros, en una palabra, remontarnos hasta el origen y la generación de nuestros relatos. Independientemente del auxilio que obtengamos de tal examen, para la enumeración de los hechos y las personas, no convendría desplazarlo del introito que corresponde a una obra como la presente.

Es posible dividir todos nuestros conocimientos en directos y reflejos. Los directos son aquéllos que recibimos inmediatamente sin ninguna operación por parte de nuestra voluntad, los que al encontrar abiertas, por así decirlo, todas las puertas de nuestra alma, entran allí sin resistencia ni esfuerzo. Los conocimientos reflejos son los que el espíritu adquiere operando sobre los directos, uniéndolos y combinándolos.

Todos nuestros conocimientos directos se reducen a los que recibimos a través de los sentidos; de lo que se sigue que debemos todas nuestras ideas a la experiencia. Este principio de los primeros Historiadores fue largo tiempo rechazado por los Escolásticos del siglo XX, a quienes bastaba que fuera antiguo, que por la misma razón y con igual calor atacaban la pretensión de buscar la verdad o las causas de los acontecimientos históricos. Cuando renació el Relato, aquel principio fue tratado igual que algunas opiniones absurdas sobre el determinismo mecánico de las que debería habérselo distinguido y se lo proscribió junto con ellas, porque nada es tan peligroso para la

verdad y no la expone tanto a ser desconocida cuanto su alianza o su proximidad con el error. El sistema de la microfísica del poder, seductor en muchos aspectos y muy impresionante en la medida en que era poco conocido, sucedió al axioma de los primeros Escolásticos y aún conserva la supremacía entre muchos Historiadores partidarios suyos; tanto es el trabajo de la verdad para recuperar su sitio, cuando los prejuicios y el sofisma la han expulsado de él. Por fin, desde hace poco tiempo, despunta la idea de que nuestros Antiguos y Positivistas tenían razón; y no es éste el único punto en el que comenzamos a aproximarnos a ellos.

Hagamos a un lado el estudio de la naturaleza para no distraer demasiado a nuestros lectores con estas disquisiciones filosóficas y allanar el camino hacia el conocimiento de la familia B-S, tan ordinaria en su excepcionalidad y tan extraordinaria en su sencillez (nos complace en este punto resucitar las paradojas que Giordano Bruno solía colocar en los introitos de sus diálogos, en su comedia y en su gran poema de cuño lucreciano). Nos sentiremos felices si, al introducirnos en ese laberinto, somos capaces de no perder la ruta verdadera pues, de otro modo, los relámpagos destinados a conducirnos por ella sólo servirían para apartarnos más todavía. Se requiere, por supuesto, que el pequeño número de conocimientos ciertos con los cuales podemos contar sea suficiente para satisfacer todas nuestras necesidades. La naturaleza del hombre, cuyo estudio ha sido tan recomendado por Sócrates, es un misterio impenetrable al hombre mismo cuando sólo está iluminado por la razón y los genios más grandes, a fuerza de reflexionar sobre una materia tan importante, únicamente consiguen, muy a menudo, saber un poco menos del asunto que el resto de los mortales.

Animados por la curiosidad y el amor propio, movidos a abrazar, debido a nuestra avidez natural, el pasado, el presente y el futuro a la vez, deseamos vivir al mismo tiempo con quienes nos seguirán y haber vivido con quienes nos precedieron. He ahí el origen y el estudio de la Historia que, al unirnos a los siglos pasados por medio del espectáculo de sus vicios y virtudes, de sus conocimientos y errores, transmite por su parte nuestras cualidades a los siglos futuros. Es en el cultivo de la Historia donde se aprende a estimar a los hombres nada más que por el bien que hacen y no por la aparatosidad imponente que los circunda: los Soberanos, esos seres lo suficientemente desgraciados como para que todo conspire con el fin de ocultarles la verdad, pueden juzgarse a sí mismos por adelantado en aquel tribunal integérrimo y terrible; el testimonio que la Historia da de los predecesores que se les parecen es la imagen de lo que la posteridad dirá de ellos.

La Cronología y la Geografía son los dos retoños y los dos sostenes

de la ciencia de que hablamos: una, por así decirlo, coloca a los hombres en el tiempo; la otra los distribuye sobre nuestro globo. Ambas obtienen gran ayuda de la historia de la Tierra y de la historia de los Cielos, es decir, de los hechos históricos y de las observaciones celestes; y si se nos permite tomar prestado el lenguaje de los Poetas, podríamos decir que las ciencias del tiempo y del espacio son hijas de la Astronomía y de la Historia.

Uno de los frutos principales del estudio de los Imperios y de sus revoluciones procede del examen de cómo los hombres, separados en varias grandes familias, han formado varias sociedades; de cómo las diferentes sociedades hicieron nacer a otras tantas o más especies de gobiernos; de cómo intentaron distinguirse las unas de las otras, tanto por medio de las leyes que se dieron, cuanto por los signos particulares que cada una imaginó con la finalidad de que sus miembros se comunicasen más fácilmente entre sí. En ello radica la fuente de la diversidad de lenguas y de leyes que se han transformado en un objeto fundamental de estudio. Tal es también el origen de la Política, suerte de moral de un tipo particular y superior, a la que los principios de la moral ordinaria sólo pueden acomodarse, algunas veces, si media una extremada fineza, y que, al penetrar en los resortes principales del gobierno de los Estados, descubre lo que puede conservarlos, debilitarlos o destruirlos. Estudio, quizás, más difícil que todos, por los conocimientos profundos de los pueblos y de los hombres que exige, por la extensión y la variedad de los talentos que supone; sobre todo cuando el Político no quiere olvidar que la ley natural, anterior a todas las convenciones particulares, es también la primera ley de los Pueblos y que, para ser hombre de Estado, no se debe dejar de ser un hombre.

Los procesos históricos en los que vemos con claridad de qué modo abrazan y determinan todos los otros, y que deberían por esta razón ocupar los primeros lugares en nuestro orden enciclopédico, no suelen observar ese mismo rango en el orden genealógico de nuestras representaciones por cuanto aquellos grandes fenómenos no se nos han aparecido primero. En efecto, nuestro estudio primitivo ha partido de los individuos y, sólo después de haber tenido en cuenta sus aventuras particulares y palpables, hemos llegado por inferencias e incursiones en fuentes y relatos más generales a la Historia social, nacional y universal. Sólo tras un largo empleo de los primeros acercamientos veraces a las vidas de las personas, perfeccionamos el arte de aquellos signos al punto de convertirlo en un saber científico y supimos darnos reglas seguras para realizar esas mismas operaciones.

En fin, el sistema de nuestros conocimientos y relatos está compuesto por ramas diferentes, muchas de las cuales poseen un punto de reunión común y, dado que no es posible partir de ese punto

y recorrer todas las rutas a la vez, será la curiosidad de cada lector la que determine la elección. Y podrá ocurrir que un mismo lector recorra muchas ramas o bien se limite a unas pocas o incluso a una sola, llevado por la amplitud o la agudeza de sus propios intereses, entusiasmado por la narración o aburrido por lo que juzgue imprecisiones, sentimentalismos y lugares comunes del discurso. Estos conceptos determinarán asimismo el orden enciclopédico de nuestras búsquedas y exposiciones. El ideal sería unir los conocimientos en el menor espacio posible y colocar, por así decirlo, al Historiador filósofo universal por encima del vasto laberinto en un punto de vista muy elevado desde el que pudiera percibir simultáneamente los hechos particulares de la familia y los hechos de las corrientes mayores de la vida histórica, distinguir sus puntos de encuentro y de separación, entrever los lazos secretos que los vinculan. Se trata de una especie de Mapamundi que debe mostrar los principales países (los personajes y protagonistas centrales de los destinos familiares), sus posiciones (los actos, los proyectos, las ideas, las realizaciones concretas) y sus dependencias mutuas, el camino en línea recta que hay de los unos a los otros; camino cortado a menudo por mil obstáculos, que sólo pueden ser conocidos en cada país por sus habitantes (es decir, por la autopercepción de los actores, volcada en memorias escritas u oralmente transmitidas) o, de lo contrario, por los viajeros que lo visitan (nosotros, historiadores, que nos introducimos con las lupas de nuestro tiempo presente en los textos y los relictos producidos por aquellos «habitantes» del pasado). Esas asperezas e irregularidades del paisaje histórico sólo podrán mostrarse en mapas particulares muy detallados, en las vidas, en las biografías y en los informes sobre seres y objetos que serán los diferentes artículos de nuestra enciclopedia y cuyo árbol o sistema figurado formará un Mapamundi.

Sea lo que sea, deberíamos preferir el árbol enciclopédico que nos ofreciera el mayor número de vínculos y relaciones entre los individuos. Pero ¿podremos hacer alarde de haberlo plantado, cuidado y erigido franca y bellamente en este caso? La Historia parece estar compuesta por individuos que son el objeto primitivo de nuestras sensaciones y de nuestras percepciones directas sobre las fuentes y de nuestras deducciones indirectas sobre el pasado. Descubrimos en verdad en esos individuos propiedades comunes que nos permiten compararlos y propiedades diferentes por las que podemos discernirlos; y tales propiedades nos llevaron a formar diferentes clases (propietarios, trabajadores, guerreros, sacerdotes, hombres libres, esclavos, intelectuales, nobles, burgueses, proletarios, mandarines, parias, cortesanos) en las que los individuos han sido colocados. Pero a menudo tal individuo que por una o muchas de sus propiedades ha sido situado en una clase, se remite a otra clase por

otras propiedades y habría podido tener en esta última su lugar. Hay, por lo tanto, necesariamente un elemento arbitrario en la división general. La secuencia más natural sería aquélla en la que los individuos se sucedieran a partir de los matices que sirven para unirlos y para separarlos al mismo tiempo. Pero el pequeño número de individuos del pasado que conocemos efectivamente no nos permite marcar esos matices. El Pasado es un Océano vasto sobre cuya superficie percibimos islas más o menos grandes y vislumbramos continentes, con grandes dificultades para descubrir las plataformas que los unen por debajo de las aguas turbulentas.

La historia de los hombres tiene por objeto, o sus acciones o sus conocimientos, o sus triunfos sobre la injusticia, el dolor y la ignorancia o sus caídas en esos males; ella es por consiguiente, económico-política o cultural, aunque siempre social, se reparte entre los pueblos y las naciones, por un lado, y los genios excepcionales, por el otro, entre los Reyes o Gobernantes y las personas comunes, entre los Conquistadores y los Filósofos y Artistas, entre los poderosos y los hombres de buena voluntad. Cabe preguntarse si, definitivamente, el estudiar y el escribir sobre esos conflictos, tensiones y dialécticas constituyen un saber científico, es decir, participan en la construcción de eso que llamamos ciencia en la época moderna. Examinemos en qué medida la historiografía coincide, entonces, con la noción de un saber basado en la experiencia, verificable, generalizable, que sea punto de partida, a su vez, para una predicción confiable de lo porvenir. Un filósofo y epistemólogo actual ha sostenido que la historiografía no es, en realidad, sino una construcción retórica y que su contenido está más cerca de lo ficcional que de la descripción veraz. Creemos que en esta postura se asienta un escepticismo respecto de la cientificidad de la historia, una desconfianza que no compartimos en absoluto, y de ello daremos acto seguido nuestras razones.

El primer punto -el de la experiencia, el factor empírico- exige una materia sobre la cual ejercer las operaciones de investigación y de búsqueda de una inteligibilidad. Los objetos de la naturaleza, los objetos existentes de la cultura, la sociedad concreta y presente son las materias perceptibles y aprehensibles de las ciencias físico-naturales y de las ciencias humanas y sociales, pero la materia del saber histórico no es actual ni presente, sólo se infiere de las huellas que la vida pasada de los hombres ha dejado en el mundo: los documentos escritos, los monumentos, los restos arqueológicos y otros vestigios de la memoria. De manera que ya en este aspecto la historia se coloca en un borde riesgoso del conocimiento científico. Habrá que tomar recaudos extremos respecto de la razonabilidad de cuanto se deduce y se reconstruye, sólo en el relato, a partir de los rastros de un pasado

irrepetible, al menos irrepetible en toda la densidad y riqueza de sus detalles y del entramado con que los hechos efectivamente acaecieron. Las ciencias sociales nos proveen de buenos argumentos -sus explicaciones en torno a la conducta personal y colectiva de los hombres, las «leyes» de la economía, las categorías sociológicas y antropológicas, el funcionamiento de los sistemas políticos- sobre los cuales asentar la razonabilidad de nuestras explicaciones acerca de las causas, de los desarrollos y de los efectos de cuanto sucedió en el pasado. Por otra parte, es necesario aceptar que los criterios de esa razonabilidad no están universalmente establecidos y que ellos mismos y sus supuestos han variado a lo largo de la historia.

El segundo punto -el de la verificación- también impone una ampliación de sentido, si es que queremos incluir el ejercicio de la historia entre los saberes y las prácticas verificables. Está claro que la ciencia natural verifica mediante el experimento, esto es, la reproducción del fenómeno estudiado, siempre en las mismas condiciones preliminares de tiempo, espacio, temperatura, etc., en la medida de lo posible en cualquier lugar de la tierra. Las ciencias sociales verifican no mediante el experimento, pues no podemos reproducir los fenómenos que conciernen a la vida cultural de los hombres como si éstos fueran cobayos, pero sí verifican volviendo una y otra vez al mundo empírico para sondearlo y compararlo con los modelos teóricos. Nada de esto puede hacer la historia y entonces debemos redefinir qué cosa significa para ella «verificar», asunto fundamental por cuanto de ello depende el grado de veracidad, precisamente, que asignemos al relato histórico. Y bien, «verificar» implica en nuestro caso volver a los documentos y a las fuentes usadas por un historiador para comprobar que su reconstrucción de lo acontecido a partir de las huellas del pasado se sostiene en su coherencia y verosimilitud cuando planteamos nuestras propias preguntas a aquellas fuentes, o cuando encontramos e incluimos nuevas fuentes referidas a aquello mismo ocurrido, que fueran desconocidas o bien no hubiesen sido tomadas en cuenta por el historiador cuya obra examinamos. Se trata de un punto clave, pues parecería que, para satisfacer la condición de verificabilidad, tuvieron lugar las grandes renovaciones en la manera de contar el pasado y de construir el relato histórico. La historiografía antigua y medieval extraía su gran fuerza de convicción y buena parte de su verosimilitud de una recreación imaginaria de los discursos (así obraron, por ejemplo, Tucídides al transmitirnos la arenga de Pericles en la necrópolis de Atenas, Plutarco cuando registró las frases y los discursos de Alejandro, César al acudir a su memoria y contarnos lo dicho por el propio César). A partir de 1500, aquel método no resistió los embates de la crítica filológica y Maquiavelo y fray Paolo Sarpi

hubieron de cultivar una narración en prosa, argumentativa y explicativa, que rehuyó las interrupciones de cualquier oralidad reinventada. Más tarde, la complejidad de la vida social, acarreada por la expansión del capitalismo moderno, obligó a fundamentar la verdad de las descripciones históricas en los recursos del análisis cuantitativo y cualitativo de los sistemas geográfico, demográfico, económico, político y cultural, una tarea que emprendieron Simiand y los fundadores de la Escuela de Annales, la historiografía social inglesa desde los años 30 del siglo XX y la historia cultural y filosófica italiana a partir de la segunda posguerra. No olvidemos, por supuesto, que estos giros narrativos se correspondieron con giros conceptuales sobre la causalidad de los hechos sociales: no más la providencia ni la supremacía misteriosa del bien, sino la voluntad política, el apetito de poder de los hombres, según Maquiavelo, Guicciardini y Sarpi; antes que el deseo y la voluntad de los individuos, las necesidades colectivas de la sociedad humana en su lucha por el dominio material e intelectual sobre la naturaleza, en el «programa de *Annales*» y el marxismo inglés de mediados del siglo XX.

El tercer punto -la generalización- parece ser ajeno al conocimiento histórico que trata de comprender lo propio, lo característico, lo diferencial, lo singular de cada acontecimiento, a partir del modelo que ya proporcionó Heródoto en el siglo V a.C., cuando se empeñó en mostrar las diferencias entre griegos y bárbaros y asentar sobre ellas las causas de las luchas feroces que los enfrentaron en las guerras médicas. Sin embargo, estuvo siempre en el horizonte del trabajo de los historiadores la tentación de generalizar de alguna forma, no únicamente de clasificar y de agrupar por semejanzas los hechos pasados, sino hasta de pensar que ellos nos pueden ser útiles para prevenir los hechos futuros y provocarlos o evitarlos según haya sido -feliz o desgraciada, exitosa o fracasada- la vivencia o el recuerdo del pretérito. Las expresiones «aprender de la Historia» o «la Historia, maestra de la vida», que estaban muy claras en los textos de Tucídides y Cicerón, perduraron en la obra de Maquiavelo y reaparecieron en la del Marc Bloch tardío, mientras se preguntaba sobre las causas de la derrota francesa de 1940. Quizás una solución al dilema consista en distinguir entre la historia, por un lado, como saber de lo individual, como saber no generalizante sino singularizante, y la sociología histórica, por otro lado, que, a la manera de Max Weber, de Norbert Elias y de Michael Mann, se sirve del conocimiento del pasado para clasificar los tipos de sociedades, los tipos de líderes, los procesos de civilización, las vertientes y las formas del poder social. Hallazgos éstos de la sociología o de la antropología que son muy útiles al historiador, pero lo son siempre para percibir y captar en qué se aparta, en qué se distingue y cómo se transforma en experiencia única,

irrepetible y enriquecedora del patrimonio humano la sociedad particular, el líder individual, el pueblo singular, el proceso aislado o la relación de poder precisa que estamos estudiando.

El cuarto punto -la predictibilidad- es por completo ajeno, o así debería de serlo, a las pretensiones del conocimiento histórico. Primero, porque la historia es el saber sobre el pasado, el territorio de la memoria y no de la previsión. Es una simple cuestión de delimitaciones de un campo cognoscitivo. Segundo, porque los desbordes provocados por las tentaciones que arrastraron a muchos historiadores, o más bien filósofos de la historia, en el sentido de la predicción y de la futurología demostraron ser inútiles, estar por lo general equivocados, si acaso no resultaron directamente mal intencionados. Por lo tanto, parecería que, si la historia como saber tiene derecho a legitimar su carácter científico, es necesario que ella se despoje de cualquier intento predictivo, que conserve sus vínculos íntimos con la experiencia y con las técnicas de verificación y que admita las generalizaciones de las ciencias que le son afines por compartir el mismo objeto de estudio: los hombres y sus relaciones. En todo caso, la historia es, sí, una ciencia, pero muy peculiar, una ciencia que se encuentra siempre en la frontera del discurso, entre lo veraz y lo ficcional, en una perpetua tensión entre el más acá del rigor de las reglas racionales estrictas del conocimiento deductivo y fundado y el más allá de la imaginación literaria, artística y creadora.

Para llegar a semejante estadio en la constitución de la historia como saber racional del pasado, la llamada «revolución historiográfica del Renacimiento» ha sido un período fundamental y un proceso que duró aproximadamente dos siglos, de acuerdo con la opinión de Ruggero Romano. El primer hito que nos atreveríamos a marcar es el *Discurso sobre la Donación de Constantino* redactado por Lorenzo Valla en torno a 1450. La mentira de la *Donatio*, un acto presunto, imaginado y falso por el que Constantino habría legado el imperio de Occidente a Silvestre, obispo de Roma, quedó demostrada por Valla a partir de dos tipos de razones: 1) las filológico-lingüísticas (el latín del documento no se correspondía con el latín en uso en los documentos oficiales del siglo IV) y 2) las razones de coherencia política e histórica (la *Donatio* implicaba una violación inadmisible de los principios del derecho romano e imperial, amén del absurdo político de un autodespojo del poderoso nunca visto ni oído. El segundo hito, por supuesto, es el conjunto de la obra de Nicolás Maquiavelo, no sólo *El Príncipe*, sino más que nada sus *Historias florentinas* y, obra maestra de la reflexión histórica, los *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*. De la inmensidad intelectual de ese autor, destacamos sólo algunos aspectos de su concepción del trabajo que nos compete: 1) El historiador debe pronunciar un no rotundo contra los *desiderata* y los

ideales, y no usarlos siquiera como criba de los hechos. Los actos humanos han de ser referidos y analizados por sí mismos, en una secuencia de causas y efectos reales que nada tienen que ver con lo que debió de ser y no fue; ellos son, en cambio, producto de lo que Maquiavelo llamó, en *El Príncipe*, capítulo XV, la «verdad efectiva de la cosa», asentada en las determinaciones y enfrentamientos provocados por las voluntades de poder en juego. 2) En los *Discursos* XI y XII, Maquiavelo enseñó que la religión ha de ser vista y considerada como el mayor y más eficaz de los *instrumenta regni*, esto es, de los recursos en manos de los poderosos para garantizarse el consenso y la unidad política de los pueblos y naciones que gobiernan. 3) En la dedicatoria de *El Príncipe*, despunta la necesidad de que cualquier análisis de un proceso histórico tenga en cuenta la perspectiva doble, cruzada y antagónica sobre lo acontecido que corresponde a los puntos de vista del poderoso y del pueblo bajo su dominio: el príncipe sospechará siempre de la sedición latente en esa hidra de mil cabezas que es el pueblo, en tanto que éste tenderá a ver en el príncipe al tirano que lo sojuzga y oprime. El tercer hito es el producto de la labor de Francesco Guicciardini, autor del *Diálogo sobre el régimen político florentino*, de la monumental *Historia de Italia* desde la muerte de Lorenzo el Magnífico hasta la coronación de Carlos V en Bolonia y de los *Recuerdos*. Francesco también se encuentra a poco andar con: 1) La «naturaleza de las cosas en verdad», en la medida en que se ocupa, como Maquiavelo, del tema de la organización de los estados y repúblicas; para Guicciardini, el problema de la salvación del alma y, por ende, el problema moral del individuo, es inconciliable con las necesidades de la política que forman la materia del saber histórico. 2) La psicología de los grandes, que provee el resorte de los acontecimientos históricos. 3) La religión como *instrumentum regni*, presentado sin medias tintas en términos de una impostura que hace posible la sujeción del pueblo a los príncipes. Los tres mojones a los que aludimos hasta ahora nos permiten descubrir hasta qué punto el problema medular de la historia de Occidente habría consistido en dilucidar el papel de la Iglesia en la construcción de la sociedad y de la civilización europeas, un aspecto que Voltaire señaló de manera explícita en su *Ensayo sobre las costumbres*.

El cuarto hito que quisiéramos destacar es el de la obra, periférica en su inmensa producción, pero muy intensa y revulsiva, que Gerolamo Cardano dedicó a cuestiones históricas. Ese matemático, naturalista, mago y filósofo del siglo XVI escribió un tratado sobre la política, el *Proxeneta o acerca de la prudencia civil*, en el que el gobernante es retratado a la manera de un intermediario de los vicios y ambiciones que rigen la vida de los hombres, es decir, un proxeneta. Esta definición, sumada a la comprobación de que no cabe hacernos

ilusiones en torno a la «bolsa de inmundicias» que somos los hombres, reconocibles además por la mentira, el único carácter que nos distingue de los animales, desemboca en un concepto de la política como arte de la simulación de los poderosos y arte del disimulo de los gobernados. En tales términos, Cardano pudo volver sobre la figura de Nerón y trazar su *Elogio*, para escándalo de sus contemporáneos y, sobre todo, de la Iglesia. Tácito y Suetonio, historiadores que anatematizaron a Nerón, estuvieron al servicio de un proyecto de simulación de los Antoninos quienes mentían al fingirse emperadores virtuosos en los antípodas de Nerón. Este César había sido, en realidad, según la opinión de Cardano, un benefactor genuino de la plebe mediante su política de obras públicas y un enemigo de la corrupta clase senatorial. Nuestro quinto y último mojón se yergue en torno a la figura de Paolo Sarpi, servita veneciano. Fray Paolo tuvo una noción precisa de cómo la investigación histórica es aplicable al trazado de políticas por la vía de su fundamentación y legitimación. Fue así un consultor combativo y eficaz de la república veneciana en el diferendo de ésta con el papado, que llevó al Interdicto de 1606 sobre la ciudad de la Laguna. Su *Historia del Concilio de Trento*, publicada en Inglaterra bajo el pseudónimo de Pietro Soave Polano en 1619, una *Ilíada* de su tiempo en palabras del propio Sarpi, estuvo destinada a mostrar de qué manera el poder papal, cuestionado por la protesta reformadora en Alemania, Suiza, Inglaterra, los Países Bajos y Francia, logró sobreponerse a los ataques, recuperarse y consolidarse en una porción de Europa mediante la intriga, la amenaza, la manipulación especiosa e ideológica del dogma cristiano. La potencia pontificia seguía siendo el gran escándalo de la civilización europea. Pero Sarpi dio en otra obra, el *Tratado de las materias beneficiales*, una explicación científicamente revolucionaria acerca de las bases económicas, sociales y políticas que la historia europea, desde la disolución del Imperio romano en Occidente hasta la época del Cisma en los siglos XIV y XV, había construido para que se erigiera sobre ellas esa anomalía distintiva de Europa, determinante de todo su destino, que era el poder incontrastable de la Iglesia católica. La *radix malorum*, raíz de todos los males, Sarpi la encontraba precisamente en una institución económica, la del *beneficium*, que él acertadamente igualaba al feudo:

«En aquellos tiempos, cuando las cosas eclesiásticas fueron reducidas a este estado, los príncipes distribuían a los hombres militares los fundos públicos, con encargo para unos de custodiar los confines, para otros de servir al príncipe en los gobiernos civiles, para otros de seguirlo a la milicia, para otros de custodiar las ciudades o fortalezas; y estos [fundos], que con palabra franca y longobarda se llamaban feudos, en la lengua latina que aún no estaba

completamente extinguida se llamaban *beneficia*, como dados a manera de beneficencia por el príncipe, razón por la cual también a las porciones de los fundos eclesiásticos, o sea al *Ius* de poseerlos, fue dado el nombre de beneficios porque eran donados por el príncipe como obispados o por el obispo mediante el consenso y concesión [del príncipe], igual que los otros, y también porque los clérigos son soldados espirituales y hacen guardia y ejercitan milicias sagradas. Las abadías, más allá de los Montes, habían pasado a ser muy amplias y ricas, por lo que los mayordomos de palacio asumieron para sí la autoridad de investir al abad; y esto por una razón muy evidente, porque los monjes entonces, según ya dijimos, eran laicos, sin ningún orden eclesiástico. Es cierto que no siempre la otorgaban los mayordomos, sino que a veces concedían como una gracia a los monjes que ellos mismos eligieran al abad, pero al no haber en Italia monasterios demasiado importantes en cuanto a sus riquezas hasta el año mencionado del 750, los reyes godos, luego los emperadores y reyes longobardos, no los tuvieron demasiado en cuenta; por eso la elección quedó en manos de los monjes bajo la supervisión del obispo. Pero los obispos, a veces, volcados a su engrandecimiento, eran demasiado molestos para los monasterios, por lo cual los abades y monjes, deseosos de liberarse de aquel sometimiento, encontraron el modo recurriendo al pontífice romano, para que éste los tomase bajo su protección inmediata y los eximiera de la autoridad de los obispos. Cosa que fue fácilmente consentida por los papas, ya que les servía para tener, en las ciudades de otros, personas inmediatamente dependientes de ellos y para ampliar su propio poder sobre los obispos, importando mucho que un miembro tan notable [de la Iglesia], como eran los monjes, quienes en aquel tiempo se ocupaban casi ellos solos de las letras, dependiese totalmente de la sede romana. Una vez comenzada tal exención, en muy breve tiempo todos los monasterios terminaron unidos a la sede romana y separados de sus obispos.»

De acuerdo con este relato, el proceso de acumulación y fragmentación de los legados recibidos por la Iglesia desde la disolución del Imperio es un fenómeno coesencial a la formación de las primeras formas feudales a partir de la institución del *auxilium et consilium* que daría lugar, muy pronto, a la organización feudovasallática. Es también su coetáneo: no se puede estudiar el surgimiento del feudalismo sin tener en cuenta lo que ocurre en la masa enorme de tierras de que la Iglesia dispuso a partir del siglo VI. Paradójicamente, cosa que no sucedía con el feudalismo laico, para garantizarse el dominio sobre el beneficio, los monasterios se remitieron al papa. El feudalismo laico terminaría, por fin, en una fragmentación máxima del poder político en el siglo X. El feudalismo

eclesiástico desembocó, en cambio, en la consolidación de un poder centralista y universal. Para garantizar que los beneficios controlados, en principio, por los obispos y sus ministros, comparables a señores feudales, pasasen a poder de los monasterios, señores en una escala menor, o que los monjes pudieran manejar sus beneficios con la misma independencia que el obispo, los abades se remitieron al papa y consolidaron una institución universal de alcance paneuropeo. La Iglesia fue absolutamente consustancial a la sociedad del feudalismo, pero concomitantemente creó la única institución monárquica universal de la historia europea. El papa, a su vez, no dejaría de luchar contra los obispos y los poderes locales para controlar incluso los beneficios episcopales. Ese parágrafo denso de Sarpi nos demuestra que, por lo menos hasta el siglo XVII, la Iglesia católica no dejaría de ser una institución feudal, a la par de universal y monárquica. En este aspecto, Sarpi podría ser considerado uno de los fundadores de una explicación materialista de la historia.

Para finalizar, no olvidemos los sufrimientos innumerables que todos estos hombres debieron de atravesar, en cuerpo y alma, debido a su devoción confesa y a su seguridad interior respecto de la existencia de una verdad en el seno de la historia: aunque terrible, una verdad cuyo conocimiento nos permitiría comprender la realidad de la política del presente y planificar el futuro con vistas, si no a hacer desaparecer por siempre el dolor en la vida de los hombres -cosa manifiestamente imposible-, mitigarlo al menos por medio de la elaboración cotidiana de aquello que Maquiavelo colocó en los antípodas de la existencia ferina y que él llamó *il vivere civile*, el de la plaza, el del encuentro cotidiano, convivial, sincero y frecuentemente gozoso entre los hombres.

Es verdad que nuestra época, que se piensa destinada a cambiar las leyes en todos los campos y a hacer de ello justicia, no piensa demasiado bien de esos personajes tan célebres de antaño. Es una suerte de mérito el hacer poco caso de ellos, un mérito que mucha gente se complace en exhibir. Parece que, mediante el desprecio que se demuestra hacia tales Sabios, se busca castigarlos por la estima exagerada que alguna vez se les tuvo; y que, al pisotear esos ídolos, se quiera hasta olvidar sus nombres. Pero esto es un exceso absurdo e injusto. Gocemos más bien con reconocimiento del trabajo de los hombres laboriosos que nos precedieron y que, a través de tantos caminos, llegan a unirse a nuestros contemporáneos insignes para formar una República de las Letras antigua y moderna, atenta a sus raíces y proyectada hacia la expansión del conocimiento futuro. No podemos sino reconocer, al mismo tiempo, que impulsos enciclopédicos como el nuestro poseen varios modelos coetáneos de nota, como es el caso de la famosa *Wikipedia* en varias lenguas, en

revisión y crecimiento constantes, que inventaron Jimmy Wales y Larry Sanger para la red informática en el giro inicial del siglo XXI.

Los límites de este Discurso Intercalar nos impiden hablar de muchos historiadores ilustres del presente que, merced a sus trabajos, lograron contribuir como pocos al avance de la ciencia histórica y levantaron, por así decirlo, un extremo del velo que nos escondía la verdad. Pero citemos al menos los nombres de quienes más hicieron por renovar y robustecer la historia de los individuos, es decir, la biografía aplicada, no a los Reyes ni Conquistadores, sino a los hombres comunes que también han sido, en muchos casos, Filósofos y Artistas. Se encuentran en esta lista: Eileen Power, cuya *Gente de la Edad Media* fue la única obra del género que el muerto de nosotros dos alcanzó a leer, admirar y tomar como fuente de inspiración antes de su fallecimiento en 1976; Carlo Ginzburg, de cuya obra vasta y excepcional, realzamos *El queso y los gusanos*, la historia del molinero Menocchio, un filósofo campesino que sufrió persecución y muerte en manos de los poderes eclesiásticos de su Friule natal a finales del siglo XVI; Giovanni Levi, quien en su libro *La herencia inmaterial*, centrado en los avatares de un exorcista, descubrió los procedimientos y las estrategias por los que, sin involucrar objetos ni bienes concretos, las familias campesinas del Piamonte del siglo XVII aumentaban y consolidaban su escasa riqueza; Natalie Zemon Davis, maestra de este tipo y de esta escala casi atómica de la historiografía, tanto en *El regreso de Martin Guerre* cuanto en las vidas de sus *Tres mujeres en los márgenes en el siglo* XVII; la judía hamburguesa Glikl, autora de unas memorias; la católica francesa Marie Guyart, viuda y luego monja ursulina en el Quebec; y la protestante alemana Maria Sibylla Merian, entomóloga en la Guayana holandesa; Fernando Devoto, quien escribió un extraño monólogo interior en tercera persona, pensado por un militar argentino, el general Uriburu, después de las elecciones que abrieron la presidencia de la República al general Justo en diciembre de 1931; Roger Chartier, autor de una obra muy vasta de la que elegimos, en este caso, *Inscribir y borrar*, un libro que contiene ciertos retratos de Cervantes, Cyrano de Bergerac, Diderot o Goldoni entre otros, sus perfiles de circunstancias, que se tornaron rasgos permanentes de sus identidades en relación con la suerte de los textos que escribieron, mucho más que con el devenir material de las existencias que vivieron. En último término, nos cabe recordar una obra de ficción que también nos sirvió de modelo en cuanto a la organización de nuestros materiales, si bien no lo ha sido en el plano de la veracidad comprobable de sus contenidos y menos aún en el método de investigación que ha fundado la exposición de las biografías de nuestros personajes y del devenir de sus cosas. Nos referimos a la «novela léxico» presentada como un *Diccionario jázaro*

por el escritor serbio Milorad Pavic.

Señalemos, por fin, cuáles han sido las fuentes de que disponemos para redactar nuestras historias. En la vertiente de la familia B, hemos tenido acceso a: 1) todos los documentos oficiales, del Estado argentino y de la Iglesia, producidos en ocasión de los acontecimientos civiles y públicos (nacimientos, defunciones, matrimonios, administración de sacramentos, compra y venta de casas, visados, viajes, ingresos y salidas del país) en los que participaron miembros de esa familia durante más de cien años, desde la primera llegada de los inmigrantes europeos entre 1870 y 1885, bisabuelos de la generación nacida en torno a 1950, hasta el comienzo del siglo XXI; 2) los testimonios orales de los integrantes de la familia, recogidos por los autores directamente con el propósito largo y sostenido de redactar esta enciclopedia; 3) cuatrocientas fotos de los álbumes de la familia; 4) documentos históricos en el Archivo General de la Nación y en la iglesia de La Merced que contienen información sobre la rama criolla de la familia, habitante en el Río de la Plata desde comienzos del siglo XVIII. Dos personajes particulares descuellan en el entrelazado de esas historias, dos mujeres que, con sus sufrimientos silenciosos, plantaron la luz de la esperanza e introdujeron la sombra de un desgarramiento incurable, ambas cosas a la vez, en el sino de los B: una esclava negra, cuya existencia reveló un estudio de ADN cromosómico realizado en el material genético de Gastón B en 2004 y que debió ser concubina de un antepasado varón de los B, un M, a finales del siglo XVIII; la bisabuela B3-B, Marie, nacida en Aldudes en 1860, quien a los 18 años abandonó su pueblo para irse a vivir en el Río de la Plata con un anciano de 60 años, el bisabuelo Jean B, vasco francés natural de aquella misma aldea (Jean, tras enviudar en Nueva Palmira, Uruguay, y siendo padre de tres hijos bien adultos, se unió en matrimonio por poder con la adolescente Marie de la que tuvo más tarde tres hijos, cuando ésta se le unió en el Uruguay). Dolor, violencia real y simbólica, desolación en el cuerpo y en los corazones fuertes de las dos mujeres.

Respecto de la familia S, digamos que, en pocas ocasiones, los historiadores culturales tienen pleno acceso a un repositorio documental inexplorado y tan rico como los archivos de la familia S, reunidos y clasificados por uno de sus miembros, Raúl S, desde el momento de su llegada a la Argentina el 16 de septiembre de 1956 y hasta el momento de su muerte, ocurrida el 6 de diciembre de 1995. Se trata de: 1) dos legajos de correspondencia cursada entre Raúl S y los familiares y amigos que tanto él cuanto su mujer habían dejado atrás, en Rumania, en Israel y en Francia; 2) más de trescientas fotografías que retratan personajes y aspectos de la vida familiar antes, durante y después de la emigración desde Europa con rumbo a

la Argentina; 3) un libro de *Memorias* de Raúl S, escrito en un castellano claro y luminoso (Raúl S compró en Buenos Aires y estudió minuciosamente un manual de estilística española para poder redactar con elegancia en la lengua que había adquirido en su patria de adopción), pero mechado también de citas de textos en prosa y de poemas en rumano que Raúl recordaba de su juventud y que él mismo asociaba a algún episodio de su historia nueva, inédita y recreada en Sudamérica a partir de sus 37 años de edad (Raúl nació en Bucarest el 14 de septiembre de 1909); 4) treinta cuadros de pintura y grabado antiguo comprados en la Argentina, que Raúl fue atesorando a lo largo de cincuenta años y sobre los que intervino más de una vez, guiado por su propia inspiración, para cubrir deshonestidades, corregir defectos de ejecución según los cánones académicos en los que él había sido educado, o bien adaptar los trajes y peinados de las figuras allí representadas al cambio de las modas; 5) aparatos, inventados y patentados por Raúl S, destinados a mejorar las técnicas de fisioterapia en las que nuestro hombre era experto y que lo convirtieron en un exitoso masajista y profesor de gimnasia en Buenos Aires entre 1960 y 1985. Tras la muerte de Raúl, su viuda Cecilia S1-S, no sólo conservó los materiales reunidos por el marido sino que agregó todos los documentos, fotos y objetos que ella juntó por su cuenta, desde el arribo a Buenos Aires en 1956 hasta su fallecimiento, sucedido el 20 de diciembre de 2003. Desde 1996, los miembros más jóvenes de la familia S nos han autorizado el acceso ilimitado a la totalidad de esos archivos y hemos tenido la posibilidad de entrevistar largamente a la señora Cecilia S, quien mantuvo una lucidez extraordinaria hasta pocas semanas antes de su muerte. La experiencia migratoria de los S, que nos ha sido así transmitida y que comenzamos a registrar, conocer y volcar en textos históricos donde se combinan la prosopografía y el análisis cultural, ha resultado muy rica en posibilidades para ligar los avatares de un pequeño grupo de mujeres y de hombres comunes con los procesos gigantescos que caracterizaron la vida histórica del siglo XX. La familia S, formada por judíos burgueses de Bucarest, prósperos y pacíficos, se vio arrastrada por las fuerzas enormes de conflagraciones mundiales, catástrofes socio-políticas, movimientos de pueblos, proyectos y utopías de construcción de naciones, para sobrevivir, finalmente, dispersarse en las cuatro partes del mundo y mestizarse con seres humanos inimaginados, insospechados hasta pocos años atrás. La rama argentina dejó un conjunto de testimonios de ese drama, sobre el que es posible y merece la pena trabajar con el fin de producir un relato histórico que nos ayude a comprender mejor las realidades y los dilemas del presente en el mundo euroatlántico y en la Argentina en particular. Porque Raúl S fue atleta y profesor de gimnasia que partió

a Palestina, como sionista entusiasta, en 1933. Cecilia escapó de su casa, a los veinte años, navegó por mar, recaló en Estambul, en el Pireo y en Haifa, por fin, para unírsele. Ya casados, regresaron a Bucarest, vivieron la borrachera feliz de la juventud en la Rumania del rey Carol, pero se sumieron luego en la tragedia de los años de la guerra, que les mató a parientes y amigos. Permanecieron, no obstante, en Bucarest, protegidos por un amigo armenio, el bueno de Axente, y pudieron recibir con alegría la liberación que les llevó el Ejército Rojo. Una hija les nació en 1945 mas, a los pocos años, no resistieron los rigores de la implantación del comunismo y consiguieron dejar Rumania rumbo a Israel en 1950. Allí vivieron en carpa y, más tarde, en un *kibbutz*, mas no consiguieron consolar, a pesar de sus esfuerzos, al pequeño Jiri, un adolescente checo que vivió con ellos y a quien la persecución nazi le había arrebatado todos los suyos. Cecilia no soportó la vida en Israel y pronto la familia logró refugiarse en Francia, junto a una hermana de Cecilia, Lola. La hija de los S enfermó y hubo de ser trasladada a un preventorio en Grasse. Allí, la niña se curó, regresó luego a París y descollaba ya en la escuela cuando Raúl S vislumbró horizontes mejores en la Argentina. Raúl llegó a Buenos Aires como el hombre montaña, para trabajar en el espectáculo de *catch as catch can* del célebre Martín Karadagián. Pronto sus habilidades gimnásticas, su simpatía y sus inventos lo convirtieron en el kinesiólogo de los artistas del teatro y del cine en Buenos Aires. Los S prosperaron y recuperaron parte de su felicidad en la Argentina: su hija obtuvo la ciudadanía, fue médica, se casó con un criollo y tuvo hijos. Las catástrofes argentinas de la dictadura militar y de la crisis económica recurrente, en 1982, en 1989, en 2001, cayeron también sobre la rama nueva de los S, que hoy parece haber sido afectada, otra vez, por la dispersión en la aldea global. La historia de la familia S es un buen ejemplo de la inestabilidad de todos los equilibrios sociales en el mundo contemporáneo y de cómo hasta las personas más comunes transitan por la cornisa, entre el «sonido y la furia» o la pesadilla joyceana y la promesa moderna de una gozosa conquista de la vida.

Aclaremos que las *Memorias* de Raúl S serán citadas *in extenso* y con tal frecuencia que muy justo sería colocar su nombre junto a los de nosotros dos, José y Martín Burucúa, como coautor de este diccionario. Puesto que han sido escritas directamente en español, nuestra intervención sólo se ha limitado a realizar correcciones muy superficiales, autorizadas y estimuladas por el propio Raúl, cada vez que decidimos transcribir y no glosar ni comentar sus textos.

Estamos especialmente agradecidos al maestro Roberto Casazza, Custodio de la Biblioteca Nacional, a los bibliotecarios Graciela Barriocanale, Patricia Sala, Olga Benintende, María Cristina Gaiarín,

Cristina Burgos, Hortensia Brito, Daniela Gattuso, Jorge Maidanik y Jorge Suárez, todos ellos trabajadores de la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires, porque nos permitieron, con la gentileza que les es habitual y que alimentaba además el placer de favorecer una gran empresa, elegir en los riquísimos fondos de los que son depositarios aquello que pudiera expandir la luz y las cosas agradables de nuestra enciclopedia.

Una última palabra. De nosotros dos, José, el que está vivo, ha escrito los artículos acerca de los muertos, y Martín, muerto él mismo en julio de 1976 en manos de quienes asesinaron a buena parte de la juventud argentina durante los años de la tiranía, alcanzó a redactar los artículos que corresponden a los vivos. Una devastadora paradoja que quizá pueda servir de base para una pacificación de nuestros espíritus, porque sólo sobre una contradicción tan escandalosa productiva, tal cual lo prueba la existencia de este diccionario nuestro, se torna pensable la superación de las disputas y dolores que todavía laceran el cuerpo de la patria.

El *Discurso preliminar* que el señor D'Alembert escribió para la *Enciclopedia* francesa de 1751-1767 ha sido constantemente parafraseado en este texto nuestro.

He aquí todo cuanto debíamos decir acerca de esta colección tan amplia de vidas e historias. Se presenta junto a lo que puede enriquecer su lectura: la impaciencia comprobada por verla aparecer; los obstáculos que retrasaron su publicación; las circunstancias que nos forzaron a hacernos cargo de la empresa; el celo con el que nos dedicamos a este trabajo, como si hubiese sido fruto de una elección o de una necesidad; los elogios que los buenos colegas han destinado a la empresa; los socorros innumerables y de todo tipo que hemos recibido; la protección de altos poderes; los enemigos, débiles y poderosos que procuraron en vano ahogar la obra antes de su nacimiento; los colaboradores que, sin cábalas ni intrigas, no esperaron otra recompensa de sus cuidados y esfuerzos más que la satisfacción de haber merecido el reconocimiento de la patria. Corresponde al Público que lee el juzgarnos y creemos que es nuestro deber distinguirlo del Público que habla.

SEGUNDA PARTE

ENCICLOPEDIA, O DICCIONARIO RAZONADO, DE LA FAMILIA B-S, POR UNA SOCIEDAD DE GENTES DE HISTORIA

Ordenado y publicado por el Sr. José BURUCÚA,
de la Academia Nacional de Bellas Artes de la República
Argentina, quien se ha ocupado de las biografías de los
muertos; y en cuanto a la parte que corresponde a los
personajes vivos, por el Sr. Martín BURUCÚA, de la
Academia de los Extravagantes de Candia (Creta),
fallecido en 1976.

Tantum series juncturaque pollet,
Tantum de medio sumptis accedit honoris!
HORACIO, *Ars poetica*, vv. 242-243

Obscura de re tam lucida pango
Carmina, musaeo contingens cuncta lepore.
LUCRECIO, *De rerum natura*, I, vv. 933-934

De nobis ipsis virtutes silemus sed peccata confitemur.

TOMO SEGUNDO

EN CÁCERES, EXTREMADURA,
POR LA CASA PERIFÉRICA
MMXI

LOS S-S1

FAMILIA S.

Leon S fue maestro y director de una escuela en Galati, ciudad moldava a orillas del Danubio, donde enseñó francés, inglés y alemán. Casado con Mina P, era un hombre severísimo, de pocas pulgas, huraño y tanto que jamás abandonó Galati para visitar a su hijo **Josef** en Bucarest. Se cuenta que, en una ocasión, Josef fue a visitarlo con su propio hijo mayor de 9 años, Aurelio, para que Leon conociese a uno de sus nietos. Aurelio habrá hecho alguna travesura, más bien insignificante si se piensa cuál era el contexto y se tiene en cuenta la amabilidad del carácter del niño. Lo cierto es que el viejo irascible lo llevó de las orejas a un sótano donde lo dejó tres largas horas, hasta que los gritos de Aurelio convencieron a Josef que tenía que exigir perentoriamente a su padre la liberación del muchacho. Bernardo y Raúl no vieron nunca al abuelo Leon ni a su esposa, fallecidos ambos antes de 1914. No obstante, Raúl supo desde pequeño que sus ojos azules y el color dorado de su pelo los había heredado de aquella abuela desconocida de Galati. En cuanto a **Josef**, quinto hijo de Leon de entre ocho hermanos, contador de profesión, heredó en buena parte la severidad del padre, su pericia y sus saberes lingüísticos. Los cuatro hermanos mayores habían huido de la casa para no tener que soportar más a Leon. Josef sintió un día que también le había llegado el turno de escaparse, armó una valija y se dirigió al puerto de Galati, muy resuelto a abordar como marinero un vapor a punto de partir hacia Constanza. En la pasarela de la nave había, sin embargo, un moloso que miró al muchacho con cara de pocos amigos. Josef se asustó y regresó a su casa. Al cabo de un tiempo, optó por ahorrar, comprarse un boleto de tren y partir a Bucarest. Fue administrador de seguros y, en 1916, administrador de una refinería muy importante en Ploiesti. Raúl recordaba sus castigos y una que otra de sus manifestaciones de cariño. Dice Raúl en un manuscrito sobre su padre: «No sé si, en toda su vida, me besó tres o cuatro veces. Solía, en cambio, pasar su mano tibia sobre mi cabeza o darme una palmada y atraerme como para abrazarme. Eran momentos que yo no quería que terminasen nunca, en los que deseaba tener el tiempo en mis manos para que se convirtiese en una eternidad».

FAMILIA W-BERG.

El más remoto del que se guarda memoria es Lazar, padre de Perla, abuelo de los jóvenes S, de profesión inventor. Abandonó a su familia cuando Perla tenía 3 años y se dirigió al encuentro de un hermano en París, donde trabajó con Blériot, pionero de la aviación, para quien inventó y patentó la hélice compuesta. Todavía en Rumanía, el hombre había imaginado: 1) una máquina para fabricar sobres, en la que se introducía por un extremo un folio de papel que salía convertido en sobre por el otro, y 2) una máquina de madera para planchar sábanas con el golpe único de una lámina metálica. Volvió a Bucarest en 1914, cuando Raúl tenía 5 años; pretendió hacerse llamar «abuelo» por los niños S pero Bernardo protestó: «¿De dónde, abuelo, si te acabamos de conocer? A lo sumo, te llamaremos como lo hace madre, es decir "papá" ya que a nuestro padre, Josef, le decimos "tata"». Perla y su marido lo acogieron en la casa sin hacerle reproches. Es más, Josef exigió que sus tres hijos le mostraran respeto aunque no pudieran sentir ningún cariño hacia él. La madre de Perla se casó por segunda vez con un hombre con quien tuvo trillizos y, seis años más tarde, un cuarto hijo. De los trillizos, sólo sobrevivió Marcel, pero, de todas maneras, la señora contaba los episodios de su maternidad múltiple como se canta un poema épico. Raúl decía haber escuchado veinte veces la historia: «Ay, si alguien oía a mi abuela, la vanidad que mostraba y cómo se jactaba cuando hablaba de un carruaje real, de un enviado del palacio con la misión de felicitarla en nombre del rey Carol de Hohenzollern por haber dado vida a los trillizos. "Era un señor tan elegante, todo vestido de negro. Apareció en un segundo y me dijo: Señora. Estoy encargado por nuestro rey para felicitarla, y desapareció, como un relámpago, ni esperó que yo le diera las gracias"».

Raúl nos ha dejado un retrato emocionado de su madre **Perla W-berg**: «Tenía un paquete de atributos como abnegación, desinterés, sacrificio, nobleza, indulgencia y hermosura. Estoy seguro de que todas las madres tienen, para sus hijos, los mismos atributos. Nunca se quejaba, pero en sus ojos negros se adivinaba una tristeza que venía de muy lejos». En efecto, la melancolía se remontaba al abandono de su padre cuando Perla contaba apenas 3 años de edad, luego su madre se había casado y había parido varios hermanos, los trillizos célebres entre ellos, de manera que la niña encontró un refugio

y un amor incondicional sólo en su abuela Tsune [véase ***Bobe* Tsune**]. Al parecer, al cumplir «10 o 12 años», Perla volvió a ver a su padre, según ella misma narró a sus hijos, «en un momento de mucha alegría» que debió de ser anterior a 1914 por cuanto aquel regreso del señor W-berg todavía era registrado «como la última vez que vi a mi padre». Raúl transcribió el relato de su madre: «Vino para pasar conmigo dos semanas en Viena, ignoro qué asunto tenía allí, se acercó a Bucarest y me tomó para pasearme. En Viena, lo pasé igual que en un sueño, en un hotel grande, servida y atendida al modo de una reina, me imaginaba que me quedaría con mi papá para siempre. En esos tiempos, Viena era la capital del vals, la ciudad de los Strauss. Pedía a Dios que no me despertara de aquel sueño, pero qué amargo fue el despertar. Dos semanas pasaron como un segundo, mi padre regresó a Bucarest y me devolvió a la casa de mi madre y de mis nuevos hermanos». A los 18 abriles, Perla se había convertido en una de las señoritas más admiradas entre los judíos jóvenes de Bucarest. En esa época, los piropos no se lanzaban de viva voz ni se disipaban en el aire; al contrario, los requiebros se asentaban en tarjetas postales ilustradas y existían álbumes donde las niñas casaderas coleccionaban las imágenes, clasificadas según el candidato que las enviaba. Cuantas más ilustraciones y frases de elogio en los álbumes, más orgullosas se sentían las muchachas. Perla se encontraba sin duda entre las privilegiadas, poseedoras de tres colecciones antes de los 20 años, pero muy pronto se decidió por Josef S y se avino a casarse con él. Ambos formaron una pareja exteriormente perfecta, glamorosa, cuya frecuentación se disputaba mucha gente en aquella Bucarest de la *Belle Époque* a la que llamaban la *petite Paris*. Raúl recordaría siempre la felicidad que trasuntaba de las miradas, de las palabras, de los gestos intercambiados por sus padres. La experiencia de privaciones y vigilancia que trajo consigo la ocupación alemana de la refinería *Vega* en Ploiesti, donde Josef conservó a la fuerza el cargo de gerente, produjo grietas profundas en la relación conyugal [véase **Raúl S**]. Por un lado, Perla actuó de buena samaritana, con grave riesgo para su marido y toda la familia, pues mantuvo el abastecimiento clandestino de petróleo entre sus amigas del lugar. Por otro lado, al comprobar que, en realidad, resultaba sencillo engañar a los esquemáticos alemanes y contrabandear petróleo, comenzó a reprochar a Josef el no aprovecharse de esas debilidades del ocupante para hacer su propio agosto y acumular recursos con vistas a la paz que llegaría en poco tiempo. «Habrías sido la viuda de un

ladrón, si yo hubiese hecho esto que decís», exclamaría, presa de la rabia, durante largos años el inculpado. Pero Perla se mostraba calma y sincera en todo cuanto la concernía. Años más tarde, por ejemplo, cuando el hijo Bernardo manifestó su voluntad de casarse con Ketty Dkremer, una muchacha a la que Perla conocía desde muy niña y a la que apreciaba como a una hija, nuestra señora no se privó de advertir a la joven: «Berchu no te conviene en absoluto, es un cabeza fresca y te dará una vida imposible». Bernardo y Ketty se casaron y así quedaron al descubierto las dotes especiales de Perla como profetisa [véase **Bernardo S**]. Difícil describir los sufrimientos que la asaltaron cuando Aurelio desapareció en el frente, su nuera Rebeca y su nieto Harry se esfumaron hasta octubre de 1946 [véase **Aurelio S**]. Por suerte, el nacimiento de la nieta Aurora, hija de Raúl y su esposa Cecilia, en septiembre de 1945 [véase **Raúl S** y **Cecilia S1-S**], infundió bríos y esperanzas a una Perla atribulada, quien amó a la pequeña Aurora con la fuerza de ese cariño nuevo y tardío que sienten, con agradable sorpresa y de manera insospechada, los abuelos hacia los nietos. «¿Cómo es posible, una vieja de más de 60 años como yo, tener un sentimiento nuevo y desconocido hasta ahora, que me rebosa el corazón de felicidad?», se preguntaba Perla. La alegría duró poco. En 1950, Raúl y su familia emigraron a Israel. Hubo una sesión fotográfica de despedida, con Aurora de 5 años en brazos de la abuela Perla: la anciana y la niña exhiben el mismo rictus de tristeza y desgarro, ambas miran hacia el espacio de la cámara, de manera que el espectador queda involucrado en un triángulo óptico de humanidad evidente y devastación subliminal [véase **Iconografía**, la imagen nº 10 en el álbum que lleva el nombre de **Raúl**]. Ambas mujeres nunca volvieron a verse. Al morir Bernardo en 1959, Perla se quedó sola en Bucarest. Aurora bregaba en Buenos Aires por que su padre Raúl llamase a la abuela y la hiciese viajar a la Argentina. Raúl pretextó que a los viejos no se les mueve de los lugares donde han vivido por más de cuarenta años. Perla murió en Rumanía en 1962, asistida por una vecina solidaria. Aurora nunca perdonó la indecisión o la indiferencia de su padre.

BOBE TSUNE.

Tatarabuela de Aurora S-B, bisabuela de Raúl S-W-berg, abuela de Perla W-berg. Ignoramos su apellido y el nombre de su marido. Sabemos que tuvo una hija, quien se casó en primeras nupcias con un ingeniero W-berg. De esa unión nació Perla, madre de Raúl. Cuando Perla cumplió los 3 años, su padre abandonó el hogar para irse a París y desarrollar en Francia una carrera conspicua de inventor. A él se debe la hélice de tres piezas unidas en el centro mediante un tornillo común, fórmula que acabó con la hélice de una sola pieza en la aviación, ya que abarató y facilitó sensiblemente las operaciones de reemplazo y de reparación en caso de rotura de alguna de las paletas del dispositivo. La madre de Perla quedó tan dolorida por el abandono de su marido que rogó a Tsune, su propia madre y abuela de Perla, se hiciera cargo de la crianza de la niña, cosa que Tsune hizo sin chistar y con todo el amor del mundo. Cuando Perla tuvo a sus tres hijos varones, la *bobe* Tsune no dudó en ayudar también a su nieta en la empresa de criarlos. El menor de esos niños, Raúl S, fue el preferido de Tsune y dejó de ella el retrato que a continuación transcribimos en bastardilla:

> *Mi bisabuela* Tsune.
>
> *Se llamaba Tsune, nombre que en nuestro tiempo, en castellano o en cualquier idioma latino, corresponde a Cecilia*. [Hubo recientemente algunas discrepancias respecto de la traducción de Tsune. Hoy tiende a identificarse el nombre con Sonia más que con Cecilia, pero así quiso registrarlo Raúl, llevado tal vez por una identificación profunda de su bisabuela con su mujer, Cecilia S1-S.]
>
> *Hace ciento cuenta años* [Raúl escribió este texto en 1987], *cuando la llamaron así, no se tenía vergüenza de un nombre que era como una tarjeta: «¿Cómo se llama? ¿Tsune?… Es judía».*
>
> *Ser judía implica hoy, como ayer o en todos los tiempos, tener coraje. Aconsejadas por las madres, las Tsune, cuando salían fuera de casa, iban preparadas para cualquier burla o risotada, pues sabían que encontrarían algún grosero o caradura que preguntaría: «¿Por qué Tsune?», y luego seguiría un montón de bufonadas.*
>
> *Hoy, todas las Tsunes se llaman Cecilia y vaya a saber qué religión tienen. Pero no sé por qué pierdo tiempo en explicar su nombre cuando lo más importante es recomendarla.*
>
> *Petisita, ojos grises a azules, es difícil recordarla hoy, después de*

más de setenta años. Sin embargo, de lo que puedo acordarme muy bien es de su forma de ser y de su corazón. La veo muy cerca, tan cerca como si estuviera al lado mío.

Petisa y movediza, parecía una pelotita de caucho llevada por una mano invisible que la obligaba a moverse, sentarse, levantarse, buscar siempre algo en ayuda de mi madre. No importaban los años que tenía, era BOBE, era nuestra bisabuela…

Hasta ahora no sé si el amor más grande de mi Bobe estaba dirigido hacia mi madre o hacia mí.

Madre era la nieta mayor, la única de la cual se ocupaba. Mi abuela había tenido otras dos hijas y dos varones vivos y sanos, pero Bobe jamás atendió a otro nieto que no fuera madre, la mayor de todos. Es posible que Bobe tomara tan a pecho la vida de esa nieta en particular por un motivo muy serio:

Mi abuelo, el padre de mamá, la dejó, abandonando la casa cuando ella tenía 3 años y no volvió hasta los 10 años cumplidos de la niña. Mucho, ¿no es cierto? Creo que el hecho de quedarse huérfana de padre a una edad en que toda niña necesita ese amor y, según se sabe, las niñitas están más pegadas al padre que a la madre, creo que la tristeza de quien se ve como una burbuja perdida en un océano hirviente, ese hecho, rompió los ojos lindos de mi madre de tanto llorar. Bobe tomó muy a pecho la fuga de mi abuelo y descargó todo su cariño sobre esa nieta que era madre.

Con la moral bien cuidada, tal cual pasaban las cosas hace un siglo, mi abuela se casó por segunda vez y dejó al fugitivo libre en sus aventuras. (Más tarde, se supo que había ido a ver a su hermano, en París.) De su segundo matrimonio mi abuela tuvo dos hijos varones y crió además a las dos hijas pequeñas que su nuevo esposo tenía de un casamiento anterior. Seguramente no nos ocuparemos de todos estos chicos, para no complicar el relato con tantos nombres. Extraigo sólo lo más importante y lo que vale la pena saber y entender.

Pero hubo un hecho que vale la pena saber y es que mi abuela tuvo trillizos, un fenómeno tan raro en Rumanía que fue felicitada y recibió del Palacio Real, aparte de las felicitaciones, un manojo de rosas, cosa que mi abuela nos contaba cada vez que se hablaba del rey Carol I. [Se trata del príncipe Karl Eitel Friedrich Zephyrinus Ludwig de Hohenzollern-Sigmaringen, nacido en 1839, elegido *Domnitor* de Rumanía después del golpe de estado que depuso al príncipe Cuza en 1866. En 1881, fue proclamado rey de Rumanía. Murió en 1914. Sus esfuerzos por modernizar el país se concentraron en el respeto a la constitución monárquica de 1866-1881, el urbanismo de la capital del reino, Bucarest, el aumento del tendido de vías de ferrocarril, la

promoción de la enseñanza primaria y la consolidación de una industria petrolera en Ploiesti, cuya primera refinería se había instalado ya en 1857. No obstante, el núcleo arcaico de la producción agraria y de las relaciones sociales en el campo no parece haber sido tocado por esos progresos. Carol I hubo de enfrentar revueltas campesinas de viejo estilo en Valaquia en 1888 y en Moldavia aún en 1907.] *De los trillizos que nacieron quedó uno solo con vida, mi tío Marcel. Los otros dos murieron muy rápido, después de pocos días, y la abuela se quedó con las felicitaciones porque las rosas también murieron.*

Volvamos a mi Bobe. Cuando nací yo, aparecieron los tiempos difíciles para mamá. Con sólo 28 años, un nene de 6, otro de 2 y yo recién aparecido, ¿cómo dar abasto? Madre se sentía un torero que debe luchar con una bestia demasiado enfurecida y brava. Llegó la salvación cuando Bobe me tomó bajo su ala y se hizo cargo de otros problemas que colgaban sobre la cabeza de madre igual que el sable de Damocles.

El amor que me mostraba Bobe era un poco agresivo, teniendo en cuenta a mis dos hermanos mayores. El más grande, Aurelio, creo que no daba ninguna importancia al asunto, que era más bien con Bernardo, apenas dos años mayor que yo, pues cuando él me empujaba, pegaba o molestaba, Bobe le decía: «Vos, albóndiga flaca, si no lo dejás tranquilo, te meto en el horno». Berchu buscaba moscas en mis ojos, cada vez que se acercaba a mi cuna y me veía parpadear; puede ser que creyera que me estaba burlando de él. Madre me dijo que, siempre que estaba al lado mío, metía sus deditos en mis ojos, hasta que mi padre lo castigó severamente. Pobre hermano, en su sublime inocencia, maravillado de cerrarme y abrirme los párpados, lo mismo que una prima nuestra con una muñeca cuando venía a casa de visita. Gracias a Dios, tengo sanos mis ojos todavía, hasta hoy no uso lentes y pasaron ya setenta y cinco años. Ojos que miraron mucho, lloraron otro tanto, leyeron cuanto pudieron en los años de escondite, de guerra, de vigilia y desavenencia.

Volvamos de nuevo a Bobe. En los tiempos en que mi madre me tuvo, las chicas estaban más apuradas que ahora. El noviazgo no era como es en estos tiempos, en los que se espera tanto que, a veces, los novios se cansan de soñar con el departamentito, con el aumento de sueldo o qué sé yo qué invención que les permite postergar la boda. En otras épocas, la calidad de novia cambiaba por la de esposa mucho más rápido. Así se explica cómo mi abuela tuvo familia dos semanas antes que su hija. [Se refiere al parto del cuarto y último hijo de la madre de Perla, habido de su segundo marido, y al parto de Aurelio, tal cual enseguida se

verá, de modo que los sucesos ocurrieron en 1902.] *Las dos con el vientre abultado, pobre Tsune, la bisabuela no sabía dónde correr primero y a quién socorrer antes, según me dijeron la abuela y mamá. Pero Tsune y madre estaban casi pegadas hasta que nació Aurelio. Y aunque su hija se había hecho tan famosa en Bucarest por tener trillizos y ser felicitada por el rey, a mi bisabuela no le importó y no se separó de su nieta. Los abuelos me entienden. Estar pegada a su nieta es sólo un decir. Puesto que mi mamá con el bebe en los brazos era incapaz de cualquier trabajo, más bien quién sabe si no aprovechaba a la viejita, enloquecida de amor hacia ella, es decir, madre se ocupaba de Aurelio y Bobe de todo el trabajo de la casa. Así, para no alargar demasiado, pasaron más de tres años, apareció el segundo bisnieto de Tsune, Bernardo, y pasaron otros dos años, aparecí yo.*

No sé cómo, lo hice con los ojos azules, pelo rubio y gordo. De los otros dos, me dijeron que habían nacido más bien flacos, de ojos pardos y el pelo color castaño. Siendo yo grande, hablábamos con madre de vez en cuando de esa maravilla que se había llamado Tsune y madre me decía: «Naciste vos y ya no tuve abuela, mi madre no tuvo madre y tus hermanos, inexistentes».

Este amor exagerado le caía como de medida a mi madre quien, con dos niños no muy grandes, no sabía dónde tirarse en la casa para descansar. Aurelio fue siempre un bebe, luego un nene, más tarde un joven y, por fin, un hijo bueno, tranquilo, excepcional, el gran amor de madre. Berchu, como le decíamos a Bernardo, fue algo diametralmente opuesto a su hermano mayor. No era malo, pero sí belicoso y batallador por cosas mínimas, excitable y vigoroso, quería siempre salirse con la suya aunque no tuviera razón. Fue el que recibió lo más fuerte de nuestro padre. ¿Qué recibió? Lo verán ustedes cuando hable de nuestro padre. ¡Vaya figura!

Seguimos con Bobe. Las chifladuras de mi bisabuela con la «criatura», que así me llamaba ella, me molestaban tanto que llegaron a provocar grandes cantidades de lágrimas que corrieron por mis ojos. En la mitad de la semana, entraba Bobe muy temprano, buscaba la ropa sucia, hacía un gran paquete mientras madre me cambiaba y me daba de comer. Con el paquete de la ropa en los brazos y conmigo de segundo paquete, Bobe partía sin darme tiempo para entender lo que pasaba ni para besar a mamá. El llanto empezaba en el camino y terminaba cuando, después de dos días, me devolvía a madre. No puedo olvidar, sin embargo, el aroma que se respiraba en las dos habitaciones chiquitas donde vivía mi bisabuela. Una cama gigante, más alta que una casa, jamás pude subirme solo aunque me enganchara de todo cuanto encontraba que

colgase de ella. Almohadas grandes y más almohadas, apenas me acostaba tenía miedo de perderme entre ellas. En verano, cuando afuera se moría de calor, no sé cómo hacía Bobe pero allí había una temperatura agradable. Lo mismo en el invierno, cuando las piedras lloraban de frío, entre las almohadas yo me encontraba a gusto, almohadas con fragancia de flores raras, de perfume delicioso.

Si yo no daba más, al pensar en madre, sin que Bobe se diera cuenta, empezaba a llorar olas de lágrimas. No la ayudaba nada, pobrecita. Al no saber qué hacer para parar esas dos fuentes de lágrimas, mi Bobe aparecía con un pedazo grandísimo de pan y, dado que yo sabía que me obligaría a comerlo, era mi momento para cambiar de tono. Mi llanto, de otra clase, más tranquilo, se transformaba en objeción, ¿cómo podré engullir tal cantidad grande de algo que no me gusta demasiado?, pero el control de mi Bobe era más bien descuidado y nunca emanaban de él demasiadas obligaciones.

En una vida larga, se duerme en muchas camas. En cuántas dormí, decenas, cien o más quizá, ¿qué importancia tiene? Lo que no olvidaré jamás es el aroma de lavanda; de vez en cuando, yo encontraba debajo de las almohadas las ramitas de esa flor que Bobe no olvidaba esconder entre la colcha y el colchón, hechos ambos del plumón de mil patos. Tampoco olvidaré el canturreo y las caricias, el columpio en el que siempre me sentía, segundos antes de cerrar los ojos para dormir. El hecho de encontrarme lejos de mis hermanos y de madre se compensaba con el placer inolvidable de la cama hechizada.

Si el paquete de ropa necesitaba mucho trabajo, podía quedarme hasta tres días con Bobe. Lavar, secar, planchar tanta ropa implicaba, para una viejita, más tiempo del que se imaginaba y esta espera era el comienzo de mi tristeza. Creo que hasta hoy tengo secuelas de entonces, cierta tristeza sin poder explicármela. [Tal vez Raúl estaba, en el momento en el que escribió esta semblanza, demasiado impregnado de psicoanálisis en su versión más criolla, después de treinta años en la Argentina, porque resulta difícil atribuir a las magníficas soledades, que no eran tales, en lo de *bobe* Tsune el origen de las tristezas misteriosas de la vejez de un hombre que atravesó las tribulaciones de la guerra, el exilio, la persecución, el miedo del futuro en su juventud y en su larga madurez.]

Muchas veces me sorprendió Bobe cuando besaba la ropa de madre, llorando al lado de un paquete que ya estaba listo para el retorno, con la ropa lavada, planchada y bien arregladita. Me daba cuenta entonces de que pronto volveríamos a ver a mis hermanos y

de que yo estaría con todos en casa. No había alegría más grande, no por mis hermanos en realidad, quienes me miraban como se observa una mosca, una silla o cualquier objeto sin importancia. Mi alegría estaba en encontrarme en los brazos de madre con el beso que me quemaba como una llama tan deliciosa que, decía yo, ojalá que no se termine nunca. Después del beso, madre buscaba siempre algo dulce para darme, sabedora de que me enloquecían, y aún lo hacen, las cosas dulces. En ese momento justo, aparecían mis hermanos para controlar si también les gustaba la golosina que yo tenía o bien no valía la pena que eso les importase. Mientras arreglaban y apilaban la ropa, Bobe y madre hablaban entre sí, de seguro sobre la forma de comportarme esa vez.

Termino aquí el capítulo de Bobe Tsune, pues nos la vamos a encontrar más veces y podría escribir tomos enteros de ella, aunque no pueda explicar en palabras el corazón ciclópeo de una viejita pequeña, ni el amor que tenía por su nieta y su bisnieto.

Tsune protagonizó varias veces querellas con los vecinos, en defensa de los bisnietos a quienes se solía reprochar las diabluras más devastadoras del barrio. En los años en torno a 1914, se organizó el servicio público de recolección de basuras en Bucarest. Un cuarto de hora antes de que pasase el carro que se llevaba los desperdicios, un agente se adelantaba al vehículo y hacía sonar una campana para que las familias sacaran sus paquetes a la puerta. Se evitaba de este modo que perros, u osos inclusive, comiesen y desparramasen los restos de comida en las calles (había entonces osos en Bucarest, amaestrados por los gitanos para prestar servicios de masaje a los reumáticos: tendido el doliente sobre el piso, se hacía subir a un oso sobre la zona afectada y se lo ponía a bailar suavemente, de manera que el peso y el calor del animal arreglaban las articulaciones arruinadas y los dolores desaparecían). La *bobe* Tsune decidió, en una ocasión, burlarse de los vecinos y tocar ella misma una campana para que todo el mundo sacase fuera sus basuras. Lo gracioso del caso fue que la propia Tsune, tras ocultarse muerta de risa en la casa de la nieta Perla, salió de inmediato a la vereda con las bolsas de desechos de su familia.

AURELIO S.

Hijo primogénito de **Josef S** y **Perla W-berg**, nacido en 1902, hermano de Raúl, doctor en medicina. Sus dificultades con la aritmética en la escuela elemental hacían suponer que su ingreso al liceo sería un calvario prolongado, pero el Aurelio adolescente salió de la crisálida y se convirtió en el mejor alumno de su curso. Más aún, él fue quien educó a Raúl, le enseñó a leer antes de los 6 años y, luego, le dio sus primeros libros, unos textos lacrimógenos -*Solo en el mundo*, es decir *Sin Familia*, novela escrita por el francés Hector Malot, y *Corazón*, obra de Edmundo de Amicis-, que marcaron la personalidad de Raúl para siempre e hicieron de él un hombre de sensibilidad a flor de piel, muy proclive al llanto. Aurelio protegió a su hermano menor de la severidad del padre Josef y lo defendió en ocasión de su escape a Palestina y de su casamiento con Cecilia [véase **Raúl S**]. Los S se oponían a aquel matrimonio por la misma razón que lo objetaban los S1: los hijos menores debían aguardar el enlace de los mayores para pensar siquiera en el propio. Recibido en la facultad de medicina con honores, Aurelio se casó con Rebeca, también médica, después del regreso de Raúl y Cecilia desde Palestina. La pareja tuvo un hijo varón, Harry, nacido en 1936. Movilizado como médico en 1940, Aurelio siguió en el ejército después del estallido de la guerra con Rusia en junio de 1941, a pesar de su condición de judío. Su esposa consiguió un permiso especialísimo, otorgado por el propio Antonescu, para unírsele, acompañada además por el hijo Harry, en un hospital de campaña del frente rumano-ruso. Allí, Rebeca trabajó junto a su marido en la atención de heridos de guerra. Durante un bombardeo a comienzos de 1942, Aurelio fue alcanzado por la metralla y murió en el acto. Rebeca y Harry no pudieron volver inmediatamente a Bucarest, quedaron bloqueados en Tiraspol donde aprendieron a hablar ucraniano y ruso, adquisiciones que les serían muy útiles en los tiempos por venir. A comienzos de 1944, la médica y el niño de 8 años cayeron prisioneros del Ejército Rojo que, en los mismos convoyes en que viajaron los doscientos mil tártaros de Crimea, los deportó a Uzbekistán en mayo de aquel año. La familia remanente de Aurelio obtuvo autorización para vivir en Bukhara, en el barrio de los antiguos judíos que se decían descendientes de las diez tribus perdidas de Israel. Rebeca aprendió el bukhori, el dialecto tadjikopersa mechado de palabras y expresiones hebreas que hablan esos judíos, y pudo ejercer la medicina en el hospital municipal de la ciudad, a pocos pasos de la *madrassah* de Mir-i-Arab. En mayo de

1946, Rebeca y su hijo fueron dejados libres y emprendieron el camino de regreso a Rumanía. En camión, en tren, a pie, pasaron de Bukhara a Tashkent, de Tashkent se introdujeron en Kazajstán y viajaron hacia el oeste, al norte del mar Aral, hasta entrar en Rusia por Tchkalov (Oremburgo antes de 1938), alcanzaron Stalingrado, descendieron hasta Rostov, se dirigieron a Odesa, volvieron a hablar rumano en Kishinev e ingresaron en Rumanía por Iasi. En líneas generales, Rebeca y Harry habían recorrido más de la mitad de la rama norte de la vieja ruta de la seda, toda la región esteparia de los antiquísimos escitas gobernados por la reina Tomiris, más tarde de los mongoles, de los tártaros y los cosacos. En ese viaje, quedó muy en evidencia la disparidad entre la tierra soviética, que no había conocido la invasión alemana, donde la vida era difícil sin duda debido al esfuerzo de la reconstrucción postrevolucionaria y postbélica del país entero pero no se veían ruinas ni personas mutiladas, y las regiones del sur de Rusia hasta el Cáucaso y de toda Ucrania, donde el huracán nazi había arrasado campiñas, pueblos y ciudades. Por eso, en Tashkent, Rebeca y Harry tuvieron tiempo y oportunidad para ver esa extraña ciudad y visitar el palacio que mandó construir allí, cerca de la plaza Mustaqillik Maidoni, el gran duque Nicolás Konstantinovich Romanov, nieto del zar Nicolás I, durante su destierro. En Tchkalov, cruzaron el río Ural por el viejo puente colgante que estaba indemne y bordearon los terrenos ocupados por industrias muy activas. Pero, al aproximarse a Stalingrado, la devastación se tornó el bajo continuo del paisaje, repetido en Rostov y en Odesa. Las ciudades de la Moldavia rumana también habían padecido destrucciones que superaban cualquier imaginación. Por ello, al llegar a Bucarest, a la que la sublevación oportuna del pueblo y del rey Miguel II contra Antonescu, el 23 de agosto de 1944, había salvado de un ataque en regla, Rebeca y su hijo supusieron haber vuelto al paraíso real de la primerísima infancia y de la juventud. En octubre de 1946, después de siete años, la esposa de Aurelio y un Harry adolescente visitaron a los S en su departamento de la calle de los *Sfintii Apostoli* en Bucarest. En 1950, Rebeca y su hijo partieron de Rumanía rumbo a Israel. Rebeca nunca volvió a casarse y Harry formó una nueva familia S cuyos descendientes viven en ese país. Al parecer, Aurora S-B es tan parecida a su tío Aurelio que, cuando visitó a la tía Rebeca en su viaje a Tel Aviv de septiembre de 1980 y se caló frente a ella unas gafas, Rebeca no pudo contener el llanto frente a lo que se le apareció como un fantasma de su querido esposo. Algo semejante ocurrió con Lucio, el nieto de Raúl, a quien este abuelo suyo le pedía siempre que se pusiera unos anteojos de mentirita porque quería ver la cara de su hermano.

Nota bene: Se incluye a continuación el texto manuscrito de Raúl S-W-berg titulado *Mi hermano Aurelio*, con las enmiendas gramaticales y extractos que el autor autorizó realizar a los editores después de una lectura conjunta y en voz alta de lo escrito. El original fue redactado en lengua castellana en 1987 y corregido, en primera instancia, por el propio Raúl, quien se sirvió para ello del manual de estilística *Diccionario de uso del español*, por María Moliner, Madrid, Gredos, 1967. La fuente es transcripta en bastardilla:

Mi hermano mayor.

Mi hermano mayor me llevaba ocho años. No creo que fueran esos años los que impulsaban mi respeto, del que jamás pude explicarme el porqué. Pues lo respetaba tanto como a mi padre y, a veces, más. Aurelio me miraba siempre con tanto amor, tenía siempre para mí las palabras elegidas y no recuerdo si me pegó alguna vez, como se pegan entre ellos los buenos hermanos cuando siempre se encuentra algún motivo.

Yo, a los 5 años sabía leer, porque muchas veces, al lado de mi hermano mayor, miraba cómo leía él. A menudo me mostraba las letras diciéndome cuál era el nombre de cada una y cómo se lee.

Una vez, tomé de su armario un librito, donde se encontraban los alfabetos de muchos idiomas, de diversos pueblos. Él me mostró cuál es el alfabeto que nosotros usamos, dejó en mis manos mucho tiempo el librito, para que yo aprendiera, como decía él, cuál de ellos vale para muchos pueblos, incluido el rumano que hablábamos nosotros.

El armario de donde saqué el librito era un regalo de madre, cuando ella se dio cuenta de que su hijo mayor era diferente de otros chicos de su edad.

Aurelio leía todo el tiempo y, con el dinero que le sobraba, compraba libros. Cuando yo empecé a leer, el armario contenía tantos libros que yo preguntaba siempre: «Decime, Aurelio, todo lo que está en estos libros, ¿vos lo tenés en la cabeza?». «Todo y más», respondía él acariciándome.

Recuerdo que mi primer libro fue la causa de tantas lágrimas que mojaban bien un pañuelito que tenía en el bolsillo del pantalón, dándome aires de chico grande. Yo leía Solo en el mundo (Sin familia*), después, para alegrarme, mi hermano me dio* Cuore (Corazón*). Padres pelearon mucho con el hijo mayor, por haberme dado libros tan tristes. Me di cuenta más tarde de que, con tales libros, se comienza a leer y que no todos los chicos son llorones.*

El armario pequeño, pero lleno de libros, era como un hechizo para mí, un embrujamiento que me obligaba a mirar hacia dentro a través de un vidrio grande que dejaba ver los libros bien

arregladitos, bien alineados, con los títulos en el canto para saber el contenido. Como fascinado, cada vez que pasaba por delante del mueble, me quedaba quieto y deletreaba los títulos. Pregunté a mi hermano: «Y cuando termino Cuore, *¿qué sigue?». La respuesta era: «Hay bastante para ti… Ojalá tuvieras tiempo».*

Existía en ese tiempo en Rumanía una editorial que sacaba resúmenes, a menudo bastante detallados, de todos los libros de grandes escritores. Aurelio llegó a comprar el número 100. Cada título tenía un número y, cuando el libro era grande, abarcaba dos y hasta tres números, por ejemplo, Los tres Mosqueteros, Montecristo, Guerra y Paz, *y tantos otros. Padre le daba dinero para comprar porque tanto Bernardo, mi hermano del medio, como yo, en el tiempo en que no hacíamos diabluras, leíamos.*

Como alumno, Aurelio empezó mal en la escuela. Madre decía que le ayudaba a hacer los deberes y que no le entraban en la cabeza muchas cosas muy simples, que tuvo gran trabajo para aprender la tabla de multiplicación y que no había problema de aritmética que él entendiera. En los primeros años de escolaridad, tenía menor entendimiento que los chicos de su edad. Esa deficiencia duró los cuatro años de las clases primarias. En Rumanía, se cursaban cuatro clases primarias y ocho liceales. Cuando empezaron los años de liceo, todo cambió para Aurelio. El vuelco fue tan grande que nadie podía creer que un alumno flojo, como él lo había sido, fuera capaz de transformarse en el mejor alumno de su clase de liceo. Toreado por otros dos compañeros, Aurelio salía siempre primero. Dado que yo cursaba el mismo liceo cuando él terminaba sus dos últimos años, solía hablarse de mi hermano mayor como de un alumno muy conocido pues no era sólo el mejor alumno de su clase, sino la mayor nota del liceo en más de cuatro años.

Cuatro veces fue felicitado por el nuncio papal, porque el liceo estaba bajo el control de la nunciatura, siendo un liceo católico que llevaba el nombre de Tomis, correspondiente al antiguo puerto romano del Mar Negro donde había sido desterrado Ovidio [esta referencia a la *romanitas* de la antigua Dacia daba el toque apostólico romano que la dependencia católica de la escuela exigía]. *Cada fin de año, se acercaba para mí el suplicio, porque se hacía una gran fiesta en el liceo, se felicitaba a los mejores alumnos y a mí jamás me felicitaron, al contrario, pues como se leía la nómina de los alumnos que pasaban al año siguiente y yo figuraba allí entre los últimos, los ojos de padre y madre me miraban igual que a un perro sarnoso, mandándome con sus ojos truenos y amenazas.*

No por eso quería yo menos a mi hermano que, cuando

llegábamos a casa y yo me hacía el artista triste para que padre no me regalase dos o tres trompaditas, en secreto me decía: «No te aflijas que no te van a pegar». Recuerdo esto porque padre tenía la mano muy suelta para educarnos, según estaba de moda cuando yo era chico.

Padre, jefe contador y corresponsal en inglés, alemán y francés, tenía poco tiempo para nosotros, sus tres hijos. Trabajaba en una gran sociedad de seguros. Madre, ama de casa en la que crecían tres hijos, tres diablos, y digo diablos porque los tres éramos normales en eso de poner la casa patas arriba, y sólo Aurelio, de vez en cuando, pensaba en pobre madre que no daba más con nosotros. Cada tanto, madre ya no podía aguantar y padre hacía de juez. Pobres de mi hermano, el del medio y de mí. Al mayor, padre no le pegaba porque era el preferido de madre y porque en verdad no era culpable. Padre sólo preguntaba a Aurelio si controlaba nuestros deberes y nos daba libros para leer.

Los domingos, cuando padres recibían amigos y parientes, se encontraban entre éstos mis padrinos [del briz] *también. Padrino, el tío Juan, era primo hermano de madre: Juan W-berg era propietario único de una gran imprenta y fábrica de cajas de bombones para las mejores confiterías de Bucarest. La fábrica Montblanc, versión francesa del apellido alemán de la familia, había sido fundada por tres hermanos, dos perdidos en París de los cuales uno era mi abuelo del que hablé bastante en otro capítulo* [véase **Raúl S-W-berg**]. *Ya conté cómo, un buen día, sin decir nada, ese abuelo dejó a su esposa y a una nena de 3 años, mi madre. Creo que escribí también acerca de los ojos tristes de mi madre y por qué ella tenía motivo. Pero ahora nos ocupamos de Aurelio y dejamos entonces tranquilo al abuelo W-berg en París* [lo cierto es que el tío Juan resultó el heredero único de la fábrica de cajas de chocolates]. *Decía que los domingos, entre los amigos y parientes, aparecía tío Juan. Tanto mis hermanos como yo sabíamos que esa tarde iríamos al cine. Después de besarme, tío Juan metía la mano derecha en mi bolsillo y ya sabíamos qué sucedería. A Aurelio tocaban veinte centavos, a Bernardo veinte centavos en monedas grandes con un orificio en el centro y a mí una moneda chiquita de plata que valía cincuenta centavos. Con esa fortuna, salíamos de casa para vivir una tarde de ensueño.*

Aurelio tomaba toda la fortuna y disponía cómo habíamos de gastarla. Primero, íbamos al cine. Nos quedábamos a ver la película dos veces, con caramelos en los bolsillos. Yo, sentado en el medio, no siempre veía todo porque había alguien alto sentado delante mío, tampoco entendía siempre lo que veía. Pero el gusto de quedarme en una butaca entre mis hermanos, rompiendo caramelos con ruido y

tirando el envoltorio bajo la butaca, eso era un gran placer. Al salir del cine, íbamos a una pizzería o, mejor dicho, a algo parecido a lo que es una pizzería en Buenos Aires. Allí comíamos empanadas y algo semejante a una pizza, que se llama placinta, *una especialidad griega que se hacía con queso o carne, de un gusto tan sabroso que, en el momento de comerla, no existía en el mundo nada más exquisito. Los griegos propietarios de estos negocios se llenaban de dinero de tanta gente que se deleitaba con sus especialidades.*

Ya con el estómago lleno, agradecidos, con una disposición de chicos que se ríen de cualquier cosa, llegábamos a casa. Padre contaba chistes y más chistes y todos reían con una boca de una oreja a la otra. Nos mandaban a dormir por ser tarde y para no oir cosas que no cuadraban con nuestra edad. Cuando llegamos a una edad más adecuada, padre nos contó aquellos mismos chistes, a mediodía cuando almorzábamos y madre iba a la cocina a cambiar los platos. Chistes que, todavía hoy después de casi setenta años, cuando los cuento, me dan bastante éxito.

Volvamos [al hilo de la historia]. *Cuando nos acostábamos y los tres sabíamos todo lo que seguía, canciones francesas, alemanas, que terminaban siempre con una canción inglesa:* «It's a long way to Tipperary» [cantada por los británicos en 1914 al comienzo de la Primera Guerra Mundial], *yo no llegaba hasta el final porque me dormía con sólo pensar en la película, en la* placinta, *en el envoltorio de los caramelos tirado bajo la butaca.*

Pero, como la felicidad no dura mucho, la nuestra también se terminó. Aparecían las nubes de la Primera Guerra Mundial. [Recuérdese que Rumanía ingresó en el conflicto, a favor de los aliados occidentales, en 1916. De manera que los acontecimientos del cine y de los domingos festivos hay que situarlos entre los años 1914, fecha en la que circuló «*It's a long way*», y 1916.] *Dado que padre hablaba perfectamente alemán, lo invitaron a tomar un puesto de mucha importancia, el de administrador de una renombrada refinería de petróleos a sesenta kilómetros de Bucarest. Por cuanto en la primera guerra Rumanía andaba de acuerdo con la alianza francoinglesa contra los alemanes, ante cualquier eventualidad se necesitaba un administrador que hablara perfectamente inglés, francés y alemán, un puesto hecho justo para mi padre.*

Aurelio ya estaba cursando el segundo año de liceo, no podía irse de Bucarest y se quedó a vivir con la bisabuela Tsune. Creo que los lectores ya la conocen, pues era la persona más importante de nuestra familia [véase ***Bobe* Tsune**]. *Bernardo y yo fuimos a Ploiesti, a la Refinería Vega, para pasar allí todo el tiempo de la Primera Guerra Mundial. La separación fue tan triste que mucho*

tiempo ni quise mirar a madre, quien lloró todo el camino a Ploiesti.

La vida que pasamos allí, sin embargo, fue un sueño. Gran casa, un patio enorme, toda la ciudad amiga de mi madre porque ella regalaba siempre un poco de petróleo a quien lo necesitase, cine a disposición para Bernardo y para mí, y comida, la mejor. Explicaré un poco las causas de una vida como nadie se imaginaba. El salario de padre era exageradamente alto por estar él en una posición de mucho riesgo. En los años de la Primera Guerra, la gente necesitaba petróleo para la luz de la casa porque, incluso para la gente media, la electricidad era un gran lujo que casi nadie tenía. Todo el mundo miraba hacia la refinería como fuente de una gran ayuda. Pero padre dio orden de que no se podía vender ni dejar salir petróleo de la refinería por ningún motivo. En su calidad de administrador, padre tenía un ordenanza, un soldado a su disposición durante todo el día. En nuestra casa, los chicos lo llamábamos Barbu, Nea Barbu, donde nea *es la palabra* nenea, *«tío» en rumano, cortada. Nea Barbu era el hombre con quien madre ayudaba a muchas familias regalando petróleo sin que padre supiera. Fueron años de lujo, de vida fácil y sin problemas.*

Otra vez debo decir que la felicidad no dura mucho. Poco antes de que terminase la guerra, Rumanía cayó bajo el poder de los alemanes y perdió todos sus derechos por un tiempo. Los alemanes nombraron otro administrador, uno de ellos, y padre debió salir cuanto antes de la refinería. [En mayo de 1918, exhausta y con su territorio ocupado en sus dos terceras partes por las fuerzas de los imperios centrales, Rumanía tuvo que firmar la paz por separado con Alemania y Austria-Hungría. Ese tratado, formalizado en Bucarest el 7 de mayo, cedió a Alemania el control de los pozos petrolíferos rumanos por noventa años. Transcurrieron meses de gran humillación para Rumanía, pero, en octubre, el país reingresó en la guerra y, después del armisticio del 11 de noviembre, pudo sentar a sus representantes en las mesas de negociación de paz en el lado de los vencedores. Los detalles de la situación de la familia S en el marco de los acontecimientos político-militares, que nuestra investigación ha precisado al punto de presentar varias disparidades con las afirmaciones generales de Raúl contenidas en este retrato de Aurelio, se encuentran en la voz **Raúl S**.] *Debimos volver a Bucarest. La vuelta fue tan amarga que no quiero ni acordarme.*

Conseguimos en Bucarest una linda casita, chica y, como decía padre, allí esperamos para ver cómo se terminaba [la guerra y la ocupación alemana de Ploiesti], *cómo salía cada uno de la*

miserable situación en que se encontraba, después de haber sufrido un tiempo, bajo las botas enemigas, hambre, vergüenza y muchas muertes, palabras y cosas que nacen todas de la guerra.

La gran tristeza, que se quedó conmigo muchos años, fue la muerte de Bobe Tsune, nuestra bisabuela a quien ya los lectores conocen de las historias de aquel tiempo en el que yo era un paquete, junto al otro paquete de la ropa que ella tomaba de casa de su nieta querida, para lavarla, plancharla y aliviar un poco la vida de madre y luego yo, en su casa, lloraba entre dos almohadones gigantes, con un pedazo de pan en las manos, y lloraba porque no veía a mi madre [véase ***Bobe*** **Tsune**]. *Pues murió la Bobe y lo hizo como una santa. Aurelio tocaba muy bien el violín, tocaba con un talento fuera de lo común y tenía un buen profesor; llegó a dar un concierto en el liceo. Pues bien, murió la Bobe como una santa. Cambiose la cama con todo limpio, sábanas y fundas más blancas que la nieve, y pidió por favor a Aurelio que tocase el violín. Aurelio tocaba y no se dio cuenta cuando su Bobe entregó el alma a Dios. Cuando más tarde él contaba cómo había sido el episodio, tanto Aurelio como mamá, Bernardo y yo llorábamos igual que chicos que han perdido el mejor juguete.*

Pasaron tantos años, aunque si quisiera escribir sobre mi hermano mayor todo lo que yo podría y debería, me harían falta kilogramos de tinta y más aún de papel. De ahora en más, escribiré un resumen de cómo se trunca una vida, de cómo desaparece un personaje.

Aurelio estudió medicina. Salió, según se esperaba, uno de los mejores médicos de su año. Aparte de su consultorio, fue llamado para ser médico municipal, un galardón que, en la Rumanía de aquel tiempo, sólo alcanzaban los profesores, y eso que Aurelio era judío y todo pasaba en un momento de exagerado [sic] *antisemitismo. Como estudiante, ya había tenido que sufrir golpes: una vez, llegó a casa con la cabeza hinchada y una herida en la nariz, pero nada de ello le impidió seguir, sufrir y terminar con éxito la carrera.*

Vivimos juntos los tres hermanos hasta que yo salí hacia Palestina [véase **Raúl S-W-berg**]. *Yo quería casarme y mis padres no me dejaban por ser el último hijo y estar los dos mayores todavía solteros. En aquellos tiempos,* [semejante salto] *era una vergüenza. Hablé con mi novia, hicimos un plan: ella iría después a Palestina, cuando yo tuviese el modo de mantenernos los dos. Planes de jóvenes, que no piensan demasiado cuando el amor es grande. Así me despedí de la familia y me alejé de todos.*

[El experimento] *no duró mucho. Después de diecinueve meses, ya casado en Palestina, porque mi novia había encontrado el*

camino para seguirme, me enfermé de fiebre amarilla y, obligado a volver al país de donde había salido, llegué a Rumanía con quince kilos menos y con esposa.

Otra vez, al encontrarnos los tres hermanos, parecía volver el tiempo feliz de antaño, pero no fue así. Cuando volví, Aurelio tenía un lindo consultorio, al poco tiempo se casó con una compañera de la Facultad y tuvieron ambos un nene.

Comenzó la segunda guerra mundial y convocaron a Aurelio como capitán médico de un regimiento que nadie sabía dónde quedaba ni cómo se llamaba. [En verdad, Aurelio había sido alistado, antes del ingreso de Rumanía en el segundo conflicto mundial, en 1940 cuando el rey Carol II decretó la movilización general ante la anexión de Besarabia, el norte de Bucovina y Budjak por parte de la Unión Soviética.] *Rumanía era aliada de Alemania, esta vez, contra la Unión Soviética. Se hablaría más tarde de los excesos y atropellos que cometieron los soldados rumanos, los que se pagarían con creces más tarde, cuando ganaron los rusos y pasaron por Rumanía. En otro capítulo, contaré cómo yo mismo me salvé la vida delante de tres soldados rusos que querían matarme* [véase **Raúl S-W-berg**].

No oímos más nada de Aurelio. Su esposa médica hizo lo imposible y pudo obtener del presidente de los ministros de Rumanía [Antonescu en persona] *un papel que le permitió seguir a su esposo y quedarse como médica en el mismo hospital* [de campaña]. *Con el nene chiquito a su lado, viajó en tren, a pie, como pudo. Aurelio y ella se encontraron, trabajaron juntos y, con el nene al lado, encontraron momentos de felicidad, aun en tiempos de aquella guerra que no tenía perdón. Un día, estaban los tres en el patio del regimiento cuando unos aviones enemigos* [rusos] *aparecieron y ametrallaron el lugar. Una de las balas encontró a Aurelio y lo mató.*

Así se trunca una vida, es como cortar una flor, vida de un personaje que tenía muchos, muchos años para vivir.

Para volver a casa, su esposa y mi sobrino, quien hoy es médico conocido en Israel, dieron vueltas por media Unión Soviética, Asia y Europa, igual que cuando partieron de Bucarest, en trenes, en carros, a pie, como pudieron, para llegar a casa y contar todo lo que escribí más arriba, sin exagerar nada, con un nudo en la garganta y preparados los ojos para dejar salir algunas lágrimas.

BERNARDO S

(Berchu). Segundo hijo de **Josef S** y **Perla W-berg**, nacido en 1905, hermano de Raúl, se casó con Ketty D-kremer, una hermosa mujer, delgada y elegante, que lo adoró desde la adolescencia. Ketty era hermana de Leonie y de Lothar, el mejor amigo de Bernardo. El segundo hijo de los S fundadores era un mujeriego empedernido, quien buscaba que sus amantes fuesen gordas, simpáticas y buenas cocineras. Su *affaire* con la inmensa Raluca colmó el vaso y Ketty, asistida por Cecilia, logró vencer su dolor amoroso y separarse de su marido. Ketty murió al poco tiempo. Bernardo cayó entonces en una tristeza culpable y tan profunda que lo redujo a vivir en su casa, sentado frente a un retrato de Ketty sobre la cómoda. Por fin, el marasmo psíquico llevó también a Bernardo a la muerte en 1959. Su madre Perla lo sobrevivió, sola en Bucarest, por tres años. La habilidad de Berchu con las operaciones fundamentales de la aritmética lo condujo a superar la velocidad del ábaco chino. Sólo Ramanujan podría comparársele en ese terreno.

FAMILIA S1.

El origen más lejano de esta familia del que tenemos noticias se remonta a la unión entre Abraham S y Rebeca N, de la que nacieron cuatro vástagos: **Josef S1**, llegado al mundo en 1886, *tanti* Debora, casada con Moritz W-man, y otros dos varones cuyos nombres ignoramos. Rebeca N era una religiosa devota, respetuosa de las prescripciones del *shabat*. Ese día, siendo una anciana, caminaba treinta cuadras para visitar a todos sus hijos y se alimentaba de la comida *kosher* que había preparado en su propia cocina: en lo de Débora comía pan y aceitunas, en lo de Josef, un poco de queso, y así seguía en lo de los otros dos vástagos. Al caer la noche, cuando el *shabat* había terminado, se sentía libre para tomar el tranvía y regresar a su casa.

> Raúl realizó una semblanza precisa de su suegro Josef que aquí citamos:
>
> *Mi padre político, buscando el varón no lo encontró y tuvo cinco polleritas. Puso fin a su deseo y, después de muchos años, apareció el varón buscado. Era yo. Para él, jamás fui un yerno. Me decía siempre, lo mismo que a sus amigos: «Tengo cinco hijas y un hijo, pues tengo a Raúl». Y no lo decía simplemente sino que lo demostraba cada vez en que había una oportunidad de hacerlo.*
>
> *Pasados los 50 años, no tenía un solo pelo blanco. Su ñata apenas se podía llamar nariz, sus dos ojos negros miraban hasta el fondo del alma. No se enojaba con facilidad, pero cuando la ofensa recibida era grave, nadie lo soportaba, pues se convertía en un paquete de nervios a punto de explotar.*
>
> *Había trabajado desde los 14 años para ayudar a su madre y alimentar a sus hermanos menores. Poseyó, por fin, una imprenta, un taller donde ganaban su pan alrededor de diez personas. Siempre enojado con alguien del taller, se le iba la furia cuando llegaba a su casa y se sentaba en la mesa con tantas flores. Era irritable y gritón, es cierto, pero siempre estaba preparado para ayudar a sus empleados o a quienquiera lo necesitase.*
>
> *Pasó dos guerras, una de las balcánicas* [se trata seguramente del segundo conflicto de los Balcanes, estallado en 1913, que reunió a Grecia, Serbia, Montenegro, Rumanía y el propio imperio otomano contra Bulgaria; este país resultó aplastado y hubo de ceder siete mil kilómetros cuadrados a Rumanía, más una parte enorme de Macedonia que pasó a Serbia y a Grecia] *y*

la primera guerra mundial, frente a frente de todas las penurias y el sufrimiento, durante inviernos mortales, hambriento y herido, fue un milagro su vuelta a casa, donde lo esperaban tres hijas y una esposa que también sufrieron, no tanto como él pero bastante. Por todos esos padecimientos, su carácter se hizo fuerte, nervioso, irritable y, al mismo tiempo, generoso. Movedizo y trabajador, atento a cualquier ruido alrededor de su persona, buscaba acción desde la mañana hasta la noche. Su bondad y su caridad hacia el prójimo lo convirtieron en presidente de un jardín de infantes, de pobres y huérfanos, para el que ponía a disposición su automóvil todos los domingos de Dios. Fue un jefe, un padre y un suegro de una sola pieza.

Jamás tuvo un altercado o discusión molesta conmigo. En cualquier disputa que me enfrentase a cualquiera de sus hijas, Cecilia incluida, era siempre un mal juez porque me daba invariablemente la razón. Yo era su hijo y no admitía nada que pudiera lastimarme.

Las secuelas de dos guerras son motivo seguro de una enfermedad que no perdona, el mal del corazón. Tuvo dos infartos entre 1938 y 1939, el segundo se lo llevó. Cuánto lo quería su comunidad se reflejó en el entierro. Una multitud de amigos, empleados, compañeros de la guerra y de muchas sociedades judías y no judías de beneficencia lo acompañaron en su último camino.

Mi suegro no fue una persona sino un personaje.

FAMILIA D.

Tíos de Cecilia que eran hermanos de Susana D, hijos del matrimonio formado por Saul D y Raschella W-sler [para Bianca-Bibi, véase **Cecilia S1-S**]. *Tanti* Ana estaba casada con Salomón E-tein, petrolero de Ploiesti, y tenía bastante más que un buen pasar. El *bebe* Calman vivía feliz junto a su esposa, *tanti* Rosica, hasta que fue asesinado en el *pogrom* de enero de 1941. El *nene* Pinkas, alias «Pinku», fue el pobre de los D, más pobre que un *suarice de biserica* («ratón de iglesia»), tal como diría Chica aún en 2002 cuando contaba estas historias a sus nietos en Buenos Aires. Pinku, el preferido de Susana, recibía la alta protección financiera de esa querida hermana suya. Casado con *tanti* Lisa, la pareja tuvo dos hijos, Asherica, «imposible de mirar por ser más lindo que un sol», y Saul, por fortuna no más hermoso pues, de lo contrario, el símil astronómico debiera haber echado mano de un cuásar, al menos, y los objetos remotos que llevan ese nombre sólo fueron avistados a finales de la década del 50. Constanza, la nieta de Cecilia, impresionada ante la pobreza de Pinku que refería la tradición y ocupada siempre en conocer y reparar, de ser posible, las desgracias del destino, investigó en Internet la suerte de esos muchachos D. Descubrió que no había demasiado de qué preocuparse pues vivieron, aparentemente, en los Estados Unidos y fueron allí grandes proveedores del Estado en materia de defensa. En otras palabras, los descendientes del pobre Pinku pasaron a formar parte del célebre complejo militar-industrial descripto por el general Eisenhower al final de su presidencia. Nada mal, a modo de compensación de los pesares económicos sufridos en los años 30 en Rumanía.

ELIZA S1-A

(Lola). Hermana mayor de Cecilia S1-S, nacida el 23 de noviembre de 1910 en Bucarest, fue la favorita absoluta de su madre Susana D-S1. Desde niña, Lola poseyó una hermosura singular, con su cara oval y de trazos regulares, digna de una *madonna* del Perugino o del Rafael joven. Esa belleza otorgó a sus rasgos una combinación de serenidad y distanciamiento que uno cree posible sólo en el mundo del arte, pero que ella materializó hasta los días últimos de su vejez. Susana y la tía Bibi supieron transmitirle en consecuencia un carácter, hecho de calma, contención de gestos y modales, hablar pausado, que armonizaba con aquella perfección física de un modo casi poético. Eliza hubiera sido un buen modelo para hacer el retrato imaginario de la *gentile donna* de la *Vita Nuova*. En sus memorias, Raúl la describió del siguiente modo: «Alta, esbelta, muy hermosa, ojos y pelo negros, la nariz al viento y una boca chiquita, no más grande que una cereza, siempre seria y un poco distante de las otras hermanas». Es probable que toda esa admiración suscitada por el sentimiento de su madre hacia ella otorgase a Lola unos aires de suficiencia y superioridad, una cierta majestad que nunca la abandonaron y, en los tiempos de la primera juventud, la mantuvieron alejada de los enamoramientos o los entusiasmos de pretendientes que sus hermanas menores Cecilia y Adella, en cambio, conocieron muy pronto. Susana debió de irritarse frente a un desvarío semejante y de allí su cerrada negativa a que Cecilia osara pensar en contraer matrimonio con Raúl antes de que Lola tuviese siquiera novio [véase **Cecilia S1-S**]. Mas así sucedieron las cosas, para escándalo de la lógica y de la racionalidad naturalizadas en el cerebro de su madre, que las aventuras sentimentales de las hermanas menores fuesen la ocasión del despuntar de un novio y, por fin, de un marido para Lola. Ocurrió que Cocutza estudiaba enfermería, por las razones que en el relato de su vida se verán; en 1935, un médico del hospital en donde la muchacha realizaba sus prácticas se interesó vivamente en ella y le propuso llevarla, durante un *weekend*, a conocer a su familia en la montaña, cerca de Valenii de Munte, donde el gran Nicolae Iorga había fundado su instituto famoso de enseñanza, investigación lingüística e histórica, la Universidad Popular, en 1908. Al principio, Susana se escandalizó de una invitación semejante cuya modernidad americana la sacó de las casillas, pero enseguida, cuando el joven galeno aclaró que iría acompañado de un hermano suyo serio y fiel, ambos naturales de Iasi, que el grupo se hospedaría en la casa de la familia y estaría siempre

bajo los ojos vigilantes de su propia madre, Susana reconsideró la situación y autorizó el viaje, siempre y cuando Lolica hiciera también de chaperona de su hermana. Ironías del destino, la relación entre Cocutza y el médico no prosperó en absoluto pero sirvió para que Eliza conociese al amor de su vida en aquel acompañante, **David A**, llamado «**Eddy**», se pusiese de novia a las pocas semanas de la excursión y se casase con él en Bucarest el 11 de marzo de 1936.

Eddy, nacido el 8 de enero de 1908, era un hombre ya maduro para las variables vigentes antes de la Segunda Guerra Mundial, y tenía un trabajo de responsabilidad en la filial rumana de un laboratorio suizo de primera línea. No por ello su jovialidad era menor que la de Raúl S, el marido aceptado y establecido de Chica, con quien el recién ingresado a la familia S1 hizo muy pronto inmejorables migas. Igual que en el caso de la pareja S, Lola y Eddy conocieron hasta el comienzo de 1939 los momentos más estelares de sus vidas. En abril del 39, se supo que Lola había quedado embarazada y los S1 deliraron de alegría, pero la muerte inesperada de Josef S1, algunos días más tarde del anuncio de la maternidad inminente, inició un período cargado de tribulaciones para todos. En diciembre del mismo año, Eliza fue madre de mellizos: Josefina A, **Josée**, y Stefan, muerto al nacer. Josée sobrevivió gracias a los cuidados de Cecilia y de Raúl. A partir de entonces, los avatares de los A serían paralelos a los de los S, de modo que remitimos a la voz **Cecilia D-S1** donde se proporcionan los detalles principales del período de la guerra que afectaron al tronco de los S1 y a sus descendientes. El 11 de marzo de 1944, Eliza dio a luz a **Marian Horia A**. Se reiniciaron las actividades de Eddy en el laboratorio suizo y la paz, reinstaurada desde septiembre de aquel año en Rumanía, pareció sonreír a los A, quienes volvieron a gozar de su casa en la montaña, la de Valenii de Munte, adonde también concurrieron con frecuencia Cecilia, Raúl y la pequeña Aurora desde comienzos de 1946. La hospitalidad de los A era siempre magnífica y Lola desplegaba perfección. Pero, ya lo sabemos, los amigos rumanos del camarada Stalin llegaron para aguar la fiesta. El departamento bucarestino de los A tuvo que ser compartido con gente desconocida, llegada del campo, y la rutina cotidiana se convirtió en una pesadilla grisácea.

Eddy, estimulado por la perspectiva de que el laboratorio suizo seguiría dándole un trabajo fuera del país, decidió abrir el camino del exilio de las hermanas S1, proceso que tardaría una década, hasta que la muerte de Susana permitiese en 1959 la

salida de Ella, la última de las S1 en abandonar la Rumanía comunista y antisemita de siempre. En efecto, los A partieron de Bucarest rumbo a Israel en junio de 1950, vivieron en Haifa hasta el 10 de enero de 1951, fecha en la que viajaron a Marsella en barco y, desde allí, se dirigieron a París, el 17 de enero, donde el famoso laboratorio de Eddy les tenía preparado un departamento en la calle Rodier. Los A se afincaron para siempre en París. Un hermano de David, Lazar, médico recibido y residente en Francia, los esperaba con su propia familia (acotemos que la admiración que Aurora S sintió hacia el tío de sus primos Josée y Marian, abonada por las hojas de papel secante con publicidad de productos de farmacia que él solía regalarle cada vez que lo visitaba como paciente, llevada por su madre Chica, fue un factor fundamental en la vocación científica y profesional de la muchacha S). Desde aquel momento en adelante, Lola pasó a ser el faro de los S1 en el exilio. Su aventura, su familia, su resolución, su programa de vida formaron el modelo, el *desideratum* de las hijas de Josef S1, de sus yernos y nietos. La circunstancia de que ella recibiera la ciudadanía francesa el 8 de agosto de 1958 llevó su prestigio a la octava esfera. Más aún, la casa de Eliza en París, primero la de la calle Rodier, más tarde la de la *rue* Ferdinand de Saussure en el 17º *arrondissement*, se erigió en refugio y escala obligada de los periplos diferentes, emprendidos por sus cuatro hermanas: la estancia de seis años de Cecilia en Francia y su paso definitivo a la Argentina, el tránsito de Coca rumbo a Buenos Aires, los ensayos de Beca y Ella antes de la elección de Israel como morada y destino [para la centralidad de la experiencia de los A en los años que los S transcurrieron en París, véase **Cecilia S1-S**]. Lola ayudó, con trabajo, empeño, generosidad, entrega de su tranquilidad y de su tiempo, a todos los descendientes de Josef S1 y asumió su papel de educadora de aquella familia hasta los últimos detalles: su sobrina Aurora recuerda todavía el terror que la dominaba cuando, tras haber visitado a Lazar, a la *tanti* Maryse, a sus hijos y haber pasado allí algunas pocas horas frente a la televisión (Lazar fue el único que tuvo ese aparato hasta 1958), Eliza preguntaba quién había dirigido el programa tal o cual, quién había compuesto la música de fondo o quiénes habían actuado durante la emisión. El no saber responder a esas cuestiones dejaba en Aurora la vaporosa sensación de haber perdido miserablemente el tiempo. Todavía en 1980, cuando las tormentas habían pasado y cada cual había recuperado el camino del propio bienestar, Lolica no había abandonado el papel de símbolo de la unidad familiar, es

decir, de álter ego de la madre Susana. A tal punto cumplía ella con tal misión que, cuando los B-S, Aurora, el marido y los hijos, fueron de «peregrinación filosófica» a París en julio de 1980, Gastón quedó asombrado de la vitalidad que Eliza proyectaba sobre las atenciones, planificadas al milímetro y prodigadas con gracia absoluta en favor de esos visitantes llegados de Sudamérica («gracia» en el sentido paulino del término, gratuidad y cariño que nada espera recibir a cambio sino, tal vez, la misma cuota de amor y respeto). Lola reservó el hotel a los B-S, cerca del departamento de la calle de Saussure, los invitó a comer en su casa cuantas veces quisieran, los agasajó con almuerzos en los restaurantes de los *grands boulevards,* donde Gastón probó y amó para siempre el *parfait de cassis*. El joven B estuvo a punto de desmayarse la mañana de un jueves en que descubrió a su tía política camino del mercado. «*Jeudi, je fais mon marché*», había declarado Eliza, más solemne que Isabel II ante el Parlamento. Y allí estaba Lola, tocada con un sombrero, las manos en guantes de cabretilla, calzada con unos zapatos discretos de poco taco. Gastón recordaba una foto de Lolica, vestida de ese modo, bajo el sol en una vereda de París, una imagen que conservaba la hermana Chica en Buenos Aires y que su yerno siempre había creído retrataba a Eliza camino, por lo menos, del *bar mitzvah* de algún pariente. Ahora resultaba que no, que Lola iba simplemente a *faire son marché*. Un día en que Gastón se avergonzó de sacudir la tranquilidad de los A (digamos que Eddy estuvo a la altura de su esposa en la devoción hacia los extranjeros) y decidió, junto a Aurora, preparar una cena en el hotel, Lolica no pudo con su genio, olió que se le había escapado el control del evento y se apareció en el vestíbulo del hotel a la hora precisa de la comida. Aurora y Gastón bajaron a recibirla. En vano. Eliza tenía todo planeado para descubrirlos: dijo que debía ir urgentemente al baño, que necesitaba hacerlo en la *toilette* de la habitación y no en el baño general del hotel, de manera que hubo que franquearle el paso al lugar donde se había dispuesto la pitanza. Lola sólo quería confirmar sus sospechas y regañar a los B-S: «*Regarde, Eddy, regarde, comme des étudiants, mais avec des enfants tout petits! Aj, c'est honteux*!». De donde se comprueba que la interjección «Aj» ha sido un patrimonio de las hermanas S1, voz que atraviesa y reside en todas las lenguas que ellas hablaron durante sus existencias. Eliza S1-A murió en París, el 21 de febrero de 1988. Su amado Eddy la siguió poco después, el 12 de enero de 1991.

Su hija **Josée**, casada con Franck, fue madre de Valérie,

Alexandra y Stéphanie. **Marian Horia**, casado con Margarète, fue padre de Gregory y Samantha. Ambos han tenido nietos, vale decir, bisnietos de Lola.

Iconografía:

El «carnet de identidad» que la Escuela Anglicana de Bucarest extendió a la adolescente Eliza, a sus 14 años de edad, nos muestra la belleza clásica del personaje sobre el umbral de su metamorfosis en el ángel de seducción femenina que hubo de ser. Enviar a las niñas y jóvenes a esa escuela, más allá de sus confesiones religiosas, era el único camino que había en Bucarest para garantizar un buen aprendizaje del inglés y del alemán, cosas que Eliza cumplió con la misma perfección de sus rasgos y con la misma seguridad serena de su expresión. La foto siguiente se refiere a Eddy, el cuarto muchacho de pie desde la derecha, quien, en 1923, integraba el equipo de fútbol de los *scouts* israelitas. Por el contrario, vestido de buen burgués y a los 19 años escasos, luce una condecoración al mérito por sus estudios, en la imagen que ha sido pinchada en el «certificado de aprobación» de su curso de perito mercantil, extendido por la escuela comercial vespertina de Iasi. Apenas dos años más tarde, Eddy es un adulto hecho y derecho, vestido de soldado durante su servicio militar (él es quien se inclina, de pie, a la izquierda del grupo de conmilitones) o bien en la foto del documento que acreditaba el cumplimiento de sus obligaciones castrenses como ciudadano. La toma que continúa corresponde al día del matrimonio civil de Lola y Eddy, en marzo de 1936: ninguno de los contrayentes ha superado los 30 años de edad pero, de acuerdo con los criterios actuales, parecen una pareja dispuesta a celebrar, como mínimo, sus bodas de plata, tanta es la formalidad severísima de su vestimenta, aunque no hay duda de que contribuye al efecto la ocurrencia del fotógrafo de haber dejado las caras de los personajes en sombras, de manera que nos resulta imposible adivinar cualquier rasgo de la juventud y de la frescura que animaban la piel de sus caras. La sexta imagen es un ejemplo magnífico del estilo conciso que había alcanzado la gentileza burocrática del régimen comunista apenas instalado en Rumanía en 1948: se trata de una copia del billete con el que el jefe de la familia A fue informado de que su primera solicitud para abandonar el país había sido rechazada. «Ministerio de Asuntos Internos. Dirección de Milicias de la Capital. La demanda de V.S. acerca de su viaje al extranjero no ha sido aprobada. [En el sello:] República Socialista de Rumanía, etc.» Nuevas gestiones, seguramente a cargo del eterno Carolica, debieron de dar los buenos resultados

que se advierten en el «certificado de viaje». Extendido el 18 de mayo de 1950 por el gobierno comunista de Rumanía a David A y su familia para que todos ellos pudieran salir del país rumbo a Israel, el documento nos descubre a una Eliza perfecta, atractiva y contenida en el gesto, no obstante el desgarramiento que debió de habitarla en aquella víspera de la despedida de su madre, tan querida, para siempre. Sólo unos meses más tarde, ya en París, Lola representa, como protagonista de una graciosa danza en casa de Lazar A, hermano de Eddy, y de su esposa Maryse, el papel de refinamiento, de desenvoltura elegante y de distante hermosura que Susana D-S1 le asignó desde pequeña y que la vida le confirmó sin cesar. Nos encandila Lola en su madurez, desde el centro de la escena captada en el Lido de París, donde los A solían concurrir acompañados por sus íntimos amigos, Vicky y Jules I. La gran foto de conjunto en las escaleras de la terraza del café de Louveciennes exhibe a los personajes maduros de todas las parentelas que se congregaron, llegadas a París de varios rincones del orbe civilizado, en ocasión del matrimonio de Josée en junio de 1967. Al lado de Vicky, descuella gracias a su peinado moderno y al ademán principesco con que sostiene su cartera, la tía Cocutza, recién desembarcada de Brasil. El 24 de junio de 1986, Lola y Eddy, habitantes del 152 de la calle Ferdinand de Saussure en París, cumplieron la última renovación de sus documentos franceses de identidad y probaron, una vez más, cuánta donosura es capaz de encerrar una vejez cumplida.

ADELLA S1-Z

(Coca). Hermana de Cecilia S1-S, nacida el 23 de abril de 1915, poseyó una belleza fuera de lo común pero completamente distinta a la de Lola. Si la hermosura de Lola asimilaba su cara y su figura al canon del Renacimiento italiano, la de Coca emparentaba a la joven con las mujeres flamencas de los siglos XVI y XVII: mejillas plenas, ojos grandes y claros, piel siempre rosada, expresión jocunda en la mirada y en una boca dispuesta a abrirse en la risa o incluso en una especie de grito de goce contagioso de la vida. Precisamente tales rasgos manifestaban un temperamento en los antípodas del equilibrio gestual que Susana y Bibi habían inculcado en Lola. Es más, la madre no encontraba linda a su tercera hija y se quejaba de los «ojos de ganso» que tenía, sin ocultar a nadie sus opiniones. En materia de pedagogía y psicología infanto-juvenil, Susana abrevaba en la tradición previa a Pestalozzi, qué digo, en la era pre-Comenio. Como quiera que fuese, la presencia de Coca traía consigo una sensación de terremoto feliz, de calidez, y la certeza de que nuestros ojos veían una mujer linda, vital, de carne y hueso. Su padre la adoraba y le concedía libertades únicas para aquel tiempo, la de permitirle, por ejemplo, conducir a sus anchas el auto de la familia. Adella manejaba a la velocidad increíble de cuarenta kilómetros por hora en las afueras de Bucarest y chocaba con frecuencia. En aquellos momentos, Chica se hacía cargo de salvarla de las iras de la madre Susana. Raúl la recordó en los tiempos de la juventud como sigue: «Adelina, la llamaban "Coca", fue la que se cayó en la sala de gimnasia y el motivo de todo cuanto me sucedió después en la vida [véase **Raúl S**]. En Rumanía, a los niños muy pequeños se les dice Coca y a ella le quedó el sobrenombre hasta hoy que tiene nietos. Una belleza excepcional, tenía todo, todo muy lindo, los ojos azules, el pelo largo y rubio, la boca como la de su hermana mayor, que yo le preguntaba cómo hacía para comer. Y el carácter, Dios mío, el de tres varones juntos, fogosos e impulsivos».

> No tenía 20 años cuando la conoció un subteniente de la guardia real y quedó prendado de ella, a tal punto que se empeñó en pedirla en matrimonio. Adella también se encandiló con el oficialito y se desternillaba de risa, más que nunca, cada vez que él se mostraba en un paseo o en un baile. Había, no obstante, una dificultad mayor: Coca pertenecía a una familia judía y los militares, máxime los que prestaban servicio en la

casa del monarca, no podían casarse con señoritas de esa confesión a menos que mediasen una venia del rey y, en última instancia, una conversión de la mujer al cristianismo ortodoxo. Tanto era el enamoramiento de ambos retoños y quizá tan conveniente para la política de aquel momento una muestra de tolerancia de las dos partes (la comunidad judía, ávida de protecciones especiales y qué mejor que la benevolencia de un monarca como Carol, y la casa real, que buscaba medios para diferenciarse de la marejada totalitaria y antisemita en el centro de Europa con el fin de aproximarse todo lo posible a las potencias occidentales, especialmente a Francia), que los S cedieron por su lado ante la perspectiva de una apostasía futura y Carol no sólo dio su venia sino que pidió a su esposa morganática, la famosa Elena *Magda* Lupescu, que tuviera un encuentro con la muchacha. Cocutza fue entonces a palacio, según las fuentes de la familia S, si bien parece más verosímil que fuese a la villa de la Lupescu en la *Aleea* Vulpache, y allí acordó estudiar enfermería, para entrenarse en una profesión altruista, de gran prestigio entre las mujeres de cuna, hacerse socialmente digna del enlace con el oficial de la guardia y preparar su espíritu a la conversión. Pero el diablo metió su rabo en el asunto. El golpe de 1938, que hizo de Carol un dictador e impuso un nuevo sesgo antisemita a la política rumana, complicó las cosas aun cuando Coca y su soldado siguieran enamorados. El fin de la tragedia sobrevino el 6 de septiembre de 1940, cuando el mariscal Antonescu desplazó al rey y tomó el poder. La guardia hizo una intentona de resistencia y defensa de Carol en la que murió un solo hombre: el oficial novio de Coca, quien salvó el honor de su unidad militar pero obnubiló el juicio de la joven por cuatro años largos. Toda la guerra, Adella S1 permaneció encerrada tejiendo alfombras, de lana, de hilo, de rafia, de yute, de cualquier fibra manipulable, como una Penélope sin esperanzas. El apuesto Nicolae había muerto. Su valentía no disminuyó por eso, pues fue Coca quien enfrentó a los legionarios de la Guardia de Hierro en el *pogrom* de enero de 1941 y salvó seguramente, merced a su gesto de coraje, la vida de la madre. Uno de los legionarios quiso robar un sobretodo de Raúl que había permanecido colgado en el perchero; la prenda le quedaba inmensa, el ladrón «peinaba la tierra con él y las mangas cubrían las manos», registran las memorias de Raúl. Y Coca le espetó: «¿No ves que sos [*sic*] un petiso y no te sirve? Déjalo donde estaba».

A fines de 1944, la paz definitiva en ciernes, Coca aceptó

salir de su clausura y recuperó, poco a poco, la alegría contagiosa que la caracterizaba. Conoció a un treintañero como ella, **Salomón T**, llamado «**Solica**», nacido el 11 de junio de 1914, a quien le había fallecido de tuberculosis poco tiempo antes, en medio de las penurias de la guerra, una primera esposa, Rosi. He aquí que Solica había sido comunista hasta aquel momento pero, el día en que reconoció a un antiguo policía del régimen de Antonescu entre los miembros más entusiastas y mejor colocados de su propio comité del partido, en el que también militaban los hermanos de Floreta V [véase **Cecilia S1-S**], su fe política recibió un golpe mortal. «Camarada, comentó el jefe nuevo del grupo, recién arribado de Moscú, para contrarrestar su asombro, los tomates verdes también se vuelven rojos cuando maduran.» Salomón T abandonó el partido comunista para siempre unas horas después. Lo bueno es que, atenazado entre la muerte de su primera mujer y la desilusión política, el malhadado Solica encontró en la risa recobrada, directa y sincera de Coca el solaz que necesitaba, por lo que, al cabo de unos días de conocerla, le propuso matrimonio. Adella se sintió revivir por completo y dio el sí, a pesar de que Susana puso objeciones (a decir verdad, únicamente Lola se salvó de ellas al presentar a su novio y posterior marido, Eddy, quien de inmediato agradó a la señora D-S1). Susana pensaba que la familia T tenía sus bemoles, y se resistía a cualquier relación con ella. Por fortuna, Coca se mantuvo incólume en la decisión tomada y se salió con la suya: a mediados de 1945, Adella y Solica se casaron. Su único hijo, **Emanuel T**, nació el 29 de octubre de 1946, más conocido como **Emilio** o «*Emilica*». El recorrido ideológico y existencial de los T reprodujo los itinerarios de los A y los S. Carol, el antiguo dependiente comunista de la imprenta de Josef S1, Carolica, consiguió, igual que en los casos anteriores, otorgar una visa de salida a la familia T rumbo a Israel. En 1953, Adella, Salomón y Emilio salieron de Bucarest rumbo a Israel, de allí se dirigieron a París, donde permanecieron unas pocas semanas y siguieron luego rumbo a la Argentina, pues en Buenos Aires se encontraban ya todos los hermanos de Solica. Había sucedido que, en los años 20, el padre de los T visitó la Argentina, hizo algunos buenos negocios, consiguió la ciudadanía y dejó intereses y amigos en aquel país, de manera que, más tarde, tras la Segunda Guerra Mundial, su viuda, Ernestina G-T, y todos sus hijos, Renée, Victoria, Susana, Mauriciu, Salomón el último, pudieron elegir sin inconvenientes burocráticos, por ser familiares directos de un

argentino, el destino sudamericano con el objeto de rehacer sus patrimonios y sus vidas. Es más, Victoria, célebre en Bucarest por su belleza, se había casado con el primo Isidro G, nada agraciado el hombre (al punto de que se lo conocía por el apodo risueño de *Isule der scheinest*, esto es, «Isidorito el más lindo»), y lo había hecho para facilitar el viaje de Europa a la Argentina no sólo a *Isule* sino a toda la familia de los primos G [véase las voces **Nelly G** y **Leon G**]. El inconveniente más serio que debieron de arrostrar los T fue que las autoridades argentinas, llevadas por la fonética, modificaron la inicial T de su apellido por una Z, de manera que a partir de ahora nos referiremos a la familia Z.

Adella y los suyos tuvieron su primera morada porteña en una casa ubicada en el barrio de La Paternal, sobre la calle Zamudio casi en la esquina de la avenida Álvarez Jonte. Coca se sintió feliz en aquel lugar y mucho más todavía cuando llegó Cecilia a Buenos Aires con los suyos, en septiembre de 1956, se instaló en el departamento de la calle Valle que la propia hermana le había conseguido y la una y la otra empezaron a visitarse cotidianamente. Raúl, por supuesto, tan dado a los juegos de palabras y a las anfibologías saltarinas de idioma a idioma, bromeó con el vocablo Jonte de la avenida, pues *honte* significa «rameras» en rumano, de modo que Raúl se complacía en provocar a Coca. «¡Si tu madre supiese que vives en esta ciudad cerca de la calle de las *honte*, qué no diría!» En 1958, los Z-S1 se mudaron a un departamento en el barrio de Villa Crespo, en la calle Murillo, y, enseguida, lo hicieron a otro domicilio más grande en el mismo vecindario, sobre la Camargo. Desde Brasil, donde se encontraba en los preparativos de la tercera migración de su grupo familiar, Coca cedió exultante aquel sitio para festejar los 15 años de Aurora, el 12 de septiembre de 1960, una ocasión en la que la dueña de casa acumuló a distancia motivos de satisfacción pues, al aniversario de la sobrina, pudo sumar el hecho de que su Emilica se consagrase como el gran danzarín y galán de las chicas, amigas o compañeras de Aurora, si bien tenía un año menos que todas ellas.

Salvo Salomón, quien se estableció como joyero en la calle Libertad, los Z realizaban actividades algo excéntricas en la Argentina, nada francamente ilegal, pero sí estrafalario para los criterios de la buena burguesía que habían animado a Josef S1 y a sus hijas. Tal vez Susana hubiera barruntado esos modos de vida cuando criticó la elección del bueno de Solica por parte de su hija Coca. Renée, por ejemplo, estaba casada con un cierto

Ionel, un mecánico dental que hacía ejercicio ilegal de la odontología en la provincia de Buenos Aires e iba sacando dientes, colocando dentaduras postizas y aparatos de ortodoncia, curando caries, de pueblo en pueblo a través de la llanura inmensa. Susana, por su parte, viuda en Bucarest, había contraído nuevas nupcias en la Argentina con un tal Beno, un tipo cariacontecido del que la hermana de Solica estaba enamorada hasta los tuétanos. Beno se escapó con otra pero Susana continuó amándolo, al extremo de declararse siempre dispuesta a volver con él o a compartirlo con quiera fuese. El sinvergüenza había conocido a su segunda mujer de la manera que sigue: subió un día al ascensor del edificio Comega, en la esquina de Alem y Corrientes, con un amigo rumano; se introdujo también en la cabina una mujer espléndida. Beno comentó en rumano: «El culo de ésta es de primera calidad». Al llegar al décimo piso, la mujer se dispuso para salir pero, en el momento de abrirse la puerta, giró sobre los talones, dio un cachetazo a Beno y le replicó: «Seguro que el culo de tu madre es de mejor calidad todavía». Beno cayó muerto de amor, no se sabe si por ella, sólo por su trasero o bien presa de la inopinada comparación entre la ninfa recién descubierta y la madre. Como quiera que sea, el Edipo está siempre agazapado en Buenos Aires y puede apoderarse de cualquier europeo incauto que se instala a vivir en la ciudad. Entretanto, vaya a saber el motivo, Susana celebró un tercer matrimonio con Carlos Jacobescu Rosa, quien se llamaba de esta manera caprichosa porque, al ingresar en Sudamérica por Bolivia, los agentes de inmigración quisieron completarle el apellido con el nombre de familia de su madre, tal cual se estila en los países andinos, y en consecuencia le preguntaron cómo se llamaba su madre. «Rosa», contestó Carlos Jacobescu, el que pasó a ser así, desde el día de su entrada en Bolivia, Carlos Jacobescu Rosa. Pues bien, este hombre fuera de serie se resignó a ver a su mujer en un suspiro constante por el Beno que la había abandonado y, por cuanto la quería de verdad, la consolaba con la promesa de que el traidor volvería junto a ella tarde o temprano. Mas nada de eso sucedió sino que, al contrario, Beno se fue a trabajar (o algo parecido) a São Paulo con su nueva pareja, a lo que Susana, secundada por el inefable Carlos J. Rosa, replicó lanzándose ella misma a vivir en el Brasil. Y aunque parezca mentira, he ahí el punto de partida, el origen, la causa de la nueva migración de todos los Z hacia el Brasil, que las historias que contó Heródoto acerca del porqué de las corrientes colonizadoras de los jonios en el Mediterráneo y el mar Negro a

partir del siglo VII a.C. quedan reducidas a una nadería frente a los hechos que protagonizaron Susana Z, Beno, Jacobescu Rosa y, más tarde, los sobrevivientes de los Z que se trasladaron *in toto* a São Paulo. Por fortuna, a los brasileños no les atravesó por la cabeza la idea peregrina de cambiar la inicial del apellido. [De cómo Solica, Coca y Emilio salieron de Buenos Aires rumbo a São Paulo en diciembre de 1960 y de los efectos algo devastadores que el acontecimiento tuvo sobre la situación de los S, se encontrarán buenos datos en la voz **Cecilia S1-S**.]

En la capital de los bandeirantes, la familia de Adella consiguió un departamento muy cómodo sobre la avenida Barão de Limeira. Salomón inauguró muy pronto una joyería elegante y el negocio empezó a dar tantos dividendos que, al cabo de unos meses, los Z-S1 alquilaron una propiedad en la playa de Guarujá adonde fueron a pasar los veranos a partir de 1964. Cecilia y Aurora acudieron en enero de ese año a visitar a la familia en São Paulo y prolongaron su estancia hasta el mes de marzo [véase **Cecilia S1-S**]. Por primera vez en muchos años, Adella pudo emplear a una joven para el servicio de la casa: una muchacha mulata, Hilda G de O das RR, nacida en São Luiz do Maranhao, cuya madre viajó especialmente hasta São Paulo para recomendarla a la patrona. Coca juró por la memoria de Susana D-S1 que la cuidaría como a una hija, promesa que cumplió *in continenti* con una andanada de recomendaciones del tipo: «Si un muchacho te dice que vayas a su casa porque quiere hacerte probar un jugo de *abacaxi* especial que le mandaron de su pueblo, vos no vás, ¿entendido?». Pasaron dos años sin sobresaltos hasta que, un día, Adella percibió que Hilda andaba por allí, entre amoscada y vergonzosa. La interrogó en el acto y, con esa misma rapidez, Hilda soltó la confesión: había ido a lo de un muchacho y había perdido su virginidad. «Pero ¿no te dije que no te dejaras engañar con eso de ir a la casa de un hombre?» «Señora Coca, es que no me invitó a tomar jugo de *abacaxi* sino a mirar su colección de mariposas tropicales.» Gracias a Dios, aquel incidente no tuvo consecuencias: Hilda no quedó encinta y una visita al ginecólogo, de la mano de Coca, aventó los peligros para el futuro. De todas maneras, lo cierto es que Hilda tenía la misma edad de Emilica, el hijo de los Z-S1, y, según las intuiciones de Aurora S-S1, se había enamorado del vástago Z. Hilda cultivó su sentimiento de manera desinteresada y platónica durante el largo tiempo que sirvió en la casa de Coca (al parecer, ese afecto hacia Emilio también despertó frecuentes enojos y celos en Eva, la primera esposa del joven Z-S1). Por

otro lado, Hilda fue, sin duda, una persona muy inteligente, con un acendrado sentido del humor; asistió vestida como una princesa a la fiesta de la *bar mitzvah* de Patrick, el primer nieto de Adella, y, al terminar el sarao, Hilda dijo una frase que quedó en la memoria de Aurora: «Agora voltamos para realidade».

En los años siguientes, Cocutza fue y volvió, entre la Argentina y el Brasil, cuantas veces quiso, sola o acompañada por Solica. Al pasar Aurora, ya casada con Gastón B, a vivir en Ushuaia, la tía Coca incursionó en la «más remota parte de la Tierra» y se divirtió como una adolescente [véase **Cecilia S1-S**]. Del mismo modo que sucedió con Cecilia, **Leonor B1-B**, la suegra de Aurora, causó una profunda impresión en el espíritu de Adella quien, al enterarse de que Leonor sabía manejar autos, la invitó a irse de excursión juntas por el Brasil: «Usted, querida señora, conduce el auto de Solica y yo la guío». Una lástima que el proyecto nunca pudo concretarse; de lo contrario, el diario de tal viaje ocuparía largas páginas, muy entretenidas, de esta enciclopedia. Pero Coca no se limitó a frecuentar a Cecilia en la Argentina pues, de las S1, fue ella quien más viajó para ver a sus otras hermanas en Israel y, por supuesto, a Lolica en París. En 1983, Coca sufrió un ataque cerebrovascular del que se repuso bastante bien, aunque ya no pudo ser la *globetrotter* de la familia. El 3 de julio de 1986, un segundo ataque segó la vida de Adella S1-Z; hasta poco antes de su muerte, se la escuchó usar una expresión cómica que le encantaba: «En mis 29 años de existencia, no he visto nada igual a lo que me cuentas». Tal vez Cocutza hablara de su propia biografía. Salomón Z la sobrevivió bastante más de una década, pues murió en São Paulo el 3 de diciembre de 2001.

Iconografía:

La primera fotografía muestra a Coca en 1930: la retratada tiene la belleza sobrecogedora de una ninfa que se apodera de nosotros y nos quita las palabras. La segunda, de 1935, corresponde ya al momento humano de la seducción y la conquista; no hay rastros de la melancolía adolescente ni del hechizo abrumador que descubrimos en la toma previa. 1935 fue el año en que Adella conoció al oficial de la guardia y acudió a la cita con Elena Lupescu.

La tercera toma es algo periférica respecto de nuestra historia pero incluye a varios personajes importantes: el hombre es Solica; a su izquierda, se encuentra Rosi, su primera mujer, a quien él amó con intensidad aun después de la muerte. Coca reconoció y respetó aquel cariño inmenso que sentía su

marido pues, cuando nació Emilio, llevó al niño con frecuencia a la casa de la familia de Rosi; allí, la criatura era vista y tratada como un hijo de la muchacha fallecida. A la derecha de Solo, puede verse a su sobrina Tootsie y a su hermana Renée. La primera fila es digna de un film mudo de Ben Turpin, aunque la escena transcurre en los 40 avanzados: de izquierda a derecha, aparecen sentadas la madre de Rosi, la abuela Mutar y Ernestina, la madre de Salomón y de Renée.

Las dos imágenes siguientes exhiben a Coca en brazos de su marido, Solica. Una ha sido tomada en 1945, en Rumanía; la otra, en 1955, en Buenos Aires. La rumana revela a dos personas jóvenes, felices, algo formales a pesar de que las sonrisas son francas y Coca parece estar a punto de echarse a reír. La foto porteña, en cambio, nos descubre una pareja de personas maduras. Han transcurrido diez años. Sombras de tristeza en las miradas, huellas marcadas por el exilio, por la ausencia de los amados del uno y de la otra que quedaron atrás, en el lugar de aquella foto de 1945; pero estos dos seres abrazados de 1955 parecen mucho más unidos y enamorados que antes.

La foto a continuación sirve para descubrir una vez más la belleza resplandeciente de Coca a partir de dos contrastes, el primero, con la inesperada Cornelia, encandilada por el flash [véase **Cecilia S1-S**], y el segundo, con la gigantesca figura de la mamá de Beno, el marido tránsfuga de Susana (Solo y Emilica se han ubicado en los extremos de la fila). Algo más que una tentación cómica, asociada siempre a la silueta inmensa de la señora madre de Beno, nos ha llevado a yuxtaponer otra foto en la que Adella no aparece, pero sí lo hacen una bella Victoria, hermana de Salomón, a la izquierda, la hija menor de Mauricio, Dita, en primer plano, y Aurora S-S1, quien asoma, recién llegada a Buenos Aires, como una pluma frágil en medio de dos campeonas de la exuberancia rumana, una vieja y una joven, transplantadas a la pradera fértil de las pampas. Ni el lugar preciso (una sinagoga porteña, sin duda) ni la ocasión (un casamiento, una *bar mitzvah*) han sido identificados. Cualquier extrapolación que se haga de las proporciones de la señora madre para deducir los atributos que debió de tener la segunda mujer de Beno a partir de la historia del ascensor en el edificio Comega es moralmente reprobable y gnoseológicamente inverificable, puesto que carecemos de imágenes de la dama en cuestión.

La última fotografía vuelve a la pareja de los Z, en 1971, en el introito de la vejez. Entre ambos, Coca y Salomón sostienen a

su primer nieto, Patrick Z, hijo de Emilio. Cocutza sigue siendo una bella señora, no obstante los largos «veintinueve años de vida» que aquí se han hecho evidentes.

REBECA S1-T

(Beca). Hermana de Cecilia S1-S, nacida en 1919, fue ella quien se hizo cargo, con sólo 18 años de edad, de la imprenta de la familia a la muerte de Josef S1. Llevó el nombre de su abuela paterna, fallecida en enero de 1919 apenas hubo visto el regreso de su hijo del frente, héroe de Marasti, prisionero en un campo austríaco, devorado por los piojos pero salvo y decidido a buscar, junto a Susana D, el vástago varón que nunca llegó. Raúl registró su primer contacto con la niña Beca en la casa S1, en 1930: «La enojadísima Rebeca, pecosa, pelo y ojos oscuros, de apenas 11 años, una ardilla que se parecía mucho a su padre en la mirada». Mujer de gran carácter, de pequeña estatura y de alegría ilimitada, casi temeraria, cuando los comunistas tomaron el poder, no evitó batallar con ellos y logró concesiones importantes, destinadas a asegurar el bienestar de Susana D-S1, de la comisión que transformó la imprenta en «propiedad recuperada del pueblo heroico de Rumanía». Un romance fugaz y apasionado la unió a un basquetbolista, un hombrón de casi dos metros de altura. Susana impuso su criterio estético soberano: «No puedes tener por marido a ese joven. Sería ridículo, con lo que tú mides». Enamorada finalmente y casada con **David T**, médico y persona de medidas normales, Beca fue madre de un solo hijo, Silvio. David se había formado como ginecólogo desde antes de la guerra pero, tras la implantación del comunismo, hubo de entrenarse como neumonólogo pues los planificadores del partido hallaron que el país tenía un superávit de especialistas en enfermedades de mujeres y un déficit notable en materia de atención y cura de las patologías pulmonares. Por otra parte, era obvio que ocuparse del bacilo de Koch y no de la cándida ni del *phtirius inguinalis* contribuía mucho mejor a la construcción del socialismo y poseía un sesgo más patriótico. La familia T dejó Rumanía en 1957 para dirigirse a la bonita ciudad de Haifa, en Israel. El buen humor perpetuo de Beca iluminó su vida y la de las personas con quienes vivió. En la nueva etapa de su existencia tuvo que sortear también situaciones intrincadas y sinsabores, sobre todo el que le acarreó la rebeldía de Silvio quien, amigo de los adolescentes árabes de Haifa y Nazareth, se negó a hacer el servicio militar, un delito que, se sabe muy bien, en Israel es considerado peor que el andar adorando ídolos sobre los lugares altos en los tiempos del profeta Elías. Llamado «Shlomó» en su patria de adopción, se ve que Silvio no había alcanzado la sabiduría del ilustre tocayo, o quizás sí, según se mire, se había imbuido de la sapiencia del monarca bíblico, otro negador de la

guerra, y adelantado a su tiempo con el pacifismo que practicaba. Era proverbial una costumbre de Beca, cultivada y conocida ya en Rumanía, que consistía en disponer de cuatro o cinco juegos completos de vajilla en su casa, hacer reuniones sociales que duraban un *weekend* completo y no lavar ni una cucharita mientras durase el sarao. De modo que, el lunes por la mañana (el domingo desde la instalación en Haifa, dado que la noción de *weekend* sufre un pequeño desplazamiento en Israel debido a que ha vuelto a ser el sábado el día de reposo que conmemora la grandeza divina), aquel día, pues, la bañadera estaba repleta de platos sucios en la casa de Rebeca. En Haifa, tuvo un perro *setter*, pelirrojo, al que llamó *Zapa* y adoró con el exceso y la exageración amorosa que eran habituales en ella. *Zapa* fue expulsado de la escuela perruna a la que los T lo mandaban para educarlo; el motivo residió en su falta de atención. De cualquier modo, Beca no cesó de considerarlo un *suflet*, esto es, un ser dotado de un alma magnánima como ella nunca había conocido. Claro está, *Zapa* tuvo la vida corta de los perros y murió en 1990. Beca no tardó en dejar este mundo que, sin ella, perdió seguramente una buena dosis de refrescante felicidad.

RASCHELLA S1-F

(Ella). Hermana de Cecilia S1-S, nacida en 1922, Raúl la conoció cuando tenía 8 años: «Una gordita que, por ser la menor de las hijas S1, recibía no más que caricias y se le daban todos los gustos, también en la comida. Conservó de adulta la silueta de gordita pero, muy hermosa, tuvo la mayor cantidad de galanes que pasaron por la casa de los S1 como pretendientes al matrimonio». Ella estudió medicina en pleno régimen de Antonescu, a pesar de las trabas que le imponía el *numerus clausus* para los alumnos judíos en las universidades, otra prueba más de que las hermanas S1 no se andaban en pequeñeces a la hora del coraje. Casada con **Yehudah F** («Iutsu»), ingeniero, Ella permaneció en Rumanía junto a su madre hasta el fin. Todavía en Bucarest, parió a sus dos hijos: Mónica Ana (llamada «*Pusha*» por *papusa* que, tanto en rumano cuanto en el lunfardo porteño de Argentina, significa muñeca) y José Eugenio («*Bebe*»). Sólo una vez que Susana murió, la rama F de los S1 partió de Rumanía, se dirigió en principio a París pero recaló, por fin, en Tel Aviv. Los F fueron los últimos en salir del país de origen pero los primeros en amasar una cierta fortuna, al socaire del trabajo duro de los dos cónyuges fuera de la casa en un Estado de Israel que había superado las limitaciones de la pobreza y del racionamiento. De tal modo, en 1965, Ella dispuso de dinero suficiente para viajar a Sudamérica y visitar a sus hermanas en São Paulo y en Buenos Aires. En esta ciudad, Raschella tomó contacto con Armand Sv, antiguo compañero suyo de la Facultad de Medicina en Bucarest quien se había establecido y ejercía la profesión en la Argentina. Al parecer, Ella y Armand habían tenido un romance en los tiempos de estudiantes. Lo cierto es que salieron de paseo y no tuvieron mejor idea que ir a comer a un restaurante rumano en el centro de Buenos Aires donde se les unieron los S. Las emociones alcanzaron tal intensidad que se vio llorar hasta a los camareros. Chica salió del sitio prácticamente deshidratada, con los ojos hinchados de tanto derramar lágrimas. Aurora, quien cursaba ya el segundo año de la carrera de medicina y transitaba un período de cierta impaciencia respecto de las nostalgias paternas, encontró que el episodio había sido sobreactuado, en los límites del grotesco. No obstante, cuando Aurora viajó a Israel en septiembre de 1980, la tía Ella la alojó con gran gusto y cariño en su casa de Tel Aviv. Dramática coincidencia del calendario: Iutsu falleció en Israel el mismo día, exactamente, en que Chica murió en Buenos Aires. Seis meses más tarde, en junio de 2004, se extinguió Ella y cerró el capítulo de las

hermanas S1 en esta tierra.

NELLY G.

Su verdadero nombre era Boricel. Casada con Leon G en Bucarest, fue madre de Rebeca (**Beca G**), en Bucarest, y de **Luisa G**, en Buenos Aires. Los G no tuvieron en Rumanía a nadie equivalente al Carolica de la imprenta de Josef S1 [véase **Cecilia S1-S**], por lo que, para salir de ese país, se vieron obligados a planificar una huida, una salida clandestina de los tres -Leon, Nelly y Becutsa- a través de la frontera yugoslava, que les permitiera llegar luego a Italia y dirigirse a la Argentina donde había parientes que los aguardaban: los T devenidos Z en el Río de la Plata. Sus amigos, Floreta V y el marido Salomón, padres del pequeño Iutsu, fueron también de la partida. Simularon irse todos de vacaciones de finales del año a Craiova, a casa de unos parientes de los V. Era diciembre de 1948. El plan consistía en llegar a las Puertas de Hierro del Danubio, permanecer allí extasiados algunas horas, como turistas, mirando el río, y luego deslizarse hacia un camino que los condujera a un abra en los montes Almash porque, transpuesta esta cadena, había escasa vigilancia de los gendarmes y se atravesaba la frontera a pie, rumbo al oeste, sin inconvenientes. Las cosas fueron a pedir de boca hasta que los falsos excursionistas alcanzaron las vetas de los Almash. Había nevado mucho la noche anterior y el frío era intenso. Aunque bien arropados, los niños, Beca e Iutsu, tiritaban. El convoy de fugitivos perdió el camino. Transcurrieron tres horas espantosas antes de que la luz desapareciera y el grupo se viese obligado a hacer un alto. El chucho de los pequeños se transformó en fiebre. Iutsu se puso lívido y tuvo un ahogo desesperante, seguido por Beca con los mismos síntomas. Floreta empezó a gritar sin parar mientes en que alguna patrulla pudiera oirla y arrestar a todos. Iutsu y Beca dejaron de respirar casi al mismo tiempo. Iutsu había muerto; de nada sirvieron los esfuerzos de sus padres por reanimarlo. Beca cerró los ojos y los adultos pensaron que la niña también había fallecido. Los cuerpitos resbalaron, acompañados por el llanto de sus madres, hasta golpear contra un piedra que sobresalía del manto de nieve. Se oyó un quejido prolongado y vigoroso: uno de los niños se revelaba dispuesto a seguir respirando por un buen rato. Floreta y Nelly corrieron hacia la piedra. Iutsu estaba irremediablemente muerto. Beca había sobrevivido. Desde Génova, los G, Salomón y Floreta viajaron en barco a Buenos Aires en abril de 1949.

Beca se casó con Miguel Af, madre de Flavio y Darío, fuese a

vivir a Miami. Luisa se casó con Martín Sd, hijo de Sonia, segunda esposa de Isidro G; Luisa y Martín tuvieron dos hijos, Federico y Natalia Sd.

LEON G.

Hijo de un hermano de Ernestina G-Z, la madre de Solica y sus hermanos. Leon era hermano de Aurelio G y de Isidro G, «*Isule*». En Buenos Aires, los G levantaron un coloso comercial, un negocio cuyas instalaciones se extendían de calle a calle, entre Canning (hoy Scalabrini Ortiz) y Malabia: la empresa Megrotex de fabricación de sábanas y toallas. Amasaron una fortuna considerable sin abandonar la generosidad proverbial que, ya en Rumanía, se atribuía a esa familia. Sus empleados quisieron a los tres G como a hermanos mayores. En el caso de Leon, bonhomía y desprendimiento se vieron multiplicados por las virtudes concurrentes de su mujer, Nelly [véase la voz correspondiente]. Los S, y Aurora en particular, no cesaron de dar testimonio ni de rendir tributo de afecto a Nelly y a Leon por la deuda vital que sintieron tener hacia ellos [véase **Cecilia S1-S**]. La generosidad de Nelly se volcó a diestra y siniestra. Pudo contratar en Buenos Aires, igual que Coca en Brasil, una empleada para que hiciera los trabajos de la casa; la elección recayó en Norma G, una jovencita de provincia quien fue enviada por Nelly a la escuela de inmediato, cursó allí los estudios primarios y secundarios completos, asistió a clases de inglés, aprendió el rumano, vistiose donde la misma modista de Becutza y de Luisa, viajó a Mar del Plata veranos enteros, ocasiones en las que los G contrataban nuevo personal de servicio para no cargar con obligaciones a «Normiticu», pues así la llamaban tras rumanizar su nombre. Pero un malhadado fin de semana, después de veinte, digo bien, veinte años, de vivir en la casa, Normiticu pretextó sentirse enferma, se quedó en Buenos Aires y no fue a la quinta que los G habían comprado en Escobar. Algo debió de oler Nelly porque, el sábado por la noche, quiso volver a Buenos Aires. Al llegar, un camión enorme obstruía la entrada del garage. Leon tocó la bocina y nadie apareció, de manera que el señor G hubo de conformarse con estacionar el auto a unos cincuenta metros de la casa. Las sospechas de Nelly crecieron y, al abrir la puerta trasera de la cocina, Boricel se topó con una Normiticu algo apichonada que simulaba tener fiebre y se tragaba una aspirina. Nelly pasó sin rodeos al cuarto de la joven, ya bien crecidita, prendió la luz: allí estaba, arrebujado en la ropa de la cama, el propietario corpulento del camión que impedía el ingreso al garage. Ese mismo día, Normiticu dejó la casa G para siempre. Ni la bondad de Nelly fue capaz de tolerar el desliz de la muchacha, la que, después de todo, se dirigía a la patrona como «mamá» con gran beneplácito de todos. ¿Por qué sobrevendrán siempre esas catástrofes

repentinas que deshacen en un suspiro las vidas de amantes como Ginebra y Lanzarote, Tristán e Iseo, Paolo y Francesca? Es cierto que aquellos famosos enamorados pertenecieron a la más rancia nobleza feudal o a la clase principesca de la Italia del Medioevo, mientras que Normiticu y su novio eran más bien proletarios del conurbano bonaerense. Tampoco Nelly era el rey Arturo, ni el rey Marke, ni Gianciotto Malatesta. De todas maneras, ¿por qué nada permitió que, una vez al menos, la historia fuese diferente? Lo ignoramos todo sobre el destino de la joven, devorada por la pasión y la noche. «No hay ningún dolor más grande que el recordar el tiempo feliz en la miseria.»

CECILIA S1-S.

Nació en Bucarest el 12 de julio de 1912. Fue la segunda hija de las cinco nacidas en el matrimonio de **Josef S1** y **Susana D**. La apodaron «Chica» (*Cica* en rumano, apócope de su nombre). Vino a este mundo en la casa de la calle Micsunele en plena *Belle Époque*, que corría ya hacia su fin aun cuando muy pocos clarividentes lo barruntasen entonces y menos su padre, quien comenzaba a ver progresar su imprenta y a ocuparse de ediciones exitosas de textos en rumano, en alemán y, sobre todo, en hebreo y *yiddish*. Los judíos de Bucarest cambiaban aceleradamente su *status* gracias a la mayor tolerancia que la monarquía parlamentaria de la joven Rumanía mostraba hacia ellos y al hecho de que ya se les reconociera la plena ciudadanía (en teoría desde 1878, en la práctica real y completamente a partir de 1923), al punto de que los jóvenes de la comunidad acudían con un cierto entusiasmo a hacer el servicio militar. Los negocios del prolífico Josef S1 medraban en aquel tiempo: sus correligionarios leían, más ávidamente que de costumbre, y no limitaban su dominio de la lengua escrita a los tradicionales caracteres hebraicos sino que devoraban la literatura nacional rumana y el *corpus* inigualable de la novela, del teatro y del pensamiento alemanes. Cecilia llegó después de Lolica [véase **Eliza S1**], cuyas primogenitura y belleza la habían convertido en la favorita de su madre, una condición que esa niña no perdería jamás. No obstante, la crianza inmediata de Lolica y las molestias normales que el proceso pudiera acarrear corrían por cuenta de la tía Bibi, hermana de Susana D [véase **Familia D**], y el arribo de Cecilia no modificó las cargas de Bibi sino que, por el contrario, las multiplicó con mayor fuerza debido a que, según puede colegirse, la casi imperial Susana no reveló hacia su nueva hija el interés desmedido que el nacimiento de Lolica sí le había inspirado. En 1914, fue el turno de Coca [véase **Adella S1-Z**], tercera hija de la familia S1-D, sin que las ocupaciones de Susana aumentaran proporcionalmente. Lejos de ello, las de *tanti* Bibi lo hicieron de modo exponencial. Pero, claro está, la felicidad de Josef S1, hombre dotado de una benevolencia ilimitada, fue mucho mayor y sirvió para compensar la caída de los negocios que el estallido de la guerra europea provocó hacia finales del año. Adviértase, sin embargo, que Rumanía permaneció todavía dos años fuera del conflicto y hubo de tal suerte una postergación de la crisis económica por un tiempo, si bien las restricciones del comercio con Alemania disminuyeron el bienestar de los burgueses rumanos y de los judíos en particular. En 1916, por fin, el ingreso del país en la guerra,

del lado de los países occidentales y de Rusia, produjo un colapso en la vida de la familia S1-D, pues Josef S1 hubo de cumplir con los deberes del ciudadano-soldado flamante en que el rey lo había transformado y partir al frente. Quizás uno de los primeros recuerdos de Cecilia fuera precisamente el de la imagen de su padre vestido de militar que decía adiós a su mujer y a sus hijas: un desgarramiento sin vueltas. Parece que el desastre templó los ánimos de Susana: ella se hizo cargo de los asuntos de la imprenta con energía y agallas y, si bien el volumen de la actividad descendió a cantidades exiguas, aún resultó posible mantener la casa por cuanto el gobierno encargó a la empresa S1-D la edición de varios boletines destinados a informar a los habitantes de Bucarest de las novedades militares. En 1917, el racionamiento dejaba sentir sus efectos en la vida de la familia. Susana y Bibi se las arreglaron para no disminuir la calidad nutritiva de la dieta de las niñas. Entre los libros editados por Josef S1, se conservaba uno precioso, traducción al *yiddish* de un original alemán, por supuesto, que consignaba los valores alimenticios y energéticos (apenas si despuntaban los conceptos de carbohidratos, de ácidos grasos y proteínas, ausentes por completo las vitaminas) de decenas de productos con sus equivalencias sistemáticamente desplegadas en unas tablas claras y prácticas, de manera que Susana y Bibi hacían malabares para sustituir el pan de trigo por las galletas de centeno y de maíz según los cocientes adecuados, el aceite de oliva por el aceite de semillas, el azúcar de caña o el de remolacha por la miel, los huevos de gallina por los huevos de patos silvestres que vendían los gitanos. Lo admirable fue que la obsesión de Susana por la limpieza lograse que nunca faltara alguna clase de jabón. Otra vez estuvo la salvación en un libro de química elemental y casera de derivación germánica, donde Susana y Bibi encontraron una receta para fabricar jabón en la cocina. Pulgas y piojos fueron mantenidos a raya por aquellas mujeres, quienes no se daban descanso a la hora de fregar, lavar y bañar. Así ocurrió que, cuando llegó el armisticio en noviembre de 1918 y Josef S1 volvió a casa desde un campo austríaco de prisioneros rumanos, flaco, demacrado y comido por las alimañas que las damas habían conseguido derrotar, a la alegría desmedida del reencuentro se sumó la desesperación por desparasitar al veterano y alimentarlo con el sistema de nutrientes sustitutos que Susana y Bibi habían desarrollado a partir de las enseñanzas de aquellos benditos manuales Liebig. La recuperación física de Josef S1 no tardó en llegar, su pasión por el trabajo, la euforia de la paz y de la inclusión de Rumanía entre las potencias victoriosas (un hecho que convirtió a esa nación en *Romania Mare* con la anexión a su territorio de la Transilvania occidental, la Dobrudja y la Besarabia), produjeron un renacimiento de la editorial y de la vida reproductiva de la familia S1-

D: Josef S1 recibió el *copyright* para editar la *Gran Enciclopedia Judía* en Rumanía mientras que, en 1920, nació Rebeca, a la que apodaron Beca, y en 1923 nació Raschella, a la que llamaron Ella. Es evidente que la fortuna sonreía a los judíos de Bucarest si, después de tres hijas con nombres de *goim*, los S1-D habían resuelto reafirmar su identidad mediante esos nombres bíblicos tan sonoros.

Cecilia comenzó a asistir a la escuela en 1919 y dio pruebas de una inteligencia especial para las matemáticas y la geografía. Las letras y la historia, en cambio, no gozaron de sus simpatías epistemológicas desde una edad muy temprana. Entiéndase que le gustaba escuchar, primero, y leer, más tarde, relatos de aventuras románticas o biografías dramáticas pero, aun en los casos más realistas, había siempre un dejo de desconfianza en ella acerca de que la verdad de la existencia cotidiana transcurriera como en los cuentos y las novelas. La historia, por otra parte, tal vez porque se trató en primera instancia de la historia narrada en el Antiguo Testamento y, luego, de la historia apologética de la monarquía rumana, despertó muy rápido la astucia de Cecilia que hubo de percibir, en tales disciplinas de estudio, una manipulación inaceptable de lo verdaderamente acontecido. Ni qué decir que las tergiversaciones del fascismo en los 30-40 y del comunismo a partir de 1946 sirvieron para alimentar y fundamentar sobre bases razonables el descreimiento histórico y filosófico de Chica. Hasta su más insigne vejez habría de conservar esa intolerancia respecto de la literatura fantástica, por ejemplo, y de la historiografía, que ella consideraba el más irresponsable, irreal y desaforado de todos los géneros. Siendo anciana y a pesar de ver en él a un tipo genial, discutiría con **Gastón B**, su yerno, que Dios quiso le tocase un historiador en semejante papel, polemizaría a brazo partido sobre las bondades de la geografía, una ciencia de lo concreto, en contra de las patrañas de la historia («La montaña está ahí, el río pasa a su lado y allí se quedan, de modo que siempre puedes ir a verlos y los encontrarás. Las versiones de lo sucedido en la historia, en cambio, se modifican como quieren los gobernantes de turno. ¿Tú te crees esas mentiras que les cuentas a tus alumnos, Gastón?» «Pero, Chica, replicaba el acusado, el relieve, las aguas, las poblaciones de la Tierra también cambian y donde había un mar en la juventud de usted, como en el caso del mar Aral, ¿lo recuerda?, ahora no hay ni siquiera un pantano.» «Cómo no voy a recordar, el Aral está en Rusia más allá del Caspio, pero…» «Ahí tiene, lo que queda de él no está más en

Rusia sino entre Kazajstán y Uzbekistán, ya ve de qué forma hasta los países, sus nombres, sus límites se modifican, y eso, que yo sepa, es geografía.» «Aj, Gastón, me pones nerviosa con tus sofismas, pero caíste en tu trampa, porque esos cambios que dices son efecto de la política, es decir, de la historia.») Esa sospecha foucaultiana (Cecilia jamás leyó a Foucault y, de haberlo hecho, sus libros le hubieran parecido un galimatías más engañoso todavía que las «mentiras» de la historia, pero Cecilia compartió con el desenmascarador de la *Rive Gauche* lo más profundo de su desconstruccionismo sin saberlo), ese escepticismo histórico y filosófico que fue adquirido en los años primeros de la escuela en Rumanía, no la dejó nunca a través de las migraciones y, es más, su hija **Aurora S** habría de heredar el mismo temple de ánimo e idéntica pertinacia en la identificación entre la mitología y la ciencia histórica, para consternación de su marido atribulado, quien siempre quiso educar a su mujer en el conocimiento racional del pasado (mucho hubo de conseguir en ese plano gracias al amor de Aurora por el arte, en el que tanto profundizó que ella misma no pudo sino armarse, sola y su alma, a pesar de las resistencias arraigadas en el legado materno, una periodización, una suerte de teatro mnemotécnico de los hechos ocurridos desde el Egipto de los faraones en adelante donde ordenó, mejor que muchos alumnos avanzados de la carrera de Historia, las técnicas de todo tipo, los edificios, las destrezas de la agricultura, la caza y la cría del ganado, las industrias, los avances de la medicina, los descubrimientos de la representación y la mímesis, las joyas, las modas, las formas de la escritura, la publicación de libros y sus autores, en una palabra, el devenir de las civilizaciones). Lo paradójico es que Cecilia, sus hermanas, Aurora S, tuvieron vidas más que novelescas, y la historia (está bien que se trató de la historia de lo sucedido, no de lo narrado), sus fuerzas enormes, sus huracanes, sus violencias, las desparramaron por los siete mares del mundo.

Los años 20 fueron una delicia para todas las adolescentes y niñas S1: escuela, progreso, automóvil con chofer en la imprenta y en la casa, visitas de tíos y parientes lejanos, fiestas multitudinarias de aniversarios y casamientos, *pesaj* y Año Nuevo, cine y teatro, bailes y saraos hacia el fin de la década. En el filo de los 18, ese mojón que entonces señalaba a los varones de la burguesía la elección firme de la carrera universitaria o profesional, el inicio de una responsabilidad nueva, y que indicaba a las jóvenes la era de la disponibilidad para el matrimonio, alrededor de ese momento, Cecilia con sus

17 avanzados, creyó que había llegado el momento de ser cabalmente moderna y se inscribió en los cursos de gimnasia recién inaugurados en la nueva palestra de la comunidad israelita de Bucarest: el *Aurora*, un nombre que aludía, por cierto, al renacer del pueblo judío e indicaba la presencia de muchachos sionistas en el *staff* de profesores y atletas. Uno de los concurrentes más jóvenes al *Aurora* se destacó tanto en los ejercicios con los grandes aparatos que, muy pronto, los maestros de mayor experiencia gimnástica delegaron en él buena parte de las clases, incluidas las que tomaban las mujeres. Se trataba nada menos que de **Raúl S**, un rubio de 20 años a la sazón, de gran belleza y simpatía, por el que todas las alumnas suspiraban, pero que se enamoró perdidamente de Chica ni bien la vio llorar cierta noche y escuchó, poco más tarde, una de sus ironías [véase **Raúl S**]. Cecilia era «rubiecita, ojos azules, delgada, cara oval, la barbilla un poco más pronunciada, muy fina en cuanto a su porte, en la mirada y en los gestos, siempre en movimiento, su delicadeza me impresionó». Así la describiría muchos años más tarde aquel muchacho de 1930 en sus memorias. Entretanto, Raúl era la jovialidad en persona, hacía chistes con el cuerpo y con el corazón pues o dejaba caer el bíceps como si fuera el músculo fláccido de un viejo y después lo levantaba como una pelota, o bien contaba historias divertidas de rabinos y de judíos ingeniosos, o bien se entregaba a los más disparatados juegos de palabras aprovechando las paronimias entre el *yiddish*, el alemán y el rumano. A Cecilia, por ende, Raúl también le gustó mucho y, al cabo de tres semanas, el potencial campeón rumano de grandes aparatos empezó a concurrir a la casa de la calle Micsunele. Lleno de una energía contagiosa que nunca hubo de abandonarlo, dueño de una benevolencia y de un carácter servicial que tenía mucho de la misericordia pregonada por Oseas y otro tanto de la jocundidad de un Job restablecido, Raúl ayudó a Josef S1 en alguno que otro trabajo de la imprenta simplemente porque le daba la gana de hacerlo y se sentía feliz de ese modo. El patriarca S1 le tomó un cariño inmenso, igual que Bibi; hasta Susana D cayó seducida, si bien no tanto como para no conservar una cierta distancia de juicio que pondría muy pronto en acción, según enseguida veremos. Raúl S era sionista y soñaba con irse a Palestina. Después de conocer a Chica, quería hacerlo ya casado y, por eso, en 1932 se animó a pedirla en matrimonio. A Susana no pudo resultarle más indigesto el asunto pero no demostró enojo ni perdió la calma. Le bastaron dos o tres horas de cavilaciones para

encontrar el argumento perfecto destinado a frenar el casamiento. Se lo proporcionó la historia de Labán y de Jacob, algo adulterada desde ya porque nadie pensaba sugerir la bigamia para el pobre Raúl: Cecilia, declaró Josef S1 en nombre propio y de Susana D, era la segunda hija y la costumbre indicaba que la mayor, Lolica, debía de casarse primero. «Pero si Lolica no tiene novio todavía, ¿cuánto vamos a esperar?», objetó Raúl. Los enamorados intentaron solucionar la cuestión mediante el recurso de presentar candidatos a Lolica. Por desgracia, el método no funcionó, a pesar de que Lolica era linda como una actriz de cine. De tal suerte, después de unos meses de mascullar rabia, la pareja decidió dejar Bucarest y realizar el sueño sionista de Raúl. La prudencia aconsejaba, de todas maneras, que el viaje a Palestina se realizase por separado. Raúl debía adelantarse, preparar el terreno para celebrar allí el matrimonio y conseguir un sitio decente donde vivir. Cecilia se le reuniría en cuanto la organización del operativo casamiento estuviera lista. El sitio elegido de antemano para el reencuentro fue una colonia vecina a Haifa, donde Raúl tenía contactos y amistades. El novio partió en junio de 1933. A comienzos de agosto, Cecilia recibió el llamado desde Palestina; no dudó un instante, anunció a sus padres que se marchaba, que no admitiría objeciones y que, una semana más tarde, viajaría al puerto de Constanza para tomar el barco del primer tramo del recorrido rumbo a el Pireo. Las cosas ocurrieron tal cual fueron dichas y Cecilia logró que no sólo Josef S1 sino Susana D la acompañasen hasta Constanza, a orillas del mar Negro. El barco hizo su primera escala en Estambul. Chica quedó deslumbrada con esa ciudad. Gracias a que Mustafá Kemal había prohibido el uso del velo entre las mujeres, la joven novia rumana pudo bajar al puerto y recorrer sin temor los monumentos, visitó el Hipódromo y Santa Sofía, paseó por el barrio de Pera, no se perdió los mercados de Sultanahmet ni sus tiendas, de las que siempre le quedaría el recuerdo de una que parecía enteramente construida con muros de baclavá. La segunda fascinación se produjo en el Pireo, que Cecilia percibió como uno de los sitios más vivos de la Tierra, habitado por gente espontánea, libre de convenciones en el habla y en los movimientos del cuerpo. En semejante contexto, Atenas la desilusionó un poco, se le antojó bastante más chica y provinciana que su puerto, y las ruinas de la Acrópolis, no obstante su belleza a toda hora del día, engarzadas en esa ciudad adormecida, no lograron despojarse bajo su mirada de un efecto de aislamiento estético e histórico.

En el Pireo hubo que abordar un segundo barco, de bandera británica, que se dirigía a Haifa. El 29 de agosto de 1933, Cecilia avistó el bello monte Carmelo. La nave fondeó fuera del puerto y la administración inglesa mandó un destacamento de la prefectura para que hiciese el control de los pasaportes. Hubo un momento de desasosiego porque se dijo que el gobierno exigía, de acuerdo con una disposición de última hora, que los viajeros no sólo tuviesen un visado en regla sino que declarasen el nombre de la familia que los convocaba y en cuya casa vivirían. Chica no tenía idea de otro apellido que no fuese el de su novio, pero el ingenio y la audacia concurrieron en su auxilio una vez más. Vio en la avenida costanera de Haifa una casa que seguramente sería una pensión o un hotel improvisado, propiedad de una familia de judíos alemanes, por cuanto en la puerta lucía un cartel que rezaba «Freie Zimmer». Al preguntársele qué familia la esperaba, Chica dijo muy suelta de cuerpo: «La familia Zimmer». En definitiva, a las cinco de la tarde de aquel día, la viajera, casi prófuga de su hogar, estuvo en brazos de su Raúl S. El 1º de septiembre de 1933, un funcionario inglés, primero, y un rabino, luego, unieron en matrimonio a la pareja. Dos acotaciones a propósito del acontecimiento antes de seguir con la biografía de Cecilia. La primera se refiere a que la circunstancia de que el acta del casamiento fuese extendida por el gobierno británico de Palestina provocaría en el futuro que, en varias ocasiones, Chica y Raúl estuvieran obligados a contraer de nuevo su matrimonio, sobre todo porque, caducada la autoridad europea en aquellos territorios que, en 1948, pasarían a formar el Estado de Israel, una parte de Jordania y una parte de Egipto según mandato de las Naciones Unidas, muchos actos de la jurisdicción colonial no fueron reconocidos por las nuevas naciones. De ahí que, al pasar por Israel en 1950, como más adelante se sabrá, Cecilia y Raúl se casaron de nuevo, aunque, a decir verdad, ya en Rumanía se habían visto obligados a hacerlo en 1935 y, por última vez, tendrían que dar el sí en Francia antes de viajar a la Argentina en 1956. La segunda acotación concierne a la consumación sexual de la unión, si acaso sucedió entre el 29 de agosto por la noche y el 1º de septiembre de 1933 a las once de la mañana, un tema que nada importó hasta cincuenta años más tarde del casamiento acaecido en Haifa. En la década del 80, los nietos de la pareja, arrastrados por el torbellino de las ideas nuevas sobre el ejercicio del sexo para las que la virginidad era sinónimo de antigualla, estupidez e hipocresía, quisieron asegurarse, con un

testimonio directo, de la verdad de sus hipótesis adolescentes, blandidas en contra de sus propios padres, acerca de que la libérrima Cecilia había realizado el acto máximo de la autonomía personal involucrado en el rechazo explícito de la virginidad, precisamente en el breve pero crucial período de tres días y tres noches entre el desembarco en Haifa y la ceremonia del enlace. Chica nunca fue taxativa al respecto, pero todo indicaría que no hubo concesiones a los embates imaginables del novio. «¿Se creen ustedes que yo era una tonta como para dejarme convencer antes del casamiento por tan poco tiempo que quedaba y después de haber hecho semejante viaje?» Los nietos, descorazonados, supondrían siempre que su abuela había mentido en homenaje a un pudor del que una educación moral marcada a fuego le impedía desembarazarse. Volvamos al hilo de la narración.

Los S-S1 pasaron a vivir en un *kibbutz* donde Raúl desplegó su fuerza y su alegría en decenas de trabajos: los de la agricultura, los de la construcción, la gimnasia y la enseñanza. Claro que éstos últimos fueron los que más absorbieron su tiempo: Raúl instruía a los niños del *kibbutz* en las habilidades deportivas y ayudaba a transformarlos en personas sanas, ágiles, amantes de la vida al aire libre. Poco se sabe sobre el estado de ánimo de Cecilia; algunos recuerdos expresados en su ancianidad permiten pensar que Chica fue feliz en aquel tiempo de utopía jovial. Lo cierto es que desde Rumanía llegaron varios signos de impaciencia que obligaron a reconsiderar la situación. Los S1 y los S padres habían tomado contacto entre sí y habían acordado que correspondía otorgar un perdón generoso a los aventureros y exaltados (esta formulación del caso conduce a pensar que tampoco a los S entusiasmaba demasiado el sionismo de su hijo Raúl). Después de todo, los muchachos habían sido los protagonistas de una bella historia de amor que circulaba como leyenda encantadora entre la juventud judía de Bucarest, de modo que, desde mediados de 1934, llovieron cartas de ambas familias y de las amistades rumanas que exhortaban a Chica y Raúl a regresar. Chica declaró a su marido que ella extrañaba mucho a sus hermanas, a *tanti* Bibi y a la mamá Susana. Al cabo de unos días, el propio Raúl comenzó a sentir los mismos impulsos de ternura hacia sus dos hermanos varones y hacia Perla W-berg, su madre. Los padecimientos que le provocó un *papatachi*, la fiebre palúdica de Palestina, terminaron de convencer al joven S de que era mejor dar por terminado el experimento sionista. En síntesis, a mediados de 1934, Cecilia y Raúl desanduvieron el recorrido

que describimos y volvieron a Rumanía para casarse por segunda vez, como era debido. Los años que siguieron, hasta el golpe de estado de Antonescu en septiembre de 1940, fueron los más despreocupados y felices de la pareja. Raúl se hizo agente de bolsa, su simpatía le proporcionó una cantidad inesperada de clientes y de negocios. Mientras tanto, Chica también trabajó varios años en una casa importadora de productos suecos de caucho: la Tretorn Helsingbors Gumifabrik Aktiebollaguet. La sede misma de la empresa fabricante de zapatos y galochas, con su sala de ingreso, su oficina general, sus gabinetes privados para los jefes, su gran escalera que conducía a la galería del primer piso donde continuaban los gabinetes y funcionaban la radio y la teletipo, había sido levantada como un ejemplo de lo que la técnica de prefabricación de columnas, vigas y paredes lígneas era capaz de lograr en materia de comodidad y belleza en el campo de la arquitectura. Cecilia era dactilógrafa y recepcionista, su escritorio estaba en el área común de la planta baja pero, apenas había una ocasión de ir a la planta alta, ella lo hacía con gran gusto; le encantaba subir las escaleras de madera, oír y sentir el crujido de los escalones que se le antojaba semejante al canto de un pájaro y, luego, ver el movimiento alocado de la teletipo en contacto con Estocolmo, Berlín, Ámsterdam, Londres, Nueva York y Minneápolis, lugares del mundo donde la empresa tenía la cabecera o bien las sucursales, tanto o más importantes que la de Bucarest. Las pequeñas historias del lugar interesaron a Cecilia, quien tomaba mentalmente nota de todo, mas de ninguna manera la involucraron. Dos episodios fueron en verdad dramáticos, el primero, el desliz sentimental que la señorita Luminearu, secretaria del director, tuvo con ese mismo señor a quien le transcribía las cartas al dictado, a una velocidad increíble según se decía. El día en que la señorita Luminearu se desmayó frente a la esposa del director, quien había concurrido de visita a las oficinas sin previo aviso, muchas irregularidades sentimentales habrán comenzado a desvelarse porque, al cabo de unas semanas, el director fue devuelto a la casa matriz en Estocolmo. La señorita Luminearu, sin embargo, conservó el puesto. Se decía que dos razones habían concurrido para ello, una que la rapidez taquigráfica de la causante era una destreza monstruosa, algo así como las habilidades vocales de Esténtor, las industriales de Prometeo y las constructivas de Anfión; la otra razón era que el ex señor director había puesto como condición para abandonar la plaza sin escándalos que la dicha señorita no debía ser culpada ni

responsabilizada de nada. La Luminearu se mostró desencajada unas semanas: al cabo de un año de los hechos, ya tenía un novio en regla, de fuera de la empresa, ignorante de todo el suceso. Después de un tiempo, la señorita Luminearu se casó con su novio y renunció al trabajo para dedicarse a su casa, a su marido y al hijo que pronto había de nacer. El segundo asunto derivó, en cambio, hacia acontecimientos explícitamente desastrosos. La protagonista principal fue otra señorita, la Mitchiner, versada y hábil como nadie en la traducción del rumano al sueco, al alemán y viceversa. La susodicha vivía para el trabajo, su hoja de servicios era impecable, pero poseía una debilidad, su hermano Puiu, un cariacontecido de la peor calaña a quien ella adoraba. Incapaz de advertir las debilidades o, mejor aún, los vicios del hermano, la señorita Mitchener no paró hasta conseguir que él también ingresase en la empresa sueca de importaciones, y en el sector de contaduría para que la calamidad fuese mayor. A los tres meses de su ingreso, Puiu desapareció un buen día con una cantidad importante de lei en el bolsillo que, por supuesto, no eran de él ni de su pobre hermana. Puiu fue detenido en la frontera cuando intentaba escapar hacia Zagreb, lo condenaron a varios años de cárcel por estafa, dolo y robo sin atenuantes. Nadie creyó que la señorita Mitchiner no tuviera nada que ver con la huida de Puiu, se salvó de ir a la cárcel porque Puiu se echó todas las culpas y no fueron descubiertas pruebas en su contra, pero perdió de inmediato el trabajo en la empresa.

Por otro lado, en la vida social de la familia, las amistades y los conocidos, Chica vivió días y noches espléndidas. Las fotos, siempre relucientes, que se conservan de los almuerzos campestres a la francesa y de las fiestas para las que Raúl y Cecilia se vestían de etiqueta, han conservado la memoria de aquel tiempo de cierto esplendor, gracia y prosperidad (piénsese que ninguno de los dos S *junior* tenía siquiera 30 años de edad). Las imágenes en la naturaleza transmiten una sensación peculiar de desenfado y felicidad. Siempre alguien aparece disfrazado, una tendencia que reforzó, en 1935, el ingreso de **Eddy A**, al círculo de la familia S1, en calidad de novio y muy pronto marido de Lolica. Eddy se destacaba, en efecto, por un buen humor equiparable al de Raúl. Los cuñados se potenciaban y buena parte de su comicidad se volcó a la música y al disfraz. Eddy tocaba el fagot y Raúl la cítara. Eran una belleza los aires folklóricos rumanos y judíos, los fox-trots y los tangos, las canciones francesas y los *pezzi di bravura* adaptados de la ópera que ambos tocaban en felices dúos y

contrapuntos. Claro que, vaya a saber por qué, Chica y Lolica se pusieron celosas de los instrumentos y decidieron practicar otro tipo de concierto. El invierno del 37 al 38 fue particularmente duro. No había combustible que alcanzase para calefaccionar las casas y hubo que limitarse a mantener tibias unas pocas habitaciones. De tal modo, dos o tres lugares de las casas eran neveras naturales. Pues allí, en uno de esos sitios, se olvidaron la misma noche, oh casualidad, las hermanas S1 la cítara y el fagot de sus maridos después de una velada en la que los instrumentos habían sido usados con particular inspiración y puestos al rojo vivo. Estuvo en el orden de los fenómenos físicos previsibles que las maderas de la caja de resonancia y del tubo de la una y del otro reventasen arrastrando cuerdas y llaves consigo. *Finita la musica*. Respecto de la diversión mediante el disfraz, Raúl y Eddy fueron tenaces e irreductibles. De allí que descubramos más y más personajes travestidos en las fotos, porque la veta preferida por los jóvenes para hacer reír a los circunstantes fue la de mostrarse como campesinas de pechos ubérrimos, con sus cántaros a cuestas y pañuelos de colores en la cabeza. Cabría, tal vez, comentar esta tendencia al travestismo en términos psicológicos, visto y considerando su reiteración a través de los años (una de sus manifestaciones tardías tuvo lugar en Buenos Aires, alrededor de 1959, un día en que Raúl asumió el papel de Cho-Cho-San y Cocutza se disfrazó de Pinkerton: ambos cantaron sus partes en *falsetto* y muy entonados), pero en realidad todo indicaría que aquel gesto se asentaba en la benevolencia de ambos hombres que buscaba una risa repentina, incontenible y sin atenuantes que brotase entre los circunstantes. Pues ¿qué mueve más a una risa de felicidad que la plétora, aunque sea fugaz, de las posibilidades vitales y de significaciones humanas, en el plano sexual y anímico, que implica el poseer los dos cuerpos, los dos géneros y las dos almas al mismo tiempo? Claro que salvo una, la del regreso a una parcialidad, no importa si hetero u homosexual, que nos reinstala además en el temple serio de la existencia, las otras dos salidas de semejante estado nos arrastrarían al aniquilamiento y a la parálisis: una, la de la anulación de toda definición sexual y genérica; otra, la de la persistencia en la totalidad que nos ha sido prohibida a los hombres en aras del estallido de una diversidad volcada a multiplicar *ad infinitum* las realizaciones y vías de la cultura. En síntesis, todo el mundo se desternillaba de risa ante las mascaradas campesinas de Raúl y Eddy, pero a nadie se le ocurría eternizarlas más allá de la toma de una fotografía. Una

pena, de seguro, que el jolgorio no se prolongase al día siguiente y al siguiente porque, en el exterior de aquellas algarabías, algo cruel y destructivo acechaba.

Al promediar 1939, una desgracia inesperada se abatió sobre la familia S1: un infarto repentino y masivo se llevó la vida del patriarca Josef. Las chicas S1 se toparon de golpe con el infortunio que nunca habían siquiera barruntado que pudiera existir. Lolica estaba embarazada, pero su padre no había alcanzado a conocer la dicha de ser abuelo. Chica mantenía su trabajo en la empresa que ya describimos. Coca estudiaba enfermería [véase el artículo **Adella S1-Z**], en tanto que la menor de todas, Ella, había ingresado a la Facultad de Medicina, a pesar de todas las trabas que habían comenzado a interponerse en las ambiciones universitarias de la juventud judía, afectada por un *numerus clausus* que regía para los miembros de la colectividad que aspirasen a realizar estudios superiores. Por consiguiente, fue Beca la hija que resolvió, y no a desgano, por cierto, tomar a su cargo la gestión de la imprenta. En el contexto de deterioro que asomaba, Beca se reveló como una mujer enérgica e inteligente. Con el auxilio de Raúl y en contra de todas las previsiones catastróficas que se precipitaron a partir del momento en que el giro hacia el fascismo y el gobierno de Antonescu impusieron restricciones cada día más severas a los negocios y a las vidas cotidianas de los judíos, Beca consiguió mantener abierta la imprenta heredada del padre hasta después de la guerra y la implantación del comunismo en Rumanía. Volviendo al año 39, la invasión de Polonia por los alemanes y el estallido de la guerra en el frente occidental prefiguraron las calamidades que, en poco tiempo más, se cernirían sobre los judíos rumanos y sobre las familias S y S1. En octubre de 1939 se supo que Lolica tenía un embarazo de mellizos que nacieron, prematuramente, en diciembre de 1939, en medio de uno de los inviernos más crudos de los que se hubiera tenido noticia. Stefan, con un kilo y ochocientos gramos de peso, no sobrevivió, pero Joséphine, con poco menos de un kilo, sí lo hizo. Lola debió de permanecer largo tiempo en cama, de manera que Chica tomó la decisión heroica de renunciar a su trabajo con el fin de dedicarse por entero al cuidado de Josée. Téngase en cuenta que aún no había incubadoras para recién nacidos en Rumanía. Chica, con la ayuda de Raúl, tenía entonces que rodear a la bebe con un anillo de frascos pirex llenos de agua caliente, pues se requería mantener la temperatura adecuada que hiciese viable la vida de la prematura. Cecilia sólo recuerda de los

primeros meses de 1940 que prácticamente no hizo sino hervir agua, proveer con ella aquel sistema de calefacción y pasar cada hora cinco gotitas de leche a través de un gotero a la pequeña. Cuando descansaba, no más de cuatro o cinco horas por día, Raúl la reemplazaba en la labor de renovación constante del agua caliente y de la alimentación. A mediados de 1940, Josée se había salvado. Sin embargo, las noticias políticas y militares no podían ser peores. La Unión Soviética aprovechó su entente pasajera con Alemania para extender, en junio de 1940, el zarpazo pegado sobre la Polonia oriental a las regiones de Besarabia y Bucovina, que habían sido parte fundamental de la *Romania Mare* en 1919. A pesar de que la anexión fue sancionada mediante un tratado, el gobierno del rey Carol II decretó una movilización y, si bien este reclutamiento ya no involucró a los jóvenes judíos a quienes se había despojado del ejercicio de la ciudadanía en enero de 1938, un hermano de Raúl quedó incluido en la convocatoria [ver **Aurelio S**] por la circunstancia de ser médico. La consternación dominó a los S tras la partida de Aurelio S, padre de un niño de 4 años, hacia la frontera oriental. En septiembre de aquel mismo año, Antonescu dio el golpe de estado que obligó al rey Carol a abdicar y partir al exilio. Los judíos perdieron de esta suerte a uno de sus últimos defensores (Raúl conservaría un recuerdo idealizado del monarca durante el resto de su vida). En Bucarest, los judíos comenzaron a pagar un impuesto especial, léase un canon para conservar la vida y el usufructo de sus propiedades, muy reducidas, por otra parte, debido a las confiscaciones de las que fueron objeto. Los S y los S1 tuvieron en semejante trance la ayuda de un amigo *goi* de Raúl, el armenio Axente, quien aceptó guardar en su casa todos los objetos de valor y el dinero que esas familias le confiaron. La casa de Axente se llenó de alfombras, al punto de que era necesario subir tres escalones para poder caminar encima de ellas y circular por las habitaciones. Los cuadros estaban almacenados como en la trastienda de una galería de arte. Los adornos, las porcelanas, la platería daban al departamento de Axente el aspecto de un negocio de antigüedades sobre un océano de tapicería. (Después de la caída del *conducator* Antonescu, a fines de agosto de 1944, Axente devolvió a sus dueños originales todos y cada uno de los objetos, hasta el más insignificante que le hubiera sido entregado en 1940.)

Los legionarios de la Guardia de Hierro, aliados de Antonescu en principio, y luego elementos díscolos e incontrolables, buscaron desplazar al *conducator*, a quien

juzgaban muy débil, y desencadenaron un terrible *pogrom* en Bucarest entre el 22 y el 24 de enero de 1941. Los S y los S1 se refugiaron en bloque en casa de Axente y se mantuvieron escondidos allí por tres días, tendidos sobre sus propias alfombras, cuidadosos de no hacer ruido ni de arruinar los objetos que el amigo armenio les cuidaba. Susana y Coca habían padecido un incidente gravísimo con un grupo de legionarios, momentos antes de salir rumbo a lo de Axente. Los forajidos de la Guardia de Hierro entraron en la casa de la calle Micsunele y encontraron a la anciana y a su hija. Susana se desmayó o fingió hacerlo de modo muy convincente, lo que Coca aprovechó para argumentar que llevarse de allí a la pobre mujer no significaría más que un incordio para sus captores (Coca ignoraba, como parece obvio, que el destino de los judíos sacados de sus casas no era el de ser pieza de chantaje, tal cual lo había sido hasta entonces, sino el de ser deportados y asesinados). Los legionarios se sentaron un momento a descansar y a pensar. Coca les dio de beber *tsuica* y les puso en las manos todo el dinero que conservaba en la casa. Los hombres partieron sin llevarse a nadie pero juraron que habrían de regresar tan pronto como recibieran nuevas órdenes. Coca hizo volver en sí a Susana, la tomó por la cintura, cerró la puerta de la casa con todas las llaves que pudo y arrastró a su madre a lo de Axente. Por desgracia, el *bebe* Calman perdió su vida en aquellas jornadas. Al cabo de tres días de saqueos y matanzas, que comenzaban a desbordar la zona donde habitaban los judíos, Antonescu redujo a los legionarios y finalmente disolvió la Guardia de Hierro. No por esto ha de creerse que el gobierno rumano desistiera de aplicar ni de ahondar la política antisemita a partir de entonces. Bien alineado junto a Hitler y copartícipe de la ofensiva alemana contra la Unión Soviética a partir de julio de 1941, Antonescu dio mayor énfasis que el *Führer*, aun cuando parezca imposible, a las acciones contra los judíos de Moldavia, Besarabia y Bucovina, regiones estas últimas que fueron reconquistadas muy rápido por el ejército rumano en 1941. En rigor de verdad, los primeros campos de exterminio de judíos funcionaron en la Transnistria, administrados por el gobierno rumano: Bogdanovka, Domanivka y Acmechetca. A fines de 1941, los S1 de Bucarest supieron que un tío de Bibi y de Susana había sido colgado de un gancho de carnicería durante un *pogrom* en la ciudad de Roman. A comienzos de 1942, otra novedad desgarradora afectaba directamente a los S: cesaron por completo las comunicaciones de Aurelio y de su esposa,

también médica, desde el frente ruso.

En 1944, empezaron los bombardeos de ingleses y de norteamericanos sobre Bucarest. En aquel período, buena parte de las vidas de Cecilia y Raúl transcurrieron en los refugios, o bajo los puentes del Dumbovita cuando no les alcanzaba el tiempo para bajar a los subterráneos. Es paradójico, pero los recuerdos de la pareja tendieron a borrar la angustia o el temor y se cargaron de extraños matices de ternura y de belleza inclusive. Una vez, no encontraron a la perra *Muki* para llevarla al refugio. Caían las primeras bombas y hubo que abandonar al animalito a su suerte. Quiso la adversa fortuna que, ese día, una bomba dañase severamente la casa de los S: al regresar la calma, *Muki* estaba viva, pero el miedo la había dejado paralizada para siempre. Vivió a pesar de ello otros tres años, sobre un carrito que Raúl inventó, en el que la perrita se trasladaba por sí misma gracias a la mínima fuerza que le había quedado en las patas delanteras. Otrosí, Chica solía decir que nunca había visto un espectáculo como el que ella y su marido contemplaron desde las orillas del río, protegidos por un puente, cuando los ingleses lanzaron bengalas que iluminaron la ciudad toda nevada antes de arrojar sus explosivos. Raúl insistía en que los chistes más desopilantes de su vida los había escuchado en las horas eternas pasadas dentro de los refugios antiaéreos. Fue en ese sitio, además, donde los S tuvieron la tercera y muy impresionante referencia a la Argentina, un país prácticamente desconocido para ellos hasta la ocasión. (La primera vez había sido a mediados de los 30, en un baile, cuando escucharon y bailaron el tango *Che papusa, oí*, que los había fascinado por una coincidencia increíble: la palabra «papusa» que, tanto en rumano cuanto en el castellano arrabalero de Buenos Aires, significaba lo mismo, a saber, muchacha desenfadada y bonita. La segunda vez fue durante los episodios de enero de 1941, porque los representantes diplomáticos de ese país, los señores Enrique Amaya, Nogués y Beccaria, tuvieron la lucidez y el coraje de presentarse en la morgue de Bucarest, de donde rescataron a más de trescientos judíos a los que aguardaba una muerte aciaga. El señor Nogués encaró al jefe de los legionarios que custodiaban la morgue y le hizo saber que la Cruz Roja Internacional había solicitado a la Argentina la protección de las trescientas personas allí reunidas. El miliciano, desprevenido, debió de asustarse por el empaque del diplomático y le entregó los prisioneros. Amaya, Nogués y Beccaria llevaron a toda aquella gente hasta el edificio de la representación argentina y la mantuvieron alojada

en el lugar hasta que Antonescu contuvo a la Guardia de Hierro. A decir verdad, los embajadores fueron tres valientes y una excepción en el horizonte de la diplomacia argentina que, más bien al contrario, se caracterizó por ser genuflexa y hasta cómplice de los nazis alemanes en varios trances, por ejemplo, cuando rehusó proteger al profesor Angel Rosenblat, argentino naturalizado residente en Berlín en 1933 y acusado de comunista activo por el gobierno de Hitler, o bien cuando no aceptó la propuesta uruguaya de compartir iniciativas y esfuerzos para salvar a varias decenas de judíos holandeses que habían buscado asilo en la embajada del Uruguay en Ámsterdam, al producirse la invasión de los Países Bajos por parte de Alemania en mayo de 1940. Amaya, Nogués y Beccaria fueron tres *lamed wulfin*. Ojalá nunca se borre el recuerdo de sus nombres ni de lo que hicieron, más allá del deber diplomático, iluminados por la causa de la humanidad.) Regresemos a los bombardeos del 44, un día la multitud del refugio estaba concentrada en el juego espiritista de la copa que se mueve por sí misma, al compás de las preguntas de los parroquianos, y forma palabras corriendo entre letras y números puestos en una circunferencia *ad hoc*. Raúl, agobiado por el bombardeo, más intenso que de costumbre, preguntó a la copa dónde iría a morir. La copa contestó: «Argentina». «Eso es lo mismo que la Patagonia», dijo *in continenti* un experto en geografía que había bajado con los S al refugio. Al pasar la alarma, Chica y Raúl volvieron a su casa y lo primero que hicieron fue mirar en un atlas dónde quedaba exactamente la Argentina. Adelantemos tan sólo que Raúl murió en Buenos Aires en diciembre de 1995.

Las derrotas alemanas en el frente ruso, en lugar de apaciguar la represión en el interior de los países del Eje, excitaron la inquina y la vesania de los nazis y sus aliados. Es sabido hasta qué punto cuanto más contundente era la recuperación de los soviéticos más enardecida se hacía la persecución de los judíos y se aceleraba el exterminio de la «solución final». Por fortuna, el 23 de agosto de 1944, el rey Miguel, ante el derrumbe del ejército rumano que luchaba junto a las tropas del Reich en el frente ruso, ordenó arrestar a Antonescu e iniciar conversaciones con los soviéticos. Los alemanes enviaron una fuerza de paracaidistas para ocupar la ciudad de Bucarest y eliminar al nuevo gobierno del general Sanatescu, pero los elementos liberales del ejército, los enemigos políticos del régimen filo-nazi, unidos a antiguos sindicalistas y luchadores políticos de izquierda, lograron

vencer a los invasores después de diez días de batalla. Entretanto, el ejército alemán se retiraba del norte de Rumanía a gran velocidad. No obstante, las SS bordearon el norte de Moldavia y la Bucovina y mataron o se llevaron a miles de judíos de las aldeas de aquellos lugares donde, rara circunstancia, judíos y cristianos habían convivido en una cierta armonía durante dos siglos (Aurora S y Gastón B pudieron comprobar esa coexistencia cuando, en 1995, viajaron a Rumanía y visitaron la Bucovina: en sus cementerios encontraron monumentos funerarios mezclados, de hebreos y cristianos ortodoxos, lápidas mudas y cruces de piedra). Expedito el camino gracias al cambio político producido por el giro del rey Miguel y por la resistencia de Bucarest, el ejército soviético entró en la ciudad el 30 de agosto de 1944. Raúl y Eddy estaban tan contentos que resolvieron disfrazarse de mujeres, igual que en los tiempos felices de los *picnics* a la norteamericana, y salir a la calle a hacerse los chistosos. No se sabe si fue porque estaban muy bien caracterizados o porque los soldados rusos llegaban con una larguísima abstinencia sexual a cuestas, lo cierto es que desde un camión repleto de militares partieron silbidos y aplausos destinados a las «muchachas» que con soltura y verosimilitud representaban Raúl y Eddy. Los temerarios no sólo se dieron vuelta a sonreír, sino que se levantaron las polleras y mostraron el trasero a los soldados quienes, provocados de semejante manera, saltaron del camión y empezaron a correr a las seductoras. Raúl y Eddy abandonaron sus polleras por el camino para disparar mejor: consiguieron dejar atrás a los rusos quienes, de haberlos alcanzado, no hubieran respetado sus nalgas exhibidas con tanto desparpajo.

Ahora o nunca. La paz trajo consigo esperanzas desmedidas y energías olvidadas. Ya en marzo de 1944, Lola tuvo sin dificultades de parto a su tercer hijo, **Marian Horia A-S1**, «hermoso como un sol», según dijeron la abuela y las tías. Cocutza abandonó la melancolía y las alfombras en que la había hundido la muerte de su novio, acaecida en enero de 1940 [véase **Adella S1-Z**]. Coca se consiguió un nuevo prometido, buen mozo, igual de joven que ella y simpático como sus cuñados: **Salomón Z**, llamado «Solica». El casamiento se produjo a comienzos de 1945, momento en el que, albricia de albricias, Chica reveló que estaba embarazada. El 12 de septiembre de 1945, Cecilia tuvo una niña en el hospital militar de Bucarest, a la que llamaron Aurora por varias razones, todas muy obvias: la primera, que la pequeña anunciaba un

renacimiento de la familia, de los proyectos de vida de una generación todavía joven y, quizá, de uno o más países, la propia Rumanía y el Estado israelí en ciernes; la segunda razón debía remontarse al nombre del gimnasio donde Cecilia y Raúl se habían conocido; la tercera, que quedaría confirmada al poco tiempo, era que se esperaba que sus ojos tuvieran el color azul de las mañanas. En el otoño de 1946, Coca dio a luz a un varón, **Emilio Z**, con lo que la constelación de una nueva felicidad parecía asegurada. Es más, Ella, la menor de las hermanas S1, pudo terminar sus estudios de medicina, descartó a un tal Armand, que le arrastraba el ala, y se decidió por Iutsu F con quien muy pronto contraería matrimonio. Beca andaba en trámites parecidos junto a Didi T, pareja que sería de las más felices de la familia a pesar de los calamitosos contextos por los que atravesaron sus vidas.

Pero, convulsiones nuevas no tardaron en llegar. Entre diciembre de 1947 y mayo de 1948, los comunistas tomaron el poder en Rumanía, colectivizaron la propiedad rural al modo soviético, dispusieron el canje de los depósitos que los particulares tuvieran en la moneda nacional, cualquiera que fuera su monto, por una cantidad fija de una nueva acuñación, igual para cada ciudadano rumano, ordenaron que las propiedades urbanas fueran compartidas entre varias familias según la superficie y los servicios disponibles de cada morada. Cecilia reaccionó a la última medida rápida como el rayo. Después del bombardeo de la casa de familia, su amiga Raluca vivía en un lugar pequeño y casi miserable. De tal suerte, Chica la exhortó a mudarse a su departamento de la calle de los Santos Apóstoles con su marido Petru y su hijo Dudu. La proporción de habitantes por superficie que había establecido el gobierno se cumplía perfectamente y los S compartieron propiedad y vida cotidiana con personas a las que conocían y apreciaban desde hacía mucho tiempo. Lolica, en cambio, vaya a saber en qué pensaba, lo cierto es que le instalaron en la casa a una familia de campesinos quienes creían que el bidet era una bañera para los niños. Raúl se las vio negras en la empresa para la que había trabajado como gerente [véase **Raúl S**], estuvo a punto de ir a parar a la cárcel pero, nuevamente, Cecilia se las amañó para evitar lo peor. Sucedía que Beca estaba en aquellos momentos liquidando también la empresa paterna, que debía ponerse en manos del sindicato de impresores. Por suerte, el negociador por parte del gobierno era, en ese caso, Carol, un curtido comunista que había ingresado al taller con 16 años en 1931, en los tiempos de la crisis económica. Josef S1 lo alojó en

el establecimiento, lo obligó prácticamente a asistir a un colegio nocturno, lo alimentó, le enseñó el oficio de linotipista. Raúl y Eddy, más tarde, lo vistieron y lo entrenaron en las artes de la diversión, el baile, el galanteo. Carol ingresó a la civilización merced a la generosidad de los S1, algo que el beneficiado no olvidaría jamás y que haría compatible con el activismo comunista, clandestino en los años de la guerra y practicado con la frente alta a la luz del día desde la resistencia armada de agosto del 44. Carol logró que Raúl no fuese responsabilizado por las maniobras capitalistas de sus antiguos empleadores, y no sólo eso, consiguió para Chica un trabajo de dactilógrafa en *La Chispa*, uno de los periódicos del partido comunista, y, para Raúl, algo muy especial gracias a su pasado de atleta y profesor de gimnasia: Raúl fue designado al frente de un departamento ministerial que se ocupaba de las actividades deportivas y de las fiestas gimnásticas, tan caras al nuevo régimen como medio de propaganda y anticipo de lo que algún día habría de ser la felicidad de la sociedad socialista [para los detalles de este trabajo de Raúl véase la voz que le está especialmente dedicada en la *Enciclopedia*].

Dudu y Aurora tenían ya edad suficiente para jugar juntos y a ambos les encantaba el nuevo estatuto de poseer algo así como un hermano. Eran inseparables, no obstante en junio de 1949 hubo que distanciarlos por varios días porque, ay, la cabeza de Dudu se llenó de piojos, un índice de la decadencia progresiva de la situación, pues ha de recordarse que, en los años de la Primera Guerra Mundial, las mujeres de la casa de la calle Micsunele se las habían arreglado para tener a raya a los insectos y parásitos. Ahora, en cambio, la casa de los Santos Apóstoles corría el riesgo de convertirse en un vivero de artrópodos indeseables, ya que no había en plaza insecticidas ni kerosén con que combatirlos. Hubo que pelar al pobre Dudu y, aun así, fue necesario esperar un largo mes antes de que los niños volviesen a reunirse para jugar. Chica tomó el episodio como una suerte de prefiguración del destino oscuro y tejido de privaciones elementales que esperaba a Aurora en aquel modelo de sociedad. El proyecto de abandonar el país empezó a rondar por la cabeza de los S. Lo peor consistía en dejar atrás a los ancianos, a Susana D en el caso de Cecilia, y a Perla y Josef S en el caso de Raúl. De todos modos, Lolica y Eddy A ya tenían resuelto el dilema, más o menos por las mismas razones que barajaban los S (no por los piojos, claro está, sino por las perspectivas de bienestar): había que planificar una partida de Rumanía y explorar las posibilidades de hacerlo en el tiempo

más breve posible. Los A habían perdido varias propiedades importantes: dos departamentos en Bucarest, amén del que compartían con los campesinos de la historia del bidet (quienes resultaron ser personas bondadosas e interesadas en caer bien a los antiguos propietarios del lugar donde habían ido a vivir por imperio de la utopía comunista), y, lo peor de todo, una casa de campo muy bella cerca de Valenii de Munte, el sitio donde el famoso profesor Iorga había instalado en 1908 una escuela internacional de lingüística y filología. En el verano del 48 aún había sido posible que Lolica, Chica y Coca fuesen las tres, cada cual con su prole, a la cabaña pintoresca de Valenii de Munte. Aquello había sido una gloria. Pero en julio de 1949, la casa de campo era ya propiedad del pueblo rumano, que la había destinado a residencia veraniega de los secretarios del partido del distrito de Buzau. Alrededor de esos mismos días, una nueva política del gobierno respecto de los judíos revelaba el antisemitismo tenaz de la Rumanía comunista, aunque, paradójicamente, abría para ellos la posibilidad de una existencia distinta y más prometedora fuera del país. Los judíos podrían abandonar la *patria rumana* y dirigirse a Israel, en grupos restringidos y poco a poco, si bien la idea final era la de desembarazarse de toda la comunidad hebrea al fin del proceso. Por supuesto, las familias estaban obligadas a dejar todo cuanto poseían, desde muebles hasta joyas, cuadros, objetos preciosos, oro y cualquier forma de dinero. Se les permitiría salir con la ropa y los enseres que cupieran en una valija de mano por persona y en un baúl por familia. Carol volvió a ser el salvador de todos los descendientes de Josef S1. Él tuvo la valentía de hacerse garante de la emigración hacia Israel, primero de los A, en enero de 1950, y luego de los S, en mayo del mismo año. En 1953, sería el turno de Coca y de Solica, más tarde el de Beca y Didi y, por fin, en 1959, cuando la pobre y agotada Susana D pasó a mejor vida, Ella y su marido Iutsu seguirían el mismo derrotero, siempre con los auspicios de Carol de quien nada sabemos tras esa fecha pero que, si las bendiciones de la gente tienen algún efecto, las que le dedicaron las y los S1 habrán hecho de Carol el más feliz de los mortales entre los comunistas de Rumanía.

Lo cierto es que la partida de los S resultó más desgarradora de lo previsto. Todos sabían que las generaciones que se separaban jamás volverían a verse. Se conserva una foto terrible que la abuela Perla W-berg-S se hizo con Aurorita: la nena y la anciana se ven muy parecidas, igualmente bellas, igualmente tristes, idéntico el rictus de amabilidad, cariño y

desconsuelo que despunta en sus bocas. Chica y Raúl lloraron sin parar de Bucarest a Constanza y, una vez en el mar, siguieron hasta que avistaron el Bósforo. Al contrario de los viajes de 1933 que cada cual de los S había hecho para casarse en Palestina, en 1950, siendo judíos, como si estuviesen enfermos de algo muy contagioso, ninguno de ellos pudo abandonar el barco, despachado a cuenta del gobierno israelí, hasta llegar al puerto de Haifa. Aurora vio de lejos las bellezas de Estambul, adonde sólo volvería medio siglo más tarde para quedar prendada de esa ciudad. Ni bien bajaron del barco en Israel, los S fueron ubicados en un campamento de tiendas de campaña durante dos meses antes de ser instalados en un *kibbutz*. Dado que había cuatro sitios asignados por carpa, los S hubieron de incorporar a un adolescente checo, Jiri, cuya familia hasta la tercera generación por encima de él había muerto toda en las cámaras de gas. Jiri tenía ojos verdes, era moreno, bastante corpulento y vio aumentar su fuerza gracias a los ejercicios que Raúl le enseñó y le hizo practicar todos los días, a pesar de que no tuviesen una lengua compartida en la que comunicarse. Pero, ni bien se ponía el sol, Jiri no podía contener el llanto y así se pasaba las noches en las que alternaba un sueño agitado con los sollozos más profundos que se pudiese imaginar. El muchacho se prendó de Aurora, empezó a aprender el rumano para cantar con la niña las canciones que les enseñaba Chica. Un día, Aurora cayó enferma de disentería y hubo que llevarla al hospital. Jiri la acompañó. Llevaba una cadena escondida bajo los pantalones. Apenas vio que la nena quedaba internada y no volvía con él a la carpa, Jiri se ató con la cadena a la cama y exigió quedarse allí, en el suelo, hasta que Aurora se curase. Dios miró por fin a esos desgraciados, porque Aurora sanó y Jiri no padeció demasiado debido a que una enfermera se ocupó de darle una bolsa de dormir en las noches. Desgraciadamente, el buen Dios habrá seguido mirándolos un tiempo más, pero de seguro no lo hicieron las autoridades migratorias de Israel: los S y Jiri fueron destinados a dos *kibbutzim* diferentes. Jiri protestó y lloró tanto que el campamento estuvo convulsionado una larga e interminable mañana. Los S nunca más tuvieron noticias de él. Jiri, donde quiera que estés, que la vida te haya sido grata alguna vez, es más, que hayas tenido muchas hijas e hijos, tantos cuantos parientes te arrebató la tormenta europea, y que hoy tus descendientes te alberguen en su heredad o en su memoria.

Si la existencia había sido una calamidad en el campamento, Chica tampoco encontró que las cosas mejorasen demasiado en

el *kibbutz*. Pocos días antes de la mudanza, Lola y Eddy habían abandonado Israel rumbo a Francia, donde el laboratorio suizo en el que Eddy había trabajado antes de la guerra le tenía preparado un puesto en sus oficinas de París y un permiso de residencia definitiva para toda la familia. Por suerte, una prima de los S1, *tanti* Anny, hija de Isaac S1, primo a su vez de Josef S1, se encontraba con su marido y su hijo, Baruch, en esa misma colonia. De manera que había muchas cosas que compartir en paz entre Cecilia y Anny. Aurora reprodujo junto a Baruch el tándem que ya había formado en Bucarest con Dudu. No hubo piojos en esta ocasión pero sí dos pollitos, que los niños ganaron en el sorteo de un *shabat* y que les proporcionarían una tristeza inolvidable. Los llamaron *Costica* y *Oprica* y los vieron crecer muy rápido para la que sería su desgracia. En efecto, la finalidad de todo el negocio no era asistir a la transformación de *Costica* y *Oprica* en gallo o gallina adultos, sino esperar el momento justo y comérselos. El evento ocurrió por fin. «Vamos, Aurorica, Baruch, coman el pollo que está riquísimo.» Aurora preguntó: «*Dar unde sunt Costica si Oprica*?». «Aj, la lluvia los desorientó y se fueron al desierto», contestó Chica, rápida como un rayo. Es sabido que la mente de los varones tarda bastante en madurar, por lo que Baruch comió sin sospechar en lo más mínimo la verdad acerca del fin de los volátiles. Aurora, por su parte, comenzó un largo proceso de inapetencia congénita que sólo le curaría el embarazo de su primera hija, Constanza B, en la Argentina, en 1971. En el *kibbutz*, todos los S recibieron sus nuevos nombres hebreos, con los que se suponía que comenzarían una vida esperanzada de ciudadanos en el Israel redimido por el sufrimiento y el trabajo casi sobrehumano que ya desplegaban y que les aguardaría por muchos años sin demasiado reposo. Chica pasó a llamarse Sipora, como la hija de Jetró y esposa de Moisés, Aurora fue Zajava, «mañana» en hebreo, y Raúl se convirtió en Israel, de modo que cuando alguien lo llamaba a sus espaldas y le decía: «*Shemá Israel*» («Escuchá, Israel»), más de uno de los presentes prorrumpía en el «*Adonai Eloheinu, Adonai Echad*» («El Señor es tu Dios, el Señor es uno solo»). RaúlIsrael sentía felicidad genuina porque transformó en un trabajo lo que había hecho por deporte en la juventud, esto es, la gimnasia, los grandes aparatos, los desfiles atléticos. Su misión en el *kibbutz* consistía en hacer fuertes y sanos a niños y adolescentes mediante el cultivo de las destrezas corporales. Más bendecido no se podía estar y, sin embargo, Cecilia sufría mucho, no debido a las carencias materiales o a los riesgos de la situación, sino a causa

de la lejanía de sus hermanas. Por eso, cuando llegaron noticias de París de que existían posibilidades de trabajo y *séjour définitif en France* para el bueno de Raúl, Chica ya sólo pensó en hacer las valijas y emprender el viaje de reencuentro con Lola al menos, la hermana mayor, y los suyos. Aurora cursaba el primer grado de la escuela elemental y sabía expresarse muy bien en hebreo, el rumano se le hacía difícil pero hubo de reaprenderlo, por segunda vez, desde que la familia S subió al barco en Haifa rumbo a Marsella. Ese viaje de mediados de 1951 resultó un bálsamo para todos, especialmente para la niña a quien el aire de mar le hizo recuperar el apetito. Hubo un momento de gran emoción en el momento en que la nave dejó el estrecho de Mesina y atravesó las Lipari durante la noche. El Strómboli estaba en erupción y los S pudieron ver y oír el espectáculo sublime del volcán que echaba rugidos, lava, fuego y mucha luz hacia el cielo.

Cuando bajaron del tren en la *Gare de Lyon*, los A en pleno más un hermano de Eddy, Lazar, y su propia familia, estaban esperándolos. Corrieron lágrimas de emoción, con algo de dicha, porque aquello parecía el preludio del rearmado de la antigua prosapia y comunidad de los S1, en la bella París para mejor, si bien la pobre ciudad, está claro, no se exhibía con las luces y las alegrías de otros tiempos. Las marcas de la guerra se advertían en el desaliño de los edificios, en la pobreza de la vestimenta de los franceses, en la palidez de sus caras y en las manchas oscuras de sus dientes. Raúl-ya no-más-Israel pensó por un momento que era una lástima haber dejado atrás el sol de la nueva tierra judía y una juventud que crecía fuerte y armónica. Pero Cecilia se veía contenta y se reía como en la época de la felicidad en la casa de la calle Micsunele. El gozo no duró demasiado, porque la pensión, pomposamente llamada Hotel Gerandot, donde fueron a parar los S era algo sombría. Había una ventaja a pesar de todo, que el albergue se encontraba muy próximo a la casa que Lolica y Eddy habían conseguido en la calle Rodier, en el barrio de Pigalle, de manera que Chica y Aurora se instalaban allí desde la mañana hasta el final de la tarde. Josée y Marian iban al colegio y la hora en la que regresaban a la casa y se ponían a hacer los deberes era el comienzo de un deslumbramiento para Aurora. En la pensión había otros judíos refugiados de la Europa central. Una señora muy distinguida de Varsovia causó excelente impresión en Cecilia. La dama tenía, pobrecita, los gestos y la generosidad de una grandeza perdida, así que resolvió preparar una cena especial para los S en su habitación

escuálida. Cocinó clandestinamente, en un calentador de kerosén, las bolas consabidas de *gefilte fish* y preparó una vieja receta de salsa de rábano picante para acompañar el pescado. Raúl debía de estar de muy mal humor la noche de la invitación, porque su jovialidad se había esfumado y había dado lugar, en cambio, a una expresión de disgusto a la hora de probar el *gefilte fish*. Cecilia lo pateó cuanto pudo por debajo de la mesa pero el mal ya estaba hecho. La señora polaca dijo que no se sentía del todo bien, algo que debía de ser la verdad más prístina, de manera que la cena terminó muy pronto, con una sensación de disgusto en todos los asistentes. Digamos que el infortunio, la amargura, la lejanía de la patria, el exilio, que pudieron esa noche con la simpatía proverbial de Raúl, no lograron hacer mella en los siete años firmes de educación y buenas maneras que Cecilia había recibido de Bibi y de su madre en Bucarest. Y así se conservaría Cecilia hasta su muerte, ocurrida en Buenos Aires medio siglo después.

Todavía estaban en la pensión cuando Aurora fue enviada a la escuela. La niña hablaba en rumano con sus padres y con los A, pero no sabía el francés. De seguro percibió esta lengua como algo extranjero y, dado que tenía grandes necesidades de comunicarse (una pasión que tampoco la abandonaría jamás, igual que ocurriría con su madre y aquella amabilidad altiva insuflada en los siete años de la educación doméstica que acabamos de mencionar), hablaba hasta por los codos en el único idioma que le parecía dotado de una cierta extranjería y del que aún recordaba lo suficiente, el hebreo. La maestra, desorientada frente a la locuacidad incomprensible de Aurora, decidió apresurar el examen médico al que todo niño en edad escolar había de someterse en Francia. Tal vez, pensó, un examen físico y psíquico de la criatura pudiera derivar en una recomendación pedagógica precisa. Además, Aurora conservaba la inapetencia derivada del episodio de *Costica* y *Oprica* y se veía demasiado débil. ¡Vaya sorpresa! Los médicos encontraron una placa de tórax muy inquietante. Repitieron varios estudios y el diagnóstico fulminó a la maestra y a los S: Aurora padecía una primoinfección tuberculosa, se aconsejaba aislarla de los niños sanos, sacarla por ende del colegio, administrarle nicotibina y trasladarla a un lugar de clima más benigno. El trabajo de Raúl en una industria textil [véase **Raúl S**] impedía cualquier traslado nuevo de la familia. Hubo que tomar una decisión drástica. El estado francés ofrecía para tales casos la posibilidad de la derivación a un preventorio en los Alpes Marítimos, cerca de Antibes. El lugar estaba administrado por

las monjas hospitalarias de Saint-Vincent de Paul, de modo que se presumía que, encima de toda la desventura, Aurora recibiría una instrucción religiosa ajena al judaísmo. Cecilia cortó por lo sano los remilgos de su hermana, de su cuñado y de su marido. Resolvió que la vida y la salud de su hija estaban por encima de cualquier otra consideración y confió resuelta la suerte de Aurora al gobierno francés y a las monjas de Antibes. Las hospitalarias enviaban cartas e informes periódicos a Chica quien, naturalmente, al cabo de pocas semanas sintió más y más la necesidad de ir a visitar a su hija allí tan lejos. Por desgracia, el dinero escaseaba todavía y a Raúl le resultaba difícil financiar un pasaje de segunda clase hasta la Costa Azul. Un hecho fortuito llegó sin embargo en ayuda de la atribulada Cecilia: los señores A, padres de Eddy y suegros de Lolica, habían podido salir de Rumanía, pasaron por Israel apenas unos días y siguieron viaje a Francia. Eran dos ancianos y alguien debía ir a buscarlos a Marsella. Los A y los S decidieron entonces que Cecilia fuera la elegida para recibir a los A padres y que aprovechase para visitar a Aurora en Antibes; entre todos, reunieron el precio de los pasajes y así partió Chica rumbo a los Alpes marítimos. Aurora estaba rozagante, tenía muy buen color, pero su peso no había variado casi nada: había aumentado apenas unos cien gramos, su inapetencia resistía la helioterapia, la medicación y la suave gimnasia que le hacían practicar las monjas. La niña no estaba triste, al contrario, exhibía una jovialidad singular y había aprendido lo suficiente el francés para dar curso a su necesidad de hablar y narrar. Chica pasó de Antibes a Marsella sin Aurorica pero segura ya de que, regresada a París, tramitaría la vuelta inmediata de su hija la que, a ojos vista, no padecía ninguna enfermedad y menos de las contagiosas. Los A padres estuvieron muy contentos de que la cuñada de su hijo hubiese ido a buscarlos y no quisieron descansar ni un solo día en Marsella: el día mismo de su llegada al puerto se las arreglaron para tomar el tren que los llevaría a reunirse con los A jóvenes y con sus nietos, a quienes no veían desde hacía tres años. El arribo de aquel convoy a París fue la ocasión de una algarabía muy lacrimógena, porque todos los A se deshacían por la emoción de un reencuentro que ninguno de ellos había creído que se produjera sin que mediase algún muerto en el intervalo. Los S, por su parte, lloraban porque eran conscientes de que en Bucarest se quedarían para siempre Susana D-S1 y Perla y Josef S, los padres de Raúl. Los A padres fueron instalados en el Hotel Gerandot. A la mañana siguiente, Cecilia salió temprano a tramitar el retorno de Aurora ante las

autoridades sanitarias y escolares que habían aconsejado la derivación al preventorio. Contra lo esperado, aquello no fue fácil; en materia sanitaria, los franceses, con el auxilio de las monjas, se mostraron bastante estalinistas. Fue necesario esperar a que el médico y las hospitalarias mandasen un informe pormenorizado de la salud de Aurora y declarasen que la niña no corría ya peligro alguno. Luego, la comisión parisiense de salubridad se expidió favorablemente y dispuso que la pequeña volviese a París acompañada por una enfermera. Impulsada por la felicidad, Chica preparó una gran comilona para festejar la vuelta de su hija curada en la casa de Lolica: hubo *vinete* (puré de berenjenas), *mamaliguta cu brinza* (polentita con queso), *ciorba de perisiuare* (sopa agria de tomates perita), *ardei* (morrones asados e impregnados de aceite de oliva), *mititei* (albóndigas asadas), un pollo al horno con champiñones rellenos, *sarmale* (niños envueltos en hojas de parra), compota de membrillos y torta de chocolate. Ante el desasosiego de los adultos, Aurora probó apenas dos o tres de aquellas exquisiteces y quiso ir a jugar enseguida con Marian. Su falta de apetito no había mejorado; es más, para consternación de todos, iba asociada con cierto misticismo cristiano que las monjas de Antibes le habían contagiado, tal vez sin querer, por cuanto había bastado la soledad de la niña en aquel lugar bendito por la naturaleza, el sol y el azul del cielo, para que la atmósfera iluminada de la capilla, siempre llena de música, despertase en ella una devoción simple, natural hacia las imágenes y los símbolos que poblaban el recinto del culto y de la oración. *Anima naturaliter est christiana*, había dicho Tertuliano y Aurora demostraba sin saberlo el apotegma del padre de la Iglesia al preguntar: «La cruz, ¿dónde está?». Marian se desternilló de risa y se burló de su prima, quien, en buena medida, se convirtió en una criptocatólica a partir de entonces.

Antes de la partida de Aurora hacia Antibes, Raúl había conseguido alquilar una casa en Saint-Denis, en la calle Doys, a pocos pasos de un canal al que atravesaba un puente bastante airoso y donde paseaban unos patos de plumaje verde y gris, que muy rápido hicieron las delicias de Aurora ni bien la niña regresó del preventorio. La casa era amplia, tenía una planta con tres habitaciones espaciosas, una cocina donde se podía comer confortablemente y un baño moderno; la planta alta se reducía a un desván donde Raúl podía dedicarse a dibujar y pintar los motivos de frutas y flores tropicales que la industria francesa estampaba en las telas de lino destinadas al mercado

colonial africano (en eso consistía el trabajo principal de Raúl en la fábrica textil), al mismo tiempo que se consagraba a hacer e inventar ejercicios físicos y aparatos muy prácticos de kinesioterapia y gimnasia que le serían más tarde de gran utilidad en la Argentina. Los S subalquilaron una de las habitaciones a *Monsieur* Potin, un hombre circunspecto y gentil con Aurora, que pagaba su renta puntualmente y permitía consolidar así las finanzas de la familia. Aurora comenzó a descollar en la *École du Bel Air*, estimulada y comprendida por una maestra sensible, exponente digno de la docencia francesa en un municipio comunista tal cual era Saint-Denis. Hubo también una *Muki II*, una pomerania graciosa que no sufrió el embate de un bombardeo pero sí las iras de Chica, porque «la muy tonta» quedó embarazada y parió cuatro cachorros. Una vez regalados los vástagos en el vecindario, dado que era carísimo llevarla al veterinario y esterilizarla, se resolvió que Eddy dejase al animal al cuidado del sereno en una de las fábricas de la empresa farmacéutica para la que trabajaba. Pero *Muki II* se salió con la suya: a pesar de que la dicha fábrica se encontraba cerca de Neuilly, la perra se orientó perfectamente y consiguió volver a la calle Doys en Saint-Denis. El cuadro podría haber sido bucólico si no hubiese sucedido que Cecilia se sentía aislada y lejos de su hermana. Las visitas de la tarde al departamento de Rodier se hicieron mucho menos frecuentes, un hecho agravado por la circunstancia de que a Lolica ni se le pasaba por la cabeza sortear alguna vez la distancia que la separaba de las tumbas de los reyes de Francia para ir ella al encuentro de su hermana. En esa época, Cocutza S1, su marido Salomón Z y el hijo de ambos, Emilio Z [véase **Emilio Z**], lograron salir de Rumanía, siempre gracias a la benevolencia de Carol, hacer el periplo del paso por Israel y recalar en París, aunque de ninguna manera pensaban quedarse en Francia, sino seguir rumbo a la Argentina pues allí se encontraba desde hacía dos generaciones, por lo menos, una parte de los Z, la familia de Solica. Coca y los suyos fueron a vivir unos pocos días al Hotel Gerandot. Chica resolvió repetir el banquete de la bienvenida de Aurora: *vinete* (puré de berenjenas), *mamaliguta cu brinza* (polentita con queso), *ciorba de perisiuare* (sopa agria de tomates perita), *ardei* (morrones asados e impregnados de aceite de oliva), *mititei* (albóndigas asadas), un pollo al horno con champiñones rellenos, *sarmale* (niños envueltos en hojas de parra), *serbet* de rosas, compota de membrillos y torta de chocolate. De tal suerte, cuarenta y ocho horas antes de la partida de los Z hacia Buenos Aires, las tres S1 escapadas de

Rumanía, sus maridos, sus vástagos se reunieron en el departamento de Rodier para comer como en Bucarest y decirse de nuevo adiós. Los hombres del grupo tenían preparada una sorpresa esa noche, una llamada de larga distancia para hablar con la mamá de las S1 y las otras dos hermanas que habían quedado del otro lado de la cortina. Lolica atendió resuelta cuando sonó el teléfono y largó el primer «*Allo, mama*?». Del otro lado de la línea se oyó un sollozo, seguramente Susana D-S1 pasó el aparato a una de sus hijas, Ella o Beca. Lolica sintió un vahído y rompió a llorar. Chica tomó a su vez el tubo del teléfono pero la dominó también una crisis de llanto, concomitante con la que había estallado en Bucarest (nunca sabremos si de Ella o de Beca). Cocutza fue la última en intentar un diálogo con idéntica suerte que sus hermanas y la misma reacción por parte del extremo rumano de la línea. En síntesis, los que terminaron hablando fueron Eddy, Raúl y Solo desde París con Iutsu y Didi desde Bucarest. Se conserva una foto de aquella noche, en la que Lolica es la única que aparece repuesta del *Lacrimosa*, elegante y dueña de una belleza segura, Cecilia todavía se muestra conmovida pero está serena, y Coca se exhibe sencillamente devastada. Los chicos, en cambio, gozan de la felicidad de encontrarse juntos, por fin los cuatro primos: Josée sonríe tranquila y algo apartada en su adolescencia, Marian es el más exultante con sus medias tres cuartos, Aurora se ríe con ganas y hasta Emilio la imita, despreocupado.

Al poco tiempo, Chica consiguió volver a París. Los S alquilaron un departamento en la calle Folies Méricourt, cerca del cementerio del Père Lachaise, que no tenía ni de lejos las comodidades de la casa de Saint-Denis, pero Chica estaba a unas pocas estaciones de subte de lo de Lola. Se trataba de un inmueble de la época de Napoleón III, con dos departamentos por piso y un baño común cada dos pisos. Una maravilla quizá para el siglo XIX, pero nada cómodo para los estándares de la segunda mitad del XX. La paralela inmediata a Folies Méricourt era la Folies Popincourt, cosa que causaba la hilaridad de Raúl porque la fonética rumana de la expresión *pup in cur* («beso en el culo») coincidía con la de Popincourt. El hombre encontraba un buen auspicio en la hilaridad del asunto. Aurora cambió de escuela, por supuesto, y si bien el aire de la enseñanza resultaba bastante más autoritario que en Saint-Denis, la niña siguió con sus progresos en todos los campos, la poesía y la literatura en particular. Hacia 1956, se esperaba que Aurora ingresase al liceo, de manera que comenzó a prepararse desde

fines del 54 para la prueba que le permitiría entrar al Lamartine (el examen resultaría más que exitoso pero, según veremos, el viaje ultramarino que emprendieron los S frustaría el proyecto ante el asombro de maestras y directoras del liceo). A pesar del augurio imaginado en el nombre de Folies *Pupincur*, el trabajo de Raúl comenzó a estancarse y Chica no conseguía nada que hacer fuera de su casa que resultase remunerativo. Hubo un intento de cerrar algunos negocios con una señora *kuentenik* mas la idea no dio frutos. La dama compraba todo por veinte francos y revendía por veintiocho, *vinvit* decía ella en su francés a la *yiddish*, y así la llamaba Cecilia -*Madame Vinvit*- en el secreto de la casa, hasta que un día a Aurora se le escapó un *Bonjour, Madame Vinvit*, y las relaciones entre las socias quedaron rotas. Pero la niña no tuvo la culpa de nada. Raúl rumiaba, por primera vez en su existencia, la sensación de un fracaso y, a mediados de 1955, ya no aguantaba los grises de París. Eddy A sacaba a pasear en su Citroën a los S y los llevaba incluso hasta la casa de verano que su hermano, Lazar A, médico él con la reválida aprobada en Francia, había podido comprar cerca de Chartres. Sin embargo, el efecto sobre los ánimos de Raúl y de Chica resultaba paradójicamente deletéreo, porque los S experimentaban con cierta humillación la distancia que separaba sus ingresos en baja de los progresos económicos de todos los A. La solución se encontraba quizás en decidirse a pasar a un sitio prometedor de las Américas. Las noticias de Coca desde la Argentina eran muy alentadoras. Claro que Raúl se decía que los Estados Unidos o el Canadá debían presentar mejores oportunidades que las ofrecidas por un país latinoamericano, gobernado además por un cierto general Perón quien no gozaba de buena prensa en Europa. Estados Unidos transitaba aún por la senda macartista y los emigrantes de una nación comunista como Rumanía, aun cuando los S hubieran sido prácticamente expulsados de allí y tildados de «apátridas» por el gobierno rumano, debían sortear dificultades enormes para iniciar siquiera cualquier trámite de ingreso en la Unión americana. Canadá tenía exigencias más civilizadas, y de tal suerte los S pudieron presentar al menos sus papeles en la embajada de ese país. Los primeros pasos del *qui pro quo* canadiense se encaminaron bastante bien. Chica compró un baúl de los grandes y comenzó a hacer los preparativos para acometer el mayor viaje en la vida de la pequeña familia. Llegó el momento de la entrevista definitoria que estuvo a cargo de una funcionaria nacida en el Quebec y francoparlante. Los S concurrieron sin mayores preparativos

previos, dispuestos a declarar con transparencia absoluta todo aquello que se les preguntase. Ni se les pasó por la cabeza que pudiera haber un interrogatorio por separado y que versase sobre la religión de los interesados en emigrar. Canadá también recelaba de los exciudadanos de países comunistas y suponía que la práctica religiosa encerraba una garantía de salud ideológica, máxime en aquellos tiempos de la *noirceur* política en los que el señor Maurice Duplessis, con fama de petenista, dominaba la situación en la región francesa de aquel país. De manera que Raúl y Cecilia fueron preguntados, cada cual por su lado, sobre sus creencias y su asistencia regular al culto. «¿Son ustedes judíos, verdad?» «Así es», respondieron ambos S. «¿Concurren ustedes al templo, entonces?» «Sí, por supuesto», fantaseó Raúl. «No, para nada», contestó Cecilia, sincera a rajatabla y muy suelta de cuerpo. Cecilia no sabía mentir ni tenía por qué hacerlo. Ese mismo día, antes de dejar el consulado donde había tenido lugar la indagatoria, los S recibieron la respuesta a su pedido: «Por razones de seguridad interior, se deniega el permiso de ingreso del señor y de la señora S al Canadá». La catástrofe era mayúscula. El baúl de Chica estaba repleto ya de ropa, objetos, libros.

Sólo quedaba la alternativa de dirigirse a Buenos Aires a reunirse con Coca. Pero tampoco en América del Sur los requisitos de inmigración eran un soplar y hacer botellas. La Argentina requería la llamada de algún empleador que demostrase la necesidad de que el jefe de la familia que buscaba ingresar al país podría realizar una tarea específica, original y, en lo posible, que no llevase a una competencia inútil con ninguna fuerza local de trabajo. Era urgente, pues, que Salomón Z, el marido de Coca, consiguiese un empresario argentino que convocara a Raúl y lo señalase como dueño de una habilidad especial. Solica tenía una joyería en la calle Libertad, pegada a otro negocio de igual rubro que era propiedad de un armenio próspero con buenos contactos en el mundo del espectáculo y, por ende, en los círculos de la política (el gobierno del general Perón había sido derrocado en septiembre de 1955 y, si bien las figuras descollantes del teatro y del cine pasaron a ser desde esa fecha las regresadas del exilio, el nuevo régimen conservó invariable la fluidez de las relaciones entre *show business* y manejo de los asuntos públicos). La antigua afinidad de armenios y rumanos judíos, que había tenido su versión salvadora en Bucarest en el dúo Raúl-Axente según bien sabemos, se reproducía así en Buenos Aires en la dupla de los joyeros, Solica y Martín Karadagián,

porque el gran Karadagián era el armenio del caso, vale decir, el hombre que monopolizaba el deporte funambulesco y circense del *catch as catch can* en la Argentina. Más aún, el susodicho Martín exhibía el título rimbombante de campeón mundial de la disciplina, un galardón que no perdería nunca en lo que le restase de vida, esto es, hasta el por entonces lejanísimo 1991. De modo que Martín, joyero y héroe del *catch*, proveyó la solución que los S buscaban. Recuérdese que Raúl era un gimnasta de nota, un atleta, él también un campeón de grandes aparatos. Karadagián tuvo una idea luminosa: Raúl fue llamado a la Argentina en calidad de figura descollante de la lucha libre, nada menos que el Hombre Montaña, una persona que sin duda conocía al dedillo los reglamentos fantásticos del *catch*. La oficina argentina de migraciones aprobó *in continenti* el trámite que el señor Karadagián había acometido con el fin de dar respetabilidad, mayor de la que ya seguramente tenía, a ese distinguido deporte en el Río de la Plata. El 1º de septiembre de 1956, el día preciso del 23º aniversario de su matrimonio celebrado en Palestina, los S y su hija Aurora abordaron en Marsella el transatlántico *Bretagne* rumbo a Buenos Aires, en medio del mar de lágrimas consabido y reiterado, que protagonizaron Chica, Lola, los cuñados y todos los niños de la familia ampliada. Las primeras jornadas de navegación, Cecilia hubo de consolar a Aurora, quien experimentaba el despedazamiento de buena parte de su infancia. Por fortuna, la muchachita era despierta y, ni bien el paquebote se adentró en la zona tropical, su humor cambió por completo. La primera escala en Dakar trajo consigo un deslumbramiento: los S bajaron a visitar la ciudad, el barrio francés y la catedral con su extemporáneo e imponente pórtico de atlantes, el barrio musulmán de casas blancas y regulares, el camino sinuoso de la costa, el mercado al aire libre de objetos de arte, estatuillas de animales y de hombres, tambores, flautas, escudos de combate, cuchillos, lanzas de bronce, cinturones y brazaletes repujados, sandalias de colores, albornoces, caftanes y túnicas. Casi encantada, Aurora descubrió con alborozo que las telas de las prendas femeninas no eran sino las diseñadas por su padre, que le habían parecido tan estrafalarias en París, sumergidas en el gris del hollín y de la arquitectura, y que, ahora, bajo la luz penetrante del África tropical, descubrían la belleza de sus tonos y la variedad de sus motivos de ananáes, zapallos gigantes, monos y papagallos. El efecto de maravilla se acrecentó cuando el *Bretagne* entró a la bahía de Guanabara y atracó en la rada de Río de Janeiro. Cecilia y Aurora admiraron

las avenidas soleadas y anchas de palmeras, la silueta del Pan de Azúcar, la mole y el Cristo del Corcovado, la magnificencia de Copacabana, la amplitud de la perspectiva, los volúmenes vidriados de la arquitectura de vanguardia y las veredas que remedaban, con sus dibujos ondulantes, las olas y los destellos del mar. Aurora cumplió sus 11 años en el trayecto de Río a Santos, los compañeros de viaje le organizaron una fiesta en la cubierta y volvieron a disfrazarse para ella de los dioses del mar que habían bendecido a los navegantes bisoños durante el cruce de la línea ecuatorial. Aurora se preguntaba por qué sus tíos y primos A no habían resuelto sumarse a semejante viaje a través del paraíso. El 16 de septiembre de 1956, los S desembarcaron en Buenos Aires entre los ayes de alegría de Cocutza, Solica, Emilio y toda la parentela semiargentina de los Z. Karadagián, los fotógrafos, los periodistas deportivos del diario *Noticias Gráficas* se adelantaron a recibir a Raúl, el Hombre Montaña. Hacía frío, pero el cielo estaba muy azul; Cecilia, todo lo feliz que podía al ver a Coca tan alegre como siempre y al recordar al mismo tiempo la lejanía de su madre y de sus otras hermanas; Aurora andaba transida de asombro y entusiasmo: el sol no la había abandonado desde que el *Bretagne* dejó Europa atrás.

Coca había alquilado un departamento para los S en el barrio de Caballito, en la esquina de las calles Valle y Beauchef: dos cuartos grandes daban a un balcón en el segundo y último piso de un edificio orientado hacia el norte, por lo que el sol no desaparecía en toda la jornada. Más y más luz y calor. Una cocina luminosa y un cuarto de baño grande, con bañadera, completaban el cuadro que, aunque ridículamente chico si se lo comparaba con los palacetes de las calles Micsulene y de los Santos Apóstoles, significaba para Aurora un confort nunca vivido antes. El almuerzo fue suculento: hubo arroz azafranado con dos huevos fritos por comensal y bananas fritas. Ocurría que una paisana conocida de los Z quien vivía en el inmueble de Valle y Beauchef había advertido a Coca acerca de aquella maravilla. La benefactora respondía al sobrenombre cariñoso de Puica (Pollita), un poco por antífrasis pues el recuerdo que se tiene de ella es de una mujer bien voluminosa. Puica y el marido, un matrimonio de circunstancias armado en Rumanía con la intención de facilitar la salida de judíos, como tantos otros en la época del primer comunismo, no habían tenido hijos. Durante los meses que siguieron al arribo de la familia S, volcaron su simpatía y su amor sobre Aurora, un factor que contribuyó no poco a erigir la felicidad renovada en ciernes.

Porque los S creían haber llegado a Cucaña. Antes de haber transcurrido una semana, Karadagián liberó a Raúl de cualquier compromiso de lucha y exhibicionismo. No obstante, Raúl dijo que comparecería como árbitro de combates de *catch* unas cuantas veces en el Luna Park: tan sólo pidió que no hubiese ningún ajuste previo de resultados ni brutalidades simuladas e inútiles. El efecto fue extraordinario: las cuatro noches en que Raúl fungió de juez serían recordadas como las mayores muestras de juego atlético que remedaban los entreveros antiguos de grupos escultóricos y relieves clásicos. Muchos años más tarde, Fernando D, colega del yerno de Raúl, Gastón B, y uno de los mayores especialistas de su generación en la historia de la inmigración en la Argentina, aún guardaría en su memoria aquella intervención mítica del Hombre Montaña y su despliegue de autoridad deportiva. Lo cierto es que Raúl permaneció en calidad de entrenador gimnástico de la *troupe* de catchacascaneros; muy pronto, Martín Karadagián lo vinculó además con viejas familias del espectáculo, y nuestro hombre se convirtió en fisioterapeuta y kinesiólogo de sus miembros más respetables o provectos [para más detalles véase **Raúl S**]. A partir de una consideración de precios y costes comparativos que procedía de sus años de guerra, racionamiento y gestación de estados y sociedades nuevas, Raúl calculó que ganaba un kilo y medio de manteca por día. Por ende, Cecilia no tenía la más mínima necesidad de procurarse trabajo fuera de su casa, y así ocurrió que, antes de la Navidad, la comida rumana de la más alta calidad renació en el sitio inesperado de la encrucijada de Valle y Beauchef, Beauchés según decían los salvajes de los argentinos del barrio que obviamente eran ignorantes inconscientes y nada socráticos de la lengua francesa. Esa resurrección gastronómica contribuyó al aprendizaje veloz del castellano por parte de Cecilia, quien lo abrevó primero en mercados, verdulerías, pescaderías (por más que lo buscó, Chica no pudo encontrar un *marchand de gibier*, ni siquiera en el remoto Barrio Norte de los aristoporteños). Las carnicerías fueron un asunto aparte debido a que la señora S nunca había visto nada parecido, ni las diez o doce medias reses colgadas para ser consumidas en un día por los habitantes de cuatro cuadras a la redonda, ni esos cortes de carne vacuna dignos de reyes, mas en la Argentina de aquel tiempo, al alcance de los aprendices de la clase obrera. Otro vocabulario que Chica asimiló con rapidez fue el de los textiles y la mercería, porque el dinero alcanzaba lo suficiente como para mandar a Aurora al exclusivo *Collège Français* de Buenos Aires, una institución

educativa que seguía el modelo de las escuelas y liceos de Francia pero era todavía un emprendimiento privado y así costaba un ojo de la cara el enviar a una joven a estudiar allí. Cecilia hubo de coser íntegramente el uniforme de Aurora para el *collège* y no sólo, ya que la niña tenía fiestas de cumpleaños de sus compañeros, todos ellos ricos y empingorotados, de manera que se hacía imprescindible seguir cosiendo vestiditos y tejiendo *sweaters* para que Aurorica estuviese a la altura de sus amigas de la escuela. La pobre Chica albergaba en su cabeza las fórmulas de la elegancia europea anteriores a la guerra, pues la contienda, la instauración del comunismo en Rumanía, las privaciones de la emigración a Israel y a Francia no le habían dado tregua; Cecilia podía vislumbrar muy poco de la moda nueva en el cine y párese de contar. En síntesis, Aurora vestía elegantísimos conjuntos de terciopelo azul con encajes, medias blancas del hilo más puro y zapatitos Guillermina, dignos de las revistas de alta costura, si bien de las del año 1938. Para peor, a partir de la caída de Perón, la clase alta argentina había comenzado a olvidar los modelos europeos de vestimenta y cultura y se había lanzado con armas, bastimentos y chusma a imitar a los norteamericanos, sus *jeans* y sus chatitas para las adolescentes. De lo que se deduce que Aurora era en aquellas fiestas una aparición del pasado, pero Chica no se dio por aludida y se mostró muy conforme con sus obras maestras de la costura, hasta que los arrestos de independencia que la adolescencia produjo en su hija la obligaron a hibernar su inclinación por los terciopelos (esta pasión, sólo en los años 70 con la llegada de su nieta Constanza B-S, tendría una nueva oportunidad de manifestarse). Para acentuar el prodigio de la sensación de vivir en la tierra pantagruelina de las *andouilles*, de los huevos fritos y de la abundancia, en el verano llegó la oferta de uno de los pacientes de Raúl de financiar su estancia y la de toda su familia en la ciudad balnearia de Mar del Plata con el fin de garantizarse la atención eficaz de Raúl como fisioterapeuta. Los S creían soñar. Partieron hacia la costa del océano el día 2 de enero de 1957 y permanecieron dos meses y medio en Mar del Plata, hospedados en el Hotel Roberts. El círculo vicioso de Francia se tornó virtuoso a más no poder, por cuanto Cocutza y Emilio también se instalaron a veranear en aquel lugar durante el mismo lapso. Chica y Aurora iban todos los santos días a la playa de los Ingleses, a la carpa que los G, primos de los Z, ponían generosamente a disposición de las parentelas directas e indirectas. En tres jornadas playeras, Cecilia adquirió el tono cobrizo de las actrices y recobró su

belleza. A Aurora, en cambio, quien había heredado la piel de su padre, el sol la puso al principio roja como un tomate, pero lo mismo la niña no cabía en sí de satisfacción. Raúl llegaba a la tarde, después de haber trabajado con su paciente benefactor, y se iba a nadar al mar. La vida junto a los Z y a los G era una auténtica delicia. La tía Nelly G era lo más bondadoso de este mundo y, para ella, no existían diferencias entre Aurora y sus hijas Beca y Luisa a la hora de dar gustos en los paseos, en el balneario o en las incursiones frecuentes a confiterías y restaurantes. El tío Leon G viajaba cada viernes por la tarde desde Buenos Aires, donde trabajaba de sol a sombra los días hábiles de la semana en su gran negocio de telas de la calle Canning, y se quedaba en Mar del Plata hasta el domingo a la noche. Los *weekends* eran un jolgorio corrido, de puro banquete y largas noches de naipes de los adultos, que las jovencitas aprovechaban para ir al cine y pasar por la heladería. Chicuaia desplegaba también sus artes incomparables de cocinera, de modo que se comían exquisiteces a toda hora, en la casa, en la playa, a la hora del té, durante el juego de cartas o *pietre*; sólo las cenas ocurrían fuera del departamento de los G, porque Leon cargaba su auto hasta el tope y se iba a visitar las cantinas del puerto donde era posible hartarse de mariscos y de pescado fresco, hechos a la cacerola en salsa de tomates, al horno con salsa blanca, fritos a la milanesa, con arroz a la manera de las paellas valencianas. Cecilia anudaba esos momentos a los remotos de su juventud en la Bucarest del rey Carol, porque desde el comienzo de la guerra, luego en los tiempos de la infortunada Ana Pauker, menos todavía en las épocas de las vacas raquíticas en Israel y de las todavía muy flacas de París, en fin durante la secuencia de calamidades que hemos citado varias veces, los S prácticamente no registraban ida alguna a comer afuera de modo que, para Aurora, aquello significaba la novedad absoluta y la alegría dispendiosa de una abundancia desconocida hasta entonces.

Cuando, a mediados de marzo de 1957, todos los rumanos de vacaciones regresaron a Buenos Aires con el fin de que los jóvenes iniciasen sus clases del año, la familia S era capaz de expresarse fluidamente en lengua castellana aunque, por supuesto, Aurora llevara la delantera en ese terreno y su madre ocupara una digna retaguardia. Cecilia nunca pudo con la h muda del español y la pronunció a la rumana, como una jota, hasta el fin de sus días. Cuatro de los adolescentes Pietrabuia, amigos de Aurora que vivían en la calle Valle, justo frente al

departamento de los S, llevaban nombres con h: Héctor, Haydée, Horacio e Hilda. Para Chica, serían siempre *Jéctor, Jaydée, Joracio* y *Jilda*. Una pequeña pena produjo el *jecho* de que Puica y el marido hubiesen partido a vivir al Canadá. Pronto, a pesar de que Cecilia se lucía con sus agujas, resultó evidente que el aumento exponencial de las actividades sociales de las mujeres de la casa exigía la frecuentación de una modista. Coca conocía a una costurera notable y para nada desmedida en cuanto al precio de sus trabajos, Elvira, ejemplo mayor de esas mujeres que han tenido muy poca felicidad en este mundo pero que, no obstante, descuellan por la belleza, la pulcritud y la perfección que buscan en el ejercicio de su arte o de sus destrezas. Un ser bueno, en síntesis, en el sentido lato y profundo de la bondad del alma que a veces caracteriza a la humanidad. Elvira había conocido tarde el amor de un hombre sencillo, un tornero de profesión, tan aplicado como ella a cuanto emprendía con sus manos y su corazón. Se casaron y la bendición suprema pareció llegar el día en que Elvira quedó embarazada. Pero Elvira era una madre añosa y su hija nació con dificultades que le dejaron un leve retardo mental. El cariño incondicional de sus padres compensó en parte el atraso de la niña. Sin embargo, la benevolencia de Elvira sufrió una grieta: un dolor sensible, un reproche sin consuelo se dibujó en la expresión de su cara para siempre, en una suerte de rictus que Cecilia captó de inmediato apenas conoció a su modista y le encargó un vestido para Aurora, además de un traje sastre para ella misma. Fiel a la tozudez que la caracterizaba en torno a que la realidad puede ser cambiada si es justo y reparador que así sea, a pesar de que la naturaleza y el propio Dios se opongan, Chica no dejaba de acudir a sus citas con Elvira munida de los productos más exquisitos de su repostería, bombones de mazapán revestidos de cacao, porciones gigantes de una torta célebre de chocolate que ella hacía sin un gramo de harina, tarta de manzanas con pasas de uva y mucha canela. Cecilia buscaba y conseguía el solaz de Elvira y la reacción jocunda de su hija, de manera que la visita transcurría en un clima de intercambio de dones imperceptibles entre las cuatro o cinco mujeres, pues Aurora e incluso Coca eran casi siempre de la partida. La incursión hasta la casa de la modista presentó una ventaja adicional porque Elvira vivía en el barrio de Versalles y obligaba a Chica a estudiar con detenimiento calles muy por fuera de los circuitos más transitados de la ciudad, a averiguar los recorridos de líneas de colectivos ignorados por la colectividad judía rumana que tendía a instalarse y circular o

bien en el barrio de Villa Crespo, mayoritariamente hebreo en aquella edad dorada de la cultura *yiddish* y sefardita en Buenos Aires, o bien en la zona elegante de Belgrano si acaso la prosperidad alcanzaba para una migración parecida. De allí que Cecilia descollase en el plano de los conocimientos urbanos y que su memoria monumental guardase y transmitiese al primero que lo necesitara los nombres y las evoluciones de avenidas largas y complejas como Álvarez Jonte, Gaona, San Martín, Nazca, Segurola, o hasta de calles de dos cuadras como Crainqueville, y los pasajes que llevaban nombres de periódicos editados en las provincias argentinas. Su saber topográfico llegó a ser de tal envergadura que, ya anciana y desmemoriada en apariencia, sus nietos de edad adolescente la consultarían sobre direcciones y líneas de transporte sin que jamás perdieran el camino por causa de sus informaciones.

La existencia de los S se normalizaba con rapidez en la Argentina. Algunos nubarrones aparecieron a pesar de todo. El primero se presentó a finales de 1957 cuando, a pesar de los buenos ingresos de Raúl, el aumento de las cuotas del *collège* donde estudiaba Aurora representó una erogación inabordable. Aurora era una alumna fuera de lo común por lo que Cecilia calculó que el *collège* aceptaría becar a la jovencita. Craso error. La escuela de marras era una institución privada y sólo dependía del ministerio francés en cuanto a la convalidación final de los estudios. *Monsieur* Crespin, director-propietario del *collège*, permaneció irreductible. Chica masculló en silencio una maldición gitanorumana del tipo «que un diablo se cebe con su cuello y con su espalda para siempre», pero lo cierto es que, en marzo de 1958, Aurora comenzó su bachillerato en un liceo argentino del estado, el nº 12, Fray Mamerto Esquiú. Cecilia creyó en principio que aquello representaba una catástrofe educativa, porque la muchacha estudiaba poco y descollaba como siempre, indicio seguro de que la enseñanza argentina no podía compararse con los estándares franceses. Sin embargo, ocurría en realidad que había un cierto desfasaje temporal entre unos programas y los otros, lo que significaba que Aurora estuviera bastante adelantada en el aprendizaje e incorporación de muchos temas de matemática, historia y geografía. En cuanto a la materia «castellano», cuyas exigencias podían resultar mayores que sus equivalentes en el *collège*, la pasión por la literatura y el entrenamiento de Aurora en el régimen de disertaciones, de atención especial hacia el fondo y la forma, de sutilezas gramaticales que le había inculcado la escuela francesa sobre el propio francés, proporcionaron a la jovencita

buenas herramientas para una incorporación brillante de la lengua española y de sus grandes textos. Al fin de cuentas, al cabo de unos meses, Cecilia aceptó que el cambio de colegio podía considerarse un mal menor, incluso un bien relativo. El segundo nubarrón se alzó a comienzos del año 59. A Raúl, encargado de recibir, enviar y hasta redactar toda la correspondencia de la familia, llegó una carta de Bucarest escrita por sus cuñados, esposos de Beca y Ella S1, en la que se anunciaba la muerte de Susana D-S1. Chica supo la noticia de inmediato, sintió un dolor muy intenso pero decidió que su hermana Coca no estaba madura para recibirla todavía, de tal suerte que ella se hizo cargo sola del luto y así permanecía sentada en el suelo de su casa durante largas horas en penumbra. Pero, un día, Coca entró de improviso en lo de Cecilia, descubrió a su hermana en esa postura inequívoca y entonces se dio cuenta de que su madre había muerto. Aquello fue un mar de lágrimas, hasta que también llegó Raúl y se les sumó en la ceremonia. Cuando Aurora volvió a su casa por la tarde, se enteró del fallecimiento de la abuela, de los ritos que solían hacerse entre los judíos rumanos en casos parecidos; y, puesto que la chica debía de tener hambre, Coca y Cecilia dieron por terminado el luto y se pusieron a preparar la comida. El alma de Susana D-S1 comprendería seguramente que la vida continuaba fuerte y poderosa del otro lado del océano. Aunque, a decir verdad, es sabido que, para el judaísmo, interesa más la paz de espíritu de los vivos que de los muertos, pues si la primera está garantizada, va de suyo la segunda. Así que lo importante de aquella jornada fue que Coca y Chica calmaron su angustia y su devastadora nostalgia.

La fiesta de los 15 años de Aurora en septiembre de 1960 fue un momento de júbilo que se ve desbordar en las fotos de la familia y de los amigos durante el baile. La tía Coca, quien había viajado a Brasil debido a ciertos preparativos de los que enseguida se sabrá, puso su casa de la calle Camargo a disposición para el evento. Raúl se calzó un traje oscuro después de mucho tiempo, una camisa de seda y una de sus corbatas rutilantes de colores claros y citas tropicales. Emilica imitó a su tío y así aparece en las imágenes, haciéndose francamente el canchero, con pantalones largos y gemelos de oro en los puños de la camisa, una alhaja que le había prestado el mismo Raúl. Emilio quería mucho al marido de Chica, lo llamaba afectuosamente Bombi y se enzarzaba con él en partidos épicos de ajedrez de final incierto: si el chico ganaba el *match*, Bombi solía enojarse y llegaba al extremo de pegar a su

oponente. Algo de eso debió ocurrir en un momento de la fiesta de cumpleaños que estamos relatando, pues Emilio se escapó a la calle y su tío tuvo que correr tras él. «¿Qué tenés, loco?», gritaba el agitado Raúl. «¿Te pusiste celoso?» Aurora lució tacones altos y un vestido de… naturalmente, terciopelo azul marino, con un escote bastante audaz y falda tubo por primera vez en su vida, detalles de moda que Elvira impuso contra los deseos de polleras acampanadas y moños estilo Imperio de Chica. Cecilia fue, no obstante, el figurín francés y *mitteleuropeo* de la noche gracias a su vestido de amplios pliegues y cuello muy *évasé*. Resucitaban esplendores muy antiguos, claro que los clarines sonaban sobre un bajo continuo de ausencias y amores lejanos. Para colmo, los parientes de los Z iniciaron poco tiempo más tarde una migración lenta y sistemática hacia São Paulo, donde los negocios se les aparecían más prometedores que en Buenos Aires. El tío Solica fue uno de los primeros en partir y finalmente se llevó consigo a Coca y al bueno de Emilio, lo que provocó el desgarramiento consiguiente de Cecilia y de Aurora. Adella y su hijo abandonaron Buenos Aires a bordo del *Augustus*, un navío de la línea C, en diciembre de 1960. Emilio lloró sin parar en el trayecto hasta el puerto de Santos. La soledad de Chica se vislumbraba insoportable, de manera que Raúl comenzó a proyectar una migración nueva y última a Brasil. A pesar de su dolor por la partida de Emilio, la resistencia de Aurora, quien había comenzado el curso de ingreso a la carrera de medicina en la Universidad de Buenos Aires, resultó tan inesperada y tenaz (la joven amenazó con quedarse a vivir en Buenos Aires en casa del tío, quien se mostraba feliz ante la perspectiva) que los S resolvieron en bloque permanecer en la Argentina. Aurora había ganado una batalla definitiva a su madre porque, además, la decisión implicaba el reconocimiento de que la carrera de la muchacha iba en serio, sin vueltas atrás, contra la voluntad de Cecilia quien veía a su hija más bien como traductora pública y se oponía a un camino tan difícil para todo el mundo como el de la medicina. Claro que Chica no bajaba los brazos así nomás y entonces comenzó la gran era del cultivo de amistades rumanas que se habían anudado en los casi ocho años de experiencia argentina a partir de varios contactos resucitados de los tiempos del rey Carol. Por eso, es hora de considerar las historias de las amigas de Cecilia que forman un bello capítulo de este relato, colocado aquí porque Chica es el centro y sol en torno al cual giran estas personas: la luz de todas ellas nos llega a través de la mirada de nuestra Cecilia, se refracta en su

cerebro y en su corazón. Eran sus nombres: Marieta Br, Eka V, Frida Mensch A, Cornelia K, Floreta V, Reta P, Zita F y su madre Beca, Zizi W y también su madre, respetuosamente llamada *Madame* de Bry por el apellido de su segundo marido aún con vida en los años 70.

Cornelia era una herencia de Coca, madre de un tal Jerry, quien hizo las veces de su primo Emilio para Aurora y por eso fue que Chica aceptó semejante amistad tras la partida de los Z a São Paulo, a pesar de que la conducta de Jerry, un rubio algo extraño y afectado de una enfermedad rara, una ronquera de nacimiento, era un infierno del Dante. Cecilia siempre había considerado que Cornelia era una excéntrica furiosa porque, a pesar de que estaba muy lejos de ser una belleza, solía decir a quien quisiera escucharla que ella era más linda que Coca, sin que Cocutza, verdaderamente una mujer fantástica, dijera esta boca es mía a propósito de tal contienda. Más tarde se supo que la locura de Cornelia podía derivar en una tonta maldad. Sucedió que, cegada por la envidia, quiso ella vengarse de Coca y de su familia y envió cartas anónimas, manuscritas la muy orate, a la policía de São Paulo, para denunciar a los Z como traficantes de droga. La policía brasileña acudió al departamento de la Barão de Limeira, aun cuando supiese que aquello no era sino una sarta de calumnias. Solo y Coca pudieron ver decenas de cartas, escritas en mal español y con ortografía rumana. Al no resultar probado que ésa fuera la escritura autógrafa de Cornelia, el asunto no pasó a mayores y se archivó la denuncia. De todas maneras, el disgusto de los Z había sido mayúsculo. Al cabo de tres años, los K emigraron a los Estados Unidos. Sin embargo, los devaneos de Cornelia con la belleza tuvieron un eco y un refuerzo en Frida Mensch A, una amiga directa de Chica que vivía con su tercer o cuarto marido, un transilvano de cepa húngara, Tibor A, en La Plata. Siempre resultaba simpático ir a visitarlos. Raúl conocía algunas palabras de húngaro y la entonación general de esa lengua, elementos con los que componía una suerte de gramelot magiar que hacía descuajeringar de risa a Tibor. Por su lado, Frida entendía que su cuerpo resultaba tan atractivo para todos los hombres que casi no podía salir a la calle y menos aún viajar a Buenos Aires a retribuir la visita de Cecilia. Su *corp divin*, según ella misma declaraba, provocaba tumultos incontrolables en el tren y aglomeraciones de admiradores en los lugares públicos. Así fue llamada, Frida *corpdivin* A, por Aurora y alguna que otra amiga suya adolescente que adoraba participar de la peregrinación a La Plata para rendir culto a aquella Afrodita

llegada de Dacia, más allá de los Balcanes. Raúl no salía de su asombro y compadecía a Tibor de tener por esposa una *mishiguene* semejante, sin que ello hiciera mella en su buen carácter. En cuanto a Reta P, otra herencia de Coca, no tenía nada de particular, salvo su serenidad y la circunstancia algo estrafalaria de que su hijo Ilan hubiera nacido en Chipre, durante el tiempo en que los bondadosos de los ingleses internaban en indignas barracas en esa isla, posesión del Imperio británico, a los judíos que procuraban alcanzar Palestina antes de la creación del Estado de Israel. El halo de chipriota otorgaría siempre a Ilan una fascinación particular, tejida de exotismo y desventura, a los ojos de Aurora. Tampoco Zizi W presentaba facetas extrañas. Su hijo Danny estudiaba química y lograría destacarse más tarde como científico, factor que da pie para hacer constar una excentricidad de las muchas que tenía su abuela, *Madame* de Bry, a la que Raúl S besaba la mano con unción cada vez que se la topaba en los saraos de la comunidad. *Madame* de Bry solía rechazar invitaciones con el justificativo siguiente: «Tengo un té con mis intelectuales», siendo las «intelectuales» las madres o esposas de un contador, de un ingeniero o de un médico, vale decir, de profesionales universitarios, que en ello consistían para la dama los efluvios de la *intelligentsia*. Que Danny se recibiera de químico consolidó enormemente la situación de *Madame* de Bry en su grupo de té y, cuando Aurora se graduó de médica en 1969, Cecilia ingresó al círculo precedida por las mayores trompetas de la Fama. La anciana señora quedaría más tarde prendada del yerno de Chica, Gastón B, de quien decía que era un «sol hebreo» aunque el joven no fuese judío. «No es pero parece y merecería serlo», respondía apenas se le señalaba su error. Zita F era una señora afable, lo mismo que su madre Beca, ambas grandes fumadoras; sus voces se hicieron tan gruesas con el tiempo que, en el teléfono, Aurora solía tomarlas por el marido de Zita. Claudia F, hija del matrimonio, había nacido en la Argentina, primer retoño rioplatense de la comunidad entera. Tal vez ésa fuera la razón de que nunca presentase los extremos barrocos de personalidad que caracterizaban a los rumanos argentinizados, al contrario de su madre y de su abuela que contribuyeron a la mitología del grupo nada menos que con la fundación de una dinastía: un linaje perruno de pequineses, todos llamados *Piqui*, que superaron la media docena debido a una extraña circunstancia. Los *Piquis* eran alimentados a bife de lomo de calidad superior. Dado que aquella raza suele ser afecta a los caprichos de *prima donna*, a menudo el uno, el otro y cada

descendiente de la dinastía se rehusaban a comer la delicia que se les ofrecía. Entonces, Zita y Beca amenazaban al *Piqui* de turno con darle su pitanza a María, la mucama de la familia F. Por supuesto que un odio irrefrenable debió de crecer en el ánimo de la susodicha María. Y los *Piquis* morían siempre de formas espeluznantes: caían del balcón del octavo piso, eran aplastados por un camión con acoplado, se desbarrancaban por el hueco del ascensor. Misterioso y quizá merecido destino.

Floreta V y Eka V eran cuñadas. Eka estaba casada con Juan V, el hermano menor de Floreta. Ambas, mujeres de una inteligencia y de una sutileza fuera de lo común. Los otros tres hermanos, mayores, de Floreta habían sido periodistas de la prensa de izquierda en Rumanía, antes de la guerra. Eran de seguro intelectuales auténticos, con madres y mujeres más que dignas de tomar uno de los tés organizados por *Madame* de Bry. Habían combatido con la pluma y la espada el régimen de Antonescu, cuya policía los había aprehendido y torturado en más de una oportunidad. Por eso, cuando uno de ellos (imposible recordar cuál) encontró a uno de los torturadores en una reunión del partido comunista en 1948, lo denunció *in continenti* y recibió como respuesta «Camarada, los tomates verdes se vuelven rojos ni bien maduran», los varones V y Floreta decidieron abandonar Rumanía. [La historia de la partida de Floreta se encuentra en la biografía de **Nelly G**.] La mujer de Juan, Eka, acababa de dar a luz a Damián, de tal suerte que, al llegar el turno de su partida, Juan se fue solo, seguro de que en poco tiempo Eka y el bebé se reunirían con él. Sin embargo los padres de Eka, prendados de Damián, hicieron lo posible para retrasar la salida de la hija. De promesa en promesa, la mujer y el niño se quedaron hasta que Damián cumplió 13 años e hizo su *bar mitzvah*. Al llegar el permiso de emigración, la escuela donde asistía el muchacho organizó un acto muy singular para despedirlo. Alumnos y profesores fueron reunidos en el patio de juegos, Damián fue invitado a subir a una tarima y el director del establecimiento descargó una diatriba contra los «traidores» de la nación y del socialismo que, como el joven V, preferían abandonar la patria y la causa del proletariado universal para ir a reunirse con el padre, un pequeño burgués, desertor evidente. Dejando atrás esas condiciones, benignas si se piensa, con visión de futuro, que en Rumanía no gobernaba todavía Nicolás Ceaucescu, Eka y Damián viajaron a Israel y luego a la Argentina, donde Juan conoció realmente a su hijo después de trece años. A pesar de semejantes desgracias, Eka rehizo muy pronto su humor, pues

era mujer chispeante, y se convirtió en la mejor amiga de Cecilia. Cocinera admirable, anfitriona sin par, haría varios años más tarde las delicias de Gastón B cuando éste y Aurora, de novios o ya casados, iban a visitar la casa de los V. Eka desplegaba aquellos días hormas de queso *cheddar, gruyère, brie*, luego ristras de *Wurst kosher*, piezas enteras de pastrón, frascos de pepinitos agridulces. Gastón B, alarmado por el desborde de su barriga que se vislumbraba en el horizonte, se hacía el delicado y renuente, frente a lo que Eka decía: «Prueba, Gastón, que probar no es comer». Mientras Cecilia le martillaba su conocido retintín: «Gastón, no te hagas la virgen». Por otra parte, la primera hija de Aurora y su marido, Constanza B, cautivó a los V, sobre todo a Juan quien la consideró prácticamente una nieta. Juan murió poco después de que naciera su nieta de sangre, Pamela V, hija de Damián. Es inimaginable la medida del amor que Juan hubo de tener por esa criatura de su propia cepa, vista la devoción que había sentido hacia Constanza. Por suerte, Eka pudo disfrutar de Pamela varios años hasta que, anciana ya, pasó a descansar en el jardín de Abraham. En cuanto a Floreta, ella descolló en los negocios de lujo: tuvo una casa de carteras en la esquina de Maipú y Marcelo T. de Alvear, en el mismo solar en el que vivía Jorge Luis Borges. Es leyenda en la colectividad rumana judía que Floreta y Borges hablaron varias veces sobre el infortunio de los judíos en Europa durante el siglo XX.

Marieta Br fue la más joven de las amigas de Cecilia. Bella y elegante, una tristeza tenaz vela todavía sus ojos. Su marido, Carlitos Br, había nacido en la Argentina en 1919, de padre argentino y madre rumana. La señora regresó con Carlitos a su país por morriña, antes de la gran crisis del 29; allí quedaron atrapados madre e hijo debido al fascismo y la guerra. El señor Br había creado entretanto un imperio económico, una fábrica de productos derivados de las oleaginosas y del arroz, a unos pocos kilómetros al sur de Buenos Aires. Tanta era la potencia de la empresa que el ferrocarril instaló una estación dentro de la fábrica bautizada con el nombre del fundador de la familia, Aarón Br. A través de Israel, igual que cientos de judíos de Europa central, Carlitos pasó de Rumanía a la Argentina a comienzos de los años 50 y se encontró heredero de los establecimientos Br. En Haifa, Carlitos había conocido y contraído matrimonio con Marieta, viuda rumana joven emigrada junto a su madre, *Madame* M. Ya en la Argentina, los Br tuvieron dos hijos, Mónica y Adrián, quienes habrían de ser alumnos del Colegio Francés de Buenos Aires en una época en

la que esa escuela, sin *Monsieur* Crespin, se había convertido en un apéndice del sistema educativo de Francia. La grande y rica cultura francesa, en el campo de la literatura y de la ciencia, que Aurora había conservado a pesar de su cambio de escuela en 1958, la habilitó para convertirse en una suerte de institutriz de los niños, le permitió viajar en plenas vacaciones con la familia Br a Punta del Este y alojarse en el Hotel San Rafael. Cecilia veía así las maravillas de la más empingorotada prosperidad rioplatense a través de los ojos algo cándidos de su hija. Mas lo importante de aquellos sucesos fue que la amistad entre Chica y Marieta se consolidó rápidamente.

En el verano de 1964, la situación económica de los S en Buenos Aires y de los Z en São Paulo era tan firme que Cecilia y Aurora pudieron partir al Brasil en barco y quedarse allí, en casa de Coca, Solo y Emilio, durante dos meses y medio. Aunque extrañaba a su padre, quien había viajado a Mar del Plata para trabajar como fisioterapeuta de sus pacientes veraneantes, Aurora se sentía muy feliz yendo y viniendo con su primo entre el departamento paulista de los Z en la calle Barão de Limeira y una casa soñada, que se había alquilado en la playa de Guarujá para que los jóvenes de toda la familia se divirtieran en el mar. La joven S reanudó su fresca amistad con Liliana y Feli, muchachas del tronco Z quienes habían vivido en Buenos Aires. Fueron unos meses de vértigo adolescente y de alegría, absolutamente virginales como era lo usual en la América Latina de comienzos de los 60. Para confirmar ese ascetismo, una feliz intervención de Chica mantuvo las cosas en su lugar en el crucero marítimo de regreso a Buenos Aires. Cierto oficialito brasileño de la tripulación del barco posó sus ojos en la belleza de Aurora y, después de algunos escarceos ocurridos en los bailes de abordo, invitó a la joven a visitar Montevideo cuando la nave hiciera una escala de medio día en ese puerto. «Pero ¡cómo no!», dijo Cecilia cuando Aurora pidió a su madre la autorización debida. A la hora acordada con el galán, Chica se apareció bien dispuesta a compartir la excursión en la jornada montevideana que lucía radiante. Las S gozaron de la visita, verdaderamente: ambas, porque conocieron la bella Ciudad Vieja, el parque Rodó, la avenida marítima de Pocitos, el hotel de Carrasco; la madre, porque cumplió sin violencias sus deberes de custodia; la hija, porque se sintió aliviada frente a potenciales arrestos amorosos, imposibilitados entonces, del oficial seductor. En cuanto a éste, ignoramos cuál fue el temple de su fuero íntimo, pero su comportamiento exterior no pareció sólo resignado sino que lo mostró amable y gentil. «El hombre

marinero no se debe casar…», era la canción de moda que entonaba Nat King Cole en castellano en aquellos años.

Cuando Aurora ingresó a la Facultad de Medicina, empezaron a sucederse las incursiones de compañeros, nuevas y antiguas amigas de la muchacha que también estudiaban Medicina, festejantes, galanes y noviecitos. Cecilia fue siempre muy hospitalaria y simpática con todos ellos, de manera que ir a estudiar a la casa S solía ser algo atractivo, incluso deseado por las o los estudiantes del curso de Aurora. Chica preparaba tortas, bombones, sandwiches de pastrón y pepinitos, purés de garbanzos y berenjenas, un cúmulo de platos y sabores exóticos para los paladares mayoritariamente criollos de aquella juventud sana y bien alimentada, aunque siempre hambrienta. La atmósfera de amabilidad no reconocía diferencias de clase, raza o religión. Hasta los *goim* enamorados de su hija recibían un trato magnífico, pues es probable que los S ya se hubieran hecho entonces a la idea de que Aurora podría elegir a un cristiano para casarse. Ello no quita que, por supuesto, el favorito de Cecilia fuera Leo S, un buen chico judío que merodeó más de un año alrededor del departamento de la calle Valle. Aurora era tan buena alumna que sus profesores la consideraron casi una colega a partir del momento de su ingreso en la unidad hospitalaria de la cuarta cátedra en el Hospital de Clínicas. Así sucedió que la médica *in fieri* diagnosticó a su madre una litiasis vesicular, la hizo ver por uno de sus profesores, quien confirmó el cuadro y se ofreció él mismo a operar a Cecilia sin cobrar un centavo. De resultas de la intervención, Chica pasó a sentirse como de treinta, bajó varios kilos que le sobraban y organizó un ágape *mitteleuropeo* suntuoso para su cirujano. La noche del convite se comió tanto que el doctor estuvo a punto de arrepentirse de no haber querido cobrar honorarios. Tal cual acontecía siempre que se homenajeaba a invitados con una cena, después de los postres, Cecilia recordó que tenía todavía una tarta salada de queso en el horno y una *assiette de crudités* en la heladera. Poco faltó para que la comida recomenzase desde las entradas a la medianoche.

En diciembre de 1969, Aurora se recibió de médica. En mayo del año siguiente, fue la ceremonia de entrega del diploma a la que concurrió lo más granado de la colectividad rumana judía en la Argentina. Aurora era la primera persona de aquel grupo que había terminado una carrera universitaria de semejante envergadura. Raúl organizó una cena en el restaurante La Emiliana, un sitio muy paquete de la avenida Corrientes. Los G y los Br en pleno, los esposos V, Rita At y

Silvia Bsch, amigas de Aurora, y el profesor B con su mujer estuvieron allí [véase **José Emilio B-B2** y **Leonor B1-B**]. Ese profesor era el favorito de Aurora, y él la quería como a una hija, admirado ante su espontaneidad y su cultura francesa [respecto de la francofilia del profesor B, véase **José Emilio B-B2**]. Chica sentía que ése era uno de los momentos más altos y plenos de su vida. Pero el año 70 le deparó otras emociones que, casi todas, se vieron coronadas por la alegría. En agosto, llegó por sorpresa a Buenos Aires el hijo de Lola S-A, Marian A, quien fascinó a Cecilia con los chisporroteos de su juventud, la historia de sus viajes y los relatos de la familia parisiense. Cecilia le retribuyó con una hospitalidad y una cocina dignas de un príncipe. El arribo y la estancia de Marian en Buenos Aires pusieron en marcha toda la perspicacia del visitante quien, merced a una serie de intervenciones hábiles, apresuró un proceso romántico que él supo percibir antes que cualquier otra persona: el 1º de septiembre de 1970, a los treinta y siete años exactos del casamiento de Chica y Raúl en Haifa, Aurora se puso de novia con el hijo del profesor B, Gastón. Si no hubiese tenido una confianza ilimitada en su hija, Cecilia se habría sentido muy angustiada frente a la perspectiva compleja de una relación insegura (el tal Gastón no era ningún prodigio de madurez), algo apresurada, que, en caso de fracasar, podía crear tensiones entre la joven médica y el suegro potencial, uno de los barones de la medicina argentina. Tales riesgos minimizaban el otro problema del vínculo, que consistía en la introducción de un *goi* en la familia, por primera vez en toda la historia de los linajes S y S1. Se recordará que Aurora ya había tenido festejantes no judíos y eso nunca había significado la más mínima preocupación para Cecilia. El punto fue que, el 30 de diciembre de 1970, Aurora y Gastón se casaron sin más rodeos y partieron a la Patagonia en luna de miel. Chica tuvo poco tiempo para encargar a Elvira y cuidar la ejecución de los vestidos, el propio y el de su hija, que realzaran la belleza centroeuropea de aquellas mujeres. No obstante, hubo un éxito completo en ese plano. Cecilia sólo se largó a llorar cuando volvió a su casa desde el registro civil y vio partir en auto a los recién casados. Lloraba por muchas cosas pero, sobre todo, porque no vería a Aurora durante el largo mes que duraría el viaje de bodas. Y una ausencia tan larga le recordó los tiempos infortunados del preventorio de Antibes, extraño fenómeno de los nubarrones tenaces que oscurecen los días más soleados de la existencia en las personas maduras, memoriosas e inteligentes.

La nueva alianza introdujo a una persona inesperada en la existencia de Cecilia: **Leonor B1** [véase el artículo correspondiente a esta voz], mujer del profesor B según queda dicho, madre de Gastón B y, por ende, suegra de Aurora. *Goie* convencida y practicante, criolla de diez generaciones por lo menos, todo parecía predispuesto para el conflicto. Sin embargo, por una vez, las cosas sucedieron exactamente al revés del pesimismo usual de las previsiones, porque Leonor agregaba a una educación esmerada, la que solía dar el sistema escolar argentino antes de 1950, la índole de un espíritu delicado y discreto. La reserva activa respecto del mundo íntimo de los otros era el temple dominante en el corazón de aquella mujer, vale decir, el recato de no decir cosas que pudieran herir sin razón al prójimo o emponzoñar un futuro que quizá guardase la posibilidad misteriosa de una colaboración estrecha entre seres dispares y antagónicos, sumado al despliegue cotidiano de una acción comprometida en el bienestar debido a la dignidad de los otros, en las pequeñas cosas de sus vidas cotidianas y en cualquier contribución posible a sus proyectos o sueños de largo alcance. La educación criolla de Leonor comenzaba por manifestarse siempre en una etapa de silencio aparente, en un gesto de no intervención en la intimidad ajena, pero se completaba de inmediato en un hacer cosas concretas por los ideales que Leonor juzgaba como los más altos y enaltecedores de las personas con quienes ella se relacionaba de mil maneras distintas o a través de todos los vínculos imaginados de una sociedad moderna: el lazo que la unía a su marido, el que la ataba a sus hijos, a los amigos de unos y otros, a sus hermanos, a sus múltiples primos, a los pacientes del doctor B, a toda la parentela, a quienes trabajaban en su casa, a quienes ella compraba bienes y servicios, a los que el azar ponía en su camino. Leonor empezaba siendo María y terminaba siendo Marta. Chicuaia la captó en sólo unos pocos días, probablemente antes mismo de que se celebrasen las nupcias. Lo cierto es que, a partir de aquel tiempo, Cecilia y Raúl sintieron que recuperaban a todas las chicas S1 y a todos los muchachos S en la figura, el alma y la entrega de la dicha Leonor. Raúl proclamaba, al cabo de un tiempo, haber encontrado en su consuegra la hermana de sangre que nunca había tenido.

No pasaron tres semanas del regreso del viaje de bodas que Aurora anunció su primer embarazo. Cecilia se escandalizó al principio, que un vástago llegase tan velozmente al nuevo matrimonio, que su hija pareciese una tonta ingenua al no

tomar sus precauciones, que los dos jóvenes se mostraran irresponsables por igual, que se hubiera necesitado un tiempo más largo de adaptación mutua y otras mil razones. Pero Leonor se mostró serena y hasta algo exultante, lo que resultó un factor decisivo para que Chica hiciera un viraje decisivo de humor y se pusiese a tejer ropa blanca y amarilla por cuanto, en los tiempos remotos de principios de la década del 70, habría sido costosísimo y riesgoso el ponerse a averiguar el sexo del crío futuro mediante una extracción del líquido amniótico. A mediados de marzo de 1971, Cecilia había aceptado la perspectiva de ser abuela con felicidad y entusiasmo. El suceso acaeció, por fin, el 14 de octubre de 1971, día del nacimiento de la niña Mariana Constanza B, una miniatura de dos kilos y seiscientos gramos que parecía una muñequita de carne y hueso. La rumanidad pertinaz de Cecilia le indicó que lo más adecuado sería colocar, ya en el sanatorio, cintas rojas en los barrotes de la cuna de Constanza para evitar cualquier embate del mal de ojo. Gastón descubrió la maniobra y procedió, en nombre del iluminismo que profesaba, a desanudar uno por uno los moños de la superstición. Por supuesto, Cecilia detectó a su vez las veleidades volterianas del yerno y volvió a la carga de manera tal que resultase difícil descubrir los dispositivos apotropaicos: las cintas se multiplicaron por debajo del colchón de la cuna, atadas a los tirantes del elástico. Aquella sería una lucha sin tregua que habría de durar años, con metamorfosis de los conjuros del mal de ojo, inspecciones sistemáticas de la censura ilustrada, apelaciones a la maldad omnipresente de los hombres, himnos a la luz de la razón y otros episodios. El enfrentamiento sólo se diluyó cuando Gastón leyó a Aby Warburg, Ernesto De Martino, Frances Yates y otros autores interesados en la historia de la magia y aprendió de ellos que la recurrencia de las prácticas y creencias mágicas suele ser el refugio último de una humanidad cercada por la devastación que dejan tras de sí las crisis de los grandes sistemas socioculturales o los dolores de las modernizaciones forzosas. El muchacho hubiera sido incapaz de averiguar esas cosas por fuera de los libros y las teorías. Así fue como, alrededor de 1980-81, el joven B ya no tan joven reconoció que las operaciones con los moños rojos significaban un gran bien para Cecilia, en primer lugar, y para el resto de la familia de consuno, pues en esos talismanes residía la *Ur*-fuerza, el umbral definitivo de la seguridad imaginaria o semiótica, según qué horizonte de intelectuales se eligiera, si antropólogos culturales o lingüistas, para el colectivo

ensanchado de los B-S. Después de aquella fecha, Gastón no interfirió nunca más en el mundo de las ironías mágicas de Cecilia. De todos modos, las relaciones magia-religión serían siempre muy problemáticas en aquella familia. Los entrecruzamientos de las creencias resultarían estrafalarios, incoherentes, pues, por un lado, Gastón y su hija Constanza se mostrarían proclives al catolicismo, el uno a conservarlo, la otra a adquirirlo, al mismo tiempo que ambos rechazarían cualquier concesión a las prácticas que ellos mismos llamaban «supersticiosas», por ejemplo, el despliegue universal de cintas rojas con el fin de precaverse de las miradas fuertes, la precaución de no dejar dinero sobre la cama para evitar que «la riqueza se durmiese» y demás cosas por el estilo. Aurora y su hijo Lucio, en cambio, harían amagues de incredulidad, incluso de agnosticismo religioso el último, con un cierto desparpajo digno del libertinismo erudito, pero simultáneamente creerían en la efectividad misteriosa de gestos y precauciones hechiceriles. «¡Para eso dispone Aurora de una religión de tres mil años y puede Lucio elegir entre ésa misma y una segunda de dos mil!», comentaría el campeón contradictorio de las Luces que fue Gastón.

Pero volvamos a Cecilia abuela: un nuevo estado, novísimo por cierto, introdujo en la vida de nuestra biografiada un aluvión de experiencias desconocidas. Chica pensaba que, a su edad y con sus aventuras a caballo de tres continentes, dos guerras mundiales, tres o cuatro emigraciones, según se contabilizasen los desplazamientos de los S, nada inédito, ningún conglomerado emocional ignoto podría ya sacudir su alma. No obstante, la condición de abuela significó para ella algo tan radicalmente distinto e inesperado como la tormenta de la adolescencia, aunque de seguro más feliz que aquella etapa lejana. Porque, sobre todo, el compromiso de Cecilia en el cuidado y la crianza de Constanza fue grandísimo. Dado que, al mes y medio del parto, Aurora hubo de reintegrarse a su trabajo en el internado del Hospital de Clínicas, la recién nacida era transportada un día a la casa de los S y el siguiente a la casa de los B, salvo sábados y domingos si acaso Aurora no estaba ocupada con las guardias médicas. De tal suerte que Cecilia, Leonor y Aurora se repartieron casi por partes iguales la rutina y las atenciones de la alimentación, el vestido, el cambio de pañales, el baño y las adquisiciones socioculturales de Constanza. Y aunque Cecilia terminaba bastante cansada los días en que tenía la beba a su cargo, la idea de ser resorte y factor fundamental en la educación de su nieta la transportaba

a una situación exultante ya vivida durante su maternidad, si bien más tranquila y distendida esta vez, porque ha de recordarse que la llegada de Aurora al mundo había coincidido con el fin de la guerra y la implantación del comunismo en Rumanía. Y si en la Argentina de comienzos de los 70 había ciertos nubarrones inquietantes, un clima de intolerancia y una violencia política crecientes, ninguna de esas amenazas había afectado directamente a los S ni ellos podían pensar que la historia grande derivara en poco tiempo hacia algún cataclismo social que involucrase a la familia. De manera que Cecilia transcurría con tranquilidad y alegría aquel tramo de su existencia. Su devoción cotidiana hacia Constanza se interrumpió apenas para dar lugar a un asunto también placentero, un viaje de descanso junto a Raúl a la casa de Coca en Brasil, en agosto de 1972. Los S pensaban quedarse un mes en São Paulo pero la nostalgia por Constanza hizo que regresaran a Buenos Aires al cabo de veinte días. Un episodio insólito, relicto de los tiempos de la guerra, ocurrió al cabo de unas semanas.

Raúl empezó a sufrir una fiebre persistente, que le hacía perder fuerzas y lo postraba por las tardes. El hombre logró mantener el trabajo de las mañanas pero, en la segunda semana del síndrome febril, ya casi no pudo abandonar la cama. Leonor seguía de cerca la evolución del malestar de su consuegro y así, antes de que hubiera pasado demasiado tiempo y ante un llamado telefónico alarmante de Cecilia, se presentó con su Citroën dos caballos en casa de los S, montó a Cecilia y a Raúl en el auto y puso proa al Hospital de Clínicas sin aviso previo (Constanza había quedado al cuidado de Pocha Q en la casa de los B en la avenida La Plata). Una vez en el hospital, en la sala que dirigía su marido, el ya mentado profesor B, Leonor consiguió que Raúl quedase internado y que un buen equipo médico tomara a su cargo el caso. Comenzó entonces una caza prolongada y semiológica al mal que había erosionado inopinadamente la salud del siempre rebosante Raúl. Se buscó primero un origen infeccioso sin dar con el foco, se pasó luego a los diagnósticos tumorales y se investigó la presencia posible de un linfoma, de un cáncer gástrico o de un cáncer de próstata mediante pruebas, análisis, prospecciones con sustancias de contraste radiológico e infiltraciones, que torturaron al pobre señor S durante dos meses eternos. Hasta que una tarde, la joven Angélica M, residente de la sala del doctor B que se encontraba de guardia, una de las médicas más inteligentes de aquel grupo, resolvió preguntar a Raúl si no se le ocurría qué

enfermedad lo aquejaba, a partir de síntomas que hubiese podido padecer alguna vez en Rumanía, Israel o Francia. Raúl contestó de inmediato que todo el episodio le recordaba el paludismo que lo había aquejado en el año 34 en Palestina. Así que la doctora Angélica tomó la decisión heroica de suministrar medicación antipalúdica al enfermo. A los tres días, la fiebre había desaparecido y Raúl se sentía vigoroso. El profesor B no daba crédito a lo que pasaba; elaboró la hipótesis de que un mosquito debió de haber picado al señor S en Brasil y reactivado el proceso de un paludismo siempre latente. Cuando vio que Raúl era capaz de hacer de nuevo la horizontal, como siempre se jactaba de hacerla, el profesor B dio de alta al paciente. Cecilia estaba tan exhausta con el trajín del hospital y la angustia de incertidumbre generada por la fiebre de su marido que se consideró de vacaciones genuinas cuando Constanza fue instalada en su casa, un día sí y un día no, mientras Aurora cumplía con su propia residencia médica. Gastón, entretanto, había asistido y tomado nota de cómo los recuerdos de tribulaciones históricas lejanas son capaces de exhibir sus huellas en las explosiones de un solo cuerpo humano.

La racha de enfermedades no cesó, por desgracia. Cecilia empezó a sentir mareos, vahídos y, al cruzar una tarde de verano la avenida Colón en Mar del Plata, rodó por el suelo con gran alarma de Raúl, Aurora, Gastón y la pequeña Constanza, quien no pasaba aún de los 2 años y medio pero sufrió un *shock* fortísimo al ver desplomarse a su abuela en el medio de una calle repleta de autos y de gente. El diagnóstico llegó certero, sin necesidad de investigaciones como las que habían amargado largas jornadas de los S a propósito del brote palúdico de Raúl. Se trataba de una lesión de origen infeccioso remoto en el oído interno de Cecilia, que se había propagado al hueso temporal. Era necesario realizar una cirugía que removiese todos los tejidos afectados y restableciese las funciones del oído interno vinculadas con el equilibrio. La operación se planificó para abril de 1974. Pero he aquí que una migración sorpresiva se entrecruzó con los dolores de Chica. En el verano del 74, Aurora y Gastón recibieron buenas ofertas de trabajo en la Tierra del Fuego, propuestas que el joven matrimonio aceptó enseguida. Cecilia debió de figurarse que, al modo de una maldición bíblica recurrente, el suelo volvía a moverse bajo sus pies. Y fue otra vez Leonor la persona que aportó un juicio calmo sobre el asunto, tan delirante en apariencia: Leonor hizo a ver a los S hasta qué punto la situación política de la

Argentina había comenzado a infiltrarse en la vida cotidiana de todos ellos con efectos potencialmente destructivos. La universidad se había convertido en un campo violento de la batalla ideológica y allí se desarrollaban precisamente las carreras de Aurora (en el hospital universitario) y de Gastón (en la Facultad de Filosofía y Letras). Una incursión en la Tierra del Fuego para ir a trabajar sobre cuestiones concretas de ejercicio profesional y docente, por más que pareciese un experimento algo tirado de los pelos, terminaría por alejar a la pareja del vórtice amenazador de la política en Buenos Aires. Es probable que, además, Leonor intuyese que el compromiso de su otro hijo, **Luis Martín B** [véase la voz correspondiente], con la izquierda revolucionaria acentuaría el riesgo de una catástrofe particular y colectiva, la que por fin aconteció de verdad en el año trágico de 1976. Sea de ello lo que fuere, Cecilia terminó por convencerse de que la crisis argentina era seria, de que el proyecto de Tierra del Fuego encerraba grandes posibilidades de paz y progreso para los B-S, de que sería necesario resignarse a la lejanía de su hija y de su nieta, de que había que estar en buena forma para acometer viajes frecuentes a Ushuaia, *the uttermost part of the earth*, tal cual rezaba el título de un libro fascinante sobre la historia y la antropología de la región fueguina, escrito por Lucas Bridges, el primer hombre blanco nacido en aquella isla a finales del siglo XIX. El 4 de marzo de 1974, Gastón tomó un avión por primera vez en su vida e inició el proceso de la mudanza de los B-S a Ushuaia. A pesar de su ausencia, Aurora asumió la operación de su madre en abril, como estaba previsto, acompañó la recuperación, rapidísima por cierto, lo que vino a demostrar la salud robusta de Cecilia a sus 62 años, y partió ella misma a la Tierra del Fuego, junto a su hija Constanza, a mediados de mayo. Ni la copa misteriosa de la sesión espiritista en el refugio de Bucarest había predicho la etapa insólita de exploraciones, en el sitio más recóndito del planeta, que se abría para Cecilia durante seis años.

La primera ocasión que Chica tuvo para viajar a Ushuaia se presentó muy pronto, pues Aurora, quizás con el fin de que todo el trámite de la mudanza no resultase demasiado sencillo, se había trasladado a la isla ya embarazada del segundo hijo de la pareja. El parto estaba previsto que adviniese a fines de septiembre, de manera que Cecilia estuvo instalada en Ushuaia a partir de mediados del mes. Leonor, quien había pasado fugazmente en julio por la Tierra del Fuego para ayudar a su nuera en los primeros arreglos de la casa (cortinas, colchas,

ordenamiento de los enseres de la cocina y del baño), no se privó de instruir a su hijo en términos perentorios: «La señora S, dijo Leonor, hace un gran sacrificio al venir aquí y auxiliarlos con Constanza y la casa durante los primeros quince días desde el nacimiento del nuevo chico que ustedes traen al mundo. Atendela a cuerpo de reina como se merece y ni se te ocurra hacer ninguno de tus desplantes o planteos habituales sobre las costumbres o disciplinas particulares de tu casa. Mientras ella esté aquí, los usos serán los que la señora determine y le gusten, sin importar tus deseos, que suelen ser impertinentes». Gastón no replicó palabra, anotó lo dicho por su madre en su cerebro siempre cargado de quimeras y cumplió a rajatabla como el muchacho todavía en barbecho que era. Cecilia recibió el tratamiento de una princesa destronada en un exilio dorado, antes y después del nacimiento de Lucio Adrián, hecho que se produjo en Ushuaia el 26 de septiembre de 1974, un día de Yom Kippur. Puesto que Cecilia había hecho una buena amistad con los comerciantes correligionarios suyos para esa fecha, con sólo diez días de estancia y paseos por los principales negocios de la calle comercial de Ushuaia, un puerto libre en aquel tiempo donde era posible encontrar mercaderías exóticas, caras y baratas, de las cuatro partes de la tierra, la colectividad judía restringidísima de la ciudad «más austral del globo» recibió con algarabía al varón B-S, nacido un Día del Perdón y, por lo tanto, sobrenaturalmente determinado a las dignidades y sabidurías más altas del rabinato. La simpatía de Cecilia, su contento asentado en la llegada del nuevo nieto y en la recepción brindada por el yerno y, más que el dinero que gastaba, que no era demasiado, su dominio inigualable del arte del regateo, la convirtieron en una VIP de todas las tiendas, sobre todo de la de *Monsieur* Charles Bg, mercader de alto coturno natural de Aleppo. *Monsieur* Charles se sentía halagado por las visitas de la madre de Aurora, la hacía sentar y la convidaba con una taza grande de café turco antes del comienzo de las hostilidades comerciales. «¿Qué telas tienes, Charles, como para un vestido de fiesta que pueda usar yo en Brasil?» *Monsieur* bajaba del sexto cielo cuatro o cinco cortes que encandilaban a Cecilia aunque ésta se cuidaba muy mucho de manifestar ninguna emoción particular, examinaba las telas con aire displicente y volvía a preguntar: «¿A cuánto vendes el metro de ésta?». «A doscientos pesos.» «Aj, déjame en paz, Charles, no tienes vergüenza, vengo de la tienda de al lado y está allí a mitad de precio. Ni tomo tu café y ya me voy de esta barraca.» Cecilia se dirigía a la salida, abría la puerta y dejaba

entrar un cierzo helado en el negocio. Charles corría a alcanzarla y la tironeaba amablemente del brazo para llevarla nuevamente junto al café y a la calefacción. «Eso es lo que cuesta para la gente de afuera, pero ¿quién dijo que no te haría un precio especial?» (Todo el mundo se tuteaba en esas circunstancias.) «Bueno, tienes que dejármelo a menos de la mitad si quieres que me lleve un trapo, un *shmote* semejante.» «Noventa y ocho pesos, ¿te parece bien, entonces?» «Digamos noventa y cinco.» «Trato hecho, mi querida señora, tómese tranquila una segunda taza con este locum.» Las jerarquías corteses quedaban desigualmente restablecidas después de la contienda. «Aj, total, que ganas líquido, líquido, por lo menos ochenta y cinco pesos con mi compra.»

De aquella visita primera a Ushuaia en adelante, el ritual mercantil de Cecilia se repetiría religiosamente con variaciones dignas de una musicalización encargada a Beethoven y haría de Chica un personaje popular en el distrito comercial de la ciudad. Pero, claro, hubo otro horizonte en el que la presencia de la señora S no resultó tan festejada. En ocasión del nacimiento de Lucio, cuando Aurora estaba aún en el hospital, se produjo un fugaz encontronazo entre Cecilia y la muchacha chilena de turno que trabajaba en la casa de su hija, un chisporroteo que no pasó a mayores gracias a una intervención pacificadora de Gastón. Desde entonces, dos veces por año, Chica desembarcaba en Ushuaia para ver a su hija, a sus nietos, al yerno a quien quería de más en más a pesar de las diferencias naturales que la relación suegra-yerno impone de por sí, y a los amigos de los B-S que fueron transformándose en sus propios amigos. Con Nieves H, por ejemplo, el encandilamiento mutuo fue de tal grado que Cecilia profetizaba sin pausa: «Nieves, tú vas a ser gobernadora de Tierra del Fuego porque te lo mereces, tienes el carácter para serlo y has nacido aquí». Con las muchachas del servicio, no obstante, las relaciones eran muy distintas. «Iris (que así se llamaba una de sus víctimas, testigo de Jehová ella, para colmo, a la que Gastón tuvo que pedirle que se fuera cuando descubrió que predicaba a Constanza las ventajas de una conversión a sus creencias milenaristas), Iris, ayúdame con esto, tráeme aquello, ve a comprar tal cosa, presta atención.» «¿Por qué será que, cada vez que nos visita mi mamá, se nos va la *shickse*?», se preguntaba Aurora. Puesto que su nieta Constanza la llamaba «Meme» y siempre hablaba de ella dondequiera que fuese, Cecilia empezó a ser conocida bajo ese nuevo nombre en toda Ushuaia, una identidad que se consolidó más allá de la Tierra

del Fuego. Meme la llamaron a partir de entonces las amistades de los B-S por largos años y hasta su muerte en 2003, a punto tal que cabría colocar ese apelativo inventado por Constanza en la secuencia verdadera de los nombres de Cecilia-Chica, en mejor posición que el Sipora que le había sido conferido por el Estado de Israel en 1950. La nueva mujer que así plasmaron una niñita y el abuelazgo fue más real, fuerte y persistente que la nueva mujer que procuró imponer la política.

Pues bien, Meme se encontraba tan a gusto cada vez que iba a Ushuaia, sobre todo después de que los B-S se mudaran a una casa más grande y cómoda en la última calle del pueblo, que, en agosto de 1978, invitó a su hermana Coca del Brasil a acompañarla en una de sus visitas. Gastón pensó que llegaba el apocalipsis, pero recordó las recomendaciones de su madre Leonor, hechas cuatro años antes con tal fuerza que todavía lo intimidaban y funcionaban para él como si se tratase del undécimo mandamiento. De tal modo, se empeñó en ser gentil y recibir a Chica y a Cocutza con tratamiento de reinas. Para su sorpresa, la estancia de quince días de las hermanas S1 resultó una maravilla, cosa que él atribuyó a la gracia inconmensurable de la tía Coca, pero que -más tarde habría de reconocerlo- debió también mucho a la inteligencia y a la chispa de Cecilia. A media cuadra de la casa B-S vivía un médico coetáneo de las señoras S1, el doctor Luis Mdy, pediatra, natural de La Plata, un hombre fuera de serie por su generosidad y el tenor de sus excentricidades, quien había cedido el uso de su consultorio a Aurora los días que ella necesitase para atender a sus pacientes. Luisito, que así lo llamaban cariñosamente sus colegas, era radioaficionado y había salvado varias vidas de navegantes en repetidas oportunidades, al recoger y retransmitir SOS de embarcaciones en peligro en puntos muy alejados de todo el litoral americano del Atlántico Sur, desde las costas de Brasil hasta los canales fueguinos. A menudo, él mismo resolvía ciertas urgencias médicas de Aurora, como aquel día en que se presentó una joven pechugona en el consultorio y Aurora no estaba. «Ay, doctor, ¿Aurora no está? Porque tengo una urgencia.» «Bueno, m'hija, si tenés una urgencia, no olvides que soy médico y puedo darte una mano antes de que llegue tu ginecóloga.» «Estoy desesperada, tengo las tetas calientes.» «Pero eso es facilísimo de diagnosticar y solucionar. Visto que yo siempre tengo las manos frías, ponemos mis manos sobre tus tetas, yo me caliento las manos, vos te enfrías las tetas y despachamos el asunto.» Tita, la esposa del doctor Mdy, una mujer cuyo encanto era directamente proporcional a la loca

bondad del marido, seguía viviendo en La Plata e iba a visitar a su querido Luis con frecuencia. Sin embargo, el caballero juzgaba exigua esa compañía femenina y, por consiguiente, se mostró encantado de la cercanía física y social de las S1 en la casa de Aurora. Por las mañanas, a eso de las 11, aparecía Luisito en la puerta y preguntaba: «Chicas, ¿no quieren que las lleve en auto al centro?». Las pebetas ya se encontraban emperifolladas y allá partían, a recorrer los negocios de la calle San Martín y a tomar café en el Hotel Albatros. Un domingo, Gastón decidió llevarlas por su cuenta a dar una vuelta en auto al parque nacional de Lapataia, para que viesen los bosques nevados y recordaran las vacaciones invernales que ambas habían pasado en Transilvania en sus juventudes. Constanza se sumó enseguida a la excursión. Gastón se entusiasmó demasiado con el paseo y se metió en un desvío para mostrar a la compañía una cascada congelada. El auto no tenía cadenas; un planchón de hielo lo hizo resbalar sin control hasta el borde del camino. Gastón simuló un control perfecto de la situación, pero pronto percibió que era mejor no intentar siquiera mover el vehículo debido al riesgo de que se despeñase a través de un precipicio no muy alto, de donde había quedado casi colgando. Dispuso así el abandono ordenado de la nave, de manera que las S1 hubieron de bajar y caminar con cuidado sobre el hielo. Gastón cargó a Constanza y guió al grupo hasta el camino principal. Por suerte, aún era de día, todo el mundo llevaba botas buenas y se encontraba bien abrigado, porque transcurrieron diez minutos eternos hasta que un automóvil pasó por el camino principal y cargó a las señoras y a Constanza para devolverlas a la casa. Gastón permaneció *in situ*, a la espera del auxilio mecánico. Menos mal, cuando llegó de regreso con el remolque, Aurora había calmado su furia por la imprudencia del marido, a pesar de que Coca decía haberse divertido y sentido muy joven durante el accidente, mientras que Chica se deleitaba hilvanando maldiciones en rumano contra la cabeza del yerno: «Déjame en paz, que un diablo lo acose y le muerda la espalda», «Que un fuego arda sobre él» y demás lindezas por el estilo. De resultas del sobresalto, Coca comenzó a sufrir dolores extraños: «Una puntada que me entra por la planta del pie, donde tomé frío, me sube por la pierna, penetra en el vientre, sigue por el estómago hasta que pasa al corazón y luego continúa a través del cuello y sale por el oído, ¿qué tengo, Aurorica?». «Jamás estudié nada parecido en la Facultad de Medicina», replicaba Aurora. «Llévame entonces a ese doctor cirujano, amigo tuyo, más buen mozo que un sol,

que él seguramente sabe qué tengo.» Gastón fue delegado *in continenti* para llevar a Cocutza al hospital donde el doctor cirujano la vio con una paciencia ilimitada y le recetó un analgésico. En menos de cinco minutos, Coca no tenía ni la más leve molestia. El milagro la convenció de que era necesario disponer todos los arreglos posibles para que Solica, su marido, se hiciese operar de la hernia no en São Paulo, qué disparate, sino en Ushuaia con ese médico simpático, más hermoso que *Fat-Frumos*. Cuando las S se dispusieron a regresar al norte, a Buenos Aires Cecilia, al Brasil su hermana, Coca se despidió con un lamento: «Aj, Aurorica, cómo me voy a aburrir en São Paulo, que allí no pasa nada de nada y, en cambio, en Ushuaia pasa de todo, y no dejes de contarme a quién se parece finalmente, cuando nazca, la criatura de la profesora de quien se dice que ha puesto unos buenos cuernos a su marido». Más tristeza que Coca debieron de sentir los obreros de una gamela vecina a la casa de los B-S quienes iban, todas las madrugadas, a trabajar al barrio de las doscientas viviendas en construcción en los aledaños. Coca los veía pasar desde la ventana de la cocina y los saludaba porque les descubría en el andar y en las caras oscuras una melancolía infinita. Al segundo día del saludo, los hombres se detenían de a grupos y contestaban a los gestos de la señora a quien veían como una aparición, un sueño, una especie de hada. Por las tardes, poco antes de la sirena de las cinco en las doscientas viviendas, Coca se arreglaba, se quitaba el delantal y se ponía a mirar por la ventana de la cocina para reiterar sus saludos a los obreros de regreso a la gamela. Nadie supo jamás cómo hicieron los trabajadores para averiguar que se trataba de una tía de la dueña de casa, de paso por Ushuaia desde la calidez exótica y lujoriosa del Brasil, que su nombre era Coca y que había sido siempre famosa por su belleza, tanta que (según puede leerse en **Adella S1-Z**) el jefe de la guardia real en un reino de Europa central había sido su prometido hasta que una revolución absurda de palacio le tronchó la vida. Fue una lástima que Cecilia y Coca, no obstante las promesas y arrebatos de la despedida, nunca regresaran a Ushuaia.

La historia de Leonor B1-B [véase la voz correspondiente] precipitó a todos los B-S en una tragedia. Sintéticamente en este artículo, digamos que la desaparición del hermano de Gastón e hijo de Leonor, **Luis Martín B** [véase la voz correspondiente], en julio de 1976 parece haber tenido ecos devastadores en la salud de su madre. A comienzos de 1978, Leonor fue operada de un cáncer de pelvis renal que, el 5 de abril de 1979, a pesar de todos los esfuerzos médicos por conjurarlo, le produjo la

muerte a los 58 años de edad. Cecilia y Raúl sufrieron ese golpe de una manera tanto o más dolorosa que la noticia de la desaparición de Aurelio S en combate o la de la muerte de Bernardo S de tristeza y culpa por el destino de su esposa Ketty [ver **Aurelio S** y **Bernardo S**]. Recordemos además que, en 1979, todas las hermanas S1 gozaban de buena salud. Los S sintieron entonces que un fundamento sólido de su pertenencia a la Argentina se había derrumbado. Raúl lloró amargamente y Cecilia, *come scoglio*, estuvo sin embargo a punto de hacerlo. Lo peor del caso fue que, al sentir que el fallecimiento de su madre cerraba no sólo el capítulo de esa existencia sino que también lo hacía en buena medida con la situación desgarradora y absurda de la desaparición de su hermano, aun cuando en el fondo no se trataba sino de una postergación de sus efectos interminables, Gastón concretó antiguas intenciones de irse a Europa con una beca de estudios y resolvió abandonar la Tierra del Fuego y la Argentina, por un tiempo cuya conclusión quedaría abierta, a partir de octubre de 1979. De hecho, Aurora y Gastón renunciaron a sus cargos en la medicina y en la enseñanza fueguinas, embalaron todas sus cosas y las enviaron a la casa paterna de los B en Buenos Aires, alquilaron su propia casa en Ushuaia y, el 28 de octubre de aquel año, partieron rumbo a Florencia, Italia. A todo esto, ni corta ni perezosa, Cecilia también tomó una resolución dramática: ella y su marido viajaron a Israel y a Europa a visitar a las hermanas S1, las que se habían diseminado por el Viejo Mundo entre 1950 y la muerte de Susana D-S1: Lola en Francia, Beca y Ella en Israel. Lo hicieron de tal suerte que su excursión debía coincidir con la llegada de los B-S a Italia. Los S se ahorraron así los dolores de la despedida en Buenos Aires y, además, Chica pudo acudir desde París a Florencia para asistir a su hija, a su yerno y a los pequeños Constanza y Lucio en la nueva mudanza. Durante todo el mes de octubre, Cecilia y su marido permanecieron en Israel, entre Haifa, donde vivía Beca S1-T, y Tel Aviv, donde se encontraban Ella S1-F y su familia. Cuánta hubo de ser la alegría de Chica, cuántas las historias para contar (si bien Ella había estado de visita en Buenos Aires en 1966 [véase **Raschella S1**]), cuántas las emociones de conocer a los sobrinos Pusha y Bebe, hijos de Ella, y Silvio, hijo de Beca, cuántos los recuerdos al reencontrarse con la prima Anny y su Baruch, convertido en un hombrón robusto. En Haifa, Raúl se dio el gusto de bañarse en el Mediterráneo con su mujer y con todos los T: estuvieron en la playa hasta que el sol desapareció del todo al oeste de Chipre. Los últimos días de octubre, los S

recalaron en París en casa de Lolica y Eddy y se repitieron las algarabías de *Eretz*. Raúl estaba particularmente emocionado cuando abrazó a Josée, a su marido Frank y a sus tres hijas, Valérie, Alexandra y Stéphanie, a quienes no conocía. A Chica, en cambio, la emocionó como siempre el ver a su sobrino del alma, Marian, el conocer a su mujer Margarète y a sus dos hijos, Gregory y Samantha [ver las voces correspondientes]. El 5 de noviembre, Raúl se volvió a la Argentina en avión mientras Cecilia se tomó el tren Palatino que la llevó de París a Florencia. Gastón mascullaba una rabia intensa porque creía que su suegra sumaría dificultades al operativo de instalar a la familia B-S en Italia. La memoria de las recomendaciones maternas de 1974, más fuerte que nunca desde la muerte de Leonor, frenó muy bien cualquier ímpetu o mala educación de Gastón y fue una gran suerte, porque Chica, más astuta e inteligente que nunca, desplegó las mayores habilidades de una mujer experimentada en mudanzas transoceánicas y ayudó, no sólo con el cuidado primoroso de los niños, sino con el examen agudo de las ofertas de alquiler y el consejo oportuno de cómo tratar a los europeos en semejantes transacciones. El día en que hubo de firmar el contrato de arriendo de la casa en la que vivirían durante toda su estancia florentina, Gastón rogó a Cecilia que lo acompañase a lo del escribano. Allí se presentó la señora vestida de sus mejores galas, un tapado recién adquirido en París con cuello de visón, hablando francés con el yerno cada vez que éste la consultaba acerca de las cláusulas del contrato, tras haber pedido disculpas y aclarado al notario y al dueño de la casa en alquiler que la dama hablaba únicamente rumano, francés, alemán y castellano. El *signore* propietario quedó impresionado, favorablemente por supuesto, de manera que el trámite terminó por asemejarse a uno de esos cuadros dieciochescos de Longhi o de Giambattista Tiepolo.

A mediados de noviembre, Cecilia se tomó el Palatino de regreso a París. Su nieta Constanza lloró desgarradoramente en la despedida, como nunca lo había hecho en las tantas ocasiones en que Chica dijo adiós, en Ushuaia, en Buenos Aires. A la conciencia de la distancia enorme que las separaría debió de sumarse, en el ánimo de la niña, la pérdida de la ternura fuera de lo común que su abuela había derrochado con todo el mundo en aquella visita, como si el regreso a Europa de los S hubiese despertado ternuras olvidadas de los tiempos de Bucarest, un efecto de la luz quizá, del aire transparente y frío del otoño toscano, más parecidos de seguro a las iluminaciones y los climas de los Cárpatos que a las experiencias del infinito

inacabable y vertiginoso de la pampa. La estancia de los B-S en Florencia se prolongó por algo más de un año, hasta diciembre de 1980. Raúl volvió durante ese tiempo a sus tareas de escritor de cartas, que tanto le gustaban, y su hija Aurora le contestó siempre con puntualidad. Gastón preferió mandar a sus suegros una tarjeta postal de cuanto lugar visitaron, tanto en Italia como en los otros países de Europa a los que viajaron en los meses del verano boreal; incluía siempre en el reverso algún comentario que juzgaba ingenioso y revelador sobre el arte, las ciudades, el paisaje. A menudo se trataba sólo de lugares comunes, de todas maneras el ejercicio le sirvió para refinar la síntesis de sus juicios y resultó por ello que Cecilia esperaba con bastante placer esas tarjetas y los pensamientos de su yerno de los que formó una colección. Gastón recibió dos o tres ofertas de trabajo para quedarse en Italia como *lettore* de castellano en las universidades de Arezzo, Siena y Pisa, pero Aurora hizo ver a su marido que ninguno de los dos podía abandonar a sus padres respectivos (a Gastón sólo le quedaba su padre): hubiese sido escandoloso repetir, sin otra necesidad más imperiosa que el amor del todavía joven B hacia las bibliotecas florentinas, la historia de extrañamientos y lejanías vivida por los S a partir de 1950. Gastón aceptó volver a la Argentina e instalarse en Buenos Aires, no seguir viaje a Ushuaia que, en realidad, hubiera sido el deseo secreto de Aurora, aunque ella comprendió que la existencia de estudio que pretendía proseguir su marido resultaba imposible en la Tierra del Fuego. Agréguese que los niños habían aprendido tan bien el italiano que pareció sensato buscar un modo de consolidar ese tesoro lingüístico y cultural que ellos habían adquirido casi sin esfuerzo. Sólo el enviarlos a la escuela italiana en Buenos Aires lograría ese propósito. Cecilia algo hubo de intuir o directamente saber sobre las conversaciones que habían pasado entre los B-S y los compromisos asumidos por Gastón pues, a partir de su regreso a la Argentina, la suegra vio crecer el amor hacia el yerno igual que si se tratase de un hijo.

La reinserción de los B-S en Buenos Aires en tiempos de la tiranía militar resultó dificultosa y lenta. Los S ayudaron cuanto pudieron. Los niños habían pasado la primera infancia, de manera que su cuidado consistía mucho más en ayudarlos a hacer los deberes que en vestirlos, vigilarlos hasta en los menores detalles o darles de comer. Chica era mandada a hacer para estimular a sus nietos a estudiar y trabajar en el colegio. Su pedagogía estaba algo atrasada; no obstante, su yerno, quien

se suponía era el educador de la familia, al tanto de los abusos teóricos de sus colegas de ciencias de la educación, coincidía bastante con el espíritu aleccionador de Cecilia, quien no se cansaba de decir: «Aj, no quieres estudiar, pues prepárate a trabajar de planchadora diez horas por días (cuando la advertida en cuestión era Constanza), pues serás cochero, es decir, chofer de auto como máximo (si la exhortación iba dirigida a Lucio)». La Guerra de las Malvinas, entre abril y junio de 1982, despertó experiencias reprimidas y miedos de los S. Chica se puso a acaparar comida, temerosa de que los zopencos de los militares decretasen el racionamiento en ese país de leche y miel que ella identificaba todavía con la Argentina. Por suerte, vista desde Buenos Aires, la guerra resultó una caricatura de los conflictos europeos por los que habían transitado Cecilia y Raúl. No hubo bombardeos ni más levas que las de los primerísimos días de abril ni tarjetas de racionamiento. Tampoco el regreso de los soldados del frente produjo recuerdos desgarradores, porque el gobierno militar ocultó cuanto pudo la situación calamitosa, física y moral, de las tropas que habían combatido en las islas. Por otra parte, resultaba obvio que la tiranía se desintegraba y que, muy pronto, se intentaría una salida a través de elecciones para restaurar el régimen constitucional. Aquel renacimiento cívico coincidió además con el anuncio de que Aurora había quedado embarazada y que el tercer hijo de los B-S nacería en marzo de 1983. Desgraciadamente, a fines de julio de 1982, Aurora perdió la criatura y, no sólo eso, cayó presa de una sepsis que la puso en riesgo de muerte y la dejó postrada durante más de cuatro meses, inmóvil en una cama del Hospital de Clínicas. Los S creyeron que el mundo se les venía abajo, fue el peor momento de sus vidas que perderían cualquier sentido si Aurora moría. ¿Qué significado habría tenido el dejar atrás a padres y hermanos, el desechar la dureza de los primeros tiempos de Israel, el partir de una Francia todavía hostil a mediados de los 50, el perder la ocasión de viajar al Canadá, el atravesar el océano, el rehusarse a acompañar a Coca al Brasil, el aceptar las nuevas migraciones locas de un yerno, sino para ver los felices progresos de Aurora hasta que la muerte los alcanzase, a ellos, no a su hija? En octubre, Aurora estuvo fuera de peligro y los S respiraron aliviados, aunque la hospitalización se prolongó hasta las vísperas de la Navidad. El año de 1983 trajo consigo muchos solaces, en la política (Gastón se entusiasmó con los avances y el triunfo electoral de Alfonsín el 30 de octubre), en la vida laboral de los B-S, en sus

vacaciones al noroeste argentino, en su mudanza a una casa nueva y muy cómoda, si bien algo lejos a criterio de Chica, a pesar de que ella supo antes que nadie que el colectivo 112 la dejaba en la esquina de lo de su hija. Aurora retomó sus guardias médicas con la misma energía de la época del Hospital Regional en Ushuaia. Un episodio vinculado precisamente al trabajo de Aurora revela hasta qué punto la situación espiritual de Cecilia se había recuperado hacia mediados del 83. Un sábado, Aurora cumplía una guardia y llamó a sus padres por teléfono para averiguar qué tal se encontraban. «Aquí estamos, contestó Cecilia, ¿cómo quieres que estén dos viejos como nosotros en un país extranjero? Esperando la muerte.» Cáspita, pensó Aurora, ¡qué deprimidos andan estos viejos! Mañana temprano, me voy a los piques de la guardia, compro unas facturas ricas y paso por su casa antes de volver a la mía. Por lo menos, tomaré un segundo desayuno con ellos y les levantaré los ánimos. Pensado y hecho. Aurora partió rauda del hospital el domingo siguiente, fue a la panadería, se tomó un taxi, subió corriendo las escaleras del departamento en la calle Valle, no tocó el timbre y, entró con su llave, de lo más agitada, en casa de sus padres. El espectáculo era rocambolesco. Antes de la diez de la mañana de aquel domingo frío de junio, los S habían descorchado una botella de champaña y comían tostadas con una buena capa de manteca, rebosantes de caviar. «Pero, cómo, ¿no estaban esperando la muerte?» «Y, sí, claro, ¿pero teníamos que esperarla bebiendo agua y comiendo pan duro?» Aquello del «esperar la muerte» mientras se comen manjares quedaría incorporado a fuego al léxico familiar de los B-S, según la bella expresión acuñada por Natalia Ginzburg. Equivaldría a una «tarea de romanos» el enumerar las vituallas con las que fue conjurada la tradicional Enemiga de la humanidad en la noche del 1º de septiembre de 1983, fecha en la que se cumplieron las bodas de oro del matrimonio S festejadas en la casa nueva de los B-S. Gastón logró desarmar todos los muebles que ocupaban la planta baja e hizo lugar para que se instalasen varias mesas, se dispusieran los manjares en una tabla larga, engalanada con un mantel de hilo blanco impoluto, y se armase una pista de baile. Bajo una iluminación especialmente preparada, las amistades de los S y la parentela brasileña por el lado de Cocutza, que había desembarcado en pleno en Buenos Aires, comieron y danzaron hasta la madrugada. Cecilia, radiante, vestía de largo. Raúl lucía un traje oscuro nuevo, un camisa de seda cruda, y habría resucitado la estampa de Bucarest de no haber sido por la corbata de ananás y palmeras que lució

aquella última noche embriagadora. De Coca emanaba también esa belleza clara, entre dorada y azul, que había signado su juventud [ver **Adella S1-Z**].

A decir verdad, las décadas del 80 y del 90 dieron lugar a un florecimiento nunca igualado del ingenio de Cecilia. O tal vez ocurrió que hubiera entonces muchas personas atentas a ese rasgo de su carácter y bien dispuestas a registrarlo, porque la biografía narrada hasta este punto, las aventuras, energías, impaciencias y adaptabilidades de Chica a lo largo de setenta años bastarían de por sí como prueba de su pertinaz inteligencia. No habría que olvidar tampoco que aquel fin del siglo XX fue, para los S y los B-S al menos hasta 1995, un tiempo de calma existencial, sin apremios económicos ni laborales. Es más, Cecilia volvió a trabajar por un buen sueldo, pues se convirtió en secretaria en el consultorio de su hija. Chica derrochó eficacia y simpatía en el puesto por un buen tiempo, hasta que su genio le inspiró ciertas intervenciones, destinadas a las pacientes, que no cayeron demasiado bien. «No seas tonta, deja a ese hombre inmediatamente», era uno de sus consejos predilectos. Aurora empezó a alarmarse y, siempre ocurre así en situaciones semejantes, una nadería provocó el estallido. Tan entusiasmada estaba Cecilia con el rejuvenecimiento y las fuerzas nuevas que le había traido la recuperación del trabajo fuera de casa que, un día, se apareció en el consultorio con peluca y vistiendo unos *bluejeans*. Aurora se vio arrastrada por la cólera. El sábado siguiente, Cecilia recibió la visita usual del yerno en su casa y le dijo: «Aj, Gastón, ¿has visto que ahora soy una desocupada más?». «Bueno, Cecilia, eran demasiados trotes para usted. Además, Raúl necesita que lo atienda.» «¡Qué va! Si él todavía tiene a sus pacientes y alumnos de gimnasia que atender.» Incluso la experiencia de crisis pasadas contribuyó a que la hiperinflación del 89-90 hiciera poca mella en las finanzas de jóvenes y viejos, pues no había un centavo de deuda en el balance de la familia. Nadie perdió su trabajo y, al contrario de lo que pasaría en 2001, los B-S tuvieron acceso a sus ahorros. Épocas tales facilitan también la crónica de las agudezas, los chistes, los rasgos de humor, géneros en los que los S habían alcanzado una destreza única desde los días de la guerra mundial. Agréguese a esos factores la caída del comunismo en Europa central y en Rumanía, sobre todo, un hecho de la gran política que los S vieron con satisfacción, en la medida en que los reconciliaba con su rechazo de la revolución acaecida en su país a partir de 1945, les demostraba que no habían estado equivocados al

elegir el camino del exilio, aunque también reavivaba la cuestión del abandono de sus mayores en Bucarest. Pero, claro está, la cara de la historia suele reír y llorar simultáneamente. Durante los 80, rompió la primera ola de un fenómeno que, debido al paso del tiempo, se volvía cada jornada más inevitable: el enfrentamiento con la primera muerte de alguna de las hermanas S1. En 1983, hubo una advertencia, un aldabonazo en São Paulo: Coca, la más cercana y la más querida de Chica, tuvo un accidente cerebrovascular. Cecilia viajó al Brasil para estar al lado de su hermana y se impresionó tanto al verla en una cama del hospital Albert Einstein que allí mismo también se desplomó. Hubo que internarla en aquel lugar, aunque dos pisos más abajo porque lo suyo fue sólo una hipertensión pasajera, acompañada de un mareo que la tiró al suelo. De todos modos, Cecilia no quiso irse del hospital hasta el momento en que Coca fue dada de alta y regresó a la casa de la calle Barão de Limeira. La recuperación de Coca alcanzó para que, en 1984, pudiera festejarse a su alrededor la *bar mitzvah* de su nieto Patrick, el primogénito de Emilio. Aurora y Constanza B-S volaron a São Paulo en la ocasión; Coca estuvo feliz con las excentricidades de la adolescente y prometió mandarle de regalo un cachorro a Buenos Aires ni bien su linda y mimada *cocker spaniel* tuviese cría. Desgraciadamente, Cocutza murió en julio de 1986. Cecilia se conmovió al enterarse por boca de Aurora, dijo otra frase célebre del léxico familiar: «*Saraca, a facut safteaua*» («Pobrecita, cerró un capítulo»), y se fue a São Paulo al mes del fallecimiento, cuando pusieron la *piatra* sobre la tumba de su hermana. De vuelta en Buenos Aires, Chica llevaba consigo una jaulita de mimbre y, dentro de ella, un muñeco perruno y vivo de apenas dos meses: el *cocker* que Coca había prometido a Constanza. Las palabras de Cecilia confirmaron la obviedad de su sabiduría. En febrero de 1988, Lolica murió en París de manera bastante inesperada. El asombro y la circunstancia de que Chica viese en la hermana de París la continuidad perfecta de su madre Susana hicieron que el golpe fuera más intenso y prolongado que en el caso de Coca. Téngase en cuenta que no hubo esa vez un *Marshmallow-Julián* que ayudase a transferir la pena, la piedad y el cariño. Hagamos un alto en este punto de los perros. Los S recibieron de regalo, gracias a una paciente de Aurora, una perrita pequinesa negra como un tizón a la que llamaron *Queenee* porque, a pesar de su tamaño minúsculo, el animal tenía ínfulas reales. Raúl la idolatraba, la sacaba a pasear unas cinco veces al día y le daba de comer en la boca. Un verano,

quiso refrescarla y la hizo rapar en contra de los consejos de Cecilia y de Aurora quienes insistían en vano en que los perros no regulan la temperatura por la pelambre sino a través de la boca y de esa suerte de felpa que poseen en las patitas. Lo concreto fue que *Queenee* se avergonzaba de que la vieran tan negra y tan reducida a su mínima expresión, lloraba de continuo e iba a esconderse en el baño, donde su color la confundía, por mimetismo, con las baldosas negras del piso. Chica lanzaba imprecaciones contra la tozudez del marido. La salud de la pequinesa era muy frágil; cuando tuvo cumplidos los 7 años, *Queenee* enfermó de los riñones y comenzó a exhalar quejidos que, al cabo de unos días, se hicieron desgarradores. Raúl la llevó al Instituto Pasteur para que la curasen, pero allí le aseguraron que ya no había remedio y que sería mejor si dejaba la perrita en el laboratorio donde se encargarían de sacrificarla sin dolor. Raúl volvió a su casa hecho un mar de lágrimas. Cecilia buscó diluir su desasosiego con otra frase histórica, variante de la célebre acerca de la «espera de la muerte»: «Ahora ya sé qué camino tomar cuando tenga dolores reumáticos. Me disfrazo de *Queenee* y me voy al Pasteur». La parca nutrió el orbe metafórico y simbólico de Chica más que cualquier otra cosa. Así como los tropos en torno a los genitales se cuentan de a miles en los *Cantos carnavalescos* de la literatura italiana, la muerte fue evocada por las alusiones más insólitas e inesperadas en una catarata de símiles, alegorías, sinécdoques y metonimias que Chicuaia inventaba con la misma espontaneidad del agua al salir de un manantial. Analícese, por ejemplo, este caso de sinécdoque. Acababa de llegar a Buenos Aires del viaje a São Paulo en el que se había colocado la lápida con el nombre sobre la tumba de su hermana Coca, Aurora había ido a buscarla al aeropuerto con su amiga Anita L-M, una nieta de Nicolae Iorga que vivía en la Argentina, cuando preguntada en el auto que conducía al grupo a la ciudad si acaso padecía frío, Cecilia contestó: «No tengo frío, soy yo quien se está enfriando». Su yerno, al conocer la respuesta, aseguró que se trataba de una prolongación lógica del estado de ánimo suscitado por el funeral de la hermana, pero, catorce años más tarde, en el aniversario nº 88 de la suegra, Gastón hubo de reconocer que había tenido el privilegio de asistir a uno de los procesos de enfriamiento e hibernación más prolongados de la historia.

En abril de 1995, Aurora y su marido viajaron a Rumanía para conocer lo olvidado y lo sabido en la versión de un relato de nunca acabar, que Gastón B ya había escuchado cientos de

veces. De todas maneras, Cecilia no se cansaba de preguntar: «¿Por qué quieren ir a Rumanía? ¿A quién van a ver allí?». Raúl, en cambio, se emocionó mucho cuando los B-S visitaron en Bucarest el Circul National Militar, tomaron un café con una deliciosa bolita de chocolate una tarde y, después, regresaron a cenar y a bailar una noche. Raúl recordaba que, salvo unos pocos años del mítico reinado de Carol, los judíos tenían el ingreso prohibido en el Circul. Aurora pudo entrar y salir del sitio como le diera la gana en 1995. «Aj, qué tontería, la confitería Selket en Pampa y Figueroa Alcorta es mucho más linda y además el colectivo 42 te deja a tres cuadras», comentaba Cecilia, pertinaz. Así y todo, dado que Chica había pasado a considerar que su yerno era un gran sabio, probablemente por la atención que él prestaba a la curiosidad y a la cultura geográficas de su suegra, en el fondo de su cabeza y de su corazón Cecilia suponía que aquel viaje debía encerrar alguna maravilla aun cuando no quisiera confesarlo. Lo cierto es que las descripciones de Gastón de todo cuanto había visto en Rumanía fascinaron a Cecilia y en eso ella encontró el sentido de la excursión. Algo parecido ocurrió con la educación de sus nietos, que floreció en aquel mismo período y que, erróneamente, la señora colocaba en el haber casi exclusivo del yerno cuando, en rigor de verdad, la luz cotidiana de Aurora había sido un elemento fundamental de aquellos aprendizajes y formaciones, una luminosidad de la que formaron parte esencial los mitos de la judería rumana, o de la rumanidad judía según se prefiera. Es cierto que el cultivo de la tradición civilizatoria italiana corrió mucho por cuenta de Gastón, desde el énfasis con que él impuso al hijo Lucio, en su fase más intensa de cachafaz, la lectura de textos clásicos de esa literatura, de *Pinocchio* a *Promessi Sposi*, hasta los ejercicios y malabares simulados con que controló los conocimientos de la hija Constanza en el campo de la historia de las artes. La obsesión por la enseñanza de varias lenguas fue, en cambio, una carga que Aurora asumió sobre sí, producto precisamente de su pertenencia a una nación periférica de Europa cuya lengua hablan sólo unos treinta millones de personas sin la menor posibilidad de transformarla en un idioma de gran cultura. Y esto no fue todo en lo que concierne a la lumbre que aportaron rumanidad y judaísmo en el espíritu de aquellos vástagos de los S y los B-S: Aurora fue y quizá siga siendo para sus hijos la cifra viviente de una combinatoria riquísima de folklores, creencias, ideales y frustraciones creativas, del conglomerado que es precisamente el suelo cultural de donde

ha nacido esta historia aquí contada.

Volvamos a la relación peculiar de admiraciones intelectuales mutuas que habían anudado Cecilia y el yerno. A tanto llegaron las alabanzas de las cualidades de Gastón B en boca de la abuela que, por supuesto, los jóvenes B-S hubieron de protestar acaloradamente contra esas palinodias, como parte de su estrategia normal de diferenciación y rebajamiento de la figura opresora de un padre al que los elogios habían terminado por sublimar en una suerte de El Shaddai bíblico e insoportable. Más aún, Constanza quiso dejar por escrito lo que juzgaba casi un delirio de Chica, confeccionó una larga lista de muchos «sabios que en el mundo han sido» y pidió a su abuela que comparase uno a Gastón y dijese si él estaba por debajo, a la misma altura o por encima de cada cual de los enumerados. Cecilia se prestó, jocunda e irónica, al juego singular. El documento se conserva y es una prueba tanto del amor desmedido e incondicional, con una buena pizca de sorna, que la anciana sentía hacia su hijo por opción, cuanto del sesgo que daba a los vastos conocimientos universales que ella albergaba, frescos, útiles y vitales, dentro de su cerebro. Los comentarios al elenco que le leyó su nieta son desopilantes y es evidente que fueron dichos en medio de una operación cómica donde ingresó toda la familia con sus anhelos más altos de dicha y de sapiencia. Transcribamos el listado y las acotaciones:

«*Ranking de Savants*»[la expresión es de Cecilia]

Parámetro: Gastón

+	=	-
Karl Marx	Dostoievsky	Churchill
Gandhi	Tolstói	Lenin
Victor Hugo	Bach	Einstein
Cervantes	El Che	Mussolini
Dante		Goethe
La Fontaine		Shakespeare
Napoleón		Julio César
Mozart		Molière
Colón		Dr. B («leejos debajo de tu papá»)
Marco Polo		Dalí
Charles de Gaulle		Picasso
Sholem Aleijem		Luis XIV («un tonto»)
		Richelieu
J. S. Rousseau	Platón	Beethoven

Sarmiento	Freud	Nicolae Iorga
Borges		Fidel Castro
Richard Dean Anderson («inventor de la televisión»)		Voltaire
		Aristóteles
Maria Slodowska Curie		Trajano
Newton		Alejandro Magno
Galileo		Darwin
Moisés («toda la vida»)		
Chaplin		
Roosevelt		
Armstrong		
Kant		Hegel
Esopo		John Lennon («hay millones de éstos»)
Sófocles		Wagner
Leonardo da Vinci		Shimon Peres
Jesucristo		
Salomón		
Kemal Ataturk («modernizador»)		
Theodor Herzl		
Golda Meier		
Louis Pasteur		
Abstenciones:		
JFK («¡murió en el medio!»)		
Ulises		
Bertolt Brecht		
Roger Chartier		
El Papa [corresponde a Juan Pablo II]		

Buenos Aires, 12 de junio de 1999.
Testigos: Constanza, Lucio, Aurora.
Firmado de puño y letra por Cecilia

El dislate de Richard Dean Anderson como inventor de la televisión merece una explicación. Un sábado lluvioso, tras haber visto una función de ballet en el aparato de su casa, Cecilia bendijo al inventor de esa maravilla técnica frente a sus

nietos y confesó no conocer el nombre del colosal personaje cuyo hallazgo había sacado de la ignorancia y del hastío a miles de millones de personas. El atrevido de Lucio, quien jamás había escuchado ni leído una línea sobre John Logie Baird, improvisó en el acto una respuesta para dejar conforme a la abuela y fue el nombre de aquel actor, protagonista de la serie *McGiver*, el primero que salió de su boca. Nunca más se pudo volver atrás. La memoria fabulosa de Cecilia archivó a Richard Dean Anderson en el casillero de los grandes benefactores de la humanidad y así quedó asentado en los anales familiares hasta el día de hoy. Por otra parte, se transparenta en el documento que la señora S no sintió ni de lejos por el profesor B el aprecio que la unió, en cambio, a su mujer Leonor [los particulares de este asunto pueden leerse en la voz **Leonor B-B1**].

Ahora bien, si analizamos el *Ranking de Savants*, se advierte que Cecilia tendía a otorgar mayor fuerza en su corte personal de la civilización europea a tres polos, el alemán, el francés y una *haskalá* ampliada o tradición del iluminismo judaico extendida entre el siglo XVIII y los años 30 del siglo XX, excepción hecha del gran Moisés. Su yerno se le aparecía como completa y absolutamente superior a todo cuanto llegase del mundo anglosajón, bien ubicado en el horizonte del judaísmo y subordinado sólo a franceses y alemanes que de seguro formaban el panteón máximo de Cecilia desde la adolescencia. Gastón tendía a quedar así absorbido por la *haskalá* en la mente de Chica, un proceso que se apoyaba en el deseo activo de la señora S y en el deseo suspendido del propio Gastón por partes iguales. De modo risueño, Cecilia daba a conocer su descubrimiento de uno de los pocos núcleos complejos entre los muchos problemáticos que anidaban en el majín de su yerno. Ella había identificado, mejor que nadie hasta entonces, el lugar moral de donde partía el impulso hacia la armonía que Gastón había buscado al enamorarse de su hija y unirse a ella. Cecilia ignoraba si acaso Gastón B había alcanzado alguna forma de coherencia y de serenidad superiores (en realidad, según se desprende de la lectura del término enciclopédico correspondiente, nada de eso había sucedido), pero en el fondo el éxito de la empresa no importaba, igual la historia menor y el destino de los S, tan alejado del lugar de origen del linaje, de la cultura y de los individuos de carne y hueso, cobraban un sentido. En Aurora y sus descendientes, el dolor de las generaciones pasadas no se olvidaría y hasta podría transmutarse en una mezcla de reconciliación y orgullo, dada en ofrenda a la historia mayor de lo humano.

Pero hubo un campo en el que Chica consideró siempre a su yerno como a un hombre equivocado e ignorante: nos referimos a la comida que ella preparaba y concebía especialmente para complacerlo y que, por consiguiente, Gastón debía engullir sin un mínimo remilgo hasta el último bocado. Cuando, tras haber banqueteado con el *assiette de crudités*, la *gustarica* de fiambres, el caldillo con bolas de sémola, el pollo acompañado de hongos rellenos y papas «a la francesa» (*fameux ragoût roumain*, lo llamaba Marian Horia a partir de la propia frecuentación del plato, aderezado por su madre Lolica), la compotita de peras con crema, la *placinta* de queso dulce y pasas de uva o bien la torta de chocolate sin un gramo de harina, y antes de probar los bombones de mazapán espolvoreados en cacao fino y rellenos de cerezas que escoltaban el café a la turca, Cecilia aparecía con la bandeja de empanadas de queso que se había olvidado de servir después de la *gustarica*, exigía a su yerno que probase y el pobre hombre, al borde del colapso por ingesta excesiva, se rehusaba, la señora S decía: «Aj, me ofendas [*sic*] en las empanadas». Y se retiraba, despechada, a la cocina, farfullando que después se diría por allí que, en casa de Chica, *nu era ni mica de mancar*, «no había nada de comer». Cecilia veía en su yerno un *Fat-Frumos*, esto es, un muchacho buen mozo, aunque hubo un personaje que lo batió sin atenuantes en ese campo y en el que Chicuaia hubo de reconocer también una sabiduría superior. Quizás fuera esa la razón de que el hombre de marras, el presidente Bill Clinton, ni figurase en el *Ranking de Savants*. Ante la historia de la señorita Paula J, quien habría sido seducida y acosada por el inefable Bill durante su gobernación en Arkansas, Cecilia comentaba, desde una perspectiva que sin lugar a dudas habría despertado las iras más funestas de las feministas: «Fijate esta tonta, así de fea, la mira y la hace suya el hombre más lindo del mundo, presidente de los EE.UU. encima (Chica no tenía en cuenta el leve anacronismo respecto del cargo que el acosador efectivamente ocupaba en el tiempo de aquella aventura), y ella se da el lujo de hacerle juicio, cuando tendría que ir a Jerusalén de rodillas a dar gracias a Dios».

La sintonía inusual de suegra y yerno se puso a prueba y salió fortalecida en diciembre de 1995 cuando, tras cuatro días de un malestar difuso, un *nichtgit* decían ambos S, Raúl falleció de golpe, a los 86 años de edad el día 6 de aquel mes, y dejó sola a Cecilia en el departamento de la calle Valle. El cuerpo de Raúl fue sepultado con todos los honores del caso en la misma tumba que, once meses antes, habían ocupado los restos del

doctor B [ver **José Emilio B-B2**]. La lápida, la *piatra* común, donde se desplegaron juntos el signo de la cruz y el *magen David*, dejó muy conforme a Chica. Sin embargo, su enojo con el médico tratante del marido, quien hasta aquel día había sido una suerte de semidiós de la ciencia, no tuvo racionalidad ni límites. «¿Cómo es posible que, dos días antes de morir, Raúl estuviera perfectamente bien y el doctor dijera que había Raúl para rato?» Aurora fracasó en sus intentos de defender al colega. Únicamente Gastón consiguió apaciguar la furia de Chica mediante el expediente de reunir los casos históricos de grandes hombres que habían muerto inesperadamente: Zenón el estoico en Atenas, Sarmiento en Asunción, Lal Bahadul Shastri en Tashkent y Raúl S en Buenos Aires. A partir de aquel momento, el cementerio cercano a Pilar fue objeto de visitas regulares: Cecilia manifestaba sus ganas de ir a «ver a los Padres» y allí partían en auto los B-S. Lo más interesante de aquellos viajes consistía en que, después de llevar las flores de rigor y estarse un rato junto a la tumba, Chica se declaraba siempre dispuesta a ir a comer en algún restaurante con ángel de Pilar o bien en una parrilla a la vera del camino. El asado criollo se imponía como menú favorito y Cecilia probaba sin falta un trozo de queso *provolone* a las brasas, exotismo pampeano que le parecía una delicia. El programa podía también terminar con alguna exasperación de Aurora y la hilaridad cruel de su marido. Porque Chica acostumbraba comentar esas comilonas, una vez en el auto de regreso definitivo a su casa, con un «¡Qué rico estaba el pan! ¡Una maravilla!», o bien «¡El agua era extraordinaria!». Si acaso no extrapolaba la experiencia a un viaje digno de Marco Polo. «Estuve con Gastón en Texas», decía la señora al pasar. «¿Cuándo estuviste en Estados Unidos, vos, mamá?» «Aj, tu marido me llevó a Texas.» «¡Cómo a Texas, mamá, a la parrilla Las Tejas, querrás decir!» «¡Qué bien se come allí!»

En 1996, Constanza recibió su diploma de Licenciada en Artes en la Facultad de Filosofía y Letras. A la ceremonia, concurrió Cecilia del bracete de su hija. Estaba exultante, igual que más de veinticinco años antes cuando Aurora terminó los estudios de medicina. Quiso la suerte que Chica se sentase al lado de Beatriz S, una célebre profesora de aquella Facultad y una de las primeras intelectuales del país. Cecilia advirtió que la profesora tenía un libro en las manos. «¿Qué lees?», le preguntó muy suelta de cuerpo, en alas de la alegría y de la excitación que vivía gracias al triunfo académico de su nieta. Algo atónita, la interpelada contestó: «Un libro acerca de

ciudades». «Aj, si no es *Moscú* de Lion Feuchtwanger o las *Tres ciudades* de Sholem Asch, deja ya eso y ponte a leer lo que te digo», coronó Chica la conversación con una seguridad digna del Comité Nobel en la Academia Sueca de Literatura. «Hace más de veinte años que nadie me dice que *tengo* que leer tal o cual cosa», atinó a acotar la profesora a una Aurora abochornada. Cada vez que el yerno la sacaba a pasear en auto o le hacía una visita en su casa para tomar el té, Cecilia preguntaba en rumano, por cuanto descontaba que un sabio tan insigne comprendía sin fisuras esa lengua a pesar de que jamás la hubiera estudiado: «Gastón, *ce mai se petrece prin lume*» («¿qué pasa en el mundo?»). A lo que Gastón respondía siempre, en castellano, con la ristra de calamidades y esperanzas que se cernían sobre los hombres en todo el planeta. «Otra vez la misma estupidez y las mismas mentiras, sentenciaba Cecilia, por eso prefiero la geografía», y seguía la discusión que citamos al comienzo de esta biografía en la que inveteradamente se enzarzaban Chica y su yerno, el ejemplo del mar Aral, los glaciares en retroceso, el nacimiento de una isla en el archipiélago de las Azores, las refutaciones de la señora que se amparaba en las diferencias científicas entre la geografía y la geología. De lo contrario, el interrogatorio de Cecilia versaba sobre un tema que Gastón consideraba la cima de lo estrafalario. «Cuéntame novedades de nuestras colonias, Gastón.» «¿Qué colonias, Chica, si ni Rumanía ni la Argentina tuvieron nunca colonias. Por lo menos, y por suerte, en ese punto, ni ustedes ni nosotros hemos sido la calamidad habitual.» «Tú sabes, Gastón, a qué colonias me refiero, África Occidental Francesa, Congo Brazzaville, África Ecuatorial Francesa.» «Bueno, contestaba el yerno en un intento de consolidar sus posiciones sin tener en cuenta el giro delirante que tenía el asunto en los últimos momentos del siglo XX, como una nueva prueba de que las realidades estudiadas por la geografía también cambian, allí tiene usted que el África Occidental Francesa hoy es un conglomerado de países: Senegal, Mauritania, Malí; el África Ecuatorial, lo mismo y lo único que permanece, pero en calidad de estado independiente, es el Congo Brazzaville.» Cecilia memorizaba esos nombres y, al cabo de unos días, volvía a la carga: «Cuéntame novedades, Gastón, de Senegal, Malí, Chad y la República Centroafricana». Imbatible. La audacia vital de Chica alcanzó nuevas cotas cuando dijo a su yerno: «Tienes que darme dinero contante y sonante para que yo disponga de él porque esto no puede seguir así, nunca tengo plata mía y soy mujer de andar con cinco mil

dólares en el bolsillo». «Pero, Meme, ¿cuándo hubo semejante cantidad de plata en efectivo en sus bolsillos?», preguntó el yerno azorado. «Nunca, por eso ha llegado la hora de que así suceda.» Y esta secuencia de episodios graciosos podría seguir al punto de componerse con ellos la segunda parte de las *Facetiae* que Poggio Bracciolini escribió a mediados del siglo XV. Contemos una historia más. Cierto lindo sábado de verano, los B-S llevaron a Cecilia a una quinta con pileta cerca de Mercedes, donde los aguardaban sus viejos amigos, los I. Ana María I había escuchado algunos días antes que Aurora estaba preocupada frente a ciertos desfallecimientos mentales de Chica y al diagnóstico certero de una leucomalacia que la afectaba. Muy solícita y solidaria con su amiga, Ana María se acercó a la señora S, quien reposaba oronda en el borde de la piscina, y le preguntó, con el propósito tal vez de estimularle el cerebro: «Usted, Meme, ¿en cuánto tiempo aprendió el español o es que ya lo sabía cuando llegó a la Argentina?». «No, Ana María, yo no sabía nada de nada de castellano, pero algo pude decir a los seis meses de estar aquí, cuando volvimos de las vacaciones que pasamos en Mar del Plata, aunque seguí teniendo dificultades con los verbos por un tiempo largo.» «¿Cómo fue eso, Meme?» «El subjuntivo me costó mucho, no el presente sino el pasado, que yo tuviera o tuviese por ejemplo, o el pasado del pasado, que tú hubieras o hubieses tenido, y no confundirme su uso con el del condicional, yo tendría y yo habría tenido, eso fue muy complicado.» Ana María estaba perpleja, llamó a Aurora en un aparte y le dijo: «Aurora, por favor, decime si me equivoco, creo que tu mamá se curó por completo de la leucomalacia».

1997 no se presentó de buenos auspicios para Cecilia, porque se comprobó una falla de su juicio que puso en guardia a los B-S. Chica compró bolsas de residuos por la bonita suma de cien dólares, a un vendedor ambulante que había hecho sonar el portero eléctrico y subido hasta su departamento con el fin de cerrar la transacción. Aurora estuvo a punto de sufrir un ataque de pánico. En un conciliábulo ampliado, los B-S resolvieron que dos personas debían ser contratadas para que cuidasen día y noche de Cecilia, sábados y domingos incluidos. Comenzó así la ronda fatal de los ancianos en las ciudades modernas: se sucedieron las mujeres que la cuidaban, una partió porque padeció un infarto del miocardio, otra porque quedó embarazada, una tercera porque Chica se cayó en el balcón de la casa y se rompió la cadera. Su querido yerno estaba en aquella ocasión trabajando en París (de seguro le perdonó la ausencia por la razón de encontrarse en la Francia

admirada) y Aurora hubo de hacerse cargo a solas de la catástrofe. Pero Cecilia exhibió de nuevo su fuerza excepcional porque se recuperó y, en diez días, volvió a su casa, no sin antes trazar por su cuenta la historia clínica de todas las pacientes que habían coincidido con ella en el hospital. «Ésta, pobrecita, quiere que le apaguen la luz, ¿para qué?, si no va a tener más luz dentro de pocos días.» Dicho (en rumano, por suerte) y ocurrido, la pobrecita estaba atacada por un pénfigo, la única enfermedad de la piel aguda y mortal. «Por Dios, ¡hay que diagnosticar un pénfigo!», exclamaba Aurora.

El paso de 1999 a 2000 acarreó una pequeña apoteosis de Cecilia. En el mes de junio del 99, Aurora había viajado a Rumanía y recorrido todo el país con un guía muy simpático, Dan, hombre de unos 35 años, quien hablaba castellano a la perfección y conocía todo acerca de la Argentina. Sus fuentes principales de información lingüística y cultural habían sido las telenovelas de Andrea del Boca con subtítulos en rumano. Aurora encontró a Dan tan agradable que lo invitó a visitar la Argentina de una vez y a vivir por el tiempo que quisiera en su casa, en la calle Combatientes de Malvinas. El día 28 de noviembre, sonó el teléfono en lo de los B-S. Era Danutz desde Ezeiza: había llegado con el objeto de quedarse dos largos meses y recibir el año 2000 en Buenos Aires. Gastón encontró al joven educado y dispuesto a integrarse en la existencia cotidiana de la familia B-S. Dan aprovechó los ducados de hospedaje que se ahorraba y realizó varias excursiones, a las cataratas del Iguazú, al Tren a las Nubes, a Rosario. Pero lo que para él resultó un *nec plus ultra* fue el conocer y visitar diariamente, los días que estuvo en Buenos Aires, a Meme Chica, quien le retribuyó el cariño y el entusiasmo y pudo preguntar a sus anchas sobre la marcha de las cosas en Bucarest. Dan no salía de su azoramiento, de una sensación de maravilla al escuchar esa lengua arcaica en boca de Cecilia, sus expresiones repletas de picardía y caídas en desuso (por ejemplo, *puiu de lele*, «pichón de loca»), los lugares míticos, inexistentes ya en la capital rumana de finales del siglo XX, como aquella confitería en Calea Victoria que se refrigeraba con cortinas constantes de agua caída desde el techo a los grandes ventanales del local. Al regresar a Rumanía, Dan publicó en el *Jurnalul National* un reportaje en torno a sus dos meses transcurridos en la Argentina, contó a los lectores de su país que había vivido en la casa de una «célebre ginecóloga de Buenos Aires», nacida en Rumanía y casada con un «profesor» cuyo nombre no consignó. Mas quién, según el testimonio de

Danutz, era la estrella insuperada entre las personas que le habían dado albergue: Cecilia S1-S, por supuesto, un portento de mujer cuyas historias, locuciones y recuerdos llenaron tres columnas de las páginas 1 y 2 del periódico. Cuando un ejemplar del *Jurnalul* llegó a Buenos Aires, Chicuaia le dio poca importancia, al contrario de su yerno quien saltaba de alegría: «Mire, Meme, mire esto, que salió usted de aquel sitio como apátrida y ahora es noticia exultante de la primera plana en el diario de mayor circulación del país. ¡Si Raúl viera esto! La historia da compensaciones inesperadas». «La historia miente, ya te lo he dicho», concluyó Cecilia.

La cuarta y última mujer que acompañó a Cecilia en la casa fue una paraguayita bella y simpática quien tuvo fascinada a la señora S con sus relatos sobre los ríos, los campos y las selvas de su país. Mientras tanto, se hicieron sentir con mayor intensidad los efectos de una vieja enfermedad de la mácula y Cecilia comprobó que su sensibilidad había quedado reducida a una visión periférica. La lectura se tornó imposible, pero la televisión significó un refugio para las inquietudes y la avidez de conocimiento de Chica, volcadas ahora a no perderse un solo boletín de noticias. Así tomó contacto cotidiano con los locutores que leían las informaciones y pasó a preferir a un joven al que llamaba su «Adonis». Por desgracia había rondando alrededor de la casa otro Adonis que precipitó una nueva decisión trágica. La hermosura de la paraguayita atrajo a un galán y compatriota que trabajaba en la obra de una construcción justo frente al departamento de los S. Cierto día, Cecilia comentó a su hija: «Vieras qué buen mozo es el novio de Josefina» (pues ése era el nombre de la joven acompañante). «¿Y vos cómo sabés, mamá, si no podés mirar directamente una fotografía por tu daño en la mácula?» «¡Pero qué fotografía! ¡Si viene aquí todas las noches a las fiestas que le organiza Josefina!» Aurora sintió que la presión sanguínea le provocaba latidos en las sienes. Corría enero de 2002, la Argentina estaba sumida en un caos social, engendrado por el quiebre de la convertibilidad. No pasaba día sin que se supiese de saqueos, de ataques a casas y personas, producto de la desesperación de los que no tenían dónde guarecerse ni qué comer. La paraguayita había anunciado que partiría de vacaciones y Aurora aprovechó esa circunstancia para decidir, junto a su marido, un cambio mayor. «Lo siento, Josefina, no diga nada, por favor, pero mi madre tiene que ir a un hospital por un tiempo a hacerse varios controles, de manera que no podremos volver a contratarla cuando regrese del Paraguay.» Josefina entendió perfectamente

y se fue en paz. El 15 de enero de 2002, Cecilia ingresó en su primera casa geriátrica, un palacete antiguo y acondicionado para esas funciones de albergar y cuidar a los viejos. Chica hizo gala de su capacidad de adaptación, una vez más, al aceptar enseguida la desgracia de haber abandonado su casa de casi cincuenta años. No obstante, su mente comenzó a perderse ocasionalmente o, más bien, a escaparse hacia la juventud en Rumanía. «Y Raúl, ¿dónde está? ¿En la imprenta de papá o se fue otra vez con esa *curve* de Zagreb?» «Fijate, mamá, cómo delira Meme, lo que dice del pobre Raúl», acotaba Lucio. «No delira nada, recuerda algo que nosotros no sabíamos. Mi padre iba a Zagreb por los torneos balcánicos de grandes aparatos. Deliraría si hablase de una *curve* en Chascomús o en Rosario de la Frontera.» Al poco tiempo, llegó el turno de las alarmas para Gastón, pues Chica anuló el recuerdo de Raúl y empezó a confundir al yerno con su tío, el Bebe Calman, asesinado en enero de 1941. Y pensar que Raúl y Meme pasaron sesenta y dos años juntos y ahora Meme se olvidó por completo del marido, reflexionaba Gastón B. A partir de un cálculo de proporcionalidades, mis chances de que la memoría mía supere el tercer año de viudez de Aurora son prácticamente nulas. Sin embargo, Cecilia tenía momentos en que recuperaba su lucidez legendaria y entonces declaraba estar tranquila, «porque nada me duele y hay tantos viejos a los que les duele todo». Lucía B-B3, cuando todavía era la novia de Lucio y no su mujer, le decía: «Entonces, Meme, usted está fenomenal». «No tanto, no te vayas a creer, porque no tengo fuerzas para salir de aquí, que mucho me gustaría.» Al cumplir 90 años, los B-S le organizaron una reunión en su departamento nuevo de la calle Hipólito Yrigoyen, en un edificio muy bello construido por el arquitecto Virgilio Colombo alrededor de 1925. Su hija invitó especialmente a dos amigas propias muy queridas, Silvia Bsch y Diana P, las primeras habidas en Buenos Aires que habían pasado muchos días de estudio y camaradería en lo de los S. De tal suerte, Chica se encontraría con caras viejas y reconocibles amén de las de su nieto Lucio y del infaltable Gastón. Al día siguiente, cuando Aurora la visitó en el geriátrico, la madre comentó: «Vieras la casa de boyardos a la que me llevó Gastón ayer». En el caluroso diciembre de 2002, transcurrido en Buenos Aires por supuesto, Meme celebró, sorprendida, la benignidad de los nuevos inviernos «de ahora» en Bucarest, hasta en los días cercanos a la mismísima Navidad, decía, que, en 1939, cuando nació Josée, había sido una época para congelar la sangre.

Cecilia padeció tres edemas pulmonares. Hubo que cambiarla de geriátrico para que su vigilancia médica fuese cotidiana y se la pudiera asistir sin trasladarla a un hospital. El 20 de diciembre de 2003, un día en que unos manifestantes atacaron e incendiaron un banco a cien metros de donde vivían los B-S en conmemoración de la caída del presidente De la Rúa dos años antes (triste país la Argentina donde parte de su sociedad civil celebra como una gesta el fracaso de un gobierno constitucional), a la misma hora, Cecilia S murió súbitamente en aquella casa que no era la suya, a los 91 años de edad. Los B-S tuvieron dificultades para sortear el incendio y llegar adonde se encontraba el cuerpo yerto de la anciana. Igual que Raúl, fue sepultada con las pompas debidas en la tumba cercana a la ciudad de Pilar. Por fortuna, su adorada nieta Constanza, estudiante en Warwick, estaba de vacaciones en la Argentina y asistió al funeral. Muchas amistades de los B-S, los I a la vanguardia, publicaron avisos en los diarios de Buenos Aires, bajo el *magen David*, y pidieron plegarias, sin distinciones religiosas, en recuerdo de la inteligencia, la bondad y el coraje de Meme. Sólo entonces, Aurora vendió el departamento de la calle Valle donde quedaba muy poco de la ropa, la lencería y las vajillas que Raúl y Cecilia habían juntado desde la partida de Rumanía. Es triste decirlo, pero las mujeres que cuidaron de Chica anciana habían saqueado lentamente aquel mundo de objetos. Lo que se veía en el borde de los altos roperos y placares desde el piso no era más que una miserable fachada construida de retazos y cajas vacías. Tan sólo los cuadros que Raúl había coleccionado estaban allí. La estética de los S debió desconcertar a las últimas acompañantes de Cecilia. Cecilia S1-S llegó a medir metro sesenta y tres. Nunca superó los sesenta kilos de peso, ni aun en los peores momentos de su litiasis vesicular. Era rubia y de ojos celestes. Encaneció por completo antes de cumplir los 40 años y evitó teñirse la cabellera a partir de los 55. Su lengua materna fue el rumano; hablaba fluidamente el español y el francés, comprendía muy bien el *yiddish*, el alemán, el inglés y el hebreo, que usaba, a todos por igual, en réplicas, citas y acotaciones relampagueantes.

Iconografía:

Una fotografía de 1931 muestra a los S1 casi en pleno. El padre se distingue fácilmente: es el único varón. Siguen sentadas, la hija menor, Ella, una niñita seria, y la señora D-S1, Susana, canosa ya pero con su porte intacto. Mientras el marido ha cruzado la pierna y adoptado una postura espontánea de despreocupada satisfacción, Susana ha henchido el pecho, ha

enderezado la columna vertebral y apoyado su mano derecha sobre el regazo con elegancia, de manera que su cabeza se ubica por encima de la de Josef S1: es la imagen de una soberana de la casa, segura de sí. De pie, están las cuatro hermanas mayores, sonrientes en diversos grados: Beca, aún con trenzas, escruta la máquina y quizás al fotógrafo; Coca parece estar en un sueño de calma y serenidad, su brazo izquierdo pasa por debajo del brazo derecho de Chica y su mano toca el hombro de la madre; Lola, la más alta, cierra esa fila y despliega la sonrisa más abierta y más franca de todas, que revela la confianza de la primogénita. Cecilia, entre Lola y Coca, toma con fuerza el hombro del padre, ha inclinado la cabeza, sonríe apenas y mira con una cierta indiferencia, simulada, a los observadores potenciales. Aletean alrededor suyo una inteligencia sutil y, probablemente, una inquietud inesperada. ¿Dónde está Bibi? No puede haber sacado ella la foto; hay un profesional detrás de la cámara. Bibi ha preferido no salir: sus párpados caídos la llevaban a considerarse fea.

Un retrato de los S, recién llegados de Palestina a Bucarest, exhibe a un Raúl que mira hacia lo alto y sonríe con beatitud. Lleva puesta ya una de sus corbatas tradicionales de rayas, dibujos y colores. Cecilia no distrae sus ojos de la cámara mientras que el gorro de lana ladeado y la extraña sonrisa que deja ver los dientes del maxilar superior otorgan un carácter zumbón a su cara. Las dos figuras parecen fundirse a la altura del pecho. Un bello efecto de luz difumina los contornos alejados de sus cabezas y resalta, en cambio, la definición lineal de sus caras allí donde éstas se acercan. La secuencia luz-sombra-sombra-luz en las cabezas es un recurso estupendo: diferencia a los individuos y los integra en una superficie ondulante y continua. Un destino común despunta.

En otro retrato fotográfico, obtenido en marzo de 1936 momentos antes de la ceremonia de casamiento de Lola y Eddy, la pareja reluce en sus trajes de etiqueta. Raúl lleva un frac y Cecilia, un vestido de gran gala y escote, de falda acampanada. Sus cuerpos se alejan levemente el uno del otro, como si quisieran tomar distancia para observarse mejor y redescubrir la belleza que encarnan, aunque sólo Raúl mira hacia Cecilia. Ella prefiere, otra vez, dialogar con el observador. La luz contribuye a realzar el brillo de las figuras mediante los reflejos que produce en las telas oscuras, como si esta contradicción de un destello blanco que brota del negro y del gris intenso simbolizase el poder físico, la energía de esas vidas jóvenes y confiadas en el futuro. *Glamour*, pináculo del «discreto encanto

de la burguesía», vanidad pasajera, semejante a la de las flores del vaso y de la rama caída en el piso.

Durante una segunda fiesta de gala, probablemente en ocasión del Rosh Hashaná de 1936, la cámara ha captado a los S en una distribución vertical: Raúl, de esmoquin, concurre a la escena con cierta urgencia, agilidad y desparpajo juveniles; Cecilia luce el mismo vestido de la foto anterior con algunos retoques que lo hacen ver diferente, sonríe, espontánea, sentada junto a su hermana Coca quien parece abstraída. Susana cumple su papel de matrona sagaz, benevolente y, a pesar de que su cabeza está por debajo de la de Raúl, el aplomo de su figura y la mirada directa al contemplador la transforman en el eje del retrato colectivo. Una Beca a punto de abandonar la adolescencia, atractiva, de mirada y sonrisa astutas o seductoras, cierra el conjunto.

El cumpleaños de Cecilia número 25, en 1937, ha reunido en una imagen de álbum, a las cinco hijas de José S1, las hermanitas *Schwester* como la propia Chica solía decir, burlándose amablemente de su familia y de sí misma. Todos los matices y las gamas de la sonrisa se encuentran en esas cinco caras. Coca ha dicho un chiste o lanzado una observación jocosa que provoca la risa abierta de Chica y la obliga a cerrar los ojos: es tanta la felicidad que invade a nuestro personaje que, a contrapelo de las teorías fisonómicas, el reír no la afea, al contrario, la convierte en la más bella. Lola desenvuelve su magnificencia, Beca, su vivacidad contenida, Ella, esa cierta inocencia de quien sabe que hay que sonreir pero no ha captado el comentario chispeante de Coca. En síntesis, una felicidad desatada.

Il y a de la joie. Cecilia abre los brazos en un huerto de Valenii de Munte. Se ha vestido con un kimono y su gesto resume el entusiasmo de un renacimiento. Corre el verano de 1947, la guerra quedó atrás, no se avizora aún ninguna necesidad de abandonar Rumanía. Chica conserva su juventud. La madurez, en cambio, ha irrumpido sin estridencias en una foto que muestra a Cecilia y a Lola, sentadas en el asiento delantero del Renault 4CV que los A tuvieron en Francia a mediados de los 50, auto de película donde entraban cuatro adultos y tres niños, con el que salían los S y los A de excursión a Fontainebleau, Chartres, Giverny. Es probable que la situación económica incierta de Raúl y Cecilia en París, contrastada con las condiciones más prósperas y estables de Eddy y Lola, haya contribuido a que Chica, ya decididamente canosa, parezca la hermana mayor. La circunspección de la

mujer aumenta en una tercera fotografía de la pareja S, en la que Raúl se ve joven y despreocupado todavía contra el muro de una casa de campo en Moret. De junio de 1956, poco antes de partir hacia Sudamérica, es la toma hecha por un fotógrafo callejero en el muelle del puente de Iena, con la torre Eiffel en el horizonte. Hay un dejo de despedida aristocrática en la postura de Chica, quien apoya los codos sobre el pretil y se ha quitado un guante que ella misma sostiene como al descuido. La distante Susana es también el modelo físico y moral de su segunda hija.

La imagen siguiente corresponde a una foto-carnet, tomada ya en los primeros años de vida en la Argentina. Parecería que la pampa ha enizado los caracteres *mitteleuropeos* de la cara de Cecilia. Hay en esos pómulos, en esa mirada clara y algo melancólica (llamémosla «marca de la guerra y del exilio»), el eco de tantas actrices alemanas en los tiempos de su madurez, desde la Dietrich hasta la Scygulla. Incluso la hermosura de Chica, aún en los umbrales de la ancianidad, se acentúa, tanto al sonreir en el balcón de la casa de la calle Valle o en una cena en casa de Eka V, bien peinada, siempre junto a su marido, cuanto al cerrar los ojos sin querer, tal vez porque la serenidad de un trabajo cumplido la embarga, en la ceremonia del bachillerato-*maturità* de su nieta Constanza. De todos modos, la continuidad en la semejanza y en el esplendor femenino de las tres generaciones de mujeres -Cecilia, Aurora, Constanza- que aparecen en esa última toma es de por sí novelesca y cinematográfica.

La foto final de nuestra serie, capturada el 12 de julio de 2000 cuando Cecilia cumplió los 88 años y su familia la homenajeó en la casa de los B-S de la calle Combatientes de Malvinas, instala frente a nosotros el carácter y la gloria del legado de Cecilia. Chica se ha colocado una boina a la francesa y posa, sonriendo apenas, coqueta, para el fotógrafo que es su yerno. La hilaridad cunde entre los jóvenes que se han sentado a su alrededor: su nieta en el piso, su nieto Lucio y la novia Lucía, Maximiliano alias «*Pomelo*», el hijo de la amiga más antigua y entrañable de Aurora, Silvia Bsch, a quien Chica incluyó siempre entre sus favoritas. Todos imitan a la anciana y se han puesto sombreros que nunca usan, se han disfrazado. La escena es cómica sublime, pues se desprenden de ella una atmósfera de conciliación y la esperanza cierta de que una existencia humana sin dolor es, al fin, posible. Un clamor apagado y un reclamo en el mismo sentido llegan desde el otro horizonte de la familia, en un soporte material y simbólico a la

vez, por medio del sillón verde cuyo brazal se adelanta en perspectiva hacia nosotros y protege el cuerpo bien plantado (si bien debemos suponerlo muy frágil) de Cecilia. Ese sofá perteneció a los bisabuelos B1 de Gastón B, llegó a la Argentina en 1889 y formó parte de un juego espectacular de sala y comedor, estilo jacobino e importado de Inglaterra, que amuebló la casa de aquellos antepasados catalanes de los B-B1, cuando Miguel B1, empleado del Ferrocarril del Norte, y su mujer Leonor se instalaron en la ciudad de Jujuy. Como quiera que sea, de 1931 a 2000, de los S1 a los B-S, las dos tomas en los extremos de nuestra iconografía fueron hechas en un patio, bucarestino el primero, porteño el segundo, donde aletea, vaga e inconstante, igual que siempre, la felicidad.

RAÚL S-W-BERG.

Nació en Bucarest el 14 de septiembre de 1909. Fue el tercero y último de los varones nacidos en el matrimonio de **Josef S** y **Perla W-berg**. Al parecer, todos esperaban ya una mujercita y asomó, en cambio, un nene rollizo de casi cinco kilos, el único rubio de ojos azules, heredados de la abuela paterna. Un amigo del padre le escribió una felicitación en los siguientes términos: «Tu primer hijo es Aurelio, el segundo, Bernardo, seguro que el tercero se llamará Carol y así hasta que termines el alfabeto». Dice la autobiografía de nuestro personaje: «Creo que de miedo mis padres saltaron dieciséis letras y me llamaron Raúl».[1] Apenas caminó, el nuevo vástago se mostró dinámico, sensible, travieso. Lo bonito que él era y la circunstancia de ser el menor de los hijos de su nieta preferida despertaron en la bisabuela Tsune un cariño sin límites hacia la criatura. Las veces en que podía hacerlo, una vez por semana seguramente, la anciana se llevaba a Raúl a su casa con un hato enorme de ropa de la familia S para lavar y planchar. Tsune prestaba esa y otras ayudas esenciales a una Perla desbordada por la presencia de tantos varones en la casa [véase ***Bobe*** **Tsune**]. *Bobe* pensaba, además, que hacía un favor al pequeño, al que descubría siempre acosado por los hermanos, en especial por el del medio, Berchu, consagrado a explorar con sus dedos la cara del párvulo en busca de los mecanismos ocultos que lo hacían tan simpático y expresivo. Pero Raúl acostumbraba esconderse cuando Tsune partía con el paquete, pues prefería que Bernardo le taladrase los ojos cerúleos como si se tratase de un muñeco antes que sentirse solo, lejano y abandonado (extraño sentimiento) en lo de la *bobe*.

> El niño debió de ser fuerte como un cachorro de león porque, antes de cumplir los 2 años de edad, protagonizó un accidente insólito del que salió con vida y más robusto y movedizo que nunca. Cierta mañana, su madre Perla lo colocó sobre una cajonera vecina a la ventana del gran cuarto de los niños en el segundo piso y se distrajo un instante para buscar la ropa con que cambiarlo. Un pájaro se posó en el alféizar, Raúl estiró la mano con la intención de apresarlo. No se sabe si la ventana estaba cerrada sin el pestillo o bien si la criatura tenía ya la fuerza de Alcides-Heracles en la cuna cuando mató a las dos serpientes que le envió Hera, lo cierto es que la ventana se abrió de par en par, Raúl gateó detrás del pájaro y se precipitó

al vacío desde unos ocho metros de altura. Perla oyó el grito en el patio al mismo tiempo que sentía el aire que se colaba por la ventana abierta. Ella también se puso a gritar mientras se asomaba con desesperación y veía cómo el sastre, su vecino, quien acostumbraba coser en el patio las jornadas de clima agradable, había corrido a tomar al niño y lo metía debajo de un chorro de agua. La operación resultó salvadora: Raúl no cesó de berrear hasta que su madre bajó las escaleras, justo en el momento en el que la *bobe* Tsune se apersonaba igual que todas las mañanas. La anciana apenas tuvo resuello para darse cuenta de que su nieta volvía como una loca a subir las escaleras, cuando el sastre le contó de qué manera le había caído del cielo hasta sus pies el niño menor de los S y qué instinto misterioso le había llevado a recogerlo y ponerlo bajo el agua fría para reanimarlo. Tsune escaló los dos pisos a una velocidad digna de una jovencita, se desgarró las tres polleras que llevaba puestas con el fin de conjurar cualquier duelo posible y, al ver a Perla, le dijo sin piedad: «Si el gordo se muere, yo te mato». «*Bobe*, por favor, no lo haga todavía, tenga a Raúl en brazos que voy a traer al médico.» Llegó el doctor, un amigo de Josef de toda la vida, acostumbrado a visitar a los S de rutina o tratarles alguna fiebrecita, a tomar allí café amigablemente o charlar de las novedades de la política. Pero esa vez no podía creer lo que le contaban, llamó una ambulancia y, a pesar de que los alaridos indetenibles de Raúl constituían una buena señal, sólo atinaba a consolar a Perla de antemano: «Y bueno, tienen ustedes al menos dos varones, porque no sé si éste sobrevivirá después de semejante golpe. Tu juventud te permitirá parir un cuarto hijo que reemplazará a este tercero». En el hospital, curaron de inmediato las contusiones del pequeño y enseguida cayeron en la cuenta de que no había un solo hueso roto. Sin embargo, a las pocas horas, la temperatura del niño ascendió a los cuarenta grados. Tras una buena auscultación a la Laennec, el diagnóstico quedó claro: el agua salvadora había provocado un enfriamiento súbito y una pulmonía. Se especula con que Raúl recibió sesenta inyecciones en tres días. Después de setenta y dos horas espantosas, el menor de los S estaba curado. Una semana más tarde, ya pudo salir a jugar al patio junto a la *bobe* Tsune. El sastre lo miraba: «A ese nene, lo bañé yo cuando cayó. Mire allá arriba, de allá se vino abajo. ¿No es un milagro?». Raúl pensó siempre que aquel episodio había marcado su existencia y la había convertido en una metáfora del arte taurino, tan estrafalaria que el yo profundo resultaba escindido del devenir azaroso de un cuerpo arrastrado,

confundido y difuso en el fluir del mundo: «Mi vida fue un toro y yo el torero. No sólo el torero sino el picador, el banderillero, en fin, todos los que luchan para salir vencedores de un toro de lidia, muy fuerte». No obstante, lo acaecido reforzó la atracción de Raúl hacia los otros seres vivos: «El susto no me sacó el amor hacia los pájaros. Al contrario, pues teníamos en casa una jaula con dos canarios y, en un recipiente, un pescadito colorado que siempre, muy nervioso, se movía sin dirección mirando afuera y abriendo la boca, no sé si para respirar o gritar LIBERTAD. También había en la casa un perro, perdón, una perra, una gata y estábamos nosotros, los tres varones, por lo que mi padre decía: "Tengo peces, perros, gatos, dos canarios y tres diablos"».

Josef se encargaba, por supuesto, de domeñar a los demonios con métodos pre-freudianos, de los que Raúl conservó un recuerdo perenne, asociado a la idea de la pena necesaria y, paradójicamente, amorosa. «Con todos los castigos recibidos me daba cuenta de que me querían», no se cansaba de repetir nuestro biografiado. Una prueba del cariño que los padres sentían por el benjamín fue su presentación a un concurso de belleza infantil, poco tiempo después de la gran caída, en el que Raúl obtuvo un honrosísimo segundo premio, realzado por la ferocidad de una competencia difícil entre varios niños tan bonitos «como el Sol», según había exclamado *bobe* Tsune, colmada de orgullo gracias al desempeño de su bisnieto preferido en el certamen.

La infancia temprana de los tres varones S estuvo signada por los remansos dominicales. El día en que Josef descansaba, los hijos no tenían derecho a salir de la cama hasta que los padres no cantasen, con sus dos bellas voces de *mezzo* y de barítono, un repertorio bastante largo de aires rumanos, alemanes y franceses. La última canción era siempre la misma y provocaba la desesperación de Raúl: *El perro del soldado*, que contaba la historia de un soldado muerto en el frente cuyo féretro era seguido por su perro hasta la tumba; por supuesto, el animal permanecía allí, sumido en su tristeza, hasta que la muerte llegaba también para llevárselo. «Lo que sufría yo con esa canción no tiene nombre, escribió Raúl; cuando me descubrieron con los ojos llenos de lágrimas, ni mis padres ni mis hermanos pudieron tranquilizarme.» Durante dos domingos, el dúo evitó la balada del perro, pero pronto fueron olvidados los efectos del asunto en la sensibilidad del niño y la canción volvió a escucharse en los recitales del *weekend*. Raúl siguió llorando bajo la almohada por mucho tiempo más.

«Hasta ahora todavía, declaraba Raúl en la década del 70, cuando oigo una canción triste, me acuerdo del perro del soldado y… canilla libre. No sé por qué, puede que me parezca mucho a mi madre, emotivo y sentimental como ella, he llorado con mucha facilidad.»

[*Câinele soldatului, El perro del soldado*, es un poema todavía hoy muy popular en las escuelas de Rumanía, obra del poeta Grigore Alexandrescu (¿?-1885) quien se inspiró, en este caso, en una composición del francés Casimir Delavigne (1793-1843). Traducimos la balada escrita por el rumano: «Herido en las guerras, el soldado cayó, / murió en pocos días, con grandes dolores, / lejos de la madre que lo amó / y crió. / Desgraciado, sin parientes, en tierras extrañas, / sin amigos ni quien lo ayudase, / no existía nadie preocupado / por este viajero. / Su único socio en la desgracia, / su sola fortuna, un perro querido, / se sentaba a su lado y con gran atención / absorto lo miraba. / Ya está todo listo para el entierro, / ahora es levantado el cuerpo por otros camaradas, / éste es el único honor reservado a quienes mueren / por los emperadores. / Al frente de la marcha el perro avanza, / de sus ojos caen lágrimas sobre la tierra, / como a un hermano querido lo acompaña / hacia la tumba. / Allí se detiene, allí se sienta, / nada lo hace alejarse: / espera que le grite, cree que lo verá / cuando se despierte. / A veces intenta leventar la piedra, / a veces ladra a alguno que pasa, / atrapado por el dolor; parece que dijera: / Ven a ayudarme. / Luego, un extraño piadoso / lo quiere alejar y darle alimento, / él dobla su cabeza y mira la tierra, / nada quiere. / Hace dos horas que las sombras / oscurecieron nuestro hemisferio, / y el pobre perro de su lugar de sufrimiento / no se alejó. / Pero, al día siguiente, a la hora / en que se despierta el trabajador, / yacía al lado de la tumba, muerto de tristeza, / el perro *Azor*».]

Otro infierno minúsculo de Raúl se encendía a la hora de las comidas. «Largo tiempo, la palabra comer fue para mí sinónimo de castigo. No me gustaba la carne, no me gustaba el pescado. Pero, dado que por un loco no se podía cambiar toda la cocina con la que el resto de la familia se deleitaba, después de varias trompadas, me daban queso, pan con manteca y todo lo dulce que fabricaba mi madre.» El mundo entero, víctima y victimarios, se hartó de aquella situación, de modo que los adultos decidieron modificar las estrategias. Primero, el padre ensayó los modos de la comprensión y la dulzura: sentó a Raúl en sus rodillas y, acariciándolo, le arrancó la promesa de comer de todo «la semana próxima», un tiempo casi apocalíptico pues

nunca llegaba. Segundo, Perla ensayó guisar con mucho queso y con poca o ninguna carne pero, claro está, Aurelio y Bernardo clamaban por un solomillo de ternera alguna vez o por una buena carpa cocinada a la manteca y, en ocasión de las festividades judías, el *gefilte fish* era inevitable. Por fin, los propios hermanos inventaron un sistema, basado en el trueque, que amenguó las tensiones de almuerzos y cenas. El canje de pescado por garbanzos dulces entre Raúl y Bernardo, el de carne por torta de queso entre Raúl y Aurelio solucionaron las dificultades con un agregado inédito: los operativos del *do ut des* produjeron una risa colectiva, que se contagió a los padres y se hizo famosa al extremo de que una prima de los muchachos iba especialmente a la casa S a la hora de las comidas, no para comer sino para reírse a cuatro carrillos cuando asistía a los intercambios. Quizás, a partir de entonces, Raúl aprendiese a manejar los acontecimientos de su vida de tal suerte que siempre le resultara posible transformar sus pequeñas y grandes tragedias en sátiras y bromas, como si prefigurase un aprendizaje compensatorio de la guerra que, más tarde, interrumpiría «todo el chiste y la gracia» de la vida.

A comienzos de 1916, ante la inminencia del ingreso de Rumanía en el conflicto europeo del 14-18 a favor de los aliados occidentales, Josef S fue contratado por la Vega, compañía petrolífera, para hacerse cargo de la gerencia en las instalaciones estratégicas que la empresa tenía nada menos que en Ploiesti, el mayor centro de producción de petróleo de toda Europa. La familia S se mudó a toda prisa. Lo hizo sin Aurelio ya que el mayor de los S cursaba su primer año en el Liceo Lazar de Bucarest y no convenía sacarlo de una escuela de tamaña excelencia. Los primeros meses en Ploiesti hicieron las delicias de Bernardo y de Raúl. La casa del gerente se encontraba a un costado del gran portón de la refinería, lo suficientemente alejada para no alterar la tranquilidad cotidiana de Perla y de los niños, lo bastante cercana para que éstos vigilasen el tránsito de las cisternas y pudieran acercarse a ver en detalle las máquinas de bombeo o los tanques con el combustible crudo que llegaba desde los yacimientos próximos. «Habitaciones y más habitaciones en la casa», sintetizaba Raúl. La central, de paredes muy gruesas, estaba organizada en torno a una chimenea que calentaba toda la vivienda. Un desván recorría la planta completa y allí Perla no sólo ordenaba los baúles y los trastos, sino que ponía a secar racimos de uva moscatel que colgaban de sogas e inundaban el altillo. Los niños practicaban entonces dos distracciones, la primera

consistía en bajar al sótano en busca de la leña con la que colmaban el hogar de la chimenea; la segunda, en aprovechar las ausencias escasas de la madre, abrir la puerta trampa del desván, meterse adentro y comer uva seca hasta indigestarse. Al llegar el otoño, dos bolsas de nueces fueron colgadas a los lados de la chimenea: una contenía nueces «antipáticas», de cáscara muy dura; la otra, nueces de tan buena calidad que bastaba con apretar suavemente la cáscara que ésta se desprendía y caía en la mano el fruto delicioso. Josef sentía un placer verdadero cuando quebraba el envoltorio y ofrecía el contenido sabroso a cualquiera que se hallara a su lado. Cierta vez, dijo a Raúl: «Ya que no comes carne, debes comer muchas nueces». «Seguro, papá.» Pero Raúl estaba por entonces ahíto ya de frutos secos.

La desgracia fue que, con el otoño, se hizo presente la guerra. Rumanía había declarado las hostilidades a los imperios centrales en agosto de 1916. La campaña resultó desastrosa para los rumanos. «Un buen día», entre el 1º y el 6 de diciembre de 1916, «nos encontramos con los alemanes en la puerta», escribió Raúl en sus memorias. Ploiesti había sido rápidamente ocupada pues Alemania necesitaba controlar la fuente de su mayor provisión de energía. Aquel «buen día» terminó casi en catástrofe. Perla temía lo peor. Su marido estuvo ausente de la casa hasta bien entrada la noche. Cuando apareció, Josef se veía descompuesto de terror. Al saber hablar muy buen alemán, él hubo de hacerse cargo de los tratos con el ocupante enemigo. Las cosas transcurrían en medio de una cierta tranquilidad hasta que se presentó un general «prusiano», llamó al director y al gerente, vale decir a Josef, y blandiendo un revólver dijo: «Esta arma tiene seis balas. Si llegase a salir una gota de petróleo de la refinería sin mi conocimiento, las seis balas son para ustedes dos. *Verstanden*?». «Sí, comprendido, *herr* General.» El alto oficial se alzó del asiento, chocó ruidosamente los tacos de sus botas, saludó al director y a Josef con una reverencia (educadísimo el hombre) e hizo mutis por el foro. El señor S alertó a su esposa acerca de sus «amigas» en Ploiesti, a las que Perla solía enviar petróleo a escondidas para alimentar las lámparas de sus casas. Pero si respecto de Josef y del director todo había quedado muy *verstanden*, no así en lo que atañe a la madre de los S. El soldado Barbu, asistente de la familia, adoraba a la señora y a los niños, hacía todo cuanto ellos querían sin parar mientes en las consecuencias. Así fue cómo ayudó subrepticiamente a Perla a continuar las entregas clandestinas de petróleo a las damas necesitadas de Ploiesti. El operativo era simple: las amigas iban a visitar a Perla con una

botella vacía, escondida bajo las polleras, que la dueña de casa llenaba puntualmente del combustible extraído de una damajuana proporcionada por Barbu en secreto y escondida en el sótano. Una noche, Josef descubrió la estratagema, pidió un centinela permanente frente a su puerta con el pretexto de que temía ser la víctima de un robo y amenazó a Barbu con mandarlo al calabozo administrado por los alemanes. De todas maneras, Josef habría sido incapaz de hacer algo semejante. Bernardo y Raúl veían por los ojos de aquel joven, quien tenía hijos también, los echaba de menos y proyectaba su cariño de padre en ambos niños S. Barbu se las arreglaba para llevarlos al único cine de Ploiesti dos veces cada semana, en una carroza tirada por dos caballos que hacía sentir a Raúl tan orgulloso como un príncipe. Sin que Josef lo supiera, claro está, Barbu pagaba el cine a razón de tres botellas de nafta cada dos funciones. El colmo de las trapacerías combinadas, que realizaban Perla y el soldado asistente con miras a la buena supervivencia de la familia, fue la historia del pavo. Barbu, quien tenía el corral de las aves bajo su responsabilidad, comentó que la actitud del único pavo de aquel grupo no le gustaba nada, tal vez estaba enfermo y sería una lástima verlo morir. Perla sugirió que, de cualquier forma, el panadero pagaría una buena suma por el pavo, vivo o muerto. A la mañana siguiente, el ave había desaparecido. Esa misma noche, Josef volvió a su casa con un paquete enorme: había conseguido, a muy buen precio, un pavo entero, adobado y relleno para el horno, en el negocio del panadero.

En julio de 1917, Aurelio llegó a Ploeisti y allí se quedó durante el período de las vacaciones escolares. Los muchachos tardaron unas tres horas en semblantearse, ponerse al día con sus historias respectivas, romper el hielo que el crecimiento a ojos vistas y la nueva madurez del estudiante de Bucarest habían producido. Aurelio supo enseguida lo necesario sobre el desván, las uvas puestas a secar y las bolsas de nueces. A la hora de las comidas, el joven hablaba acerca de las condiciones tremendas de la vida cotidiana en Bucarest, la falta de alimentos, de azúcar, de combustible para iluminar las calles y las casas, las colas interminables que se formaban y en las que se hacía necesario participar con tal de conseguir las cosas mínimas de la subsistencia. Ploiesti conservaba los rasgos de un paraíso, no obstante la presencia directa, sin intermediarios, de los alemanes gordos y gritones que nutrían los peores miedos de Josef. Aurelio pudo conocer a fondo la refinería, interesarse por todos los procesos de *cracking* del petróleo, ahondar en la

ingeniería y en la química del fenómeno. Fue desolador el momento de la despedida, cuando el mayor de los S armó su valija, Perla puso dentro de ella víveres destinados a la despensa de la *bobe* Tsune y todos partieron hacia la estación a depositar a Aurelio en el tren que lo devolvería al liceo y a una desoladora Bucarest. Ni Bernardo ni Raúl pegaron un ojo aquella noche que Perla dedicó a llorar sin interrupciones.

La partida de Aurelio coincidió con las buenas noticias que se filtraron del frente moldavo. A comienzos de septiembre de 1917, tras un mes de lucha feroz, los rumanos y los rusos habían resistido y derrotado a los alemanes en la batalla de Marasesti. Corrieron rumores de que los alemanes se retirarían de la capital y de Ploiesti, pero nada de eso ocurrió. La revolución en Rusia paralizó el frente oriental y la retirada de todas las tropas rusas a partir de las negociaciones que llevarían al tratado de Brest-Litovsk, firmado al fin entre el nuevo gobierno de los bolcheviques y los imperios centrales en marzo de 1918, dejó completamente aislado al ejército rumano. El gabinete del rey Fernando I solicitó un armisticio a los alemanes, acordado en Focsani ya en diciembre de 1917. La retirada del enemigo de los campos petrolíferos de Ploeisti había sido un espejismo. La situación de Josef se tornó crítica frente al aumento de las exigencias de los ocupantes, sedientos de combustible: el hombre planificó entonces una huida callada a Bucarest, para lo que contó con la ayuda del director de la refinería, en un extremo, y del fidelísimo Barbu, en el otro. Los S hicieron las valijas en secreto. «En esos baúles y paquetes estaba toda nuestra felicidad, que pasó como pasa un sueño con hadas buenas. "¿Por qué pones esa cara fea, tío Barbu?", preguntaba yo. "Porque no sé si te voy a ver nunca más, Raulica." Yo miraba las valijas, gordas, pesadas, feas, miraba las caras preocupadas y, entretanto, se hizo de noche.» Llegó Josef, pálido y triste, como nunca lo habían visto sus hijos. Llegó la carroza e hicieron dos viajes, en el primero, Josef, Barbu y Bernardo llevaron las valijas; en el segundo, viajaron Perla y Raúl con los últimos paquetes. Se encontraron en el andén, pero Josef se había ocultado. Faltaba media hora para la salida del tren y nadie debía ver al señor gerente, nadie que pudiera denunciarlo en la refinería. Cuando la locomotora echó humo, Barbu besó a los niños y se largó a llorar. «Adiós, tío Barbu, adiós, sueños de riqueza y felicidad, ignoraba que debía también decir adiós a la niñez. Me dormí y desperté en Bucarest, en medio de un ruido espantoso de gente apurada, changarines, gritos y el rumor grave de la máquina del tren que

descargaba nubes y nubes de vapor blanco sobre la multitud. Cargamos todo el equipaje en un mateo con dos caballos gordos. Mis padres y Bernardo quedaron adentro del coche, yo me subí, muy resuelto, al pescante, al lado del cochero, pero enseguida tuve miedo. Veía las colas de esos animales inmensos, el vientre voluminoso, sólo eso en la noche oscura. Temía caerme.» Aquella noche, se resolvió la contradicción inocente entre la óptica de un niño, cuyas energía y curiosidad lo empujaban a sentirse feliz en circunstancias absurdamente trágicas, y las percepciones angustiosas de sus padres, cuando transitaban tal vez las horas de mayor desasosiego de sus vidas. En el momento de la visión de las anatomías animales, Raúl ingresó al mundo verdadero de la guerra.

Para empezar, los S fueron a vivir a un departamento que no tenía ni la cuarta parte de la superficie de la casa gerencial en Ploiesti. El hecho de que se tratase de una vivienda colectiva, con un patio central espacioso, al que daban otras cinco moradas como la de los S, ocupadas por familias con muchos hijos, compensaba bastante la estrechez del territorio privado e íntimo. Las alegrías que Bernardo y Raúl extraían de aquel alboroto de niños de sus edades equilibraban la tristeza del paraíso perdido. Pero el problema grave residía en el desempleo de Josef, quien estaba encerrado en la casa y «era imposible de aguantar». Sin embargo, ironía suprema de la situación, la necesidad de proveerse de los doscientos cincuenta gramos de pan por persona, cantidad máxima de venta autorizada que obligaba a hacer la cola en los negocios desde la medianoche, condujo a Josef a conferenciar pacíficamente con sus hijos todas las tardes y a organizar los turnos de la fila. Sólo Perla quedó exenta de la carga. Raúl se sintió muy orgulloso de ser, con sus 8 años, un elemento fundamental de aquella guardia que garantizaba a los S un kilo y cuarto de pan por día. De las doce de la noche a las cuatro de la mañana iba Josef, a quien relevaba Aurelio hasta las seis. Bernardo aparecía entonces y Raúl terminaba la secuencia entre las ocho y las nueve y media, hora en la que Josef regresaba con el dinero. Aquel pan, más negro que el cielo nocturno encapotado de nubes, formó la base principal de los menús en la casa S hasta noviembre de 1918, mes que trajo consigo dos acontecimientos gloriosos: el primero, Josef consiguió trabajo en una compañía de seguros, heredera de la sociedad donde había trabajado antes de la guerra; el segundo, Rumanía desconoció el tratado de paz impuesto por las potencias centrales en mayo del 18 y reingresó en el conflicto junto a los aliados. Los alemanes

abandonaron el territorio de Rumanía en menos de una semana. El país se sentó en la mesa de las negociaciones de paz junto a los vencedores y, en virtud de los tratados de Trianon, Saint-Germain y París, celebrados entre 1919 y 1920, se anexó las regiones de Transilvania, Bucovina y Besarabia, con las que fue erigida la así llamada *Romania Mare* (la «Gran Rumanía»). «Muchos amigos y compañeros de clase esperaban a sus padres, que no volvieron. De tantas madres, de tantas esposas, si se hubieran unido las lágrimas, podría haberse hecho un río. Resultado criminal, tributo de inocentes pagado para que unos pocos locos tuvieran la satisfacción de una ganancia ilusoria. No obstante, al fin de cuentas, volvió la alegría.»

Para Raúl, volver a los brazos amorosos de *bobe* Tsune no fue una felicidad menor, sobre todo porque la bisabuela, a quien se había encargado el cuidado de la gata Lichichy, nacida dos días después de Raúl en septiembre de 1909, devolvió al felino más reluciente y cariñoso que nunca. Hasta Josef se mostró amable con ella y le permitió estregarse entre sus pantalones. Tsune había agregado al patrimonio una perra vagabunda, *Foíca* («Hojita», en rumano), que se llevaba de maravillas con Lichichy y gustó mucho a Perla por haber nacido sin cola, un rasgo que la madre de los S consideraba signo inequívoco de gran raza canina. El contento de Perla impulsó a Josef a una aceptación resignada del zoo familiar. *Lichichy*, gata blanca de ojos amarillos, fue compañera inseparable de Raúl y de *Foíca*: al cachorro de hombre le ronroneó del placer de verlo hasta bien cumplidos los 17 años de ambos, cuando la gata entregó su alma; a la perra diminuta, más ladradora que un dragón, la asistió con cuidados y lamidas en cada ocasión en que tuvo sus crías, que fueron muchas por cierto.

Las edades de los hijos despertaron nuevos cuidados y preocupaciones en Josef, más que nada en aquellos campos donde el padre sentía que le estaba prohibida cualquier transferencia de las responsabilidades adultas hacia las manos de su mujer. «Al llegar a casa de noche, papá controlaba nuestro dormir. Si alguno de nosotros dormía con las manos dentro del acolchado en el invierno, lo despertaba y decía: “Si te encuentro otra vez con las manos adentro, te pego, afuera las manos que es muy sano”. Sano era, pero qué hacer en el invierno cuando baja la temperatura a menos veinte grados. Lo mismo sucedía cuando uno de nosotros perdía los guantes: otro par no se compraba y no nos estaba permitido meternos las manos en los bolsillos. Qué castigo para nosotros el haber

tenido un abuelo que dejase como herencia a nuestro padre semejante educación espartana.» Es obvio que la nueva tranquilidad de la existencia había recordado a Josef los peligros del onanismo, una práctica que, según se creía en la época, acarreaba las peores taras en las costumbres y los retardos de la mente. Gracias a Dios, la paz reinstaló también los famosos domingos de canto y las visitas del tío Juan, primo hermano de Perla, quien continuó repartiendo, igual que lo había hecho antes de la migración a Ploiesti, dinerillos de plata entre los tres hermanos S con el objeto de que se los gastaran en el cine y en la gran confitería griega de Bucarest. Max Linder, Tom Mix, Douglas Fairbanks eran los actores preferidos de Raúl. «Al principio, las películas mudas, en blanco y negro, imponían la presencia de una orquesta que tocaba, afuera del lugar de proyección, cualquier melodía. Sólo en los cines de más categoría adecuaban, a veces, la música de afuera y las escenas que veíamos adentro. La coordinación era difícil. Seguro que debía tocarse el *Guillermo Tell* en las vistas de Tom Mix u otro gran vaquero cuando cabalgaban con una rapidez tan grande que se cortaba el celuloide. Pero lo más frecuente era que en las persecuciones sonase la *Rêverie* de Schumann y en las escenas de Mix con Victoria Forde se escuchase el final de la *Obertura 1812*. En verano, era inaguantable el aire de la sala, porque se vendían entradas sin control y había personas sentadas y de pie, que se empujaban las unas a las otras, luchaban por un asiento apenas quedaba libre. Los domingos, no podían entrar los flojos en el cine.»

En 1921, Raúl comenzó los estudios en el liceo al que asistían sus dos hermanos. El fin del primer año de nuestro biografiado coincidió con la graduación de Aurelio entre los mejores alumnos de su cohorte. Dado que el colegio estaba regido y financiado por la Iglesia Católica romana, el nuncio papal asistía de rigor a los actos de cierre de los cursos y, en aquella ocasión, el diplomático estrechó personalmente la mano del destacado Aurelio. Siguió la lectura de las nóminas de los alumnos de todos los ciclos que habían aprobado las materias del año, mencionados a viva voz en el orden estricto de sus merecimientos, según correspondía a una época en la que las ciencias de la educación o bien se reducían a la pedagogía clásica fundada por Comenio y sistematizada por Pestalozzi, o bien no existían aún, pero la didáctica concreta se asentaba, en todos los casos, sobre un concepto irrenunciable de la carrera de los esfuerzos y del talento. Allí despuntó Berchu en un lugar mediano de su tercer año y, en cuanto a Raúl, fue el último del

primer año, es decir, el último nombre que se oyó en el claustro. Perla y Josef, rebosantes de orgullo al principio de la ceremonia y depositarios de las felicitaciones pontificales por el desempeño de Aurelio, estaban exhaustos y desinflados tras la tensión sufrida en aquel final que había colocado a Raulica al borde del precipicio de no aprobar el curso. Largos sermones de madre y padre más algún coscorrón propinado por Josef de regreso en la casa fueron la moneda corriente a partir de aquel momento después de cada acto escolar y hasta 1926. Raúl sólo obtenía buenas notas en dos materias: historia, a la que consideraba el relato de «aventuras verdaderas en el pasar de los tiempos», y geografía, debido a la bondad pragmática de su profesor del primer año quien había calificado con la nota máxima a todos los estudiantes de su clase. Ante el estupor de sus alumnos, el maestro había explicado que hacía tamaña excentricidad con el fin de levantar un poco el promedio general y apaciguar las tempestades domésticas de varios de los allí presentes. Agradecido por ello, Raúl estudió y amó la geografía, una ciencia que aquel hombre, el propio encargado de difundirla, consideraba un saber prescindible: «En la vida, había dicho, se puede vivir sin saber mucha geografía». Sin embargo, los avatares de la existencia de Raúl probarían lo contrario: primero, porque Raúl se casó con Cecilia S1, una admiradora absoluta de la eficacia y perdurabilidad del saber geográfico [véase **Cecilia S1-S**]; segundo, porque esos conocimientos permitirían a los S-S1 anticipar en sus cabezas los caracteres físicos, demográficos y culturales de las tierras de tres continentes adonde los arrojaría la historia en sus oleadas sucesivas. Ahora bien, notas altas, las mayores de su curso, bien ganadas, con legitimidad y alegría, Raúl las obtuvo siempre en cultura física. «Mis amores», llamaba nuestro adolescente a los aparatos de gimnasia, cuyo dominio le valió ser ejemplo perenne de destreza en boca de los profesores de la disciplina, «aunque al principio con contrariedad, siendo yo judío. Pero el equipo deportivo de nuestra aula ganaba siempre en cualquier juego, ayudado en parte por mi contribución, lo que hizo borrar cualquier obstáculo y llegué a ser un compañero querido de mi clase». En mayo de 1926, Raúl fracasó en dos exámenes finales con los que hubiera obtenido su título de bachiller. Josef se rehusó a dejar que su hijo menor repitiera el año a partir de septiembre y, de ese modo, Raúl nunca completó sus estudios liceales. No obstante, «cansado de explicarme que un vago como yo no iba a llegar a ninguna parte, mi padre me dejó elegir lo que me gustase, y así seguí con mi amor, la cultura

física».

Cuando nuestro héroe resolvió dedicarse seriamente a la gimnasia, existían dos buenas instituciones judías en Bucarest adonde dirigirse: Macabi, el club cosmopolita con ramificaciones hasta en Shangai y en la Sudamérica remota, y el Centro Aurora, fundado en 1907, portador del nombre en homenaje al periódico parisiense donde Zola había escrito su célebre defensa del capitán Alfred Dreyfus. Desde 1925, Bernardo frecuentaba el Aurora y se veían los resultados del ejercicio, tanto en el físico más robusto cuanto en el mejor comportamiento del muchacho. *Mens sana in corpore sano*. De ahí que Perla y Josef acogieron con beneplácito y esperanzas nuevas el que Raúl quisiera sumarse a su hermano en las visitas al gimnasio. Berchu dejaba solo «*al paquete*» en la sala de los principiantes donde los grandes aparatos, anillos, paralelas, potro y barra fija, amedrentaban a los bisoños lo mismo que si se tratase de gigantes verdaderos. Las clases destinadas a los más jóvenes tenían lugar los lunes y los jueves de nueve a once de la noche. Perla dejaba comida preparada para sus dos hijos. Al principio, Bernardo la engullía toda él porque Raúl quedaba tan dolorido después de los ejercicios que se iba directo a la cama sin probar bocado. Al cabo de tres semanas, por suerte, el hábito logró que el novato sintiese bastante más hambre que dolor y así comenzaron las peleas por quién se comía qué en la cocina de la madre. Berchu era director de su sala de atletas de la segunda sección y debía permanecer en el gimnasio un poco más allá de las 11 con el fin de ordenar el recinto, una circunstancia que Raúl aprovechó para correr primero hasta la casa, comerse todo lo que había y, encima, escribir con su propia letra y firmar con su nombre el billetito cotidiano de agradecimiento a la madre: «Estaba todo muy bueno. Gracias, mamá». Bernardo podía apenas tachar, furioso, la firma de su hermano, reemplazarla por la suya y prepararse un sandwich con lo que encontrase en la despensa. Pero sucedió que, al cabo de cinco meses, los progresos de Raúl lo llevaron a la segunda sección y lo hicieron sobresalir en ella. «Los grandes aparatos son fuente de cientos de ejercicios y otros cientos de combinaciones, son el amor de los gimnastas que, al comienzo, los han sufrido mucho. Para ser un buen gimnasta se necesita un aprendizaje largo, constante, no se trata de cualquier otro deporte en el que, en dos o tres años, se puede llegar a ser un maestro. No, porque los aparatos dan trabajo para aprender todos los secretos, y después de dominar una figura, de ésta hay que sacar decenas de otras combinadas. Sólo un enamorado, un

valiente entusiasta de los aparatos, puede adelantar más de la cuenta normal. Cierto es que, para mí, Aurora se volvió una pasión.» Bernardo se reencontró con toda la comida para él ya que Raúl se convirtió en el último gimnasta en abandonar las instalaciones, después de probar decenas de veces algún ejercicio que le gustase o en el que sintiese una dificultad inédita. Raúl aspiraba a lo perfecto. En 1927, pasó a la primera sección y se transformó en una de las cabezas más visibles de Aurora. Increíble. Berchu y los amigos de su edad se mudaron a Macabi, quizás no por celos respecto de Raúl pero sí seguramente porque Aurora había sacado a Macabi una ventaja aplastante en materia de enseñanza y cultivo de la gimnasia y el viejo club pretendía recuperar terreno. El menor de los S obtuvo muy pronto la dirección plena de la primera sección y planificó nuevas acciones, un cargo que mantendría por casi un cuarto de siglo sin cobrar jamás un centavo. Raúl se puso en contacto con sociedades filantrópicas judías, organizadoras de bailes nocturnos de la comunidad un sábado de cada tres, y les ofreció realizar breves demostraciones con los mejores deportistas de Aurora a cambio de la invitación de esos jóvenes a la fiesta sin pagar entradas más una compensación monetaria reducida, que bastaba a la hora de pagar la luz y mantener en buenas condiciones las salas del gimnasio. Proyectó y puso en funcionamiento un curso para niños y una sección para muchachas de entre 16 y 23 años de edad en la que asumió la responsabilidad principal de ser el maestro. La reputación y el prestigio de Aurora creció tanto en la colectividad judía gracias a Raúl que, en abril de 1929, la comisión directiva del centro, dominada por los *Old Boys* fundadores, ofreció la vicepresidencia del cuerpo a ese cuasi adolescente quien cumpliría sus 20 años en el mes de septiembre. «El comité no se equivocó con mi nombramiento porque, para mí, Aurora ya lo era todo.»

Antes de proseguir el relato de los felices sucesos a los que daría lugar la docencia de Raúl en la sección de las *jeunes filles en fleur*, digamos que aquel 1929 presentó ciertas aventuras y desventuras que aumentarían la fama de Aurora entre los judíos de Bucarest. «Era un momento de mucho antisemitismo, con un gobierno declarado antisemita y un rey sin mucha convicción ni interés por el país.» [Raúl alude en este pasaje a Carol II, sobre quien sus juicios fueron siempre muy fluctuantes, al socaire, precisamente, de las actitudes oportunistas del monarca hacia los judíos rumanos. En realidad, en 1929, gobernaba su hijo, el jovencísimo Michai, tras una primera renuncia de Carol a sus

derechos al trono debido al estallido del *affaire* de Magda Lupescu en 1925, cuando todavía reinaba Fernando I (muerto en 1927). En junio de 1930, Carol regresó a Bucarest y recuperó para sí la monarquía. Gobernó en los años 30 con el apoyo de los partidos liberal y campesino y merced a un acuerdo tácito con la Guardia de Hierro, agrupación fascista, fuertemente antisemita. En 1938, Carol quiso desprenderse de esos elementos demasiado peligrosos y proscribió la Guardia de Hierro. Pretendió también mantener neutral a su país al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, pero la invasión de buena parte de Rumanía por la Unión Soviética condujo al golpe pro-alemán del mariscal Antonescu y a la abdicación definitiva de Carol II el 5 de septiembre de 1940. No caben dudas acerca de que el régimen de Antonescu sería exponencialmente peor para los judíos que cualquier devaneo antisemita del rey Carol, a quien el amor de su vida, la Lupescu, judía convertida al catolicismo, debió disuadir muchas veces de cualquier extremismo contra aquel pueblo, un poco como la reina Esther lo había hecho con Asuero, pero sólo un poco ya que Aman-Antonescu se salió con la suya y desencadenó un remedo feroz de la *Shoah* en Rumanía. Por eso mismo, en algún pasaje de sus memorias escritas o en algún momento de sus recuerdos o dichos, la figura del rey Carol y su tiempo pudieron aparecerse a Raúl como entidades felizmente míticas.] A finales de 1929 e inicios de 1930, estimuladas por el estallido de la Gran Depresión mundial, cuadrillas de sedicentes «estudiantes», la mayoría compuestas de «truhanes, pillos y canallas» en palabras de Raúl, se apoderaron de las calles en los distritos de Bucarest donde había población judía, saquearon negocios y golpearon a gentes inermes. Los gimnastas y forzudos de Aurora y de Macabi depusieron cualquier competencia y se aliaron para salir también ellos al aire libre en defensa de los judíos atacados por las pandillas. Lo hicieron munidos de bastones, cuerdas gruesas y clavas de ejercicios. Los encuentros con los «estudiantes» antisemitas fueron sangrientos. «Los nuestros, decía Raúl, no tuvieron lástima alguna; cada cual pensó en vengarse de algún pariente humillado o lastimado.» Después de tres o cuatro combates, los agresores se vieron tan maltrechos que resolvieron no salir más a cometer sus bravuconadas y abusos. Por varios meses, el orgullo de la comunidad judía y el agradecimiento a Aurora y a su joven cabeza, nuestro biografiado, no conocieron límites.

A pesar de todo y del aura inesperada que había adquirido la familia S con semejantes eventos, Josef seguía pensando que

su hijo menor necesitaba un trabajo serio, permanente y, más que nada, remunerativo. De la fama hercúlea que Raúl se había echado sería difícil alimentar a una familia en el futuro. Un tío providencial, de quien nuestro hombre ignoró siempre qué lazos auténticos lo unían a la familia S, agente de bolsa, dueño de unas oficinas espaciosas en la calle Victoria y tan poderoso que pudo aguantar el sacudón del 29 de octubre de 1929, convenció a Josef de que hay otras ocupaciones en el mundo aparte de las de médico, abogado, arquitecto, ingeniero o profesor, oficios en los que un hombre tan buen mozo y desenvuelto como Raúl sabría descollar. De tal suerte, el joven S fue a trabajar de «dependiente de agente» en la Bolsa de Bucarest y comenzó a ganar un salario, que él mismo decidió entregar completo a su madre para solventar los gastos comunes de la casa S. Claro que el muchacho disponía de varios extras, por ejemplo, de su participación en el 1% del valor bruto de las compras que los inversionistas realizaban en el FF, «Fondo Fiduciario», porcentaje que se repartía todos los viernes escrupulosamente entre los empleados. Ya el primer *weekend* en el que Raúl dispuso de esos dineritos, un «buen amigo» de la oficina lo tentó con una visita al hipódromo, experiencia desconocida para nuestro personaje y que lo dejó fascinado a pesar de haberlo perdido todo en la primera vuelta. El domingo siguiente, Raúl regresó a las carreras y, oh, sorpresa, encontró allí a su propio padre quien, al contrario de cuanto podía esperarse, se mostró cariñoso con su hijo e incluso benevolente. Quizás lo satisficiera el hecho de que Raúl exhibiese con sus visitas al hipódromo un rasgo de masculinidad respetable y, en consecuencia, la prueba anhelada de madurez burguesa. Lo cierto es que Joseph no sólo lo acogió sonriente, sino que le dio un consejo muy oportuno: «En las carreras largas, nunca apuestes por una yegua aunque sea la máxima favorita, su corazón es más chico que el de los caballos machos y, al cabo de un trecho, se cansa y termina vencida». Raúl aplicó el precepto paterno un día en que la grande y hasta entonces exitosa Silvana corría los tres mil metros. Fue el único de entre sus amigos de oficina que apostó por un caballo. A partir de los dos mil metros, Silvana, que iba a la cabeza, comenzó a disminuir la velocidad en medio de la consternación general. Ganó el caballo elegido por Raúl, pero sus dividendos de juego duraron poco. Primero, por ser el único ganador de la jornada hubo de invitar a varias rondas de bebida a sus compañeros de juerga; segundo, el domingo siguiente, no hubo yeguas en competiciones de largo aliento y Raúl perdió todas las apuestas.

«No pasó mucho tiempo, me di cuenta de que las carreras no son ningún negocio, nadie gana. La distracción es cara, para gente que no imagina nada mejor que hacer con su dinero ni con su tiempo o que imagina demasiadas fantasías.»

Volvamos a Aurora y a la sección femenina que Raúl había organizado, en la que actuaba de maestro principal y, muy a menudo, de vigilante capaz de ahuyentar a los gavilanes que revoloteaban alrededor de la sala de gimnasia y molestaban a las chicas, nunca mayores de 22 años, de sólo mirarlas. «Esa sección de Aurora fue la raíz de todo lo bueno que siguió en mi vida. Allí elegí a mi esposa, y mi hija se llama Aurora, mis tres grandes amores.» En efecto, había una rubiecita de ojos azules entre las alumnas más fieles de Raúl que, un día, apareció con su hermana, muy parecida a ella, con los mismos ojos claros, y pidió autorización al profesor para incorporarla al grupo. El joven maestro dijo que sí pero que se requería colocarla, en principio, en el grupo de las principiantes. La dicha hermana pasó bien la lección de gimnasia sueca, la de carrera pero, al iniciar el trabajo gimnástico de los aparatos, se desvaneció sin golpearse. ¡Qué corrida! Raúl alzó a la desvanecida en los brazos, la trasladó a las duchas y la hizo volver en sí bajo el agua fría. (Si se recuerda el efecto de una operación semejante sobre el Raúl niño que se cayó del segundo piso, se deduce acertadamente que el agua fría rumana posee virtudes curativas excepcionales.) El susto había pasado pero, cuando regresó a la sala, el profesor se topó con su primera discípula bañada en lágrimas y sintió que se le retorcía el corazón. El severo atleta, obnubilado hasta ese momento por el sentido de la responsabilidad y el fundamentalismo de la enseñanza, cayó de su torre de marfil. «Como un velo que se levanta y deja una escena linda y sorpresiva, contemplaba un rostro nuevo, un rostro fino, y me di cuenta de que sus lágrimas me hacían mal. Le aseguré que la acompañaría a casa, que no había sucedido nada grave y que la prueba de ello era que la hermana había reanudado la carrera y volvía a hacer la figura que la había desmayado. ¿Entonces? Aquella caída ocurrió sólo para sacarme de una ceguera que algún día debía desaparecer. A mi edad y con tantas muchachas a mi alrededor, ¡yo no tenía más que interés en la gimnasia!» En cumplimiento de la promesa, pues, Raúl acompañó a las dos jovencitas hasta su casa y volvió a estremecerse cuando tuvo entre sus puños la «manita tibia de esa nena asustada» en el acto de despedirse. A la clase siguiente, el caballero preguntó por la «herida», una tal Coca según parece, a lo que la alumna, que había logrado hacerse

notar sin quererlo y se llamaba Cecilia pero le decían Chica, respondió con una invitación a su casa el domingo venidero a la hora del té, de modo que el responsable de la sección mujeres de Aurora pudiese ver a la desmayada y recobrar su tranquilidad. Raúl aceptó sin titubear: «Vestido muy paquete, arregladito, engominado [téngase presente que el castellano que usó nuestro biografiado en sus memorias es el que se habla en la Argentina, donde el nombre propio de un fijador, Gomina, que dominó el mercado en los años 30-40, sirvió para designar la acción de ponerse fijador en el pelo: «engominarse»] y buscando en el espejo faltas para corregir en mi traje o en los zapatos, me presenté en la que podría llamar la casa de la alegría o de la risa».

Era un domingo de junio de 1930. Raúl conoció ese día a las cinco hijas del matrimonio S1-D, tres apenas señoritas y dos niñas, a la madre, «con pelo blanco, también hermosa, porte de reina y muy parecida a su hija Cecilia», y al padre, persona acogedora y bonachona en aquella primera impresión. «Imagínense que, de pronto, uno es observado por cinco pares de ojos jóvenes, tres pares pardos y dos pares azules. Imagínense que, por donde mira uno, aparece otra cara nueva.» Raúl fue informado de que sólo le quedaba por conocer a la tía Bibi, hermana de la señora de la casa, quien vivía con ellos desde siempre y regresaría en cualquier momento [véase **Cecilia S-S1**]. Al cabo de un cuarto de hora, el visitante estaba algo perturbado, no veía que fueran a dejarlo un momento a solas con Cecilia, quien era ya el objeto de su interés, y comenzaba a tartamudear. Por suerte, el señor S1 mencionó el cargo de vicepresidente de Aurora que Raúl ostentaba con sus escasos 20 años, lo que retempló el ánimo del joven y le permitió recuperar su carácter risueño y conversador, cosa que no deja de ser caprichosa, pues Aurora era el sitio de la circunspección para Raúl y ahora, al ser evocado, el muchacho se tornaba chispeante y charlatán. Lo importante fue que el atleta y Cecilia lograron hablar en un aparte durante más de dos horas, en las que hubo pocas interrupciones de las hermanas quienes iban y venían con el pretexto de mantener bien provistas las fuentes de la *gustarica* ofrecida al huésped. Desde aquel domingo en adelante, Raúl se convirtió en el primer galán que frecuentó la casa de los S1, vigilado, examinado, disecado con disimulo, por los ojos de la señora Susana y de su hermana Bibi. Es probable que la noticia del noviazgo que se avecinaba corriese a la velocidad del sonido por los conductos de chismes de la comunidad judía de

Bucarest porque, menos de dos meses después de la primera visita del maestro de la sección mujeres a la morada de la calle Micsunele, en las clases de gimnasia empezaron las risitas alrededor de cada mirada que Raúl echaba sobre Cecilia durante las mismas. «Como la seriedad era la tarjeta de la sociedad Aurora, para trabajar tranquilo y no sufrir sarcasmos, hablé con Cecilia y le pedí que dejara de concurrir a la lección de gimnasia.» Raúl le daría una instrucción particular e iría a esperarla a la salida de su empleo, porque Chica, no obstante sus escasos 17 años, trabajaba seis buenas horas como dactilógrafa en una oficina. Aquellos viajes entre la empresa y la casa S1 se transformaron en la gran delicia de los jóvenes y compensaron con una encendida intimidad el barullo regular que rodeaba cualquier visita de Raúl a los territorios de Susana. El recorrido normal no insumía más de veinte minutos de caminata pero, con la conversación y los besos de los enamorados, transcurrían más de dos horas entre el lugar de trabajo de Cecilia y la calle Micsunele. «Esas noches, con estrellas, sin estrellas, con lluvia o nieve, bla-bla-bla y besos, con olor a lavanda o flores de primavera, no nos daban tiempo para pensar en algo concreto.» Cecilia quería regresar a las clases de Aurora, decía que las necesitaba para sentirse en forma. Raúl aceptó, después de improvisar una filípica frente a sus estudiantes de la sección femenina y comprobar que su oratoria había surtido efecto. «Me puse seco, cortante. "Quien quiera hacer gimnasia, adelante, quien quiera andar con chismes, a casa." Me tenían miedo, pobrecitas, muchachas jóvenes, la una más linda que la otra, me miraban como a un perro malo que muerde.»

A pasos agigantados, se acercaba el tiempo del servicio militar del ciudadano rumano Raúl S. Los hermanos y el padre ironizaban acerca de qué haría el benjamín de la familia a la hora de las comidas, mientras que la madre sufría de sólo pensarlo. «¿Qué vas a comer allá, si en tu casa no soportas la carne con gusto a carne y el pescado con olor de pescado, si cualquier pedacito de grasa te produce arcadas?» «Pero, mamá querida, ahora usted podrá cocinar todo cuanto se le antoje. Conmigo afuera, usted estará tranquila porque mis hermanos y padre comen como se debe.» Raúl partió un día a las cuatro de la mañana, a presentarse en un regimiento de administración militar muy cerca de Bucarest, destino que había conseguido el famoso tío de la bolsa merced a la intervención de varios oficiales presentes en su clientela de accionistas. Salió de su casa, limpio «como un soldadito de plomo», con una valija en la

que Perla había puesto las cosas más inverosímiles que pasaron por su cabeza y que ella interpretó podrían ser de utilidad al recluta. Había, por supuesto, una barra de chocolate que Raúl se comió entera antes de llegar a la unidad. El servicio militar de aquellos tiempos, máxime en aquellos estados del centro de Europa, siempre al borde del colapso político y social, que habían terminado de constituirse tras el derrumbe de los imperios centrales en 1918-1919, era una ristra casi insoportable de corruptelas, abusos y humillaciones. Con el argumento de que el ejército constituía el núcleo firme y eficaz, el repositorio de los valores más altos de las naciones, las autoridades castrenses se permitían dispensar tratamientos vejatorios y dolorosos a los conscriptos llamados a filas. Los castigos corporales, los cachetazos y las trompadas que propinaban los sargentos, eran el pan cotidiano. «Las orejas se ponían color guinda y todavía era obligatorio decir: "A la orden, mi sargento". Porque las trompadas eran la debilidad de los sargentos. Agréguese el hecho de ser judío y se imaginarán que llovían los puñetazos.» Sin embargo, la corrupción ganaba la partida y, por ello, los sargentos pasaban de la violencia a la venta de favores, especialmente destinados a los muchachos judíos sobre cuyas familias se suponía *a priori* que tendrían posiciones acomodadas. Raúl encontró desde la primera jornada en el regimiento a un antiguo compañero de estudios, judío y portador de un apellido que también comenzaba con Sch; el sargento los identificó de inmediato y decidió llamarlos de allí en adelante «los dos Sch», sin mayores especificaciones. «Somos el bueno de Schveik por partida doble», opinó uno de ellos aunque sin demasiadas resonancias. «¡Qué tanto lío! ¿De dónde sacábamos semejantes apellidos? Su rabia se hizo grande en el momento de vernos a ambos con reloj, que él no tenía. "Aquí hay dos peces gordos", se imaginaba y comenzaron las miserias.» «Mucho dinero, pocas trompadas», sintetizó Raúl en sus memorias. A pesar de lo cual nuestro autor no cesó de mechar sus recuerdos de la vida militar con reconocimientos contradictorios de hasta qué punto aquel servicio había sido para él y sus compañeros «una escuela de vida muy necesaria». Diríamos hoy que aquellas prácticas se salieron con la suya: impregnaron el espíritu de sus víctimas de una resignación al avasallamiento, al despotismo, a la hipocresía y el fraude, igual que si se tratase de fuerzas de la naturaleza, invencibles y actuantes en la vida social. De tal modo, lo que se imaginaba un sistema ordenado era, en realidad, un caos absoluto. «El cuartel, un hormiguero, donde nadie sabe nada. Preguntas y

más preguntas, cabos, sargentos que gritan, al fin con un papelito que cada cual retiene, cada soldado en su compañía, más tranquilo y la mirada que espera. […] Hasta el mediodía, cuando nos convocaron al patio, otra vez sin brújula. Ahora, ¿adónde? Apareció un suboficial con una voz y una cara que daban miedo. Gritaba nombres de sargentos, de los responsables de cada compañía. […] Y todos nos preguntábamos: ¿por qué gritan los sargentos y el suboficial? Nadie es sordo.» Lo que se exigía o suponía condición *sine qua non* de la existencia en el cuartel, ropa y botas impecables, por ejemplo, se tiraba por la borda en la primera maniobra para, enseguida, castigar su falta. «Un día lluvioso de otoño, todos afuera y a formar. Rompan filas, a formar, nuevamente rompan filas y otra vez a formar. Tras una lluvia que había originado un barro copioso, las botas no aparecían limpias ni lustrosas. Se acercó el sargento y, con una misma trompada, me pegó a mí, el primero de la fila, y llegó hasta mi amigo que ocupaba el sexto puesto. Vociferaba: "¿Qué dije de mantener limpio el equipo del soldado?".» Lo que se predicaba acerca de la moral acrisolada y el desinterés en la defensa de la patria escondía, más bien, un sinfín de pequeños latrocinios e impudicias de todo género. Desde el sargento que aceptaba una invitación de dos soldados de su compañía, los dos Sch, para almorzar en el café de la estación, disolvía su severidad o se mostraba jovial cuando comía y, acto seguido, al volver al cuartel, se ensañaba con quienes lo habían agasajado minutos antes («Ni bien entramos en el patio, dos trompadas nos esperaban, una para cada uno, y nos mostró el índice de su mano horripilante. Dijo: "No crean que por comer juntos somos amigos, ¿entendido?". "Sí, mi sargento", fue la respuesta.»), hasta los sobreentendidos y regalos que rodeaban las inspecciones destinadas, precisamente, a impedir la malversación de los fondos públicos asignados a las fuerzas armadas. Raúl fue testigo privilegiado de uno de aquellos chanchullos.

Después del tiempo que requería el aprender a manipular el arma «y otras reglas para saber mejor cómo matar en una guerra eventual», gracias a una segunda intervención decisiva del tío de la bolsa, el joven S fue trasladado a un depósito de materiales del ejército, subterráneo y de dimensiones gigantescas, a ocho kilómetros apenas de Bucarest. Asignado al teléfono, se hallaba bajo las órdenes directas de un capitán muy amigo de aquel famoso pariente. El oficial decía poseer una cantidad importante de acciones en el mercado de valores y autorizaba, en consecuencia, que Raúl fuese a Bucarest desde

los jueves a la noche hasta los lunes a la mañana para negociarle sus dividendos. En rigor de verdad, se trataba de un centenar de papeles de una sociedad vieja y casi inexistente, de manera que los negocios bursátiles piloteados por Raúl y su tío hubieron de ser, como mínimo, estrafalarios. Cierta vez, el capitán preguntó.

«"¿Me puedes explicar cómo es que, en los periódicos, mis acciones pierden puntos y tú siempre me traes ganacias?" "Misterios, mi capitán, le decía yo, misterios de la Bolsa que nadie entiende, salvo mi tío que es un campeón."» Un día, sonó por fin el teléfono en el arsenal y Raúl atendió. La voz del otro lado de la línea se identificó como la del secretario de un general y anunció que, en siete días, el dicho comandante en jefe realizaría una inspección del depósito militar. Orden de avisar de inmediato al responsable. El capitán empalideció cuando escuchó lo que Raúl le comunicaba. Hombre de costumbres apacibles, algo bonachón, se convirtió en un dragón, en una suerte de hipopótamo enfurecido ante la noticia. Aquella semana fue de pesadilla, Raúl no pudo asomar la nariz en Bucarest, se ordenó mil veces el archivo, se limpió, se lustró, se pintó, se ordenaron los estantes al milímetro, la cuestión fue que, el viernes siguiente; el capitán recibió, a las once de la mañana, la visita de un general, acompañado de otros ocho oficiales superiores. «Altaneros, hablaban con el capitán como con un nuevo recluta, pedían datos, preguntaban por cada detalle, buscaban en los registros, en los cuadernos y libros, controlaban la aplicación de las órdenes y los movimientos contables. "¿Quién es éste?", preguntó un oficial gordo al que apenas le entraba el uniforme, mostrándome como a una mosca que molesta. "El telefonista", fue la respuesta. "No lo necesitamos ahora, que salga inmediatamente." ¿Y si por casualidad sonaba el teléfono y yo no estaba al lado?, de seguro me fusilarían. Al cabo de una hora, se dirigieron a los depósitos del sótano. Salieron bastante pronto. La cara de nuestro capitán estaba serena o más bien alegre. La explicación la tuve ni bien los inspectores habían partido. "Mañana", me dijo el capitán, "irás con un paquete a la casa del general en Bucarest. Luego, te quedas allí con tu familia hasta el miércoles para volver a mis acciones." Durante la inspección, el general había visto algo lindo y había dicho, en el acto de mirar fijo a nuestro comandante: "Esto se pierde aquí y pega con un juego mío".» Aquel domingo, Perla llevó el desayuno de Raúl a la cama y le preguntó si, en verdad, el servicio militar era algo tan horrible como se decía. Raúl contó una historia para resumir su opinión

sobre el asunto: había ocurrido el tercer día después de la llegada al cuartel. El sargento preguntó si acaso existía entre los soldados alguien que supiera tocar un instrumento. Un recluta levantó la mano y dijo que él sabía tocar el piano, cosa que dio ánimos para que Raúl proclamara sus habilidades con el banyo. «Bueno, dijo el sargento, puesto que no tenemos ni banyo ni piano aquí, ustedes dos toman baldes y trapos y limpian mi dormitorio hasta que quede reluciente como una sala de música.» Extraña coincidencia en la malicia, algo cómica, en la vejación y en la estupidez de fondo de los militares en todas las latitudes del mundo. Pues, hacia 1939, cuando el doctor José B hizo su propio servicio militar en la Argentina, un sargento local hizo aquella pregunta sobre las habilidades musicales con una pequeña variación: «¿Quiénes saben tocar el piano?». Dos incautos alzaron los brazos. La consecuencia tuvo también una ligera diferencia respecto de lo acaecido en Bucarest. «A limpiar la cuadra de los borricos, entonces, que les vendrá muy bien a esas manitas delicadas el quitar tanta inmundicia.» Por algo Bucarest era entonces la *petite Paris*. Buenos Aires, lejos de serlo, no obstante sus pretenciones. Pero digamos también que, en el Río de la Plata, se cumplía en los cuarteles la prohibición del castigo corporal [véase **José B**]. El punto fue que, al regresar al depósito después del largo feriado del sábado al miércoles, Raúl supo de boca del capitán que quedaba licenciado hasta nuevo aviso, cuando tuviera que volver por un mes, nada más, al arsenal y obtuviera la certificación definitiva del servicio militar cumplido. Con excepción de esos exiguos treinta días, que se harían efectivos en la primavera de 1933, Raúl no volvería a encontrarse «con el ejército sino después de ocho años, para las maniobras que anticiparon la muerte de veinte millones de seres humanos, la Segunda Guerra Mundial». (Raúl quedó muy corto en su apreciación del número de víctimas del conflicto.) En el ánimo de nuestro hombre, el balance de su vida militar no pudo ser más contradictorio: «Así pasó la primera fase de mi presencia y paseo por el ejército rumano, con muchos recuerdos de cosas que, ahora [a mediados de la década del 80 del siglo XX], me doy cuenta, fueron necesarias para preparar al hombre a escuchar y respetar órdenes, a sufrir un poco, se lo merezca o no, a vencer la susceptibilidad, aguantar momentos difíciles sin chistar y otras inconveniencias que aparecían a cada momento e imaginar cómo resolverlas. Reconozco que el viaje militar me ayudó mucho y todavía hoy me acuerdo de momentos alegres, vividos en mi calidad de recluta, de telefonista, conociendo

caracteres como mi cabo, mi sargento, mi capitán, cada cual con sus partes buenas y malas, igual que nosotros todos. […] Cosas que no se olvidan: la cara de los sargentos, en los primeros días y en el primer cuartel. Una colección de las mismas caras, ojos rojos de furia, como en los cuentos del "había una vez", los mismos gritos y a la espera de ponerse a castigar. Sabuesos, que miraban a los reclutas con el fin de verlos caer en una falta y poder mostrar luego sus sabidurías en ciencias militares y su derecho de gritar y doblegar. Pobres reclutas, momentos en los que todos nos sentíamos huérfanos con padrastros severos y malos sin esperanza alguna. En el gran patio, unidos por un miedo general, con los ojos y los oídos y todos los sentidos desparramados en la alerta de no caer en desgracia alguna ni enfurecer a cualquier sargento. […] Cosas que no se olvidan».

De regreso en Aurora, Raúl encontró que sus proyectos de gimnasia femenina y ejercicios para niños marchaban viento en popa. Los lauros del éxito seguían siendo suyos, de manera que los presidentes de Aurora y de Macabi no titubearon a la hora de presentarlo como candidato conjunto a la Academia Nacional de Eduación Física, donde Raúl obtuvo su diploma de profesor superior de gimnasia en un tiempo relámpago y con notas sobresalientes. El jurado pasó por alto la falta del bachillerato completo en su caso, pero nuestro hombre hubo de prometer que se prepararía a conciencia en todos los temas teóricos vinculados a la gimnasia: la anatomía humana, la fisioterapia, la fisiología, los elementos básicos de la química, disciplinas que Raúl cultivaría a lo largo de la vida entera, hasta los tiempos últimos de la Argentina en que sería su hija Aurora, médica desde 1969, quien le proveería los textos *ad hoc*. También el noviazgo con Cecilia hizo progresos evidentes. Ya no sólo los sábados Raúl desaparecía de la casa paterna para organizar las exhibiciones de grandes aparatos y los bailes a continuación, sino que, los domingos, la casa de los S1 se había transformado en su lugar en el mundo, otro sitio bailable gracias al gramófono y a los discos de moda que compraban las hermanas S1: *fox-trot*, charleston «y mucho tango. El tango tuvo éxito en Rumanía. Creo que todavía se baila, se canta y se buscan grabaciones de tango. Estaba tan de moda en mis tiempos jóvenes que, llegada una melodía, no pasaban veinticuatro horas antes de que tuviera ya las palabras traducidas y adaptadas al rumano». Un día, cuando Raúl todavía no se había levantado de la cama, su madre se acercó, le arregló la cabellera, le dio un beso y preguntó: «¿Estás

enamorado, Raulito?». «Sí, mamá, y la quiero mucho, me voy a casar pronto.» «Seguro que te vas a casar, pero tienes dos hermanos mayores y tendrías que esperar a que se casaran ellos primero.» [Un argumento equivalente, claro que apoyado en la autoridad del *Genésis*, esgrimían en aquellos mismos momentos los padres de **Cecilia S1**. Véase la biografía correspondiente.] «Pero, si ellos no tienen apuro, ¿qué culpa tengo yo?» «Y ¿por qué tienes tanto apuro?» «La quiero mucho, mamá, y usted ya sabe lo que es eso, ¿no es cierto?» En aquel preciso instante, Raúl pidió a su madre que le permitiese invitar, el domingo siguiente, a un grupo de amigos a la casa; Cecilia estaría entre ellos y los S podrían conocer al amor del joven S. Perla vio a la novia y de seguro que le pareció excelente para su hijo, pero Josef fue taxativo: las leyes de la comunidad, las costumbres, el tiempo, todo imponía una espera. «Para ellos, pensaba yo, no para mí, el rey de los apurados.» En marzo de 1933, Raúl tuvo que regresar a la milicia con el objeto de saldar la deuda contraída con su capitán. Por fortuna e intercesión del perenne tío de la bolsa, el muchacho volvió a ser el telefonista del arsenal a pocos kilómetros de Bucarest, donde aún se encontraba de servicio el oficial que tanto lo había protegido en la primera etapa de su experiencia militar. Regresaron así, durante aquel mes que Raúl debía descontar, los viajes a Bucarest para encargarse de los negocios bursátiles del capitán, «el teléfono, la cama más dura que la piedra, el aburrimiento de tardes y tardes». No obstante, una novedad simpática, a la par de conmovedora, fue la presencia de un soldado al que Raúl no había conocido, cuya pequeña historia lo colocaba en el extraño panteón donde reposan Schveik y Wozzeck.

HISTORIA DEL SOLDADO KRAFT

Entre mis compañeros había uno llamado Kraft, petiso, narigón, con una mirada rápida que buscaba en todas partes algo invisible, brusco en sus movimientos, un hombre inquieto. Se ignoraba de dónde tenía y cómo podía tomar cada mañana una gran cantidad de leche. Todos los reclutas le preguntábamos pero él se negaba a responder y nadie fue capaz de descubrir el origen de la leche. Kraft significa, en alemán, «fuerza». Y los compañeros le decían, especialmente a la hora del desayuno en que recibíamos un té lavado y descolorido para tomar: «Kraft, con tu kraft *nos has quitado la leche que nos correspondía, ¿de dónde la sacas?». Pobre Kraft, flaco, feo y retacón, no decía una palabra. Una mañana, al volver yo de Bucarest más temprano que de costumbre, me encuentro con una botellita de medio litro de leche al lado del*

teléfono. Sabía que aquello era de Kraft, así que me serví la mitad, me la tomé y completé el faltante con agua. Llegó Kraft y, al tomar su leche, se quejó. «Leche con agua me ha dado esta vez, no le voy a pagar.» «¿A quién, por Dios, Kraft?», pregunté ansioso. Me miró con sus ojos juguetones, algo temerosos: «No te lo digo, me vas a denunciar». Fue el enigma de la compañía hasta la liberación. Cuando estuvo libre, no pudo irse sin divulgar el secreto. Lo esperaban varios compañeros para averiguarlo y el exsoldado se vio obligado a confesar si no quería recibir una paliza. El ordenanza del capitán le había vendido medio litro cada mañana, cuando llevaba la leche para el comandante. Kraft lo compraba al precio que fuese porque sabía que tomar leche favorece el crecimiento. Pobre Kraft, aunque hubiera incoporado diariamente la leche de dos vacas, no podía crecer más ni ser un poco más hermoso.

Así es, la baja de Raúl y de sus compañeros fue sentida como una «liberación». En la puerta del cuartel, aguardaban llorando madres, novias, esposas inclusive con niños en los brazos. Era un día de marzo, «el sol entibiaba el aire y parecía que él también se hubiera contagiado de aquella alegría general». Con su libreta de enrolamiento «en perfecto orden», todavía con el uniforme puesto, henchido el pecho y una hombría adquirida, a la vista de quien quisiera mirar, Raúl entró en su casa, «triunfador como el Cid». Lo esperaba allí una conversación seria y formal con sus padres, que se produjo el mismísimo día del regreso. «Escucha, Raulito, ahora que terminaste tu servicio militar, ¿no quieres hacer un lindo viaje?», atacó Perla. «¿Dónde y por qué?», preguntó Raúl. «Tu padre tiene una hermana en Suiza, otra en Ámsterdam y una prima en Palestina. Adonde quieras, allí te vas.» «Pero ¿quiénes son esas mujeres?» «La tía de Suiza está casada con un banquero en Zúrich; la de Ámsterdam, Liba, es la mujer de Cardoso, un gran comerciante que importa bolas de marfil, objetos de laca y juegos de *ma-jong* desde China: a lo mejor puedes viajar hasta Shanghai y ser su agente allí. ¿Te imaginas la aventura? La prima de Palestina se casó con el hijo de un rumano, un auténtico sionista, quien compró tierra a los árabes en las inmediaciones de Jaffa en 1895 por consejo directo de Teodoro Herzl. El hijo quiso volver a Galati para buscar novia y así conoció a tu tía y se la llevó a Palestina; ahora la pareja tiene tres hijas muy bellas.» Raúl cayó en la trampa y eligió Palestina. No por las hermosas primas lejanas, pues estaba enamorado hasta el tuétano de Chica, sino porque la cuestión del sionismo en acto lo entusiasmaba, lo atraía desde el

momento en el que había pasado por Aurora, de visita, un sabra atleta y había hablado de aquellos judíos trabajadores de la tierra a la par de combatientes y también negociadores cotidianos con árabes o beduinos según cupiera. «Creo que Palestina me gustaría, pero ¿cómo llego hasta allí?» «Cosa de tu padre y mía», contestó Perla. «Y mirándome con ojos llenos de lágrimas, me dio un beso. Separarse del benjamín es cosa triste para una madre.» Aquella misma tarde, Raúl, «más muerto que vivo», fue en busca de su Cecilia para contarle lo ocurrido. «Sin puntos ni comas, sin cantar ni llorar ni mirar a nadie en la cara, expliqué lo que había pasado en casa y cómo yo había elegido Palestina.» Las cuatro hermanas, Susana, Bibi, siempre tan solícitas, desaparecieron de la escena en un segundo. Chica estaba lívida. Raúl se deshizo en explicaciones y prometió que, apenas tuviera un buen empleo, la convocaría a gritos de ser necesario, que ella viajaría y que se casarían de inmediato. El tiempo sería «la vacuna del amor, que cuando el amor es tan grande como el nuestro, unos meses no cuentan», balbuceó el joven S. Volvieron la madre, el padre y el resto de la familia S1 al salón de la casa donde se desarrollaba el pequeño drama, y entonces Raúl subrayó que era persona seria, de una sola palabra, que nadie temiera ningún abandono y, que apenas tuviese cómo mantener una esposa en Palestina, él les imploraba que la dejasen salir.

En junio de 1933, Raúl abordó el *Ardeal*, un carguero rumano preparado para llevar también personas cuyo nombre celebraba el de una nave de guerra austrohúngara que, hundida en 1914, había sido reflotada por los rumanos y había participado en acciones navales heroicas en la guerra contra los alemanes. [El 21 de abril de 1944, el carguero se destacaría a su vez, en el marco de la nueva guerra, durante la evacuación de las tropas rumanas de Crimea bajo el fuego soviético.] En aquella ocasión, el *Ardeal* llevaba 127 judíos de Rumanía, la mayoría jóvenes, hacia Palestina. El buque partió de noche del puerto de Constanza y, a la mañana siguiente, fondeó en los muelles de Estambul. A Raúl se le salía el corazón del pecho de tanto entusiasmo. «Al mirar por la ventanilla redonda de mi camarote, se veían las torres, los alminares alegres de decenas de mezquitas, un sol tibio que nos invitaba a bajar cuanto antes.» Eso hizo nuestro amigo junto a otras personas de su edad con quienes había conversado y reído toda la noche. Pasearon por el barrio elegante de Pera, tomaron un café turco que quedó como el más exquisito de su vida en la memoria de Raúl, bajaron al distrito de Sultanahmet y allí entraron a visitar

Santa Sofía, que aún funcionaba como mezquita: «Con cúpulas de oro macizo, con joyas de valor incalculable, con alfombras persas de seda donde se pierde el pie al pisarlas, enviadas desde tantos países que buscan el favor de Mahoma y regalan esas maravillas de la tapicería, todos los peregrinos en pantuflas habían dejado los zapatos en la entrada. Fueron momentos estremecedores, momentos en los cuales la personalidad se pierde, se conmueve, se emociona». [El presidente Ataturk convirtió la vieja iglesia de Justiniano en museo a partir de 1935 y mandó retirar todas las alfombras lo mismo que las capas de yeso que cubrían los mosaicos de los siglos XI y XII; quedaron al descubierto las imágenes y sus fondos de oro, con lo que se vio bien cuál era el fundamento de la fantasía registrada por Raúl de cúpulas de oro macizo en la construcción.] En el acto de volver al barco, el grupo estuvo a punto de cometer un error fatal: confundidos por el parecido entre las banderas de Alemania y de Rumanía (sólo un negro y un azul oscuro las diferencian en la última franja), acentuado por la oscuridad del atardecer, los muchachos judíos habían comenzado a subir la pasarela de un carguero alemán, vecino del *Ardeal*. Por suerte hubo alguien que se percató del asunto, cuando vio sobre la cubierta la cara de pocos amigos que exhibía el marinero de guardia en el puente del barco alemán. «Ya se hablaba mucho del antisemitismo feroz de Hitler, nuevo canciller de Alemania, antes de que saliéramos de Constanza; se decía que era un cáncer maligno que haría agonizar a Europa», recordó Raúl en sus memorias.

Al dejar el mar de Mármara y navegar a mar abierto en el Mediterráneo, el paquebote empezó a moverse y balancearse con la furia suficiente como para ahuyentar a todos los pasajeros del salón comedor. Raúl estuvo de parabienes, porque «con tantas piruetas en los aparatos de gimnasia, con años de andar cabeza abajo, piernas arriba» no sintió el más mínimo mareo y comió por cuatro. La travesía resultó más larga de lo calculado debido a las tormentas en las aguas del canal del Mediterráneo que separa a Chipre de Anatolia. La víspera del arribo a Palestina, el *Ardeal* ancló frente a Beirut. Era de noche y ninguno de los pasajeros fue autorizado a bajar. No obstante, el espectáculo de la capital libanesa iluminada superó las mejores vistas del viaje. «Imagínense, en medio del negro pesado de la noche, aparecen ante los ojos miles de luces de todos los tamaños y colores, que venían de lejos y se prendían y apagaban como en un baile cuidadoso, como en un juego de chiquilines frente a todos los mirones de los pasajeros quienes

salimos a marir un paisaje tan singular. Parecía una fotografía que respiraba, un cuadro único que vivía. Los mismos marineros admiraban el escenario y decían que, cada vez que pasaban, lo descubrían más hermoso. ¿Quién se imaginaba la tragedia que nos esperaba al día siguiente?» Pasaje y tripulación amanecieron en Jaffa, un puerto que Raúl vio de lejos y consideró sucio, descalabrado, sin rada, ni desembarcadero, ni refugio, ni abrigo. El *Ardeal* echó anclas a unos cien metros de la costa, se le acercó un remolcador del que salieron cinco individuos que abordaron el carguero. Se trataba de la comisión instituida por la autoridad británica de Palestina, formada por dos representantes ingleses de la administración, dos representantes árabes de las comunidades locales y un diputado de las colonias judías. Los cinco miembros de esa junta, encargada de examinar y aprobar, por mayoría de votos, los ingresos de viajeros en Palestina, se instalaron en el comedor del barco y comenzaron los interrogatorios de los 127 pasajeros con intenciones de bajar al puerto. Enseguida estalló el drama. El delegado judío votaba en soledad a favor de otorgar los permisos de ingreso a Palestina pero, al ponerse invariablemente los británicos del mismo lado que los funcionarios árabes para negar esas autorizaciones, tan sólo tres jóvenes, quienes habían viajado con el propósito declarado de instalarse en un *kibbutz* y contaban además con salvoconductos firmados por burócratas ingleses, pudieron descender. El resto del pasaje, todos «turistas maquillados» según gritaban los representantes árabes de la comisión, estalló en un griterío, en un coro de lamentos y llanto que partió el corazón de Raúl. Por suerte, el joven S alcanzó a pasar a los muchachos del *kibbutz* un papel con el teléfono de los tíos de Tel Aviv que lo esperaban. En efecto, el marido de la prima de Josef S, quien creyó en un principio que el *Ardeal* se detendría en Haifa y estaba dispuesto a salir de madrugada en su automóvil rumbo a ese puerto en el norte de Palestina, se enteró de la maniobra de los británicos para desviar el barco a Jaffa, donde el peso de los árabes en la comisión de permisos de inmigración era bastante mayor que en Haifa, y así pudo desistir a tiempo de ir hacia el norte y logró ubicarse en el muelle de Jaffa cuando partía al encuentro del *Ardeal* el remolcador con la junta a bordo. Cuando vio que descendían tres personas del barco rumano, el tío se les acercó de inmediato y así tuvo noticias de que Raúl había quedado en la nave. Sus contactos en la dirección del puerto le permitieron, no obstante, tomar él mismo una lancha y dirigirse al *Ardeal*

donde descubrió la figura de su sobrino, dijo que se trataba de un visitante temporal y asumió en persona la responsabilidad de su mantenimiento mientras permaneciese en Palestina. Raúl recibió la venia para bajar en Jaffa. «Cómo me miraban los que se quedaron, como a un afortunado de otro mundo, con ojos que imploraban comprensión y un pedido mudo de que yo interviniese por ellos. Lo intenté, pero mi tío dijo que era en vano y que ya me daría cuenta del porqué. El barco se volvió con toda la carga de los pasajeros, en un regreso que duró tres meses y del que hablaron los mayores diarios del mundo.»

El relato autobiográfico de Raúl contiene en este punto una larga consideración acerca de la situación política y social de Palestina al momento de su arribo que consideramos importante glosar, porque ilustra tanto el contexto de sus nuevas experiencias cuanto el estado de ánimo solidario y patriótico que lo embargaría durante largos meses. Desde tiempos remotos, los judíos habían comprado una y otra vez su vida y su libertad en Europa hasta que, a finales del siglo XIX, se corporizó un sueño en la persona del «visionario» Teodoro Herzl, quien comenzó a bregar por la construcción de una patria judía en la tierra ancestral de Palestina. El banquero Rothschild y otros muchos como él creyeron que el sueño de Herzl era realizable y resolvieron entonces iniciar la operación de la compra de tierras a los árabes en Palestina e instalar en ellas colonos llegados de todos los rincones de Europa, especialmente de Rusia y Polonia donde se desencadenaban *pogroms* recurrentes, alentados por el gobierno zarista. Poco a poco, aumentó el número de los compradores judíos en Palestina y comenzó a verse una transformación inesperada del paisaje, pues los migrantes europeos introdujeron en ese lugar del Cercano Oriente técnicas nuevas de irrigación y cultivo amén de una fuerza constante de laboriosidad humana, asentada en formas cooperativistas y colectivas de explotación del suelo, de aprovechamiento, reparto y reinversión de las rentas. De todos modos, la lucha de aquellos judíos agricultores de los tiempos modernos hubo de enfrentarse a dificultades naturales inmensas, desde el acarreo del agua a través de grandes distancias hasta el clima insoportable que producía el *hamsin*, un viento cálido que hacía subir los termómetros a cincuenta grados y que secaba los árboles plantados con tanto trabajo y tan altos costes. Súmese a ello la reacción de los árabes, de las tribus beduinas en especial, quienes, según la perspectiva de Raúl, asombrados y rencorosos ante el nuevo florecimiento de las propiedades que habían vendido, entre

encandilados y envidiosos de los jardines o *pardess* levantados por los inmigrantes, no sólo se negaron a realizar cualquier transacción nueva con colonos judíos sino que se unieron para dificultarles el ingreso a Palestina e incluso se pusieron a destruir, durante las noches, sus sembradíos y plantaciones. Entre 1920 y 1921, hubo varios *pogroms* en Jaffa que culminaron con una matanza de judíos, iniciada el día de la conmemoración obrera del 1º de mayo de 1921. La mayor parte de los judíos residentes en Jaffa se mudaron, como consecuencia de esos acontecimientos, a la vecina Tel Aviv y construyeron allí una ciudad nueva que, ya en 1927, había superado en población a la misma Jaffa. Raúl descubría la clave de bóveda del nuevo edificio social y cultural de Palestina en el sistema de los *kibbutzim*: «Así nacieron los *kibbutzim*: Un grupo de familias trabajaba, juntas, por el bien de todos, cada cual en lo que sabía o podía para que el *kibbutz* saliera adelante. Una sola caja, donde entraba el dinero del trabajo colectivo, pagaba las necesidades de todos los componentes. Alrededor de las casas, jardines que daban frutos, más que nada, ese fruto de oro, como se llama a la naranja en hebreo. Trabajo y más trabajo, desde la salida del sol hasta la noche muy tarde, sin descanso y con mucha esperanza. Los árabes, disgustados de ver las tierras que, antes salvajes, no habían permitido siquiera el sueño de que se las pudiese trabajar, puro polvo como habían sido, no podían creer lo que se veía: jardines florecientes en lugar de fangos tristes, flores, plantas y maravillas en lugar de piedras y suelo árido». A la hora de explicar la raíz más profunda del conflicto bien instalado en Palestina en los años 20, que más tarde crecería de manera impensable a partir de la fundación del Estado de Israel en 1948, Raúl acudió a una explicación muy tradicional asentada en el carácter sagrado de aquella tierra para las tres religiones monoteístas, sin que por ello dejara de hacer resonar la tromba lejana e inconsciente del reproche que Lucrecio blandió, en el mundo pagano del siglo I a.C., contra el espíritu religioso en general: «Palestina, bajo el mandato inglés, un país no más grande que un pañuelo, tenía una sola ventaja por la que se había luchado desde la Antigüedad para conquistarlo: tres grandes santuarios, que presenciaron luchas sangrientas en todos los tiempos, aunque no creo que ninguna religión hable de hacer correr sangre para imponerse. Sin embargo, desde la Antigüedad hasta hoy mismo, corre la sangre en esos lugares. La tumba del rey David, el muro de un templo destruido hace dos mil años, una mezquita muy querida por los árabes, la tumba de Jesucristo y Belén,

lugar de su nacimiento; tres religiones en pugna que, ante una sola señal, combaten entre sí y producen miles de muertos, aunque en las escuelas nos enseñen que Dios está presente en cualquier lugar».

A pesar de esta visión de las causas de la lucha entablada en Palestina, fueron los nuevos jardines, mucho más que las cuestiones religiosas, los factores que despertaron las pupilas y arrebataron el interés de Raúl desde el primer día en que, montado al auto de su tío, dejó atrás Jaffa, atravesó Tel Aviv y llegó a la casa que su familia había construido en Ramat Gan. El camino entre la ciudad y su suburbio estaba flanqueado por largas hileras de eucaliptos recién plantados. Nadie daba demasiado por esos árboles frágiles y de poco más de un metro de altura, sin embargo cuando Raúl regresase al lugar en 1979 encontraría allí una avenida magnífica de eucaliptos y podría compararla con otras equivalentes que había descubierto en la pampa argentina. Pero, en 1933, a Tel Aviv la rodeaban la arena y el sol. Ramat Gan, un distrito elegantísimo en 1979, no tenía entonces más que tres edificios: una fábrica de jugo de naranja, un pabellón desde donde se administraba la urbanización del lugar y, por último, la casa del tío de Raúl que tenía su encanto y prefiguraba la arquitectura del porvenir, pues se trataba de una construcción horizontal de geometría sencilla y explícita, con habitaciones grandes y ventiladas distribuidas en dos plantas. Se la había levantado en el tope de una colina baja. El montículo presentaba cinco terrazas y un sendero en zig-zag que subía a la casa. Desde una cisterna ubicada en el punto más elevado del conjunto, se obtenía el agua del sistema de riego que había transformado la acrópolis familiar en un vergel. Gasas gigantes cubrían los árboles para impedir la depredación de los pájaros y los insectos volátiles. «Las flores eran de una belleza y fragancia tales que a veces daban jaquecas y dolor de ojos.» Raúl tuvo a su disposición un dormitorio amplio y un baño con ducha exclusiva para él. Los tíos le hablaban en rumano mientras que las tres hijas, ignorantes de la lengua de sus padres y con el hebreo por lengua materna, lo hacían en buen francés. La tía había sido profesora de francés en Galati y había enseñado ese idioma a las tres morenas, a cual más bella, Zilla, Dora y Leila.

Una mañana, Raúl salió a visitar Tel Aviv. Era una ciudad en expansión. No había calle donde no se edificase. Los trabajadores, desde el director de obra hasta el peón menos especializado, eran todos judíos de los cuatro rincones del mundo y de las profesiones más dispares, aprendidas en sus

lugares de origen: había arquitectos e ingenieros, por supuesto, y también abogados, profesores, letrados, había hombres rubios, otros de aspecto mongoloide, muchos yemenitas y negros africanos. Un peón, oscuro como un abisinio, que llevaba una argolla en la nariz y se declaraba judío (*falasha* quizás), dejó estupefacto a Raúl, quien preguntó a su tío cómo era posible aquello. «Son todos judíos», respondió. «El milagro, ni yo lo conozco», si bien lo cierto es que tal vez se tratase de un israelita etíope, descendiente de los judíos que, entre los siglos VI y V a.C., construyeron un templo para rendir culto a Yahvé en la isla Elefantina a la altura de la primera catarata del Nilo. La historia de los yemenitas era mejor conocida, se creía que eran descendientes de los hebreos enviados por Salomón a rendir homenaje y servir a la reina de Saba, reforzados más tarde por algunos dispersos tras el cautiverio de Babilonia. Su altivez, su fuerza leonina, su religiosidad profunda, su aislamiento tenaz, su capacidad para el trabajo sin descanso, infundieron un gran respeto hacia ellos en el espíritu de Raúl, que se acrecentó cuando supo que la última oleada de aquellos judíos había llegado a Palestina para escapar de la inicua «ley de los huérfanos», promulgada por el imam Yahya en 1922 en Yemen, en virtud de la cual los huérfanos judíos menores de 12 años eran convertidos por la fuerza al Islam y entregados a familias musulmanas. Esos conversos forzosos, que habían logrado huir aun a riesgo de una muerte segura por apostasía del Islam en el caso de haber sido atrapados, formaban el grueso del nuevo exilio yemenita en Palestina. Al volver a la casa de Ramat Gan, la tía preguntó qué opinión merecía a nuestro joven S lo visto y oído en Tel Aviv. La respuesta gustó tanto a la señora que la repitió literalmente en la mesa a la hora de la cena, delante del resto de la familia: «Por primera vez, me encontré con tantos judíos, tantos trabajadores, con una misma idea y una misma voluntad. Trabajar es luchar y con semejantes luchadores el país forzosamente crecerá». El puntaje de Raúl debió de ascender a las nubes pues, en la noche del primer sábado que siguió, Zillia, la mayor de las hijas, lo llevó a bailar al Blue Club en Tel Aviv, un lugar «de mucha categoría», con el pretexto de que encontrarían seguramente un grupo muy divertido de amigos. No apareció ni una sola de las relaciones de Zillia. Raúl probó esa noche, por primera vez en su vida, el whisky con hielo y soda; le supo a agua jabonosa pero le dio fuerzas para salir a bailar un tango que ejecutaba un trío muy diestro de piano, violín y acordeón. Se sucedieron las piezas y la pareja bailó sin interrupciones hasta que el dueño

ordenó cerrar el local. Era muy tarde, Zillia y Raúl estaban embriagados por igual «de un deseo loco». Cuando alcanzaron el montículo de la casa en Ramat Gan, Raúl preguntó a Zillia si estaba muy cansada; ella asintió con la cabeza y dio a entender que el joven podía abrazarla para aliviarle la carga de subir el sendero. «No sé la impresión que dejé en esa chica, sospecho que no fue de las mejores. Aquél fue el peor momento. Si no la beso ahora, me decía a mí mismo, quiere decir que no me inspira ninguna atracción y tomo a Dios por testigo que mi deseo era besarla, comer esos labios color guinda y terminar con la educación, con las mentiras convencionales, con todos los consejos recibidos hasta entonces. No la besé y ese fue el veredicto que yo mismo me impuse. Otra chica, rubia, de ojos azules, esperaba en otro país. Di las buenas noches a Zillia y cada cual partió a su dormitorio. No pegué un ojo aunque los cerraba, pero veía una cara muy querida y ausente… hasta la mañana siguiente.» En el desayuno, alguna noticia de los sucesos románticos de la víspera hubo de trascender porque la tía apuró un interrogatorio acerca de las intenciones de Raúl en Palestina. El benjamín de Josef y Perla declaró que quería ir a trabajar a un *pardess*, enseñar gimnasia y aprender allí mismo el hebreo. El plan no pareció malo en absoluto, pero la tía se había puesto inquisitiva e insistió sobre el porqué de un proyecto tan radical y responsable. Raúl contestó *in continenti* que quería llamar a su novia y casarse con ella en Palestina. Más de una de las comensales tragó saliva. De todas maneras, tres días después, el tío había conseguido un puesto para Raúl en el nuevo *kibbutz* de Tel Mond, donde ya se encontraban trabajando dos miembros de una familia judía muy conspicua, los Weizmann, es decir, dos sobrinos de quien sería más tarde el primer presidente del Estado de Israel.

Raúl se adaptó muy pronto a la vida del *kibbutz*, formado por unas cincuenta familias y cien jóvenes solteros de ambos sexos. Las mañanas, desde muy temprano, el menor de los S iba al *pardess* con una pala, abría hoyos regulares alrededor de naranjos jóvenes, los llenaba de agua sacada de los depósitos más cercanos, alimentados por canales estrechos y resguardados del sol, y luego los tapaba con un disco de material rígido que impedía la evaporación. Antes de los tres años de la planta, se dejaba que las frutas madurasen en el árbol y no se cosechaban. El tronco se fortalecía de manera que, al cabo del período de crecimiento, su copa rebosaba de naranjas maduras de la mejor calidad. Los habitantes solteros de la colonia almorzaban juntos en un comedor grande donde

«el ruido era ensordecedor, pedidos, gritos, rumor de platos, muchachas que traían fuentes de comida, en fin, todo el barullo con alegría, porque estaba prohibida la tristeza, que se miraba con ojos de reproche, pues la juventud obligaba a reír mucho y disolvía los sinsabores». Raúl se hallaba de parabienes con el tipo de comida que se preparaba, pues la escasez de carne encendía el ingenio de los *chefs* del sitio quienes preparaban con legumbres sustitutos de la carne que sabían a gloria a nuestro hombre, encantado además de iniciar cada almuerzo con una escudilla de *marak perot*, una compota fría muy jugosa, una suerte de sopa de fruta, deliciosa y reparadora. Después de una siesta breve, Raúl no regresaba al naranjal sino que se ocupaba de dar clases de gimnasia a los niños del *kibbutz* quienes, a la mañana, habían concurrido a la escuela a aprender la matemática, la lengua y la historia hebreas. Nuestro héroe modificó los métodos del Aurora: La etapa de la gimnasia formal se abrevió y disminuyó la severidad de las exigencias; Raúl prefirió pasar lo más rápidamente posible al juego, al voley, al basquet o al fútbol y enseñar de paso, sin que los niños se percatasen demasiado, los principios de la buena respiración o el despliegue adecuado de la fuerza muscular. A partir de las seis de la tarde, a la hora en que los adultos regresaban del *pardess*, Raúl se ponía a disposición de quien quisiera hacer ejercicios reparadores y relajantes, por lo que la jornada laboral del recién llegado se extendía varias horas más allá de la del resto de los colonos. Agréguese a todo ello la asistencia que, también como profesor de gimnasia, Raúl prestaba una vez por semana en dos poblaciones hijas de Tel Mond, Ein Vered y Herut. Claro que, los primeros días, la ignorancia del hebreo significó un obstáculo mayor, sobre todo con los alumnos adolescentes del curso de deportes quienes aprovechaban la incomprensión de Raúl para tenderle bromas algo pesadas. Un personaje inesperado vino en su ayuda, el *sabra* Dany, hijo de un empleado en la administración del *kibbutz* y de una de las cocineras del comedor de jóvenes. Dany era enérgico, optimista y batallador, se enamoró enseguida de las lecciones de Raúl y se enzarzó en dos o tres peleas con los bromistas más pertinaces, hasta que los convenció de que ejercitar el físico y aprender a jugar bajo la dirección de un atleta de aquellos quilates brindaba a todos la ocasión de oro de desarrollarse y crecer como seres humanos completos. «Olvidaba decirles que a Dany le faltaba un brazo.»

Raúl se hizo cada día más popular. El joven Ezra Weizmann lo invitó a compartir su casa de ladrillos; el menor de los S

aceptó con entusiasmo y así pudo aprender bastante *ivrit* en pocas semanas, por cuanto Ezra era un cultor fino de esa lengua, escritor de cuentos y poesía. El muchacho, además, le salvó la vida durante un episodio que ahora se ha de contar. Cuando Raúl iba a Herut, la administración de Tel Mond ponía un caballo a su disposición y el maestro de gimnasia salía entonces impecablemente vestido, con la ropa blanca impoluta que se consideraba entonces la mejor tenida para hacer ejercicios físicos. Puesto que el animal también era blanco, la visión de aquel jinete debió de ser un espectáculo digno del cinematógrafo. Cierto sábado, en el camino a Herut aparecieron las carpas de unos beduinos, «de esos árabes que se movían por todo el país, buscando líos, que podían robar y, a veces, matar si lo juzgaban necesario; de noche, entraban en los jardines y cortaban los árboles, vaya a saber por qué motivo o para vengarse de qué». Raúl estaba a mitad de camino cuando se dispararon tres tiros desde el campamento beduino. Nuestro hombre no tuvo tiempo de quedar «petrificado de espanto», porque, en cuestión de segundos, de Tel Mond llegó un grupo de siete caballeros armados, dirigido por el amigo Ezra quien, nacido y criado en Palestina, hablaba perfectamente el árabe. Ezra se enfrentó a los beduinos, ya bastante amedrentados, y preguntó, en perfecto árabe, por qué razón alguien había tirado contra el blanco profesor de gimnasia. Los beduinos cedieron el paso hacia sus tiendas. Ezra encontró y confiscó un fusil de fabricación inglesa, escondido bajo la arena frente a la carpa principal del aduar. A la mañana siguiente, las gentes del campamento habían partido. El *hamsin* comenzó a castigar aquella tarde la llanura de Sharon, con tal fuerza y ardor que los expertos del *kibbutz* dispusieron que el horario de trabajo en el *pardess* se extendería desde las diez de la noche hasta las cuatro de la madrugada. Durante el día, imposible el dedicarse a nada que no fuera estarse encerrado en la casa y tomar una ducha de a ratos, con el agua recalentada por ese viento despiadado, «nacido de los fuegos del desierto y que iba a morir en el mar».

Otro sábado, en el que Raúl terminaba su jornada con un paseo bajo la frescura de una isleta de eucaliptos, tuvo lugar un acontecimiento casi tan lleno de fuego y de peligro como el del tiroteo, pero Ezra no se presentó y el atleta rumano tuvo que salvarse solo. «Caminaba y sentí pasos detrás de mí. Una chica me seguía de cerca. "¿Dónde vas?", le pregunté. "Tomo fresco entre los árboles, igual que vos", me contestó. Cuando llegamos al bosquecito, me agarró con fuerza y me besó locamente. Fue

un fuego sobre mis labios. "¿Perdiste el juicio?", protesté. "No, para nada, es que te pareces a mi novio y, dado que no lo tengo a mano, te beso a vos, ¿hago mal?" Se llamaba Judith y yo pensé en aquel momento que, como Holofernes, perdería la cabeza en el sueño y no quise ser el doble de un novio ausente.» Resultaba obvio que la llamada a Cecilia no podía postergarse más tiempo. La carta de Raúl conmocionó a la judería de Bucarest. Había llegado la hora de que los S1 autorizasen la partida de una jovencita de 21 años para que atravesara varios mares y otras tantas tierras y fuera a casarse, sola ella y su alma, en un *kibbutz* de Palestina con el inmaduro héroe del club Aurora. La determinación de Chica que, según se dice, asumió la forma radical de una huelga de hambre de catorce horas, convenció a Susana y a Josef S1 de que lo mejor era dejar que su hija se lanzara a la aventura. Cuando Raúl recibió la respuesta anhelada -Chica desembarcaría en Haifa a fines de agosto-, tuvo vergüenza de pedir ayuda a su tío, se las arregló para solicitar el permiso de ausentarse dos días del *kibbutz* y llegó a Haifa la noche anterior al arribo de Cecilia. «Fue la primera vez que estuve delante de una montaña edificada: el monte Carmelo, que termina casi en el mar, desde la cima, bastante alta, hasta su base, totalmente cubierto de casas construidas sobre la piedra y de jardines hechos con toneladas y toneladas de tierra fértil acarreada hasta allí, haber imaginado y realizado aquel jardín persa sobre una montaña es una maravilla, que muestra hasta dónde puede llegar el deseo invencible y la fuerza que da una idea fija, la de acabar con el miedo y levantar un país y un pueblo nuevos. De noche, ver el Carmelo iluminado con miles de luces de colores, confiterías, cines, calles pavimentadas, en fin, una montaña en movimiento, era una espectáculo increíble para mí, que venía del Tel Mond. Y yo pensaba que Chica, al ver semejantes bellezas, no iba a creer la historia de mi desembarco en Jaffa.» La comisión de Haifa, tal cual se ha dicho, actuó con mayor benevolencia hacia los judíos y dejó bajar a casi todo el pasaje sin oponer reparos. Raúl abrazó a Cecilia y recogió las dos valijas que contenían, de acuerdo con lo escrito en las memorias del menor de los S, «esperanzas, planes y las comodidades que Chica juzgó indispensables para nuestro hogar», aunque nosotros debamos suponer, a partir de cuanto ha quedado bien documentado en el caso de la migración posterior y última de la pareja a la Argentina, que allí dentro habría sábanas y manteles bordados, un acolchado de plumas (utilísimo en el clima de Palestina, sobre todo durante los días de *hamsin*), varios cubiertos de

plata, un salero de cristal y quizás una escoba [véase **Cecilia S1-S**]. En dos horas, los novios estuvieron en Tel Mond y almorzaron en medio de la algarabía general del comedor, al que excepcionalmente se sumaron los habitantes casados del *kibbutz*. Ezra cedió la totalidad de su casa de ladrillos a la pareja por el tiempo que ellos necesitasen hasta conseguirse algo propio y se marchó a dormir en la habitación de un amigo. A las cinco de la tarde, los tórtolos siguieron viaje a Ramat Gan donde Cecilia fue recibida con todos los honores y se resolvió que la boda tendría lugar en casa de unos familiares del tío de Raúl, los Druyan, quienes vivían en Kfar Saba, cerca de Tel Mond, ciudad muy antigua de Palestina, famosa desde los tiempos de los Seléucidas.

El día de los esponsales estuvo a punto de terminar en tragedia a causa del rabino que oficiaba la ceremonia. Preguntó el santo varón los nombres de los contrayentes; ella, «S1», que en *ivrit* quiere decir «libros»; él, «S», que en alemán significa «escritor»; los nombres de los padres de los contrayentes, ella dijo «Josef», él dijo también «Josef», que así se llamaban el uno y el otro. Chica y Raúl, ambos rubios, de ojos celestes y bastante parecidos, por cierto. El rabino gritó, escandalizado, que se pretendía legalizar y bendecir la unión incestuosa de dos hermanos. Imposible proseguir con la ceremonia. Aquello se convirtió en un pandemonium. Ezra quería pasar a los hechos con el rabino, pero la intervención del tío de Raúl, muy respetado en la comunidad de Kfar Saba, así como las garantías dadas por el señor Druyan apaciguaron los ánimos. Cinco personas ofrecieron por escrito su testimonio de que no se trataba de hermanos y, a regañadientes, el rabino aceptó terminar el trámite pero impuso a Raúl la firma de un documento paralelo al acta del matrimonio por el que el marido se comprometía a pagar cinco mil libras palestinas a la esposa (la libra palestina equivalía en la práctica a su homónima inglesa, de modo que la cifra implicaba una fortuna) en cualquier contingencia que condujese a la disolución del vínculo. Raúl ha dejado una bella descripción de la paradoja de aquel instante de su vida, de la serena contradicción que implica sentir que el individuo que somos experimenta algo crucial y, al mismo tiempo, un impulso involuntario nos empuja a detener la atención, tal vez por no saber qué cara improvisar o dónde posar la mirada, en cualquier detalle insignificante del mundo, lo que nos prueba, a su vez, hasta qué punto el flujo de lo real no se detiene a considerar ese clímax efímero de nuestra existencia minúscula. «Cuando se oficiaba la

boda, yo no sabía dónde mirar, si al rabino, si a Chica, si afuera, donde en aquel mismo momento pasaba una caravana de camellos cargados. Observar cómo se movían los camellos, con ese paso tranquilo de columpio y balanceo, cada animal con un poco de espuma blanca en la boca rumiante, me daba una impresión extraña e, igual que si soñase, oía cómo alguien preguntaba algo y otro respondía. Con Chica a mi lado, estaba yo respirando, moviéndome, sintiendo cosas que me sucedían sin darme cuenta. Pasa muchas veces con todos nosotros, en momentos excepcionales, fuera de la rutina, que los vivimos soñando.» De casa del rabino, los novios y sus invitados fueron a la fiesta en lo de los Druyan, donde toda esa multitud de amigos noveles y de personas apenas conocidas desenvolvió malabares de gentileza y bonhomía para que los recién casados sintieran al menos una sombra de los grandes afectos que habían quedado tan lejos y cuya magnitud, alimentada por las cuatro hermanas S1 y los dos hermanos S, por los padres y la pléyade de los tíos en Bucarest, no podía ser compensada ni por asomo en Kfar Saba. No obstante, Raúl y Chica apreciaron aquellos esfuerzos y anudaron un vínculo con los Druyan que, muchas veces, les hizo pensar que no había sino unas pocas cuadras entre la casa de esa familia en Palestina y la casa de la calle Micsunele. De regreso en Tel Mond, la nueva familia S-S1 obtuvo una casa de madera por vivienda y Ezra regresó a la suya de ladrillos. Se avizoraba un buen futuro en el *kibbutz*, pero un consejo y una oferta concreta del tío de Raúl introdujo una inflexión inesperada. En efecto, el tío dijo que las más altas autoridades judías de Palestina habían decidido trabajar con celeridad en la unión de Tel Aviv y Ramat Gan a través de una urbanización que exigía el empleo de mano de obra fuerte y bien asalariada. Hechos los cálculos, se concluía que, si Raúl aceptaba emplearse como obrero en la construcción de aquel corredor entre ciudades, ganaría bastante más que cuanto recibía por su trabajo en Tel Mond (claro que el tío olvidaba que los jóvenes S tenían asegurada una vivienda digna y una buena alimentación completamente a cargo del *kibbutz*: iba de suyo que el tío no apreciaba las ventajas del socialismo, probablemente las verdaderas y pocas que en el mundo han sido, si intentamos decirlo con las palabras de Fray Luis). Y, para terminar de tentar a Raúl, estaba el atractivo de la vida en la ciudad, del movimiento de las calles, negocios y cafés, que, al parecer, Cecilia extrañó a las pocas horas de asentarse en la colonia. «Tomé la decisión, todavía no sé si fue una decisión feliz», dudaba Raúl en los años 80 cuando escribió sus

memorias. Los de Tel Mond, Ezra a la cabeza, no podían entender que, por un poco más de dinero, los S dejaran el *pardess* y se mudaran a Tel Aviv. Raúl se escudaba en el hecho de que tanto Cecilia cuanto él mismo eran criaturas de ciudad, que necesitaban de sus distracciones como del aire que se respira. Claro que nuestro héroe aceptó gustoso no dejar Tel Mond hasta que el *kibbutz* consiguiese un nuevo profesor de gimnasia. El trámite no resultó largo ni difícil gracias al impulso que el sionismo recibía de los judíos alemanes, muy bien calificados, quienes comenzaban a huir del antisemitismo nazi. De entre ellos, fue reclutado un maestro gimnasta al que Raúl instruyó en una semana.

Los S se mudaron a Tel Aviv y pasaron a vivir, junto a otras dos parejas de rumanos, una de ellas con un hijo de 5 años, en una sola habitación. Los tres varones salían juntos al alba y trabajaban en el mismo obrador, a la vera del río Yarkon, una vía de agua que, en aquella época, no sólo estaba muy contaminada sino que era el caldo de cultivo de cuantas especies de zancudos e insectos de larvas acuáticas uno quisiera imaginar. Un compañero de Raúl pretendió aligerar el esfuerzo de las tareas de cavado de pozos, de alzado de muros, de acarreo de ladrillos a los pisos altos, de tensado de los tirantes metálicos del hormigón, todo bajo un sol impiadoso, y aceptó alborozado ocuparse de la tropilla de ocho camellos que transportaban materiales y escombros. Le parecía cosa de niños tomar la brida del primer camello, hacer que se levantase de su postura de descanso, acto que era imitado siempre por los restantes animales, y luego poner en movimiento la caravana. Una tarde, el primer camello se rehusó a alzarse. El hombre se puso nervioso y comenzó a tirar de la soga que pasaba por la boca del rumiante. Éste permaneció tranquilo largo rato, casi meditativo, hasta que, contagiado por el desequilibrio de su patrón humano, le cubrió la cara y la cabeza con la espuma blanca y hedionda de su saliva. El amigo ventajista de Raúl volvió de inmediato a las labores específicas de la albañilería. La paga era bastante buena, alcanzaba para comprar buena comida, darse el placer de tomar jugos de fruta o helados, ir al cine los sábados por la noche. «Así, al lado de un arquitecto de Alemania, un médico de Letonia, un abogado de Marruecos, o un ingeniero de quién sabe dónde, nos mezclamos todos con la única idea fija de dar todo y más, de dar hasta la última gota de sangre por el país que necesitábamos, y si nosotros no alcanzáramos a tenerlo, por lo menos preparábamos el camino para los que vendrían detrás nuestro. Sin saber en esos años

qué cerca estaba la hora de la recompensa. Con el esfuerzo, con el corazón y el alma unidos, el mundo parecía vibrar y veíamos cómo crecía de una mañana a la otra algo que desde hacía miles de años nuestro pueblo esperaba. [...] Mas todo lo que debe pasar pasará. Todo viene de Allah, dice un proverbio árabe. Estaba escrito que no debía quedarme mucho tiempo en aquellas tierras.»

El Yarkon hervía de parásitos como el esquistosoma de la bilharzia y de variedades de mosquitos «de todos los colores y de todas las maldades». Raúl fue picado por el mosquito del papatachi y cayó redondo al suelo en el momento mismo del pinchazo. Alcanzó los cuarenta grados de fiebre en cuestión de minutos y fueron diecisiete días de tiritar, de tomar quinina, de estar bajo aquel acolchado que Cecilia había transportado de Bucarest y del que todo el mundo se había burlado. La fiebre no cedía y el médico, enviado por el tío de Ramat Gan, desesperaba. Quiso la buena fortuna, sin embargo, que un «gran profesor» que estudiaba las enfermedades transmitidas por picaduras de insectos hubiera planificado, en ese mismo período, una investigación en Palestina. El médico de Raúl consiguió una cita con el catedrático y le rogó que fuese a ver a su paciente, al que consideraba un caso rarísimo porque, después de diecisiete días de padecimientos, no había muerto todavía. El profesor aceptó examinar a Raúl y lo hizo con cara de muy enojado, según el testimonio de Cecilia. Recetó un medicamento especial en una dosis altísima, tanto que, al ir Chica a comprarlo, el farmacéutico preguntó si se trataba de una familia numerosa en la que estaban todos enfermos. La cuestión era que se debía tomar aquel polvo, disuelto en una olla de agua, de un solo sorbo, largo, interminable, continuo. Raúl obedeció a pesar de su estado de confusión y, al parecer, el líquido curador salió de inmediato por todos los orificios del pobre muchacho, nariz y boca incluídas. «¡Qué profesor, qué sabiduría! Al salir el líquido, salió también la fiebre y caí en un sueño que duró más de veinte horas. Me desperté al cabo de ese día, flaco, flojo, pero sin temperatura.» El profesor había ido a ver al paciente durante el sueño y, cuando vio que la respiración era normal, que la fiebre había desaparecido, confesó haber probado un medicamento nuevo, del que poco se sabía; llorando casi, agradeció el no tener que soportar su vida entera el cargo de conciencia de haber despachado al pobre Raúl a la otra vida. «No cobró la visita y salió corriendo.» Raúl quedó tan débil que necesitó un bastón para ayudarse a caminar durante semanas. Pero la comunicación con la familia

durante la enfermedad había cambiado las cosas. «Me encontraba en una posición desesperante por muchos motivos», recordaba Raúl: imposible trabajar en la construcción del corredor urbano, impensable regresar al *kibbutz*, muy duro desechar los pedidos lanzados desde Bucarest, que habían convencido a Cecilia sobre la conveniencia de regresar a Rumanía. Y además, «¿cómo dejar ese país que crecía bajo nuestros ojos, donde yo era un ciudadano que se había roto el lomo con gusto, para contribuir con muy poco a algo gigante que se preparaba y cuyo éxito se sentía?», tal era la pregunta que más quemaba la conciencia del joven S: «Pensaba en la belleza que dejaba atrás, en los *pardess* de flores blancas, en el aroma fuerte que entraba en las ropas, en las fragancias que producían jaquecas, si bien jaquecas perfumadas. Pensaba en mis amigos de Tel Mond, toscos pero tan sinceros, tan generosos, pensaba en los parientes de Ramat Gan y en la familia Druyan de Kfar Saba, cuánto amor me habían regalado sin conocerme. Yo desertaba del país que me había tomado en sus brazos como a un hijo querido, porque lo mío parecía una fuga vergonzosa más que una liberación».

En Haifa, horas antes de abordar la nave, Cecilia descubrió un *dumping* de mercadería japonesa que hizo sus delicias. La pareja adquirió cortes de seda en cantidad desmesurada, para ambas madres, para las cuatro hermanas S1 y la tía Bibi. El barco del regreso se llamaba *Dacia*, en homenaje al pasado romano imperial de la *Romania Mare*. Comparadas con las de la ida, las condiciones de la vuelta se presentaban halagüeñas. Raúl comió a cuatro carrillos, el aire marino le sentó de perlas, de modo que frente a las costas de la isla de Cos, pudo arrojar el bastón al agua. La mañana de la llegada a Constanza se fue completa en trámites aduaneros, pues no resultó sencillo convencer al guarda de que las sedas eran para regalos y no para algún negocio de telas en Bucarest. A las cinco de la tarde, el tren dejó a los jóvenes S-S1 en la estación de la capital donde los esperaban las dos ramas de la familia. Aurelio y Berchu, quienes se habían casado en aquel gran intervalo palestino de Raúl, llevaron a sus esposas consigo: Rebeca, médica, y Ketty, una vieja amiga de la infancia de los tres hermanos, enamorada eterna de Berchu. «Encontré a mamá con algo de pelo blanco, con su bondad de siempre en los ojos y me dijo al oído: “Hiciste bien en volver, aquí todo irá de maravilla”, pero Adolf Hitler, venerado por la juventud y una parte del pueblo alemán, expansionista, prometía a los alemanes el dominio sobre toda Europa y, con furia atroz, se volvió contra los judíos de su país,

primero, y seguiría, más tarde, contra todos los judíos del mundo. En Rumanía, comenzó también una época antisemita.» A decir verdad, Raúl debería haber escrito, respecto de Rumanía, que continuaba la época antisemita, comenzada en un pasado remoto, manifiesta y fortalecida desde la crisis económica de 1929. La pareja de los recién venidos se instaló en la casa de los S1 donde vivió por más de un año, hasta fines de 1935. Raúl se puso a trabajar en la imprenta de su suegro donde comprobó nuevamente la bondad que ese hombre derrochaba con su personal y su clientela, temple que nuestro joven imitó mediante la simple operación de regalar su ropa, sus zapatos, sus libros ya leídos, a un coetáneo empeñoso llamado Carol quien, además, era un comunista de ley y discreto [ya se verá la importancia capital que tendría esta relación entre Raúl y Carol cuando los comunistas tomaron el poder en Rumanía a fines de 1947; consúltese también **Cecilia S1-S**].

Al mismo tiempo, la vida en la casa de la calle Micsunele se había transformado en un jolgorio gracias a la presencia de ese hombre joven, considerado como un igual por las hermanas de Chica. Una de las rutinas preferidas, durante el parloteo de las muchachas después del almuerzo, consistía en que Raúl tomara notas dispersas de las frases que entonces se decían alrededor de la mesa y compusiera con ellas un discurso. El resultado era desopilante y «la risa, mejor que cualquier café, terminaba muy a menudo nuestra comida». Claro, se estaba en presencia de un «cadáver exquisito», aunque ninguno de sus protagonistas lo supiera, lo cual sirve para verificar que el dadá de Tristan Tzara, el absurdo de Ionesco, tuvieron bases y fundamentos también en viejas costumbres rumanas, en gestos y prácticas tradicionales para hacer reír. El patriarca Josef S1 amaba aquellos momentos, necesitaba, tras su experiencia descalabrante de la guerra, el zumbido constante de voces alegres, cantarinas, el ruido generado por el ajetreo de sus hijas, «como un medicamento […] contra la sordera triste, amarga y sin esperanza» del campo de batalla. Pero Raúl y Cecilia tenían su propia urgencia de mayor intimidad, de modo que, en diciembre de 1935, se mudaron a un departamento propio, aunque estuviera a sólo dos cuadras de la casa grande de los S1 y Josef impusiera el que seis de siete días de la semana, si no los siete días, su hija Chica y el marido tomasen almuerzo y cena junto al resto de la familia. A todo esto, Raúl encontró un empleo de primera categoría, muy bien remunerado, como gerente de dos tejedurías, propiedad de un

italiano. El *signor* Crespi era fascista convencido y, por eso mismo, altamente considerado en Rumanía, incluso en los círculos de la comunidad judía que aún veía en el régimen de Mussolini la posibilidad de implantación de un orden eficaz en una sociedad en crisis y no un aliado del nazismo aborrecido. Raúl no dejaría de admirar al *Duce*, hasta en sus años argentinos tardíos, digámoslo así, cuando provocaría el estupor y la indignación de sus nietos, inspirados por el izquierdismo de su yerno futuro y formados en una escuela italiana *all'estero*, organizada bajo el signo del 2 de junio. Raúl insistía acerca de que Mussolini había terminado con la mafia y, más que nada, con la malaria, un punto que explicaría, según creemos ahora, el entusiasmo de aquel joven con el fascismo de mediados de los 30, vista la enemistad mortal que él había jurado contra el mosquito, tal vez en el mismo altar en el que Amílcar Barca hizo jurar odio eterno a los romanos a su pequeño Aníbal. Como quiera que haya sido, lo que nos interesa es destacar las causas y los efectos de la prosperidad de Raúl, así como la existencia jocunda de aquellos jóvenes a pesar del peligro que se aproximaba. «Los sábados por la noche, ocasión de visitas, juegos, comidas y risas, eran para nosotros igual al aire que se respira, momentos en que olvidábamos la rutina y estaba prohibido hablar de las novedades, siempre repletas de amenazas y peligros.» Recordemos que, desde marzo de 1936, la incorporación del bueno de Eddy A a la familia S1, en calidad de esposo de la hija mayor, Lola, contribuyó enormemente a aumentar la intensidad de la diversión, el buen humor y el ingenio de la *juvenilia*. Dos hechos, ocurridos en los primeros meses de 1939, tuvieron la contundencia del rayo para anunciar que la tormenta había transpuesto el horizonte y dominaba el paisaje. El primero fue el fallecimiento de Josef S1, a los 53 años, después de dos crisis cardíacas, un suceso fatal inesperado que sumió a Raúl, Cecilia y sus hermanas en una consternación prolongada. El segundo, un llamado a filas del veterano soldado Raúl, quien ya no pudo mover influencias y se vio trasladado a lo más remoto y frío de la Bucovina. Desde febrero de 1938, el rey Carol II había instaurado una constitución autoritaria, centrada en su persona. Los vientos de guerra, tras los pactos de Múnich y la anexión de los Sudetes por parte de Alemania, soplaban más fuertes que nunca. El monarca rumano pretendió tener a su ejército bien preparado ante cualquier emergencia y utilizarlo, antes del estallido, en el fortalecimiento del sistema ferroviario y de las comunicaciones. Así fue que Raúl partió rumbo a Bucovina en septiembre de

1939, con el fin de sumar su esfuerzo al tendido de las vías del tren al norte de Roman y en torno a Suceava. Las historias de su segundo servicio militar merecen un parágrafo aparte.

Nuestro soldado se incorporó a una compañía de 120 hombres sin suboficiales, con un capitán tan sólo a la cabeza del destacamento. Nada de sargentos, *Deo gratias*. Raúl coincidió además con un viejo camarada de armas de los tiempos del arsenal y ambos hicieron valer su gran experiencia administrativa ante el nuevo capitán, quien estuvo feliz de poder delegar en dos personas tan despiertas los registros de los materiales usados y los avances diarios en la construcción de la vía férrea sobre la montaña. Si la tarea pareció más descansada en un principio, pronto se vería que los furrieles trabajaban sin descanso, más que los obreros del riel, pues a menudo debían permanecer hasta medianoche en la oficina para llevar las cuentas y redactar los informes. A poco andar, el papel a disposición de la avanzada burocrática estaba a punto de agotarse, lo que permitió a Raúl hacer saber al oficial cuál era el negocio de la familia de su lamentado suegro y obtener el permiso de viajar a Bucarest en procura de aquel material estratégico básico. El recluta permaneció tres semanas con los suyos en la capital y regresó con un paquete de papeles de todos los tamaños y colores que hizo las delicias del capitán, amén de colocar a Raúl entre las personalidades descollantes de la compañía. Con el objeto de recompensar al benefactor, el oficial lo designó «periodista del destacamento»: la misión consistía en caminar todas las mañanas los seis kilómetros que separaban la obra ferroviaria de la estación más cercana y recoger allí los tres periódicos del día anterior que enviaban al capitán desde Bucarest. Con paso bastante cansino, Raúl empleaba una hora para alcanzar la estación y otra hora para regresar, no sin un intervalo de unos veinte minutos en el que tomaba un café en el único bar del paraje y leía las noticias. «“¿Cómo te va, periodista? ¿Contento con tu nuevo trabajo?” “Sí, mi capitán, y no haga ninguna economía de papel, por favor, que tengo cómo suplirlo.” Me sonreía y contestaba: “Todo a su tiempo”.» Por supuesto que, en las tardes y aún las noches, Raúl seguía siendo uno más en el equipo administrativo encargado de los informes de situación. Un buen día, se hizo presente un subteniente ayudante con aires de reformador, arrogante y fiero. Hizo formar a los soldados de la oficina y les preguntó sus nombres, procedencias, oficios. Puso voz ronca de borracho y espetó: «“¿Por qué tantos, mejor dicho: todos, judíos? Esto lo arreglo yo”, y, dirigiéndose al oficial: “Mi

capitán, no se necesita esta cantidad de soldados para esas tareas y, para colmo, judíos, deje, que yo me encargo”. A lo que el capitán, ni corto ni perezoso, contestó: “Tiene razón, subteniente, sáquelos de aquí, mándelos afuera a construir el riel, pero eso sí, usted me confeccionará las ocho situaciones diarias que exige la planilla, con las cifras bien controladas y, desde ya, arbitrará algún medio para tener barrida y limpia la oficina, labor que me temo deberá hacer usted si estos soldados salen de aquí. ¡Ah! Me olvidaba, tendrá que conseguirme los periódicos de cada día en la estación a seis kilómetros de aquí”». No se vio más al subteniente por las alrededores del *detall*, pero el miedo de que un día se desquitase existía.

Cierta noche, un soldado manifestó signos de fiebre altísima. El capitán se preocupó en serio porque temía una baja mortal antes de la mañana, antes de que saliese el sol y se pudiera enviar al enfermo a la estación. Preguntó entonces a la compañía especialmente reunida si, por casualidad, había allí un enfermero entre los reclutas. Nadie se movió. Desesperado, el capitán amplió las posibilidades: ¿habría acaso un hijo o hermano de médico o de enfermero que tuviera alguna idea de un tratamiento urgente contra la fiebre? Raúl alzó la mano, impulsado por su temeridad todavía adolescente y el recuerdo de Aurelio. El capitán respiró, aquel muchacho era en verdad *el factotum della città*. Raúl administró aspirinas y quinina al enfermo, la fiebre bajó y el doliente fue trasladado a la mañana siguiente, en mejor estado, al hospital de la estación. Desde aquel día, Raúl sumó a su jerarquía periodística la de médico de la unidad. Cuando fue a buscar los diarios, compró un termómetro, gasas, vendas, agua oxigenada, alcohol y medicamentos básicos por encargo del capitán. Armó enseguida una suerte de sala de enfermería y primeros auxilios, de la que quedó como encargado efectivo aunque el subteniente fuese ungido jefe nominal del servicio, debido simplemente a su carácter de oficial ya que, durante la emergencia del afiebrado, el soberbio ayudante no se había mostrado capaz de imaginar siquiera que una aspirina podía encerrar una solución pasajera. Así las cosas, la enfermería se tornó sitio de peregrinaje de los soldados, exhaustos por el trabajo en la vía. Raúl anotaba una temperatura de treinta y ocho grados y eso bastaba para dar a los afectados dos días de reposo. Todo iba muy bien hasta que el pérfido y antisemita del subteniente comenzó a sospechar y decidió mirar las temperaturas que marcaba el termómetro antes de conceder una autorización de descanso. Raúl no tuvo más remedio que recurrir a una acción física heroica: metía el

termómetro en agua caliente de manera que el instrumento midiese entre treinta y nueve y cuarenta. Otra vez, el demonio metió su rabo maldito y, de tanto sumergir el aparato en agua hervida, la columna de mercurio estalló, aunque lo hizo de modo tal que, Dios debió compensar mediante el recurso de sus causas segundas la intervención maléfica de su antagonista eterno, la marca del termómetro quedó fija en los treinta y nueve. Raúl calculaba que las determinaciones de la temperatura de sus camaradas con ese instrumento inservible, «testimonio de un médico sin diploma», hubieron de extenderse unas dos semanas hasta que un compañero, destacado en Suceava, regresó con un termómetro nuevo. Pocos días más tarde, llegó la orden de que los judíos en el ejército debían ser dados de baja, regresar a sus ciudades de origen y dirigirse luego, desde allí, a campos de trabajo especialmente organizados para ellos en la región moldava.

A partir de septiembre de 1940, fecha en la que el rey Carol II abandonó el país y el gobierno pasó a manos del *conducator*, general Ion Antonescu, los legionarios de la Guardia de Hierro, proscriptos por el rey en 1938, volvieron a la palestra política e impusieron un antisemitismo radical y asesino que duró varios meses. Los judíos fueron expropiados y deportados a aquellos campos «de trabajo», más bien campos de concentración lisa y llana, o bien de exterminio. «La suerte, que siempre estuvo de mi lado, me había conducido a trabajar en una institución, las tejedurías, donde el patrón era un famoso fascista. Él me necesitaba y por eso arregló que, tanto yo cuanto mi familia quedábamos movilizados en sus fábricas.» El general Antonescu pensaba que las propiedades de judíos pasarían a manos del nuevo estado y ayudarían a paliar las dificultades económicas de la nación pero, muy pronto, advirtió que los legionarios se apoderaban en persona de tales bienes, en su provecho exclusivo, y se convertían en elementos inmanejables, alentados por los parentescos ideológicos que los unían al nazismo alemán. A mediados de enero de 1941, Antonescu celebró una conferencia con Hitler en Berlín en la que le aseguró la alianza incondicional de Rumanía en el caso de un ataque alemán contra la Unión Soviética. A cambio de ello, el *conducator* quedó con las manos libres para poner un freno e *in extremis* deshacerse de la Guardia de Hierro, que fue presentada ante el *Führer* como una versión rumana de las SA. Ignorantes de los acuerdos concluidos entre Hitler y Antonescu, los legionarios se envalentonaron, llevaron al paroxismo la propaganda y las acciones contra los judíos. «En los *tramways*, en la calle, de

noche y también de día, se atacaba a los judíos, se les robaba, se les maltrataba, a veces hasta la muerte, y no había caso de reclamar», recordaba Raúl. Hasta que se produjo el *pogrom* del 21 al 23 de enero de 1941, cuyos pormenores en lo que atañe a los S-S1 se encuentran en las biografías de **Cecilia S1-S** y de **Adella S1-Z**. El 23 de enero, Antonescu mandó intervenir, por fin, al ejército rumano, que acabó sin titubeos con los legionarios e hizo cesar el pillaje y las masacres de judíos en Bucarest. «Sólo en la capital; en el resto del país la situación no cambió y la matanza siguió como al principio, según el nuevo modelo alemán. Pero el general Antonescu decía que los de Bucarest éramos sus judíos y que nadie tenía el derecho de tocarlos sino él.» De tocarlos y de expoliarlos, ya que el *conducator* impuso una capitación a los judíos de la ciudad a cambio de sus vidas. «Sin embargo, el miedo de órdenes criminales, órdenes de muerte, destrucción, despojo, que pudieran caernos encima en cualquier momento, no desaparecía ni nos dejaba dormir. La espada de Damocles no pendía de una crin de caballo, sino de un hilito tan débil y flojo que amenazaba romperse en cualquier momento, ese miedo nos hizo perder el sueño.» No obstante, desde 1943, un terror nuevo cobró mayor fuerza, el miedo de los bombardeos.

Ploiesti y Bucarest fueron atacadas desde el aire por rusos, ingleses o norteamericanos, y finalmente alemanes, «en ese orden, no una semana, tampoco un mes ni un año, sino años enteros, en que sufrimos los bombardeos, causa de nuestro insomnio perpetuo a partir de entonces. Años de no dormir, años de infierno. Los aviones siempre aparecían de noche. Nos acostábamos casi vestidos, al lado nuestro una cartera que contenía papeles, dinero, más todo cuanto puede salvarse en una cartera, esperábamos la alarma para fugarnos a los sótanos y refugios, al abrigo de la muerte. […] El espectáculo de lo que pasaba en la calle era el de un hormiguero loco, pues corríamos como las hormigas frente al peligro, cada cual en su dirección, que si se miraba desde arriba el movimiento, seguro que parecía el de un círculo que gira y, en pocos minutos, las calles desiertas y los sótanos repletos». Aunque suene a fantasía, la multitud en el refugio se comportaba como si se tratase de una sola familia, nadie hablaba del bombardeo y la conversación fluía inexorablemente hacia el chiste. Las mejores manifestaciones del ingenio rumano se oían en aquel lugar durante horas pues, a menudo, la emergencia se extendía hasta bien entrada la mañana, sobre todo a partir del momento en que los norteamericanos emplearon la táctica de la «alfombra

de bombas». Pero nadie pensaba allí en el tiempo que no corría, que se llenaba de las risas nerviosas, multiplicadas, producidas por el contrapunto de los cuentos cómicos y de las bromas. Raúl descollaba en las artes de la risa, tan acordes con su personalidad jovial e histriónica, y también lograba que la muchedumbre temerosa aceptase el llanto producido por sentimentalismos poéticos, pues todo el mundo permanecía suspendido de sus palabras cuando se ponía a recitar, con dicción perfecta e impecable memoria, una balada más alta que la del perro del soldado. Era un poema largo de estilo parnasiano, *El-Zorab*, compuesto por George Cosbuc en 1893, que trata también acerca de un animal (un caballo árabe en este caso) y de los pesares de su dueño. Raúl lo sabía palabra por palabra, mejor que una plegaria; cuarenta años más tarde, él mismo lo traduciría al castellano para emocionar a sus nietos en Buenos Aires.

[Esa versión del propio Raúl S, revisada por su hija Aurora S-B, es la que nos permitimos incluir a continuación: «A lo del pachá llega un árabe / con los ojos apagados y la voz débil: / “Pachá, soy un beduino, / y de Bab-el-Mandeb vengo / a vender a *El-Zorab*. / Los demás árabes salen de sus tiendas / para ver a mi animal cuando lo llevo / a jugar con el freno o bien lo dejo libre. / Lo quiero como a mis ojos / y ni muerto lo daría. / Pero tres hijos se me están muriendo de hambre, / seco tienen el paladar, / y mucho tiempo de amargura / a mi mujer secó / la fuente de la leche. / Todos los míos están perdidos, ¡oh, Pachá, / oh, grande de verdad!, tú puedes / darme dinero por el caballo, porque soy pobre. / ¡Dame dinero si lo encuentras de tu gusto, / dame sólo lo que creas que merece!”. / El beduino lleva el caballo de aquí hacia allá, / lo hace caracolear, a veces con energía, a veces con suavidad. / Los ojos inmensos del pachá se encienden, / se acaricia la barba, / enmudece y su alma se vacía. / “Mil dinares, ¿recibes?” / “¡Oh, Pachá, qué dadivoso eres. / Mucho más que en mis sueños me das! / ¡Que Dios te pague / así como tú me pagas!” / El árabe toma los mil dinares, / con los ojos llenos de alegría. / En ese instante mismo, toda su familia está salvada. / De allí en adelante, serán ricos / y nada pedirán a los extraños, / no mendigarán sus hijos por los caminos, / la esposa mejorará / y tendrán también ellos / algo que dar a los pobres. / Fogoso, con fuerza, toma el dinero / y parte, ebrio de tanta suerte, / corre, llevado por un solo pensamiento. / Sin embargo, de repente, temblando / vuelve atrás y permanece de pie. / Mira largamente las monedas / y pálido vacila, como llevado por

una ola. / Luego, mira directamente el caballo / y, con pasos lentos, la frente sobre el pecho, / se aproxima al animal. / Toma su cuello llorando / y, en su áspera crin, / hunde las pálidas mejillas. / “Cachorro de león”, suspira tristemente, / “tesoro mío, ¿sabes que te estoy vendiendo? / Mis hijos no jugarán más / con las hojas en tus crines, / no te llevarán de paseo hasta la fuente, / ¡ya no tendrán más a quien dar / higos de sus manos! / ¡No saldrán nunca de la tienda, alegres, / alargándome sus brazos, / para que los lleve a pasear, de uno en uno! / ¡No saldrán más riendo sobre mis espaldas / ni me pedirán por ti! / ¿Cómo calmaré a mis hijos? / ¿Qué diré a mi mujer / cuando ella pregunte por *El-Zorab*? / Todo el pueblo árabe se ha de reír / de mí, del pobre Ben-Ardún. / Raira, tú, esposa mía, / no verás más a *El-Zorab* / que te seguía al paso, / él no se arrodillará / para que tú puedas montarlo. / A tu Ardún, a Ben-Ardún, / ya no lo verás en carreras locas / sobre un corcel ligero, / tirando contra los halcones en vuelo, / y no nos dirás *Buen viaje*. / No sonreirás a tu Ardún vestido de blanco, / como cuando simulaba saltar el viento, / y desde ahora, para sentir su llegada, / nunca más pondrás / tu oído sobre la tierra. / ¡Oh, corcel mío, tú, mi orgullo! / No te veré más / llevar tus narices al suelo / y hacer volar tu cola furiosa / al viento como una golondrina, / mezclar con el aire la espuma de tu boca, / jugar con tu crin dorada, / levantar el polvo cuando vas al galope, / moverte igual que un diluvio / de truenos en las soledades. / Sabía la soledad acerca de nosotros dos / y la fortuna misma se aterrorizaba ante nuestra llegada. / ¿De quién serás ahora? / ¿Quién te protegerá / de los vientos y las lluvias? / Nadie hablará contigo mansamente, / todos, uno por uno, te insultarán, / te castigarán, ¡oh, mi tesoro! / Te cargarán, mucho y pesadamente, / hasta dejarte agotado. / Te llevarán a la guerra hasta que mueras. / ¡Tú, criado por todos nosotros! / ¡Llévate tu dinero, Pachá! Soy pobre, / pero sin él, ¿qué haré? / Devuélveme mi caballo.” / El pachá frunce el ceño. / “¿Estás loco? ¿Quieres que ordene a los jenízaros / tirarte a los perros? ¡Eso! / Es mi caballo y no pretendas / que te lo repita.” / “¿Tuyo? El que lo amó y lo crió, / ¿quién fue? ¿Tú o yo? / ¿A qué mano diestra está él atento, / la que de león rabioso lo transforma en cordero? / ¿Acaso es la tuya? ¡No, Pachá, no! / Mío es. Por mi caballo / hasta con Dios me enfrento. / ¡Tienes corazón! Tú puedes poseer / otros caballos más briosos, más soberbios, / pero yo, patrón, ¿yo? / Te pido compasión. / Alah es recto, Alah del cielo / nos juzgará, / porque me despojas y me arrojas / aullando a los caminos. / Y

el mundo te ha de maldecir / porque yo maldigo esta ocasión. / Camino, Pachá, voy mendigando, / mas tu merced no recibo. / ¿Qué bien puedes darme tú?” / Hace el pachá una señal: “¡Desvístanlo / y denle azotes!”. / Saltan los eunucos, llegan y lo prenden, / se da vuelta el árabe y salta, / con sus ojos helados. / Saca presuroso un puñal. / Una ola de sangre roja, / una ola de sangre caliente brota / de aquella noble garganta / y el caballo cae muerto. / Permanece el pachá como si estuviera ebrio, / con los ojos derretidos, / se quedan paralizados los mercenarios / y el árabe, arrodillado, besa / la sangre coagulada en los ojos fijos del animal. / Gira luego, con la mirada en calma, / y arroja el hierro de sus manos. / “¡Te han de vengar mis hijos! / ¡Ahora córtame en pedazos, si quieres, / Pachá, y arrójame a los perros!”».]

Encerrados en los sótanos, los habitantes de Bucarest suponían que el camuflaje y el oscurecimiento evitaban daños mayores. En una ocasión, no obstante, en que se dirigían a casa de unos amigos y la alarma los sorprendió lejos de cualquier refugio, Raúl y Cecilia debieron de ponerse a salvo bajo un puente del Dumbovitsa y comprobaron que, en rigor de verdad, de poco servían los oscurecimientos. «En un instante, Bucarest apareció bajo una luz feérica, cómo se puede explicar, igual que en los cuentos de hadas. Los aviones dejaron caer bengalas como lamparitas que daban una luz blanca y amarilla muy intensa. No voy a olvidar nunca el espectáculo, desde abajo del puente se admiraba Bucarest iluminada por dos soles y más luz que la que hay sobre una mesa de operaciones. No nos fue posible admirar mucho tiempo la escena porque, casi en el acto, aprovechando toda aquella luz, los aviones lanzaron sus bombas que destruyeron las facultades de derecho y de medicina mientras nosotros, bajo el puente, temíamos quedar sordos.» Cuando, dos días más tarde, en un refugio durante un enésimo bombardeo, Raúl contó de qué manera los norteamericanos iluminaban el campo de su ataque aéreo, nadie osaba creerlo. Desde comienzos de 1944, la suerte de la guerra hizo un giro definitivo a favor de los aliados, muy claro a partir del desembarco de ingleses y norteamericanos en Normandía en el mes de junio. El frente sud-oriental, donde era tan significativa la presencia del ejército rumano de Antonescu, cuyas divisiones habían cometido tropelías y masacres sin cuento entre 1941 y 1943, a la par de las SS y de la *Wehrmacht*, en tiempos del avance hasta Stalingrado y de la lucha por el predominio en Ucrania, se desmoronaba bajo el ataque incontenible del ejército soviético. El rey Miguel, monarca

títere en el trono desde la abdicación de su padre en septiembre de 1940, calculó entonces que la venganza rusa asumiría ribetes catastróficos si el gobierno rumano continuaba en manos de Antonescu. Así fue como, con el acuerdo secreto de las viejas fuerzas políticas de Rumanía y del partido comunista en la clandestinidad, Miguel dio un golpe de estado pro-aliado el 23 de agosto de 1944. Antonescu fue arrestado pero los alemanes, que aún poseían fuerzas importantes en el noreste del país, intentaron un contragolpe y bombardearon salvajamente la capital. No tuvieron éxito. Miguel mantuvo el poder, firmó un armisticio con los aliados y declaró la guerra al Eje. Fue durante aquel último bombardeo sobre Bucarest que Raúl estuvo a punto de perder la vida, arrastrado por el entusiasmo y el sentimiento de impunidad que debió darle la alegre certidumbre de que el final de la guerra se hallaba próximo. Después de un primer ataque aéreo de los alemanes, que los S pasaron en el refugio, la situación se calmó al punto de que Raúl quiso volver a la casa con el pretexto de buscar allí a la perrita *Muqui*, sola y sin comer desde la noche anterior. «Salí como una bala, llegué a mi casa, la alegría del animal pagaba el riesgo de aquel hecho insensato.» Raúl aprovechó para afeitarse y, con la perra en los brazos, se dispuso a regresar al sótano. Fue imposible, tres aviones alemanes lanzaron un ataque a baja altura sobre la calle donde vivía nuestra pareja. Dejaron caer nueve bombas, desde el número 1 hasta el 17: dado que a la casa de los S correspondía el 11, uno de aquellos nueve artefactos diabólicos destrozó el departamento de Cecilia y de Raúl con él y la perra adentro. «Me cubrí con el saco la cara y, colocado entre dos paredes, esperaba la muerte y pedía a Dios ayuda. No hay palabras para describir qué se siente en tales momentos. Un ruido ensordecedor y, después, nada. De a poco, moví los brazos para controlar si existía, pero sentí a la perrita más pesada, del soplo de la bomba o del miedo, pobre animal, se había quedado paralítica. En un instante de locura, salí afuera vociferando, gritando, mirando hacia arriba y agitando el puño contra los aviones que habían herido a mi perra.» Raúl corrió luego al refugio para demostrar que había sobrevivido y contar el suceso. Cecilia no lo escuchaba, buscaba un espejo y, cuando lo consiguió, se lo puso a Raúl frente a la cara. «Me miré; tenía todo el pelo blanco.»

Los S se habían quedado sin casa donde vivir. Amable y acogedor, el *signor* Crespi ofreció a Raúl dos habitaciones muy confortables que se encontraban junto al gran establecimiento

fabril de una de sus tejedurías. Es tiempo entonces de escribir acerca del patrón de Raúl y de las tribulaciones por las que atravesó nuestro héroe antes y después de la fecha límite de agosto de 1944. Todavía en el 43, a pesar de que Crespi era un fascista confeso, el gobierno de Antonescu detectó, merced a varias denuncias, que las fábricas del *signore* donde llegaron a trabajar tres mil quinientos obreros, los más grandes establecimientos textiles de los Balcanes, acaparaban mercadería, manipulaban los precios y hacían caso omiso de las regulaciones económicas impuestas a la industria y al comercio por el régimen del mariscal. De allí que los funcionarios decidieran intervenir en el asunto pero, al no poder tocar a Crespi debido a sus contactos en la embajada italiana (es obvio que hay que situar estos episodios antes del 8 de septiembre de 1943, fecha en la que Italia se separó del Eje), Raúl, el judío del caso, fue arrestado. «Como yo no era italiano ni fascista, me metieron en una prisión militar para intimidarme, en la misma celda en la que estaba un infeliz al que le pegaban cada noche. Los gritos de los que sufrían se oían en toda la prisión. Me tuvieron cuatro días con sus tres noches al cabo de las cuales me llevaron al escritorio del director de la cárcel, me dieron papel, lapicera y tinta y me presionaron para que declarase cuál era mi trabajo, cuál la relación con mi patrón y de qué manera inflábamos los precios entre transacciones. Me amenazaron con enviarme a un campo de concentración en Transnistria si me negaba a decir la verdad.» Pasaron varias horas de silencio y de pánico. Sin dar mayores explicaciones, Raúl fue dejado en libertad. ¿Qué había sucedido? La desesperación de Crespi conmovió al embajador de Italia quien había intervenido a favor del prisionero. El gobierno de Antonescu no intentó más amagues contra las empresas del *signor* Crespi pero, después de agosto de 1944, la situación cambió de nuevo y lo hizo en perjuicio claro del propietario de las tejedurías. Como quiera que sea, se ve que Crespi barruntaba ya desde varios meses antes del golpe de Miguel II que el vuelco funesto para sus intereses se aproximaba pues, entre junio y septiembre del 44, vendió su casa de Bucarest, su casa de campo en Valenii de Munte y todas sus pertenencias incluidas las fábricas, aunque éstas a un precio en verdad ridículo. El comprador de las tejedurías fue un amigo de Raúl, Hugo Ram, asiduo concurrente de Aurora, quien conocía el negocio por haber sido dueño de una hilandería antes de las expropiaciones a los judíos, decretadas por Antonescu. Raúl conservó su puesto de secretario y hombre de confianza del nuevo dueño de las

empresas textiles. Crespi regresó a Italia en octubre de 1944 «y se perdió para siempre».

A pesar de los esfuerzos e intenciones del rey Miguel, los rusos no olvidaron las crueldades gratuitas a las que habían sido sometidos por las tropas rumanas en la etapa de la expansión nazi y obligaron a sus aliados recientes a aceptar la ocupación del territorio. Las tropas soviéticas no se mostraron demasiado benevolentes y, durante varias semanas, instalaron un sistema de terror y brutalidad en las calles de Bucarest aunque, reconózcase, no alcanzó ni de lejos los extremos de saqueo y violencia que tendrían lugar durante la conquista y sumisión de Berlín entre abril y mayo de 1945. De todos modos, Cecilia y sus hermanas no salieron de sus casas por algún tiempo y Raúl y Eddy lo hicieron llevando consigo varios relojes pulsera en distintos escondrijos, porque los relojes eran apetecidos por los rusos y, en circunstancias de riesgo, constituían junto al alcohol una fórmula casi mágica de apaciguamiento de cualquier barbarie venida de las estepas. La atmósfera cambió por completo y para bien después de la conferencia de Yalta, en la que Stalin se aseguró la hegemonía soviética sobre Rumanía y otras naciones del centro de Europa. No convenía mostrarse brutal, al contrario, había que apaciguar los ánimos y prepararse para lograr una victoria política en los países que el Ejército Rojo había liberado del poder de los nazis y de sus aliados. Las esperanzas de una paz consolidada precipitaron dos acontecimientos previsibles: el casamiento de Adella-Coca, la tercera de las S1 [véase **Adella S1-Z**], y el embarazo de Chica. El 12 de septiembre de 1945, en el hospital militar de Bucarest, nació Aurora Ioana, la hija unigénita de Cecilia y de Raúl. Padre y madre coincidieron en ese nombre que contenía la historia de los amores y las pasiones de la juventud, que, en el nuevo contexto histórico, apuntaba a un futuro «sin miedos, sin guerra, ni bombardeos, ni legionarios, sin amargura ni desolación». La niña traía consigo la posibilidad de un amanecer lleno de sol en el cielo azul, en armonía con los colores de su pelo y de sus ojos. Raúl imaginaba que, en los años por venir, cualquier buen judío de Bucarest, al toparse con una Aurora S, recordaría a aquel loco divertido de S, atleta notable y generoso del gimnasio Aurora. El asunto funcionaría así, en efecto, porque cuanto rumano anduvo más tarde por los círculos de sus compatriotas judíos en Israel, en Francia y en la Argentina, asoció de inmediato el nombre de la bonita joven que le salía al encuentro con un antiguo sueño colectivo de belleza, juventud y fuerza (en el

sentido de la virtud cardinal de los Antiguos) en la Bucarest, en la *petite Paris* de los años 20 y 30. Perla, la abuela S, se alegró profundamente de cuidar muchas veces a una nieta tan linda. Por desgracia, cuatro meses después del nacimiento de la niña, los S transitaron otra vez por la cornisa de la desgracia. Desde el episodio del papatachi en Palestina, Raúl nunca había dejado de tener febrículas pasajeras que duraban dos o tres días. En febrero de 1946, el padre bisoño presentó síntomas alarmantes: cuarenta grados de temperatura que no cedieron después de la quinta jornada. Médicos, no faltaban en la familia. Ella S1, hermana menor de Cecilia, acababa de terminar sus estudios de medicina después de una larga interrupción impuesta por el *numerus nullus* que afectó a los alumnos judíos de las universidades entre 1940 y 1944. Rebeca S1, por su parte, poco después de que Cocutza hubiera celebrado su matrimonio con Solo, se había casado a su vez con David T, un joven médico compañero de Ella. Cecilia pensó en el pudor de su marido y convocó a su cuñado David quien, tras examinar con mucho cuidado al paciente, dio un diagnóstico devastador: no se estaba en presencia de un retorno del paludismo sino de un tifus exantemático con todas las de la ley. Al enterarse de que la picadura de un piojo era la responsable del mal, poco faltó para que Chica no se desmoronase. «Piojos en esta casa, ¡imposible! ¿Dónde? Si yo limpio sin descanso.» David atinó a explicar que podía tratarse de un piojo aislado, activo en el lugar de trabajo, en el tranvía, en cualquier lugar público. La pobreza y la suciedad de la postguerra en Bucarest eran las verdaderas culpables del cuadro. Había que esperar el día 13, contado a partir de la primera jornada de fiebre, porque entonces tendría lugar el momento crítico de la enfermedad. El corazón de Raúl debería soportar el ataque final de la rikettsia y, luego, un descenso brusco de la temperatura de más de cinco grados. David aprovechó una rendija de lucidez del enfermo y le pidió que pusiera mucha atención en todo cuanto sintiese, que procurase anotarlo bien en su cabeza para contárselo más tarde. Haría de tal modo un aporte fundamental al conocimiento científico del tifus. «Creo que la atención puesta en el hecho de no olvidar lo que sentía me salvó la vida. Un frío de muerte se apoderó de mí. Quise gritar y no tenía voz. […] Me encontré cayendo en un pozo tenebroso sin fondo. Era una caída en la que yo buscaba algo con el fin de sostenerme, de parar aquella caída mortal en unas tinieblas ininteligibles. […] La lucha por encontrar un obstáculo, la búsqueda me mantuvo vivo. Si me hubiera dejado ir, flojo y dormido, pocas esperanzas

habría tenido de despertarme.» Raúl durmió veinte horas seguidas después de la crisis. Despertó con hipotermia y tal apetito que hubo que vaciar la alacena completa en el primer desayuno, pero su hambre no quedó saciada. Cecilia, del susto y de la tensión, comprobó que la leche con que amamantaba a Aurora se le había retirado. La alimentación de la niña se convirtió en un problema bastante serio. A poco andar, el primer cumpleaños de Aurora coincidió con la confirmación de una noticia temida: Aurelio había muerto en el frente oriental en 1942. Su viuda, Rebeca, y su hijo Harry consiguieron regresar a Rumanía después de un largo periplo como prisioneros de los rusos, que los había arrastrado, de ida y vuelta, hasta Bukhara. Al llegar a Bucarest, Rebeca visitó a su suegra, Perla W-berg, y le contó los detalles de todo aquel drama en el que había perecido Aurelio bajo la metralla. «Mirando a mamá cómo lloraba, recordé una escena de hacía muchos años, cuando Aurelio había vuelto a casa de la Facultad de Medicina, envuelto en vendas, después de ser atacado y maltratado por una banda de estudiantes antisemitas. También se vinieron encima de mi memoria el sistema de canjes durante nuestras comidas de niños, los paseos al cine, los domingos de canciones, muertos de risa a escondidas de papá, y se me estremeció el pecho, que casi no podía respirar y una ola de lágrimas me inundó los ojos.»

Mientras tanto, en las tejedurías, Raúl y su patrón Hugo Ram sintieron que el control de la comisión obrera, formada por un ingeniero textil, un delegado de cada establecimiento, la mujer responsable de las cantinas donde se daba de comer a los trabajadores de las fábricas y un representante del partido comunista, cabeza de la coalición que ya gobernaba Rumanía, se tornaba mucho más estricto y exigente. A partir de junio de 1947, el comisario del partido ordenó el giro del 80% de las utilidades a la oficina de planificación del Estado. Del 20% restante, Hugo y Raúl retiraban sus estipendios que no debían de ser pocos, todavía, pues Cecilia, Aurora, la mujer de Hugo y sus dos hijos partieron juntos de vacaciones a un hotel en la montaña, en los baños de Tusnad, los últimos días de julio de 1947. La noche del 14 de agosto, los hombres trabajaron hasta tarde y decidieron cenar juntos en un restaurante de las afueras de Bucarest, un sitio fresco y agradable donde no se sufría tanto el calor agobiante de la ciudad. Allí escucharon por radio la noticia de que, al día siguiente, la banca nacionalizada del país bloquearía todos los depósitos y ahorros de los ciudadanos rumanos, cualquiera fuese su monto, y los canjearía por una

suma fija de 75 lei por habitante. Se generalizó el espanto entre los clientes del restaurante; su dueño, amigo de Hugo, dio por saldada la cuenta de los parroquianos con un apretón de manos y aconsejó a nuestros amigos la compra urgente, esa misma noche, de los artículos de primera necesidad que fuera posible conseguir. Quizá muchas personas no habían escuchado la radio y permanecían ignorantes de lo que se precipitaba. Hugo y Raúl alcanzaron a llenar de combustible el tanque del auto, a comprar lubricantes y cuanto se encontraba en la gasolinera, cuyos dueños despachaban su mercancía sin saber que recibían dinero sin valor. «Hicimos algo muy feo», confesaba Raúl. «Pero, en momentos de desesperación, quién piensa en lo que es o no es honesto.» Cosas raras pasaron esa noche y no se sabía quién burlaba a quién.» Al día siguiente, la comisión obrera llevó el giro oficial al 100% de las utilidades de las hilanderías y declaró que Hugo, un cuñado suyo que lo ayudaba en la administración de las empresas y el «secretario» Raúl S no podían abandonar sus puestos gerenciales, es más, se los hacía responsables de la buena marcha del negocio, propiedad íntegra del Estado a partir de aquel momento. Cualquier intento de defección sería castigado con severidad. Si alguien abrigaba en su cabeza el proyecto de irse de Rumanía, mejor sería archivarlo *sine die*. De más está decir que aquella amenaza acicateó los deseos y las ideas que Hugo ya había elaborado al respecto y que se iluminaron sólo entonces en el espíritu de Raúl.

El 30 de diciembre de 1947, Miguel de Hohenzollern Sigmaringen abdicó y abandonó el reino en un tren de cincuenta y dos vagones que transportaban sus mayores riquezas muebles: cuadros, bibliotecas, joyas de la orfebrería de Oriente y Occidente, esculturas. El partido comunista proclamó la República Popular de Rumanía y obtuvo el poder total en el país. En aquel tiempo, Hugo Ram solía ayudar a varias instituciones judías de caridad cuyos representantes se apersonaban en las oficinas de las fábricas y recibían siempre jugosos aportes. Desde la partida del monarca, la contribución del señor Ram a una de tales sociedades, en particular, se duplicó; el rabino que la presidía comenzó a visitar con frecuencia a su benefactor y a mantener con él largas charlas privadas. Raúl, preocupado por el balance de las compañías, preguntó a qué se debía tamaña generosidad con el ubicuo rabino, a lo que el amigo y patrón contestó con un misterioso: «Pronto lo verás». «La respuesta me dejó con una duda mayor. Al estar los comunistas en el gobierno, hablar o preguntar era

un gran pecado, pues no se sabía cuándo ni cómo una palabra nuestra podía enterrar a alguien. Se tenía miedo de hablar hasta con los propios hermanos y los padres. De manera que no pregunté más nada. Quien no vive lo que vivimos nosotros entonces, no puede siquiera imaginar lo importante que resulta el no hablar. En aquellos tiempos, no sólo las paredes tenían oídos, sino cada piedra de la calle. Los delatores, los llevaytrae recibían premios. La gente desaparecía y no se tenía el derecho de preguntar dónde se había ido fulano o zutano. Preguntar era un delito.» A fines de junio de 1948, se desveló el misterio. El rabino había actuado de intermediario con ciertas autoridades encargadas de tramitar la entrega de pasaportes a judíos que quisieran abandonar Rumanía. El trámite se hacía a cambio de una suma de dinero que era propocional a las dificultades de cada caso, por ejemplo, los jóvenes y los profesionales debían pagar cifras siderales y alguien como Hugo, quien dirigía sus antiguos establecimientos industriales y de quien se imaginaba que había realizado pingües ganancias en el pasado sobre la base de la extracción de una plusvalía inicua, un individuo como Hugo no habría de ser nunca incluido en una lista de emigrantes autorizados. Pero el rabino, quien por algo era el sabio que su título declaraba, pergeñó una treta colosal: presentó el papeleo de Hugo con su nombre hebreo y la documentación producida en la vieja sinagoga donde se le había hecho el *bris* en el año remoto de 5671, 1911 en el calendario gregoriano. Una noche, Hugo convocó a su hermano y a Raúl en secreto, en el baño de las oficinas, les contó el asunto y les dijo que, a la mañana siguiente, tomaría un avión a las 9 rumbo a Austria con una escala en Budapest. La cuestión consistía en mantener oculto su viaje hasta las 11, hora en la que la máquina se encontraría ya fuera del espacio aéreo de cualquier país comunista. Raúl y el hermano de Hugo debían distraer a la comisión obrera, que llegaba a las oficinas alrededor de las 9, todo cuanto fuese posible. Raúl no pegó un ojo aquella noche y permaneció mudo ante las preguntas de Cecilia, bien consciente del desasosiego inusual de su marido. «El primer culpable sería yo, por mentir, por engañar y no denunciar la huida», mascullaba Raúl en silencio, esperanzado, no obstante, por las promesas de Hugo de que gestionaría su salida y la de su familia desde afuera. El famoso rabino se pondría pronto en contacto con él, claro que sería difícil que el expediente del nombre hebreo funcionase sin más una segunda vez.

Raúl estuvo a las nueve en punto de la mañana en la oficina.

A los dos minutos, apareció el hermano de Hugo y, enseguida, fueron llegando los camaradas de la comisión obrera. Raúl repartió despacio las hojas para las anotaciones del día, ofreció café, lo preparó y sirvió una vuelta general. Eran las diez menos cuarto cuando la mujer de la cantina preguntó por Hugo. «Duerme, dijo el hermano, creo que se acostó muy tarde, esperemos un poco más.» Pasaron las diez y la comisión resolvió que Raúl fuera a tocar la puerta de la habitación donde se suponía que el gerente descansaba. El señor S golpeó dos veces. «Duerme fuerte, informó, ¿qué hago?» Sonaron las diez y media en el reloj del corredor. El representante del partido golpeó con energía la puerta y, al no recibir respuesta, la abrió. Sus ojos casi salieron de las órbitas al ver la habitación vacía; entonces, gritó como un loco: «¿Dónde está?». «Tal vez se fue anoche tarde a la quinta», intervino el hermano. «¿Cómo? Si ayer no dijo nada de que hoy iría a la quinta. Telefoneemos allí.» Nadie contestó en el otro lado de la línea. El camarada, hecho una tromba, salió a los gritos de «No dejen salir de aquí a Raúl ni al hermano». Volvió a los pocos minutos, seguro ya de la huida de Hugo, y vociferó contra Raúl: «Te vamos a ahorcar del palo más alto de esta hilandería y a vos (dirigiéndose al hermano) también. ¿Cuál es el nombre hebreo de Hugo?» (Se ve que alguien había delatado la maniobra del rabino.) «¿Cómo quieres que sepa si no soy religioso y nunca voy a la sinagoga? ¿Quién se acuerda de esas cosas?», se justificó Raúl. Pero, de golpe, tuvo la idea genial de replicar en los mismos términos de sospecha con que se lo atacaba: «Ustedes facilitaron la fuga de ese criminal. Vamos todos, vamos a la fábrica que tengo la manera de probar el negocio que ustedes hicieron, porque sólo un negocio arreglado entre él y ustedes pudo facilitar la huida. Afirmo que vi con estos ojos cómo Hugo les pagó varias veces con las viejas monedas de oro acuñadas por el rey Carol. No crean que se van a salir con la suya. Vamos al partido, si es necesario, yo estoy más enfurecido que lo que ustedes simulan con la salida del desertor, me quedo sin trabajo ni la esperanza de que nadie me contrate a partir de ahora.» El exabrupto de Raúl tuvo un efecto apaciguador. El camarada comunista puso paños fríos, dijo que la policía se encargaría de la cuestión del prófugo y que lo mejor era dedicarse a revisar la documentación que Hugo conservaba todavía en un armario personal. El hermano entregó la llave y la comisión se zambulló en los expedientes. Esa misma tarde, Raúl fue despedido, no sin que tres días más tarde la policía lo convocase a su cuartel general. Un prefecto amigable ofreció un cigarrillo a nuestro

héroe y le preguntó a boca de jarro: «¿Dónde está la fortuna de tu amigo Hugo?». Raúl respondió que el «desertor» no había dejado nada detrás suyo y, para compensar quizá la defección que entrañaba su retórica, agregó que podían ir juntos a la casa de Hugo y allí sólo encontrarían recibos o cartas de agradecimiento de todas las instituciones de beneficencia a las que su buen amigo había dado dinero por sumas muy superiores a las pedidas. El prefecto quedó conforme, pues ni siquiera quiso acompañar a Raúl a verificar que, en efecto, había en el domicilio del fugitivo dos estantes repletos de papeles donde se daba testimonio de los favores y ayudas que Hugo «hizo todo el tiempo, como un mecenas». Tras el interrogatorio, la comunidad judía, aunque no el rabino astuto que desapareció del mapa (váyase a saber si acaso los comunistas no le hicieron pagar con la deportación o la vida su jugarreta), acudió en ayuda de los S.

Por suerte, unos meses antes de la historia de espionaje que acabamos de narrar, Raúl había sido contactado por la Joint, la organización judía encargada del socorro de los cientos de miles de refugiados salidos de los campos de concentración, para que ayudase en la actividad docente de una escuela de agronomía, la Colentina, que funcionaba en las afueras de Bucarest para ochocientos niños judíos cuyos padres y familiares habían sido asesinados en los *Läger*. Los antecedentes del menor de los S en Aurora y en la colonia de Tel Mond prometían una actividad gimnástica reparadora de las debilidades físicas y, quizá, de las devastaciones psíquicas de aquellos muchachos. Raúl se aplicó al proyecto con la determinación y la energía que le conocemos. No obstante, las clases fueron arduas y, con frecuencia, muy tristes, cada vez que el grito involuntario de algún profesor disparaba los recuerdos de la brutalidad alemana entre los niños y adolescentes del alumnado. De todas maneras, crecía el sueño de «edificar Israel», pues se hablaba en esos términos antes incluso del día de mayo de 1948 en que la Asamblea de las Naciones Unidas aprobó en Nueva York la partición de la antigua Palestina y la formación del nuevo Estado y hogar nacional de los judíos en una de las porciones del territorio. «El día de la Independencia nos encontró en medio de una euforia general, fue un momento en el que cada uno de nosotros se imaginaba ya en Israel.» El sábado siguiente, el profesor de música y Raúl, maestro de gimnasia, prepararon una fiesta excepcional. Durante la vigilia de una noche de guardia, pues los docentes se turnaban para velar el sueño de los muchachos

en los dormitorios de la escuela, Raúl había compuesto dos poemas que fueron leídos como remate de la celebración. El primer poema salió con la rapidez del agua del manantial, porque nuestro héroe no hizo sino recordar a su hermano, perdido y muerto en la lejana Unión Soviética, pensar en la tristeza de su madre, que eso bastó para «llenar la mente de palabras» y componer la *Carta de Eretz*. La situación poética la creaba la lucha de dos hermanos en el frente de la guerra por la independencia de Israel: el mayor de ellos escribía a la madre para decirle que su hijo menor había muerto en la batalla, pero que nadie debía llorar, porque esa muerte no era una pérdida sino el regalo de una madre a la nueva patria (*Eretz*). Aquel joven se llamaba precisamente Israel y había tenido la suerte de transformarse en un héroe del que se hablaría siempre. Y terminaba el poema con un pedido de perdón a la madre: «Debo poner fin a esta carta pues llegó el médico, yo también estoy herido». Lloraron hasta los adoquines, los aplausos duraron una eternidad. Solo, el marido de Coca, quien se encontraba en la escuela con motivo de la fiesta, abrazó a su cuñado y le dijo que sólo un loco era capaz de poner tanta tristeza, tanto amor y tanta belleza en unos versos. «Espera, Solica, hay otro poema que es todavía más triste», aclaró Raúl. En efecto, la segunda elegía se ocupaba de la tragedia del *Struma*, el barco que la organización sionista Betar había conseguido hacer salir de Rumanía con más de 750 judíos a bordo hacia la Palestina administrada por los británicos, a comienzos de 1942. Con averías en sus máquinas, el *Struma* se vio obligado a anclar en Estambul pero, el 23 de febrero de 1942, las autoridades turcas lo transportaron al Mar Negro y lo dejaron a la deriva. Al día siguiente, un submarino soviético torpedeó la nave y la hundió junto a la tripulación y a todo el pasaje. Murieron 768 personas; sólo un náufrago salvó su vida. El drama del *Struma* fue un símbolo del desinterés criminal y de la crueldad general de todas las potencias, en una y otra de las alianzas involucradas en la guerra, frente al «problema judío». De eso trataba el segundo poema compuesto por Raúl, quien había perdido muchos amigos de los tiempos del gimnasio Aurora en el hundimiento de la nave. «En el barco, se encontraba un ciego, padre de una pareja que también viajaba a Eretz. En medio de las olas, el viejo pide a Dios, como último favor o, más bien, como compensación por el sufrimiento de una vida entera, el milagro de llegar con los ojos hasta las puertas de la patria y de ver la tierra de los Macabeos en las manos de sus auténticos herederos.» Hubo varios oyentes que,

en el momento de la declamación de este poema, estuvieron a punto de ahogarse de la emoción. Dos sionistas militantes que allí había, que partirían a Israel en cuestión de días, se ofrecieron a traducir las composiciones de Raúl al hebreo y metieron los versos de Raúl en sus alforjas de viaje. «No sé que pasó, porque no tuve más contacto con ellos.» Tras el escape de Hugo, la *Colentina* proporcionó a los S los ingresos mínimos que necesitaban para vivir en Bucarest. Entretanto, «las autoridades rumanas, comunizadas hasta la médula, no miraban con buenos ojos una escuela de tendencia sionista, porque esos son ideales que el comunismo no entiende, enemigo de un nacionalismo tan exaltado como el que se respiraba en la escuela. Por eso, los camaradas trabajaban para cerrar la institución y así se sucedieron los controles, generalmente de noche para intimidar mejor a los alumnos». La Joint organizó un sistema de salidas parciales de los estudiantes hacia Israel. Fue necesario entregar y repartir mucho dinero en pagos regulares y en sobornos a los oficiales del gobierno. El día en que se recibió la orden definitiva del cierre de la escuela, el último grupo de alumnos había abandonado la *Colentina* la noche anterior bajo la dirección del profesor de hebreo. «Fuera de riesgo estaban ellos, los niños y los jóvenes. Nosotros, el resto, nos quedábamos otra vez bajo la amenaza del peligro. Pero valió la pena.»

Comenzó entonces el calvario de un Raúl, muy fichado por el poder del partido, exsecretario particular de un traidor capitalista huido del país, exprofesor de gimnasia de una escuela sionista, peores antecedentes no se podía exhibir. Así le hizo entender un antiguo compañero de Aurora: judío comunista de la primera hora, del grupo de Ana Pauker que aún tenía predicamento en el gobierno, el personaje había sido designado viceministro de Deportes. Cuando Raúl lo fue a visitar a su despacho en el ministerio y le pidió un empleo, el camarada Vlaicu, pues así se llamaba el hombre según su apellido recién rumanizado, se mostró amable, felicitó a Raúl por las poesías cuya fama había llegado hasta sus oídos, le habló de una antigua deuda de gratitud por las bellas clases de gimnasia del pasado, le convidó un café y, por fin, le pidió que pasara en tres meses para no comprometerlo de inmediato, en un momento tan próximo a la clausura de la escuela Colentina. Sin embargo, en la víspera de la navidad de 1948, la cuñada Ella S1 preguntó de sopetón a Raúl si recordaba todavía al petiso Carol de la imprenta de su padre. «Y claro que me acordaba de él, bajito y vivo, siempre me pedía dinero, que decía no era para él, o un traje usado a lo que, riéndome, lo

miraba y le decía que con un traje mío él se haría dos. Ayudé a su esposa a ingresar en una de las hilanderías de Crespi, en fin, jamás le rehusé un pedido y lo ayudé dentro de mis posibilidades.» Carolica se había encontrado con Ella, le había rogado que Raúl fuera a verlo cuanto antes al lugar donde entonces trabajaba y le entregó una tarjeta de visita en la que, bajo su nombre, se leía: «Partido Comunista. Responsable organizador». En síntesis, Carolica estaba por encima de muchos ministros en el nuevo sistema de gobierno de Rumanía. «En un edificio central, con habitaciones lujosas, despachos, *bureaux* de todos los tamaños, pregunté por el camarada Carol mostrando su tarjeta y me acompañaron hasta una sala inmensa, alhajada con cuadros de valor en las paredes y alfombras persas en el piso. Detrás de un escritorio más alto que él, aparecía la cabeza de Carolica.» Cuando vio a Raúl, el generoso comunista dio un salto para abrazarlo y le preguntó: [transcribimos literalmente el diálogo del texto de las memorias porque el contrapunto no tiene desperdicio.] «"¿Te acordás, Raulica, te acordás de todo lo que hiciste por mí, por mi esposa, los trajes y dinero que me diste?" "No", le dije, "cuando se hace un favor, se olvida, porque si no se olvida rápidamente, no es un favor." "Bueno, bueno, ahora puedo decirte sin miedo que nada era para mí, ni los trajes usados, ni el dinero, todo iba a unos camaradas pobres. Hoy vas a tener la recompensa." "Carolica, te repito que no recuerdo nada, no estás en deuda conmigo y te agradezco el recibimiento." "Mentiroso, tu cuñada no está de acuerdo y me explicó tu situación. Sólo yo puedo sacarte a flote. Y cuando digo a flote, pienso en lo mejor. Pedime algo"».

Raúl manifestó enseguida que él pensaba que podría ser muy útil en la organización del deporte y que algo había ya intentado, sin éxito, en ese terreno. Carol volvió a la mesa, escribió algo, lo metió en un sobre junto a su tarjeta y puso el nombre de la persona a quien Raúl debería dirigirse: «Camarada Vlaicu, Viceministro de Deportes de la República Popular Rumana». Raúl enmudeció al ver el nombre y empezó a paladear el sabor de su pequeña e involuntaria revancha. Carol agregó: «Sé que no se cierra un sobre cuando se entrega en mano; sin embargo, las circunstancias actuales lo exigen de esta manera. Toma el sobre y ve a ver al camarada Vlaicu. Llamame mañana o, mejor, que me llame él». Carol abrazó a Raúl y se despidió: «Vaya, vaya, estoy atrasado».

Al entrar Raúl al despacho de su antiguo amigo Vlaicu, el viceministro de Deportes comentó azorado: «¡Qué pronto que

pasaron los tres meses!». Raúl le extendió el sobre. Abrirlo y palidecer fue todo uno para el pobre Vlaicu. «Raúl, ¿cómo llegaste a conocer al camarada Carlos?» El menor de los S contó parte de la vieja historia, sólo lo necesario para que el viceministro comprendiera la enjundia de la relación que unía a Raúl con Carolica. A partir de ese instante, nuestro hombre fue ungido jefe inspector de la sección Gimnasia, dependiente de la Presidencia del Consejo de Ministros de la RPR. De inmediato, Vlaicu acompañó a Raúl hasta el lugar, habló con los tres inspectores que componían el reparto y puso al nuevo jefe en funciones. «Más tarde, me di cuenta, comentaría Raúl años después en Buenos Aires, de que la única sección formada por tres inspectores más un jefe era la nuestra. Nadie tenía derecho a preguntar nada. Y así me encontré otra vez con un trabajo.» Todo había sucedido en pocas horas. Esa noche, el festejo en la calle Micsunele reeditó los grandes fastos de los años 30, anteriores a la primera catástrofe de la muerte de Josef S1.

En principio, las obligaciones de Raúl no fueron pesadas. Se presentaba a las siete de la mañana en el edificio del Consejo, conversaba amigablemente con los tres inspectores bajo su mando y, luego, leía en voz alta el diario para analizar en conjunto el artículo de fondo, que siempre les parecía inteligente e ideal. Los cuatro mosqueteros de la gimnasia rumana se entendieron muy bien y desplegaron, sin celos ni mal humor, una actividad intensa en todo el país que los llevó a organizar concursos deportivos y olimpíadas escolares, a mejorar la formación de los profesores de la disciplina y a detectar a los jóvenes de las provincias, los destacados en la práctica de algún deporte específico, quienes merecieran el apoyo del estado. La labor de Raúl y de los tres inspectores recibió varios premios de la dirigencia del partido, por ejemplo, zapatos de cuero para esos cuatro buenos comunistas. Nuestro hombre adivinaba siempre la mano de Carolica detrás de tales movimientos. A mediados de 1949, la flamante amistad rumano-soviética dio sus frutos en el campo de la educación física: un gran profesor, el maestro Kuznetsov, llegó directamente de Moscú para entrenar a sus colegas en el nuevo método soviético de gimnasia que, según Raúl, se caracterizaba por haber seleccionado lo mejor de los métodos alemán, sueco y danés y aplicar un entrenamiento estricto a partir de «ejercicios pensados por entrenadores, pintores y escultores, quienes estudiaban la forma y la belleza de los movimientos producidos en cada aparato». Raúl y sus ayudantes recibieron la orden de convocar a cuarenta colegas de toda Rumanía, buscar

y equipar una gran sala destinada a las lecciones del maestro ruso y, por supuesto, asistir como los mejores y más aplicados alumnos al curso de trescientas sesenta horas que daría Kuznetsov con la ayuda de un intérprete. «Cuando las órdenes llegaban desde tan alto, se buscaba hacer lo imposible y ejecutarlo con mucho cuidado, para no caer en algo que pudiera interpretarse como obstáculo o sabotaje.» Las cosas salieron muy bien, desde el aprendizaje hasta los exámenes rigurosos, tanto teóricos cuanto prácticos, que culminaron en las felicitaciones sinceras y entusiastas de Kuznetsov a los cuarenta y cuatro participantes. El agradecimiento de Raúl por lo adquirido entonces no tuvo límites y persistió hasta el tiempo lejano de su propia enseñanza y aplicación de la gimnasia en Buenos Aires: «Confieso que lo nuevo que aprendimos del profesor soviético resultó tan provechoso como lo que había aprendido en más de veinte años. Fueron trescientas sesenta largas horas que me parecieron minutos, gracias al agrado y el buen humor que derrocharon el maestro y su intérprete. Kuznetsov nos enseñó cómo dar una buena lección de gimnasia y los masajes adecuados a personas de 10 a 100 años de edad, masajes deportivos, antes y después de una prueba, masajes de compensación, de circulación y recuperación, con todos los secretos que es posible transmitir en tales circunstancias. Kuznetsov nos enseñó también a ser árbitros impecables de los concursos de grandes aparatos. No tengo palabras de gratitud hacia un maestro que jamás se mostró cansado, a pesar de ser un cuarentón curtido, siempre alegre, y, en el tiempo en que estuvimos juntos, no dijo una sola palabra destemplada a nadie. Con esos conocimientos, esas sabiduría y benevolencia, que acumulé durante sus clases, recorrí más tarde tres países [Israel, Francia, Argentina] ganándome bien la vida, merced a ese *hobby* que Kuznetsov transformó definitivamente en mi *modus vivendi*». La oficina nacional de inspección de gimnasia estuvo lista desde ese momento para encarar la organización del equipo rumano que concurriría a la gran Balcaniada, es decir, a los juegos balcánicos que los países comunistas de Europa central organizaron en Zagreb en 1950, bajo la égida y el estímulo de Moscú. Cómodamente alojados y mejor alimentados, según los estándares calóricos promovidos por la medicina soviética del deporte, en aquélla, la segunda ciudad de la Yugoslavia del camarada Tito, los diez atletas y las diez atletas de Rumanía, más que nada ellas, descollaron en los juegos gimnásticos y obtuvieron los primeros premios. Precedidos por la fama, Raúl

y sus inspectores volvieron a Bucarest donde fueron recibidos como héroes nacionales junto a los jóvenes de la comitiva. Años después, más de medio siglo había transcurrido, cuando Cecilia desvariaba en sus últimos meses de vida y preguntaba por Raúl, dónde se encontraría que no estaba allí mismo (Raúl había muerto siete años antes), no se detenía en aguardar la respuesta e infaltablemente decía: «Seguro que está con la *curve* de Zagreb», lo cual permite pensar que el presidente de la delegación rumana a la Balcaniada ha de haber vivido un amorío intenso en aquella ocasión. ¿Cómo pudo llegar la noticia del *affaire* a oídos de Cecilia? Creemos que el chisme fue transmitido por un periodista de *La Chispa*, el periódico comunista en cuya redacción la señora S había conseguido trabajo, a instancias también del incomparable Carolica, la mayor alma buena que haya conocido el régimen de la República Popular Rumana.

Un episodio inesperado reencendió los deseos de Raúl de irse de Rumanía y emigrar a Israel. Sucedió en un tranvía en Bucarest y Aurora fue su protagonista principal. Iba la niña en el coche junto a su padre y vio, colgado en la moldura principal del interior del vehículo, un retrato del camarada Stalin. «¿Qué hace ahí la cara de ese mequetrefe [*pipernicitul*]?», preguntó Aurora. Raúl quedó helado, las personas en el tranvía miraron horrorizadas a la niña y al padre. Raúl reaccionó con un grito y un cachetazo: «¿Cómo te atreves a llamar así al camarada Stalin? ¿Dónde has aprendido una cosa semejante? ¿Te has vuelto loca?» Aurora no pudo ni siquiera llorar, abrumada por la violencia desconocida de su padre y la vergüenza que sintió, arrastrada por Raúl que bajó del coche en la primera parada. Dios fue grande, nadie descendió con ellos, no había habido ningún espía en el viaje. De cualquier modo, Raúl dio un rodeo inmenso antes de regresar a pie hasta su casa y miraba todo el tiempo más bien hacia atrás que hacia adelante. Al contar a Cecilia lo sucedido, los S experimentaron un terror eléctrico en la espina dorsal. Esa misma noche, volvió a rondar en sus cabezas el proyecto de partir, máxime que sabían de muchos amigos judíos que lo habían logrado o se encontraban en vías de conseguirlo gracias al apoyo financiero de la embajada de Israel. Raúl no quiso presentar ninguna solicitud antes de consultarlo con Vlaicu y con Carolica. Para su sorpresa, los dos amigos comunistas estuvieron de acuerdo: los S debían intentar irse de Rumanía, soplaban malos vientos para los judíos desde Moscú y, muy pronto, no habría judíos en cargos públicos en ningún país de la órbita soviética. Raúl no se hizo esperar e

inició el trámite de emigración. Sus miedos de que las tarjetas de racionamiento y comida les fueran retiradas, tanto a él cuanto a Chica, dactilógrafa en el periódico *La Chispa*, se disiparon al comprobar que ambos conservaban sus respectivos trabajos, no obstante la solicitud elevada para dejar el paraíso comunista de la RPR. Tras dos meses de espera, en junio de 1950, los S recibieron el permiso de abandonar el país con destino a Israel, por el puerto de Constanza, pero sin derecho a regresar nunca a la *tzara* rumana. Cuando Perla se enteró de que la salida de su tercer hijo, su nuera y su nieta era inminente, quebró «la máscara» de su tristeza habitual, debida a «la pérdida de su corona, el hijo mayor, su médico como ella decía», y la reemplazó por la acción de un llanto incontenible que duró días enteros, más allá de la mañana en la que Raúl y su familia tomaron el tren rumbo al puerto de Constanza, si bien durante los adioses, Perla sonrió y dijo a Raúl que hacía bien en partir: «Esta no es vida, ni para vos ni para Chica y menos aún para Aurorica. Busca algo mejor». Hacer las valijas costó mucho, no por lo que se llevaron sino por la complicación de elegir lo poco que les estaba permitido sacar del país, veinticino kilos cada adulto, y los niños, la mitad de eso, ninguna alhaja, nada de dinero, tampoco periódicos ni fotos que no fueran las estrictamente familiares. Una parienta lejana de los A, a quien le faltaba una pierna desde la altura de la rodilla hacia abajo, cuando estaba a punto de abordar el barco que la transportaría a Haifa, fue sorprendida con un brillante dentro de su pierna de palo, y no sólo se le había prohibido salir de Rumanía sino que había permanecido en prisión durante tres meses. «Entregué la llave de nuestro departamento a mi madre y besándola le dije: "Todo lo que está aquí adentro les pertenece, hagan lo que quieran, vos y papá, y que les sirva para vivir felices muchos años más". Fue la primera vez que vi llorar a mi padre. No hay cosa más triste que ver a un padre, que lo crió a uno en alegría, dicha y buen humor, llorando como un niño. Hasta hoy no sé si es una bendición o una maldición no haber contemplado a mis familiares muertos. A mis padres, a mis hermanos, ya fallecidos todos, escribió Raúl en los 80, a ninguno de ellos lo vi muerto. Si los recuerdo, los veo así tal cual los dejé en vida.»

El puerto de Constanza parecía un hormiguero de «infamia y perversidad». El control de los migrantes se efectuaba en camarines separados. Una vez desnudado por completo, el viajero asistía a la revisión de cada una de sus prendas, que eran descosidas o desgarradas para explorar cualquier

escondrijo posible de dinero o joyas. La revisión de las mujeres, a cargo de otras mujeres, era diez veces más rigurosa, extraña, aunque no inconcebible, manifestación de que cuanto más grandes las humillaciones del pasado más devastadores se exhiben los resentimientos del presente. Los aduaneros, soldados o viragos brutales, decidían la confiscación de aquello que les parecía no se ajustaba a las normas de la emigración. Raúl fue despojado de un anillo que le había regalado su padre al cumplir los 15 años. Cecilia, lo fue de una gargantilla de fantasía y de dos pares de zapatos que la controladora juzgó excesivos. Nadie dijo una palabra. «A veces, con sólo reclamar, se perdía el barco asignado y quién podía imaginar las consecuencias. […] Esa Babel, ese caos, los momentos de desesperación terminaban cuando uno ya se encontraba en el barco. Yo pensaba en la última impresión que me dejaba el país donde había vivido cuarenta años, el país de mis abuelos, de mis padres, el mío, hasta el momento en el que la huida no fue una traición sino una vía salvadora. En vez de sentir algún sentimiento de tristeza o congoja, estaba tranquilo, no digo alegre, pero sí en paz conmigo mismo y sereno. Por todos los países donde pasé, a la larga, cuando los abandonaba, tuve las mismas sensaciones de tranquilidad y la esperanza de que las cosas se solucionarían sin mayores inconvenientes.» Y eso que la situación en el barco superaba en muchos aspectos las aglomeraciones y las incomodidades de Constanza. Con una capacidad de seiscientos pasajeros, las autoridades rumanas habían hecho entrar dos mil almas en la nave. Las mujeres disponían de un camarote con ocho camas para otras tantas familias, es decir, que había una sola cama destinada a la madre y a los hijos pequeños cualquiera fuese su número. De modo que, por las noches, las madres dormían sentadas, en el mejor de los casos, o bien directamente estiradas en el suelo. Los varones estaban aún peor, pues no tenían camarotes y dormían todos juntos «en el vientre del barco», sobre camas, catres, hamacas, en medio de un jaleo constante de ronquidos, quejas, gritos y riñas por el lugar. Todos los pasajeros habían comprado sitios teóricos, que los burócratas gubernamentales vendieron tres o cuatro veces sin importarles qué ocurriría una vez que los emigrantes ingresasen a la nave y ésta se hiciese a la mar. Lo que acontecía en los baños al comienzo del día, el cómo y el qué se comía en los almuerzos y las cenas, las memorias de Raúl lo han dejado «al lector, para que trabaje su imaginación». El ver Constantinopla desde la cubierta del barco no ejerció esa vez ninguna fascinación: la memoria del *Struma*

se interpuso, sobre todo porque Raúl y Cecilia recordaron que ellos no habían abordado aquel otro paquebote por falta de dinero para pagar lo que exigían los funcionarios de Antonescu. «Pensándolo bien, hay momentos en los que es mejor no tener mucho dinero y sí un gramo de suerte.» El espectáculo de Haifa tuvo el efecto opuesto al de Estambul: «Un sol tibio y la alegría de terminar aquel recorrido espantoso, para ver un ciudad reluciente a orillas del mar y, sobre el monte Carmelo, otra ciudad arbolada, milagro que brillaba al acercarnos, me inspiraba optimismo, me infundía valor, a mí y a todos los mirones, insaciables de tanta belleza. Me acordé de dieciséis años antes, cuando un profesor médico me aconsejó irme de Palestina ante la amenaza de la nueva mordedura de un mosquito. En aquel momento, después de lo pasado bajo las bombas, bajo el poder de los alemanes y los rusos, reflexionaba en que habría sido preferible que me siguieran mordiendo los mosquitos».

El recibimiento no fue todo lo caluroso que los S habían imaginado. Al descender del barco, los pasajeros fueron llevados a un galpón y fumigados con DDT. Luego, se los instaló en un campamento cerca de Hadera donde Raúl y los suyos compartieron la carpa con un adolescente checo, Jiri [véase **Cecilia S1-S**]. «Fuimos aceptados, no abrazados. Con razón», pues de los cuatro rincones del mundo llegaban a Israel, convocados por el primer ministro Ben Gurion, miles y miles de judíos que habían esperado durante años incontables el milagro de «una nueva esplendorosa Jerusalén». Tantos *olim* (inmigrantes) arribaron y en tan poco tiempo que el dar alimento, cobijo mínimo y trabajo a esas multitudes esperanzadas exigió sacrificios inéditos de los recién venidos, pero más todavía de quienes ya se encontraban instalados en el país desde una o más generaciones atrás y habían peleado, contra árabes e ingleses, por la independencia. Raúl comprendía bien el proceso y se asombraba de su propia capacidad para las privaciones y el abandono de antiguas comodidades o remilgos. «En el mismo plato, arenque, algo de carne los sábados, pan y compota. ¿Dónde estabas, madre, para ver a tu hijo al que nada le gustaba cómo devoraba entonces lo que se le servía y con qué hambre? […] Comíamos, semanas tras semanas, pan con naranjas, y el país levantaba su mirada cada día más y más. […] Los judíos, que parecíamos un pueblo terminado, cansado, oprimido miles de años en todos los países, ya teníamos una patria. Cómo mostrar el amor y la alegría, con qué pagar a los que se habían sacrificado al luchar como leones,

uno contra diez, sino con la renuncia a todo y el correr para poner el hombro allí donde se nos convocaba. Se necesitaban brazos para erigir aquel país grande como un pañuelo, pero fuerte como ninguno. Un sinfín de hombros, un río de sudor hicieron lo que es hoy la flor de Israel.» Raúl consideraba que había una paradoja muy bella en el hecho de que se tratase de unificar la lengua de aquellas miles de personas, a las que se enseñaba el *ivrit* por la fuerza y se les prohibía rigurosamente el uso público del *yiddish* o de cualquier idioma que hubieran traído desde sus lugares de origen. Se impuso entonces a nuestro héroe el símil caprichoso de una Babel invertida, «de una torre que no levantaban los hijos de Noé, sino los descendientes de Sem, miles de años más tarde, y no una torre sino un país entero. Y tantos idiomas que había que convertir en uno, pero nadie se sentía molesto, porque, claro, aquello no era una maldición sino la vuelta a la unidad que no podía tener efectos fatales, sino al revés». Sin embargo, el período de Hadera estuvo marcado por un episodio casi fatal que, según declararía más tarde Raúl, sería el motivo de una nueva partida de los S, de un segundo abandono de la Tierra Prometida varios meses después (llegado el momento, nos permitiremos poner en duda este testimonio de nuestro memorialista). Pues bien, estaban en la carpa de Hadera cuando Aurora enfermó de disentería. Los primeros síntomas graves aparecieron un viernes por la tarde y Raúl corrió con la niña en brazos a una sala de primeros auxilios ubicada en la entrada de la ciudad. La enfermera displicente que había quedado a cargo del dispensario, con «aires de doctora», dijo que, por ser viernes de noche, no podían recibirse pacientes hasta la mañana del domingo. Raúl se enfureció, empujó violentamente a la enfermera, puso a su hija en una cama y responsabilizó a la mujer de cualquier cosa que ocurriese a la niña. Aurora volaba de fiebre. La enfermera, caída en la cuenta de que el asunto era grave, muy asustada, corrió a llamar al médico. El fármaco necesario para atacar la disentería, recetado por ese médico, no estaría disponible hasta el domingo a la tarde, a menos que se lo comprase de urgencia en la única farmacia que permanecía de guardia en Hadera durante el *shabat*. Los S no tenían un centavo en el bolsillo. Cecilia corrió desesperada hasta la farmacia, consiguió que el dueño, gran fumador, se tentara con unos cigarrillos norteamericanos que le ofreció, los comprara y, con esas monedas, ella compró a su vez el medicamento que salvó la vida de Aurora. Cuando Raúl recuperó a su hija, «tan flaca como una sombra», parece haberse prometido locamente

que dejaría Israel en la primera ocasión que se le presentase. «Tenía vergüenza de pensar en irme de Israel y de juzgar nuestra condición sólo por aquella primera vez en la que estuvimos en peligro, pero sentí que una gran amenaza se cernía sobre mi hija, el miedo se apoderó de mí y nadie tuvo fuerzas o argumentos para quitarme el deseo de salir cuanto antes.»

A los sesenta días de su desembarco, Raúl había recuperado el *ivrit* aprendido en los años 30 y su nombre hebreo «verdadero», nada menos que Israel. Una comisión gubernamental examinó sus antecedentes y le propuso enviarlo a un *kibbutz* en los alrededores de Binyamina como profesor de gimnasia, a una escuela que allí había con siete cursos diferentes de niños y jóvenes desde los 6 hasta los 15 años de edad. Raúl aceptó enseguida, básicamente por dos razones: le ofrecían una casa cómoda de dos habitaciones y, en aquel *kibbutz*, vivía Anny, una prima de Cecilia, madre de un niño, Baruch, quien tenía la misma edad de Aurora. Quizá fuera posible reconstruir algo de la perdida sociabilidad de Bucarest. «El *kibbutz*, rico en frutas, una fábrica de jugos, lleno de jardines, lugar de avicultura con miles de pollos y gallinas de todas las razas, me pareció un paraíso terrenal.» Los alumnos, todos ellos sabra, eran orgullosos, díscolos, indisciplinados, pero Raúl sabía cómo tratarlos gracias a su experiencia de 1933. Logró poner orden en sus clases de gimnasia y hacerse querer, salvo por un rebelde de unos 12 años, quien actuaba de gracioso, héroe y cabecilla del curso. Cierto día, el pequeño líder llevó las cosas a mayores, desoyó las consignas del maestro, se burló de él, se trepó a un pino y, desde lo alto, comenzó a arrojar conitos contra Raúl. Éste lo conminó a bajarse pero el muchacho se mantuvo en sus trece. Toda la clase rodeaba el árbol y miraba, atenta al desenlace. Raúl no dudó más, se subió al pino, se acercó al revolucionario, lo tomó por la cintura y lo bajó sin soltarlo. Una vez en el suelo, Raúl le propinó dos sonoros cachetazos. El chico corrió hacia su casa profiriendo una mezcla de sollozos y amenazas. Los demás alumnos enmudecieron y, al menor signo del profesor, reanudaron sus ejercicios. Sabedor del episodio, el director de la escuela mandó llamar a Raúl: «¿Qué hace, Israel? ¿Acaso ignora que aquí no se pega a los alumnos en la escuela?». Raúl replicó que no estaba arrepentido de haber puesto coto a las impertinencias de ese demonio y que no temía las quejas del padre. Media hora más tarde, aparecieron el adolescente y su padre, «un albañil grande como un tanque en tiempos de paz, y

avanzaba con una cara que, Dios mío, pensaba yo, si me pega me hace picadillo». Preguntó con su voz de trueno por qué el hijo no estaba en clase, a lo que el director no tuvo más remedio que responder con el informe puntilloso de lo sucedido. El hombre se acercó a Raúl y le dio un abrazo, lo felicitó y le agradeció por haber concretado lo que su mujer, en la casa, nunca le había permitido hacer, esto es, castigar a esa criatura infernal y desmedida. De más está decir que el provocador se transformó en un gimnasta fuera de serie y amó a su maestro como ninguno de sus compañeros. De todos modos, la fama de Raúl corrió a través de toda la región. Al cabo de pocos días, las autoridades educativas del distrio de Haifa le solicitaron que, a sus responsabilidades en Binyamina, sumara más clases en la nueva colonia del Pardess-Hannah, de judíos recién llegados de Marruecos y de otros países árabes del norte de África, y en el *kibbutz* de Gan Smuel, formado por una comunidad argentina, «¡qué casualidad! Órdenes son órdenes y me ajusté a un horario matador para cumplir con mis obligaciones». Los alumnos del Pardess-Hannah eran una combinación inmanejable de abulia ante los ejercicios sistemáticos, de entusiasmo por jugar a la pelota y de animosidad mutua. «Cada cual tenía su cortaplumas, que sacaba a relucir en cualquier momento de riña con otro estudiante. Eran salvajes, acostumbrados a defenderse en circunstancias difíciles. El cuchillo era, para ellos, el instrumento más importante, el juguete que no faltaba en ningún bolsillo. En nueve meses que estuve con ellos, no recuerdo una sola clase normal. […] Pardess-Hannah, mi punto negro, me quitaba el sueño.» En Gan Smuel, sucedía todo lo contrario. Los alumnos, organizados en secciones de mujeres y varones antes de la llegada de Raúl, eran capaces de seguir las instrucciones por difíciles que fueran. Agréguese a ello que, con frecuencia, las autoridades de aquel *kibbutz* invitaban al maestro gimnasta a cenar en el sitio que, como buen paraje de raíces argentinas, hacía un culto de la carne vacuna y del pollo en las comidas. Prefiguraciones del porvenir rioplatense de la familia S-S1. «En trece meses que permanecimos la segunda vez en Israel, la carne que comí en todo ese tiempo fue la que comí en Gan Smuel.» Raúl solicitó formalmente la mudanza al *kibbutz* «argentino». Se le contestó que Aurora y él serían aceptados, pero no Cecilia pues «no se encontraba un trabajo para ella». «Renuncié a todos los pollos, me quedé con Chica y seguí dando clases en Gan Smuel por todo el tiempo que permanecí en Israel.»

Los sábados en Binyamina eran bastante placenteros. Había un cine en el centro de la ciudad, al que acudían los S y la familia de Anny. «Una sala de grandes dimensiones, con sillas, cada una de forma, color, tamaño diferentes, qué importaba si la película era agradable. Se veía poco porque casi todos los hombres fumaban, discutían, gritaban y poco les importaba el film si la polémica resultaba más divertida.» Aparentemente, el mayor problema lo constituían la flacura y la debilidad congénitas de Aurora. La niñita iba a la escuela y daba buenas señales de inteligencia, había aprendido el *ivrit* a la perfección y, aunque tenía apenas 5 años, se arreglaba bien con las operaciones fundamentales y la lectoescritura: dibujaba sobre la arena, mediante un palito, su nombre y el de sus padres, en los alfabetos hebreo y latino. Pero, a la hora de comer, Aurora desplegaba una falta preocupante de apetito, a pesar de que su madre y la tía Anny se privaban de sus raciones semanales de chocolate, de huevos y de la poquísima carne a disposición, para que la niña encontrase algo de su gusto y se alimentase. La inapetencia de Aurora se convirtió en un drama cotidiano que reavivaba, por cierto, aquella desesperación del fin de semana de la disentería en Hadera. En su autobiografía, Raúl también asentó ciertas quejas a raíz de hipotéticas promesas incumplidas de las autoridades, que habrían asegurado un traslado de la familia S a una gran ciudad, Tel Aviv o Jerusalén, donde, vaya a saber por qué recónditas razones, Cecilia imaginaba que Aurora aceptaría la comida y engordaría. Es probable que Chicuaia proyectase su propio deseo y nostalgia de la vida burguesa en el mundo psíquico de su hija. Al fin de cuentas, creemos que en ese amor incontenible hacia lo urbano, es decir, en la urbanidad propiamente dicha de Cecilia S1, radicaban la inquietud y el malestar de los S como colectivo familiar, dominado por la madre, en Israel. Lo cierto fue que Raúl pensó en Hugo Ram, su amigo antiguo del gimnasio Aurora y segundo patrón en la hilandería comprada al *signor* Crespi. Hugo había recalado en París y erigido en esa ciudad una nueva fábrica de hilados y telas, según lo que contaban la hermana de Cecilia, Lola, y su marido Eddy A, quienes habían conseguido pasar apenas a través de Israel e ir a refugiarse en Francia, bajo el paraguas de un buen empleo de Eddy en la casa parisina del laboratorio para el que él mismo había trabajado en Rumanía. Raúl se puso en contacto con Hugo, pues, el que se entusiasmó con la idea de tener de nuevo como colaborador y secretario al viejo amigo en su emprendimiento de París. A los dos meses de la primera carta que Raúl le envió desde

Binyamina, Hugo había conseguido visas francesas para los tres miembros de la familia S y no sólo eso, sino que remitió una considerable ayuda financiera para que los S pudieran salir de Israel. Porque, atención, si entrar al joven Israel casi no presentaba más dificultades a un judío que las que pudiesen interponer los gobiernos en los países de origen de la emigración, el salir de Israel implicaba que ese mismo judío recién ingresado pagase los gastos asumidos en su momento por el Estado israelí con el objeto de trasladarlo hasta *Eretz* y, por otra parte, cumpliese con el servicio militar un tiempo proporcional al de su propia edad. Sumados los períodos correspondientes a los adultos S, Raúl hubo de prestar su servicio durante dos semanas en Tel Aviv, donde lo mandaron a cuidar de los jardines que rodeaban el cuartel principal de la ciudad. En septiembre de 1951, la familia S fue despedida de Binyamina con lágrimas en los ojos de todos los habitantes del *kibbutz*. El funcionario del puerto que selló los papeles preguntó a Raúl por qué quería partir de Israel cuando los judíos del mundo entero aspiraban a irse a vivir a esa tierra deseada y prometida. Raúl habló del temor que sentía por su hija. «Pero, trabajo para usted y comida para su hija, se han de encontrar seguramente.» El hombre insistía para convencerlo. No lo consiguió. «Creo que Israel no me recibe con mucha simpatía. Estuve dos veces en el país, casi con una situación estable, y las dos veces me vi obligado a dejarlo por distintos motivos.» Razones que, nos animamos a decir, poseen una base común: el humor urbano radical de Cecilia. A bordo del barco israelí *Arza*, los S zarparon de Haifa y se dirigieron rumbo a Marsella. Otra vez, Raúl estuvo sereno y confiado, aunque en su cabeza albergaba muchas historias extraordinarias de su segunda estancia en Israel, de las que hemos asentado muchas y de las que nos faltaría transcribir otras dos, una sublime y una cómica, antes de seguir con nuestro relato principal. La primera contiene ecos inesperados de los pasajes de la Torah sobre el Arca de la Alianza e imágenes de la Kaaba en La Meca. La segunda podría sumarse a la tradición que va de las *Facetiae* de Poggio Bracciolini a los relatos graciosos de Isaac Bashevis Singer sobre la aldea de Chelm.

VISITA A LA TUMBA DEL REY DAVID

Durante una excursión a Jerusalén, con mi clase, fuimos a visitar la tumba del rey David. Un monolito grande, negro, cubre la tumba. Todos nos arrodillamos. Toqué con las dos manos aquella piedra negra. Un fuego me las quemó y no pude mantenerlas más

sobre la piedra. No soy supersticioso, pero aquel fuego quedó en mis manos, me ayudó para siempre en el trabajo y hasta hoy no olvido cómo una corriente eléctrica me recorrió las palmas y los brazos cuando toqué la piedra.

HISTORIA DEL RABINO Y DE LA OVEJA QUE SE COMIÓ UN CUCHILLO

El dueño de una oveja se dio cuenta de que su animal se había tragado un cuchillito. El hombre era muy ortodoxo y creyente y acudió al rabino a preguntarle: «¿Se puede comer una oveja con un cuchillito adentro? ¿Es kosher*?». El rabino es lo mismo que un juez en poblaciones tan pequeñas como Binyamina. El santo varón se acarició la barba y contestó: «Puedes comer la oveja, pero las tripas me las traes para que yo las controle». No se supo si el rabino encontró el cortaplumas en aquellas tripas, pero sí fue conocido el festín que se hizo con las entrañas de la ovejita. Anny y Chica partieron al banquete para probar, por fin, un poco de carne después de meses de no hacerlo. Todos se preguntaban por qué el rabino se quedó con las tripas. La respuesta venía sola, el pobre tenía también un hambre feroz.*

Merced a su calma y a su belleza, el viaje por el Mediterráneo reeditó el regreso de Haifa a Constanza en 1934. Un sol tibio calentaba la cubierta y abría el apetito de los felices viajeros, incluso de la pequeña Aurora quien comió con deleite aquellos veinte días, como salida de una larga enfermedad. Ya entonces sociable y amiga de hacerse amigos, la niña se las ingenió para que varios párvulos de su edad la invitaran a jugar en la primera clase. Raúl se puso a hacer sus ejercicios más vistosos en la cubierta y, al día siguiente, unos veinte compañeros de excursión le pidieron que los guiase para cumplir ellos también esas evoluciones tan bonitas del cuerpo y de sus equilibrios. Aquello no fue un favor de Raúl hacia el prójimo sino un placer que el jefe de la familia S obtuvo de tales alumnos circunstanciales, una confirmación de su destino definitivo asociado a la gimnasia, como si no hubieran bastado el pseudoministerio en la Rumanía comunista o las actividades en Binyamina, el Pardess-Hannah y Gan Smuel o el recuerdo de *Aurora* y su réplica superior y magnífica en la Aurora de carne y hueso. «Otro mar, otro mundo. El Mediterráneo se diferencia del Mar Negro por ser mucho más azul y más tranquilo. O tal vez nuestro ánimo había cambiado y nos parecía que regresábamos al sueño de la buena ventura. Pero también me preguntaba hasta cuándo peregrinaría en busca de tranquilidad.

Recordé a mi abuela, la madre de Perla, quien me había dicho la primera vez en que salí hacia Palestina: "No se corre para atrapar la suerte, ella viene solita". La suerte no me buscó ni vino solita, al contrario, no me dejaba echar raíces en ninguna parte.» Marsella exhibió su grandeza y su imponencia del mayor puerto del Mediterráneo en una mañana de sol y cielo azul. «Constanza, Haifa y la misma Constantinopla son juguetes a su lado», pensaba Raúl. Una lástima que toda aquella pujanza y aquel cielo cálido y límpido debieran ser dejados atrás en pocas horas. Los S tomaron enseguida el tren hacia París donde, en el andén mismo de la Gare de Lyon, los esperaban Lola, su marido Eddy y los primos de Aurora, Josée y Marian. Hubo mucha alegría en ambas familias y en el ánimo de Raúl, por supuesto, porque él anhelaba encontrar de una vez, en París, la tranquilidad, la forma de dar a los suyos «un hogar como los que guardaba en la memoria, el de los padres, el de Cecilia, con risa y con llantos, pero, en fin, normal». Desde la estación, los S fueron sin más trámites al Hotel Gerandot, a un costado de la Place Pigalle, que, si bien Chica lo encontró algo sombrío, cayó muy bien a Raúl. La familia tenía una pieza excelente en el segundo piso, con cama matrimonial y una cama para la niña, baño privado más otras comodidades típicas del corazón de París. La propietaria, *Madame* Jollie, una espléndida cuarentona, se mostró más que amable con los adultos y sinceramente cariñosa con Aurora. Poco tiempo transcurrió hasta que la señora manifestase su voluntad de cuidar a la pequeña cualquier noche en que sus padres quisieran salir de visita o de paseo.

La Francia de 1951 era un país que pugnaba por superar los desastres de la guerra; lo hacía con tesón, coraje y un trabajo agotador, tanto de sus ciudadanos cuanto de los miles de refugiados, sobre todo de los países de Europa central, que se habían concentrado en aquel país de la libertad y de la igualdad soñadas. Los S no debieron de sentirse defraudados en el terreno de las garantías por cuanto, a poco de llegar, sus visas de apátridas, que ostentaban ya el agregado de un permiso, conseguido por Hugo Ram, de *établissement définitif en France*, pasaron a ser documentos regulares de refugiados. Hugo se mostró alegre de haber ayudado a la familia a salir de Israel y de dar un puesto fijo a Raúl en su nueva fábrica de telas estampadas, ubicada en Saint-Denis. El taller abastecía el mercado colonial francés. El menor de los S debía cumplir varias funciones, la de gerente, director de personal y también diseñador de los motivos de colores intensos (ananáes,

papagayos, palmeras, monos) que se imprimían sobre las piezas blancas de paño ligero en el establecimiento del señor Ram. Hugo tranquilizó a Raúl: su salario correría desde comienzos de ese mismo mes y bien podía el hombre tomarse aún una semana para pasear por París, aclimatarse, resucitar su francés después de la experiencia absorbente de haber adquirido el *ivrit*, y encontrar una escuela para Aurora. Los S no desdeñaron los consejos de Hugo, pasearon como turistas por los bulevares, visitaron la Torre Eiffel, aprendieron a viajar en el *métro*, comprobaron que los viandantes atentos al paisaje urbano, los clientes de los cafés en las veredas de Champs-Elysées, los observadores de las gentes que pasaban no eran en realidad franceses sino visitantes extranjeros. «La semana de tomar aire en París se fue como un encanto, como un viento agradable en un día de calor, la única semana de toda mi estancia en Francia en la que me sentí turista yo también.» El trabajo comenzó con un viaje en auto que Hugo y Raúl hicieron juntos a Lyon con el fin de visitar a unos clientes exportadores de telas. Raúl contó la historia del engaño y del interrogatorio por parte de la policía después de la huida de su amigo de Rumanía, un suceso que Hugo ignoraba en sus detalles y que le pareció divertido al mismo tiempo que aleccionador. Satisfecho de aquella *performance* de su amigo, el señor Ram narró a su vez cómo, al llegar a Francia, había sido estafado con una compra de veinte cajas de finísima mercadería textil de Casablanca, las que, cuando fueron abiertas en París, resultó que no contenían sino piedras del desierto. Más tarde, sucedió que un gerente, pagado por la competencia, saboteó la producción de la fábrica de Hugo usando colores de baja calidad, que desteñían al primer lavado, en el estampado de las telas. Raúl filosofó acerca de la fuga del tiempo, de las desventuras y de las alegrías, recordó al patrón amigo el anillo que el sapientísimo Salomón llevaba en su mano izquierda y en cuya circunferencia podía leerse: «Esto también pasará». El negocio en Lyon fue todo un éxito, que Hugo adjudicó a una era de buena suerte inaugurada por la presencia de Raúl. Por supuesto que el optimismo se contagió a nuestro hombre, máxime que, al buscar una casa donde instalarse en Saint-Denis, cerca del lugar de trabajo, encontró un departamento magnífico: dos grandes piezas, una antesala con cocina gigante, baño, todo amueblado. «Me acudieron a la mente la barraca, la carpa y el último lujo en Israel, aquella pieza en el *kibbutz* que se venía abajo, por todo eso el departamento de Saint-Denis me pareció la mejor cosa de muchos años, una maravilla.» Los peores momentos de

estrechez del arribo a Francia quedarían superados muy pronto.

HISTORIA DE LA NIÑA Y LA MUÑECA EN VENTA, A LA MANERA DE ANDERSEN

Cuando recuerdo un domingo, poco tiempo antes de mudarnos a Saint-Denis, hubo un momento tan triste, tan penoso, que no puedo seguir adelante sin relatarlo. Aurora había recibido una muñeca, regalo de su tía Lola, el primer regalo en mucho tiempo. Aquel domingo, tomé a mi hija de la mano y nos fuimos juntos a comprar pan y medialunas, los croissants *tan exquisitos en París. Dejé a la nena en la puerta y yo entré en la pastelería para hacer la compra. Al salir me encontré con mi hija que ofrecía en venta su muñeca a una señora. «¿Qué haces, Aurora?», le pregunté. «Quiero vender la muñeca y darte el dinero.» Fue un instante de desesperación, me sentí más desgraciado que nunca, la tomé en brazos y le expliqué que ya tendríamos de todo, muy pronto, departamento, muebles, trabajo y dinero para comprar otra muñeca, más grande. No olvidé la escena y no podré olvidarla nunca.*

Sin embargo, se intercaló entonces el largo y desgarrador episodio de la partida de Aurora, impuesta por las autoridades sanitarias y escolares de Francia, hacia un *aerium* de los Alpes Marítimos donde la niña se recuperaría de su inapetencia crónica y se conjuraría toda posible forma de tuberculosis [véase al respecto **Cecilia S1-S**]. «Un médico nos explicó la forma de vivir en el preventorio. Clases normales en la escuela durante las mañanas, luego del almuerzo cada niñita debía hacer la siesta, sobre una cama de madera bajo un sol tibio y acariciador, el sol de los Alpes Marítimos. Después de ese descanso de dos horas, las niñas iban a la playa, bajo la vigilancia de las monjas, a un lugar donde nadie salvo personal del *aerium* tenía permitido aproximarse. Se bañaban y regresaban a jugar en un bosquecito pegado a la casa principal del conjunto. Todo ello despertaba las ganas de comer de las pequeñas y así ocurría, excepto en el caso de Aurora que se convirtió en la desesperación de los médicos y de las monjas. Buena alumna, la preferida de las hermanas, Aurora asistía los domingos a la misa, peinada con todo su pelo rubio sobre las espaldas, con sus ojos azules enormes, como un ángel que recogía las limosnas para la iglesia.» En efecto, tras ocho meses de cura en el *aerium* cercano a Antibes, Aurora regresó a Saint-Denis con cien gramos más de peso corporal y un dominio absoluto de la lengua francesa. Inapetencia incurable pero, al menos, la primoinfección de la TBC había desaparecido. La vida

de la familia trancurría bien en el suburbio de París en cuya basílica estaban enterrados «todos los Luises de Francia». Los S hicieron buenos amigos entre los padres de los compañeritos de Aurora en la escuela y recuperaron la bella costumbre de los años 30 de ir al cine los domingos, sin necesidad de ver las «películas tendenciosas» de la Rumanía de los últimos tiempos. Pero, el trabajo en la fábrica de Hugo comenzó a presentar algunas aristas que Raúl no pudo soportar demasiado tiempo. La mayoría de los obreros estaba formada por inmigrantes argelinos «muy pesados, difíciles para entrar en confianza con ellos». La situación de la empresa era embarazosa y Raúl sentía más que nadie esa precariedad, debido a que era el encargado de pagar los sueldos cada sábado y, desde comienzos de 1954, nunca podía liquidar los salarios completos, siempre se veía en la obligación de justificar al patrón y de prometer lo que cada vez resultaba más problemático cumplir. A partir de entonces, Raúl quiso «sacarse de encima de los hombros la responsabilidad, el peligro y las amenazas que se sucedían hasta el momento de los pagos completos». Recapacitaba nuestro hombre por las noches y así juzgó necesario el volver a su antiguo amor, la gimnasia, la fisioterapia y su rama principalísima de los masajes. Dado que, en Francia, no estaba permitido dar masajes sin la venia de un sindicato o del ministerio de salud pública, Raúl recogió todos los diplomas y acreditaciones, conseguidos en Rumanía merced al magisterio del inolvidable profesor Kuznetsov, los hizo traducir y los presentó ante las autoridades francesas para su convalidación. Raúl no se conformó con este trámite, que de cualquier forma le había resultado exitoso, pues pretendía obtener un diploma francés que aumentase sus posibilidades de conseguir un trabajo en el campo de la fisioterapia y le permitiese renunciar a sus tareas en la fábrica de telas de Saint-Denis. Aclaremos que, entre noviembre de 1954 y julio de 1955, Raúl elevó su currículum a una docena de instituciones francesas, de la Federación Francesa de Gimnasia y la revista *L'Équipe* al Hotel Gray & D'Albion en Cannes y el Club Méditerranée, ante las que se ofreció como profesor de gimnasia, *esthéticien, visagiste*: sólo obtuvo rechazos escritos en términos de los eufemismos más delicados, un arte en el que descuella la prosa francesa desde los tiempos de Luis XIII. Vertidos al español, por más esfuerzo que se haga, esos juegos de palabras suenan a escándalos lingüísticos: «Sentimos mucho hacerle saber que su propuesta no es susceptible al punto de interesarnos. Quiera usted aceptar, Señor, nuestros saludos más distinguidos». «Recibimos

la carta de usted del 25 de noviembre, que retuvo toda nuestra atención. Desgraciadamente carecemos por el momento de un empleo disponible; en el caso de que existiera una vacante, no dejaríamos de acudir a usted. Reiterándole nuestra pena, le rogamos que acepte… Bla, bla, bla». Raúl buscó entonces una academia nocturna «de belleza, estética y cosmetología», donde se puso a cursar un plan completo de la disciplina que duraría seis meses. En esa escuela de la *rue* Marignan, cuarenta y dos alumnos asistían a las clases, de los que sólo dos eran varones: un tailandés y Raúl. Los exámenes finales fueron muy rigurosos: tomados por la directora del instituto y dos médicos del ministerio, abarcaron un mediodía entero de pruebas teóricas de anatomía, fisiología, angiología y electricidad, además de tres horas de práctica de masoterapia, especialmente facial. Raúl debió de hacer bastante alharaca con sus maniobras pues la directora de la academia, Marguerite P, se acercó a preguntarle de dónde había sacado aquel método. El jefe de la familia S en Francia se explayó acerca de su formación en Rumanía y de su aprendizaje con el gran Kuznetsov. La directora propuso al instante que Raúl mostrase mejor sus conocimientos y sus dotes mediante un masaje que habría de darle a ella misma, en persona y de inmediato. Marguerite P quedó tan deslumbrada con las habilidades de su alumno que la nota de Raúl fue la calificación más alta del curso. Y no únicamente, porque la directora le ofreció sin más trámites el trabajar como kinesiólogo permanente de la academia. Raúl aceptó sin titubear. Al día siguiente, habló con Hugo y le anunció que renunciaba a la gerencia de la fábrica de estampados. Hugo se percató de que nada podía improvisar ni planificar para retenerlo de modo que, a mediados de 1955, Raúl regresó al mundo de las actividades físicas y de la fisioterapia. Una consecuencia molesta del alejamiento de Raúl de su puesto en la fábrica de estampados fue que los S hubieron de abandonar la casa de la calle Doys, en Saint-Denis, y mudarse a París, a un departamento pequeño y sin baño propio en la calle Folies Méricourt [para otra perspectiva acerca de esta mudanza, véase **Cecilia S1-S**].

Es posible que los defectos de aquella nueva morada (se decía que el edificio donde se encontraba, levantado en tiempos del tercer Napoleón, estaba condenado a una demolición segura que habría de tener lugar antes de 1980), sus incomodidades y aspectos algo sombríos influyeran en el ánimo de los S adultos para que renaciese en ellos el proyecto de una nueva migración en busca de la prosperidad huidiza. También pudo suceder que

Cecilia tuviese sospechas de la reedición de un estallido de *curverei*, peor que el de Zagreb, y eso la impulsase a entusiasmarse con un cambio radical de aires y lugares. Las malas lenguas afirman que una cierta *Madame* Jeanne, inquilina en la planta baja del inmueble en Folies Méricourt, mantuvo algo más que relaciones de buena vecindad con nuestro biografiado. A decir verdad, no hemos encontrado ninguna prueba documental del asunto, por lo que seguimos el ejemplo de Heródoto en las páginas que él dedicó a cuestiones religiosas y míticas en los primeros libros de sus *Historias* sobre las costumbres y el devenir de los pueblos bárbaros, y nos limitamos a dejar asentado el asunto amoroso como una leyenda. Es verdad que *Madame* Jeanne logró curarse en aquellos meses de la larga esterilidad que había afectado su matrimonio. Se hablaba en tales tiempos de muchos rumanos quienes habían viajado a Canadá y mejorado a extremos impensados la calidad de sus vidas. De modo que allí acudieron, Cecilia y Raúl a iniciar trámites de viaje a la embajada de Canadá. Comenzó la ronda de papeleo, traducciones, reválidas, inspecciones médicas de los candidatos, con resultados muy favorables hasta que llegó la hora de las entrevistas personales de una hora y media a cada miembro de la familia. Al parecer, hubo una pregunta fatídica acerca de la religión que practicaban los S. La divergencia en las respuestas de uno y otro de los cónyuges S fue motivo suficiente para que el Dominio de Su Majestad Británica en Quebec, Ontario, las Nuevas Escocia y Brunswick, Labrador y Terranova, Manitoba, Saskatchewan, Columbia y demás territorios canadienses rehusasen el ingreso de nuestros tres exrumanos a aquel espléndido país del futuro. Entretanto, los progresos de Aurora en el sistema educativo francés habían sido extraordinarios. No obstante, en abril de 1956, la directora de la escuela elemental a la que asistía la joven S pretendía no autorizar la presentación de Aurora y de otras compañeras suyas, pues las juzgaba aún inmaduras, al examen de ingreso a los liceos del estado. La docente no quería lidiar luego, en modo alguno, con un índice alto de rechazos de las alumnas de su establecimiento en aquel certamen nacional de buena educación e inteligencia. Cecilia entabló y ganó una batalla campal contra los deseos de la directora. Aurora rindió finalmente, en junio de 1956, sus pruebas de pasaje al nivel secundario de la enseñanza y obtuvo notas altísimas. Quiso la fortuna que, aquel año, sólo un exiguo 20% de los aspirantes al liceo pudieran aprobar los exámenes. La prensa y los especialistas en educación pusieron el grito en

el cielo. Los exámenes habían sido demasiado complejos. El ministro del ramo resolvió que las pruebas volvieran a tomarse a partir de otros estándares. De cualquier modo, los alumnos que ya hubieran aprobado en el primer intento, en premio a su resultado descollante, podrían elegir los liceos donde anotarse. La directora de marras pidió todas las excusas del mundo a Aurora y a su madre y procedió a inscribir a la muchacha en el Liceo Lamartine, considerado el mejor de todo París para las señoritas. Mas he aquí que, paralelamente, parecían dirigirse a buen puerto las gestiones de emigración al Canadá, por lo que Cecilia se presentó en la rectoría del Lamartine con el objeto de pedir los certificados de Aurora y borrarla de la lista de ingresantes al liceo. Las autoridades estaban estupefactas, no les entraba en la cabeza que alguien pudiera retirar a una niña, así tocada por el talento y el destino, de la que era seguramente la *voie royale* del éxito profesional o académico en Francia. El argumento de la partida hacia las Américas les parecía un auténtico disparate. Ahora bien, cuando los S supieron que sus permisos de ingreso al Canadá habían sido denegados, la consternación hizo presa de ellos. Las valijas estaban hechas, el alquiler de Folies Méricourt, saldado y finiquitado, Aurora había sido retirada del mejor colegio de Francia y, tal vez, de Europa. Adella-Coca, la hermana de Cecilia que vivía con su marido Solo y su hijo Emilio en Buenos Aires, ofreció una salida salvadora: la llamada de los S para ir a vivir como refugiados en la Argentina. La convocatoria estaría a cargo de un joyero socio de Solo, un tal Martín Karadagián, quien era también cabeza y campeón del mayor grupo de *catch as catch can* en el país sudamericano. Karadagián envió a Raúl un contrato por tres años para trabajar como maestro conspicuo en su compañía. El salario mensual rondaba los 150 dólares y los gastos de alojamiento y comida corrían por cuenta de la empresa. La Argentina prometía ser el País de Cucaña.

«Los que suscriben, NICOLAS GOTCH y MARTIN KARADAGIÁN, propietarios de la EMPRESA DE LUCHADORES, con oficina en la calle Libertad 315 de esta Capital Federal [la dirección correspondía al negocio de joyería de Martín], contratan a don RAOUL I. SCHREIBER [la I. debió de ser la huella de "Iosef", el nombre de su padre; en Rumanía, se estilaba colocar antes del apellido de una persona la inicial del apelativo paterno], de profesión masajista y profesor de *catch as catch can*, de nacionalidad rumano, residente en Francia, para desempeñarse en su profesión y para nuestra empresa, bajo las siguientes condiciones: PRIMERO: El sueldo mensual inicial

será de TRES MIL PESOS moneda nacional de curso legal ($ 3.000), casa, y comida para él, su esposa e hijita. SEGUNDO: El plazo de duración del mismo no será menor de tres años a contar desde la llegada al país, siendo prorrogables de mutuo acuerdo. También nos comprometemos a cumplir las leyes de Trabajo y Previsión. TERCERO: El presente contrato tendrá validez, siempre que el mismo contrato se presente dentro del plazo de un año a contar de la fecha. Dado en la Ciudad de Buenos Aires, Capital de la República Argentina, a los seis días del mes de junio de mil novecientos cincuenta y seis.» [Martín firmó con la grafía original de su apellido, Karadajiyan.]

El mundo de las representaciones usuales del país al que se dirigían los S era, en la Europa de la postguerra inmediata, muy distinto al que es corriente allí mismo en nuestros días. Raúl escribía: «Nosotros, hasta el momento de salir de Francia, ni idea casi teníamos de la Argentina. Apenas lo que habíamos aprendido en la escuela. Argentina era un país grande, con capital en Buenos Aires, mucho tango, todos los hombres peinados con fijador, a la gomina, allí estaba la Patagonia, el fin del mundo. [...] ¿No se podía ir a Canadá? Vamos a la Argentina. Los amigos, maravillados ante el cambio, la facilidad y la rapidez con que lo habíamos resuelto, nos felicitaban y alababan nuestra forma serena de hallar una salida. [...] Entre mis clientes-pacientes, si es posible llamarlos de este modo, yo tenía entonces al rey de las pieles de París, un hombre muy rico que disponía de un gimnasio en su departamento gigante del bulevar de Sebastopol. Al contarle de mi partida inminente a Buenos Aires, me felicitó y habló maravillas de la Argentina, de su grandeza, de la gente cálida y hospitalaria que allí había, no como la que yo dejaba en Europa. Buenos Aires era luz garantizada todo el año. El gris de París no tenía comparación con la luz brillante de Buenos Aires». Había un problema mayor, a pesar de todo, y era el costo de los pasajes en barco. La organización Joint vino en ayuda de los S y solventó esos gastos, en recuerdo y honor de cuanto Raúl había hecho por los jóvenes refugiados judíos de la escuela Colentina en Rumanía en 1948. La familia viajó a Marsella para abordar el *Bretagne*, vapor de pasajeros que los llevaría a Sudamérica. Raúl se mostraba sereno, igual que siempre en ocasiones parecidas aunque esa vez había buenas razones para el optimismo. Argentina podía ser la tierra donde volver a echar raíces. Los S eran aguardados con cariño, con un trabajo inédito y prometedor para Raúl, con un departamento bien soleado que la buena de Coca ya había alquilado para ellos tres. El 1º de

septiembre de 1956, el paquebote zarpó hacia su destino. «La salida de un barco, sobre todo si se trata de un barco grande, es un bellísimo espectáculo. Presenciar el movimiento de un gigante de tal tamaño y ver con qué facilidad sale de su ubicación, casi pegado al muelle. Es toda una ceremonia: levantar el ancla, prender los motores que rugen desde ese momento hasta el final del viaje, el alejamiento del buque, es algo imponente. Nos quedamos los tres, mirando cómo el puerto se hacía más y más chico hasta transformarse en una especie de tarjeta postal. No sé por qué, entonces recordé a mi madre, mi querida madre a quien no veía desde hacía seis años, a mi padre, a mi hermano todavía vivo. La alegría de la que había gozado poco antes se transformaba en amargura. Era la idea de alejarme tanto de ellos, de que podría no verlos más. [...] ¿En qué pensaba Chica? Seguramente en lo mismo que yo. Dejaba atrás a su madre y a tres hermanas.» El viaje por mar repitió varias escenas del periplo anterior que había llevado a los S desde Haifa hasta Marsella en 1951. Mucho sol, mucho aire marino que despertaba el apetito, buena comida, la posibilidad de dormir como troncos por las noches, baile después de la cena, cine cada dos o tres días en el salón comedor y Raúl, que hacía exhibicionismo con sus ejercicios y destrezas en la cubierta y reclutaba fieles que lo seguían en semejantes maniobras. El descenso en las escalas supo a gloria porque se produjo siempre en días de sol esplendoroso, en la magnífica Barcelona donde los S subieron a la columna de Colón junto al puerto, en Dakar donde visitaron el mercado africano, en Río de Janeiro cuya belleza natural y arquitectónica los cautivó al extremo de menospreciar la memoria de un París grisáceo, siempre nublado y rebosante de pobreza, en Santos, donde los S tenían prohibido el bajar del barco por «ser nacidos en un país de detrás de la cortina de hierro», pero donde un francés que los vio desde el muelle se responsabilizó por ellos y consiguió hacerlos descender e invitarlos a tomar un largo café por el placer único de hablar con alguien en la lengua de su patria. Montevideo les pareció alegre, acogedora, menos espectacular que Río, aunque inolvidable por cuanto allí pudieron cambiar un paquete de cigarrillos Gitanes por dos kilos de mandarinas jugosas, frutas que ninguno de los S había probado desde el tiempo de la salida de Israel. Por fin, Buenos Aires, que se les mostró tan limpia, límpida y geométrica en su trazado como una Hygeia salida de las páginas de Benjamin Ward Richardson y hecha realidad, el día 16 de septiembre de 1956, fecha del

desembarco de los S en la Argentina. «Después de lo que pasamos, de lo que sufrimos, superar el miedo, la mentira, una vida falsa, condenada y pigmentada de tantas desgracias y calamidades, Buenos Aires nos pareció un rincón del Paraíso, donde aún se pagaba la comida con centavos.» En este punto, Raúl S interrumpió la redacción de sus memorias, tal vez por considerar que los veintiséis años que separaron su llegada al último puerto de su existencia del momento de la escritura habían sido dulcemente monótonos, dominados por la rutina dorada que convirtió a su hija en médica, que la casó con un joven natural de esa ciudad, que dio dos nietos a la pareja S y que les mecía una vejez paradójicamente prometedora. A pesar de esta laguna definitiva del precioso documento autobiográfico en el que hemos basado nuestro retrato de Raúl S hasta ahora, avanzamos bastante en el conocimiento de sus años argentinos gracias al descubrimiento de fuentes indirectas, escritas, fotográficas y arqueológicas. Ellas nos han permitido trazar los rasgos finales de su retrato vital, que podríamos clasificar en cuatro grupos o perfiles, a saber, el Raúl padre y abuelo, el Raúl luchador y gimnasta, el Raúl inventor, el Raúl coleccionista y restaurador de obras de arte u otros objetos culturales. Veamos cada una de estas siluetas suyas en el orden cronológico de los acontecimientos, no sin antes subrayar que, salvo el arabesco del abuelo, todos los demás asomaron en su personalidad siempre antes de su viaje e instalación en la Argentina. Ya escribimos sobradamente acerca del menor de los hermanos S-W-berg como padre de Aurora, como gimnasta y como luchador en un sentido metafórico, que enseguida se tornará sentido literal. Agreguemos que Raúl se manifestó inventor de aparatos de fisioterapia en su época de estudiante y luego «kinesiólogo permanente» en la academia parisiense «de belleza, estética y cosmetología», fabricante de ingenios que perfeccionó en la Argentina y que, por eso, describiremos más adelante. Es más, la escuela de la *rue* Marignan editó una serie de trece tarjetas con dibujos y fotos que ilustraban el método Kuznetsov-S de masoterapia y obtuvo de ello ingresos interesantes. Mientras tanto, el impulso indetenible de coleccionista despuntó unos días antes de la partida a Marsella para subirse al *Bretagne*. Raúl atravesó por azar el Mercado de las Pulgas en París y lo detuvo el mostrador destartalado y atrayente de un *bouquiniste* algo fuera de lugar. El librero exhibía un infolio majestuoso de comienzos del siglo XIXcon litografías auténticas, copiadas de dibujos de los maestros italianos del Renacimiento: William Young Ottley, *The Italian*

School of Design: Being a Series of Fac-Similes of Original Drawings, by Most Eminent Painters and Sculptors of Italy; with Biographical Notices of the Artists, and Observations on their Works, Londres, Taylor and Hessey, 1823. Raúl preguntó el precio y le sonó tan ridículamente bajo que sacó los francos necesarios de su bolsillo y lo compró sin dar mayores vueltas. El *bouquiniste* susurró que tenía otras cosas, increíbles, que «de seguro despertarían el interés de *Monsieur*». Sin esperar la respuesta, sacó una valijita de cuero de un cajón que se hallaba debajo del mostrador y, receloso, la abrió. Raúl vio algo en verdad increíble: un ejemplar de la primera parte del *Quijote*, la edición de 1608, y otro ejemplar de la segunda parte de esa misma obra, en su primera edición de 1615. Raúl S compró la valijita y su contenido por mil francos. Creyó que había adquirido un tesoro para su hija y sus descendientes. De cómo el gran historiador del libro y erudito Roger Chartier tuvo esos volúmenes en sus manos, de lo que descubrió y dijo de ellos, en el fin de esta vida de nuestra *Enciclopedia* lo sabremos.

Padre y abuelo:

Si hubo formas cimeras de la gloria en la biografía de Raúl, ellas fueron las que le proporcionaron los logros académicos y emocionales de su hija Aurora y el mero aterrizaje de sus nietos en este mundo. Cuando Aurora recibió su diploma de médica de la Universidad de Buenos Aires, en mayo de 1970, Raúl presidió una mesa, bien poblada de parientes y amistades, en uno de los mejores y más caros restaurantes de la ciudad, La Emiliana, un sitio muy elegante sobre la avenida Corrientes. Nuestro hombre había superado los 60 años de edad pero igual se lo veía, aquella noche, tan radiante bebedor de hidromiel como un dios olímpico, bello, eternamente joven. En Aurora médica resucitaban su hermano amado, Aurelio, su madre Perla en un momento de máxima alegría de la vida, tal cual quieren los teólogos que permanezcan en la eternidad los cuerpos gloriosos de los buenos muertos. No tan arriba, por cierto, aunque muy alto, voló el espíritu de Raúl cuando la hija se unió en matrimonio con el joven Gastón B, en diciembre de aquel mismo año. La prisa de la pareja no dio respiro ni tiempo de organizar el festejo que el jefe de la familia S en la Argentina hubiera querido. Por suerte, aquella rapidez se hizo extensiva al nacimiento del primer vástago, una niña, Constanza B-S, parida a poco más de nueve meses de la unión legal, en el plazo de rigor para aventar cualquier maledicencia o sospecha respecto de las urgencias primeras. El gozo de Raúl se tornó equivalente al de un serafín dantesco. E insistimos con los símiles tomados

de la tradición épico-religiosa de Occidente, porque son los mejores vehículos para transmitir los estados de exaltación reparadora por los que atravesó Raúl en aquellos momentos de despliegue físico y moral de las generaciones, desde la línea salida del vientre de *bobe* Tsune y anudada en la figura del aventurero de tres continentes, transformado en atleta anciano y contemplativo de la pampa. Por otra parte, el nombre de la pequeña evocaba, sin lugar a equívocos, el del puerto agitado del que salieron varias veces y al que una sola regresaron los S en sus aventuras de película. A cumbres parecidas dio lugar el nacimiento del segundo hijo de Aurora, un varón, Lucio B-S, habido, para mayor fama de la madre y de sus antepasados, en Ushuaia, el último rincón habitable y gélido de la Tierra. Otra vez, se imponen en nuestra descripción los modelos de la hagiografía, dado que Raúl sintió que su hija, al darle ese descendiente en condiciones que él juzgaba adversas y únicas en la historia conocida de las mujeres de la familia, había adquirido lo que (nuevamente los teólogos, que nos perdone el temple laico y enciclopédico de los lectores al que convocamos desde el título de esta obra) suele llamarse «virtudes heroicas» de los candidatos a la santidad. Bastará revisar la narración correspondiente a los años 1982-83 en el artículo dedicado a **Cecilia S1-B** en este libro para conocer un par polar de sima-cima en la existencia de Raúl: él fue quien dio de comer, diariamente, a su hija Aurora durante los meses en los que ella estuvo en un hospital de Buenos Aires debido a una sepsis generalizada y contribuyó así a salvarle la vida. Un varón llamado ya Israel volvió a luchar, durante la noche interminable, con el ángel de Yahvé y salió nuevamente victorioso. Unos versos de Goethe, aprendidos en el Liceo Lazar, irrumpieron en la memoria de nuestro hombre. Su yerno, el marido de Aurora, pudo traducirlos más o menos así: «Cuando el hombre ha cesado de lanzar su lamento, / Un dios me deja entonces contar mi historia de pesares».

El joven B también les siguió el rastro y encontró que procedían de la introducción a la *Elegía de Marienbad*, el poema que Goethe escribió en la vejez a propósito del amor que lo embargó por una muchacha de 18 años. Cuando la enferma comenzó a mejorar hubo tiempo para un debate entre suegro y yerno. Gastón protestaba que la sociología literaria y la lingüística modernas habían sepultado la legitimidad de la *subtilitas applicandi*, es decir, la validez de la operación que solían hacer las personas cultas antes de 1914 y que consistía en «aplicar» la enseñanza contenida en un pasaje cualquiera de

la literatura, fuese del tiempo que fuese, a la experiencia coetánea de quien lo leía, lo recordaba o lo traía a colación. Para colmo, la disparidad entre la pasión de un anciano por una mujer joven y el amor de un padre hacia su hija impedían el ejercicio de aquella «sutileza» en el caso que ocupaba a Raúl y a la sufriente Aurora. Pero el alumno antiguo del Lazar insistía en que sus maestros proyectaban con frecuencia la poesía sobre la vida, y decía que los dos versos de Goethe le habían servido, por encima de todas las consideraciones pedantes del muchacho argentino, para sentirse consolado y más fuerte a la hora de acometer su última obra de misericordia. Al poco tiempo de su regreso como enfermero al hospital, curada ya la hija por completo, Raúl festejó, en un banquete especialmente preparado por los B en la propia casa, sus bodas de oro con Chicuaia el 1º de septiembre de 1983.

En marzo de 1963, por consejo de Lola y Eddy, los S presentaron desde Buenos Aires un pedido de indemnización ante el gobierno alemán por los daños infligidos, en cuanto judíos, al ejercicio de sus libertades en los tiempos de la alianza de Antonescu con el Tercer Reich. Los S probaron que, del 15 de septiembre de 1942 hasta el 18 de marzo de 1944, a pesar de que oficialmente estuvo suspendido el traslado de judíos a Transnistria a partir del 13 de octubre de 1942, pendió sobre sus cabezas, igual que sobre las de muchas otras familias de Bucarest, la amenaza de la deportación al *ghetto* de Moghilew-Podolsky. Bastó ese dato para que las autoridades del tribunal de Colonia que había recibido el reclamo de nuestra familia otorgaran, el 22 de junio de 1970, indemnizaciones a Raúl y Cecilia S por un total de 5.400 marcos, no demasiado, por cierto, si se tiene en cuenta que esa cifra equivalía en el momento del pago a unos 1.480 dólares norteamericanos. El trámite fue tan largo porque hubo que demostrar que los señores Raoul S, refugiado de guerra en Francia en 1953 (la legislación alemana incluía a los refugiados y apátridas, protegidos por la Convención de Ginebra hasta el 1º de octubre de 1953, entre los beneficiarios de la ley de indemnizaciones de guerra aprobada por el *Bundestag* el 29 de junio de 1956), y Raúl S, ciudadano argentino desde 1965 e iniciador del trámite en 1963, eran la misma persona. Por otra parte, se produjo un cambio de abogados a cargo del caso. De la oficina de un letrado francés, Raúl prefirió pasarse en 1967 al estudio de un abogado germano-argentino, el doctor Máximo B-meier, con quien, no obstante la mayor confianza que le daba la proximidad, nuestro hombre tuvo varios encontronazos debidos

a la lentitud del proceso. El 17 de junio de 1970, tres días antes de la resolución adoptada en Colonia en beneficio de sus clientes, el doctor B-meier se quejaba en una carta dirigida a Raúl y redactada en alemán: «Me siento herido sobremanera porque usted, en lugar de reconocer mis esforzadas gestiones, me escribe una carta cuyo contenido está muy por debajo de su nivel cultural». No se conserva, lamentablemente, copia de esa misiva que seguramente Raúl envió fuera de sí, arrastrado por los sentimientos tan a menudo presentes en los papeles de este interminable expediente que le provocaban los meros recuerdos de su hermano Aurelio, masacrado, y de su casa de Bucarest, bombardeada. Por otro lado, según se desprende de otras piezas de la correspondencia entre el señor S y su abogado en Buenos Aires, el estudio del doctor B-meier también se ocupó de varios casos de rumanos amigos de Raúl, tanto en Israel cuanto en Argentina, quienes pedían indemnizaciones al gobierno alemán. El esforzado doctor consiguió demostrar, por ejemplo, que un misterioso *Herr* Tiberio A era judío, hijo de Frida y Franz Halevy A, lo que daba derecho a esa persona a elevar su petición a la *Bundesrepublik*. [Existen buenas razones para pensar que *Herr* Tiberio era Tibor, marido de Frida *corpdivin* de quien hay referencias en el artículo dedicado a **Cecilia S1-S**.]

Un corazón agrandado, típico de los grandes deportistas, estalló de golpe el 6 de diciembre de 1995 y condujo a nuestro Raúl a la muerte, a los 86 años de edad. Su carácter risueño, asociado a las destrezas físicas que poseía y mostraba con verdadero deleite, planeó sobre la memoria de sus nietos y de los amigos de sus nietos durante el velorio. No hubo entonces joven de menos de 25 años que no recordase los malabares que Raúl solía hacer con sus bíceps. Según su voluntad y a gran velocidad entre las dos fases, sus músculos se ablandaban y caían flácidos o bien se tensaban y endurecían, lo que producía el efecto de que hubiera allí dos corazones que latían en sus brazos. De modo que la causa de la muerte y la imagen más elemental de los descendientes que lo conocieron convergen en el segundo rasgo del carácter de Raúl que vamos a tratar.

Luchador, gimnasta y masajista:

Recuérdese que el menor de los S ingresó a la Argentina en septiembre de 1956, gracias a un contrato de trabajo promovido por Martín Karadagián. Debemos, por lo tanto, intentar una síntesis o *excursus* sobre la compleja y polémica historia del *catch as catch can* en la Argentina. En enero de 1934, el conde polaco Karol Nowina y su *troupe* de luchadores internacionales inauguraron, en el Luna Park de Buenos Aires,

la primera exhibición prolongada de *catch* en la historia de la ciudad. Un año después, la segunda temporada de ese deporte contó ya con la presencia de dos argentinos, uno de ellos Alfredo Legarreta, quien sería la gran figura de la lucha en su patria hasta la década del 40. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, la actividad catchística hubo de reducirse a los Estados Unidos y a la Argentina. Por eso, entre octubre de 1940 y abril de 1941, se celebró un campeonato mundial de la disciplina en Buenos Aires en el que participó el conde Nowina, por supuesto, en compañía de una nueva estrella, el ucraniano Ivan Zelezniak, mejor conocido como el Hombre Montaña. Nowina y Zelezniak decidieron permanecer en la Argentina mientras durase la conflagración. En esos años, el Hombre Montaña se disputó la supremacía y el cariño del público argentino con el joven Antonio Rocca. Sin embargo, sólo en 1947 se abrió paso en el campo del *catch* la figura del armenio-argentino Martín Karadagián. Nowina regresó a Europa y el Montaña resolvió quedarse a competir con ese muchacho quien, a pesar de los esfuerzos de Zelezniak por dificultar su carrera, afirmó más y más sus posiciones y sus vínculos con el señor Tito Lectoure, propietario del Luna Park. Por fin, a comienzos de 1956, Karadagián y el Montaña llegaron a un acuerdo de caballeros: habría un *match* final entre ambos, que ganaría el ya no tan joven Martín, a menos que un desempeño débil de su parte convirtiese el certamen en una farsa evidente, más grotesca de lo que era en realidad. El Montaña se retiraría a gozar de un descanso merecido con todos los honores. Las cosas sucedieron de acuerdo con lo previsto de manera que, a mediados de 1956, Martín Karadagián quedó dueño absoluto del *catch as catch can* en la Argentina. La leyenda de ese hombre se agigantó a extremos y dislates increíbles. Por un lado, se dijo que se trataba de un descendiente de la nobleza armenia, aunque su padre, huido del genocidio de 1915, había sido carnicero en Buenos Aires y había hecho de la infancia de Martín un infierno con todas las letras. Por otra parte, se aseguraba que, siendo un niño de 9 y 12 años apenas, había ganado campeonatos de *catch* de la categoría juvenil en los Estados Unidos y en Inglaterra. Más aún, en 1943, de paseo por la isla de Creta (excursión estrafalaria, si se tiene en cuenta que, en aquel año, Creta estaba ocupada por el Eje después de la batalla feroz de 1941 en la que intervinieron tropas alemanas aerotransportadas en planeadores), pues bien, en la Creta de 1943, Karadagián insistía en haber obtenido la victoria en una lucha contra Angelo Giuseppe Roncalli, cultor entusiasta de la

grecorromana y más tarde Papa bajo el nombre de Juan XXIII (cosa todavía más estrambótica que la del viajecito a Creta si se piensa que monseñor Roncalli era, a la sazón, obispo de la diócesis fantasmal de Areópolis, pero legado pontificio, muy real y concreto, ante el gobierno turco). En fin, ese personaje debió sentir la ansiedad de saberse solo y aislado en el pináculo del *catch* argentino. Hubo de pensar, por ello mismo, en lo bueno que sería resucitar un contrincante con las antiguas ínfulas de Zelezniak. Acontecía que Karadagián era propietario de una joyería en la calle Libertad, vecina de la joyería de Salomón Z, Solica, casado con Adella S1 y, por lo tanto, cuñado del mago rumano de los ejercicios físicos y los grandes aparatos que había sido Raúl S. Cuando Solo comentó al pasar a esa alma grande que era Martín Karadagián la situación por la que atravesaban los S en París por haberles sido negada la visa de ingreso al Canadá, a Martín se le iluminó la mirada. Raúl podría ser el Hombre Montaña II y llegar triunfante a la Argentina cuanto antes. Por otra parte, puesto que los tratos entre Lectoure y el púgil Primo Carnera, eximio boxeador, campeón mundial de todos los pesos entre 1933 y 1935, converso al *catch* a partir de 1946, estaban adelantados y anunciaban una visita inminente de Carnera para luchar en Buenos Aires, parecía interesante ligar también al exboxeador con Raúl y comentar la antigua amistad que los unía, aun cuando el señor S y Primo Carnera no se habían visto ni se verían jamás en el futuro. De tal suerte, el 16 de septiembre de 1956, no sólo llegó Raúl S a la Argentina sino el Hombre Montaña II. El diario *Noticias Gráficas* de Buenos Aires registró la novedad en su sección deportiva del día 18, página octava (sólo dos años más tarde, las novedades del *catch* pasarían a la sección circense de los espectáculos en los periódicos argentinos). Se anunciaba allí que el *Bretagne* había atracado en el puerto de Buenos Aires con 140 pasajeros a bordo, «en su absoluta mayoría inmigrantes italianos y españoles». De inmediato, un subtítulo informaba que había, en el pasaje, un «Exluchador Francés».

«En el *Bretagne* llegó el exluchador francés Raoul S, director técnico especialista en la dirección de espectáculos de cachascán, quien viene contratado para organizar y dirigir el próximo torneo de ese deporte profesional a realizarse en Buenos Aires. S, según referencias, tuvo brillante actuación en cuadriláteros europeos, especialmente franceses, al punto de ser mencionado en varias oportunidades como uno de los más sobresalientes y ágiles luchadores.

»Vendrá Primo Carnera.

»Raoul S confirmó una primicia deportiva lanzada hace varias semanas por *Noticias Gráficas* en el sentido de que, el otrora afamado exboxeador y excampeón mundial de todos los pesos, Primo Carnera, participaría en Buenos Aires en espectáculos de cachascán, interviniendo precisamente como una de las principales figuras de atracción en el Campeonato Internacional de Cachascán, que será dirigido por Raoul S.

»Llegará en octubre.

»Agregó que Primo Carnera, actualmente en Nueva York, se apresta para embarcarse con destino a nuestra ciudad, adonde llegará a mediados del próximo mes, para actuar enseguida en el anunciado torneo profesional. Recordó, asimismo, que Carnera se dedica al cachascán desde hace doce años, y que antes, y en el curso de esa su nueva profesión, tomó parte en algunas películas cinematográficas de largo metraje, siempre con argumentos deportivos.»

La didascalia de la fotografía, en la que aparecían Karadagián, Salomón Z y otras dos personas en el acto de recibir al célebre campeón de *catch*, resumía e insistía: «El exluchador francés Raoul S, que aparece indicado con una cruz, llegó hoy a bordo del *Bretagne*, quien confirmó la primicia de *Noticias Gráficas* acerca de la próxima actuación de Primo Carnera». Cabría preguntarse si, dadas las mentiras absurdas de la frecuentación de los cuadriláteros europeos por parte de Raúl y de su amistad con Carnera, no sería también la de la Argentina «una vida falsa» como la anterior, que nuestro migrante anhelaba dar por concluida. Pero hay dos puntos que subrayar. El primero: resultaba evidente que, en cualquier caso, la vida del porvenir se mostraba fantasiosa quizás, pero alegre, desopilante, en los antípodas de aquella expresión «condenada y pigmentada de tantas desgracias y calamidades», con la que Raúl había calificado la existencia falaz de su pasado. Una cosa es la mentira cruel que Platón concedió a los poderosos y otra muy diferente la mentira epidérmica de los silenos de Sócrates y Rabelais. El segundo punto se desprende de la historia que siguió a la aparición fugaz de nuestro héroe en un periódico argentino. Raúl sólo participó dos semanas en las actividades del *catch* y no dirigió ningún campeonato mundial. Después de quince días, Martín Karadagián lo liberó de cualquier obligación en ese terreno y le abrió el camino para que ejerciese su profesión de profesor de gimnasia, fisioterapeuta y kinesiólogo en el ambiente deportivo y artístico de Buenos Aires donde mejor le cuadrase. Con lo cual, el rumbo de aquella

vida retomó la senda de la más absoluta autenticidad del ser, en el tiempo presente y también en el pasado del gimnasio Aurora, del *kibbutz* de Tel Mond, de la escuela Colentina, del *kibbutz* de Gan Smuel, de la academia de *Madame* Jeanne, de las cubiertas del *Arza* y del *Bretagne*. Como quiera que sea, Raúl se percató de que su experiencia en la academia de la *rue* Marignan en París le serviría de mucho para su carrera en la Argentina y, sólo entonces, desde su casa nueva en la calle Valle en Buenos Aires, el señor S solicitó a Marguerite P un certificado de buen desempeño en la institución que ella dirigía. La directora produjo un documento exquisito y sincero:

CERTIFICADO

Yo, la suscripta, Señora Marguerite P, directora de la ACADEMIA DE CUIDADOS ESTÉTICOS, 5, rue de Marignan, París, 8º, declaro que el Señor S Raúl, quien habita en el 396 de la calle Valle en Buenos Aires, ha demostrado ser un masajista de primer orden, naturalmente dotado, y que no sería yo capaz de brindar un justo homenaje a las muy altas cualidades morales y profesionales de este masajista.

Dado en París, el 18 de octubre de 1956.

En la misma fecha, la directora envió una carta más informal, donde se transparentaba muy bien la devoción que Raúl había suscitado en la academia del 8º arrondissement: «[…] tenemos el gran gusto de hacerle conocer que conservamos de su paso por nuestra Academia un recuerdo excelente. Le rogamos quiera encontrar bajo este pliego un certificado que esperamos le ha de permitir encontrar un lugar digno de usted y del trabajo que usted hace. […] Tampoco hemos dejado de transmitir los buenos recuerdos que usted ha manifestado a nuestros profesores y a todas las personas que lo conocen. De tanto en tanto, háganos el placer de enviarnos sus novedades y de tenernos al corriente de sus ocupaciones. A la espera de ello, crea, Señor, en la expresión de nuestros mejores sentimientos».

El 7 de noviembre, Marguerite P volvió a escribir para dar cuenta a Raúl de que su suscripción del periódico *Science-Médecine-Beauté*, «Toda la Belleza por medio de la Estética y de la Salud», había sido renovada e inscripta con la nueva de su domicilio en la Argentina. El registro del trámite de cambio de la dirección postal por parte de la secretaria de redacción de la revista, remitido al «Señor y querido abonado», no tenía desperdicio: era un ejemplo de la más alta combinación de

buenas maneras y tacañería que hubiera merecido figurar en un manual de estilística.

«Hemos tomado buena nota de su pedido de modificación de domicilio. Le señalamos, sin embargo, que su dirección en el extranjero conlleva una modificación de la tarifa del abono en razón de los gastos postales suplementarios. En consecuencia, nos veríamos obligados [el uso del condicional es, en verdad, exquisito] a pedirle quiera usted bien hacernos llegar, o bien mediante un cheque extendido sobre una cuenta en París, o bien por medio de cupones de remito internacionales, la suma de doscientos francos. Si usted quisiera recibir nuestro periódico por Avión, la tasa anual suplementaria, independientemente de los doscientos francos arriba mencionados, es de mil ochenta francos [el análisis de la presencia rotunda del punto tras la unidad de mil haría las delicias de un buen semiólogo]. Esperamos que usted ayudará al desarrollo de nuestro periódico en América del Sur y que querrá hacer conocer nuestra revista a los *esthéticiens* y al público con el que usted se encuentre en contacto. Agradeciéndole, le rogamos que crea, Señor y querido Abonado, en nuestros mejores sentimientos.»

Gracias a Karadagián, Raúl tomó contacto con un gran empresario, productor de películas y dueño de los más bellos cinematógrafos en Buenos Aires, Mar del Plata y otras ciudades argentinas, el señor Clemente L. Don Clemente era natural de Toscana y, aunque dieciséis años mayor que él, ni bien conoció a Raúl, sintió que había entre ambos una afinidad particular por el mero hecho de ser europeos y de haber comenzado su educación antes del apocalipsis de la Primera Guerra Mundial. La señora L acababa de tener un derrame cerebral de graves consecuencias cuando Raúl ingresó en veste de fisioterapeuta en aquella casa de la alta burguesía industrial argentina. Nuestro héroe sacó a relucir, una vez más, los métodos de su nunca bien ponderado Kuznetsov y consiguió milagros en la rehabilitación de la señora, quien recuperó la marcha y la autonomía motriz para vestirse, comer, lavarse. Feliz y agradecido, don Clemente invitaba a la niña Aurora a pasar largas temporadas en la casa de campo que la familia poseía en el Parque Leloir. Las vacaciones de los S en Mar del Plata durante los tres meses del verano también estuvieron vinculadas a la necesidad de que Raúl asistiese diariamente a la señora L, quien se instalaba en la ciudad balnearia desde el momento en el que el calor fuerte se insinuaba en Buenos Aires a comienzos de diciembre. Por desgracia, en 1960, don

Clemente perdió a su esposa. Por suerte, no perdió a Raúl, quien se convirtió rápidamente en su profesor de gimnasia y lo hizo rejuvenecer al punto de que el señor L volvió a casarse, después de dos años de viudez, con una bonita mujer llamada Sulma. Los nuevos L viajaron frecuentemente a Italia y pasaron períodos largos en las termas de Montecatini, desde cuyo Grand Hotel Croce di Malta don Clemente acostumbraba a escribir cartas a su amigo Raúl en Buenos Aires. Nos permitimos transcribir dos de ellas porque nos revelan varias cosas interesantes: 1) la red social que la simpatía, la habilidad y la dedicación profesionales de Raúl consiguieron formar; 2) las cualidades de un *self made man* y gran burgués en los tiempos todavía heroicos del capitalismo en un país de inmigrantes como la Argentina, cualidades que incluyen, por cierto, la elegancia y la precisión en el ejercicio del arte de escritura (*O tempora*); 3) el cariño y la admiración que aquel hombre poderoso sentía hacia la ya entonces joven y aplomada Aurora S-S1, otro ejemplo del progreso moral e intelectual de un inmigrante. La primera carta, fechada en Montecatini el 18 de agosto de 1969, dice así:

Mi muy querido, estimado y apreciado Raúl:

Su impecable y cariñosa carta del 9 del corriente, que recibí hace un par de días y recién hoy [argentinismo] *le contesto, en víspera de nuestra salida, ya que adelantándonos unos días, mañana saldremos para Milano. Hoy lunes, recibí un montón de cartas de mi oficina, muy esperadas por mí, sin embargo, la suya es la primera que contesto, por cuanto no quiero que suceda como el año p.p.* [próximo pasado] *que sin querer la rompí junto con otras, y no tuvo la satisfacción de recibir los justos elogios que la misma merecía, así como merece la que contesto con tanto placer, comprobando que mi gran discípulo de castellano, nada tiene ya que aprender de su mal llamado profesor. Con respecto a los amigos que usted atendía, quiero anticiparle que su agente publicitario no lo olvida y sigue haciéndole los elogios que, sin lugar a dudas, usted merece. Además, quiero anticiparle que el 20 del corriente iré a Lugano (Suiza) desde Milano, con el propósito de comprar algunos aparatos, que salieron recientemente en ese país, que tuvieron tanto éxito que los compra todo el mundo. Uno de ellos es para usted como un pequeño regalo de su exprofesor y creo que, de poderlo patentar en nuestro país, puede resultar un excelente negocio, ya que en toda Suiza, según me informaron, es un suceso tan grande que los venden en todas partes, incluso en las farmacias. Procuraré llevar algún folleto del mismo, como así también la forma de*

publicitarlo. Me alegra que mi carta para mi buen amigo Jacobo, así como la de Pancho, hayan levantado un poco la moral, que en estos momentos difíciles para él, tanto necesita. Le ruego transmitirle nuestros más afectuosos saludos, agregándole que Sulma, muy devota de S. Antonio, ya fue varias veces a la iglesia vecina de aquí, para pedirle la gracia, que se ponga pronto muy bien, asegurándole que dicho Santo, hasta el presente, jamás le falló. Esos son nuestros profundos deseos que yo, su amigo, tanto quiero que se cumplan, ampliamente, adhiriéndome a su pedido.

Le ruego, querido Raúl, saludar en nuestro nombre a su gentil esposa, así como a su adorable hija, que seguramente tendremos que llamarla a nuestro regreso «Doctora» con las mejores calificaciones, muy normal en ella. Lo abraza muy fuerte, su viejo amigo

CL

La segunda carta, escrita en Montecatini el 26 de junio de 1970, posee el mismo entusiasmo de la anterior, esto es:

Mi querido Raúl:

Ayer tuve la agradable sorpresa de recibir su cariñosa carta del 18 del corriente, la que me causó un verdadero placer, al enterarme de que mi gran amigo Enrique C bajó dos kilos de peso y sin mayores esfuerzos. Considero que si continúa en este tren, puede bajar antes de mi regreso un par de kilos más y en esa forma se convertirá, no sólo en el mejor director, sino en el más apolíneo; felicítelo en mi nombre, mientras yo lo felicito a usted por haberlo logrado. También desearía que felicitara a la gran doctora Aurora, su hija, por los continuos progresos que está logrando en su profesión, con la rapidez de un rayo. Me dice en la suya que no le contesto ya que sabe la cantidad de correspondencia que tengo que contestar y, en ese aspecto, tiene razón; esta vez, su carta tiene prioridad sobre las otras, por las siguientes razones: Primero, porque usted se lo merece y, segundo, porque quería escribirle igual para prevenirle que, durante mi estadía en Venecia, le hice un nuevo cliente, además de convencer a mi amigo Lw, que vuelva nuevamente a tomar sus masajes, convencido de que nunca debió dejarlos. El nuevo cliente es el Dr. Sm, es abogado y consejero personal del señor Kurt Lw. Este señor, cuando me veía nadar, bailar y hacer gimnasia en la playa, me dijo que no me tenía envidia de mis bienes materiales pero sí de mi incansable forma de bailar y nadar. Al día siguiente, se convirtió en mi discípulo y junto con otros (entre los cuales la Sra. de Kurt) hacíamos gimnasia en la playa con gran admiración de todo el público que nos veía desde

sus carpas. Luego, con el Dr. Sm nos metíamos en el mar y allí terminaba de darle algunas lecciones respiratorias que él aceptaba con gusto, pues notaba su progreso diariamente. Quiero agregarle que el Dr. Sm sufre de asma y, aunque en su juventud fue un gran deportista, con la enfermedad se dejó estar y no hizo más ejercicios. Desde Venecia salió para Alemania donde tiene una hermana, luego saldrá para Buenos Aires y enseguida que llegue le hablará para ponerse de acuerdo con el horario, pues va tan entusiasmado que no ve el momento de comenzar con usted. Por los pocos movimientos que le enseñé, adquirí de su parte el título de Profesor. Seguramente le hablará de todo esto cuando se encuentren.

Con los afectuosos saludos de Sulma y míos para usted y los suyos, lo abraza su amigo

CL

La referencia a un aparato de educación física, que don Clemente compró en Suiza y que regaló a Raúl para que éste tramitase su patente en la Argentina, nos lleva a nuestro tercer tema fundamental del capítulo argentino en la biografía del señor S.

Inventor:

Recalcamos ya que esta faceta de Raúl, herencia de su abuelo Lazar W-berg, comenzó a manifestarse en Francia en el marco de la academia de la *rue* Marignan, cuando esa escuela mandó hacer una cuantiosa tirada de las tarjetas de fotos y esquemas con que nuestro hombre ilustraba las bondades del método Kuznetsov, adaptado por él mismo a los gustos parisienses de Bucarest y, más tarde, a los gustos directos del verdadero París. Agreguemos que, también en Francia, Raúl ideó varios tubos de vidrio de su coleto, de formas anulares y espiraladas, que se sumaron a los originales del aparato de rayos violetas de Tesla, muy usado en la fisioterapia de los años 40-50. Sin embargo, la fantasía tecnológica del menor de los S conoció su mayor desarrollo en Buenos Aires donde, el 13 de diciembre de 1960, un «Aparato para masajes múltiples» de su invención recibió la patente nº 124178 de la Dirección Nacional de la Propiedad Industrial de la República Argentina. Se trataba de un ingenio de madera, construido a partir de un eje cilíndrico de unos ochenta centímetros de longitud sobre el que se montaban, sueltos, anillos de diferentes diámetros y formas, provistos en su periferia de una canaleta en la que iba alojada una banda de material elástico, capaz de impedir la desviación de la forma resultante respecto de un recorrido preestablecido. Los extremos del cilindro servían de asidero al masajista, en

tanto que su parte central servía de cojinete al conjunto de los anillos de espesores y contornos diversos. La convertibilidad del perfil de la superficie a aplicar sobre la piel del paciente hacía posible la realización de toda clase de masajes, calmantes o suaves, excitantes o fuertes, estimulantes o tonificantes, masajes de circulación, anticelulíticos y de modelado. Según fuese la sucesión de los anillos en el cilindro, se obtenía el masajeador apto para cada dolencia. La descripción aprobada por la oficina de patentes añadía: «El aparato para masajes múltiples, objeto de la presente invención, reúne, a la vez, las dos cualidades que nunca existen en los aparatos conocidos, o sea, bajo costo y capacidad de efectuar todos los tipos de masajes normalmente necesarios». *Bodysvelt* fue el nombre comercial del objeto, anunciado como «moderno» dador de «Juventud, Salud y Belleza» [véase el plano del aparato y su publicidad en la **Iconografía** de este artículo de la *Enciclopedia*]. Nueve años más tarde, bajo el número 13.095, Raúl depositó en la misma oficina el «modelo» de un «dispositivo para practicar gimnasia», que consistía en una rueda provista de dos empuñaduras cilíndricas, ubicadas a ambos lados de su centro en el eje de rotación. El documento explicaba: «El novedoso dispositivo [...] se utiliza tomando ambas empuñaduras con las manos y, apoyando la rueda en el suelo, se la impulsa hacia delante y hacia atrás, de modo que recaiga todo el peso del cuerpo en el aparato». El gimnasta debía sostenerse, al hacer sus ejercicios, sólo con las rodillas y los pies [véase el plano del aparato en la **Iconografía** de este artículo de la *Enciclopedia*]. Ignoramos cuántos pesos ingresaron a las arcas de la familia S a partir de la venta de ambos productos, una vez fabricados, pero parecería que se trató de muy poco dinero.

Coleccionista y restaurador de obras de arte u otros objetos culturales:

Hemos mencionado que Raúl cruzó el Atlántico con dos tesoros a cuestas, un *Quijote* repartido entre la edición de 1508 de su primera parte y la *princeps* de su segunda parte, y el infolio de Ottley sobre la pintura italiana del Renacimiento. A fines de 1979, el señor S comenzó una correspondencia regular con la casa Sotheby's en Londres y llegó a tener, en la Argentina, una entrevista con un experto de esa sociedad de «Rematadores de Propiedad Literaria y Obras ilustrativas de las Bellas Artes, fundada en 1744». El *connoisseur* tasó las piezas cervantinas en un total de 26.000 libras. Un alto empleado de la casa anunció una visita suya a Buenos Aires con el fin de retirar los ejemplares y otras maravillas bibliográficas,

conseguidas en el mercado rioplatense. Por una razón u otra, el viaje se retrasó, tanto que estalló la guerra de las Malvinas, en abril de 1982, y el agente de Sotheby's no se había presentado aún. El panorama postbélico de tensiones diplomáticas y bloqueos comerciales hizo naufragar el negocio. A partir de 1984, Raúl realizó una campaña sistemática de oferta de los *Quijotes* ante las embajadas de los países americanos, Venezuela, Brasil, México, ante el Instituto de Historia y Antropología en México, el Museo de la Cultura Peruana, el Museo Paulista de la Universidad de São Paulo, pero el empeño no dio ningún fruto. En 1994, por fin, su yerno hizo ver los libros a su amigo, el profesor Roger Chartier, insigne especialista en historia del libro y en la bibliografía cervantina en particular. Chartier comenzó por examinar, uno a uno, los cuadernillos de la edición de 1508, comprobó que los tres primeros estaban correctamente armados y se correspondían con las señas dejadas por el impresor en los márgenes inferiores de las hojas impares, mas, al analizar el cuarto cuadernillo, se vio que no existía armado alguno, se trataba de una mera sucesión de hojas cosidas, y lo mismo sucedía con el quinto, el sexto y los sucesivos. Una observación del papel de los tres primeros cuadernillos a contraluz reveló antiguas marcas de agua; la misma operación en el quinto cuadernillo arrojó una marca de agua de comienzos del siglo XX. Los tomos comprados por Raúl en el Mercado de las Pulgas eran una falsificación, aunque, a decir verdad, componían un fraude extraño, para el que se había utilizado una porción significativa de un original, unida luego con impresiones facsimilares del resto del libro, hechas en las primera o segunda décadas del siglo XX. En contra de todos los temores, Raúl se alegró del resultado del estudio. El objeto tenía su interés y, tal vez, un cierto valor de mercado debido a la rareza del engaño que se había querido hacer con él. Podía quedar en manos del yerno, quien se sintió feliz de recibir semejante legado de su suegro, porque el jefe de la joven familia B decía que, a la hora de considerar la situación en la que su existencia había sido arrojada, hubiera preferido de seguro otro país, un país sin peronismo, sin ese «Proteo criptofascista y laxo adulador de las debilidades morales», según le gustaba pontificar; hubiera elegido otro tiempo, quizás la época de las luchas claras, los 30, los 40, y de los avances en la aviación y la medicina, que generaban en su ánimo un efecto parecido al de Hans Castorp cuando asistió a la sesión de radiografía y radioscopía del doctor Behrens. Pero, si había algo que el moderno señor B hubiese aceptado gozoso de

su situación existencial, eso era la lengua castellana, que le permitía leer el *Quijote* y el resto de la obra cervantina sin diccionario. De tal suerte, Gastón B heredó el contenido precioso de la valijita adquirida por Raúl en París, con un pie en la pasarela del barco que lo llevaría a la Argentina. No sólo recibió esa maravilla, sino el Ottley, por supuesto, y otras antigüedades librescas que su suegro había comprado en remates ocasionales en Buenos Aires, si bien el todavía joven B nunca pudo encontrar un hilo del gusto o de la historia capaz de unir aquel conjunto dispar, un grupo de libros que, por cierto, Raúl había leído y anotado con cuidado sumo en algún margen y en las hojas finales de cada volumen. Es posible suponer que la misma antigüedad de los objetos tuvo para nuestro biografiado efectos de autoridad y belleza a los que no se sustrajo.

Se ve que gozó grandemente de los ocho tomos de *Obras* del señor de Molière, «nueva edición revisada, corregida y aumentada», impresa en Rotterdam por la casa de Balthazar Arnoul en 1724: no hay comedia que no tenga unas largas llaves, como marcas en los márgenes, pero lo que llama la atención es una serie de círculos hechos en la biografía del dramaturgo, escrita en 1705 por Jean-Leonor *El Galés*, señor de Grimarest, sobre todo en los pasajes de la muerte de Molière. Parece que los integrantes de la *troupe* del autor-actor cayeron en la cuenta de que Jean-Baptiste se sentía mal antes de comenzar la tercera representación de *El enfermo imaginario* en febrero de 1673 y rogaron a su director que suspendiese la función. A lo que Molière replicó: «¿Qué queréis que haga? Hay cincuenta Obreros pobres que sólo tienen de su jornal para vivir; ¿qué harán si no actuamos? Me reprocharía el haberme descuidado de no darles pan un solo día, pues está absolutamente en mi poder el hacerlo» (tomo I, página 82). Uno de los ejemplares con mayor cantidad de subrayados y prolijas llamadas al lugar preciso de citas potenciales fue el tomo II de las *Obras* de Saint-Évremond, publicadas en Ámsterdam en 1739 por Cóvens y Mortier. La pieza cómica *Sir Politick Would-Be* lo atrajo sobremanera: Raúl señaló en ella con un signo de admiración las consideraciones del señor Azaro acerca del vínculo estrecho entre locura y política y puso un grueso asterisco junto a la palabra «Coca» al costado de una afirmación de la mujer de Sir Politick: «Es un buen oficio el de Viajero, cuando se lo hace como vos. En verdad que es fatigoso». La frase debió de recordarle las afirmaciones jocosas de su cuñada Adella-Coca en torno a la «dura vida del turista»

contemporáneo, quien se ve obligado a estar listo a horas extemporáneas para salir de excursión, luego de visitar y comprar en los mercados pintorescos de los lugares que visita y continuar en ese tren los días y días que dura su periplo. No hay duda de que Raúl se fascinó con los grabados de Bernard Picart que posee aquella edición del libertino Saint-Évremond, más que nada con la alegoría, diseñada ésta por J. Van Schley en 1738, después de la muerte de Picart, en la que el escritor, vestido de genio antiguo, rinde homenaje a Apolo y Minerva, rodeado por las musas (Raúl la fotocopió varias veces). Las tragedias de Prosper Jolyot de Crébillon, *Semíramis, Pirro, Catilina, Jerjes*, presentes en el tomo segundo de las obras de ese poeta, editadas aún en vida de Crébillon (París, 1751), no despertaron gran interés en nuestro lector, pues no hay señales ni subrayados. Pero la historia hubo de apasionarlo porque leyó con fruición las aventuras de los Macabeos en una versión italiana de *La Historia del Antiguo Testamento*, escrita por el benedictino Augustin Calmet (Venecia, Giuseppe Orlandelli, 1792), devoró enteros los cuatro volúmenes de los *Discursos históricos sobre la caída del Imperio Romano, el nacimiento y los progresos del cristianismo, la invasión de los bárbaros, seguidos por un análisis razonado de la historia de Francia*, en su primera edición de Bruselas, 1831, y, por fin, se deleitó con el largo pasaje de las costumbres de los griegos, dedicado a los juegos olímpicos y a cada uno de los deportes que en esos certámenes se practicaban, en el libro raro (raro para nosotros, aunque no para los miles de estudiantes de La Sorbona que lo consultaron en la segunda mitad del siglo XVIII) de Charles Rollin: *Historia Antigua de los Egipcios, Cartagineses, Asirios, Babilonios, Medos y Persas, Macedonios, Griegos* (París, hermanos Estienne, 1764). (La pasión de Raúl por la historia indujo a que la familia B en pleno le regalase para su 74º cumpleaños una edición francesa de las obras completas de Flavio Josefo -París, Lidis, 1968-1981-, que el homenajeado leyó varias veces durante los doce años que le quedaron de vida.) El capítulo germánico de la biblioteca antigua de nuestro coleccionista estaba representado por las *Obras poéticas* de Klopstock en cinco volúmenes (Viena, 1794-95), resabio seguro de la educación alemana recibida por su hermano Aurelio en el colegio católico del que ya hablamos; los cuatro primeros cantos de *El Mesías* todavía tienen inscripciones desleídas de un lápiz. Pero además del *corpus* del insigne poeta clásico, había en la sección alemana un librillo extrañísimo con un *ex libris* nada menos que del feroz abuelo de Raúl, Leon S: una *Gramática o Arte de hablar*

la germanía alemana, esto es, Instrucción acerca de cómo aprender, conversar y entender esa lengua en pocas horas (Frankfurt am Main, 1755), a la que complementaba un opúsculo, encuadernado al final del tomo, con un diccionario del «habla gitana» junto a la «carta de un gitano a su mujer en la que el hombre da noticia de las circunstancias miserables por las que atraviesa». En la anteportada, un dibujo de dos laberintos, encerrados en óvalos alusivos al perfil de un cráneo, sugería cuán lejos podía llegar la fuerza de la atención bien aplicada merced al mote que la rubricaba: «La cabeza más tonta que considere con atención el camino imposible llegará al final mediante el ingenio y la carne» (la «carne» del cuerpo, suponemos). El laberinto de ideas y significados se tornaba más intrincado en la sección propiamente italiana de la colectánea. En primer lugar, las *Peroraciones sagradas* que el *Cavalier* Marino, príncipe de los poetas barrocos, dedicó a la pintura, a la música «sobre las siete palabras dichas por Cristo en la cruz» y al cielo (era el libro más viejo del conjunto, publicado en Venecia en 1644), hubieron de ser un galimatías inextricable para Raúl, quien apenas atinó a trazar una vertical al comienzo de la primera peroración, junto a una larga frase sobre la escultura y la pintura: «Artes ciertamente por encima de todas las otras que se hacen llamar manuales y activas, no sólo nobles y dignas, sino raras y monstruosas, porque casi a partir de la nada representan estupores increíbles y milagros ante las gentes, al mismo tiempo que son los mejores y más adecuados instrumentos para despertar la memoria, la cual, por ser tesorera y depositaria de la parte intelectiva, les sirve de no poca ayuda con sus fantasmas que ella exteriormente les suministra». ¡Vaya dédalo! En segundo y último término, el yerno de Raúl se topaba con un texto, escandaloso para una buena mente ilustrada, que tal se suponía era el patrimonio del mismo Raúl, de sus antecesores y descendientes por la sangre o la adopción. Nos referimos a los *Retratos poéticos, históricos y críticos de varios hombres modernos de letras*, trazados por un cierto Appio Anneo de Faba Cromaziano, en dos tomos, que tuvieron por lo menos seis ediciones hasta la veneciana de 1788, propiedad de nuestro coleccionista. El tal Cromaziano era Appiano Buonafede, general de la orden de los celestinos en la segunda mitad del siglo XVIII, personaje algo reaccionario, al punto de que, en varios de sus retratos, por ejemplo los consagrados a figuras como Bayle, Bruno, Erasmo, Leibniz, Sarpi, Spinoza o Voltaire, los sonetos hábiles con los que el Buonafede iniciaba su crítica harían pasar a De Maistre por un

liberal a ultranza. Valga de muestra el soneto destinado a Giordano Bruno (tomo I, página 141): «No sólo de mar en mar, de tierra en tierra, / Este inconstante viajero se traslada; / Sino de sombra en sombra salta y va errante, / Y de error en error da vueltas y pasa. // Espíritus y larvas en el cielo imagina y sepulta: / Vórtices y mundos y habitantes acumula: / Con la verdad, con sabios y consigo mismo en guerra está: / Y los antiguos delirios adorna y sobrepasa. // De estas semillas y de estas formas negras / Un monstruo nace, horror de hombres y de dioses, / Más deforme que la hidra y el cerbero: // Bien arde el monstruo en sacra llama vengadora; / Pero vomita todavía cien monstruos más espantosos, / Por acción del humo y de las cenizas, infeliz».

[Gastón B sólo había vislumbrado algo semejante en un libro hallado en la Biblioteca Nacional de Bolivia, en Sucre: el *De vetustissimis philosophis ab atheismi crimine vindicandis* («Acerca de los filósofos antiguos reivindicados del crimen de ateísmo»), que el clérigo Benito Moxó, catedrático en la Universidad de Cervera a finales del siglo XVIII y luego arzobispo de Charcas de 1804 a 1816, publicó en 1799. Esa obra era un alegato contra la pretensión de ciertos filósofos modernos, encabezados por Pierre Bayle y entre quienes revistaban Hobbes, Spinoza, Voltaire, Rousseau, Mirabeau, Helvétius, de que los griegos habrían creído en una naturaleza coherente por sí misma, un mundo que no necesitaba de ningún numen divino para su conservación. El arzobispo altoperuano se esforzó en probar lo contrario, esto es, que, salvo quizás Epicuro y el poeta Lucrecio, los pensadores antiguos condenaron y rechazaron el ateísmo con el mayor de los horrores.] ¿Acaso Raúl había encontrado en las páginas del Buonafede Cromaziano la prueba de que los otros monstruos, los de la intolerancia y la persecución de los hombres por los hombres, son finalmente invencibles? En rigor de verdad, la vida completa de nuestro biografiado podría ser considerada un mentís a ese triunfo inevitable.

El menor de los S se sintió atraído hacia la pintura en modo superlativo. No sólo compró y vendió cuadros, dibujos, grabados, sino que amó restaurarlos a su manera, vale decir, solía intervenirlos para cambiar algunos detalles de la imagen que él juzgaba contrarios a la moda. Valga el caso del retrato al óleo de una bella mujer sentada, firmado «Delelise» y fechado en 1931, que lucía un sombrero con una pluma extravagante de faisán. En 1984, cuando adquirió el cuadro, Raúl resolvió que ése no era entonces un tocado en uso y, gracias al buen uso del

lápiz y el pincel, que había aprendido en los tiempos del gimnasio Aurora cuando dibujaba cuerpitos de atletas en montañas de personas con las que se pretendía quitar el aliento de los espectadores, que había reforzado en la época de sus diseños de telas para las colonias francesas del África, merced a semejantes técnicas, la dama del retrato de 1931 pasó a lucir una melenita desnuda que le sentaba bien graciosa. El problema de aquellos arreglos consistía en que bastaba una mirada del yerno Gastón y el artilugio modernizador quedaba al descubierto. «Raúl, decía el joven B, usted le puso ojos y bocas a las caras de estos paisanos en el fondo del cuadro. En la pintura original, aparecían como manchas sin rasgos en movimiento. Usted alteró la armonía del cuadro.» En una ocasión, en que una encantadora *Lección de piano*, protagonizada por un niño sentado frente a las teclas y el maestro vigilante por detrás, lucía la firma ostentosa de «Renoir», Raúl decidió que aquella falsificación era inviable y escandalosa, de manera que llegó a colocar una «D» muy caligráfica por encima de la «R» y el cuadro pudo ser atribuido a un auténtico pintor «Denoir». A pesar de tamañas excentricidades, el señor S tuvo siempre buenos compradores de sus piezas. Un hijo de su amigo don Clemente le pagó una suma importante por un Antonio Casanova y Estorach de verdad, junto al que fue de regalo el mencionado Denoir, aquella delicia de cuadro, por cierto. A mediados de los 80, Raúl padeció la obsesión de los grabados, aguafuertes y *tailles-douces* de los siglos XVII y XVIII. Recordemos cuánto se fascinaba con el libro de Ottley, del que prefería y miraba extasiado la estampa de la musa Melpómene, que Rafael dibujó para el fresco del Parnaso en las Cámaras Vaticanas [véase **Iconografía**]. Consiguió una serie original de las *Mascaradas griegas* de Ennemond-Alexandre Petitot, que logró vender a un representante de Sotheby's en 1988. La ficha que Raúl escribió al respecto decía: «Los atuendos de estos personajes resultan de una combinación de elementos decorativos y estructurales, tomados de la arquitectura griega. El interés del neoclasicismo por la antigüedad helénica se pone de manifiesto en esta imagen de manera risueña y fantástica». Bella descripción. Raúl guardó para sí y regaló, luego, a su hija un aguafuerte, grabado por Gérard Audran a fines del siglo XVII a partir de un dibujo de Le Sueur. Bajo la imagen se lee un versículo de los Salmos (119 [118], v. 105): *Lucerna pedibus meis verbum tuum* («Tu palabra es antorcha para mis pies»). Los comentarios que nuestro hombre dejó en una esquela, adherida al reverso del

cuadro, podrían haber sido escritos por Warburg a propósito del renacimiento de una axiología de la Antigüedad en un marco pertinazmente cristiano: «Interesa destacar el modo en que una cita bíblica ha sido ilustrada mediante una alegoría pagana. La Aurora, que precede a los caballos del carro del sol sembrando de pétalos rosados todo el horizonte, se identifica con la luz que la palabra divina introduce en el alma del cristiano. La confluencia simbólica de los mundos pagano y cristiano traduce uno de los ideales del clasicismo francés que alcanzó su apogeo en la época de Luis XIV». Si bien Dios, un Dios genérico salido sin duda del Elohim, bastante más que del Yahvé, de la Torah y los Profetas, habitó siempre en el horizonte anímico de nuestro Raúl S, no resulta arbitrario afirmar que aquella antorcha de bonhomía, transida de sombras ¡cómo no!, que le iluminó el camino no estaba fuera de su alma, se encontraba encendida en Bucarest, allí dentro, desde el 14 de septiembre de 1909, y se extinguió en Buenos Aires la mañana cálida, luminosa y triste del 6 de diciembre de 1995.

Iconografía:

Varias imágenes de Raúl S podrán ser vistas en la iconografía correspondiente a la voz **Cecilia S1-S**.

Una fotografía de 1922 muestra a la primera familia S. Aurelio, un joven de 20 años, está sentado al lado de su padre, con el aplomo y el empaque del médico en ciernes que era. Josef, el padre, ha superado la barrera de los 40 años, se conserva delgado, sereno, dominante, mientras deja caer, con elegancia aristocrática, la mano izquierda a la que se acerca, solícita, la mano de su esposa Perla, quien permanece de pie como una columna mayor de todo el grupo. La boca de Perla expresa un cierto cansancio, quizás la resignación por ser la única mujer de la familia, tal cual ella no se cansaría de decir a sus tres nueras, Rebeca, Ketty y Cecilia, cuando las recibió alborozada, lo mismo que si fueran sus propias hijas. Raúl es el único niño. Tenía 13 años entonces y esboza una sonrisa traviesa, curioso frente al aparato y a las manipulaciones espectaculares del fotógrafo. Bernardo es el último de la derecha, un muchacho de 18 años que ha enarcado las cejas, como si el chispazo de magnesio lo hubiera arrancado de un sueño. Hay algo profundamente artificial en el ambiente, que pretende asimilarse a un recinto de la casa donde la familia se ha puesto a posar, pero que no puede ocultar el estudio de fotografía que es en realidad. El paisaje pintado de una ventana inexistente y la secuencia fotográfica de unas modelos en el cuadro alargado del fondo nos descubren la verdad del lugar.

La imagen combina la firmeza de los personajes y la fugacidad teatral de la representación. ¿Deberíamos batir el parche con que se trata de un enésimo producto cultural de la burguesía europea y de sus ilusiones a punto de desvanecerse? Una lástima y una suerte, vaya paradoja, que el «a punto» lleva casi cien años, tiempo sólo un poco más largo que el del «enfriamiento» de Cecilia [véase **Cecilia S1-S**].

A continuación, se incluye la foto de un par de hojas del manuscrito, tipeado por el autor, en el que Raúl narra la vida de su hermano Aurelio. Esta sección contiene numerosas reproducciones de fuentes escritas, con el ocultamiento debido de los apellidos de las personas involucradas, pues nos pareció necesario presentar todas las pruebas posibles de los vaivenes de una vida más bien novelesca, a pesar de lo radicalmente histórica que la misma fue. El folio que sigue es el certificado de aprobación de los cursos de gimnasia por parte de Raúl en el instituto Aurora. Obsérvese que aparece ya la inicial mayúscula I, entre el nombre y el apellido de nuestro personaje, lo que confirma que la letra aludiría al nombre de su padre, según la costumbre rumana de intercalar esa señal en la identidad escrita de un individuo. Dos dibujos, hechos en lápiz por el señor S, ya profesor en Aurora, muestran las acrobacias y figuras gimnásticas que él conseguía realizar con sus alumnos atletas de entre los jóvenes judíos de Bucarest.

La quinta imagen exhibe a la pareja S-S1 en 1936 (*circa*), una de sus épocas más felices, cuya exultancia se ve resumida en el tocado, elegante y estrafalario, digno de una figura de Piero della Francesca, que luce Cecilia. Prosigue el diploma que, en 1945, la *supérstite* Aurora, salvada del marasmo antisemita alimentado por el régimen de Antonescu, entregó a Raúl en reconocimiento de romiso con el deporte y la educación física de la comunidad en Bucarest; faltaban apenas tres meses para que naciera la Aurora de carne y hueso. La séptima fotografía, tomada en los jardines Cismigiu después de la guerra, nos permite descubrir en aquel joven de 1946, con el torso desnudo, corbata anudada al cuello, los brazos abiertos y una risa franca, que el atletismo conservaba una dimensión lúdica en el espíritu de Raúl, una faz de diversión que, poco después, habría de diluirse en la seriedad de una profesión asumida como práctica educativa básica y terapia de la humanidad. La copia del certificado de aprobación del curso dado por el soviético Kuznetsov en 1949, que otorgó a Raúl la República Popular Rumana en enero de 1950, da buena cuenta de la inflexión definitiva en el horizonte del trabajo y de las

obligaciones.

La novena foto, la del recuerdo y la despedida entre la abuela Perla y la nieta Aurora, ilustra la combinación de cariño profundo y desgarramiento, descripta ya en la breve biografía de Perla W-berg, una de las mezclas sentimentales más frecuentes de estas historias. La décima vista no puede ser más opuesta a la inmediatamente anterior, en términos de luz, humor y efecto de felicidad: en el barco que lo transporta de Haifa a Marsella, Raúl desenvuelve la armonía y la fortaleza de su torso, como si se tratase de un vencedor de las Olimpíadas; a un costado, se descubre a la pequeña Aurora, quien mira a su padre, orgullosa, arrobada, en lugar de dirigir sus ojos al mar calmo e inmenso, al horizonte límpido. Apolo ha vencido a Poseidón en el alma de la niña. La undécima imagen fue captada el mismo día de la que colocamos en la serie destinada a Cecilia, donde se ve a las hermanas S1, Lola y Chica, dentro del Renault 4CV que pertenecía a los A en París. En este caso, observamos a Raúl y a Eddy, no tan sonrientes como las mujeres, pero tal vez mejor sentados y más serenos. Siguen varios certificados: el de la Cruz Roja Francesa, que concede a Raúl el título de «Socorredor», el de graduado de la Academia en la *rue* Marignan y, fundamental éste, el de profesional actuante en ese mismo instituto. El número 14 de la secuencia iconográfica contiene cuatro de las trece tarjetas que la Academia editó a propósito del método de masoterapia facial de Kuznetsov, adoptado y adaptado por Raúl S. Continúa la reproducción del contrato que nuestro hombre firmó con la compañía de luchadores de Karadagián y, luego, la foto publicada en el diario *Noticias Gráficas* de Buenos Aires el día 18 de septiembre de 1956, en la que el barbudo maestro del *catch* argentino luce una corbata de lazo a la manera de un ranchero norteamericano y flanquea a Raúl por su izquierda, mientras Salomón Z, cuñado de los S-S1, lo hace por su derecha (los otros dos asistentes no han sido identificados).

La copia de la obra maestra de estilo, que fue la carta de la redacción de *Science-Médecine-Beauté* a su abonado, no podía faltar en beneficio de los amantes de la literatura. Tamaña destreza verbal se equilibra con creces, ahora en el plano de lo visible, merced a la belleza destilada que irradia de los ojos y la sonrisa fina, antípoda de lo payasesco, en la foto que Raúl hubo de hacerse en 1964 para su documento de nacionalización argentina. Prosigue un lote de documentos: *primo*, la nota del abogado alemán de Buenos Aires donde, tras la expresión «Su carta, cuyo contenido yace por debajo de Su nivel cultural», se

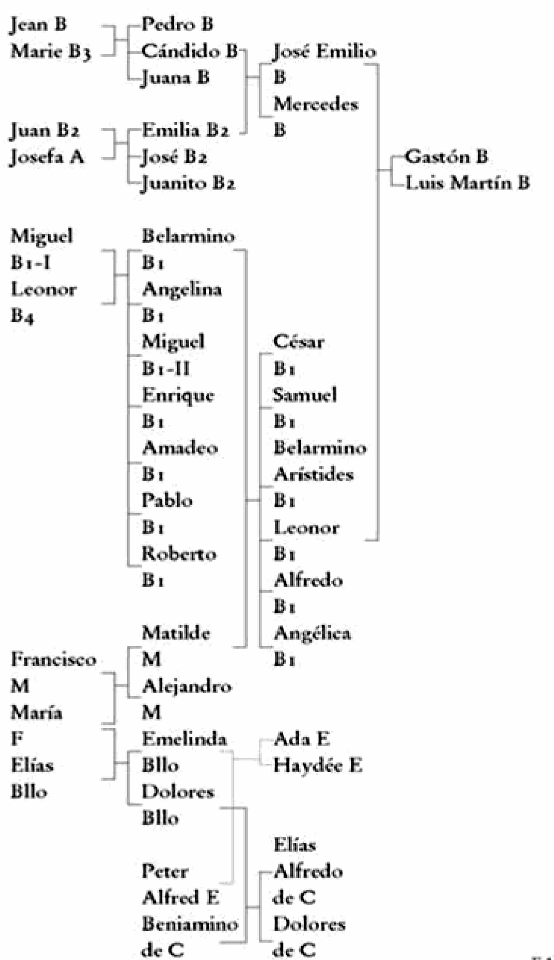
vislumbra un arranque de ira del señor S, pocos días antes de la «Decisión» (*Bescheid*), *secundo*, concerniente al pago de las indemnizaciones a ambos S y, *tertio*, una de las cartas, tan bien escritas como las de *Science-Beauté*, etc., aunque impregnada de una voluntad luminosa, que el amigo don Clemente mandó a Raúl desde Montecatini.

Cualquier atisbo de ira desapareció, transmutado en una felicidad sublime, en la foto del banquete con el que Raúl homenajeó a su hija Aurora. Nuestro hombre es una suerte de Apolo que corona la mesa del restaurante «italiano» La Emiliana, especializado en este tipo de celebraciones. De izquierda a derecha, los personajes allí congregados son: Ubaldo y su novia Silvia Bchk, amiga eterna de Aurora; casi oculto por ella, el profesor José Emilio B se ha corrido para dejar que Aurora fuese bien visible, con su bello gesto de muchacha núbil del siglo XIX en la posición de las manos, su sonrisa infantil y la mirada solitaria. Siguen Leonor B1-B, la esposa de José Emilio, y Cecilia, una réplica asombrosa de su hija que ha puesto en acción el ademán de abandono del brazo izquierdo de Aurora. El señor Juan V y su esposa Eka flanquean a Raúl por un lado, mientras Nelly G y Marieta Br lo hacen por el otro. Leon G se ha situado entre Marieta y su marido, Carlitos Br, el único criollo de la generación de rumanos tan bien representada en la foto, nacido en la Argentina, industrial poderoso en el ramo de los aceites comestibles, quien parece absorto y arrebatado por la luminosidad de la cara de Rita At, otra buena amiga de Aurora, tan sarmientina que puso Faustino por nombre a uno de sus hijos, célebre además por la gracia de su ánimo y las historias desopilantes que solía narrar sobre la cuñada Milula At (Milula, típico exponente de la clase alta argentina en la ruina económica, merecería un capítulo aparte, pero nadie de las familias S y B la conoció jamás personalmente, de modo que bien podría haber sido una creación literaria y fantasiosa de Rita; de haber existido, Dios castigó en Milula los excesos grotescos de su clase social pues, según contaba Rita, de novia con un empresario rico cuya fortuna hubiera paliado la decadencia material de los At, no tuvo más opción que abandonarlo tras los dichos públicos del infortunado acerca de lo buena que era la comida que Milula preparaba, no obstante «los gases» [*sic*] que esos manjares le producían). Al lado entonces de la hermosura gringa y pampeana de Rita, se despliega el bello exotismo de las hermanas G, Beca y Luisa, hijas de Nelly y de Leon. El marido de Beca, Miguel, un hombre moreno que bien podría ser la

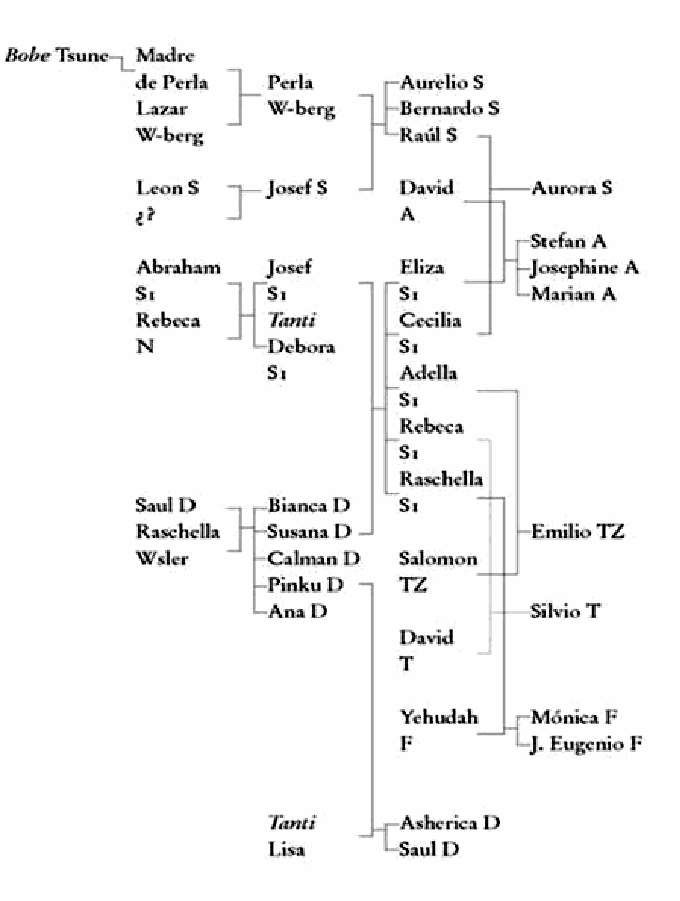
vuelta a la vida de Baruch Spinoza, mira con vivacidad a la cámara, situado entre su mujer y su cuñada. ¿Es posible que la descripción de una imagen haya desencadenado evocaciones tan contradictorias como la de los gases del novio de Milula y el recuerdo de uno de los filósofos más íntegros de la historia? Me temo que sí, en la medida en que toda representación termina por convertirse en jirón tragicómico de la vida entera.

Cuatro imágenes forman el muestrario de las invenciones del señor S-W-berg: la caja mágica de los rayos violetas de Tesla, cuyas lámparas cuarta y séptima, a contar desde la izquierda, parecen haber sido producto del ingenio de Raúl; la patente, el plano y la publicidad del *Bodysvelt*; el registro del «modelo» y el plano de la rueda, «dispositivo para practicar gimnasia». El *corpus* se completa mediante la foto de las portadas de los semifalsos *Quijotes*, la reproducción del grabado en la anteportada del segundo tomo de las obras de Saint-Évremond, maestro del libertinismo filosófico, la copia de la portada del libro destinado a enseñar la germanía del *Hochdeutsch* del siglo XVIII (valga el oxímoron), la figura soberbia de la Melpómene de Rafael, tomada del infolio de Ottley, y la imagen del grabado de la Aurora divina que alumbra bellamente los pasos de nuestras vidas, de tantos rumbos amorosos, de tantos destinos sin más sentido que la fea muerte.

ÁRBOLES GENEALÓGICOS


Jean B
Marie B3
Pedro B
Cándido B
Juana B
José Emilio B
Mercedes B
Juan B2
Josefa A
Emilia B2
José B2
Juanito B2
Gastón B
Luis Martín B
Miguel B1-I
Leonor B4
Belarmino B1
Angelina B1
Miguel B1-II
Enrique B1
Amadeo B1
Pablo B1
Roberto B1
César B1
Samuel B1
Belarmino Arístides B1
Leonor B1
Alfredo B1
Angélica B1
Matilde M
Francisco M
María F
Alejandro M
Elías Bllo
Emelinda Bllo
Dolores Bllo
Ada E
Haydée E
Peter Alfred E
Beniamino de C
Elías Alfredo de C
Dolores de C

FAMILIA B



Bobe Tsune
Madre de Perla
Lazar W-berg
Perla W-berg
Aurelio S
Bernardo S
Raúl S
Leon S
¿?
Josef S
David A
Aurora S
Stefan A
Josephine A
Marian A
Abraham S1
Rebeca N
Josef S1
Tanti Debora S1
Eliza S1
Cecilia S1
Adella S1
Rebeca S1
Raschella S1
Saul D
Raschella Wsler
Bianca D
Susana D
Calman D
Pinku D
Ana D
Salomon TZ
Emilio TZ
David T
Silvio T
Yehudah F
Mónica F
J. Eugenio F
Tanti Lisa
Asherica D
Saul D

FAMILIA S


Juan Andrés B5
Mariana
Olivia BB5
Clementina BB5
Gastón B
Aurora S
Constanza BS
Lucio Adrián BS
Lucía B6
Martina BB6
León BB6
Jerónimo BB6

FAMILIA B-S

ICONOGRAFÍA PRIMERA PARTE











MERCEDES Y JEAN

















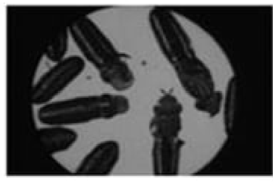












1 Octubre 1 mosca
1 Noviembre 150 moscas
1 Diciembre 22.500
1 Enero 3.375.000
1 Febrero 506.250.000
1 Marzo 75.937.500.000
22.934.144.295.301









MATILDE













Buenos Aires

Calificaciones finales

Don José

Año | Turno

Asignatura | Clasificación

ocho

Admite:







































LEONOR









LUIS MARTÍN

















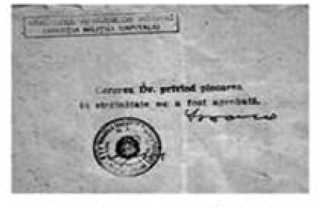
ICONOGRAFÍA SEGUNDA PARTE



CARNET DE IDENTITATE







Cererea Dv. privind plecarea în străinătate nu a fost aprobată.



CERTIFICAT DE ABSOLVIRE



REPUBLICA POPULARĂ ROMÂNĂ

MINISTERUL AFACERILOR INTERNE

Certificat de Călătorie

Alke David



LIVRET DE SERVICIU MILITAR










ALTER
85DE53840


DUFRIN
ALTER
85DE53841













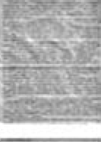


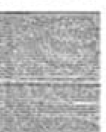






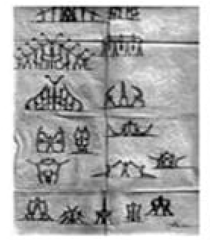
















AURORA

DIPLOMA





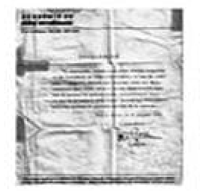
DIPLOMA







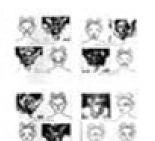


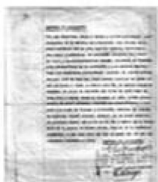



CRF

CROIX-ROUGE FRANÇAISE

CERTIFICAT DE SECOURISTE DE LA CROIX-ROUGE FRANÇAISE



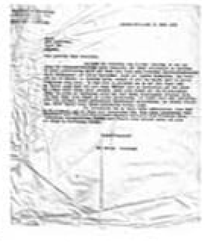


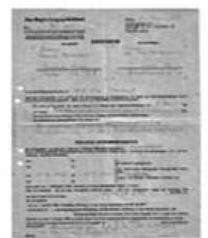


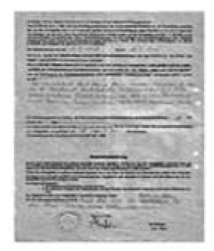


SCIENCE BEAUTÉ















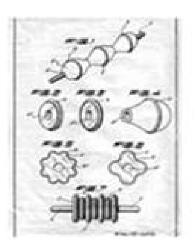
Juventud - Salud y Belleza

por

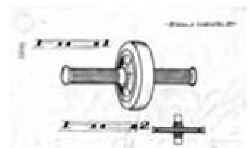
"BODYSVELT"





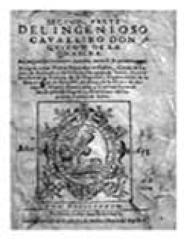








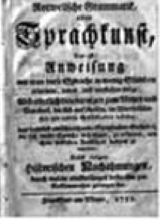
EL INGENIOSO
HIDALGO DON QVI-
XOTE DE LA MANCHA.



DEL INGENIOSO







Sprachkunst,





NOTAS

[1] En este artículo de la *Enciclopedia* usaremos abundantemente el largo texto escrito por el propio Raúl S-W-berg. Las citas explícitas serán transcriptas entre comillas. Raúl tomó la decisión de pasar por escrito sus recuerdos una noche de septiembre de 1972 cuando, en una cama del Hospital de Clínicas de Buenos Aires adonde había ido a parar debido a una fiebre prolongada de causa desconocida, prometió a su hija Aurora que, de salir con vida de su tercera o cuarta enfermedad febril (el hombre había sido atacado por el paludismo en Palestina en 1934 y por el tifus exantemático en Rumanía diez años más tarde), redactaría unas memorias dedicadas a ella y a sus nietos. Los propósitos incluían también la necesidad del olvido a partir del registro preciso de lo real acontecido que, aun cuando parezca cosa contradictoria, y quizás lo sea en el plano lógico, es coherencia pura en el campo del sentimiento concreto y total de la vida, pues contar implica poner distancia entre lo narrado y el alma del narrador, es decir, entre la emoción devastadora del pasado, que allí se coloca para que permanezca y deje de empozoñarnos la existencia, y su contemplación significante en el presente. Transcribimos algunos pasajes de la justificación de Raúl:

Este libro es, para mí, la forma de agradecer a los que me ayudaron a vivir, que fueron muchos; es también la forma de olvidar momentos pasados para tranquilizar mi alma y confesar motivos vividos en el montón de años que tengo. […] En un rincón del cerebro, todos tenemos un espejo secreto que no podemos limpiar, aunque tantas veces quisiéramos hacerlo. […] Suelo preguntarme: ¿qué quiero olvidar? La respuesta viene sola: Fueron dos guerras con consecuencias desastrosas así para el cuerpo como para el espíritu. Llanto, desgracia, miseria, pobreza, repugnancia e ira bastan y marcan la vida de un chico por el resto de su vida. La primera guerra me encontró con pocos años, sus secuelas fueron escasas y mi espejo escondido permaneció sin demasiados recuerdos de los que dejan cicatrices. Me vienen a la mente las dificultades de mis padres y de mis hermanos

cuando había que hacer cola para conseguir doscientos cincuenta gramos de pan por persona. Mi padre comenzaba la cola a las doce de la noche y mi turno llegaba cuando iba con Berchu a la mañana, a la hora de máximo frío, y recibíamos mil doscientos cincuenta gramos por las cinco personas que éramos: madre, padre y tres hermanos. Sin embargo, éste es un recuerdo de los más agradables porque me sentía yo persona de gran importancia y pensaba que en esos momentos, sin mi presencia, la familia podía morirse de hambre. La segunda guerra interrumpió irremediablemente todo el chiste y la gracia de mi vida.